

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE LENGUA ESPAÑOLA

(Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada)



TESIS DOCTORAL

**VISIONES DE RUSIA EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA: EL CASO
DE LA DIVISIÓN AZUL**

Autor: Jesús Guzmán Mora

Director: Prof. Dr. Javier Sánchez Zapatero

2016

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE LENGUA ESPAÑOLA

(Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada)

**VISIONES DE RUSIA EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA: EL CASO DE LA
DIVISIÓN AZUL**

Tesis para optar al grado de doctor

presentada por

Jesús Guzmán Mora

Director:

Vº Bº:

Prof. Dr. Javier Sánchez Zapatero

Salamanca, 2016

Al ver que Rostov se proponía burlarse de Berg, Boris desvió hábilmente la conversación. Le rogó que les contase dónde y cómo lo habían herido. Aquello resultó agradable a Rostov, que comenzó su relato animándose cada vez más. Les contó la batalla de Schoengraben como lo suelen hacer los que toman parte activa en una batalla, es decir, no como quisieran que hubiese sido en realidad, sino como la han oído relatar a otros y de manera que resulte bonito su relato.

Guerra y paz, Lev Tolstói

*I remember every detail. The Germans wore gray,
you wore blue.*

Rick a Ilsa en Casablanca

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer al Profesor Dr. Javier Sánchez Zapatero, director de esta Tesis, su labor de asesoramiento a lo largo de estos años. La realización de este trabajo habría sido imposible sin sus consejos y su apoyo moral.

A mi hermana, compañera inseparable en este viaje literario. A mi tío Ángel, por su ánimo constante, y al resto de familiares que estuvieron incondicionalmente a mi lado. A aquellos amigos y amigas con quienes compartí todos los momentos que no aparecen reflejados en estas páginas, ya fuera en un patio con olor a mandarinas o en una terraza sin hora de vuelta. A Cristina, dulce regalo en el tramo final.

A los trabajadores de la Biblioteca Regional de Castilla–La Mancha, Biblioteca General de Toledo y Fábrica de Armas (Universidad de Castilla–La Mancha), Casa de Velázquez, Biblioteca Nacional de España y Archivo General de la Administración, cuya amabilidad y diligencia facilitaron mi labor diaria. A los técnicos del Centro Supera de Toledo por todas las tardes de entrenamiento deportivo.

Y, por último, a la memoria de Jesús V. y M^a del Carmen, mis padres, dos ejemplos durante sus días terrenales y guías celestiales para toda una vida de amor infinito hacia ellos.

RESUMEN

La siguiente Tesis Doctoral estudia la imagen que ha generado Rusia en la narrativa española –ficcional y autobiográfica– desde el siglo XVIII hasta la actualidad. Después de analizar las primeras incursiones a lo largo de la época imperial a un país considerado como exótico, el trabajo observa detalladamente cómo se percibió en España la Revolución de 1917 y la implantación de los postulados bolcheviques como forma de gobierno. Al finalizar la Guerra Civil, la Unión Soviética se convirtió en el enemigo por excelencia de la dictadura franquista. El caso nacional guarda un ejemplo específico en el imaginario común a la hora de hablar del país oriental: la actuación de la División Española de Voluntarios en la II Guerra Mundial. Cuando varios de sus miembros regresaron del frente del Este, dejaron por impreso su experiencia y crearon un subgénero propio dentro de la literatura fascista española. Tras varias décadas de silencio en la era democrática, el tema ha sido retomado en los últimos años por los narradores que, dentro del *boom* de la novela de la memoria histórica, han legado un importante número de libros sobre la División Azul. En ellos se combina la tradición divisionaria con nuevas perspectivas acerca del grupo.

ABSTRACT

The main objective of this Doctoral Thesis is to study the image of Russia in the Spanish narrative –fiction and autobiographical– from the 18th century until now. After to analyse the first incursions in the tsarist time to a country considered as exotic, this work examines how the Russian Revolution and the imposition of the communist power were perceived in Spain. At the end of the Spanish Civil War, the Soviet Union became in the worst enemy of the Franco dictatorship. Spain has an especial example in the common imagination to talk about the eastern country: the Spanish Blue Division. When some of his members returned to the Eastern Front, they wrote about their experience and created their own subgenre within the Spanish fascist literature. In the last years, and thanks to the boom of the historical memory, the thema has been taken by the novelist. In their books the divisionary tradition is combined with new perspectives about the group.

ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	7
RESUMEN.....	9
ABSTRACT	11
ÍNDICE GENERAL.....	13
INTRODUCCIÓN.....	17
MOTIVACIÓN Y OPORTUNIDAD DEL ESTUDIO	19
ESTRUCTURA Y METODOLOGÍA.....	25
BLOQUE I: RUSIA EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA	31
1. LA RUSIA DE LOS ZARES.....	33
1.1. INTRODUCCIÓN A LAS RELACIONES HISPANO-RUSAS: ENTRE LA ESTABILIZACIÓN Y LA DISCORDIA.....	35
1.2. RELATOS DE LA RUSIA EXÓTICA	45
1.3. EL CASO DE LOS VIAJEROS ESPAÑOLES	51
1.3.1. El viaje de un noble: el duque de Liria.....	55
1.3.2. Las cartas de un literato: Juan Valera.....	60
1.4. LA RECEPCIÓN DE LA LITERATURA RUSA Y SUS PRIMERAS TRADUCCIONES AL ESPAÑOL ...	69
1.4.1. Emilia Pardo Bazán y la literatura rusa	72
2. DE LA UNIÓN SOVIÉTICA A LA RUSIA ACTUAL	81
2.1. LA REVOLUCIÓN RUSA EN ESPAÑA: EL MUNDO EDITORIAL Y LA LITERATURA COMPROMETIDA	83
2.2. EL LIBRO DE VIAJE A LA URSS: ENTRE LA ADHESIÓN Y EL DESENCANTO	93
2.2.1. El caso de los intelectuales extranjeros	96
2.2.2. El caso de los intelectuales españoles	112
2.3. LA UNIÓN SOVIÉTICA EN LA GUERRA CIVIL.....	143
2.3.1. La prensa de combate: Destino y Hora de España	143
2.3.2. La narrativa de la Guerra Civil.....	165
2.4. RUSIA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA ACTUAL	177
BLOQUE II: APROXIMACIÓN HISTORIOGRÁFICA A LA DIVISIÓN AZUL	189
3. EL ENEMIGO EXTERNO: LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LA FORMACIÓN DE LA DIVISIÓN AZUL	191
3.1. LA DIVISIÓN AZUL: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN HISTORIOGRÁFICA	193
3.2. LAS RELACIONES HISPANO-GERMANAS EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS	199
3.2.1. Dos actuaciones tempranas: la invasión de Polonia y la entrada en Tánger	199

3.2.2. Los primeros contactos con Hitler: la promoción de Serrano Suñer	202
3.2.3. La reunión de Hendaya: el mito del dictador estratega	206
3.2.4. El colaboracionismo prebélico con el Eje	212
3.3. NACIMIENTO Y FORMACIÓN DE LA DIVISIÓN ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS	217
3.3.1. La Operación Barbarroja y el discurso de Serrano Suñer	217
3.3.2. El reclutamiento y la configuración de la División Azul	223
3.3.3. Singularidades de la División Azul	228
3.3.3.1. La continuación de la Cruzada	228
3.3.3.2. La heterogeneidad del voluntariado	231
3.3.3.3. El enfrentamiento entre el Ejército y la Falange	235
3.4. LA DEVOLUCIÓN DE LA VISITA	239
3.4.1. Salida de España, paso por Francia y llegada a Alemania	239
3.4.2. La estancia en Grafenwöhr: jura de fidelidad al Führer	241
3.4.3. La División peripatética: mil kilómetros a pie	246
3.4.4. En el frente de batalla.....	248
3.4.4.1. La lucha en el Voljov (octubre de 1941-agosto de 1942)	249
3.4.4.2. El sitio de Leningrado (septiembre de 1942-febrero de 1943).....	254
3.4.4.3. El desastre de Krasny Bor (9 y 10 de febrero de 1943).....	258
3.4.4.4. Los últimos momentos: la repatriación (febrero-octubre de 1943)	260
3.4.4.5. La retaguardia: el paraíso de Riga.....	262
3.5. MÁS ALLÁ DE LA DIVISIÓN AZUL: LOS OTROS ESPAÑOLES QUE SIRVIERON AL EJE.....	265
3.5.1. Los últimos de Rusia: la Legión Azul.....	266
3.5.2. La colaboración aérea: la Escuadrilla Azul	269
3.5.3. Los irreductibles: los españoles ante la caída del Tercer Reich	274
3.5.4. Las divisionarias: el papel de la mujer en la División Azul	280
4. LA DIVISIÓN AZUL TRAS LA II GUERRA MUNDIAL: EL PAPEL DE LOS VOLUNTARIOS EN LA DICTADURA FRANQUISTA	287
4.1. ESPAÑA Y EL HOLOCAUSTO	289
4.1.1. Una mirada retrospectiva al antisemitismo de la derecha española	291
4.1.2. La actitud del franquismo frente al judío hasta el final de la II Guerra Mundial	295
4.1.3. El conocimiento del Holocausto: salvar al judío a tiempo (y a destiempo)	304
4.2. ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN SOVIÉTICOS	309
4.2.1. Divisionarios y republicanos, presos del estalinismo.....	311
4.2.2. Trayectoria y gestiones para la repatriación.....	316
4.2.3. La vuelta de la División Azul en el Semíramis y de los españoles republicanos.....	323

BLOQUE III: LA DIVISIÓN AZUL EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA	329
5. LA DIVISIÓN AZUL EN LA NARRATIVA DEL FRANQUISMO	331
5.1. LA DIVISIÓN AZUL COMO SUBGÉNERO DE LA LITERATURA FRANQUISTA	333
5.2. PANORAMA DE LA LITERATURA DIVISIONARIA EN LA DICTADURA.....	341
5.3. TÓPICOS DE LA NARRATIVA DIVISIONARIA	365
5.3.1. El prototipo del voluntario	365
5.3.2. De Madrid al infierno: hostilidad, paraíso y caminata	377
5.3.3. El compañero de armas: el soldado alemán	391
5.3.4. La devolución de la visita: Rusia, el ruso y el anticomunismo	399
5.3.5. El divisionario en el combate: estampas de la guerra.....	415
5.3.6. El papel de la mujer.....	431
5.3.7. La ambigüedad frente al antisemitismo.....	442
5.3.8. La experiencia concentracionaria	455
6. LA DIVISIÓN AZUL EN LA NARRATIVA ACTUAL.....	471
6.1. LA PERVIVENCIA DEL DISCURSO DIVISIONARIO	473
6.2. NUEVAS FORMAS EN LA NOVELA DE LA DIVISIÓN AZUL	481
6.3. TÓPICOS DE LA NARRATIVA DIVISIONARIA ACTUAL	497
6.3.1. Representaciones del divisionario	497
6.3.2. De Madrid al infierno: hostilidad, paraíso y caminata	511
6.3.3. Colaborar con los nazis: Alemania y el alemán	522
6.3.4. La devolución de la visita 75 años después: Rusia, el ruso y anticomunismo	538
6.3.5. El voluntario en el combate: estampas de la guerra	545
6.3.6. El papel de la mujer.....	559
6.3.7. El Holocausto y la División Azul.....	571
6.3.8. Los españoles en el Gulag.....	576
CONCLUSIONES	587
BIBLIOGRAFÍA	599
FUENTES PRIMARIAS	601
FUENTES SECUNDARIAS	609
FUENTES DOCUMENTALES.....	646
FUENTES AUDIOVISUALES	647

INTRODUCCIÓN

MOTIVACIÓN Y OPORTUNIDAD DEL ESTUDIO

La relación entre la historia y la literatura ha dado lugar, en los últimos años, a la aparición de estudios de carácter académico que versan sobre la representación de un acontecimiento o un periodo concreto del pasado en el ámbito memorístico o ficcional. El testimonio personal o la contextualización de una narración han formado, al mismo tiempo, una imagen específica del lugar en el que suceden los hechos descritos. Por tanto, a las dos disciplinas humanísticas mencionadas se une la creación de estereotipos que caracterizan a los episodios y los protagonistas que sirven como base argumental de los textos.

Esta tesis propone la observación, a lo largo de los últimos tres siglos, de la recepción de Rusia en la narrativa españolas. Este recorrido se compone de tres estadios que, con claridad, determinan la percepción del país en España: desde el siglo XVIII hasta 1917 se trató de una nación exótica y que vivía su religiosidad, de idéntica base, de un modo diferente. La revolución trajo consigo la ilusión por crear un mundo más justo, en el que los privilegios se difuminaran para dar lugar a la sociedad proletaria: quien creyó esto encontró en la Unión Soviética el paraíso terrenal. Pero, como ocurre con cualquier edén mundano prometido, también hubo quien perdió su fe política ante el castillo construido en el aire y se marchó decepcionado. Al mismo ritmo que cambiaba el antiguo imperio de los zares para convertirse en el país de los Soviets, España dejaba el poder en manos del dictador Miguel Primo de Rivera y, tras el final de su mandato, se establecía por segunda vez una república democrática. La coyuntura internacional de las décadas de 1920 y 1930 con un mundo polarizado entre comunistas y anticomunistas y el ascenso del fascismo en Italia y el nacionalsocialismo en Alemania no dejó indiferente a una sociedad que también se debatía entre quienes imploraban por llevar a cabo un proceso análogo al sucedido en Rusia y quienes dibujaban a los moscovitas como los nuevos ángeles caídos. El anticomunismo de la derecha española, representado principalmente por el grupo de Falange y, no sin menos ahínco, por el resto de vencedores de la guerra de 1936, convirtió al comunismo soviético en el enemigo externo, motivador de la contienda cainita y culpable de la muerte de los miembros del bando sublevado. Hasta tal punto llegó esta creencia, que en España no se habría librado una Guerra Civil, sino una

Guerra de Liberación en la que se habría destruido el yugo de aquellos que representaban el averno.

Un sector de los vencedores de la guerra cambió sus privilegios por las armas en las trincheras rusas. La División Española de Voluntarios, más conocida como la División Azul por la preponderancia falangista, es la historia de la presencia de españoles en el Ejército alemán. Fue el esperpéntico brazo español que luchó junto a los nazis y la realización, en muchos de los casos, del ideario fascista llevado hasta sus últimas consecuencias. Pero la trayectoria de los *guripas*, como ellos se autodenominaban en su rica jerga, que lucharon junto a los *doiches* frente a los *ruskis* y que convivieron con las mujeres rusas, las *panienkas*, es la historia de una generación. Españoles de todas las clases y condiciones, desde la aristocracia hasta el campesinado, desde jerarquías del partido único hasta antiguos combatientes republicanos, desde quienes ganaron todo hasta a quienes nada les quedó en 1939, todos, formaron parte de esta unidad. Quizás sea injusto hablar de División Azul, porque no todos eran azules de formación, y más aún el uso del nombre oficial, División Española de Voluntarios, porque no todos dieron el paso al frente con convicción. Con probabilidad, más acertado sería hablar de la División Española de Hitler, nombre elegido por Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tambs en 1979 para el primer estudio histórico de la unidad, por espantoso que sea el asociar cualquier sustantivo a tan terrible personaje. La especificidad del caso ruso en España mediante la División Azul es el resultado de cómo la supuesta pureza aria tuvo que admitir, ante la acumulación de bajas propias y la dureza del frente del Este, a gentes de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia o la propia Rusia. Incluso hubo un batallón árabe entre sus filas¹. España, que se había autoproclamado adalid del anticomunismo y pionera en la derrota del sistema bolchevique tras el resultado de la Guerra Civil, no podía faltar a este acontecimiento. La formación de la División Azul ha generado un recuerdo y un asociacionismo con Rusia que hoy, 75 años después de su partida desde la estación del Norte de Madrid, perdura con fuerza.

Este estudio pretende enmarcarse dentro de una línea que, en los últimos años y dentro del ámbito académico español, se ha encargado de analizar las relaciones entre España y Rusia, la imagen que de esta se ha generado en aquella y de los avatares de los

¹ La bibliografía acerca de los voluntarios internacionales del nazismo es monumental y de ella existen estudios tanto generales como específicos de cada nación representada. Una visión panorámica y reciente, en alemán, es *An der Seite der Wehrmacht: Hitlers ausländische Helfer beim »Kreuzzug gegen den Bolschewismus« 1941-1945* (Rolf-Dieter Müller, 2007). Para el específico caso árabe, véase *La espada del Islam: voluntarios árabes en el ejército alemán, 1941-1945* (Carlos Caballero Jurado, 1990).

ciudadanos de la primera en la segunda. Más allá del campo de la lingüística contrastiva, de posibilidades infinitas, ha sido materia de diversas tesis doctorales que han tratado las relaciones entre ambos países; la trayectoria de los exiliados republicanos en la Unión Soviética, ya fueran figuras intelectuales, los niños evacuados o los presos del Gulag; la imagen que de Rusia se ha proyectado en España a través de la prensa o la incursión propagandística estatal soviética. Incluso, desde el punto de vista de la criminología, se ha estudiado el fenómeno de la mafia rusa en el territorio español². Además, se han defendido varias tesis acerca de la División Española de Voluntarios³.

Al igual que sucede con el enfrentamiento cainita de 1936, el final de la División Azul no se vislumbra en el horizonte. La historiografía ha generado, en los últimos años, un importante volumen estudios dedicados al tema y, como muestra la recopilación bibliográfica de esta tesis, un número considerable de artículos en revistas académicas y obras colectivas⁴. La memoria de la División 250, como se la conocería en el seno de la *Wehrmacht*, sigue presente y es objeto, en no pocas oportunidades, de diversas polémicas por sus apariciones en el ámbito público o la pervivencia de nombres que hacen referencia

² Sin ánimo de exhaustividad, pueden citarse investigaciones como *Las relaciones entre España y Rusia (1917-1925)* (Lorenzo de la Plaza Escudero, Universidad Complutense de Madrid, 1987), *Los Amigos de la Unión Soviética (AUS). Propaganda política en España (1933-1938)* (Antonio San Román Sevillano, Universidad de Salamanca, 1993), *Memoria, educación e historia: el caso de los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil* (Susana Castillo Rodríguez, Universidad Complutense de Madrid, 2000), *La obra literaria de César Muñoz Arconada en el exilio soviético* (Natalia Kharitónova, Universidad Autónoma de Barcelona, 2004), *La complejidad sintáctica como recurso del despertar de la reflexión ("Refleksia")* (Natalia Nefedova Vetchinova, Universitat de Barcelona, 2005), *Del léxico a la sintaxis aspecto y qualia en la gramática del ruso y del español* (Olga Batiukova, Universidad Autónoma de Madrid, 2006), *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las relaciones de amistad en el siglo XX* (Magdalena Garrido Caballero, Universidad de Murcia, 2006), *Relaciones hispano-soviéticas de 1976 a 1986* (Jesús Centera Uleia, UNED, 2007), *Dos patrias, tres mil destinos. Vida y exilio de los niños de la Guerra de España refugiados en la Unión Soviética* (Inmaculada Colomina Limonero, UNED, 2008), *El exilio español en la URSS: represión y Gulag. Entre el acoso comunista, el glacis estalinista y el caparazón franquista* (Luiza Iordache Cârstea, Universidad Autónoma de Barcelona, 2011), *El exilio literario español de 1939 en la Unión Soviética: el traductor Vicente Pertegaz* (Carolina Castillo Ferrer, Universidad de Granada, 2013), *Criminalidad organizada: la mafia rusa y su implantación en España* (Julián López Muñoz, UNED, 2014), *La presencia de Rusia en la prensa española de 1900-1936* (Elena Navrotskaya, Universidad Autónoma de Madrid, 2015) y *La imagen de Rusia en la prensa valenciana* (Olga Pirozhenko, Universitat de València, 2016).

³ Para el caso de la División Azul, han aparecido *Estudio contextualizado histórica y artísticamente de los films de ficción, noticiarios y documentales aparecidos en Alemania y España sobre la División Azul Española* (Sergio Alegre Calero, Universidad de Barcelona, 1992), *Falangismo y División Azul* (Xavier Moreno Julià, Universidad de Barcelona, 2003), *The Spanish Blue Division: A Neutral Country's Mobilization in World War II* (Henry Lepeley, Central Connecticut State University, 2006), *El servicio religioso en la campaña de Rusia. Capellanes castrenses y religiosidad en la División Azul, Legión Azul y Escuadrillas Azules (1941-1944)* (Pablo Sagarra Renedo, Universidad San Pablo-CEU, 2009), *El servicio de farmacia en la División Azul. Actuación y papel en la sanidad divisionaria* (Ángel Carralero Daffos, Universidad San Pablo-CEU, 2014) y *Voluntarios de Canarias en la División Azul* (Francisco de Paula Jiménez Soto, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2016).

⁴ Se ofrece un estado de la cuestión historiográfica acerca del tema en el capítulo 3.

a ella en el callejero español⁵. Su conmemoración es llevada a cabo por un sector de la sociedad, reducido pero al fin y al cabo con cierta capacidad propagandística, que lucha contra el olvido al que se verán condenados los divisionarios cuando el último de ellos muera. Aquí se denota el carácter de veneración que encuentra el grupo: para una parte de los interesados en su trayectoria y consecuencias en la historia de España, la División Española de Voluntarios se ha convertido en un motivo para rescatar las ideas fascistas que debieron quedar atrás con la llegada de la Democracia. Pero la búsqueda de un equilibrio ha conllevado la aparición de varios estudios que se han centrado en el estudio historiográfico justo acerca de la unidad y que ha dado como resultado notables trabajos que sirven como base a esta tesis⁶. Las ideas totalitarias, que han teñido de negro la historia del siglo XX y que aún perduran como forma de gobierno y dentro de las aspiraciones de diferentes formaciones políticas en Europa, no pueden ser el motivo ni para juzgar sin ambages a los soldados que acudieron a la II Guerra Mundial ni mucho menos, para ensalzar su comportamiento como soporte de la renovación del totalitarismo⁷. No hay que olvidar que los soldados de la División Azul lucharon por la nefasta imposición del nuevo orden hitleriano y la destrucción del no menos aciago comunismo.

Esta Tesis Doctoral parte de dos hipótesis de trabajo: en primer lugar, se analiza la presencia de Rusia como tema de la literatura española desde los dos últimos siglos de existencia del zarismo hasta la actualidad, con especial incidencia en los periodos correspondientes a la Revolución de 1917 y sus consecuencias y la II Guerra Mundial. Rusia entró de tal modo en la vida española que su vecindad fue casi tan próxima como la de Francia o Portugal. La influencia de su literatura desde las primeras traducciones de Tolstói y Dostoievski y la entrada del ideario comunista a través de las publicaciones de la literatura proletaria y revolucionaria convirtieron al país en actualidad constante desde el inicio de la dictadura de Primo de Rivera. Como se ha señalado, la línea a seguir es la

⁵ Estos avatares pueden seguirse en Núñez Seixas (2005a: 86-87).

⁶ Un buen ejemplo en el trato a la División Azul puede ser la tertulia que se realizó en el programa de televisión “Para todos” de La 2 el 14 de junio de 2011, en la que intervinieron los profesores Enrique Moradiellos y Xavier Moreno Juliá y el escritor Jorge M. Reverte <<http://www.rtve.es/alacarta/videos/para-todos-la-2/para-todos-2-division-azul/1129141/>> (en línea; fecha de consulta: 22 de julio de 2016).

⁷ Ejemplo de ello son los buenos resultados cosechados en las elecciones al parlamento europeo por el Frente Nacional en Francia, por el Partido de la Libertad de Austria en las últimas elecciones presidenciales en Austria el 24 de abril de 2016 –invalidadas y repetidas el 2 de octubre–, el ascenso del Partido por la Libertad (PVV) de Geert Wilders en los Países Bajos, la aparición en escena de Alternativa para Alemania, las declaraciones nostálgicas sobre la RDA de Sahra Wagenknecht en Alemania o la pervivencia de partidos como España 2000, Democracia Nacional o las diferentes vertientes de Falange en las elecciones parlamentarias de junio de 2016.

demarcada por la troika “exotismo-paraíso-infierno” que, evidentemente, corrió análoga a la situación social del país. Rusia fue un misterio, una esperanza y un enemigo. Al mismo tiempo, se estudia el reflejo que el país ha dejado en los últimos años, sobre todo en las impresiones que ha supuesto la instauración de la democracia dentro de quienes se han acercado a la nación y cómo esta ha sido reinterpretada en la literatura reciente.

Además, en este trabajo se presenta el análisis de la presencia de la División Española de Voluntarios en la literatura española. Aunque la conocida como División Azul ha sido abordada en diversas ocasiones desde el campo de la historiografía y los testimonios de los ex-combatientes han sido utilizados como fuentes históricas directas, son escasos los trabajos acerca de su representación en la literatura española. En este sentido, la única monografía dedicada al tema es *Escritores en las trincheras: la División Azul en sus libros, publicaciones periódicas y filmografía (1941-1988)* (Carlos Caballero y Rafael Ibáñez, 1989), realizada desde una perspectiva claramente prodivisionaria. En esta misma línea puede encontrarse el “Foro Memoria Histórica de la División Azul”, más conocido como “memoria blau”, que recopila un listado con todas las publicaciones ensayísticas y de creación acerca del grupo. La labor de este grupo es similar a la que ya iniciaran las Hermandades de la División Azul desde su creación para recordar a los caídos en combate y que pronto se establecieron en torno a los prisioneros del Gulag. Tras su regreso, y gracias a la labor del divisionario y escritor Tomás Salvador, se creó la Hermandad de Combatientes de la División Azul de Barcelona. Esta pervive hoy junto a la de Alicante –que en la actualidad edita un boletín mensual– y la Hermandad Nacional que en Madrid sostiene un Museo acerca de la División Azul. Este respeto por los caídos en combate ha llevado a la recuperación de los restos mortales de varios de los miembros que fueron enterrados en los cementerios españoles de Rusia. Las labores de recuerdo del grupo se complementan con un acto anual y, en cierto modo polémico, que coincide con el aniversario de la batalla de Krasny Bor, acontecida entre el 9 y el 10 de febrero de 1943, en la que murieron y fueron capturados la mayoría de los que no volverían a España o lo harían más de diez años después en el barco *Semíramis*. Y, en el ámbito puramente recreativo, se encuentran los grupos de recreación histórica Capitán Urbano y Ski Company, 250 “División Azul”, que representan varios de los episodios que vivió la unidad en la Unión Soviética⁸. Con todos estos datos, es de extrañar la escasez de estudios

⁸ Sobre lo apuntado aquí, pueden ser de utilidad varias referencias: “Memoria blau” puede consultarse en el siguiente enlace <<http://memoriablau.es/>> (en línea; fecha de consulta: 23 de septiembre de 2016). Lo afirmado acerca de las Hermandades de la División Azul ha sido expuesto por David Veiga Chousa (2013

literarios sobre la División Española de Voluntarios, más si se tiene en cuenta su intrínseca relación con la Guerra Civil Española, tema que ha sido tratado de manera amplia en la última década y media. De ahí que, a la hora de estudiar la presencia de Rusia en la literatura, el objetivo sea también comprender de qué manera se ha insertado la tradición divisionaria en las letras españolas tanto en el franquismo como en la actualidad.

Además, destaca en este trabajo su espíritu comparatista. Esto se puede detectar en su propia estructura y sobre todo, a la hora mostrar especialmente a la literatura del último siglo como una serie de vidas cruzadas. Los nombres, ya sean conocidos o anónimos, reseñables héroes o pobres caídos en la batalla, se entrecruzan a lo largo de cualquier trabajo que se mueva en el campo del desarrollo diacrónico de la Historia de la Literatura. Quien se acerca a la ideología comunista puede que, diez años más tarde, se enfunde una chaquetilla de Falange para aparecer en las páginas previas a una de sus publicaciones. Quien escribe en casa sobre el progreso social que supondría la instalación de una turbina en un pueblo se ve obligado en la década siguiente a ofrecer un relato alternativo en el exilio sobre una unidad de voluntarios fascistas. Quien viaja en 1800 a una Rusia ignota para el que se encuentra allí en el reposo de la batalla en 1941 es nombrado por este en la línea perdida de un libro cuya lectura está destinada a unos pocos nostálgicos. Quien lucha por una cosmovisión concreta del mundo regresa a la patria veinte años después traicionado por los impulsores de su sueño.

En definitiva, esta es la historia de quienes contaron las batallas mejor de lo que fueron, de quienes narraron un mundo feliz o un aciago futuro. De quienes, al contrario que Rick en *Casablanca*, es probable que no quisieran recordar cada detalle, que suprimieran parte de la barbarie, a pesar de que ellos iban de azul y eran compañeros de quienes vestían de gris.

y 2015). La recuperación de los cuerpos de los divisionarios, llevada a cabo por los hermanos Fernando y Miguel Ángel Garrido Polonio puede seguirse en su libro *Nieve roja: españoles desaparecidos en el frente ruso* (2002). Para este caso, Fernando R. de la Flor, ha alertado de cómo una especie de “turismo divisionario está llegando hoy [al Voljov] con el afán de recuperar los restos dispersos en que han quedado, a la intemperie absoluta de las estepas rusas, las disparatadas aventuras del militarismo hispano del ayer” (2008: 39). Según se consulte un periódico de una línea ideológica u otra, la visión será diferente para este acto. Pueden verse así los casos en idénticas fechas, a la hora de evocar Krasny Bor, de *ABC* (García Nistal, 2015) y *Público* (Cantarero, 2015). La información acerca de los dos grupos de recreación histórica pueden encontrarse en <<http://d250.blogspot.com.es/>> y <<http://250skicompany.webs.com/>> (en línea; fecha de consulta: 23 de septiembre de 2016).

ESTRUCTURA Y METODOLOGÍA

La investigación se ha dividido en tres grandes bloques. El primero de ellos repasa la presencia de Rusia en la literatura española desde los viajes en los siglos XVIII y XIX de personajes como el duque de Liria y Juan Valera hasta la actualidad. Se ha estructurado en dos grandes capítulos que acogen, respectivamente, los doscientos últimos años del sistema zarista y el periodo que parte de la Revolución de octubre hasta la época reciente. Como se ha considerado a la División Azul como el elemento de mayor relevancia en el trabajo, se ha excluido cualquier referencia a la misma en este apartado para dedicarle, de manera concreta, los siguientes bloques. En el primer capítulo, además de los avatares de los ilustres hombres señalados, se ha realizado un acercamiento a las relaciones diplomáticas mantenidas entre las monarquías de ambos países, con el envío de embajadores plenipotenciarios o las reacciones a movimientos estratégicos pertenecientes a la geopolítica. Y, tras una introducción acerca de las primeras traducciones de los textos rusos de Tolstói, Dostoievski y el resto de autores al español, se ha reseñado la labor de Emilia Pardo Bazán a través de su ensayo *La novela y la revolución en Rusia* (1887), producto de unas conferencias que un año atrás había impartido en el Ateneo de Madrid. Se trata del primer análisis de importancia que se realizó en España acerca de las novelas realistas rusas. El segundo capítulo, dedicado al periodo 1917-2016, está dividido en tres partes: la primera de ellas muestra el impacto que tuvo la Revolución en el mundo editorial español, especialmente durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y el desarrollo, análogo al sucedido en otras naciones, del libro de viajes a la Unión Soviética. La segunda expone desarrolla la visión que se tuvo durante la Guerra Civil en España a través de las publicaciones *Hora de España* y *Destino* y de las novelas escritas por afines a ambos bandos sobre la contienda fratricida. Y la tercera, que sirve como cierre al bloque, es un acercamiento a la percepción que en los últimos años se ha realizado de Rusia, mediante ficciones y libros de viajes.

El segundo de los bloques repasa la trayectoria de España en la II Guerra Mundial, desde los dos años en los que el país se mantuvo, oficialmente, al margen de la contienda hasta las consecuencias que tuvo el envío de la División Azul durante la posguerra y la reconstrucción de Europa. El primero de los dos capítulos se abre con un estado de la cuestión historiográfica acerca de la unidad de voluntarios, necesaria para discriminar

aquellos trabajos que cumplen con el rigor histórico de los que por única misión tienen el alabar a la unidad sin ambages. Le sigue un repaso a las relaciones hispano-germanas previas a la Operación Barbarroja para mostrar cómo la División Azul no surgió de manera espontánea, sino que respondió a un proceso de dos años en el que se mezclaron las necesidades alemanas con los deseos españoles, lo que se clarificó en el encuentro de Hendaya en octubre de 1940 entre los dos dictadores. Desde la invasión de Rusia hasta la caída de Berlín, en la *Wehrmacht* lucharon españoles dentro de la División Azul, la Escuadrilla Azul, la Legión Azul y, de manera ilegal, en el Ejército alemán y las Waffen SS. De lo ocurrido entre 1941 hasta 1945 se realiza un acercamiento que, sin ninguna pretensión historiográfica más que la de ofrecer una contextualización previa al estudio literario, muestra las hazañas y desventuras de los voluntarios en el cerco de Leningrado y el resto de localizaciones en las que combatieron. Se cierra el capítulo con el recuerdo de aquellas mujeres españolas que, como enfermeras y madrinas de guerras, facilitaron la labor de los soldados. Ellas, por sus méritos, se han ganado el derecho a ser recordadas como *divisionarias*. Y, se cierra el bloque con un capítulo dedicado a observar las consecuencias que la presencia de la División Azul en el frente del Este tuvo tras el final de la II Guerra Mundial. La historia del grupo no finalizó ni con su disolución en 1943 y, ni mucho menos, con la definitiva derrota del nacionalsocialismo. La alianza del fascismo español con los autores del Holocausto supuso un bloqueo que mantuvo a España aislada, hasta finales de la década de 1940, en el plano internacional. Fue la ocasión perfecta para sacar a relucir la ambigua tolerancia de España con la población judía, al mismo tiempo que se realizaba un registro de personas pertenecientes a su credo. La dualidad antisemita-filosefardita se aprecia, por un lado, en la retrospectiva que muestra cómo la derecha española, desde la década de 1920, había atendido a la publicidad que había sido promulgada por libelos como *Los protocolos de los sabios de Sión* y que derivó en la conspiración judeo-masónica-bolchevique tan repetida por el franquismo y que acogería a cualquier enemigo de la dictadura; y por otro lado, en la notable actividad de varios diplomáticos españoles que gestionaron la salvación de tantos judíos como pudieron basándose en su origen sefardita –y, si este no era posible, se justificaba de cualquier manera–. La actividad llegó a tal que, Ángel Sanz Briz, cónsul en Budapest, sería nombrado por el gobierno de Israel a título póstumo como “Justo entre las naciones”. La segunda parte del bloque está dedicada a la vivencia de aquellos españoles que conocieron el horror de los campos de trabajo soviéticos. La década que penaron en el Archipiélago Gulag a la sombra de la opinión pública española significó una cruel prolongación de la

misión que los soldados vivieron lejos de su nación de origen, pero no de otros compatriotas. Compartieron tan terrible situación con antiguos pilotos y marinos republicanos, varios “niños de la guerra”, ex-divisionarios pasados al Ejército rojo y un grupo de simpatizantes comunistas apresados en Berlín. Ellos, tras el enfrentamiento que había fracturado a España, se vieron obligados a aparcarse sus diferencias políticas y a remar en la misma dirección para lograr su liberación, hecho que no llegaría hasta la muerte del tirano Stalin.

Y el tercer bloque está dedicado, de manera íntegra, a la literatura de la División Azul. Con un desarrollo paralelo que responde al espíritu comparativo de la Tesis Doctoral, se ofrece un análisis diferenciado en dos épocas: el franquismo y la época actual. La primera está compuesta por las memorias de los divisionarios, dedicadas a su paso por la Guerra Civil y la II Guerra Mundial, a esta última, o a los diez años del Gulag, las novelas que derivaron de estas experiencias personales y aquellas ficciones que escribieron quienes no formaron parte de la unidad pero encontraron motivación en ella para sus obras. Ajustadas a los grilletes de la dictadura, y en su mayoría en una misma línea temática, sorprenden en algunos momentos por las críticas, veladas o no, al régimen personalista en el que se había convertido la dictadura y el fracaso del falangismo y por la nostalgia que muestran hacia un acontecimiento tan dramático como la contienda internacional. El segundo de los periodos atiende al estudio de las ficciones escritas en los últimos años y que han tomado a la División Española de Voluntarios como tema principal o tangencial. Aunque se ahondará en ello cuando llegue el momento, para este periodo se han descartado las memorias de divisionarios publicadas en los últimos años por los ex-combatientes o por sus familiares por responder a un modelo prácticamente idéntico al que se desarrolló durante el franquismo y que no aporta ninguna novedad sustancial. En cambio, las novelas seleccionadas para el análisis cambian el paradigma del héroe, su labor en las batallas, sus relaciones con la población indígena y los alemanes y, en definitiva, aportan un punto de vista que no podía apreciarse en los textos publicados hasta 1975.

La ordenación presentada es consecuencia de un propósito claro que puede observarse a lo largo del trabajo, que parte de una cuestión general –Rusia– para, posteriormente, abordar un caso específico –la División Azul–. La distinción tematólogica se basa, en cada uno de los capítulos que abordan cuestiones exclusivamente literarias, en la relación de las novelas, memorias y libros de viaje con su contexto. Se ha desechado, por ejemplo, la opción de estudiar el caso divisionario como un conjunto único

puesto que la especificidad de escribir durante la dictadura o en pleno siglo XXI es un aspecto fundamental que influye en la elaboración del texto. Bajo esta premisa, ha prevalecido la fecha de publicación por delante de la historia personal del autor, de ahí que no se hayan incluido las memorias de ex-combatientes aparecidas en los últimos años en el capítulo dedicado a la literatura divisionaria del franquismo.

La literatura utilizada para la elaboración de la Tesis Doctoral responde a la diversidad de fuentes existente para varios de los temas capitales que ocupan el trabajo. La abundante bibliografía en el ámbito hispánico dedicada a las relaciones entre España y Rusia en los diferentes periodos tratados y, sobre todo, la que versa sobre el franquismo, ha aportado los necesarios datos históricos en los que se desarrolla este estudio. La digitalización, que facilita el acceso a textos que por condiciones de conservación haría imposible el uso constante por parte de los investigadores en pro de su perdurabilidad, ha permitido que la información primaria requerida en torno a las publicaciones *Destino* y *Hora de España*, así como de varios libros de viajeros españoles a Rusia entre 1700 y 1900 que no han sido reeditados y cuyas primeras ediciones pueden consultarse desde cualquier computadora, ha sido un factor fundamental en este trabajo. Desde aquí, quiero mostrar la gratitud y el reconocimiento a los trabajadores y sostenedores de la Biblioteca Digital Hispánica y la Hemeroteca Digital Hispánica, ambas pertenecientes a la Biblioteca Nacional de España, y a la sección “Fons digitalitzats” de la Biblioteca de Catalunya. Al mismo tiempo, para la consulta de artículos publicados en revistas de carácter académico, además de la clásica consulta en las Hemerotecas de la Biblioteca de Castilla–La Mancha y la Biblioteca Nacional de España, se ha recurrido a repositorios como Dialnet, *Periodical Archive Online*, *Jstor* y *Google Scholar*. En este sentido, el acceso a la documentación a través del servicio Plinio de la Universidad de Castilla–La Mancha, por avatares de contraseñas y cuentas que aún se mantienen en activo, ha facilitado el acceso a libros digitalizados en bases como *Ebesco*. Para una Tesis que, en una de sus partes, versa sobre el franquismo, no hay que olvidar la consulta de los expedientes de censura literaria conservados en el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares. Y, poco nombrado pero no menos importante, la labor de las librerías de viejo que, agrupadas en el portal Iberlibro, facilitan a precio de saldo libros de un valor incalculable para quien los ha utilizado en esta Tesis. Sin ánimo propagandístico, encomiable en este caso ha sido la labor de la madrileña Librería Alcaná.

Para la elaboración de esta Tesis se han seguido los trabajos de los diferentes especialistas del panorama académico literario dentro de los temas abordados. El trabajo

es deudor de los aportes en el campo literario, entre otros, de Fulgencio Castañar, Francisco Caudet, Gonzalo Santonja, Víctor Fuentes, José Antonio Pérez Bowie, Manuel Aznar Soler, Maryse Bertrand de Muñoz, Ángel Luis Encinas Moral o José-Carlos Mainer. Evidentemente, este no es el primer trabajo que se presenta sobre la División Azul. Con la mayor fidelidad se ha atendido a la larga lista de estudiosos que se han acercado al tema, como Xavier Moreno Juliá, José Luis Rodríguez Jiménez, Jorge M. Reverte, Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tambs o Raymond Proctor. Como muestra la lectura de las páginas que siguen, la Tesis Doctoral continúa principalmente la línea de los trabajos presentados en diferentes manuales, artículos y congresos internacionales por el profesor de la Ludwig–Maximilians–Universität München Xosé Manoel Núñez Seixas, impulsor de una memoria justa y rigurosa con el grupo divisionario.

El sistema de citación empleado sigue las normas de la MLA, con la variante que indica en todo momento el año de la edición manejada –independientemente de que sea la única referencia del autor en todo el trabajo–. Entre el apellido y el año se incluye una coma y a este último le siguen dos puntos cuando sea necesario indicar la página o el tramo de páginas del texto. Para la bibliografía, en cambio, se ha utilizado el sistema de la Universidad de Harvard con el año entre paréntesis tras el autor, al igual que para facilitar la labor se ha dividido la bibliografía en fuentes primarias –literarias– y fuentes secundarias –aparato crítico–. Para el único archivo consultado, el Archivo General de la Administración, se ha utilizado la abreviatura AGA, seguida del número de caja y de expediente y, cuando ha sido necesario, se ha acompañado de la hoja numerada concreta de la galerada del texto incoado. Si, por ejemplo, se ha consultado el expediente 752 de la caja 21/10356, y dentro de ella se ha señalado la tachadura de la hoja 12 del manuscrito, se hará saber de la siguiente manera: (AGA, caja 21/10356, exp. nº 752, galerada folio 12).

BLOQUE I: RUSIA EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA

1. LA RUSIA DE LOS ZARES

1.1. INTRODUCCIÓN A LAS RELACIONES HISPANO-RUSAS: ENTRE LA ESTABILIZACIÓN Y LA DISCORDIA

Remarcar la similitud entre España y Rusia, a pesar de la distancia existente entre ellas, se ha convertido en un tópico. Así lo han afirmado Pedro Bádenas y Fermín del Pino: “Muchas veces hemos oído comparar la cultura española con la rusa como mundos paralelos, aunque alejados espacialmente uno del otro por ocupar los extremos del continente europeo, uno al Sur y otro al Este, y caracterizados como marginales respecto de los demás países europeos” (2006: 7). Para comprobar que este fenómeno tiene un largo recorrido, se hace necesario realizar un repaso global de los contactos entre ambos países desde el reinado de Felipe V hasta el de Fernando VII⁹.

La dificultad que implicaba la travesía en tiempos remotos no significó la renuncia de los líderes de los dos Estados y de varios de sus ciudadanos a establecer una vía de comunicación. El poder decadente de uno y la incipiente toma de relevancia del otro en el ámbito internacional propiciaron que, desde el siglo XVIII, las relaciones tomaran carácter de regularidad. Con Pedro I en el trono y la problemática de la Cuádruple Alianza, en España el cardenal Alberoni intentó pacificar a Rusia con Suecia para formar, junto a ellos y los jacobitas escoceses, una coalición que propiciara confrontar a sus rivales y un futuro desembarco en Inglaterra. Firmada la paz de Nystad –1721–, el ya autoproclamado como zar Pedro I el Grande ordenó al agente Petr Ivanovic Blemisev marchar a España para observar la entrada y la posibilidad de obtener aquí los diferentes metales procedentes de América. Esto, sumado a la alianza entre ingleses y suecos, llevó al mandatario ruso a instar al príncipe Kurakin, su embajador en La Haya, proponer el

⁹ El estudio de las relaciones entre España y Rusia para el periodo indicado ha sido tratado por Ana María Schop Soler (1984). Este ensayo, que sirve como base para lo expuesto a continuación, estudia de manera detallada las vicisitudes aquí planteadas. Especialmente se recomienda acudir a él si se tiene interés en conocer la influencia del continente americano en los tratos entre ambas naciones que aquí, por motivos de espacio, han sido marginados intencionadamente. Cabe indicar que, anteriormente, Carlos II había recibido cuatro misiones diplomáticas de Rusia: la inesperada legación de Piotr I. Potemkin entre 1667 y 1668 que, en nombre del zar Alejo, fue enviada con el pretexto de enviar sus respetos al monarca español; a Andrei Vinius –naturalizado Andrés Vinio– para pedir apoyo contra el enemigo otomano en 1672 con motivo del enfrentamiento entre sus aliados polacos y los turcos; en 1681 regresó Potemkin, tras el advenimiento del zar Fiodor Alexeivich para realizar una propuesta de comercio a través del puerto del Arcángel con la intención de intercambiar sus productos por moneda de oro y plata española; y, finalmente, en 1687 el príncipe Dolgoruki llegó a Madrid para insistir en la realización de una alianza contra la Puerta (Fernández Izquierdo, 2000: 80, 92, 97 y 106).

intercambio de embajadores entre ambas naciones¹⁰. El encargo al plenipotenciario llegó a buen puerto y, en 1722 el príncipe Golitsyn fue designado para su puesto en Madrid, presencia que fue en aumento al año siguiente, cuando se inauguró un consulado en Cádiz con evidentes intenciones de cara al comercio marítimo. La frustración de estas relaciones, debido a la alianza de España con Francia e Inglaterra contra el emperador del Sacro Imperio y aspirante al trono el archiduque Carlos, conllevó a la retirada de los representantes de ambos países de sus posiciones en 1730. A Madrid regresó Jacobo Fitz James Stuart, duque de Liria y Jérica, cuya experiencia será tratada con detenimiento ya que fue reflejada en el *Diario de Moscovia* (1889), una de las primeras recopilaciones de importancia sobre la Rusia del momento. Aunque no estableció, como se le había encomendado, un convenio hispano-ruso en contra de los intereses ingleses debido a que, precisamente, los problemas entre España y Gran Bretaña cesaron a raíz de la celebración del Congreso de Soissons –1728-1729–, su estancia en Rusia es muestra de la importancia que el país zarista tomaba en el ámbito internacional (Schop Soler, 1984: 24-28; Alekséev, 1975: 41-43). El siguiente movimiento fue el envío fallido del conde de Bena a San Petersburgo, acto que fue correspondido al designar a Alexei Pushkin como representante en Madrid. El noble debía conseguir la neutralidad de Rusia en la Guerra de Sucesión al trono austriaco y, si fuera posible, su filiación junto a las potencias borbónicas, a pesar de la falta de interés en los poderes de la capital rusa. Pero el viaje no se llevó a cabo al ser víctimas el zar Ivan VI, la regente Ana Leopoldovna y el resto de la familia de una intriga palaciega que les arrebató el poder y designó a Isabel Petrovna, hija de Pedro I, zarina de Rusia. El conde, enterado en París de los hechos, pospuso su marcha, misma acción que llevó a cabo su homólogo ruso. Se abortó la misión cuando los nuevos dirigentes se aliaron del lado de Inglaterra (Palacio Atard, 1993: 271-272 y 278-279 y Kovács, 1999: 578). De todos modos, es interesante observar las instrucciones de Felipe V como muestra del estado de los contactos en ese preciso momento:

Procuraréis con el mayor conato (como que es hoy el fin principal de vuestro Ministerio) saber la fuerza y vigor en que se considera allí a la Pragmática Sanción y si se piensa en sostener al Gran Duque, ya con lo estipulado por la garantía que ofreció la difunta Zarina, o ya con todo el esfuerzo que cabe en tan formidable potencia; y en cualquiera de los dos casos, trabajaréis, por

¹⁰ “Con el advenimiento de Pedro I el Grande (1689-1725), y a raíz de su autoproclamación en tanto que Emperador, las relaciones entre España y Rusia entraron en una nueva fase. Ya no se trataba ahora de hacer frente a los turcos. Para el zar de Rusia, los enemigos en aquel momento eran los suecos, y su gran anhelo era transformar definitivamente a Rusia en una potencia de peso en Europa, capaz de convertirse en un aliado respetado” (Schop Soler, 1984: 24).

todos los medios que os sugiera vuestra habilidad, en atravesar los efectos de tales ideas, avisando lo que en este particular ocurri[e]re, por si se puede suministraros algunos materiales que faciliten el intento (*apud* Espadas Burgos, 1991: 122).

Durante los trece años que gobernó Fernando VI Rusia fue más un problema teórico que político. Pero con Carlos III en el trono se sintió una gran preocupación por las victorias de Rusia en la Guerra de los Siete años –1756-1763– y su expansión hacia el Atlántico, al considerarse en peligro las colonias de la América septentrional, noticias que confirmó el embajador español en Rusia desde 1761 hasta 1763 Pedro Francisco de Luján y Suárez, marqués de Almodóvar. Desde la legación de San Petersburgo se recibieron informes sobre todo tipo de cuestiones –política, militar, comercial, vida de la emperatriz, costumbres y arte– aunque resaltaron sobremanera los diferentes movimientos de la marina rusa en el Mediterráneo¹¹. Se tenía conocimiento previo de la llegada de navíos rusos a Menorca, en poder de los británicos por aquel entonces, aunque por otro lado se permitía su presencia para hacer gala de la amistad existente. Precisamente fue el tema marítimo el que dio lugar al establecimiento, en 1775, de una vía directa de comercio entre los puertos de Barcelona y Arjanuguelsk en el mar Blanco, que venía precedida de la intención, una década antes, de enviar a España transportes con productos rusos. A pesar de estas iniciativas, el primer consulado español comercial no se creó en San Petersburgo hasta 1786. Antonio Colombi y Payet fue el representante de los intereses de la corona en la capital del imperio (Taracha, 2012: 59-62). Mario Zucchitello ha resaltado, en la biografía que ha realizado de este personaje, su capacidad para moverse en la sociedad de San Petersburgo y la habilidad con la que desempeñó su cargo:

La diversificació i perspiciàcia en els negocis, la formalitat, l'honradesa, la gran capacitat de treball, les amistats i el suport d'altres personalitats del món santpetersburgenc li havien permès d'assolir ben aviat un gran crèdit com a comerciant i tenir la clau necessària per obrir moltes portes (...) L'activitat de Colombí, des del punt de vista comercial, personal i consular, fou decisiva per fomentar les exportacions espanyoles a Rússia. Els consells, les observacions i les informacions que anà trametent contínuament a Madrid i que resultaven d'una experiència valuosa serviren al govern per elaborar els diferents projectes d'un tractat comercial entre els dos països. Si després no s'arribà a concloure'l, no fou degut a la manc d'interès del cònsol general o

¹¹ Véase, por ejemplo, lo que dice el marqués de Almodóvar, en una de sus cartas a Ricardo Wall, acerca de la emperatriz Catalina II: “el carácter genial de esta Princesa no la permite quedarse en los límites de un pasajero enojo ni de vencerse a un prudente silencio; incapaz de darse por convencida, siempre quiere ser la última a hablar [sic] sin mudar un punto del tono con que empieza” (*apud* Fuensanta del Valle, 1893: 290).

dels ministres plenipotenciaris espanyols que se succeïren a Sant Petersburg, sinó a factors polítics, especialment a la desastrosa aliança amb França, volguda per Godoy el 1796 (2008: 86 y 99).

Durante estos años, concretamente entre 1777 y 1792, la responsabilidad de gestionar las relaciones exteriores de España había caído en manos de José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca. Se trata de una importante época de transición entre los reinados de Carlos III –fallecido en 1788– y Carlos IV y, si se atiende a los hechos revolucionarios franceses, de vital significado para el cargo de Secretario de Estado que ostentaba. Cezary Taracha ha estudiado el papel que desempeñó España en los conflictos que se dieron entre Rusia y el Imperio Otomano, su antiguo y clásico enemigo oriental. Las relaciones con la Puerta se habían normalizado durante el reinado de Carlos III y las rivalidades pasadas se habían transformado en fructuosos tratos comerciales¹². El inicio de las hostilidades ruso-turcas y las victorias rusas preocuparon en la corte de Madrid, por lo que se trabajó en sintonía con los movimientos de los franceses, que detectaron a tiempo el crecimiento de la influencia rusa en el ámbito internacional. La coordinación de la labor de los dos países vecinos dio lugar a la firma del Tratado de Kuchuk-Kainarzhi y la intención de establecer el comercio de productos polacos a través del río Dniéster y el mar Negro (2012: 72-73). Como ha señalado Ana María Schop Soler, el inicio de las hostilidades con Inglaterra en 1779 obligó al conde a considerar a Rusia como una posible aliada de los británicos. Esta asociación habría supuesto, para el imperio zarista, una inestimable ventaja ya que, debido a su incipiente presencia en América, colaborar en la derrota española le permitiría entrar en el reparto del botín. Floridablanca leyó esta situación y procuró que Rusia no pactara con el enemigo y se uniera a la causa propia. La labor del político propició, según la autora, que la *Neutralidad armada* –1780– declarada por Catalina II respondiera, además de al interés por custodiar el comercio marítimo ruso, a una motivación política provocada por las acciones diplomáticas españolas. Este hecho debilitó las relaciones ruso-británicas al mismo tiempo que fortaleció la influencia española al menos hasta la Paz de París –1783–¹³. Los últimos tres años en los que ejerció el conde su influencia intentó actuar como pacificador respecto al conflicto que mantenían

¹² “El interés de España en Turquía era evidente, no sólo como obra de prestigio, sino también comercial. El 24 de abril del mismo año de 1783 se canjearon en Constantinopla la ratificación del Tratado de Paz y Comercio entre España y la Puerta Otomana que en 1782 se había firmado en aquella Corte” (Sánchez Diana, 1952: 598).

¹³ La indisposición de los ingleses hacia Rusia es normal si se tiene en cuenta que incluso se llegó a ofrecer la posesión de la isla de Menorca. El rechazo ruso de uno de sus territorios más atractivos no tuvo que ser tomado con agrado por parte de la corona británica (Sánchez Diana, 1952: 595-596).

Rusia y Suecia –1788-1790– con la intención de ganar apoyos entre los países nórdicos –al igual que había intentado anteriormente el cardenal Alberoni–. Sus propósitos no fueron a más cuando, tras salvar los papeles Gustavo III de Suecia, se firmó en 1790 la Paz de Verelä.

El privilegio de Carlos IV sobre el conde de Floridablanca recayó, en 1792, en Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Las dos cuestiones que movieron al *favorito* respecto a Rusia en los primeros años fueron los movimientos de esta en el Mediterráneo y el ya citado fracaso respecto al acuerdo comercial que había preparado el cónsul Colombí y Payet en San Petersburgo y que no se firmó por el acercamiento a los franceses. Desde 1795 varios acontecimientos alejaron a Madrid de San Petersburgo: la firma con Francia de la Alianza de San Ildefonso –1796– contra Gran Bretaña, aliada rusa; el nombramiento de Pablo I como zar y la ocupación de Napoleón Bonaparte de la isla de Malta. La Orden, en una lastimosa situación económica, se acercó al nuevo monarca ruso para su supervivencia y llegó a nombrarle *Protector* de la misma, título que tras el movimiento de Bonaparte se transformó en Gran Maestre de la Orden de Malta. Evidentemente, España se negó por cuestiones políticas y religiosas a darle tal trato, lo que le llevó a Pablo I a la insólita, inefectiva y discutida decisión de declarar la guerra a España en 1799 (1984: 31-42). Además, para estos años, lo que no ha indicado esta autora y sí Olga Volosiuk es el llamativo nombramiento, por parte de Godoy, de Gaspar Melchor de Jovellanos como representante en la capital del imperio zarista. La designación gustaba a sus amigos y enemigos, que pretendían alejarle de España: unos lo deseaban movidos ante una posible intervención de la Inquisición sobre su persona, debido a la polémica que suscitó el *Informe sobre la ley agraria* que había terminado con éxito tres años atrás. Otros tenían motivos tan concretos como el odio que sentía por él la reina María Luisa de Parma (1988: 323-324). Finalmente, como señala su pupilo y biógrafo, Juan Agustín Cean Bermúdez, Jovellanos fue llamado a la corte de Madrid para convertirse en ministro de Gracia y Justicia por el príncipe de la Paz (1989: 63). El descontento por el nombramiento, en el que según le comunicó a su amigo de la infancia el canónigo Carlos González Posada estaba “envuelto no menos que el sacrificio de toda mi felicidad” (*apud* Busto, 1981: 673), fue manifestado en la entrada del 16 de octubre de 1797 de su diario:

Me había retirado yo a escribir en el *Informe* al Sr. Lángara, cuando oí que acababan de llegar de Oviedo, mi sobrino Baltasar, y el oficial Linares. Iba a salir, cuando éste entró ofreciéndome sus brazos y dándome la enhorabuena. “¿Cómo?” “Está Vm. hecho embajador de Rusia”. Lo tengo a burla; se afana

en ello. “*Hombre, me da un pistoletazo. ¡Yo a Rusia! ¡Oh, mi Dios!*” (...) *Cuanto más lo pienso, más crece mi desolación.* De un lado lo que dejo; de otro, destino a que voy; mi edad, mi pobreza, mi inexperiencia en negocios políticos, mis hábitos de vida, dulce y tranquila. La noche, cruel (1967: 250).

El reinado de Pablo I se caracterizó por su brevedad –provocada por sus infaustos movimientos políticos– y en 1801 fue Alejandro I, su hijo y nuevo zar, quien se encargó de firmar la paz con España. El siglo comenzó con el envío del conde de Noroña a San Petersburgo como embajador y la buena disposición del emperador hacia España, debido al engaño que había sufrido acerca de la figura de Napoleón Bonaparte, al cual había admirado por la influencia que su preceptor suizo había tenido sobre él en su educación. En este tiempo, Godoy intentó implicar a las fuerzas nórdicas respecto a la lucha anglofrancesa en una alianza neutral, algo que deseaba también Alejandro I, pero que no pudo llevarse a cabo cuando firmó el Tratado de Subsidio con Francia. A estos hechos les siguió el secuestro de barcos españoles en Cádiz por parte de Inglaterra. Ante estas hostilidades, Rusia medió a través del joven pero hábil diplomático barón Grégoire de Stroganov, con una intención pacificadora pero también como símbolo del protagonismo que deseaba tomar el zar como árbitro de los conflictos que se sucedían en el ámbito internacional. En este contexto, con las heridas de Trafalgar y Austerlitz para ambos gobiernos demasiado recientes, llegó Stroganov a Madrid, donde sufrió el desprecio de Godoy. Pero el ministro tuvo que rectificar su actitud cuando Napoleón propuso que Fernando IV, el rey de las Dos Sicilias, se asentara en las Baleares en un nuevo reino, ante lo que el zar se opuso. La alianza contra Napoleón, en lugar de la neutralidad, tomaba forma en el *favorito* sobre todo tras la pérdida de Buenos Aires –1806– en favor de los ingleses. Estos, conocedores de la precaria situación de España, manifestaron a los rusos que, para la unión de España, se exigía de ella una manifestación totalmente contraria al emperador francés y que rehusara reclamar los territorios obtenidos por ellos con las armas. El rechazo a estas condiciones le llevó a cambiar de nuevo el rumbo de su política exterior y entrar en el conocido callejón sin salida que le mandó fuera del país tras los hechos de Aranjuez. Y los rusos, derrotados por los franceses, se vieron obligados a readaptar su política hacia España y tratar con José I (Schop Soler, 1984: 42-46 y 52-66)¹⁴.

¹⁴ Ana María Schop Soler, al final del ensayo que dedicó a las relaciones entre España y Rusia durante el reinado de Carlos IV, se hace una interesante pregunta –sin respuesta– respecto a la actitud de Manuel Godoy con Rusia en la debacle de su poder: “Nosotros, como conclusión, podemos solamente plantear el

Dentro de las reacciones sucedidas durante la invasión en España, cabe destacar la actitud del zar Alejandro I. El zar reconoció al nuevo mandatario, empujado a ello tras la firma de los Tratados de Tilsit –1807–, por el desahogo que suponía para su país que Napoleón tuviera un frente abierto en España y como respuesta a la insurrección que, en su opinión, solo representaba problemas para el país ocupado ya que entre los propios levantados había diversas opiniones. Por su parte, la Junta Central de Sevilla, que aglutinaba la representación de la España libre, buscó en Rusia una aliada, lo que se intensificó con el apoyo que esta idea recibió de la Junta Supremo Central Gubernativa del Reino, sita en Aranjuez. Gracias a este último organismo se reactivó la conexión entre dos personajes que habían tenido relevancia en las relaciones hispano-rusas: el conde de Floridablanca y el cónsul Antonio de Colombí y Payet. El representante de negocios, fiel borbónico y tan bien situado que el propio zar había influido en su matrimonio, jugó sus cartas dentro de las altas esferas con Koselev, amigo personal del rey ruso y miembro del Consejo de Gobierno, contrario al afrancesado conde Rumjancev, encargado de las relaciones exteriores rusas. Hizo circular un folleto sobre la situación en España para buscar el plácet ruso e incluso, aunque se desconocen las órdenes exactas que le dictó Floridablanca, se propuso para fijar la alianza buscar el matrimonio de Fernando VII con la hermana de Alejandro I, Anna Pavlovna¹⁵. A pesar de los esfuerzos, la misión de Colombí fue infructuosa. La Junta insistió en buscar la alianza con Rusia, para lo que designó a Joaquín de Anduaga, antiguo miembro de la embajada en San Petersburgo, como emisario para comunicarse con el zar, encomienda que tampoco tuvo buen fin, pues se tiene solo certeza de que tal personaje llegó a Gotemburgo desde Londres¹⁶. En 1809 continuó el acercamiento con la intención de que el conde de Noroña, quien fuera embajador durante la época de Carlos IV, realizara tal misión, ante la que se negó. Tras el fallo de la vía diplomática, y también empujados por el interés personal, se pretendió establecer el contacto comercial marítimo entre ambos países. Pero la solución definitiva

problema siguiente: ¿se hubiese evitado la invasión napoleónica de haber aprovechado el príncipe de la Paz las posibilidades que le ofrecía la alianza rusa? Esto será siempre un enigma” (1971: 144).

¹⁵ Aunque no en la misma fecha, y con una situación más favorable, esta cuestión se volvió a sugerir: “En 1811 se habían establecido relaciones diplomáticas entre Rusia y las autoridades de Cádiz, nombrando España a Cea Bermúdez ministro en San Petersburgo y encargándole que negociara la boda de Fernando VII con una hermana del zar Alejandro (...) Un tratado entre los dos países aseguraría una perpetua amistad entre ambos” (Olivie, 1999: 79).

¹⁶ Como ha señalado Leopoldo Stampa Piñeiro, “Anduaga carecía de medios para realizar el viaje y tampoco pudieron financiárselo los diputados que habían venido a Inglaterra a pedir y no a dar” (2011: 133).

vino de la mano de Francisco de Cea Bermúdez¹⁷. Enviado como agente comercial para no despertar sospechas, contactó con Colombí durante su primer viaje en diciembre de 1810. De vuelta a España en abril de 1811 informó de avances de tropas en las fronteras occidentales de Rusia y de la actitud positiva de Alejandro I, incrementada por la interpretación que de ella hacía el entusiasmo de Colombí. El aspecto que no gustó tanto, y que el cónsul catalán había indicado, era el coste económico que la ayuda podía tener para España, asunto que la Junta no admitía. Poco después, en el mes de julio, Cea marchó a Inglaterra para buscar el apoyo inglés a la causa rusa y la aportación de subsidios para la misma. Aunque la reconciliación no era un problema, sí lo era el dinero que reclamaba el representante español. Desde Posrtsmouth, a finales de agosto, partió de nuevo a Rusia para buscar el soporte definitivo del zar. Ya sin Colombí, fallecido en marzo, consiguió que se firmara el Tratado de Velikie Luki entre ambas naciones que, por otra parte, respondía a las diferentes alianzas militares o económicas contra Napoleón que había establecido Rusia con Prusia, Suecia, Turquía, Portugal e Inglaterra. Cabe señalar que el acuerdo situó a Cea Bermúdez en una posición favorable en San Petersburgo (1984: 79, 87-89, 107-110, 115-119 y 124-128)¹⁸.

Como indicó Carmen Llorca Vilaplana, tras la etapa napoleónica y el Congreso de Viena, en el que España fue un actor secundario, Alejandro I fijó en España sus atenciones para procurar su adhesión a la Santa Alianza. Así, en 1817 firmó el Tratado de Viena, se revisó el problema de Euria en favor de los Borbones y es en el Congreso de Aquisgrán donde se mostró favorable a España respecto a los levantamientos en Brasil. El zar, presentado por la autora como adalid de la paz –no hay que olvidar su contrariedad ante los levantamientos en España–, agradeció así que Fernando VII no tomara la vía de las armas en esta cuestión y se llevara a consulta de la Santa Alianza (1950: 722-724). En el ámbito exclusivamente hispano-ruso y dentro de la primera etapa absolutista, es el caso de los barcos rusos el más conocido del momento: como han estudiado Nikolay W. Mitiuchov y Alejandro Anca Alamillo (2009: 22-54), Fernando VII, para reestablecer el poder en las colonias americanas, solicitó, en un primer momento, la construcción de

¹⁷ No confundir con el biógrafo de Manuel Godoy y casi homónimo en apellidos Juan Agustín Cean Bermúdez.

¹⁸ Eduardo R. Eggers y Enrique Feune de Colombí, sus descendientes, han indicado que su labor le dio “fama de consumado diplomático”, lo que se ratificó cuando “el 10 de septiembre de 1812 fue nombrado Cónsul general, sucediendo oficialmente al difunto Antonio Colombí; el 18 de octubre fue designado Caballero supernumerario de la Orden de Carlos III. El 21 de noviembre, Zea «lleno de júbilo y satisfacción», cumplió con la misión que le confiara el Ministro Gómez Labrador de entregar a Su Majestad Imperial un ejemplar de la Constitución de España, obsequio que el Zar agradeció” (1958: 52-53).

barcos en astilleros rusos. Como tal empresa llevaría un tiempo del que no se disponía, se optó por la compra de 4 barcos de línea y entre 7 y 8 fragatas de la flota rusa. Las naves que llegaron a España lo hicieron en penosas condiciones o solo prestaron servicio durante unos pocos años, algo que, por otro lado, era lo esperado si se atiende la situación a la duración media de unos ocho años que tuvieron algunos buques de la propia marina rusa. Han señalado los autores que, al considerar la monarquía española los barcos de baja calidad, no se llevó a cabo la totalidad del pago. Y también, con la intención de zanjar la polémica que puede suscitar este tema, han calificado “todo este *affaire* como una sucesión de desgraciados despropósitos e intrigas palaciegas, lo que desembocaría en un escándalo sin precedentes de desastroso enlace” (2009: 57).

Tras el pronunciamiento de Riego, el zar se vio ante la ambigüedad que implicaba rechazar cualquier acto de subversión hacia el poder establecido y el texto firmado en 1812, en el que reconocía la Constitución de Cádiz que el militar español reinstauró, lo que resolvió manteniendo dos posturas que respondían a tal situación: mientras en el plano público respetaba la instauración parlamentaria, en secreto trataba de ayudar a su coaligado. El gobierno ruso presentó, a través de sus embajadores, un documento a las grandes potencias en el que instaba a sus aliados a frenar los movimientos en España mediante la amenaza de aislamiento, intento que fracasó. Tras los tres años en los que tuvo que convivir con el poder reformador, Fernando VII encontró en Rusia, tras su vuelta al poder, a un aliado motivado, principalmente, por el anhelo de resolver los problemas coloniales. De hecho, la cuestión americana fue el tema central de las relaciones hispano-rusas durante la década ominosa. En este ámbito, el intento de establecer contactos comerciales de Rusia con Filipinas no fue del agrado español. Al mismo tiempo, el zar deseaba que el rey español interviniera ante la independencia de Brasil, donde los intereses rusos –habían fijado allí una embajada tras la huida del monarca portugués durante la invasión francesa– podían verse interferidos por las acciones inglesas y estadounidenses en favor de la independencia del resto de colonias. La propuesta rusa incluía el envío de una flota de la Alianza para colaborar en la reconquista de Brasil y la intromisión en los asuntos españoles para proponer reformas en sus territorios de ultramar que calmaran a los sediciosos. Precisamente, la regencia y el constitucionalismo de Portugal en 1826 fueron motivo de preocupación para Fernando VII, que temía el paso de tales ideas a España. Consultó en este sentido, a través de su embajador en San Petersburgo Sáez de la Cadena, al nuevo zar, Nicolás I, quien le solicitó no intervenir en los asuntos del país vecino y le aseguró que, en caso de contagio ideológico, podría contar

con su ayuda. A pesar de esto, la indecisión del monarca ruso chocaba con la política mantenida con su predecesor, mucho más en la línea del absolutista mandatario español. La Revolución de 1830 en Francia fue motivo de alarma respecto a los posicionamientos de los españoles exiliados en la frontera francesa, hechos por los que el zar mostró su inquietud al embajador español. Y, para finalizar, cabe señalar la negativa de Rusia, en 1832, de apoyar la intervención de España en favor del rey Miguel en Portugal. Como se puede apreciar, en estos diez años las relaciones hispano-rusas se entretuvieron en tratar temas secundarios y fueron el preludio de la inexistencia, tras la aprobación de la Pragmática Sanción y la subida al trono de Isabel II, de treinta años de acercamientos entre ambas naciones. Los contactos se reanudaron tras la Guerra de Crimea con el envío del duque de Osuna, quien fue acompañado de Juan Valera, cuya correspondencia desde Rusia es un documento vital para conocer la visión española del país en la segunda mitad del siglo XIX (Schop Soler, 1984: 266-274, 333-334, 338-339, 345-350, 375-376, 383 y 394 y Cámara, 2010: 451).

1.2. RELATOS DE LA RUSIA EXÓTICA

A la hora de hablar de exotismo en la literatura, Francisco Lafarga ha señalado un abanico de matices a tener en cuenta: el término puede referirse a la sola descripción de un país diferente del propio, que se conoce por la experiencia o por la documentación previa; un método de huida de la realidad; un intento de conocimiento; un ornato literario; su uso para la crítica social y filosófica; o un exotismo exacto, realista, elaborado por los escritores que narran sus desplazamientos y cuya visión no es la de un cualquiera (1994: 174). José María Fernández Cardo ha considerado que “aquello, que no soy yo ni es lo mío”, es decir, “[cómo] la representación del extranjero y de lo extranjero en la literatura en ocasiones la instituye y constituye como tal” es un paradigma literario (1989: 374). Para el caso de los viajeros al país zarista, el exotismo se ciñe a la visión que aportaban de una nación a la que acudían, ya fuera por motivos de trabajo o por placer: se trata de libros de carácter puramente descriptivo que, por fortuna, fueron elaborados en varias ocasiones por literatos como Lewis Carroll, Rainer Maria Rilke o Juan Valera, o personas de vasta cultura como el Príncipe de Ligne o el duque de Liria y Jérica. La atracción que ejercía Rusia era motivo suficiente para que todo aquel que estuviese dispuesto a llegar hasta allí se enfrentase a una travesía larga, llena de misterio y en la que no se tenía la certeza de regresar al punto de partida, pero cuya sola experiencia ya hacía que el esfuerzo tuviera su recompensa. Susan Sontag señaló el poder de atracción del viaje hacia tierras rusas:

Es una tierra cuyas costumbres y energías han sido perennemente deploradas. Desde Iván el Terrible, el primer monarca moscovita que cautivó la imaginación de Europa, las crónicas sobre la infamia de la sociedad rusa han constituido una rama floreciente de la literatura de viajes occidental. Las únicas crónicas contrarias memorables –aquellas escritas por los visitantes de los años treinta a los cincuenta, precisamente el periodo del Gran Terror, sobre los grados de libertad y justicia sin precedentes alcanzados en la Unión Soviética– han fortalecido esta tradición (2010: 336).

Como ha indicado García Martín, la elección de la confesión ortodoxa en vez de la romana por parte de Vladimir el Grande en el siglo X fue “decisiva en su evolución histórica al margen de Europa occidental” (2012: 44) e implicó la aparición en escena del

otro cristiano¹⁹. El ruso era observado como extranjero pero, sobre todo, como hereje, por lo que la disyuntiva fiel-infiel tuvo mayor importancia que la formada por las parejas europeo-asiático y occidental-oriental. En vez de ser visto como el hermano cristiano, el habitante del país moraba con los tártaros y establecía algún tipo de parentesco con los escitas o sármatas, situados en unos límites orientales más lejanos aún que la ya casi inalcanzable Rusia (Smotki, 2009: 680)²⁰. Aunque en su ensayo sobre viajeros españoles por países exóticos a lo largo del siglo XIX, Lily Litvak (1987) se ha centrado en África, América Latina y China, y ha excluido la experiencia en Rusia, en ningún momento ha expresado su contrariedad hacia la idea de incluirla como destino exótico. En el lado opuesto, Orlando Figes (2006) ha rechazado el exotismo al señalar cómo este cliché es observado con recelo por parte de los propios rusos, quienes culpan a Occidente de no entender su cultura y solo esperar la representación en el arte ruso de una serie de estereotipos –motivos tradicionales, cúpulas con forma de cebolla o repiques de campanas–. Ha insistido en cómo la tradición europea a la que pertenecían las figuras de la cultura rusa penetraba en todas sus manifestaciones y formaba una dependencia mutua

¹⁹ Si se atiende a la leyenda, la llegada del cristianismo a Rusia ofrece la siguiente explicación: el príncipe Vladimir, de creencias paganas, ofreció el sacrificio humano de un joven cristiano de la tribu de los Varegos a Perún, dios del sol, del rayo y del trueno. Tras oponerse el desgraciado elegido, este y su padre fueron asesinados por el gentío, ante lo que quedó asombrado el mandatario. Dispuesto a cambiar la creencia del pueblo, consultó sobre cuál era la mejor manera de venerar a un único Dios y, tras rechazar el judaísmo y el mahometismo, envió emisarios que rechazaron lo visto en mezquitas e iglesias alemanas de rito latino, mientras que les agradó lo observado en las iglesias de los griegos. Según este criterio, se adoptó este último credo como el sustituto al politeísmo anterior (Tsiamparlis, 2006: 61-62).

²⁰ El diferente entendimiento del credo se unía la visión exótica del lugar, rasgo que precisamente ha identificado Stalmach para el caso de los viajeros franceses del siglo XIX, sin olvidar su situación en la periferia del continente y su permeabilidad con la cultura bizantina (2006: 297). Ante tal confusión, no es de extrañar que los viajeros franceses fueran allí para observar de primera mano cuál era la realidad. Dentro de ellos se encontraba el Marqués de Custine, quien publicó *La Russie en 1839* (1843), un libro en el que presentó “una fuerte y negativa descripción y valoración del régimen del zar Nicolás I” (Stalmach, 2006: 300), influido principalmente por las ideas preconcebidas que llevaba desde París y por un acontecimiento personal que había condicionado su vida desde la infancia: el ajusticiamiento de su abuelo y su padre a causa de la Revolución Francesa. En su relato realiza un revisionismo histórico de los diferentes zares de Rusia, y es uno de los pocos en los que se puede hallar una visión negativa de Pedro I: “prototipo y modelo del imperio y de los emperadores contemporáneos, es una extraña mezcla de grandeza y de miseria” (Marqués de Custine, 1953: 114). Hay que añadir dos apuntes: por un lado, la figura del Marqués en la Rusia actual tiene vigencia, ya que el cineasta Alexandr Sokúrov la utilizó para la película *El arca rusa* (*Russkiy kovcheg*, 2002), ejercicio fílmico realizado bajo una única toma de noventa y cinco minutos en la que el Marqués de Custine guía al director a lo largo del palacio del Hermitage en San Petersburgo, en cuyas salas se representan diferentes momentos de la historia de Rusia, tanto en la época imperial como soviética. Por otro lado, el texto de Custine fue aprovechado durante la España franquista para su reedición bajo un título de libre traducción, *Rusia, ayer como hoy*, de carácter “combativamente antisoviético” (Romero Tobar, 2005: 137) y que según su editor contaba con una actualidad tal que muchos pasajes podrían aparecer “sin retoques como artículo editorial de un diario publicado en la mañana de hoy” (Camps, 1953: 8). Aun así, se observan ciertas decisiones arbitrarias en la edición y traducción del libro, con títulos en apartados que son a la par sugerentes y anacrónicos como “Anticipación de 1941” (Marqués de Custine, 1953: 189).

entre ambas ramas, por lo que era imposible eliminar alguna de las dos partes que formaban su identidad. A lo largo de su ensayo esta reclamación pierde fuerza al mostrar cómo, sobre todo tras la guerra con la Francia napoleónica, tanto la intelectualidad como la aristocracia apostaron por la *rusificación* y abandonaron en sus relaciones personales y su comportamiento social los modos occidentales que Pedro el Grande había importado desde Europa. Así, es inevitable que se obtuviera una imagen exótica e incluso, como llega a ejemplificar el autor dentro del texto, dentro de la misma Rusia decimonónica las tribus euroasiáticas y sus creencias chamanísticas “generaban una fascinación por lo exótico” (2006: 443). Y muestra cómo el viaje que realizaron algunos literatos rusos como Alexandr Herzen o Fiódor Dostoievski por Europa era una excusa para reflexionar sobre la situación de Rusia y las relaciones de esta con aquella, así como el acercamiento o la distancia entre ambas. Esto se ve ejemplificado en la primera visita al viejo continente del autor de *Crimen y Castigo* en 1862 quien, en sus crónicas publicadas en la revista *Vrenia*, se hacía dos preguntas sobre la percepción de Rusia en Europa: “¿Somos de veras rusos? ¿Por qué Europa tiene de todos nosotros, sin excepción, esa idea fabulosa, fantástica?” (1964: 1371)²¹.

En todo caso, se puede afirmar que estos libros son el testimonio de una época y de un país lejano que fue observado por un reducido grupo de personas. Las imágenes que dejaron con su pluma toman valor por lo escasez de testimonios sobre el país, las relaciones que entablaron en el ambiente cortesano y la precisa narración de las costumbres del pueblo. Rusia se percibía como un “territorio vasto e ignoto, una tierra de fantásticos palacios de hielo, habitada por cosacos altos y barbudos” (Hodgson, 2006: 43) y así la describieron varios personajes de la esfera internacional. Dentro de estos viajeros, uno de los más significativos debido a su amistad con la emperatriz Catalina II fue el Príncipe de Ligne. Personaje conocido por las diferentes casas reales de Europa y habitual en Viena, el imperio de los zares se encontraba entre sus lugares predilectos: “Su Oriente, su exotismo, fue la Rusia de Catalina, que por el Sur se asomaba entonces al Mar Negro, cuna de incontables fantasías para Ligne” (Gimeno, 2004: 11). Así lo muestran las palabras dedicadas a la muerte de la emperatriz, cargadas de estima hacia la difunta, en las que mezcla anécdotas que permiten conocer el comportamiento de la misma en los ambientes más recogidos y adivinar la gran devoción que sentía hacia ella: “el amor a la verdad me ha llevado a escribir nada más saber que el astro más brillante que haya

²¹ El autor soviético Leonid Tsytkin utilizó el viaje que realizó por Europa en 1867 Dostievski con su mujer Ana para escribir su novela *Verano en Baden-Baden* (ed. en castellano en Seix Barral, 2005).

alumbrado el hemisferio acaba de desaparecer” (Príncipe de Ligne, 2004: 209). En la correspondencia que mantuvo con la Marquesa de Coigny, durante su segundo viaje, se puede adivinar la alta consideración que tenía el príncipe por el país:

Llego a Rusia. Lo primero que hago es olvidarme del motivo de mi viaje, ya que me parece indelicado valerme del mucho favor que se me tributa a diario para obtener nuevos favores. Me encanta la sólida y seductora sencillez de Catalina la Grande, por cuyo genio hechicero he acabado viniendo aquí, a este lugar encantado (2004: 309).

El escritor inglés Lewis Carroll realizó su travesía entre los meses de julio y agosto de 1867 en compañía de su amigo y deán Henry Parry Liddon. Observó el sentimiento religioso del pueblo ruso debido a la devoción anglicana que sentía. Eso sí, en su texto “se advierte la falta de comentarios penetrantes acerca de las condiciones sociales” (Laborda, 2009: 15) sin llegar a realizar ningún análisis profundo sobre el tema, por lo que el *Diario* no pierde en ningún momento su primera intencionalidad, es decir, ofrecer las impresiones surgidas como resultado de sus anotaciones. Sus descripciones sobre las dos grandes ciudades de Rusia son precisas: de la fundada por Pedro I evaluó el entorno arquitectónico y el comportamiento de los elementos más típicos de la ciudad, lo que fue suficiente para aumentar el “asombro durante nuestro primer paseo por Petersburgo” (2009: 47), donde visitó el Museo del Hermitage al que calificó como “una magnífica colección de arte antiguo, reunida con un gasto casi incalculable” (2009: 55). Tras su llegada a Moscú dedicó “cinco o seis horas a pasear por esta maravillosa ciudad” y llegó a observarla asomado a la colina de los Gorriones “desde las que el ejército de Napoleón tuvo la primera visión de la ciudad” y “donde se disfrutaba de una gran panorámica del bosque de capiteles y cúpulas, con el gran río Moskva girando enfrente” (2009: 60). Al mismo tiempo apreció los edificios del Kremlin con “el más hermoso aspecto que mostrar puedan: con la fría y clara luz de la luna” (2009: 89). También se acercó a la vida rural:

De camino, seguimos la sugerencia hecha por el señor Muir, creo, de solicitar pan y leche en la cabaña de un campesino como pretexto para ver su interior y su modo de vida. La cabaña a la que nos acercamos albergaba a dos hombres, una anciana y seis o siete niños de diversas edades. El pan negro y la leche eran muy buenos y fue muy interesante poder ver por nosotros mismos el hogar del campesino ruso (2009: 81).

Y quien acudió a Rusia en dos ocasiones, en este caso en los últimos años del siglo XIX, fue el poeta Rainer Maria Rilke acompañado por Lou Andreas-Salomé –natural del lugar– y, en el primer viaje, por el marido de esta. Como él mismo confesaba en una de las últimas cartas que escribió en su vida, estas visitas fueron decisivas “porque en los años de 1899 y 1900 no sólo me abrió un mundo que no admite ninguna comparación, un mundo de dimensiones inauditas, sino que también, en virtud de lo humanamente dado allí, pude sentirme fraternalmente entrañado entre los hombres” (*apud* Rubio Tovar, 2006: 288). Rilke hablaba la lengua rusa y en ella compuso varios poemas, lo que hizo que su experiencia fuera aún más completa que la de otros viajeros. Por ello no es de extrañar que terminara de influir en su obra, concretamente en *El libro de Horas* y el número XX de *Los Sonetos a Orfeo* (Pau, 2009: 49). De los textos de Rilke y Andreas-Salomé se desprende una visión apasionada del arte ruso –tema al que el poeta dedicó el ensayo–, sobre todo de la arquitectura de carácter religioso, y un disfrute sin límites de la vida campesina que compartieron con el mismo Tolstói. Rilke observó un país que había aprendido de memoria a través de la literatura y encontró en él su verdadera patria: “Aquí, por primera vez, está uno ante las cosas, adquiere una relación directa con ellas, y permanece en un trato constante, aunque en cierto modo quede uno en una posición como de invitado o donatario. Helena: todo es tan magnífico en su Rusia” (Rilke, 2009: 103)²².

²² Así describe en el diario de su segundo viaje con Rilke cómo ve ella a sus compatriotas: “Esto es lo que –al menos para mí– constituye la esencia del hombre ruso: pasión combinada con un temperamento sencillo y espontáneo, amplitud de miras, una mentalidad que carece de prejuicios, una objetividad arrebatada, que rompe con lo sentimental y con cualquier obligación, para acercarse con el margen suficiente a *las cosas en sí mismas*” (Andreas-Salomé, 2011: 58-59).

1.3. EL CASO DE LOS VIAJEROS ESPAÑOLES

La lejanía entre España y Rusia no supuso un impedimento para que varios ciudadanos españoles se trasladaran a San Petersburgo, Moscú, Kiev, Bakú y otras ciudades del imperio de los zares²³. Principalmente, formaban parte de legaciones diplomáticas, aunque también se aprecian algunos casos de expediciones –e incluso individuos a título particular– que acudían con el fin de observar las costumbres del pueblo ruso o participar en los enfrentamientos bélicos en los que este se veía implicado²⁴. Cuando los primeros viajeros, que deben ser considerados como aventureros, dejaron por escrito la experiencia de su periplo, legaron la imagen de un país diferente en la organización social, política y religiosa, un conjunto de elementos que se reúnen en el adjetivo exótico, repetido continuamente para su definición²⁵. Así lo ha indicado López-Cordón Cortezo:

De un lado, lo esporádico de las noticias que de allí se recibían y, sobre todo, su carácter indirecto, aumentaban su lejanía; de otro, esta misma dificultad de contactos había favorecido la creación de estereotipos simplificadores y, en muchas ocasiones, contradictorios, que los relatos llenos de exotismo de sus escasos visitantes no hacían más que subrayar (2005: 78).

Las primeras incursiones fueron protagonizadas por Abu Hamid, que “visitó los territorios de las estepas orientales dominados por los polovtsianos, a los cuales llama turcos, cuando se dirigía a Juwarizm” (Encinas Moral, 2006: 40), Benjamín de Tudela, Ruy González de Clavijo y Pero Tafur entre los siglos XI y XV, recogidos todos ellos por Pablo Sanz Guitán (1995). Los que han pervivido mejor al paso del tiempo son los casos del duque de Liria y Jérica y el escritor Juan Valera, como prueban sus recientes

²³ El viaje también se realizó en dirección contraria y varios ciudadanos rusos viajaron a España. Para más información, véase *Viajeros rusos por la España del siglo XIX* (José Fernández Sánchez, 1985); “La España de los historiadores rusos (Segunda mitad del siglo XIX – comienzos del siglo XX)” (*Eslavística Complutense*, nº 14, pp. 107-114, Vladimir Vedyushkin, 2014).

²⁴ Pío Baroja noveló la vida del militar español Juan Van Halen, hombre de mundo que llegó a luchar por la libertad española durante la invasión napoleónica, en la *Grande Armée*, y, tras una serie de avatares adversos en España, en las tropas de Alejandro I de Rusia. En el texto de Baroja, cuando el protagonista llega a Georgia, los indígenas con los que topa le anuncian “que sería, sin duda, el primer español que visitaba el Cáucaso” (1970: 210).

²⁵ Lo afirma, en su viaje a las Indias Orientales, el religioso español Pedro Cubero Sebastián, para quien el hecho de entrar en el Imperio de los zares “no fue poco el haberlo conseguido, porque es cosa muy dificultosa de entrar en aquel Reino, como en Japón, o Etiopía” (1993: 171), y cuyos habitantes, tenían un proceder “tan bárbaro que, y vil, que entre todas las naciones del mundo, no he visto otra más que ésta” (1993:173).

reediciones –2008 para el primero y 2005 para el segundo–, que merecen un estudio detallado más abajo. Pero otros compatriotas realizaron la travesía y dejaron semblanza de la misma. Sus textos muestran cómo el país eslavo se había convertido en un tema incipiente para la literatura de viajes. Según ha señalado Vsévolod Bagnó:

Como en cualquier otro caso, los creadores de la imagen de Rusia en España son personas que han visitado el país, han vivido en él o incluso se han quedado para siempre (de todos modos, la asimilación con el ambiente y la pérdida de contacto con la patria no les condicionaba en la creación de la imagen de Rusia como algo extranjero), y también aquellos que tenían una idea después de haber leído y oído acerca de Rusia (2015: 92).

En efecto, los libros dedicados a Rusia para este periodo se dividen entre los ensayos que trataron algún tema específico de la historia o la sociedad rusa y que no exigieron el traslado de sus autores a las tierras del Este y aquellos que fueron fruto de la experiencia sobre el terreno. A la primera categoría pertenecen *Reflexiones político militares sobre la Guerra del Turco contra la Rusia, en continuación a las Turbaciones de Polonia* (José Vicente Rustant, entre 1769 y 1775), sobre la Guerra ruso-turca que perduró desde 1768 hasta 1774; *Revoluciones de Rusia* (José Azneita, 1786), acerca de la ascensión al trono de Catalina la Grande; *Origen del resentimiento y odio de los Polacos contra los rusos* (Joaquín Urquizú, 1831), que trata la repartición del país provocado por Catalina II y el abandono al que fue condenada por las potencias europeas –preludio de lo que sucedería 150 años más tarde–; *Historia imparcial de la emperatriz Eudoxia Foedorowna, primera esposa del zar Pedro I de Rusia, llamado “el Grande”* (José Sáez y Rodríguez, 1831), que narra la vida de la primera mujer del zar, con la que tuvo un breve matrimonio, a la que abandonó y “cuyos pormenores no pueden leerse sin derramar copiosas lágrimas” (Sáez y Rodríguez, 1831: 3); *La Europa en 1860* (Luis María Pastor, 1861), un estudio político y económico acerca de las consideradas como ocho grandes potencias del momento por su autor –Rusia, Prusia, Austria, Cerdeña, Bélgica, Francia, Inglaterra y España–; y *La Rusia contemporánea* (Emilio Castelar, 1881), escrito bajo el trasfondo de los conflictos entre Rusia y Turquía –no confundir con la lucha señalada anteriormente–, lo que sirve como pretexto para hablar del choque entre Occidente y Oriente a raíz de la desintegración del Imperio Otomano y la conquista de su posición por parte de Rusia, de la que ofrece una impresión muy negativa al señalar que “en este siglo tan humano, apenas se abren los cielos de Rusia, se halla algo que en barbarie y crueldad la asemeja a los anales de la antigua Asia” (1881: 142). A medio camino entre los textos

señalados hasta este punto y los que publicaron los viajeros se encuentran los ensayos del naturalizado Ernesto Bark, conocido anarquista del Este refugiado en España, que llegó a formar parte de varias obras literarias como personaje²⁶. Suyos son, dentro de su extensa bibliografía, *El nihilismo y la política rusa* (1882) y *El bolchevismo en España: la verdad sobre Rusia y el sindicalismo y la democracia mundial* –sin fecha datada–.

El libro de viajes se generalizó en el siglo XIX y el caso de españoles que acudieron a Rusia dejó constancia de los movimientos que estos realizaron en el país de los zares. En la frontera de la centena se encuentra *Compendio cronológico de la historia y del estado actual del Imperio Ruso* (Luis del Castillo, 1796), interesante obra descriptiva compuesta por una parte histórica y otra de actualidad, en la que recoge los más diversos temas: geografía, política, justicia, sociedad, nobleza, militar, economía y cultura desde un punto de vista rusófilo. En su texto puede adivinarse la nostalgia de un tiempo que él no pudo presenciar, el mandato del zar Pedro I, al que declara su admiración al señalar que “él ha sido por último el que puso los cimientos de la grandeza, del poder y de la consideración que ha llegado a adquirir el imperio de la Rusia” (1796: 47)²⁷. *Dos años en Rusia: obra redactada a la vista de las memorias y manuscritos originales del general D. Juan Van Halen* (Agustín Mendía, 1849) se basa en los apuntes del soldado español que recorrió medio mundo en armas y añade un apéndice del hacedor de estas hazañas en el que redacta la historia de Rusia desde la llegada al poder de Pedro I hasta los días en los que él vivió. Unas treinta páginas a la nación de los zares dedica *Excursión forestal por los imperios de Austria y Rusia verificada de R.O. en el verano de 1864* (Máximo Laguna y Villanueva, 1866), centrada sobre todo en el primer país y con escasa información del segundo, cuya estancia es descrita como de “ligera excursión”, lo que impide que a su autor que no le sea “fácil entrar en algunos de los detalles a que he

²⁶ “Durante toda su vida, Bark se entregó a un propagandismo apasionado: si en Rusia éste le condujo al exilio definitivo[,] en España, le llevó dos veces a prisión. Continuamente perseguido y criticado por su sinceridad y vehemencia, tuvo fieles amigos, pero también acérrimos enemigos (...) Por esta singular y romántica trayectoria, Bark representa, al igual que Alejandro Sawa, el prototipo de bohemio revolucionario finisecular (...) Quedó curiosamente inmortalizado como personaje literario. Valle Inclán lo incorporó en tres ocasiones en sus obras, sobre todo bajo el nombre de Pedro o Basilio Soulinake. Fue una figura episódica de un fragmento de «La corte de Estella», escapado en la serie de *La guerra carlista*, luego en un capitulillo de *La lámpara maravillosa*, en *Luces de Bohemia* y Lugin en *Tirano Banderas*, Eduardo Zamacois lo inmortalizó también en su cuento «La Prueba» en el que el protagonista, Pedro Alejandrowich encarna los atributos físicos y caracteriales de Bark” (Thion Soriano-Mollá, 1998: 506).

²⁷ Según ha señalado Mijail Alekséev, parece que la originalidad del autor no es del todo correcta: “El primer volumen [del libro de Luis del Castillo] reproduce en gran parte el *Kratkii rossiiskii letopisets s rodslóviem*, de M. V. Lomonósov (San Petersburgo, 1760); el segundo se apoya principalmente en el libro de Van-Wozel *Etat présent de la Russie* (San Petersburgo, 1783), al que del Castillo agregó datos propios” (1975: 60).

descendido al hablar de Austria” al mismo tiempo que, para el conocimiento de Rusia, adquiere una menor importancia debido a “la índole de este pequeño trabajo, esencialmente forestal, me impide abandonarme a la descripción de mis impresiones de viaje, a pesar de la novedad que para nosotros pueda tener cuanto a aquellas remotas tierras se refiera” (Laguna y Villanueva, 1866: 85) *Nueve meses en Rusia, en los pueblos situados entre el Báltico y el mar del Norte, en Prusia, Austria, Baviera, Suiza y Holanda* (José María López de Ecala, 1867) es la recolección de las cartas enviadas por su autor a sus amistades durante su viaje por todas las naciones enumeradas en el título. Dedicó a San Petersburgo y Moscú la primera centena de páginas en las que combina sus impresiones con datos y la copia directa de extractos de la legislación rusa que pudieran ser de interés para sus lectores. *Recuerdos de Rusia* (Agustín Pascual, 1873) es el resultado del viaje de su autor a Rusia con motivo del Congreso Internacional de Estadística celebrado en San Petersburgo, en el que aprovecha para ofrecer, además de los resultados de esta reunión, una semblanza de las dos ciudades más importantes del país. Es más, en Moscú visita la Exposición Politécnica celebrada en 1872, que sirve como justificación para glorificar, una vez más, la memoria del emperador Pedro el Grande²⁸. Fruto de la casualidad fue *De Kristiana a Tuggurt: impresiones de viaje* (Odón de Buen, 1887), cuyo autor partió el 21 de junio de 1886 desde el puerto de Cartagena en el navío *Blanca* dentro de un grupo de 350 personas con dirección a tierras nórdicas, en el que se integraban varios miembros de la Sociedad Española de Historia Natural, incluido en ella el propio autor de esta crónica, para que “estudiara los países visitados y recogiera ejemplares para las colecciones del Museo de [Historia Natural de] Madrid” (Buen, 1887: 10). Inmerso en el viaje, cuando se disponían a partir hacia Copenhague el buque sufrió problemas mecánicos, por lo que debieron abordar en Horten a la espera de una solución. Durante el tiempo de la reparación, Odón de Buen y los compañeros de la misión científica recibieron un permiso para viajar por Europa, lo que propició que este pudiera desplazarse hasta la capital del Imperio Ruso desde Finlandia. Y de carácter militar son *Memoria sobre el ejército ruso y los establecimientos militares de aquel imperio* (Gregorio Brochero, 1852) y *Noticia sobre los campamentos de instrucción, establecidos cerca de San Petersburgo en 1864* (Sabás Marín y González, 1869). Se trata

²⁸ “Unos cuantos profesores de la Universidad de Moscú concibieron la feliz idea de celebrar el aniversario de Pedro el Grande con una Exposición industrial, denominada politécnica algo anfibológicamente: conveniencia de tiempo y espíritu; porque el Emperador nació en 1672 y manejaba con peregrina maestría la regla y el compás” (Pascual, 1873: 84). Los fondos de este evento conformaron la base de lo que hoy en día es el Museo Politécnico de Moscú.

de diversos estudios en la zona encargados a miembros del Ejército español con la intención de observar en el terreno las prácticas, costumbres y funcionamiento de las tropas rusas²⁹.

1.3.1. El viaje de un noble: el duque de Liria

El primer testimonio de importancia en el siglo XVIII de un español en territorio ruso lo dio Jacobo Fitz-James Stuart y Churchill, I duque de Liria y Jérica y II duque de Berwick, que escribió acerca de su estancia en Rusia como embajador de España entre los años 1727 y 1730 el *Diario del viaje a Moscovia*. Publicado en 1889, refleja su experiencia en la corte del zar Pedro II y los primeros meses como emperatriz de Anna Ioánnova. El motivo de su viaje era estrechar las relaciones entre los dos imperios ante el conflicto hispano-inglés que se desarrolló entre 1727 y 1729 durante el reinado de Felipe V. El *Diario* “es una de las fuentes más fieles de la historiografía nobiliaria europea de aquella época” (Encinas Moral, 2008: 21), en la que el “mérito del duque de Liria consiste en que él describió clara y objetivamente la psicología de los hombres y mujeres de Estado de Rusia sin mostrar especial interés o parcialidad hacia ninguno de ellos” (2008: 22) y enseñó a “Rusia no para alejar a España de ella, sino para acercar a ambos países y para establecer el entendimiento mutuo y de cooperación en todas las áreas” (2008: 23). La obra del duque reúne el “libro de viajes, las intrigas políticas en las que se ve envuelto el protagonista como parte del diario de un diplomático y la riqueza de un gran número de cartas dirigidas a sus responsables en España, ministros y miembros de las cortes extranjeras” (Rodríguez Polo, 2008: 208), y proporciona “una imagen muy real de lo que fue este primer encuentro contacto diplomático entre España y Rusia” (Arranz del Riego; Rodríguez Polo, 2008: 437).

Se trata de un texto en el que se combinan la experiencia personal del diario con la inclusión de documentos oficiales, cartas credenciales y de carácter oficial e informativo, cuyo destinatario era el marqués de la Paz –Juan Bautista de Orendáin–. Más allá de su diversidad, destaca en el elemento sorpresivo del traslado de la corte de San

²⁹ Podría pensarse para esta sección en la experiencia del general Juan Prim y Prats en la Guerra de Crimea. En realidad, el que posteriormente sería asesinado como presidente del gobierno en 1870 pasó los años de 1853 y 1854 en territorio turco que actualmente pertenece a Bulgaria. Aun así, señala en su relato que los turcos denominaban a los soldados del zar “sus mortales enemigos los de *Moskova*, único nombre con que conocen a los rusos” (2014: 396).

Petersburgo a Moscú: en un primer momento, el duque iba a ejercer como representante de España ante la emperatriz Catalina I, amante de Pedro el Grande, pero su fallecimiento provocó la ascensión al trono del único heredero del que fuera modernizador de Rusia, su nieto Pedro II. Como señala en una de las cartas, el traslado del zar se debió a que este joven –contaba con 13 años cuando fue proclamado, y murió al año siguiente de viruela– “no puede ver la mar ni los navíos y ama con pasión la caza; aquí no la hay, y en Moscú la hay con abundancia, con que nadie duda que una vez allí, difícilmente volverá acá” (2008: 137). Se aprecia que el tono que conserva el noble español respecto a la actitud del mandatario ruso es el de aquel que no considera a la nueva majestad de Rusia como un hombre preparado para su cargo. Ve en él a un niño y no al responsable de dirigir los destinos imperiales y, ni mucho menos, a un digno sucesor del ilustre abuelo. Así advierte de las andanzas del zar que, de no ser por su título, podría tratarse de la descripción de cualquier joven disoluto:

El monarca no ha cumplido aún trece años, pero habiéndosele ya declarado la mayor edad, no hay quien se atreva a decirle nada ni a corregirle. Osterman es quien tiene con él más autoridad; pero no hace ya caso de sus reprensiones. Ya da a conocer que ha de ser amigo del sexo femenino en superlativo grado, y ya ha tenido sus galanteos; no extraña V.S. este adelantamiento de edad, pues con todo el frío de este clima, la juventud, así hombres como mujeres, es mucho más adelantada que el nuestro, y de once años se casan los muchachos (2008: 136-137).

El escaso tiempo que permanece en San Petersburgo no solo le sirve para intuir el mal camino que tomaba la corte bajo el mando de Pedro II, sino también para observar la ciudad y describirla como superior a la nueva sede moscovita. La idealización de la capital zarista, común a los textos de los viajeros españoles, no pasa desapercibida para el duque³⁰:

La ciudad de San Petersburgo ocupa más terreno que ninguna de Europa, y pudiera ser una de las más hermosas; su situación es admirable, sobre el río Neva, que bajando del lago de Ládoga, va a echarse en el mar Báltico a Cronstadt, plaza fuerte, adónde está la mayor parte de la marina del zar. Lo que se llama Petersburgo, se reduce a la fortaleza y a la isla en que está

³⁰ Vsévolod Bagnó ha expuesto qué significó San Petersburgo para los viajeros españoles: “San Petersburgo despertaba la admiración de los viajeros españoles, principalmente por el hecho de que venían en él la quintaesencia de toda la civilización occidental, la idea misma de la civilización llevada hasta su límite lógico y materializada mediante el esfuerzo común en una especie de zona de pruebas. Como una torre de Babel al fin construida, firme, inspirada en la idea paneuropea de la armonía, la racionalidad y el progreso, San Petersburgo representaba la apertura a lo eterno, lo extratemporal y lo universal” (2004: 77).

fabricada; hay otra isla que llama Vasiliovstrov, adonde hay muy buenos edificios. Allí está la casa de los consejos y el palacio del príncipe de Ménshikov, y vive también allá la mayor parte de la nobleza rusa. Todo lo que está en tierra firme se llama *slobodá*; esto quiere decir arrabal, y en la *slobodá* están los palacios de verano y de invierno del zar. No se puede ver cosa más hermosa que la ribera del río del lado de la *slobodá*. Son todos edificios muy buenos y casi iguales, y cuando se sube el río en barca, la vista es perfectísima. La casa del Almirantazgo es grandísima y fortificada, y no hay arsenal de marina más bien provisto en toda la Europa. Allí se fabrican todos los navíos de guerra, y cuando yo llegué a aquella corte se estaba acabando uno de cien cañones. Dejando aparte los edificios de la ribera del Neva, Petersburgo parece un campo adonde ha acampado un ejército tanto tiempo, que en lugar de las tiendas se han hecho barracas. Todas son de madera, y consecuentemente muy sujetas al fuego. Hay iglesia católica muy buena, y también la hay calvinista y luterana. Los grandes señores rusos tienen casi todos palacios allí; pero con todo esto no gustan sino de estar en Moscú (2008: 146).

Allí también observa una de las tradiciones de la ciudad: la bendición del río Neva por parte del monarca. Indica el procedimiento habitual –revista de tropas, asistencia a la misa y el acto de la consagración de las aguas de San Petersburgo–, a la que acude y acompaña “al zar hasta palacio, sin que hubiese estado en su acompañamiento ningún otro ministro extranjero” (2008: 145). Pero, de este fragmento, especialmente valiosa es la actitud encontrada del pueblo llano y las altas esferas:

Los rusos se imaginan que lavándose con esta agua bendita se purifican de todos sus pecados, y antiguamente se arrojaban dentro, así hombres como mujeres, enteramente desnudos, aún estando delante el zar; pero se ha quitado esto y no se bañan hasta por la tarde. Los hombres de distinción llevan de aquella agua a sus casas y la guardan como una gran reliquia (2008: 145).

A pesar de su contrariedad, el duque abandona San Petersburgo y marcha a Moscú. En este viaje sufre las inclemencias del invierno, debido a que “el frío era tan grande, que desde el primer día se helaron todas mis provisiones” y sus criados “tuvieron helados unos el carrillo, otros la mano, otros la pierna, otros la nariz” (2008: 147-148). En su camino, curiosamente, hace su primera parada en la ciudad de Nóvgorod, en la que pone el pie dos siglos antes que sus compatriotas de la División Azul, para quienes se convirtió en una segunda casa tras su llegada al frente del Este durante la II Guerra Mundial. La villa que él encuentra está lejos del horror que provocarían los enfrentamientos entre la *Wehrmacht* y el Ejército rojo:

Se viene desde Soslinka a Nóvgorod sobre un río muy grande y muy ancho, llamado Vóljov, y siendo muy helado, las eslitas vuelan sobre él. Fui a ver, mientras mudaban los caballos, el cuerpo de un San Antonio Abad, que dicen los rusos haber venido por agua desde Roma a Nóvgorod sobre una piedra de molino, antes del cisma de la iglesia griega, y conservan dicha piedra como una gran reliquia en un convento de monjes basilios, como también el cuerpo del santo, y me hicieron ver cuerpo y piedra. La ciudad es muy grande, pero muy mala, como todas las de Rusia, pues la mayor parte de las casas son de madera y muy desfarfalladas, puestas sin orden y muy bajas. Hay en Nóvgorod 125 conventos, así de frailes como de monjas; es arzobispado y el arzobispo es primado de toda Rusia, y tiene unas rentas muy considerables (2008: 147).

El destino final del viaje despierta en el duque sentimientos contradictorios, ya que por un lado confiesa que “es imposible ver más hermoso país y clima que el de Moscú” (2008: 167) y por otro resalta cómo el pueblo moscovita se mostraba “descontento con la actuación de sus gobernantes y peligroso, ya que parece estar siempre al borde de una revuelta” (2008: 444) y, cómo una “vez enojado (...) no respetaba a nadie, y siendo su principal rabia contra los extranjeros, podíamos estar expuestos a que se asaltasen nuestras casas” (2008: 226). Allí el duque ve a la primera esposa de Pedro el Grande y abuela del nuevo zar, que “era ya vieja” aunque le “ha[bía]n asegurado [que] había sido muy hermosa” (2008: 148). Y acude a la ceremonia de coronación, la cual describe en detalle, e invita al zar a comer en su residencia, en la que permaneció “hasta cerca de la una de la noche, y lo que todo el mundo extrañó fue que estuvo en la mesa más de hora y media, siendo así que nunca está en ella más de un cuarto de hora” (2008: 159). Como se puede observar, el relato del duque en relación a los acontecimientos que vive en la corte siempre están llenos de magnificencia y le sitúan a él como a uno más de sus miembros. Era capaz de mostrarse por encima de otros compañeros suyos, como el representante prusiano, “aquel vejete” cuyo carácter era “uno de los peores que he visto en mi vida” (2008: 166) y de ofrecer, con motivo del matrimonio de Fernando VI y Bárbara de Braganza una fiesta que “fue (según el parecer de toda la nación) la mejor que se hubiese visto aún en Rusia” (2008: 172). Pero, si se deja a un lado la vanidad del embajador y sus tejemanejes, labor por la que se llega a insinuar “en París (...) que yo trataba el casamiento del zar con nuestra infanta mayor, y que no habían de tener efecto las bodas de Portugal”, ante lo que “le desengañé, haciéndole ver la ridiculez de semejante noticia” (2008: 199), en su texto hay dos importantes puntos respecto a las relaciones hispano-rusas: el posible establecimiento de un intercambio comercial y la reacción del autor ante la diferente interpretación del cristianismo. Respecto a la primera cuestión, le

comunica al marqués de la Paz que no ha podido “formar la planta de compañía, navegación y comercio” (2008: 242) como le había solicitado el monarca. Pero sí ofrece una relación de los productos que podría obtener la corona española de Rusia de manera directa, y que son el ejemplo de aquellos alimentos y demás necesidades que se adquirirían, a través de terceros, en España. Según el duque, se podría comprar “el hierro de Siberia (...); los aceites de cáñamo, linaza, avellanas, trementina, ternera de mar, perro de mar y otros pescados; el lino las estopas de lino, el pelo de puerco y el pescado salado y seco” (2008: 242). Y en relación a la segunda, las profundas convicciones católicas mezcladas con la fantasiosa capacidad del duque abrían, solo para él, la puerta a la posible unión de las Iglesias de Oriente y Occidente. Según comenta, “la reunión de las dos iglesias no sería una cosa difícil” aunque lo que no ve factible es que “los obispos de Rusia entren a hablar de la reunión hoy mientras esté a la cabeza del Sínodo el este señor arzobispo de Nóvgorod”, por lo que el “único modo de entablar la negociación de que se trata de la reunión, sería primeramente de lograr apartar al arzobispo dicho y poner en su lugar a la cabeza del Sínodo un prelado capaz de razón y con quien se pueda tratar pacíficamente” (2008: 386-387).

Aunque el cómputo global de la misión del duque fue fallida, como ha expresado Ángel Luis Encinas Moral, el *Diario* tiene valor porque su autor, al intentar “poner el poderío de Rusia al servicio de los intereses de la corte de Madrid, testimoniaba el creciente papel de Rusia en la política internacional europea, tanto como gran potencia naval, como continental”, al mismo tiempo que “su actividad diplomática jugó un papel único en el establecimiento y desarrollo de las relaciones entre España y Rusia en el primer tercio del siglo XVIII” (2008: 64). El testimonio del diplomático, escrito con el “único fin de entretener e instruir a sus hijos” (Arranz del Riego; Rodríguez Polo, 2008: 427), se pierde en disquisiciones legales y asuntos de palacio. Pero es precisamente entre esos fragmentos en los que se rescatan las impresiones de un país prácticamente desconocido y que comenzaba a jugar un papel de progresiva importancia geopolítica. En el texto no hay lugar para la nostalgia, ya que incluso a mitad de su experiencia en Rusia aborrecía “un país donde no hay comercio ni divertimento y donde corro el riesgo de perder mi salud y la poca paciencia que me queda” (2008: 217). Pero impera la formalidad en el tono del texto, a pesar de la disconformidad hacia la actitud de Pedro II y, sobre todo, a las familias que con él convivían, por lo que cualquier atisbo de crítica desaparece ante la prematura muerte del monarca que dio pie a su salida del país:

Fue su pérdida irreparable para Rusia, pues las prendas de este monarca podían hacer esperar un reinado glorioso y feliz; tenía muchísimo entendimiento, una comprensión fácil y era secretísimo; no se podía descubrir que tuviese propensión particular a ningún vicio, y el de la borrachera, tan común en Rusia, no era de su gusto. Su figura era bella y su estatura extraordinaria, considerando su edad; hablaba bien alemán, latín y francés, y había tenido una bella tintura de los estudios; pero habiendo empezado a reinar de once años, no volvió a mirar un libro, y los rusos que estaban cerca de él, procuraban disgustarle de la lectura para que no se instruyese y fuese tan ignorante como sus antecesores (...) En fin, perdió Rusia a Pedro II, que según las apariencias, hubiera sido un gran monarca si hubiese sacudido algún día el yugo de los Dolgoruki, y se acabó en él la línea masculina de la familia Románov, que había reinado ciento dieciocho años (2008: 267).

1.3.2. Las cartas de un literato: Juan Valera

Las relaciones entre España y Rusia en el siglo XIX se caracterizan por el viaje del literato Juan Valera como secretario de la Legación de España en San Petersburgo, dentro de la misión diplomática del duque de Osuna entre los meses de diciembre de 1856 y junio de 1857. La experiencia quedó reflejada en el epistolario que mantuvo principalmente con Leopoldo Augusto de Cueto. Un viaje que en Valera:

Abre un horizonte de auténtica experiencia intercultural. Aún enclavada en unas coordenadas harto diferentes de las europeas y las occidentales, la Rusia del zar Alejandro II brindaba a Valera y a la cultura española nuevos aspectos y matices, en donde la comparación constante es un recurso casi obligado para una mente tan culta, abierta, como imbuida en detectar todos los aspectos y síntomas de una cultura diferente (Abdel Salam Ahmed Awaad, 2012: 14).

Para él “Rusia es, ante todo, novedad, una novedad rodeada de lujo y de exotismo”, un nuevo territorio con un ambiente similar al que frecuentaba en España, pero también era “el lugar donde va a surgir un nuevo Valera más literato que funcionario y es el ámbito propicio para que su talento se desarrolle en el marco casi fantástico de la corte de San Petersburgo” (Encinas Moral, 2005: 13). El conocimiento que tuvieron sus contemporáneos de su viaje fue inmediato, ya que su correspondencia la “iba publicando su destinatario en un periódico madrileño, según las iba recibiendo, como si se trataran de verdaderos ensayos” (Amorós, 2005: 20) debido a su gran valor literario e histórico, hecho que no fue de agrado para el duque de Osuna, al aparecer retratado “algunas veces, como un personaje ridículo” (2005: 78). Por su difusión, como señala Romero Tobar, las

cartas “que Valera escribió en el curso de su viaje a Rusia (1856-1857) señalan una frontera nítida respecto a la difusión de sus misivas en el ámbito público y a su retraimiento en el terreno de la privacidad” (2002: 11), pero ante todo “se adivina un Valera escritor, que utilizando unas situaciones atípicas y un entorno ajeno, estaba afilando su pluma y probando el dominio de su propio estilo” (Maliavina, 2006: 199). La variada temática de las cartas fue destacada ya por Manuel Azaña en su estudio sobre la figura del escritor decimonónico en Rusia:

Cuenta el curso de los tratos para la concesión de cruces, bandos y cordones a los personajes de una y otra corte; la elaboración de un proyecto de convenio comercial, y un esbozo de negociación encaminada a procurar, mediante los buenos oficios del emperador Alejandro, la concordia de las dos ramas rivales de la dinastía española. Estos son los temas incidentales. Lo principal consiste en descripciones de la corte rusa, de los palacios, fiestas y costumbres de la nobleza; de los tipos que más han llamado su atención; de los museos, academias y otros institutos notables; con largas referencias a la historia política y religiosa de Rusia, en la que se instruye curiosamente, como en su arte y literatura (1990: 1015).

Su estancia estuvo marcada por un doble sentimiento que le hacía por un lado anhelar su regreso a Madrid desde casi el inicio y el deseo de permanecer en el país zarista más tiempo del fijado por la misión diplomática³¹. Esta ambigüedad le hace escribir cómo el estar en Rusia era “cada día más difícil y menos agradable; y es tanto, sin embargo, lo que este país me agrada y me interesa, que a veces deseo permanecer aquí, estudiar la lengua y la literatura rusas, viajar por todo el Imperio y hasta escudriñar sus más apartadas y desconocidas regiones” (2005: 134-135), lo que en cierto modo confirma las palabras de José F. Montesinos, quien ha afirmado que Valera “tampoco se adaptaba a los países extranjeros en que hubo de vivir” (1970: 200).

La legación del duque de Osuna permaneció en San Petersburgo el medio año que estuvo en Rusia. A esta ciudad llegaron los españoles vía Berlín y Varsovia tras un complicado viaje, según el literato, de “ocho días cruelísimos y largos de talle” (2005: 53). De la capital, en la que fueron agasajados con múltiples comidas y llevaron una cómoda vida, al menos en los inicios, de tertulias, turismo y descanso, ofrece una detallada estampa de su arquitectura, su población y su característico clima:

³¹ En carta del 28 de diciembre de 1856 le confiesa a Leopoldo Augusto de Cueto “sus ganas de volver a Madrid” (2005: 74).

El aspecto de San Petersburgo no puede ser más grandioso. No sé dónde viven los pobres, porque no se ven más que palacios, monolitos, cúpulas doradas, torres, estatuas y columnas. Las calles y las plazas son inmensas. Innumerables coches y trineos cruzan en todas direcciones. Bastante gente a pie, pero silenciosa y envuelta en sus prolongadísimos caftanes. El hombre del pueblo lleva el caftán ceñido a la cintura con una faja de un color vivo, botas de pieles o un género de calzado singular, que creo que se llama *lapti*, y en la cabeza una especie de acerico o almohadilla, tan desafortunada a veces, que casi puede servir de almohada. Este es el traje de la Gran Rusia, y también lo usan los cocheros. Su expresión más sencilla en estos tiempos de frío y entre la gente pobre es una zalea de carnero, amarrada al cuerpo con una sogá, y todo ello ahumado y negro como una morcilla. El pellejo va por fuera y la lana por dentro (...) La ciudad está dividida por el caudaloso Neva y por multitud de canales. Todo está helado ahora. Sin embargo hubo un día en que se temió deshielo e inundación, y se tiraron dos o tres cañonazos de aviso. Hoy no hay que temer ninguna desgracia, porque tenemos dieciocho grados de frío (2005: 101-102).

La vista global que realiza el escritor no es obstáculo para que también se detenga de manera minuciosa en aquellos aspectos de la ciudad que considera importantes. Disfruta de la “inmensidad de la plaza del Almirantazgo” (2005: 109); visita Kronstadt, “muy hermosa” con “todas las señales de una gran actividad mercantil y de hallarse uno en el emporio de San Petersburgo y de lo mejor de Rusia”; y acude al Palacio de Invierno, “que es magnífico”, en el que contempla el “cuarto donde murió el emperador Nicolás”, habitaciones con “cuadros muy hermosos de artistas extranjeros” y “ricas joyas, descollando entre todas la corona del zar y el cetro” (2005: 70). También acude a diferentes templos religiosos, como la catedral de San Isaac, a la que por error reduce a la categoría de “iglesia”, con seguridad porque considera que “[no] es muy grande, sin embargo, este templo”, a pesar de destacar “la riqueza y hermosura de los adornos, superior a cuanto he visto en mi vida” (2005: 80). De la iglesia de Kazán, a la que compara con la de Atocha, la sobrevalora hasta el punto de señalar que “es por el orden de la de San Pedro en Roma, si bien ni como mucho tan grande” (2005: 81). Y visita el Museo del Hermitage, al que califica, en atención al aspecto general del edificio, “de una grandiosidad incomparable” (2005: 90). El recorrido que realiza por el interior es de gran valía, ya que puede traducirse como un repaso al catálogo de los fondos expuestos por aquel entonces en sus diversas salas: el amor patrio le lleva a contemplar a los maestros españoles de la pintura exhibidos en sus paredes. Allí se deleita, según el orden que él establece en relación con la cantidad de sus cuadros, con Murillo, Alonso Cano, Antolínez, Ribera, Velázquez, Coello, Juan de Juanes, Baltasar del Prado, Ribalta,

Castillo, Zurbarán o Carreño. Además, se detiene en describir diferentes joyas y camafeos de todas las épocas y lugares, desde Babilonia hasta los pueblos modernos. Cuando regresa al museo en otras ocasiones, se detiene en la pintura italiana de Ticiano, Leonardo, Allori, Ghirlandaio, Dominiquino, Solari y Rafael, así como en la diversa numismática y la escultura moderna allí presente (2005: 92-95; 112-116; 214). En definitiva, su paso por la pinacoteca nacional rusa no debió ser un hecho baladí en su viaje a Rusia, ya que, como ha indicado Andrés Amorós, estaba embebido de una raíz clásica “que le lleva, en una época dominada por el realismo, a oponerse frontalmente a él y defender la búsqueda de la belleza como fin fundamental de todo arte” (2005: 36). Prueba de ello son las constantes referencias con citas literales a los clásicos en lengua latina a lo largo de su correspondencia. Cuando se traslada a Moscú, al final de su estancia en Rusia, acude primeramente “al Kremilin, que es en Moscú lo que el Capitolio en Roma o en Atenas era la Necrópolis”, que le produce un efecto “maravilloso, y más bien trajo a mi memoria el recinto y fortaleza de la Alhambra que recuerdo alguno más clásico y solemne” (2005: 325). La Catedral de San Basilio le resulta “tan sorprendente y singular en todo, que roba inmediatamente la atención del viajero, y le deja suspenso, embelesado y extático” y la califica como una “pesadilla de arquitectura”, de tal modo que ni un “chino (...) después de embriagarse con opio, ni [un] árabe que esté saturado de *hachich*, vieron cosa parecida en sueños” (2005: 328). Valera, para quien este edificio tiene “más analogía con el reino vegetal que con el animal” (2005: 330), no decepciona y ofrece una descripción de las cúpulas bulbosas del templo:

Aquella cúpula parece una inmensa manzana cocida; esta otra, una piña o ananás; aquella torre, una zanahoria mayúscula; la de más allá, un rábano; y los dibujitos pintorreados en el muro parecen incrustaciones de perejil y pedacitos de trufas y setas, y cabezas de alcachofas y de espárragos de jardín (2005: 331).

En su correspondencia también hay lugar para mostrar a la sociedad rusa. Por el carácter diplomático de su misión y como acompañante del duque de Osuna, se codeó principalmente con la nobleza. Es precisamente su acompañante objeto de todo tipo de galanterías y, si se atiende a Antonio de Marichalar, que le caracterizó como ese hombre a quien “le agasaja la corte por ser quien es, más que por la representación que ostenta” y que se convirtió en “el niño mimado en la corte rusa” (2012: 142), no extraña que, según Valera, “la hermosa Elena Strattmann” quisiera “hacer de él su Menelao” (2005: 105) o

que se hable de “cierta dama que le tiene frito y achicharrado” (2005: 147)³². Su vida se desarrolla en el entorno de la nobleza, lo que le da la posibilidad de realizar un agudo análisis sobre la situación de la misma. La describe como estática y concentrada dentro de las fronteras del poder, en la que las dificultades tanto para entrar como para escalar en ella son enormes, tanto que ni el propio zar puede otorgar ese beneficio a sus súbditos:

El Estado, o mejor dicho, el Gobierno, es todo, y fuera de él ni hay poder ni nobleza. En la escala de servicios hay trece o catorce grados: en llegando al yo no sé cuántos, se adquiere la nobleza personal; la hereditaria, cuando se llega a brigadier, o al grado equivalente, en las carreras civiles. Todo esto se halla dispuesto con tal orden, con tal rigor de antigüedad y con tal sujeción al Reglamento, que el emperador mismo no puede alterarlo; ni el mérito ni el favor bastan a hacerle saltar a usted a un grado sin pasar por los anteriores el número de años establecido (2005: 297).

Toda una vida de lujos que contrasta con la del pueblo llano, al que visitan en apenas una ocasión. A pesar de este escaso contacto, que de haberse producido con mayor profusión le habría acercado al escritor, como buen observador del mundo que le rodeaba, a la realidad que vivía Rusia, deja semblanza de este encuentro tras visitar un sanatorio:

Hemos estado en el cuartel de Inválidos, y no tiene mucho que ver ni de qué admirarse. Los pobres inválidos no lo pasan tan bien. Sin embargo, como de cualquier modo se vive, había muchos muy viejos, y uno entre ellos que había cumplido los ciento diecisiete años. Comen pan de centeno, puches negros y otras abominaciones, y beben *kwas* (2005: 110).

Uno de los aspectos que mayor molestia genera en Juan Valera es la celebración de la Cuaresma por lo estricto de este acontecimiento en Rusia. Había distinguido al clero ruso del español por su actitud, y de él dice que “predica poco y es menos activo en su caridad que el clero católico”, al igual que distingue a aquellos que están casados, “que se cuidan menos de sus hijos espirituales”, de los monjes “que guardan el celibato (...) por lo general, más instruidos y dévoués” (2005: 130). El tiempo previo a la Pascua de

³² Luis Antonio de Villena le ha calificado como “el dandy de los Osuna” (2012) y no es de extrañar si se atiende a lo que más abajo señalaba el propio Valera: “El duque trae consigo, y ha enseñado aquí a muchas damas, un álbum de fotografías que representan los jardines de La Alameda, su palacio de Guadalajara y otros castillos. Las señoritas, sobre todo las *demoiselles d'honneur*, abren cada ojo como una taza al ver *ces châteaux en Espagne*. Su excelencia pone este cebo, se pavonea, almibara y adoniza, dice que se quiere casar y extraña luego que las muchachas se alboroten por él, y exclama, con fingida tristeza, que es el más desgraciado caballero que ha existido jamás, y que no hay doncella que no quiera dejar de serlo entre sus brazos. A cada instante está temiendo que le fuercen, y no se atreve a visitar a las *demoiselles d'honneur*, porque viven y reciben solas y no quiere darles ocasión de que se le entreguen” (2005: 111).

Resurrección es para el autor “una época tan santa, tan penitente y tan enojosa para los profanos, que, contándome yo en el número de ellos, siento a menudo vehementísimos deseos de largarme” (2005: 209). Este periodo “terrible” vacía “las calles, [y] nadie recibe en su casa” puesto que la población se entretiene en hacer “penitencia y tratando de elevar el alma a su Creador por medio de oraciones, ayunos y vigilias que mortifiquen y domén bien las carnes” (2005: 209). El menú al que se someten los rusos elimina la carne “y lo que es de pescado, comen rara vez o casi nunca”, por lo que sus “manjares se reducen ahora a hierbecitas más o menos silvestres, miel y harina, que era lo que comían los padres del yermo” (2005: 209). Destaca las diferencias entre los dos ritos respecto a las oraciones, entre las que “hay algunas que a un católico romano le parecen extrañas, si no por el pensamiento, por el modo con que el pensamiento está expresado”; que la contrición llegue hasta tal punto que los teatros estén “cerrados” y cómo, a pesar de que entre “la gente de San Petersburgo, que tiene en el fondo del alma algo de descreída y de volteriana, puede que haya un poco de hipocresía o de fingimiento”, es el pueblo llano, “creyente de veras, [el que] se da, en efecto, muy malos ratos por amor de Dios” (2005: 210). Más allá de su falta de adhesión al cumplimiento de la penitencia, Juan Valera admite y valora de manera positiva el sacrificio del pueblo ruso en aras de su espiritualidad: “Desde que en Rusia se introdujo el cristianismo, viene dando este pueblo gloriosos ejemplos de devoción y de abstinencia” (2005: 212).

Y, en su condición de escritor, el tema por el que muestra mayor interés es el literario. Tiene la oportunidad de conocer a Vasili Petróvich Botkin, que viajó por España en la década de 1840, al que calificó como “hombre de buen gusto literario y de varia erudición; pero que de las cosas de España, y en especial de nuestra literatura, que fue de lo que más hablamos, sabía poquísimo” falta imperdonable según Valera para alguien que “ha escrito un libro sobre España, y dice que sabe el castellano (...) [y] que ni siquiera sabía el nombre del duque de Rivas” (2005: 126)³³. Conoce la biblioteca de la Academia

³³ Svetlana Maliavina, que ha estudiado desde un punto de vista comparatista los viajes de Botkin y Juan Valera, ha señalado lo siguiente sobre la visita a España del primero: “La duración de la estancia de Vasili Botkin en España guarda un cierto misterio y confusión, más si nos fiamos de los datos que nos ha dejado el mismo autor: de este viaje salieron seis cartas y la séptima, la complementaria, dedicada a Granada; la primera está fechada en Madrid en mayor (en la segunda edición del libro, y en junio en la primera edición) y la última, en Granada en octubre del mismo 1845. En los archivos de León Tolstói se encuentra la única carta genuina que llegó a nosotros como un testimonio ineludible de la veracidad de la visita de Botkin, ya que las *Cartas sobre España* no son cartas propiamente dichas (...) sino una especie de ensayos basados en la correspondencia real a los amigos (Belinski, Hertsen) y parientes, artículos de periódicos, libros históricos y de viajes. Esta única carta existente la escribió Vasili Petrovich a su hermano Nikolai en Vitoria, el 11 de agosto de 1845 (...) Así que tenemos todos los indicios para suponer que el viaje duró unos

de Ciencias, que guarda “una colección de 12.000 libros chinos, y de dos o tres mil en lengua tibetana”, de lo que “poquísimos se conoce aún en Europa, al menos que yo sepa” (2005: 228) y se queda impresionado con la inmensa Biblioteca Imperial, que, con unos 700.000 volúmenes, para verla bien “es menester un mes” (2005: 138). Allí observa algunos libros españoles que tratan temas rusos –sin especificar cuáles– y un bibliotecario se lamenta porque “hace tiempo que anda buscando y que no puede dar con una comedia que escribió Lope de Vega sobre el falso Demetrio” (2005: 138), es decir, *El gran duque de Moscovia y emperador perseguido* (1617). Respecto a la literatura rusa, a la que no puede acercarse por su desconocimiento del idioma, declara que “apenas es conocida en parte alguna, y la lengua, aunque empieza a estudiarse, se sabe poco” (2005: 83), carencia que sería subsanada en las décadas siguientes³⁴. También se queja de la falta de conocimientos de literatura española y la carestía de libros traducidos, ante lo que sugiere que, debido a la presencia de “mejores librerías y más libros franceses, ingleses y alemanes [en San Petersburgo] que en Madrid”, que “Rivadeneira, Mellado y otros editores debían enviar por aquí algunos ejemplares de cada una de las obras que salen de sus imprentas” ya que, a pesar de que “estarían uno, dos o tres años sin venderse (...) al cabo tomaría la gente afición y se venderían. Toda la gente rica y que lee sabe aquí italiano, y, desde luego, con un par de meses de estudio, aprenderían el español” (2005: 102). Del mismo modo, propone mandar a la “Biblioteca Imperial de San Petersburgo los libros más notables que salgan en España” porque, y no falta chanza en este comentario, en Rusia “están tífos de literatura francesa, y es menester darles otro alimento espiritual” (2005: 193).

Con todos estos datos puede afirmarse que el relato que contienen las cartas de Juan Valera difiere del tono que ocupó el *Diario* del duque de Liria y Jérica. En Valera hay una preocupación por aspectos artísticos y culturales que van más allá de la vida cortesana descrita por el noble español. En este ámbito, la falta de responsabilidad de uno frente a la figura de plenipotenciario de otro puede ser un factor clave, al mismo tiempo que el ingenio literario y el poder de observación del autor de las *Cartas* dotan a estas de

tres meses y no cinco, como Botkin quiere hacernos creer: desde el 11 de agosto de 1845 hasta los últimos días de octubre” (2006: 183).

³⁴ Ángel Luis Encinas Moral se hace una pregunta que, a pesar de entrar en el campo de los posibles, de haberse podido realizar, habría cambiado algo el rumbo del conocimiento en España de la literatura rusa: “¿Se imagina el lector lo que Valera habría aportado a la cultura española si hubiera podido leer a los autores rusos contemporáneos suyos y se hubiese relacionado con ellos en ruso?” (2005: 21).

mayores posibilidades a la hora de describir no solo la oficialidad de su misión, sino la vida cotidiana del pueblo ruso.

1.4. LA RECEPCIÓN DE LA LITERATURA RUSA Y SUS PRIMERAS TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

La literatura rusa se popularizó en España a lo largo del siglo XIX debido a la relevancia que tomaron escritores como Iván Turguénev, Fiódor Dostoievski o Lev Tolstói. Su conocimiento se debió, principalmente, a las traducciones indirectas que se realizaron a través de las ediciones francesas de sus novelas³⁵. Este hecho, sumado a la publicación de los estudios sobre ellos procedentes del extranjero, propició que los lectores conocieran a estos narradores antes de ser publicados en español. No todos los textos vertidos eran aceptados por la intelectualidad y en sus bibliotecas coexistían o eran ignorados frente a las traducciones directas realizadas en francés y alemán³⁶. Estas eran superiores a las *retraducciones* en las que ni siquiera aparecía el nombre del traductor –debido a que en ciertos casos eran reediciones de novelas ya publicadas– y, sobre todo, porque en la mayoría de los casos gozaban de la inmediatez y libertad absoluta que exigía la búsqueda del beneficio económico. Por ello se debe hablar, para esta época, de versiones adaptadas de las grandes novelas, convertidas normalmente en cuentos a raíz de la selección u omisión de capítulos. De *Guerra y Paz* surgieron títulos como *La muerte sobre el campo de batalla* o *Napoleón y el cosaco*, y de *Humillados y ofendidos* se publicaron hasta diez títulos diferentes (Obolenskaya, 1992: 45-49). La variedad respondía, sobre todo, a la demanda de aquellos lectores que ansiaban acercarse al mundo ruso:

[Un] rasgo relevante de las primeras traducciones fue el carácter etnográfico, costumbrista. Pretendían, más bien, dar a los lectores conocimientos sobre las costumbres, gentes y paisajes de un país lejano, desconocido y exótico; por eso, contenían muchos extranjerismos, acompañados por los comentarios y

³⁵ El proceso se dio también a la inversa en el siglo XVIII. El francés fue la lengua intermedia por la que se conoció la literatura española en Rusia por las traducciones que, desde esta lengua al ruso, se hicieron de obras españolas. Se conoció de Baltasar Gracián *Oráculo manual y Arte de la prudencia* (1741 y 1760) y de Miguel de Cervantes las *Novelas ejemplares* (diversas ediciones desde 1763 a 1800), *La Galatea* (1790, 1796, 1799 y 1800) y el *Quijote* (1769 y 1791). Incluso el libro *Über dramatische Kunst und Literatur* (August-Wilhelm Schlegel, 1808) sobre el teatro del Siglo de Oro fue transmitido a través de su traducción al francés *Cours de littérature dramatique* (1813) (Zaborov, 2006: 140-141).

³⁶ Según ha indicado Grace E. Megwinoff Andréu, Miguel de Unamuno tenía en su biblioteca las siguientes ediciones de literatura rusa en diversas lenguas: de Fiodor Dostoievski *Journal d'un écrivain* (1927), *Hermanos Karamazov* (1927), *Les frères Karamazov* (1927), *Les Possédés suivis de la confession de Stravogine* (1925), *Letters from the Underworld* (sin fecha) y *Poor Folk & The Gambler* (sin fecha); de Maxim Gorki *Rioordi su Leone Tolstói* (1927), *Los tres* (1902) y *La angustia* (1902); y de Lev Tolstói *Le Guerre et la Paix* (1891). La autora también ofrece el listado de 113 libros que, sobre literatura rusa, tenía Pío Baroja. En el mismo se mezclan títulos en español y en francés (1975: 131 y 152-166).

notas bastante amplios (aunque a menudo incorrectos) con datos históricos, geográficos, incluso lingüísticos (1992: 49).

A la labor editorial hay que sumar la realizada por la prensa, en publicaciones como *El correo literario y político de Londres*, *El Correo de Ultramar*, y la revista francesa *Revue des Deux Mondes*. Así, la primera obra traducida al castellano, *Al ser supremo* de Derzhevin, apareció en la revista católica de Barcelona *La Religión* en el año 1838 y el primer artículo sobre literatura rusa en España es probable que fuera el titulado “El estado actual de la literatura rusa”, de 1852, en *El semanario pintoresco español*³⁷. Pero si existió una labor loable en este campo esa fue la que llevó a cabo *La España Moderna*. En estas publicaciones se apostaba, debido a su extensión, por los relatos, la novela corta, las cartas, los cuentos y el ensayo, por lo que se podía dar el caso de que escritores como Turguénev contaran con más apariciones que otros como Tolstói, aunque este fuera más traducido. Esto se debía a que sus obras estaban destinadas a la editorial homónima fundada por la revista en el año 1891 y que inició su “Colección de libros escogidos” precisamente con *La sonata a Kreutzer*, aunque esta ya había aparecido publicada en tres partes anteriormente en la revista. De manera esquemática, y como ha estudiado Roberto Monforte (2012: 308-315), se pueden distinguir dos periodos en la introducción de la literatura rusa durante el siglo XIX: el primero de ellos abarcó desde la publicación de Derzhavin hasta la década de 1870. En esta fecha comenzó el segundo, de una mayor intensidad en la última década, sobre todo si se atiende a lo que señaló Portnoff (1932: 37), para quien las obras importantes rusas no penetraron en España hasta al menos 1888 y que finalizó a la par que el siglo³⁸. Muestra de la buena salud fue su

³⁷ La cuestión sobre las primeras traducciones al español de obras rusas ha sido objeto de debate para la crítica a lo largo del tiempo. Aunque el consenso sobre la oda de Derzhevin es unánime, algunos estudios clásicos encontraron pruebas de obras rusas anteriores a la fecha fijada. Este es el caso de José F. Montesinos (*apud* Schanzer, 1970: 816-818) quien en la primera edición –en la segunda ya no mencionaba esta cuestión– de su *Introducción a una historia de la novela en el siglo XIX* apuntaba la publicación de la novela *Delia* en Barcelona en 1828, sin indicar el nombre del autor ni del traductor, hechos que acrecentaban su dudoso origen ruso. Sus sospechas eran acertadas, ya que el estudio de Schanzer demuestra que fue escrita por la escritora francesa Laura Boen de Saint-Ouen.

³⁸ Para este tema es imprescindible acudir al estudio clásico *La literatura rusa en España*, que publicara en 1932 George Portnoff, ya que, además de su precisión, su autor fue el reflejo de su propia época: emigrado ruso tras la revolución, que vivió en París, se vio obligado a refugiarse en España, donde ejerció como profesor de ruso y traductor. Aunque sus juicios, como se verá, puedan ser en algunos momentos parciales, son la base de cualquier elaboración teórica acerca de esta cuestión. Juan Aguilera Sastre ha estudiado la correspondencia entre George Portnoff y la escritora María Lejárraga. En dicho artículo ha dejado la semblanza de la trayectoria del emigrado ruso: “Nacido en Kiev el 1 de enero de 1892, la Primera Guerra Mundial le sorprendió en París, donde estudiaba ingeniería. Como miembro de la Reserva de Oficiales de la Armada del zar, fue reclamado para regresar a su país. Trató de hacerlo a través del puerto de Barcelona, rumbo a Odessa, pero el buque en el que viajaba con varios compañeros fue apresado en las costas de Turquía y obligado a regresar a Barcelona. Sin medios económicos, trató de encontrar trabajo a través del

conversión en “uno de los objetos predilectos de artículos publicados en la prensa diaria, en *Los Lunes de El Imparcial* (...) y *La Lectura*” (Lissorgues, 2011: 291). Independientemente del origen de las traducciones, su metodología e influencia de los críticos extranjeros, así como la aparición de diferentes versiones para una misma novela, toda esta actividad permitió que “los lectores hispanos pudieron empezar a familiarizarse con el inmenso legado cultural y espiritual de aquel gran país eslavo” (Torquemada, 2012: 349) y vieran colmadas sus expectativas a la hora de acercarse a Rusia (Rabasco, 2012: 322). Ya en el siglo XX se pueden distinguir, a su vez, dos momentos a la hora del conocimiento de la literatura rusa en España: desde 1905 a 1917 no se prodigaron los autores rusos en España, lo que fue en el camino contrario al de otras artes. La música de los compositores rusos como Rimsky-Korsakoff, Borodin, Chaykovsky e incluso Stravinsky fue conocida gracias a la labor del maestro Manuel de Falla. Al mismo tiempo, cosechó gran éxito el *Ballet Russe*, que actuó en Madrid en 1916. Tras la revolución, aparecieron en el panorama español varios traductores emigrados de Rusia que dieron a conocer, directamente del ruso al español, a autores como Leonid Andreiév, Arkadi Avérchenko, Aleksandr Kuprín o Mijaíl Petróvich Artsibáshev³⁹. En este sentido, la labor de varias editoriales –Calleja, La Biblioteca Nueva, La Biblioteca Estrella, La Colección Granada y Casa Calpe– fue fundamental en el tramo de 1917 a 1921. Las obras de los autores arriba enumerados, anteriores al cambio político, estuvieron acompañadas en los estantes de las librerías por autores surgidos del mismo y que tuvieron mayor éxito. Así se pudieron leer en España *El tren blindado número 14-69* (Vsévolod Ivanov, [trad. 1926]), *Caminantes* (Lidia Seifulina, [trad. 1926]), *Los tejones* (Leonid Maksimovich Leonov, [trad. 1926]), *El favón* –probablemente una errata que se refiera a *El farol y otros cuentos*– (Yevgueni Zamiatin, [trad. 1927]) *Las ciudades y los años* (Konstantín Fedin

embajador ruso en Madrid, el barón Mayendorf, y lo consiguió como traductor de unos planos firmados por ingenieros rusos de un dispositivo para el embarque de vehículos. Poco más tarde, sin que podamos precisar la fecha, fue contratado para impartir clases de ruso en el Ateneo de Madrid, donde conoció a María Lejárraga, una de sus escasas alumnas, y a partir de ahí se inició entre ellos una profunda amistad. María se lo presentó a Gregorio [Martínez Sierra, su marido] y pasó a fomar parte de los numerosos amigos que frecuentaban la casa de ambos en los años previos a su separación definitiva, en 1922 (...) En España, su principal trabajo fue el de traductor de obras del ruso al español, tarea en la que, sin duda, encontró la ayuda de Gregorio Martínez Sierra, entonces director de la editorial Estrella” (2013: 205-206).

³⁹ Portnoff señala que aparecieron hasta siete novelas de Leonid Andreiév en el periodo 1919-1921: *Los siete ahorcados* (trad. 1919), *Los espectros* (trad. 1919), *Gaudeamus* (trad. 1920) y *Las tinieblas* ([trad. 1920]). También incluye *El hombre que encontró la verdad* (trad. 1925) (1932: 46). Tras la consulta del catálogo de la BNE, las tres obras que no indica y que faltan para los años señalados por son *Sachka Yegulev* (trad. 1919), sus *Cuentos* (trad. 1920) y *El océano* (trad. 1921). En el mismo fondo bibliográfico pueden contemplarse, para estos años, *Cuentos* (Arkadi Avérchenko, trad. 1920), *El desafío*, *El dios implacable* y *El brazalete de rubies* (Aleksandr Kuprín, trad. en 1919 –las dos primeras– y 1920) y *Sanin* (Mijaíl Petróvich Artsibáshev, trad. 1920).

[trad. 1927]) y *El cemento* (Feodor Gladkov, [trad. 1928]) (Portnoff, 1932: 43-47)⁴⁰. No es un asunto baladí señalar hasta este punto las traducciones rusas. Como preludeo a lo que se verá en páginas posteriores, Rafael Cansinos Assens ya se refería a la importancia que, para la futura literatura española, iba a tener la aparición de las traducciones de las letras que acompañaron al comunismo a su llegada al poder en Rusia. Utilizó para ello el ejemplo de la novela de Lidia Seifulina:

Empezaban a llegar a nosotros los primeros libros publicados bajo la inspiración del momento en la Alemania republicana y en la Rusia soviética, y cada uno de esos libros era un estímulo y una orientación para nuestros escritores. *El tren blindado*, de Vsevolod Ivanov; *Los tejones*, de Leonov; *Camaradas*, de Lidia Seifulina, primero, y *Sin novedad en el frente*, de Remarque, después, produjeron entre nosotros conmociones fecundas. No sería muy aventurado afirmar que esa pareja de enamorados comunistas –que no lo son en el sentido burgués, sino sencillamente camaradas–, que Lidia Seifulina nos presenta en su novela atraídos y separados alternativamente por la actuación revolucionaria, han reflejado después por lo menos sus sombras en libros como *La espuela* [Joaquín Arderius, 1927] y los *Siete domingos rojos* [Ramón J. Sender, 1932] (*apud* Esteban y Santonja, 1988: 84-85).

1.4.1. Emilia Pardo Bazán y la literatura rusa

En el año 1887 Emilia Pardo Bazán dictó una serie de conferencias en el Ateneo de Madrid sobre literatura rusa. La autora aprovechó su estancia en París para conocer las traducciones francesas de las novelas de Gógol, Turguénev, Dostoievski y Tolstói e interpretar sus textos. Ofreció una visión casi desconocida para entonces en España y pasó las ponencias al papel impreso de manera casi inmediata en el volumen titulado *La revolución y la novela en Rusia*⁴¹. Anteriormente, como crítica literaria, había sido autora de una serie de ensayos que versaban sobre el naturalismo francés y que fueron publicados en el diario madrileño *La Época* entre 1882 y 1883 y recogidos en *La cuestión palpitante*.

⁴⁰ No hay que olvidar la condición de emigrado tras la revolución de George Portnoff, por lo que su valoración negativa de la literatura rusa post-revolucionaria adquiere sentido: “No son novelas desdeñables para el ilustre ensayista. Todo lo contrario: se ve en ellas una fuerza intuitiva y una honradez estética. Ahora que no hay en ellas formas literarias nuevas” (1932: 48).

⁴¹ El texto se convirtió en una referencia en la época para el conocimiento del siglo de oro de la literatura rusa. De esta importancia puede dar ejemplo la temprana traducción del libro al inglés en 1890 (Chicago, A. C. McClURG & CO.) bajo el título *Russia: Its People and Its Literature*, con traducción y prefacio de Fanny Hale Gardiner y reimpresso en 1901. Ambas se pueden consultar en las siguientes direcciones web <<https://archive.org/details/russiaitspeople00gardgoog>> y <<https://archive.org/details/russiaitspeoplei00pardiala>> (en línea; fecha de consulta: 17 de mayo de 2016).

En ellos, la autora ofrece “una síntesis, paráfrasis o traducción de sus abundantes lecturas (...) Algo que dicho sea de paso, es constante en su ensayismo” (González Herrán, 1989: 56), pero que no resta valor a sus opiniones y a su labor investigadora.

Su interés por Rusia no se ciñe a su disertación. En 1886, precisamente en la capital de Francia, escribe en su sección “La vida contemporánea” de la revista *La Ilustración Artística* lo siguiente: “Este año, y sabe Dios si el que viene, las corrientes literarias de la moda serán eslavas; el terreno está preparado, porque desde 1881 los bárbaros vienen apoderándose insensiblemente de París” (2005: 67). Asimismo, pocos años después, durante la Exposición Universal celebrada en el mismo lugar, insiste en su pasión por los temas rusos:

Para mí tiene especial encanto lo que se refiere a Rusia. Si Grecia es el ayer de la civilización europea, Rusia es acaso el mañana. En ese inmenso Imperio, sujeto por espacio de tantos siglos al látigo tártaro o al autocrático cetro de los Zares; en esa inconmensurable extensión de tierra, mayor ella sola que el resto del continente europeo, hay un misterio y un problema que sólo el tiempo logrará descifrar. Sus costumbres, su carácter, su literatura –hoy en plena florecencia–, su comunismo práctico, el místico ardor de su nihilismo, me interesaron de tal modo que llegaron a dictarme un libro; y redobló mis simpatías el convencimiento de que en Rusia despiertan continua y benévola curiosidad los escritores españoles (2004: 267).

Como ha señalado Monforte (2012: 310), la escritora no fue la primera en dirigirse al público del Ateneo de Madrid sobre este tema, ya que casi veinte años antes Konstatín Kustódiev, capellán de la embajada rusa, hizo lo mismo en idéntico lugar. En todo caso, el parlamento de Emilia Pardo Bazán no pasó por alto entre sus contemporáneos, como demuestran las reacciones de Juan Valera y Benito Pérez Galdós. El primero publicó en el verano de 1887 un texto en *Revista de España* titulado “Con motivo de las novelas rusas. Cartas a la señora doña Emilia Pardo Bazán”, en el que revisa las ideas expuestas por la escritora. Censura la actitud de la escritora respecto al resto de literaturas europeas, a las que la había situado en la producción de su tiempo por debajo de la francesa y la alemana. Valera despliega un amplio catálogo de conocimientos literarios universales, con los que el autor no niega que Rusia “empieza también una época fecunda” (1887: 118), pero según él resta aún un largo camino para que “eclipse y supere a los pueblos occidentales de nuestro Continente” (1887: 119). En este sentido, le acusa de ver “a la literatura rusa fecundada por el espíritu innovador y llevando en sus entrañas el germen de la civilización venidera” (1887: 127). El segundo describe el acto como “el

acontecimiento literario del día” (1923: 203) y a ella como la persona indicada para dictarlas por sus vastos conocimientos literarios y por haber ejercido una “gran influencia con sus escritos en la literatura contemporánea” (1923: 204), especialmente para Galdós a raíz de *La cuestión palpitante*. En su análisis, más centrado en la alabanza de su amiga que en su papel como crítica literaria, añadía que *La revolución y la novela en Rusia* se trataba de “uno de los libros más amenos, instructivos e interesantes que cabe imaginar” (1923: 208). Más allá del libro de Pardo Bazán, cabe destacar que el interés por lo ruso se afianzó en la década de 1890 dentro de otras figuras de la intelectualidad española: Pío Baroja publicó varios ensayos en el periódico *La unión liberal* entre el 10 de febrero y el 22 de abril de 1890 en los que repasó la literatura rusa escrita desde el siglo XVI hasta la realizada por sus contemporáneos (Navarra Ordoño, 2011)⁴². Y Miguel de Unamuno veía a Rusia “como [el] país donde los escritores son profetas de la revolución y los revolucionarios son poetas” (Korkonosenko, 2000: 14) e idealizaba “las relaciones entre la literatura y el pueblo de este país” (2000: 17). En este sentido escribió las siguientes palabras en un artículo publicado el 3 de septiembre de 1920 en la revista ilustrada *Nuevo Mundo*:

En Rusia la novela no es de género, y no es literatura. Ni es ficción. Es creación, es cosa corpórea. Y es historia, historia hecha y no sólo narrada. Dostoievski, el antirrevolucionario, es el profeta de la actual revolución rusa; es el padre de Lenin. Lenin ha salido de las novelas de D[ostoievski] y tiene toda la realidad íntima de los agonistas de esas novelas (...) Tiene la misma realidad que Hamlet, y Don Quijote, y Fausto, y Carlos Moor. Y no tienen realidad los ciudadanos registrados en el registro civil y que entran, como números, en las estadísticas demográficas municipales (*apud* Pino Díaz, 2006: 267).

Antes de entrar en el análisis del texto de Pardo Bazán, es necesario acercarse a una polémica que surgió treinta y ocho años después de su publicación. La autora, que como había reconocido no hablaba la lengua rusa ni había visitado el país, elaboró sus ideas con la ayuda de varios estudios de la época. Se sirvió de *El imperio de los zares* (Anatole Leroy-Beaulieu, 1881-1889); *Rusia* (Donald Mackencie Wallace, 1877); *Historia de Rusia* (Alfred Nicolas Rambaud, 1878); y, sobre todo, de *Rusia política* y

⁴² No sería esta la única ocasión en la que Baroja estudiaría la literatura rusa. Mucho más adelante, al referirse a Dostoievski, es contrario a la opinión de Pardo Bazán respecto al gusto de esta, al confesar que otras novelas del escritor ruso “me atraen más, por ejemplo, que *Crimen y Castigo*” (1948: 1066). Si había en este autor alguna influencia de escritores rusos era, sobre todo, la de Maxim Gorki (Portnoff, 1932: 212).

social (Tikomirof, fecha desconocida) y *La novela rusa* (Melchor de Vogüé, 1886)⁴³. En diferentes ocasiones se ha cuestionado la sola inspiración que encontró en este último título. La acusación más grave llegó en 1925 de la mano de Francisco A. de Icaza⁴⁴. Pocos años después, Geoge Portnoff señaló que la escritora “se enteró del arte en cuestión por el libro de Vogué” y que “para su *La revolución y la novela en Rusia*, ha bebido más de las fuentes de Vogué que de las rusas. Su libro tiene mucho material, muchas opiniones sobre la literatura rusa, casi idénticos a los de Vogué” (1932: 38). Por el contrario, Robert Osborne perdonó la falta de originalidad de su trabajo por la funcionalidad que tuvo, al facilitar “la introducción de la novela rusa en el país” (1954: 274), aunque también insistió sobre el problema del plagio:

Aunque es cierto que dice en su libro que se valió del *Roman russe* de Vogüé, esta concesión no basta. Cuando leemos por ejemplo, lo que ella escribe de Gógol, nos maravillamos de su gusto crítico y de su perspicacia. Pero si entonces abrimos las páginas de Vogüé, vemos ante nuestros ojos, casi palabra por palabra, idénticas ideas. Es simplemente un plagio, y no muy bien disfrazado. Presenta ideas como si fueran suyas, y las ha sacado del texto de otro autor. Hubiera sido más probo traducir a Vogüé y luego añadir sus propias notas y comentarios (1954: 276).

La confrontación de ambos ensayos confirma el apego de la autora al texto en cuestión: en la sección dedicada a Gógol, el vizconde de Vogüé escribe que “Nicolas Vasiliévitch [Gógol] naquit a 1809, à Sorotchiny, près de Poltava, au centre des terres et de l’ancien pays cosaque. Son premier éducateur fut son grandpère” (1912: 74). La versión que ofrece Pardo Bazán es un calco de las palabras del estudioso francés: “Nació Gógol en 1809; corría por sus venas sangre cosaca y vió la luz en el centro de la estepa que habría de describir con primor. Su abuelo, teniéndole sentado en las rodillas, le refería consejos heroicos” (1961: 170). Aunque la traducción no deja lugar a dudas, en otros

⁴³ El interés que suscitó el libro de Vogüé fue amplio. Así se encuentran pruebas de ello en diferentes ocasiones, como ocurre, por ejemplo, en el ensayo que Romain Rolland dedicó a Tolstói tras su muerte, donde anota lo siguiente: “La mayoría de nosotros conoció, como yo, el libro de Eugène-Melchior de Vogüé, *La novela rusa*, sólo después de haber leído a Tolstói; y la admiración que el autor francés sentía por él nos pareció tibia comparada con la nuestra. M. de Vogüé juzgaba sobre todo como literato. Pero, a nosotros, no nos bastaba con admirar la obra: la vivíamos, era nuestra” (2010: 10-11).

⁴⁴ Francisco A. de Icaza realizó una comparativa de fragmentos para comprobar aquello de lo que acusaba a Emilia Pardo Bazán. Según él: “La parte tomada de Vogüé es la relativa a los *Orígenes de las letras rusas. El romanticismo: los poetas líricos* (Puszkin, Lermonatof y Griboyedof), *El realismo: Gógol. El poeta y artista Turguénev. El psicólogo y alucinado Dostoievski. El nihilista y místico conde Tolstói. Naturalismo francés y naturalismo ruso*. Es decir, 203 páginas seguidas sacadas de un solo libro (...) Como la Sra. Pardo, que no estuvo en Rusia ni supo esperar que se la creyera bajo su palabra, tuvo por fuerza que citar a alguien. De ahí que en su copia, cada vez que lo estima conveniente, abre las comillas, hace una cita, las cierra y sigue copiando” (1925: 5-6).

pasajes Pardo Bazán sí que indica que el fragmento pertenece al libro de Vogüé: “Malgré la précision de ce témoignage, également honorable pour les deux amis, je demeure persuadé que le véritable père des *Ames mortes* est ce même Cervantes” (Vogüé, 1912: 106). Pardo Bazán dice lo siguiente: “A pesar de tan claro testimonio –*ratifica Vogüé*–, [la cursiva es mía] igualmente honroso para ambos amigos, sigo creyendo que el progenitor de *Las almas muertas* es el mismo Cervantes” (1961: 185). Aun así, el conocimiento de la autora sobre el tema era de una profundidad innegable, y concibe la literatura rusa como una expresión de los acontecimientos sociales que en aquel país se desarrollaban, por lo que las novelas estaban impregnadas del ambiente que respiraban sus escritores. Sus conclusiones, diferentes a las de Vogüé (Bagnó, 1998: 164-165), le alejan de la idea del plagio como concepto único de su trabajo y se acercan en cambio más a las tesis de León Tijomirov, quien da a la literatura la importancia social negada por el autoritarismo del régimen zarista. Y la experiencia de la condesa no estaría completa si no se incluye su relación de amistad con Isaac Pavlosky. Al igual que con Tijomirov, también tuvo con este un trato frecuente durante su tiempo parisino, lo que le facilitó el conocimiento de otros exiliados rusos y le permitió “la observación directa de unos modos de vida y pensamiento, de la aristocracia o el intelectual nihilista al labriego moscovita” lo que ayudaba a ponderar “el entusiasmo que suscitaba en la escritora el estudio de la civilización y la cultura rusa” (Thion Soriano-Mollá, 2003: 119). Su relación con este, autor de un ensayo sobre España, fue determinante a la hora de adentrarse en este estudio tan concreto:

Es probable que el interés de doña Emilia por la literatura rusa obedezca a su trato con Paulovsky en aquellos días. Además de lo que pudo aprender en conversaciones con él, mucho de lo que dice de Turguénev en *La revolución y la novela en Rusia* procede del libro de Paulovsky, aparecido en el mismo año en que la Pardo dictó sus conferencias, inmediatamente recogidas en volumen (González Herrán, 1988: 85).

Emilia Pardo Bazán estructuró sus conferencias en tres partes diferenciadas. La primera, descriptiva a lo sumo, presenta la cohesión que se organiza la sociedad rusa, tanta que “la enorme Rusia se juzga, mejor que Estado, familia sujeta a la ley de un padre, y padre llama con tierna familiaridad a su autócrata” (1961: 35). También se detiene en su particular geografía y su característico clima, el cual “si no produce efectos disolventes como el calor excesivo, al menos encoge el alma y paraliza el cuerpo” (1961: 43). Al referirse a la historia reciente de Rusia juzga a sus soberanos, quienes no poseen

“condiciones morales en armonía con el vigor de su inteligencia y su voluntad” (1961: 59), aunque reconoce, como ha ocurrido con la mayoría de los estudiosos españoles, que “es imposible negar un tributo de admiración a Pedro el Grande” (1961: 60). Socialmente, no distingue clases, sino que clasifica a las personas según el entorno en el que viven, es decir, la ciudad y el campo (1961: 85-86), y critica a un clero que “ha permanecido sepultado en la letárgica postración” (1961: 93) al servicio del zar.

En la segunda parte se acerca a dos conceptos que en aquel entonces tomaron fuerza y que cambiaron posteriormente en Rusia: el primero de ellos, la inteligencia –entendida como *intelligentsia*–, la define como “una clase social donde tienen cabida todas las personas, cualquiera que sea su profesión y estado, que se interesan por la vida intelectual y contribuyen a ella” (1961: 111). El segundo de ellos, el nihilismo, es tratado con dureza por la autora, quien considera que por su camino “no se llega a destinos ni posiciones: tal vez a Siberia o al patíbulo” (1961: 129), aunque reconoce su efectividad en un país el de los zares:

La filosofía del nihilismo está bebida en fuentes occidentales, no cabe duda, y, sin embargo, sólo allí, en Rusia, podía verificarse el fenómeno: en una tierra que predispone al realismo y al misticismo, a la brutalidad y al sueño y, sobre todo, a la tristeza, sin límites como la llanura (1961: 137).

Tampoco falta la identificación del convulso tiempo que vivía Rusia, donde se perdía la definición de lo que había sido la historia del país hasta ese momento y comenzaba un tiempo indefinido de cambio: “Rusia atraviesa un período de transición. Camina a un porvenir incierto: tropieza y cae; se ensangrienta los pies; se le desvanece el sentido; tiene accesos de locura y auras epileptiformes que le retuercen los nervios” (1961: 148).

La tercera parte se corresponde con la estrictamente literaria y en ella analiza la obra de Turguénev, Dostoievski y Tolstói. Al primero, a quien sentía más cercano gracias a su amistad con Pavlosky, quien era íntimo del autor, Pardo Bazán le achaca no ser más contundente con su pueblo al no utilizar la literatura como motor para la acción. Para ella, el escritor era “de esas almas lo bastante amantes de su patria para decirle la verdad y amonestarla –en forma indirecta y artística, se entiende– sin tregua ni reposo” lo que hizo que la crítica amonestara sus libros y perdiera importancia ante los nuevos lectores, mientras que “a la conspiración del escándalo sucedía la del silencio y la del olvido, acaso más eficaz” (1961: 211). Además, cree que él era injusto al valorar su obra, ya que el

novelista ruso “otorgaba mayor importancia a sus novelas largas que a sus primorosos episodios, en los cuales acaso no tiene rival” (1961: 217). La primera obra rusa que leyó Pardo Bazán y que le condujo a acrecentar su interés por la novelística rusa fue *Crimen y Castigo*, de Fiodor Dostoievski. Se trata de un autor diferente, alguien que “araña el alma, pervierte la imaginación y subvierte las nociones del bien y del mal hasta un grado increíble (...) es belleza, belleza torturada, retorcida, satánica, pero intensa, grande y dominadora” (1961: 239) aunque encuentra entre sus libros “una gota de bálsamo, y es el fondo cristiano que aparece donde y cuando menos se puede esperar su presencia consoladora” (1961: 240). Su novela de iniciación en el ámbito ruso presenta en su protagonista los sentimientos que “todos [los seres humanos] llevamos ocultos en algún rincón oscuro del alma; no sólo humanos, sino propios de una persona de gran cultura intelectual” (1961: 237), lo que muestra que la autora comprendió de inmediato el propósito del personaje de Rashkolnikov. Y de Tolstói (1961: 246-247) analiza *Guerra y Paz*, una novela que para la autora mostraba a la sociedad rusa en el momento antes de la invasión francesa y que es el marco en el que se encuadran toda una serie de reflexiones que abarcaban la filosofía, la historia y la política para ofrecer una visión total de la vida rusa. Afirma que con este autor alcanza “su punto culminante” (1961: 260) la escuela naturalista rusa⁴⁵. En este sentido, la literatura se convirtió para la autora en la verdadera esperanza de Rusia, el lugar donde “se cobijaron las utopías políticas, los gérmenes nihilistas, las filosofías subversivas y los ensueños de regeneración social” (1961: 262). El lector ruso deposita su confianza en el autor, que es el símbolo de la reflexión y del cambio en la búsqueda de un futuro más justo, aquel que se compara y alcanzaría términos de la religión, al presentarse como “el que revele el ideal, el evangelista y el apóstol” (1961: 266).

Para finalizar, es muy arriesgado afirmar, como ha hecho González Arias, que la intención de la autora fuera “más allá de su misión didáctica” y se anticipara “una década a los llamamientos de la Generación del 98” (1994: 176). Pardo Bazán escrutó el ambiente de un campo literario que conocía solo mediante intermediarios (novelistas y emigrados), y por muchas analogías que pudiera establecer entre la situación de los dos imperios – ambos en situación de decadencia–, la realización de este análisis *a posteriori* le excluye

⁴⁵ A Tolstói dedicó Pardo Bazán varios textos a lo largo de su vida. El más significativo de ellos es el referente a su muerte, que apareció el 19 de diciembre de 1910 en *La Ilustración Artística*, en el que se puede observar la admiración que sentía por este escritor: “Importa la muerte de Tolstói, porque desaparece el primer novelista entre los vivos; porque la literatura pierde una figura elevadísima. No era Tolstói de los que, al envejecer, descienden de facultades” (2005: 431).

de toda validez, ya que la intención de la escritora no iba más allá de los límites que ofrecía la exposición del tema. La única señal que puede atisbarse de este pensamiento se halla en las últimas palabras de Pardo Bazán, al afirmar cómo la “novela [española] sería y honda muere aquí sin eco” (1961: 276), no como ocurría en Rusia, donde la sitúa como el motor social de la reflexión y del cambio.

2. DE LA UNIÓN SOVIÉTICA A LA RUSIA ACTUAL

2.1. LA REVOLUCIÓN RUSA EN ESPAÑA: EL MUNDO EDITORIAL Y LA LITERATURA COMPROMETIDA

En España, los primeros pasos de la revolución se siguieron en función al desarrollo de la I Guerra Mundial. Desde la neutralidad nacional, las posiciones germanófilas celebraron los hechos ya que cualquier debilidad rusa era celebrada por estos, mientras que para la izquierda, en el caso del PSOE, aliadófila y demasiado centrada en el transcurso del conflicto –tanto que se solicitaba que, al menos, se tomara una posición idéntica a la que había adoptado Estados Unidos, que había roto sus relaciones diplomáticas con Alemania–, se abrió una pequeña esperanza por el derrocamiento del zar –al que se unió el del rey griego– y la continuidad que pudiera tener este hecho en el sistema político del país. Según avanzaron los hechos, se mitigó el entusiasmo de la derecha debido a las noticias que llegaban acerca de los movimientos agrarios y campesinos y aumentó el del sindicalismo anarquista que interpretó el final de la lucha armada internacional como el inicio de la expansión del poder bolchevique. Ante el golpe de octubre, el silencio del socialismo español contrastó con la buena acogida que tuvo en los trabajadores y la CNT, sobre todo en el ámbito de la abolición de la propiedad de los terratenientes. El éxito de la revolución social de Rusia sin pasar por la democracia previa alentaba las aspiraciones de este último grupo. Tras el final de la guerra, un pequeño sector del Partido Socialista, agrupado bajo la publicación *Nuestra palabra*, recuperó el tema como aliento para el proletariado, aunque el partido confiaba en que la reforma democrática que esperaba para España llegase de manera paralela a la de las naciones derrotadas. En cambio, el anarco-sindicalismo aceptó la evolución de los hechos de 1918 en Rusia y llegó a formar parte de la III Internacional (Forcadell Álvarez, 1988: 141-150). Puede considerarse que, a nivel social, el mayor efecto en España del acontecimiento fue el periodo que Juan Díaz del Moral denominó como el “trienio bolchevista” y que, temporalmente, corrió en paralelo con la guerra que en el futuro país de los Soviets enfrentó a regalistas y comunistas. Estudió el caso en Andalucía y relató cómo la victoria de los sectores reaccionarios en las elecciones del 24 de febrero de 1918 se vio mitigada por las diferentes acciones de los campesinos sureños, que obligaron a varios de los caciques a abandonar sus puestos y llegaron a implantar, en algunos casos, sistemas parecidos a la dictadura del proletariado. Como define de manera acertada el propio autor,

para que esto sucediera solo “había bastado una palabra evocadora: Rusia, y un arma bien templada: la organización” (1979: 269). Evidentemente, no solo tuvo efectos en España todo aquello que sucedía entre Moscú y San Petersburgo, sino que los *diez días que estremecieron al mundo* tuvieron repercusión a nivel internacional⁴⁶:

[En] Occidente, se puede decir que las naciones y grupos políticos en su práctica totalidad –excepción hecha de los gobernantes de las Alemania y Austria imperiales– acogieron con simpatía la revolución de marzo. Para Francia e Inglaterra, el fin de la autocracia zarista significaba que la lucha de los aliados contra las potencias centrales era, a partir de entonces, de verdad una lucha entre autocracia y democracia –reivindicación de carácter sonrojante mientras los Romanov estuvieron en el poder. Para los partidos parlamentarios de derecha e izquierda, la revolución de marzo parecía prometer el establecimiento de la democracia burguesa en Rusia. Para los diversos movimientos de liberación de Europa oriental y central, la revolución abría las puertas a una libertad negociada. Para los marxistas europeos, ninguno de los cuales preveía por entonces la revolución socialista internacional, el fin de la autocracia rusa presagiaba el inicio de la fase de democracia burguesa en la historia de Rusia (Jackson, 1988: 107).

Fuera del ámbito estrictamente político, la revolución propició que el libro se convirtiera en España en uno de los elementos básicos para la difusión de las nuevas ideas propagadas por los pensadores de izquierdas europeos. La palabra impresa se difundió entre obreros y campesinos, que comenzaron a tomar conciencia de su condición de clase. Anarquistas, socialistas y comunistas se preocuparon por ofrecer nuevos textos a sus cada vez más asiduos lectores con publicaciones de intelectuales españoles afines y traducciones de revolucionarios rusos. Para una parte de los escritores de la década de 1920, los objetivos del arte debían dejar a un lado la búsqueda de belleza en la composición para dotarla de una función social. La novela se convirtió en el marco perfecto para promover esta mutación por parte del artista, quien no se quedó inmóvil ante los cambios que se producían en el exterior y se involucró ante la responsabilidad contraída con las masas. El combate mediante la palabra derivó en una novelística de carácter social por la que los autores, al contrario que sus homólogos soviéticos, no se vincularon con el poder. No pusieron sus letras al servicio del Estado en un ejercicio de

⁴⁶ Palomares Ibáñez ha señalado cómo los actos del “trienio” no pueden reducirse únicamente al espacio geográfico de Andalucía: “Aunque la expresión trienio bolchevique suele ligarse al movimiento del proletariado agrícola andaluz caracterizado por su propia dinámica y objetivos, la conflictividad campesina alcanza a otras regiones de la España agraria prolongándose, al menos hasta finalizar 1921, entre ellas Castilla y León donde se constata una fuerte agitación huelguística en el proletariado agrícola que también alcanza a trabajadores de otros sectores productivos” (1988: 201).

propaganda y servidumbre, sino que buscaron la transformación total de la sociedad desde la literatura, expresión artística que había pertenecido a la burguesía, por lo que incluso la llegada de la II República para muchos no significó un paso definitivo en la consecución de sus actos. Aunque más abajo se observará la diferencia entre los casos ruso y español, sí cabe decir que, mediante la novela, se buscó dignificar a la persona humana y se facilitó la participación en la actividad social a las capas más bajas de la sociedad al tomar conciencia de clase. Al mismo tiempo, se pretendió, a través de la concepción marxista de la historia, hallar el sentido de la vida por la realidad socioeconómica en la que se encontraba. El pueblo se convertía en el centro de la obra, se indagaba en sus problemas e inquietudes y se le mostraba el camino que debía emprender en sus acciones sociopolíticas (Fuentes, 1980: 27-31 y Castañar, 1992: 83-91)⁴⁷.

Este ímpetu se vio frenado por la censura que instauró la dictadura de Primo de Rivera, que condicionó el flujo de informaciones, ya que la transformó “en un organismo estable y poderoso, dotándolo de amplísimas facultades y nada improvisada estructuración” (Santonja, 1986: 15). Este aspecto evitó que las noticias sobre las revueltas de trabajadores en Barcelona, la Guerra de Marruecos o los inicios de la Unión Soviética llegaran de manera completa a la ciudadanía. Ante la dificultad, los periodistas optaron por emitir las informaciones mediante la elipsis (Costa Fernández, 2013: 388-391). Con este panorama se encontró la revista *Post-Guerra*, editada en Madrid en los años 1927 y 1928 y que pretendía, bajo la dirección de José Antonio Balbontín y Rafael Giménez Siles, agrupar a una serie de intelectuales que huyeran de la visión burguesa que de ellos se tenía para acercarla al compromiso obrero, al mismo tiempo que se oponía a la nueva prosa que Ortega había defendido en *La deshumanización del arte* y en *Ideas sobre la novela* (ambos en 1925). El escritor comprometido serviría al pueblo con sus letras y así se manifestó en los propósitos a los que la revista se encomendó en su primer número: “1.º) Aproximar a los trabajadores manuales y a los intelectuales; 2.º) luchar contra la propaganda reaccionaria y arcaica de la ideología y de la cultura burguesa; 3.º) abrir paso y ayudar a la eclosión de un arte colectivo” (*apud* Castañar, 1992: 42). Asimismo, la revista renegó de las vanguardias, que “tenía[n] la tendencia a encerrarse

⁴⁷ La creación por parte de H. Barbusse del grupo *Clarté* que pretendía establecerse como una organización paralela a la III Internacional en la acción en el campo del arte, destronar al escritor de su posición elitista y situarlo al mismo nivel del proletariado, fue uno de los primeros hitos que se dieron a conocer en España para apoyar la nueva actitud de los novelistas. Su manifiesto fue publicado en el número de septiembre de 1919 de la revista *Cosmópolis* (Fuentes, 1980: 48-50).

en sí misma[s] y, por tanto, era[n] políticamente inoperante[s]”. (Caudet, 1993: 20), al establecer un abismo insalvable entre la obra y la realidad (Castañar, 1992: 41-46)⁴⁸.

Pero su continuidad estuvo condicionada a una de las características del proceso de censura: mientras que las publicaciones periódicas sí pasaban por las manos previas del funcionario, los libros que superaban las doscientas páginas no estaban sometidos a ningún tipo de corrección o supresión ya que, por causa de su elevado precio –cinco pesetas frente a los pocos céntimos de las revistas– se confiaba en que fueran considerados como artículos inaccesibles para el proletariado, sector de la población en el que se quería atajar la penetración de las ideas revolucionarias. Este problema, sumado a la autocensura de los escritores llevó al equipo directivo a transformar la publicación en Ediciones Oriente. El sugerente nombre de la empresa indicaba el camino que sus publicaciones tomaron, lo que puede observarse en la nómina de los primeros autores y libros del catálogo: *China contra el imperialismo* (Juan Andrade, 1928); *Lenin y el mujik* (Máximo Gorki, 1928); *Los mujiks* (Constantino Fedin, 1928); *La bolchevique enamorada* (Alejandra Kolontay, 1928); *Nuevo rumbo, ¿Adónde va Rusia? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?* (León Trotski, 1928); *Julio Jurenito y sus discípulos* (Ilya Ehreburg, 1928); *Los conquistadores* (André Malraux, 1929) y, aislada de esta línea, *La novela del amor humilde* (Norberto de Araujo, 1929). Los integrantes de la editorial se separaron para formar otras nuevas y mejor estructuradas que atendieran la creciente demanda de lectores (Santonja, 1989: 10-11). La influencia de la industria del libro en el posterior desarrollo ideológico de la sociedad, al ofrecer este tipo de textos ha sido señalada por Caudet:

Rusia, su revolución y su literatura, así como una serie de autores alemanes y franceses, despertaron el interés que ofrecieron inesperadas posibilidades mercantiles y el libro –así lo entendieron algunos editores– pudo ser ingrediente básico en el proceso, en aquellos años tan en boga, de unas determinadas líneas de aculturación y proselitismo ideológico y político (1993: 118).

Con esta división, se establecieron en el mercado tres grandes grupos que abarcaron gran parte de la edición literaria en España en los últimos años de la monarquía y a lo largo de toda la II República: la editorial Cenit, la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, y la Editorial Fénix, en cuyos catálogos encontraron lugar las novelas y

⁴⁸ Para conocer con mayor precisión todo el proceso de fundación, vida e índices de la revista *Post-guerra*, véase Santonja (1986: 99-142).

los libros teóricos que se veían influidos por lo ocurrido en Rusia⁴⁹. Como han señalado López-Morell y Molina Abril, los inicios del siglo XX fueron el renacer de la edición de libros en España:

Superado el reajuste de la última década del siglo XIX, el sector editorial confirmó su mayor pujanza con el transcurso de las primeras décadas del siglo XX, con un desarrollo visible del sector industrial editorial según muestran diversos indicadores, y con una presencia más asentada de las sociedades anónimas, la consolidación de varias empresas nacidas en el siglo anterior y la creación de otras nuevas, así como la ocupación de un mayor número de obreros (2012: 113).

El impulso editorial llevó a que la novela social estadounidense fuera conocida gracias a las traducciones de miembros de la *generación perdida* como Theodor Dreiser, Sinclair Lewis y Upton Sinclair, a los que se añadirían Waldo Frank y John Dos Passos durante la II República. De manera más profunda penetró la novela rusa tras los acontecimientos de octubre en dos fases: aunque de 1917 a 1923, motivado por las ansias de conocimiento existentes sobre Rusia y el auge editorial, fructificó una cantidad ingente de publicaciones, fue entre 1925 y 1933 cuando vivió la narrativa soviética su momento más espléndido. Estos libros cosecharon un gran éxito e influyeron de manera notoria en los escritores españoles debido a unas características literarias específicas: interés en el contenido antes que en la forma; interpretación de la realidad desde la perspectiva proletaria; reflexión sobre el papel del intelectual en el movimiento obrero; entusiasmo por una nueva epopeya –marcha del pueblo hacia la nueva sociedad–, los mitos recientes –las máquinas que ya propugnaba el futurismo– y la posibilidad de promover en el lector la necesidad de cambiar la humanidad (Castañar, 1992: 36-40). Pero la influencia de la literatura rusa ya había sido señalada por Antonio Machado en una conferencia pronunciada en la Casa de los Picos de Segovia el 6 de abril de 1922. El poeta insistió en la necesidad del escritor de volver a reflexionar sobre el dolor humano, tema que, según su opinión, comenzaba a ausentarse en el resto de literaturas europeas. Aunque él se refería en este caso más a los escritores de los años previos a la revolución que a aquellos que surgieron tras el triunfo de las ideas marxistas, se puede adivinar hacia dónde debían dirigirse las miradas literarias en los años siguientes:

⁴⁹ Sus catálogos pueden consultarse en Santonja (1989: 39-191).

¿Qué debe la moderna literatura occidental a las letras rusas? Los pueblos que alcanzaron un alto grado de prosperidad material –Francia, Alemania, Inglaterra, Italia– y también un alto grado de cultura (lo uno no va sin lo otro) tienen un momento de gran peligro en su historia, peligro que sólo la cultura misma puede remediar. Estos pueblos llegan a padecer una grave amnesia, olvidan el dolor humano (...). La literatura rusa ha sido un mágico y vibrante despertador, que nos desvela y ahuyenta de nosotros el sueño epicúreo (2009: 257).

Como se ha apuntado, y a pesar de que paradójicamente la dictadura de Miguel Primo de Rivera había allanado el camino, fue durante la II República cuando la literatura revolucionaria tuvo su mayor impulso. Manuel Aznar Soler ha explicado este fenómeno en torno a tres factores: la publicación de revistas de marcado compromiso antifascista. La aparición de publicaciones como *Octubre* –de la que se realizará más abajo alguna referencia al hablar del primer viaje a la URSS de la pareja Rafael Alberti y María Teresa León–, la valenciana *Nueva Cultura* o el catalán *Bulletí de l'Associació d'Escriptors i Artistes Revolucionaris* se convirtieron en los respectivos órganos de expresión de la Asociación de Escritores Artistas Revolucionarios –AEAR–, la Unión de Escritores y Artistas Proletarios –UEAP– y la *Associació d'Escriptors i Artistes Revolucionaris de Catalunya*. Aunque la última de las agrupaciones no tuvo una especial relevancia, es cierto que las publicaciones madrileña y valenciana configuraron, al igual que *Tensor* o *Tiempo presente*, el ambiente frentepopular contra el fascismo que alcanzaría su punto máximo en la Guerra Civil. El autor destaca, entre los ejemplos ofrecidos por estas publicaciones, un artículo de César M. Arconada en *Octubre* titulado “Quince años de literatura española”⁵⁰. En el mismo, se ha señalado la división en cuatro grupos que el escritor realizó para clasificar a sus compañeros de profesión según la tipología de su compromiso: en primer lugar, se encontrarían los intelectuales contrarrevolucionarios, aquellos que comenzaban a adherirse al fascismo o al “catolicismo de la cultura”, y cuyos nombres más representativos eran Ramiro Ledesma Ramos, Ernesto Giménez Caballero, Eugenio Montes o José Bergamín, percepción la de este último equivocada por parte de Arconada, ya que sería el Presidente de la Alianza de Escritores Antifascistas. En segundo lugar estarían situados los continuadores de la tradición pequeño burguesa, como José Díaz Fernández, Ramón Gómez de la Serna, Ernesto Salazar Chapela o Benjamín Jarnés. En tercer lugar se situaría el colectivo de las “soledades sonoras” que, como Juan Ramón Jiménez, viven al margen de la historia –lo que celebran en su propia lírica– pero que, al

⁵⁰ El artículo mencionado apareció en la página 6 del primer número de *Octubre* (junio-julio 1933).

estallar el conflicto, toman partido por el lado republicano. Y en el último, en el que se incluyó César M. Arconada, se situaban los escritores fielmente comprometidos con el proletariado, y en el que le acompañaban Ramón J. Sender, Rafael Alberti, Luis Cernuda o Emilio Prados. Como afirma Manuel Aznar Soler, la predicción de la adhesión republicana, si se exceptúa el fallo cometido con José Bergamín, se cumplió en los tres últimos grupos (2010: 234-244).

Si la aparición de las diferentes revistas señaladas sirvió para dar los primeros pasos de la revolución literaria, los hechos protagonizados por los mineros de Asturias en 1934 fue el hecho que precipitó a los creadores a su compromiso total. Aunque Castilblanco o Casas Viejas formaban parte de la geografía tratada por los escritores al denunciar los abusos del poder respecto a los trabajadores, lo ocurrido en el norte de España sirvió para que los narradores, dramaturgos y poetas se solidarizaran con el pueblo. A pesar de esta unión, hay que distinguir, como hace Aznar Soler, entre la minoría que simpatizaba de manera previa con el ente genérico “pueblo” –al PCE pertenecían Rafael Alberti, María Teresa León, Emilio Prados, Joaquín Arderíus, Pascual Pla y Beltrán y César M. Arconada– y los escritores que observaron los hechos desde su posicionamiento democrático-burgués –como Antonio Machado o Federico García Lorca–, lo que no impidió que se vieran afectados por los acontecimientos. Diferencias de forma la de los escritores españoles en su compromiso antifascista –que culminaría en la publicación *Hora de España*– y que encontró incluso su mártir en la figura del periodista Luis de Sirval⁵¹. El suceso, que al igual que había ocurrido con asuntos trágicos en los años anteriores, provocó la proliferación de reportajes acerca del tema. Al mismo tiempo, afectó a la literatura de creación y configuró el panorama en el que se moverían las letras revolucionarias en los años previos al conflicto cainita y durante el mismo. Con este panorama, debe apuntarse la diferencia entre literatura “proletaria-revolucionaria” y literatura “revolucionaria”. Aznar Soler descarta, para el caso español y en consonancia con lo que en su día indicara Ramón J. Sender, la literatura “proletaria”, ya que, según el escritor, esta solo puede darse en una sociedad de carácter puramente socialista, es decir, la Rusia soviética. Así, la literatura considerada “proletaria-revolucionaria” es aquella

⁵¹ Respectivamente, véase para conocer las reacciones de lo sucedido en estas dos poblaciones “Castilblanco (Badajoz, 31 de diciembre de 1931)” (Marie-Claude Chaput, 2004) y el conocido reportaje de Ramón J. Sender *Viaje a la aldea del crimen (1934)* (reeditado por Libros del Asteroide en 2016). El trágico final de Luis de Sirval, sobre el que se publicaron *Por qué mataron a Luis de Sirval* (Ignacio Carral, 1935) y *El delito de asesinato (El caso Sirval)* (Manuel López Rey, 1936) (Aznar Soler, 2010: 264, nota 66), puede seguirse en Ríos Carratalá (2011: 357-379).

que se sirvió de la agitación y propaganda con un fin didáctico y que fue puesta en práctica principal por la clase obrera, es decir, por trabajadores que no se dedicaban a la escritura. En cambio, la únicamente “revolucionaria” fue propia de los escritores que crearon desde su perspectiva como militantes de partidos comunistas. Mientras entre los primeros destaca el ejemplo narrativo de *Sangre de octubre: UHP* (Maximiliano Álvarez Suárez, 1936), entre los segundos se utilizó, en vez de la forma teatral –arte social por encima del resto–, la lírica para canalizar sus impresiones a través de las letras. Aparecieron poemarios enteros dedicados al tema como *Voz de la tierra* (Pascual Pla y Beltrán, 1935), *La rosa blindada* (Raúl González Tuñón, 1936) y *Llanto de octubre* (Emilio Prados, 1937), así con poemas de Rafael Alberti, Arturo Serrano Plaja y Adolfo Sánchez Vázquez. Tal acontecimiento histórico y la reacción de los intelectuales de izquierdas derivó en una crisis de valores que les llevó a simpatizar con planteamientos más radicalizados y que, por ejemplo, hicieron insuficientes a las Misiones Pedagógicas gubernamentales (2010: 255-259 y 264-271). Sarah Sánchez, en una de las conclusiones de su trabajo acerca de las representaciones literarias de la Revolución de Asturias, se ha acercado al cambio de postura que experimentaron los escritores españoles en la década de 1930:

[These] texts denote a stage in the development of Spanish literature from the avant-garde to the social and politically engaged writing of the 1930s which would become most ideologically charged during the Civil War. Avant-garde concern with form was shelved as authors focused their attention on social issues rather than on the aesthetic concerns which had predominated in the 1920s and early 1930s. The increasing popularity and availability of literary magazines with a sociopolitical agenda, translated political works (especially from the Soviet Union) and pacifist novels, and politically committed social novels written by Spanish authors and published by newly established publishing houses, indicate that not only were authors’ priorities changing, but so were those of the readers. The Revolution moved many prominent writers and intellectuals to an almost immediate reaction. Hence, the literature which resulted from the 1934 Revolution contributed to the politicization of literature as intellectuals felt that an absence of political engagement was inappropriate in such a climate (2003: 336-337).

Todo lo hasta aquí expuesto sirve para reunir, en torno a este ideario, a un amplio grupo de escritores de los que aquí se recoge una muestra de los más reconocidos: Isidoro Acevedo, Julián Zugazagoitia, Joaquín Arderius, José Díaz Fernández, Ramón J. Sender, Francisco Ayala, César Arconada, Andrés Carranque de los Ríos, Manuel D. Benavides, Julián Gorkín, César Falcón, José Más, José Pérez Domenech y Manuel Ciges Aparicio.

Estos literatos tomaron la novela “como un instrumento para analizar la sociedad y contribuir a transformarla, al poner al descubierto los mecanismos que perpetuaban y hacían posible el mantenimiento de situaciones opresivas e injustas” (Esteban y Santonja, 1988: 11) llamados por “la necesidad de bajar a la arena de la acción política, a través de su obra, para contribuir con su esfuerzo a la realización, confirmación o a la defensa del modelo de sociedad que ellos asumen” (Castañar, 1992: 57).

2.2. EL LIBRO DE VIAJE A LA URSS: ENTRE LA ADHESIÓN Y EL DESENCANTO

La magnitud de los acontecimientos sucedidos desde 1917 en Rusia atrajo a un inmenso número de intelectuales que “deseaban poder comprobar *in situ* cuál era la realidad del país y cómo estaban afectando a la sociedad los cambios impuestos desde el poder bolchevique” (Sánchez Zapatero, 2008: 272). En el momento de la revolución el país era “socialmente muy atrasado, de estructura económica feudal, con la mayor parte de la población analfabeta, sobre todo en el campo, y de una extensión geográfica vastísima, lo que obstaculizaba las comunicaciones y la cohesión ideológica de la población” (Gubern Garriga-Nogués, 2007: 153). Como señala Cortés Arrese, “la Unión Soviética fue, en los primeros años revolucionarios, el objeto de pasiones, exacerbadas, alimentadas por la incertidumbre y el misterio de desconocido que rodeaba a esa experiencia naciente” (2010: 76-77), lo que respondía, en cierto modo, al deseo de “dar cuenta de la verdadera situación de la nueva Rusia” (Barbusse, 1985: 244). Desde un primer momento, el cambio fue aplaudido por muchos pensadores y alguno de ellos, como Romain Rolland, deseó la implantación de una dictadura del proletariado y la anulación de cualquier intento democrático para la nueva Rusia:

Romain Rolland salue la Révolution russe, mais la trouve insuffisante. Elle est pour la Russie un progrès incontestable, comme l’a été pour la France la Révolution de 1789, mais les hommes qui ont pris le pouvoir ne peuvent qu’instaurer une démocratie bourgeoise, qui ne répond plus aux vœux de Romain Rolland (Villocq, 1976: 922).

De todos modos, y como ha explicado Stephen Koch al analizar la figura del propagandista Willy Münzenberg, la “Revolución *necesitaba* creadores de opinión de la clase media, artistas (...) gentes cuyas inocentes sensibilidades aún no estaban cauterizadas por el genuino acero al rojo vivo de los radicales” (1997: 38)⁵². El apoyo incondicional de estos personajes al comunismo ha sido criticado de manera severa por Martin Amis (2006) quien, además de analizar las injusticias del sistema y el Gran Terror estalinista, se acerca a la figura de su padre, Kingsley Amis, que apoyó a la causa soviética durante más de quince años. También Vladimir Nabokov, que se vio obligado en su

⁵² Incluso el comportamiento de la intelectualidad soviética en los años veinte todavía se escindía entre prosoviéticos y antisoviéticos, por lo que surgieron en el plano literario toda una serie de organizaciones que buscaban ganar influencia dentro de los primeros tiempos del comunismo (Policinscka, 2008: 121).

infancia a abandonar el país, fue crítico con aquellos foráneos que se alinearon a favor del nuevo sistema político que se implantaba, que “no era más que una forma brutal y completa de bárbara opresión (...) y que no tenía nada que ver con el atractivamente nuevo experimento revolucionario con el que lo confundieron tantos espectadores extranjeros” (1994: 254). Según Arthur Koestler, Rusia era “el Gran Experimento Social, que naturalmente observábamos con ojos de simpatía y sin prejuicios” (1973b: 65), la patria que “había emprendido el experimento de ingeniería más grande de la historia, en un momento en que los cinco sextos restantes del mundo se venían abajo” (1973b: 118). Pero criticó la seducción que sintió la intelectualidad por la clase obrera:

En 1919, los intelectuales descubrieron de pronto el proletariado suburbano, tal como era realmente, en carne y hueso y sudor; y este descubrimiento desencadenó una inundación de impulsos generosos y nuevas perspectivas de fraternidad humana. En la década del treinta, este sentimiento espontáneo ya se había petrificado en el “Culto al proletariado” prescrito por las directivas del Partido. El sentimiento de afecto fraternal hacia esos seres humanos trabados por su ambiente social, se transformó en una degradada adoración de lo primitivo, lo grosero, lo carente de humor; del proletariado bruto, “consciente de su clase”; el culto del mínimo común denominador (1973a: 97).

El comunismo soviético se había convertido en cuestión de fe y el viaje a Moscú y Leningrado una peregrinación para acreditar la buena nueva. Pensadores y literatos del ámbito internacional visitaron la URSS, lo que sirvió para que las positivas ideas sobre la experiencia comunista preconcebidas en sus lugares de origen se confirmaran o para que la ilusión que acompañaba previa se transformara en decepción, lo que ratifica que “el viaje al *país de los Soviets* no estuvo caracterizado por su constancia y unanimidad” (Cortés Arrese, 2007: 81). En esta misma idea ha insistido Angela Kershaw:

Narratives composed in the 1930s on the theme of the *retour de l'URSS* are simultaneously part of this Russophilia/Russophobia and the broader phenomenon of 1930s travel writing (...) *Retour de l'URSS* narratives are a historically specific mode of political writing (2006).

Como señalaba la viajera Magdalena Lauret, la expectación que suponía el viaje era única, ya que “la Rusia de hoy podría envanecerse de ser el único país adonde el viajero no piensa en ir a contemplar los monumentos del pasado, sino la construcción de un mundo nuevo” (1934: 19). La autora, con su visita, respondía al “deber de mirar con

atención lo que sea de Rusia en el porvenir, y tanto más cuanto que sus jefes, con los ojos puestos en el ideal que les anima, confían en ver que ese ideal llega a dominar el mundo” (1934: 169). Un significado que también manifestó Joseph Roth en una carta fechada el 30 de agosto de 1926 tras su llegada a la URSS: “En Rusia nace sin duda un nuevo mundo –considerado con toda crítica–. Estoy feliz de poderlo ver aquí. No es posible vivirlo sin estar aquí, es como si usted se hubiera quedado en casa durante la guerra” (2009: 113). Pero en muchos casos, esta ilusión inicial se tornaba en decepción y se experimentaba “un profundo desengaño al comprobar de primera mano cómo se estaban realizando las transformaciones sociales, políticas y económicas” (Sánchez Zapatero, 2008: 274), como lo manifestó Roth en su diario: “Los postulados de la verdadera libertad no precisan de las fórmulas marxistas. La revolución proletaria no es más que media revolución. Acaso conduzca a un estado sin clases, pero no conduce a un hombre libre” (2008: 187)⁵³. Pero no resultaba nada extraño que se vieran deslumbrados por el sistema soviético. Eran capaces de halagar aquello que se les mostraba e ignorar lo que les era ocultado por las autoridades que organizaban su viaje, lo que Sylvia Margulies ha denominado como “técnicas de hospitalidad” (*apud* Studer, 2003-2004: 5). En todo caso, y como ha explicado Fernando Iwasaki para el caso de César Vallejo, extensible a cualquier intelectual que quiso apreciar los cambios acontecidos en Rusia, no se puede juzgar como acto de ingenuidad el entusiasmo por el país, a pesar de que varias décadas después, se conocen el nefasto desarrollo de la dictadura soviética y las terribles consecuencias que aún tiene en su población. Fueron ejercicios de propaganda –a favor y en contra– pero, sobre todo, el reflejo del espíritu de su época:

Leídas casi noventa años más tarde, las crónicas rusas de César Vallejo corren el riesgo de ser juzgadas con la ventaja de saber que el régimen bolchevique fue un fiasco, un embuste y una cruel dictadura corrupta. Sin embargo, aunque la clarividencia política del poeta demostró ser más bien nula, no sería justo pasar por alto que reflejaban la conciencia y la sensibilidad de numerosos intelectuales y personas de buena fe, que vivieron durante el primer tercio del siglo XX (2013: 14-15).

Antes de comenzar a dilucidar cuál fue la actitud de determinados intelectuales, cabe señalar que, al contrario de lo que ocurría en la época zarista, la narración del viaje a la Unión Soviética conoció, además del libro de viajes, la escritura a través del género

⁵³ Westermann (2008: 224) ha señalado tres objetivos principales en la observación de Roth en Rusia que pueden resultar atípicos: la situación de los judíos, la experiencia apátrida y la crítica a la nueva burguesía.

memorístico. Aunque en ambos casos se rememora la misma experiencia, la inmediatez del primero cuenta con la desventaja de no conocer cuál fue el desarrollo de los acontecimientos que sí puede apreciarse en el segundo. Este hecho es de vital importancia en el caso ruso, ya que el entusiasmo inicial que registraron algunos autores en sus relatos se tornó en decepción tras la deriva del comunismo soviético en la terrible dictadura que sometió a la población hasta 1990. En esta línea, que un autor tuviera el convencimiento en la década de 1930 de que Rusia era el modelo a seguir no significa que, veinte años después, se mantuviera firme en sus postulados, un cambio de percepción que más abajo se observará, por ejemplo, en Ramón J. Sender⁵⁴.

2.2.1. El caso de los intelectuales extranjeros

En el ámbito internacional se observan diferentes postulados respecto a la Unión Soviética. Bernard Shaw fue víctima de la farsa soviética en el verano de 1931, cuando realizó un viaje de nueve días al país. Entre sus misiones entraba la inspección de las obras del canal Moscú-Volga, que pretendía unir a la capital con el río en la búsqueda de mejorar el tráfico fluvial y el abastecimiento de agua a una ciudad que aumentaba día a día su población. La afluencia de trabajadores en las obras de las infraestructuras soviéticas comparadas con las terribles consecuencias de la crisis de 1929 en Occidente hacía posible la realización del milagro de Lenin. Asimismo, toda esta visión se vio ayudada de una entrevista personal del escritor con Stalin, lo que impulsó a Shaw a dar un discurso en Leningrado y a la rápida escritura de su obra *The rationalization of Russia* (1931) para mostrar a la Europa arrasada por el paro y la necesidad las ventajas de la

⁵⁴ Con el conocimiento de esta característica concreta, hay que señalar que para el caso de los libros de viaje se sigue la definición de Sofía Carrizo Rueda, que ha señalado lo siguiente para el género: “Se trata de un discurso narrativo-descriptivo en el que predomina la función descriptiva como consecuencia del objeto final, que es la presentación del relato como un espectáculo imaginario, más importante que su desarrollo y su desenlace. Este espectáculo abarca desde informaciones de diversos tipos, hasta las mismas acciones de los personajes. Debido a su inescindible estructura literario-documental, la configuración del material se organiza alrededor de núcleos de clímax que en última instancia, responden a un principio de selección y jerarquización situado en el contexto histórico y que responde a expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirigen” (1997: 28). Para el caso memorístico, a pesar de que pudiera existir la voluntad de ocultar o manipular el apoyo inicial a la URSS, se seguirá lo indicado por Philippe Lejeune respecto a la definición de autobiografía: “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (1994: 50). Este autor ha indicado “que el género autobiográfico es un género *contractual*” (1994: 85) por el cual el lector y el autor establecen un *pacto* que determina tanto la identidad de quien firma el texto como la veracidad de los hechos narrados.

nación bolchevique (Ferguson, 2007: 278-279). Por su parte, Beatrice Webb realizó la visita desde “una posición radicalmente contraria al marxismo, la revolución rusa, los bolcheviques e incluso la idea de planificación” (Ramos Gorostiza, 2010: 55). Ella y su marido visitaron en 1932 el país comunista invitados por el dictador soviético y la experiencia sirvió para se convirtiera en una fiel creyente de la Unión Soviética. Aunque es cierto que observó la cara oculta del sistema, esto “no le llevó a cambiar su valoración global manifiestamente positiva de la URSS, sobre todo en la esfera pública” (2010: 48) ya que lo disculpaba “como un mal necesario e inevitable –en todo caso transitorio– para la construcción de una nueva y superior civilización” (2010: 56)⁵⁵.

Una de las características de estos periplos fue el espionaje que sufrieron los observadores por parte del de los servicios de información estatales, como le ocurrió a André Malraux en 1934 cuando asistió al I Congreso de Escritores Soviéticos en Moscú:

Malraux no pareció percibir la vigilancia permanente que rodeaba los hoteles donde se celebraba el congreso. Ni que algunos allegados que después serían sus amigos, “comentaban” sus palabras y actividades a los servicios soviéticos y al NKVD (...) Las personas que lo acogían y sus “amigos” hacían labores de espionaje. Los informes escritos u orales que se entregaban al partido y a los servicios, secretos o no, eran naturales, estructurales en aquel sistema totalitario: *todo volvía* a él por derecho. La denuncia formaba parte del *homo sovieticus*, hombre nuevo (Todd, 2002: 180).

De la vigilancia a la que eran sometidos y el peligro del contacto que pudieran tener con los pensadores divergentes al gobierno de los Soviets advirtió Isaiah Berlin:

Por norma general, se considera a los escritores personas a las que hay que vigilar muy de cerca puesto que manejan el peligroso bien de las ideas y, por lo tanto, hay que velar porque no establezcan contacto privado e individual con extranjeros (...) ya que sólo hablando con los escritores y sus amigos el

⁵⁵ Aquello de lo que no se percató Bernard Shaw ha sido resaltado por Anne Applebaum cuando habla de los reos extranjeros del Gulag: “En una posición más delicada, se hallaban los musulmanes y otros prisioneros de Asia central y de algunas repúblicas caucásicas. Sufrían la misma desorientación de los occidentales, pero generalmente no eran capaces de divertir ni interesar a los rusos. Llamados *natsmeny* (derivado del término ruso para las «minorías nacionales»), se habían incorporado a la vida de los campos en los años veinte. Habían sido arrestados en gran número durante la pacificación –y soviétización– de Asia central y el Cáucaso septentrional, y enviados a trabajar en el canal Moscú-Volga” (2014: 311). Respecto a lo anotado acerca de Beatrice Webb, en esta corriente también se puede incluir a Pablo Neruda, que viajó a la Unión Soviética más adelante, en el año 1949, como comienzo de su destierro. En su libro de memorias *Confieso que he vivido*, describía el ambiente general que existía en torno a lo que sucedía en Rusia: “La humanidad entera sabe que allí se está elaborando la gigantesca verdad y hay en el mundo una intensidad atónita esperando lo que va a suceder. Algunos esperan con terror, otros simplemente esperan, otros creen presentir lo que vendrá” (1978: 213). La fidelidad de Pablo Neruda al comunismo de la URSS quedó demostrada durante la ruptura chino-soviética de la década de 1960 (Rodríguez Monegal, 1966: 171).

visitante extranjero (sin ir más lejos, el mismísimo autor de este informe) consigue hacerse una imagen coherente, y no fugaz e irregular, del funcionamiento del sistema soviético en las esferas de la vida artística y privada (2009: 67-68).

A este factor se unió la ocultación del Terror de la década de 1930. Mediante este mecanismo, visitantes como el matrimonio de Louis Aragon y Elsa Triolet, no percibieron –o pudieron no otorgarle la importancia que merecían– los actos de barbarie perpetrados desde el poder mientras ellos vivían en comunión con el mismo:

La pareja pasa parte de 1936 en la URSS, ausentes del triunfo del Frente Popular en Francia y del estallido de la guerra civil española. Pero tampoco, al menos en apariencia, son conscientes de la oleada de depuraciones y procesos en la URSS (...) Cabe tener en cuenta que el estalinismo incluía la desinformación de los invitados extranjeros, lo que al menos parcialmente podría explicar que la pareja ignorara el alcance de las purgas y el simulacro de los juicios (Velázquez, 2003: 72-73).

Pero no todos permanecieron ciegos ante lo que sus ojos contemplaban. Panaït Istrati, entusiasta en un primer momento con la revolución a niveles comparables con los mostrados por Romain Rolland, realizó a finales de la década de 1920 su viaje a la Unión Soviética. Allí se desencantó y, de esta experiencia surgió su denuncia del sistema comunista. Como ha señalado Lucian Chișu, su libro supone un punto de inflexión en el favorable relato del que podían presumir los soviets: “The book is among the first indictments of communist and Stalinist totalitarianism articulated by an enormously popular writer” (2010: 64). La expresión de su opinión no fue acogida de buena manera por quienes habían compartido su espacio literario –cabe señalar que Istrati, a pesar de ser rumano, escribía en francés– ni por una parte de la crítica literaria que había alabado su obra literaria anterior (Popa-Lisseanu, 1988: 299 y 304). No es de extrañar la censurable actitud de sus colegas, que posteriormente sufriría André Gide, al denunciar el escritor en sus libros las diferencias entre teoría y realidad existentes en la Rusia bolchevique. Istrati, a diferencia de quienes le marginaron, vio aquello que muchos callaron por conveniencia. Fiel a la verdad, señaló las diferencias que se daban entre los comunistas de carné y el resto de ciudadanos:

Desde el punto de vista político, se trata de una especie de patriarcado monopolizador de la autoridad. Desde el punto de vista económico, disfrutaban también de ciertas ventajas: los comunistas, con pocas excepciones, están

asegurados contra el paro, y mejor retribuidos [sic], disponiendo de mejores viviendas que la masa, sin poder llegar a acumular francamente un capital. El partido ha fijado en 225 rublos por mes el salario máximo de sus miembros, mientras que el pretendido salario medio de los trabajadores es tres veces menor en el papel, y por lo menos cinco veces más pequeño en la realidad, como ya hemos visto. Pero además de esos 225 rublos teóricos, los comunistas pueden beneficiar[se] de importantes suplementos, bajo la forma de viviendas decentes, de gastos de representación, de sitio en las casas de reposo habitables, de subvenciones por misiones de viajes, de servicios especiales, etc. (...) El medio millón de obreros que consta en la estadística goza de situación privilegiada en la fábrica, en el taller o en la vivienda; por eso existe, porque la tarjeta de miembro del partido representa una especie de seguro social, y es buscada como una necesidad alimenticia y de relativa seguridad; con ella en el bolsillo, su detentador conserva más fácilmente su plaza en la empresa y será más difícilmente expulsado de su alojamiento, sin olvidar la ventaja de procurarse algunas apariencias de derechos cívicos (1930: 448-449).

Y, más allá de los planteamientos políticos, varios de estos intelectuales no dejaban de lado su faceta de literatos e impregnados por sus conocimientos previos sobre Rusia la compararon con las lecturas que habían realizado de los grandes autores decimonónicos. Esto le ocurrió al escritor irlandés Liam O'Flaherty, quien al referirse a la antigua Perspectiva Newsky de Leningrado, rebautizada como "Calle de octubre" tras la revolución y que identificó con un episodio de la novela *El gabán* de Gógol, obtuvo una percepción diferente a la que había recibido de ella en las lecturas: "Parecía tan magnífico a través de la literatura. En realidad, he de decirle que la encuentro gris y novelesca" (1932: 75). O'Flaherty no ocultó su absoluta decepción y, más allá de la crítica que puedan suponer sus palabras, importa más la nostalgia que estas guardan:

Era doloroso recordar que esta gran calle había sido para mí el centro imaginativo de mi visión de la vida rusa a través de su literatura; como marco de los personajes de Tolstói y como contraste de los idiotas hambrientos de Dostoievsky. Y ahora no era más que una calle vacía, llena de hoyos, con un pavimento deshecho y casas que parecían de pisos de la peor calidad (1932: 76).

Dentro de los diferentes testimonios, los firmados por Stefan Zweig, André Gide, John Dos Passos y Arthur Koestler destacaron por aportar una mirada crítica que huye del dogmatismo. No se situaron ni al servicio de los fervientes seguidores de la Unión Soviética ni de sus mayores detractores. El viaje de Zweig fue en realidad una invitación para participar en el homenaje a Tolstói que en 1928 se celebró en Yásnaia Poliana. Lidia

Zhigunova ha señalado la conveniencia de esta ocasión para visitar Rusia: “Zweig, who was anything but political and dogmatic, certainly wanted to avoid any «compulsory judgment». The Tolstoy’s centenary was a perfect occasion for him, as it was removed from the political sphere” (2002: 6)⁵⁶. El propio escritor no ocultó la satisfacción que le proporcionaba este motivo, ya que le evitaba posicionarse políticamente a la vez que visitaba la Unión Soviética bajo el pretexto de honrar al narrador ruso:

No se podía tomar a Tolstói, el apóstol de la *non-violence*, por bolchevique y hablar de él como escritor me por derecho notorio (...) también me parecía que, desde el punto de vista europeo, era una demostración importante el que escritores de todos los países se reuniesen para rendir homenaje al más grande de entre ellos (2012: 415).

Su estancia “le ofreció con sus contrastes mucha materia narrativa, y al igual que ya hizo en ocasiones anteriores publicó un detallado informe sobre su viaje que los lectores de la *Neue Freie Presse* pudieron estudiar en diversos artículos” (Matuschek, 2009: 242), y evitó la escritura de un libro temático como habían hecho otros coetáneos suyos, “limitándose a contar lo visto y oído en su viaje, sin hacer ningún juicio de valor interpretativo” (Sánchez Zapatero, 2013: 114)⁵⁷. No compartía la labor de quienes sí se dedicaban a tal tarea:

Quien no esté familiarizado con el idioma ruso y sólo haya estado en Moscú y en Leningrado; quien sólo ha visto estos dos ojos del gigante ruso, es decir, quien únicamente conozca el nuevo orden revolucionario y no pueda compararlo con la anterior situación política, creo yo que debiera ahorrarse toda clase de profecías y de descubrimientos políticos, y limitarse a escribir sus impresiones, coloridas y ligeras, como así fueron, sin otra pretensión que la de reflejar la actual situación de Rusia; pero sin exagerar, desfigurar, ni, sobre todo, mentir (2014: 12).

⁵⁶ Ya escribía Zweig en 1922 estas palabras sobre los problemas del intelectual que aparta la mirada crítica y se embauca por los nuevos poderes sin evaluarlos en su justa medida: “la leyenda, justamente por la seducción, por el brillo de lo completo y perfecto, es siempre el enemigo más peligroso de la verdad, y por eso es nuestro deber examinarla continuamente y acomodar el verdadero alcance a su medida histórica” (2003: 290).

⁵⁷ Su falta de posicionamiento le pudo costar su distanciamiento con su gran amigo Romain Rolland al que Zweig le había reprochado a Rolland su simpatía hacia Stalin al mismo tiempo que este le acusaba a aquel de no mostrarse más radical en sus convicciones (Matuschek, 2009: 321) Las memorias de Zweig son en gran parte una alabanza a su amistad con Romain Rolland, por lo que no insiste en este conflicto. Además, Rolland debía ser conocedor de los valores promulgados por el autor austriaco, es decir, la defensa del hombre y la democracia, así como de su contundente rechazo al nazismo que le obligó a exiliarse y que para él “constituía una irracional celebración de la barbarie y la negación de la cultura y la libertad propugnadas por el humanismo europeo, la losa bajo la que se estaba enterrando ese legado y sobre la que no crecería ningún porvenir” (Ródenas de Moya, 2010: 11). Su disputa con Rolland también la señala Zhigunova (2002: 9).

Como hombre entusiasmado de su época, fue allí donde sintió “la fuerza de la corriente” (2012: 426) de la misma. Apreció el papel del proletariado, integrado por personas que “desde la primera a la última, estaban convencidas de que participaban en una gran causa que afectaba a toda la humanidad” (2012: 423) y que, “aunque hoy soporta restricciones y carencias, en todo momento se siente fortalecido por su ascenso a las altas esferas y la conciencia de haber logrado la victoria” (2014: 30). Igual que halaga a la población censura cómo sus compañeros literarios sucumbían ante las prebendas soviéticas: “Como se veían agasajados como nunca y queridos por la masa auténtica, se creían en la obligación de elogiar al régimen bajo el cual eran tan leídos y amados” (2012: 424). Mientras los pensadores extranjeros eran objeto de todas las prebendas, la situación de los soviéticos “ha[bía] empeorado (...) su libertad de movimiento y pensamiento quedó reducida”, lo que no se debía “a aviesas intenciones del Gobierno” sino a que “las circunstancias se ha[bía]n cebado con ellos” y, por “la falta de viviendas”, no podían trabajar con “espacio y tranquilidad” (2014: 30-31). A pesar de todo, el escritor ensalza el compromiso patriótico de estas personas:

En esto radica el grandioso heroísmo de los intelectuales rusos de hoy: a pesar de la poca estima que gozan –tanto en su país como en los nuestros– perseveran, pues renunciar para ir en busca de ganancias en Europa sería para ellos faltar al honor. Les mueve el orgullo de cumplir con una obligación moral; la conciencia de que hoy por hoy, para una Rusia despojada de claridad y alegría, nada es más necesario que tener buenas universidades, buenas escuelas, buenos museos, y un arte pleno y popular. Si esta extraordinaria experiencia social que Rusia inició hace diez años –sola y con la enemistad del resto del mundo– no ha fracasado es gracias a tres factores: la insólita energía y el rigor fanático de sus dirigentes, la docilidad y paciencia ejemplares de este pueblo acostumbrado al sufrimiento y la entrega de los intelectuales rusos, tan a menudo injustamente acusados de burgueses y de políticamente tibios o indiferentes (2014: 32).

Respecto a la motivación del viaje, es decir, el homenaje a Tolstói, describe cómo en la casa del novelista –convertida en un museo que inauguró esta expedición– “se respira la historia, tan densa y apasionante, de su vida, y el recuerdo de su obra da a todas estas pequeñas cosas de su hogar una calidad emocional que nos llega a lo más hondo del alma” (2014: 44). Pero también observa cómo Lunacharski aprovechó la ocasión para dar significado político al evento:

El ministro improvisa un discurso de hora y media, cual agitador ducho en efectos teatrales. Lunacharski separa tajantemente la doctrina de Tolstói del dogma bolchevique. No puedo yo, por la barrera idiomática, comprender el significado de las palabras de Lunacharski; pero sí me doy cuenta –a juzgar por el tono de su voz y por la energía con que acciona sus brazos– que el ministro delimita con firmeza la frontera que separa la derecha de la izquierda, anteponiendo en la guisa la posición del Gobierno a la figura de Tolstói (2014: 40).

Y en el ámbito literario, celebra su amistad con Maxim Gorki, a quien tras regresar del exilio italiano le había sorprendido, al igual que Zweig, “el deseo de cultura; impetuoso deseo, pasión por el acto creador, que de repente brotó hasta en las clases inferiores” (2014: 34)⁵⁸. Confiesa que “estar a su lado significaba para mí, sentir, vivir Rusia, no la bolchevique, no la de antes ni la de hoy, sino la vasta, poderosa y oscura alma del pueblo eterno” (2012: 428-429) y reconoce a Gorki como el único capaz de mostrar los logros de la Unión Soviética al resto de Europa:

Gorki discierne y pondera con toda objetividad, sin lisonjas y mentiras. Y si este verdadero creador, si este hombre que conoce y ama a la gente de su tierra, más allá del matiz, comparte en su conjunto los logros de estos años, algunos harán bien en mostrarse más prudentes y respetuosos y dejar de emitir juicios basados sólo en noticias inciertas sobre cuanto, supuestamente caótico y fanático, ha acontecido en este último decenio en Rusia (2014: 35).

Pero uno de los hechos de mayor relevancia llegó al hallar en su bolsillo la carta de un ciudadano que le revelaba la otra cara de Rusia, que no le fue mostrada y, que además, “expone de forma muy clara cómo fue consciente del control al que fue sometido durante su viaje” (Sánchez Zapatero, 2013: 120). Tras su lectura, Zweig se hace una pregunta que delata la vigilancia sufrida: “¿No era un hecho real que en medio de tanta cordialidad sincera, de toda aquella espléndida camaradería, no había tenido ni una sola ocasión de hablar con alguien en privado y con libertad?” (2012: 426). Su viaje se encuentra recogido en las sensaciones que transmiten estas palabras llenas del rigor y la visión justa de los acontecimientos a los que asistió:

Los quince días que estuve en la Unión Soviética los pasé en un estado constante de alta tensión. Veía, oía y admiraba, sentía aversión, entusiasmo e indignación, todo era como una corriente alterna entre frío y calor (...) Todo era viejo e indolente desde hacía demasiado tiempo, todo se había oxidado y

⁵⁸ Friederike Zweig, la primera esposa del escritor, también incide en el encuentro (2009: 119-121).

ahora, de golpe, quería volverse moderno, ultramoderno, supertécnico (2012: 417-418).

La experiencia de John Dos Passos fue muy similar a la vivida por Stefan Zweig. Su estancia era una oportunidad para el régimen de obtener una buena impresión por parte del escritor, que un año atrás había participado de manera activa en la defensa de los italianos Sacco y Vanzetti, condenados a muerte en los Estados Unidos⁵⁹. Cuando realizó su viaje en 1928, como cuenta en *Años inolvidables* (2006: 262), la lucha entre Stalin y Trotski se encontraba en un punto muerto, porque, a pesar de que este ya se encontrara fuera del país, el dictador no estaba aún lo suficientemente establecido en el poder para acabar con la resistencia todavía presente en la vida pública. El contacto con los ciudadanos le llevó a conocer las diferentes impresiones que había dejado la revolución en ellos. Una camarera le confesó las dos caras de los acontecimientos de 1917, cómo había influido de manera negativa en su futuro, pero de modo positivo en otros sectores de la sociedad:

La camarera era una mujer grande y melancólica que hablaba francés. Su marido había sido chef en familias y en restaurantes aristocráticos; habían vivido en Francia. No le emocionaba demasiado el rumbo que habían tomado las cosas, la vida era cruda y gris y ya no había esas pequeñas elegancias que hacían plausibles las cosas. Uno ya no tenía que trabajar tan duro; como trabajadora, admitió, tenía todos los privilegios, pero la revolución le había destrozado los sueños. Ella y su marido habían estado ahorrando con la intención de abrir un pequeño restaurante, atender a una clientela distinguida, concina francesa estrictamente, todo cocinado con mantequilla. Habrían tenido éxito, ella lo sabía, habrían hecho dinero, habrían tenido una casita al estilo europeo. Nunca le había gustado la vida chapucera que llevaban los rusos, ella era europea de corazón. Cuando se llevó los platos, había lágrimas en sus ojos. Cuando regresó con la compota de frutas y el té, dijo:

–No quiero que piensen ustedes que estoy contra la revolución. Era necesaria, pero es muy dura (2005: 194-195).

En la URSS visita a su traductor, Valentin Josephovich Stenich, quien más tarde sería víctima del Gran Terror. Este le comunica cómo, en la época de Lenin, los sábados por la tarde “los soldados y los obreros industriales se ponían manos a la obra en uno de los rincones de la ciudad más necesitado de mejora y creaban un parque” (2006: 264). Es

⁵⁹ La propaganda que la URSS podía obtener al posicionarse junto a los dos condenados tenía su importancia. Han señalado Cabo y Pisarello Prados (2002: 14) que la ejecución, más allá de motivos xenófobos y la arbitrariedad de los jueces, respondía al miedo de las clases dominantes estadounidenses frente al auge del “terror rojo”, de ahí que fuera bien recibida la visita de Dos Passos, quien se había alineado en este caso en el mismo bando que la Unión Soviética.

testigo de cómo el tiempo había pasado por Leningrado, y en su relato se mezclaban el espacio literario y el real con el deseo de haber vivido la revolución:

Caminando por Leningrado tengo todo el tiempo la sensación de que estoy caminando por el cráter extinto de un volcán. Cosas que he leído sobre la ciudad, el San Petersburgo de Dostoievski, el Petrogrado de los despachos de Jack Reed y Ransome están aun [sic] más vivos en mi memoria que esta ciudad vacía llena de grandes edificios (nosotros los llamaríamos georgianos o coloniales) que exageran, como si hablaran a través de un megáfono, las últimas palabras de la arquitectura vitruviana. Ninguna ciudad, supongo, puede hacer tanta historia como la ciudad de Pedro y de Lenin sin desgastarse por completo. Y de todas formas, yo seguía deseando haber estado allí once años atrás (2005: 200).

También deja una estampa de la nueva capital. No la juzga, sino que se considera, desde su posición de escritor, como un extraño en un lugar de gran actividad promovida por los entusiastas rusos afines al poder bolchevique:

Pero el Moscú de ahora, el Moscú de hoy, el Moscú del nuevo orden, ¿por dónde asirlo? Yo no puedo hacer nada al respecto. Cada mañana oigo su paso bajo mi ventana, cuando los soldados del Ejército Rojo marchan con su canto ronco y profundo, lo veo en el jardín infantil que a veces visito y que queda tan lejos, al final de una línea del tranvía, lo veo sobre todo entre los jóvenes encargados del Teatro de Propaganda Sanitaria donde Alexandra dirige las obras: energía, entusiasmo, modestia (no es para nada como la YMCA) y esa curiosidad ferviente y amplitud de intereses que es el distintivo del espíritu ruso. Lo veo en mis nuevos amigos comunistas, que están todo el tiempo trabajando, discutiendo, organizando, enseñando, haciendo trabajos de oficina y quienes, sin importar qué tan pálidos y ojerosos de tanto trabajar se encuentren al llegar a esas cenas moscovitas de últimas horas de la tarde, siempre está dispuestos a hablar, explicar, hacer preguntas. Pero un espectador en Moscú está tan fuera de lugar como lo estaría en la línea de en la línea de ensamblaje de una planta de la Ford. Si uno es ingeniero o mecánico o profesor, puede hacer algo, pero un escritor está simplemente en la poco envidiable posición de andar por ahí mirando a los demás hacer todo el trabajo (2005: 213).

También se acerca a las creaciones artísticas que se ponían al servicio del pueblo, lo que hace acompañado de una actriz rusa de segunda categoría (2006: 268), con quien asiste al teatro y aprecia de manera sobresaliente *Ruge China* de Meyerhold y la ópera *Boris Godunov* de Moussorgsky. Este contacto le hace afirmar que para conocer la Unión Soviética era mejor presenciar las expresiones artísticas que leer *The New York Times* durante cinco años. Pero Dos Passos también se queda con la otra cara del régimen:

Como la mayor parte de mis amigos occidentales que pasaron algún tiempo en la Unión Soviética, también tenía mis momentos de inquietud. Los días y las semanas se deslizan sin que uno sea consciente del terror, pero bruscamente el puño de hierro hace su aparición (...) Mi anfitrión [un ciudadano inglés] había ido a Rusia para trabajar por la causa comunista. Ahora trataba desesperadamente de marcharse, y marcharse se había convertido en una pesadilla. Nunca dejarían salir a su mujer. Sus orígenes sociales no eran los adecuados (2006: 292-293).

El relato sobre el viaje de Dos Passos podría finalizar con su salida del país, tras un viaje en el que “sus dudas respecto a los beneficios sociales soviéticos se acrecentaron notablemente” (Baggio, 1978: 63). Pero un hecho marcó su ruptura definitiva con las ideas soviéticas. En 1937, durante la Guerra Civil, fue asesinado su amigo y traductor José Robles a manos del Servicio Secreto de Inteligencia de la Unión Soviética que operaba en Valencia. Los obstáculos encontrados por el autor estadounidense al intentar averiguar el paradero del profesor José Robles, por quien sentía gran aprecio, han sido estudiados principalmente por Héctor Baggio (1978) e Ignacio Martínez de Pisón (2005). En el libro del primero se recoge el prólogo a la segunda edición española de la novela *Manhattan Transfer*, donde Robles destaca al Dos Passos viajero, un observador parcial que no muestra indiferencia por todo lo que aprecia en sus travesías:

Dos Passos no es de esos americanos que, como él mismo dice, viajan por pasear sus baúles. Su insaciable curiosidad no se contenta con ver. Necesita vivir la vida que le rodea, amoldarse a las costumbres, aprender la lengua del país que visita. Es, en una palabra, todo lo contrario de un turista (*apud* Baggio, 1978: 135).

La estancia que suscitó mayor polémica fue la de André Gide entre el 16 de junio y el 25 de agosto de 1936. A pesar de seguir la ruta ya establecida por el gobierno, él y sus acompañantes “visitaban lugares que no estaban previstos, y entonces, acercándose al pueblo llano, observaban la auténtica realidad de la URSS; una realidad que no podía menos que decepcionarles” (Bravo Castillo, 2008: 227)⁶⁰. A su regreso a París escribió *Retorno de la URSS* (1936), que fue profundamente criticado por otros intelectuales de la izquierda como Iliá Ehrenburg y Louis Aragon, que pidieron a Jef Last y Pierre Herbart interceder para evitar que Gide publicara su libro en un momento en el que la Unión

⁶⁰ El conocimiento que los intelectuales adquirían de la realidad rusa no era recíproco, ya que el contacto del ruso con el extranjero estaba limitado por el Estado, a pesar de que Gide no respetara el *protocolo* establecido por el gobierno para los viajes. Como señala Walter Benjamin en su *Diario de Moscú*: “No hay duda de que en Rusia se sabe del exterior mucho menos que en el exterior de Rusia” (1987: 71).

Soviética había iniciado su apoyo al gobierno de la II República Española en la Guerra Civil (2008: 228-229). Tanto en su primer libro como en la inmediata revisión que le siguió, *Retoques de mi viaje a la URSS* (1937), el autor demuestra que “no fue a Rusia con la mentalidad predispuesta en contra, sino, como acostumbraba a hacer, abierto a lo que aquel hermoso país pudiera ofrecerle y no queriendo otra cosa que dejarse seducir” (2008: 230), y prueba de ello es que “Gide no oculta su admiración ante lo que considera grandes logros del régimen soviético” (2008: 233). Pero en el aspecto negativo, “por más que tuviera que soportar los mil y un improperios de sus compañeros comunistas, no eran sino la consecuencia de su exigencia de verdad, por la que toda su vida se había dejado regir” (2008: 243). El contraste entre el positivo juicio previo y la realidad que pudo contemplar desilusionó al escritor francés:

El hombre nuevo es lo que, con desesperación, busca en su viaje André Gide. Acude a la Unión Soviética no ciego, pero sí emocionado y dispuesto a reforzar su admiración y, sobre todo, deseoso de profundizar en ese nacimiento del hombre nuevo. El porvenir de la cultura, la humanidad, la sinceridad, son, por encima de todo, lo que busca (...) Pero cuando regresa de la Unión Soviética, viaje que había anhelado en esos años de compromiso político, la suma de desengaños es brutal (Muñoz Suay, 1982: 14).

La disconformidad, el carácter crítico frente al gobierno de Stalin y la decepción que sufrió han sido señaladas por Javier Alcoriza:

La consagración de Gide a la búsqueda de la verdad convirtió su libro de la visita a la Unión Soviética en una retractación de su fe en el régimen comunista (...) La protesta de Gide no podría ser más sonora, ya que él había valorado la enseñanza de los maestros del arte en el factor de la oposición, y el régimen estalinista eliminaba cuanto no se conformara a su “línea” por contrarrevolucionario (2005: 78-79).

El autor ya tenía experiencia a la hora de trasladarse a otros países para observar su situación concreta desde una posición ecuánime, como había hecho para los casos del Congo y Chad⁶¹. Para la Unión Soviética no iba a ser menos, más aún cuando declaraba que el país había sido para él y muchos pensadores de su generación “un ejemplo, una guía (...) una tierra en donde la utopía estaba en trance de convertirse en realidad” (1982: 23). En el primero de sus textos acerca de la experiencia soviética alaba los logros de la

⁶¹ El relato sobre este viaje puede leerse en *Voyage au Congo* (1927).

sociedad bolchevique y no oculta las miserias que provocaba el sistema comunista. Las mejores valoraciones son para el pueblo, que vivía en una nación donde, mejor “que en ninguna parte”, se experimentaba “tan honda y fuertemente el sentido de la humanidad” (1982: 30) y siente gran aprecio hacia la juventud, a la que califica de “encantadora” (1982: 31) en una excursión a un campamento de pioneros. También aprecia el buen papel del *koljós* al haber cedido el protagonismo al campesino que trabajaba su tierra, y escribe que “ya no existe en la U.R.S.S. la explotación de una mayoría en beneficio de unos cuantos” (1982: 39). Pero Gide era consciente de haber visitado un terreno próspero, al que apodaban el “millonario” (1982: 38), por lo que pone a condición de su afirmación la existencia de “otros koljoses, pobres éstos, y que van tirando a duras penas” (1982: 39). Era consciente de estar sometido a las conocidas “técnicas de hospitalidad”.

Al igual que percibe el progreso en ciertos aspectos de la nueva vida rusa, también es consciente de sus carencias. Apréciase que respecto a las dos grandes urbes del país dice, al referirse a la antigua capital, que de Leningrado lo “que admiro (...) es San Petersburgo” ya que para él no existe “ciudad más bella, ni más armoniosa unión entre la piedra el agua y el metal” (1982: 33). Esta referencia al pasado zarista se confirma al afirmar que, al regresar “de Leningrado, resulta más impresionante todavía el desgaire de Moscú”, cuyos edificios eran “feos” y no mantenían “congruencia alguna unos con otros” (1982: 33-34). El aumento de las críticas llega al denunciar la incapacidad de divergir, ya que entre el pueblo “se admite por anticipado y una vez para siempre que, en todo y sobre cualquier tema, no puede haber más de una opinión” (1982: 41). Además, es nulo el conocimiento de la población sobre todo aquello que ocurría en el exterior:

El ciudadano soviético vive en una extraordinaria ignorancia del extranjero. Más aún: le han convencido de que todo, en el extranjero, y en todos los campos, iba mucho peor que en la U.R.S.S. Esta ilusión está hábilmente alimentada, pues lo importante es que cada cual, aun sintiéndose poco satisfecho, celebre el régimen que lo resguarda de males peores (...) Además, si pese a todo les llega a inquietar lo que ocurre en el extranjero, se preocupan mucho más por lo que el extranjero piensa de ellos. El punto importante para ellos es saber si los admiramos bastante. Su temor es que no estemos suficientemente informados sobre sus méritos. Su deseo respecto a nosotros no es tanto que les informemos sino que les felicitemos (1982: 43-44).

La crítica que mayor peso toma en su libro es el fracaso de la misma revolución al beneficiar la creación de una nueva oligarquía. En Sochi, durante su estancia en un hotel en el que no faltaban los lujos, se pregunta si tendrán acceso a este tipo de

establecimientos todo el pueblo o solamente los “privilegiados” que, a pesar de sus méritos, se amoldaban “a la «línea» (...) [para] beneficiarse de las ventajas” (1982: 47). Intuye que esta situación derivará en una “burguesía obrera satisfecha” (1982: 48) o una “aristocracia (...) del pensamiento correcto, del conformismo, la cual en la generación siguiente se convertiría en la aristocracia del dinero” (1982: 50). Y, como si la disconformidad del escritor no fuera suficiente, sobre todo para los mayores defensores de la URSS, finaliza su libro con una diatriba dirigida al personalismo hacia el que había derivado la dictadura del proletariado. Detesta la abundancia, en cada casa, de la imagen de Stalin como el nuevo mesías del pueblo ruso:

La efigie de Stalin se encuentra en todas partes, su nombre está en todas bocas, no hay discurso que no lo mencione. En Georgia especialmente, no he conseguido entrar en una habitación ocupada, por humilde, por sórdida que fuera, sin advertir un retrato de Stalin colgado en la pared, en el lugar donde probablemente se encontraba antes el icono. Adoración, amor o recelo, ignoro qué será; siempre y por todas partes está presente (1982: 54).

Las críticas al libro de Gide no se hicieron esperar, llegaron desde todos los sectores del comunismo internacional y tuvieron su posterior respuesta en la defenestración que sufrió su figura durante el II Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en Valencia en plena Guerra Civil (Mina, 2005: 109-110)⁶². Como respuesta, publicó una segunda parte de su libro que, por la variante que introduce en el título – *Retoques*– podría parecer una rectificación de las posiciones que otros consideraban erróneas. Pero nada más lejos de la realidad: algo más de medio año después de la aparición del primer tomo, Gide utilizó la ocasión para contestar a quienes le equiparaban al nivel de los ciegos detractores del comunismo soviético. Él acudió a Rusia y narró lo que sus ojos vieron, de ahí que escriba que se limitó “a transcribir aquellas observaciones que resultaban más típicas (...) [y] descartar todo aquello que no hubiese visto u oído yo mismo” al mismo tiempo que no había ofrecido las cifras oficiales “porque no me fio mucho de [ellas]” (1982: 89). El acto de sinceridad no era intención única del autor, puesto que quienes buscaban informaciones acerca de la nueva Rusia, “no dejan de pedirnos que comparemos el estado actual de la U.R.S.S. con el anterior a la Revolución” y él lo cuenta a pesar de que “no nos queda más remedio que llegar a la conclusión de que, en muchos campos, el estado de la clase necesitada dista mucho de haber mejorado”

⁶² Todo este proceso puede seguirse con detalle en Aznar Soler (2010: 748-762).

(1982: 94). Aquí es donde radica el verdadero compromiso del autor con el rigor y la verdad por encima de cualquier ideología política. Las palabras de Gide para aplacar las diferentes diatribas a las que debía enfrentarse se suceden a lo largo de su texto, en el que se pueden detectar el reflejo del estado de ánimo en el que comenzaba a vivir la población, es decir, el terror y las depuraciones estalinistas: el escritor denuncia cómo “la delación” se había convertido en “un excelente medio de promoción”, ya que aseguraba “buenas relaciones con la policía, la cual otorga su protección inmediata, a la vez que se sirve de uno; dado el primer paso, en efecto, ya no hay honor o amistad que valga: hay que seguir adelante” (1982: 104). Y detecta la fingida hospitalidad soviética que le mostraba la cara amable, ya que como escribe, “no tuve ningún motivo de queda mientras duró mi viaje” porque nunca “había viajado en condiciones tan fastuosas” por las que disfrutó de “los mejores automóviles, siempre las mejores habitaciones en los mejores hoteles, la comida más abundante y más selecta” (1982: 124). Todo esto no habría supuesto un problema si no hubiera existido una distancia abismal entre el estilo de vida de los invitados y la población, por lo que los platos especiales “evocaban constantemente privilegios y diferencias ahí donde yo pensaba encontrar igualdad” (1982: 124). Finaliza su escrito con un lamento: si al comienzo del *Regreso* había confesado su admiración por la Unión Soviética como ejemplo de cómo realizar el sueño comunista, en los últimos momentos de *Retoques* la presentación de Rusia como espejo continuaba presente, pero para mostrar “en qué arenal puede naufragar una revolución” (1982: 132).

La visión más negativa en contra de la Unión Soviética la ha proporcionado Arthur Koestler, que militó a lo largo de la década de 1930 en el Partido Comunista de Alemania. Dentro del sistema apreció las imperfecciones existentes y su viaje a la Unión Soviética sirvió para que descubriera las carencias del país de los Soviets. Aun así, su compromiso en contra del nacionalsocialismo alemán y del fascismo español frenó su salida del partido hasta 1938, seis años después de su periplo por Rusia⁶³. En su libro de memorias, escrito veinte años después este período tan convulso de su vida, se explaya libremente sobre su relación con el comunismo y admite los errores de los que fue víctima voluntaria. Su relato es también un excelente ejercicio de catarsis. El autor, antes de su experiencia rusa, ya había participado durante su juventud en dos momentos de relevancia dentro de la historia de la primera mitad del siglo XX. Durante su juventud en Budapest fue testigo de la Comuna de los Cien Días y más adelante abandonó sus estudios de ingeniería para vivir

⁶³ Como confiesa, dejar el Partido Comunista “por cerrado y maloliente que pudiera parecer en ciertas ocasiones, era algo que se había tornado en mí inconcebible” (1974: 118).

durante un año en una de las comunidades que comenzaban a germinar en el nuevo Estado de Israel. Y, como paso previo a su entrada en el partido, formó parte de una expedición en zepelín que tenía como objetivo el Polo Norte pero que no alcanzó posiciones tan septentrionales. Gracias a ella tuvo un primer y fugaz acercamiento a la Unión Soviética al hacer el aparato escala en Leningrado, lo que provocó un gran entusiasmo en el autor: “esperaba mi primer contacto con el país soviético con ansiedad, considerándolo la parte más importante de la expedición” (1973b: 176). Allí fueron recibidos “con esa abrumadora hospitalidad rusa que, por más deliberada que sea su intención, se vuelve espontánea después de unas cuantas copas de vodka, y es un aliado natural, casi irresistible, de la propaganda soviética” (1973b: 182). Esto le empujó de manera definitiva para tomar, al regresar, la decisión de ingresar en la organización –que aprovechó su coartada como trabajador de un diario burgués para integrarle en su servicio de espionaje–, lo que sumado a la llegada del nacionalsocialismo al poder le llevó a iniciar un largo exilio cuya primera parada fue la URSS. Un viaje que pudo realizar gracias al literato alemán Johannes R. Becher bajo el pretexto de escribir un libro sobre el país, *Rusia vista por los ojos de un burgués*, que seguiría la siguiente línea: “el señor K., corresponsal de diarios liberales, inicia su viaje alimentando prejuicios anticomunistas, pero luego se va convirtiendo gradualmente, en vista de los resultados logrados por el Plan Quinquenal, y termina por llegar a ser un amigo y admirador de la Unión Soviética” (1973c: 61).

Koestler acudió de buen grado a Rusia gracias a la idea “que la propaganda del Soviet había formado en mi espíritu” (1973c: 66). A pesar de esto, la ocasión no era la más oportuna para contemplar la realización de sus esperanzas: “Sin saberlo, había llegado a Rusia en el momento culminante de la carestía y hambre que en 1932 y 1933 despobló distritos enteros y ocasionó varios millones de víctimas” (1973c: 68). Se mantuvo ciego ante estos actos ya que el partido se había encargado de mostrarle una realidad alternativa:

Me encontraba sorprendido y desconcertado, pero enseguida comenzó a obrar el paralogos que me había procurado mi adoctrinamiento partidista. Gracias a él tenía ojos para ver y entendimiento para explicar de cualquier manera lo que éstos veían. Ese “censor interior” es más digno de confianza que cualquier censor oficial (1973c: 69).

Fue objeto de un peculiar destino –llegó a los límites de la frontera con Afganistán, lo que significaba “una oportunidad única para explorar una parte del mundo poco conocida y exótica” (1973c: 87)–, lo que sirvió para esquivar los lugares donde la hambruna comenzaba a ser evidente. La agencia de propaganda, a sabiendas de que Koestler era autosuficiente con la lengua rusa, se mostraba “ansiosa por llevarme a regiones donde las barreras idiomáticas me impidieran entrar en contacto directo con los nativos (desde luego que sólo hube de comprenderlo mucho después)” (1973c: 92). A pesar de todo establece contacto con una partidaria del zarismo que le relata una historia de canibalismo en la provincia de Samara durante las épocas de carestía de 1920 (1973c: 101) e incluso observa cómo Georgia era, de las repúblicas que conformaban la Unión Soviética, aquella en la que se podía advertir “un sentimiento antirruso tan intenso y generalizado” (1973c: 109), a pesar de ser la tierra de nacimiento de Stalin. También confiesa cómo adquirió en estas zonas “[la] oscura conciencia de lo monstruoso de un régimen que mantiene completamente apartados del resto del planeta a doscientos millones de ciudadanos” (1973c: 132). Su viaje, que apenas admite un resquicio para la indulgencia en referencia a la ayuda recibida por los agentes de la policía en las estaciones de tren (1973c: 85), le aleja del partido –a pesar de los años que siguió afiliado y trabajó para el mismo– y deja un sentimiento de verdadera frustración en el autor. Sus palabras, a pesar de su extensión, merecen ser reseñadas al servir como resumen de su año en Rusia y como prelude de lo que sería su actividad para desenmascarar el comunismo soviético durante el resto de su vida:

Era un comunista, pero la vida en Rusia me deprimía terriblemente. Sólo en ese momento, ante las perspectivas inmediatas de mi partida, admitía cuánto me había deprimido aquella estancia en la Unión Soviética. Pensaba en esas calles parduscas y grises, en la pobreza y en la gente andrajosa, sin relieves; en la fea pomposidad de todo cuanto se decía y escribía; en esa atmósfera de reformatorio que invadía toda la vida del país. Y además ese sentimiento de hallarse uno aislado del resto del mundo; los aburridos diarios que no hacían ninguna crítica, ninguna controversia, que no informaban de ningún crimen, que no contenían ninguna noticia sensacional, ningún chisme, ningún escándalo, en suma, nada que pudiera revestir interés humano; aquellas constantes exhortaciones, aquella monotonía y uniformidad estereotipadas, aquel perenne retrato del Gran Hermano, que lo seguía constantemente a uno con sus miradas, y en fin, aquella frialdad abrumadora de un Neanderthal industrializado (1973c: 225-226).

Al terminar su periplo por Rusia le fue encargada la redacción de un libro para las minorías en Ucrania que hablaban el alemán. Consideró el texto, titulado *Von weissen Nachten und roten Tagen*, como “una serie de declaraciones vergonzosas; ninguna, sin embargo, por íntima que sea su naturaleza, es más dolorosa y humillante que la experiencia de verme ahora frente a las sonrientes páginas de este libro, escrito hace dieciocho años, en ese estado de ebriedad típica del neófito” (1973b: 178)⁶⁴. El arrepentimiento de Koestler no puede ponerse en duda, pero al considerar su rechazo del comunismo no debe olvidarse que él también fue un ferviente entusiasta de la causa, uno de los más cercanos *inocentes* de los que dispuso Willy Münzenberg y, por tanto, la causa soviética.

2.2.2. El caso de los intelectuales españoles

El viaje a Rusia se convirtió para muchos intelectuales españoles en una cita obligada dentro de la agitada época que vivían. Las conclusiones que obtuvieron se sitúan dentro de un amplio abanico en el que caben desde el mayor de los convencimientos con los postulados de Lenin hasta el desencanto de aquellos que no encontraron el paraíso terrenal prometido. Eso sí, los que acudieron “aprendieron del viaje a la Rusia leninista. A todos ellos les procuró ilustración y emociones diversas” y, sobre todo, les permitió “desvelar desde un nuevo ángulo el vigor de los prejuicios y la rémora teórica del movimiento obrero español en uno de los periodos más interesantes de su historia” (Ruiz González, 1988: 136). Además, en la mayor parte de las ocasiones, el solo hecho ya merecía ser mencionado como un hito, una nueva aventura al extranjero para los atrevidos expedicionarios que, como ha señalado Sánchez Zapatero, debían sentirse con el mismo entusiasmo que sus compatriotas cuando cuatro siglos atrás se disponían a descubrir los misterios de los territorios de ultramar recién colonizados:

La condición novedosa de lo que estaba ocurriendo en Rusia dota a estos libros de viajes de un tono similar al de las crónicas del Nuevo Mundo en las que los navegantes y los soldados españoles intentaban relatar las características de las nuevas sociedades descubiertas allende los mares. Plantear el fin de las divisiones sociales, la aniquilación del sistema capitalista

⁶⁴ A pesar de su connivencia con el PCUS, el propio Koestler declara que el libro encontró problemas con la censura estalinista, ya que “apareció dos años más tarde en una versión mutilada” (1973c: 71).

y la industrialización de una sociedad eminentemente agraria como era la de la antigua Rusia suponía concebir un nuevo modelo tan diferente al convencional como lo pudieron ser los antiguos grupos de población americanos para los colonos españoles (2008: 273).

La redacción y publicación de libros sobre las experiencias en la URSS terminó por convertirse en un subgénero que caminaba entre los campos de la literatura de viajes y el ensayo político. A las descripciones de las ciudades, los edificios, las personas y los hechos acaecidos durante la estancia se añadían reflexiones políticas que refrendaban o refutaban las ideas generadas desde el lugar de origen. Como ha señalado Rafael Cruz Martínez, aparecían todo tipo de textos, tanto a favor como en contra, que alababan las virtudes del sistema desde la izquierda o que alertaban de infinidad de peligros desde las posiciones más conservadoras, así como adulaciones a Stalin y escritos de exiliados rusos contrarios al comunismo (1997: 289)⁶⁵. Un vistazo a la cantidad de publicaciones sobre este tema y escritos originariamente en español, que se unen a las traducciones ya vistas, dan idea del fenómeno que significó en las décadas de 1920 y 1930: *Mi viaje a la Rusia soviética* (Fernando de los Ríos, 1921); *Impresiones de un viaje a Rusia* (Isidoro Acevedo, 1923); *Setenta días en Rusia: lo que yo vi y Setenta días en Rusia: lo que yo pienso* (Ángel Pestaña, 1924 y 1929); *Viatge a Rússia* (Josep Plá, publicado en 1925 en el diario *La Publicitat* y en 1967 en el volumen V de su *Obra completa*); *La nueva Rusia y La senda roja* (Julio Álvarez del Vayo, 1926 y 1928); *Cómo se forja un pueblo: la Rusia que yo he visto* (Rodolfo Llopis, 1929); *Un notario español en Rusia* (Diego Hidalgo, 1929); *La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia Roja* (Manuel Chaves Nogales, 1929); *Rusia en 1931: reflexiones al pie del Kremlin* (César Vallejo, 1931); *La Rusia inquietante: viaje de un periodista español a la U.R.S.S. años de 1928-1929* (León Villanúa, 1931); *8 días en Leningrado* (Luis Amado Blanco, 1932); *Rusia al día* (Julián Zugazagoitia, 1932); *Madrid-Moscú: notas de viaje* (Ramón J. Sender, 1934) y *Apuntes de un viaje a la U.R.S.S.* (José Ramón Arana, 1938). Además, existen otros casos de viajeros que no publicaron su experiencia en libros pero que sí se puede conocer porque lo hicieron en crónicas periodísticas o dieron noticia de ello a través de las cartas que escribieron a España cuando se encontraban en Rusia. El caso más reseñable es de la pareja que formaban Rafael Alberti y María Teresa León. El primero de ellos dejó

⁶⁵ Los dos casos citados en primer lugar se han visto en el caso de los intelectuales extranjeros y se verá más abajo en el de los españoles. Respecto a los exiliados rusos, se encontraba el estudio de Portnoff (1932) y a la adulación de la figura del dictador soviético, puede verse *Stalin: un mundo nuevo visto a través de un hombre* (Henri Barbusse, 1935).

testimonio en una serie de crónicas publicadas en el diario *Luz* bajo el título *Noticiero de un poeta en la U.R.S.S.* entre julio y agosto de 1933. Al mismo tiempo, pueden rastrearse varias de sus impresiones en el tercer libro de *La arboleda perdida* (1987) y en *Memoria de la melancolía* (1970), de María Teresa León. Max Aub también publicó las crónicas de su viaje, en idénticas fechas, en el mismo diario y que han sido recogidas por Manuel Aznar Soler (1993). En plena Guerra Civil, acudió Miguel Hernández a la Unión Soviética con motivo del V Festival de Teatro soviético en septiembre de 1937, hecho del que dejó semblanza en un artículo de la revista del PCE *Nuestra Bandera* –10 de noviembre de 1937– y en las cartas a su enamorada Josefina. Y, aunque no realizó el viaje a la Unión Soviética ya que vivía en Polonia al estar casada con un natural de la zona, no debe quedar fuera de esta panorámica general la corresponsal de ABC Sofía Casanova que publicó *La revolución bolchevista: diario de un testigo* (1920) y *En la corte de los zares* (1924)⁶⁶.

Uno de los primeros libros que se publicó sobre un viaje a la Unión Soviética fue el de Fernando de los Ríos, un “viajero desengañado con la URSS” (Castillo Durán, 2011: 72) que resaltó, ante todo, los aspectos negativos del nuevo régimen y que se pierde en la obtención de datos que, como ha señalado Inmaculada Pérez-Martín, de poco le pueden servir por la manipulación a la que habrían sido sometidos dentro de un contexto de “guerra civil, que condicionaba la política económica, tanto agraria como industrial” (2006: 217)⁶⁷. Desde la otra orilla ideológica no faltaron los ejemplos que daban una visión extremadamente positiva sobre la situación en Rusia, como es el caso de Isidoro Acevedo, uno de los fundadores del Partido Comunista de España. Incluso se hacía eco

⁶⁶ La nostalgia que caracteriza los textos de la autora puede detectarse al referir el final que tuvo la familia real: “Los cadáveres de los zares y de sus hijos fueron transportados sigilosamente al bosque de Koptiaky y durante tres días y tres noches los soldados rojos escondidos en la umbría del bosque, trabajaron para hacer desaparecer los cuerpos y las huellas del enterramiento. Encendieron hogueras, descuartizaron los cuerpos, rociándolos con petróleo, y a las hogueras los arrojaron para que se carbonizaran. Terminada la cremación, echaron en simas profundas cenizas y huesos” (2007: 231). Según ha señalado Alfonso Lazo, Sofía Casanova habría sido más pasional que objetiva o incluso que audaz observadora en sus crónicas para ABC: “Al estar Sofía Casanova inmersa en los sucesos que se precipitaban, hay momentos en que lógicamente, le falta la perspectiva necesaria. De esta manera, sobre todo en los primeros días, la escritora no interpreta en absoluto la revolución, sino que se limita a describirla. Por otro lado, su sincera preocupación por las miserias del pueblo ruso, le lleva a explicar el estallido en virtud tan sólo de un levantamiento de las masas desesperadas, no dándose cuenta del papel que en este estallido habían tenido determinados grupos de notables” (1975: 25).

⁶⁷ Entre otros temas, Fernando de los Ríos es crítico con los poderes comunistas, a los que describe como la nueva oligarquía: “Era criterio general que cada habitación la ocuparan dos personas; más a veces tres y cuatro vivían en una misma. Las habitaciones mejores las disfrutaban, ya una joven, bien el delegado de un país importante o algún alto empleado de la Tercera Internacional”, idea en la que insistió al describir a las trabajadoras del hotel como “muchachas de expresión humilde y triste que carecían asimismo de abrigo fuerte, de chanclas, de guantes recios. Los empleados, no del hotel, sino de la Internacional, no carecían de nada” (1970: 55-56).

del texto del líder socialista: “D. Fernando de los Ríos (...) fuese por las hondas raíces de sus prejuicios, o por su educación libresca y académica, lo cierto es que no pudo percibir el sentido íntimo de la Revolución Rusa” (1923: 54). En otro sentido viajó Diego Hidalgo, caso que despierta curiosidad por su trabajo –era notario, asunto que incluye en el título de su relato– y la ausencia de interés ideológico, sustituido por la fuerza vital que le caracterizaban (López, Álvarez Junco, Espadas Burgos y Muñoz Tinoco, 1986: 95-96). A pesar de lo que pueda intuirse por su posición privilegiada, obtiene una impresión positiva del viaje y, como muestran sus palabras, alaba la labor de los bolcheviques, quienes se encontraron Rusia como “un gran solar en el que un edificio ruinoso fue derribado” y en el que “han levantado los muros y tienen ya, no hay más remedio que confesarlo, cubierto el primer piso sin auxilio de nadie” (1985: 113). Esto no puede confundirse con una conversión a la fe marxista ya que, como ha indicado Manuel Peloille, su texto “no excluye matices ni críticas, lo que supone una toma de distancia respecto al mismo proceso de construcción de la sociedad comunista” (2010: 66). También, con el turismo con mayor peso en sus razones acudió a la Unión Soviética Luis Amado Blanco. Al contrario que el autor anterior, él sí extrae una visión negativa del mundo resultante de los acontecimientos de 1917, lo que expresa cuando culpa al PCUS de ser “tan inflexible como el zarismo para las ideas ajenas” (2008: 286). Y, acertadamente, se hace eco del uso profuso de las estadísticas en estos libros por parte de sus autores, lo que, en algunos casos, iba en detrimento de la calidad del testimonio, que se perdía en datos numéricos y que difuminaban la realidad contemplada:

A mí me causan asombro esos viajeros de más o menos tiempo, pero viajeros al fin, que al narrarnos su viaje por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en lugar de contar se dedican a destripar estadísticas oficiales – pues ni hay ni puede haber otras–, tratando de extraer de ellas la actualidad del alma rusa (2008: 83).

Las diferentes visiones que existieron sobre la Unión Soviética en España como producto de los viajes de varios de los personajes del panorama literario e intelectual pueden observarse a raíz de los testimonios de Manuel Chaves Nogales, Josep Pla, César Vallejo, Ramón J. Sender y Rafael Alberti. Sus experiencias conforman una gradación que va desde el menor entusiasmo y la mayor objetividad hasta la celebración absoluta de la implantación del comunismo y su deseo para que idéntica situación se diera en España. La diversidad del grupo escogido es amplia, ya que no todos los testimonios

fueron escritos en español –en catalán es el de Pla– ni todos son españoles –Vallejo era peruano–. En el verano de 1928 *El heraldo de Madrid* encargó a Manuel Chaves Nogales, en consonancia con la tendencia periodística del momento, viajar a la Unión Soviética y realizar una serie de crónicas que fueron publicadas entre el 6 de agosto y el 5 de noviembre. De idéntica manera, pudieron leerse en la revista *Estampa* y en el diario bonaerense *La nación*. Como colofón, el periodista aprovechó los resortes de la censura estatal para publicar, al año siguiente, las crónicas reunidas en el volumen *La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia Roja* (Cintas Guillén, 2001: LXX-LXXI). Sus inquietudes le llevaron a escribir, tanto en el periodo previo a su experiencia rusa como en los años posteriores, acerca de temas tan diversos como Sevilla, Andalucía, el ascenso del nazismo, la toma de Ifni, la biografía de un torero, el problema de Cataluña o la caída de Francia, reeditados la gran mayoría de ellos en los últimos años, sin olvidar los cuentos que componen el volumen *A sangre y fuego* (1937), del que Andrés Trapiello ha señalado que se trata “de lo más importante que se escribió de la guerra durante la guerra” (2007: XVI)⁶⁸.

Pero si hubo un tema recurrente en la obra del autor fue la Unión Soviética. A este país dedicó, además de la ya citada crónica sobre su viaje, el relato *La bolchevique enamorada: el amor en la Rusia roja* (1930) y las dos series de reportajes realizados para *Estampa* sobre la vida de los rusos blancos emigrados a París –*Lo que ha quedado del Imperio de los zares* (1931)– y el bailar de burgos al que conoció en Montmartre y que había vivido en primera persona los primeros momentos de la revolución en el lugar de los hechos –*El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934)–. Estos tres últimos trabajos rusos de Chaves son herederos del interés que sentía por los temas de actualidad y, sobre todo, del viaje que realizó a la Unión Soviética. El texto de reminiscencias románticas es, en el título, análogo al publicado en 1927 por la escritora soviética Alexandra Kollontai, quien más tarde evitaría ser víctima de las purgas estalinistas, que no del ostracismo, gracias a su puesto como diplomática fuera del país. Pero solo se parece al relato de la

⁶⁸ Estos textos, escritos en su gran mayoría para el diario *Ahora* y la revista *Estampa* y compilados, posteriormente o en fechas recientes, son los siguientes: *La ciudad* (1921, ed. en Almuzara 2011); *Andalucía roja y «la Blanca Paloma» y otros reportajes de la República* (Ahora 1931-1936, ed. en Almuzara 2012); *Bajo el signo de la esvástica* (Ahora 1933, ed. en Almuzara 2012); *Ifni, la última aventura colonial española* (Ahora 1934, ed. Almuzara 2012); *Juan Belmonte, matador de toros* (Estampa 1935, ed. en Alianza 1970, en Libros del Asteroide 2009 y Renacimiento 2009); *¿Qué pasa en Cataluña?* (Ahora 1936, ed. 2013) y *La agonía de Francia* (1941, ed. en Libros del Asteroide 2010). Todos estos textos pueden encontrarse en las dos ediciones de la *Obra periodística* (ed. Cintas Guillén 2001 y 2013). La bibliografía completa del autor, con los datos de las diferentes ediciones de sus obras, puede consultarse en la siguiente dirección web: <http://manuelchavesnogales.info/bibliografia_del_autor.html> (en línea; fecha de consulta: 5 de julio de 2016).

autora soviética en el título, ya que, como ha comentado Felipe Benítez Reyes, el texto de Chaves “en gran medida puede interpretarse como una refutación de las tesis sostenidas por Kollontai” (2015: 10). En atención a todas las partes que entraron en el conflicto ruso, testimonió la vida de la antigua burguesía que se había refugiado en la capital de Francia a la espera de revertir la situación y regresar a su país. En estos escritos el autor “dejó hablar a los protagonistas y contó la historia no sabida, la de las otras Rusias posibles, las que no cabían en la Revolución” (Pérez Álvarez, 2012: 406). Allí acudió para entrevistar a los perdedores, desde aquellos que ocuparon las más altas esferas, como Aleksandr Kerenski, hasta llegar a los aristócratas venidos a menos, los que fueron incipientes burgueses y rusos corrientes que habían luchado junto a los blancos en la Guerra. Miembros del clero o escritores, entre ellos una joven Irène Némirovsky, son tratados bajo una óptica humana igualitaria con los halagos que había conseguido la revolución. Los exiliados no representaban para el autor la lacra que era necesaria expulsar de Rusia, sino que consiguió narrar sus peripecias como los seres desterrados que eran, con todas las dificultades que conllevaba adaptarse a una nueva tierra (Cintas Guillén, 2011: 20-31). Y su último episodio ruso fue la estrambótica historia del flamenco Juan Martínez. Publicado en la revista *Estampa* por entregas desde el 17 de marzo al 15 de septiembre de 1934, se trata de “un reportaje novelado de la realidad histórica en el que la vida es capaz de superar a la ficción más disparatada” (Cintas Guillén, 2007: 7) en el que narra las aventuras de tan singular personaje junto a Sole, su mujer, durante la revolución y los años posteriores, que vivieron principalmente en Ucrania. Este hombre, flamenco de Burgos y residente en París, fue testigo directo de la caída del zarismo y de la aristocracia rusa, con la que se codeaba y para la que bailaba. Su presencia en la Unión Soviética, durante los convulsos años de la lucha por el poder, hizo que se adaptara a las concretas situaciones a las que le obligaban las circunstancias según la victoria fuera para los blancos o para los rojos. Todas estas obras de tema bolchevique encierran la visión del autor sobre la nueva Rusia, que huía, a partes iguales, de las feroces críticas de sus detractores y de las vanas ilusiones de sus promotores:

Sorprende de Chaves su serena ecuanimidad, en el caso de la URSS desde la divergencia: juzga desde la disensión, pero también desde la comprensión, y no se limita a ver un solo lado del poliedro. Interpreta, pero no desde el prejuicio. Aunque no comparta, comprende: ofrece una visión del régimen soviético como algo imperfecto... pero tan imperfecto como cualquier otro. Llega a advertir a los detractores de la revolución rusa de que se trata de un régimen aún en construcción, lo que explicaría sus carencias y desajustes, sus

contradicciones, aunque Chaves desconfíe de la meta (Benítez Reyes, 2015: 11-12).

La experiencia de Chaves Nogales en la Unión Soviética ha sido comparada a la que tuvo Stefan Zweig en su periplo por el país bolchevique. Como ha indicado Javier Sánchez Zapatero, ante el hecho ruso ambos se vieron influidos por su carácter crítico, libre e independiente y actuaron como testigos de un acontecimiento que tendría sus consecuencias en la historia de la humanidad. Los dos comprendieron cómo había cambiado el Estado desde que había abandonado el zarismo, lo que había supuesto una serie de ventajas e inconvenientes. Precisamente, entre los aspectos negativos señalaron la falta de libertad a la que sometían los dirigentes comunistas a la población. En su atrevimiento a la hora de mostrar no solo los aspectos positivos, sino de insistir en los negativos de manera inmediata –y no *a posteriori*, como muchos intelectuales rezagados– del régimen comunista, reside el valor de estos testimonios sobre Rusia (2013: 123-124).

Como reza el título de su crónica, Chaves atravesó Europa en avión y, en la Unión Soviética, antes de llegar a Moscú, hizo una parada en Smolensk, una ciudad que supone un contraste con lo que él podía llegar a esperar. En vez de encontrarse con el modelo de ciudad industrializada, lo hace con una que “tiene una dramática apariencia de burgo medieval” (2012: 117) pero en la que vive “amable gente” (2012: 118). Desde allí vuela a la capital, en la que tiene “la sensación de que aquello ha sido arrasado por la revolución”, ya que “el bolchevismo ha arrancado de cuajo todo lo anterior (...) las raíces más hondas de la vida privada rusa, los fundamentos de la familia, los estímulos personales, todo” (2012: 122). Pero esto no lo dice el periodista de manera despectiva, sino que simplemente pretende describir con precisión lo que su vista alcanza. De hecho, desmiente uno de los mitos más extendidos entre los detractores del sistema soviético, la inanición que supuestamente sufría el pueblo ruso: “Yo tengo la impresión de que hoy no hay nadie que se quede sin comer en Moscú (...) a pesar de esos telegramas de Riga que hablan constantemente del «hambre de Moscú»” (2012: 133). Y del mismo modo no tiene ningún problema en señalar la pobreza en la vestimenta de los pobladores de la ciudad: “Vestir, simplemente vestir, como sea, es ruinoso para la economía de estas gentes. Yo creo que la impresión desastrosa que mucha gente ha sacado de Rusia se debe a que es un pueblo de gente mal vestida” (2012: 134). Los diferentes datos que recoge de su visita son el resultado de una tensión que detecta en la capital entre el mundo pasado y el

presente, el abandono de un modelo de vida arraigado durante siglos y la llegada en estampida de un universo de jugosas promesas no realizadas:

El comunismo, después de su triunfo en Petrogrado, fija su sede en la ciudad que indudablemente le era más hostil. Moscú no podía ser una ciudad comunista, y el advenimiento del régimen bolchevique se entabla una lucha a muerte entre la ciudad tradicional y el sentido revolucionario (2012: 123).

Destaca la libertad religiosa existente –siempre que no entrara en conflicto con los intereses estatales–, un elemento “tan arraigado en el fondo del alma rusa que hasta los bolcheviques que se atrevieron con todo, se detuvieron prudentemente antes de atacarlo a fondo” (2012: 137). También cómo se trataba a quien se había beneficiado con la Nueva Política Económica, el *nepman*, “el enemigo del proletariado, que al ejercer ahora la dictadura, no tiene ningún escrúpulo en cometer con él toda clase de injusticias sociales” (2012: 141). En este sentido, muestra la mejor posición que ostenta el obrero en el organigrama estatal respecto a otros países: “Los comunistas tienen un concepto más humano que el nuestro sobre la salud de los trabajadores” (2012: 177). Aunque Chaves entra en contradicciones, como cuando señala que en la década posterior a la llegada de los bolcheviques “no se ha pensado en el mejoramiento del obrero, sino en el mejoramiento de la producción” (2012: 188), tal es la preocupación que detecta hacia este estamento que recalca cómo el gobierno lo ha situado en el centro de la sociedad:

El trabajador es un ser superior que goza de todos los privilegios sociales, que se atribuye la misión providencial de dirigir al resto de la humanidad y se reserva, como premio a su indiscutible superioridad, todas las ventajas de orden material que la civilización pueda reportarle (2012: 242).

Señala el uso a discreción, por parte del Estado, de la prensa, “de la que se dispone desde el Poder como se dispone de las ametralladoras o de los carros de asalto” (2012: 157) y cómo el ciudadano soviético no se entera de lo que sucede en el exterior debido a que “no tiene más noticias que las que le facilitan los boletines oficiales del Comisariado de Negocios Extranjeros”, por lo que su incomunicación “con el resto del mundo es absoluta” (2012: 160). Pero, al mismo tiempo que indica estos límites, no oculta que las autoridades, “por el contrario, consiente[n] todas las campañas contra la Administración” (2012: 159). Dentro de los aspectos positivos, celebra el nivel de libertad e igualdad que ha adquirido la mujer respecto al hombre con el nuevo sistema. Con estos ejemplos se

aprecia cómo en el relato se combinan los avances de la sociedad con aquellos puntos en los que aún esta debe mejorar:

[El] comunismo ha dado a la mujer lo siguiente: mayoría de edad a los dieciocho años, con la plenitud de todos sus derechos civiles; facultad de ser elegidas desde esa edad para todos los cargos de la Unión, transformación del matrimonio en un simple acto de registro, sin más finalidad que hacer constar oficialmente la comunidad de intereses de dos personas unidas libremente; divorcio a demanda de las dos partes o de una sola; separación de bienes; derecho de la mujer a conservar su apellido, a fijar el lugar de su residencia independientemente de la voluntad del marido (2012: 144-145).

Para finalizar, el reportero muestra las virtudes y los defectos de las nuevas formas de gobierno. Indica la penetración total del sistema en los individuos, de tal manera que el “sentido comunista de la vida cotidiana es la mayor conquista de la revolución” (2012: 133). Al mismo tiempo que se pretende otorgar prebendas a la clase proletaria, remarca cómo en realidad los beneficios que obtenía la nobleza solamente por su pertenencia de clase se han trasvasado a los miembros del partido, de ahí que quienes tengan el carné se hayan convertido en “una clase aristocrática” (2012: 171). Por ello, invita a los alabadores a ciegas de la Unión Soviética a acudir al país para observar cómo la utopía de una sociedad en la que el ciudadano corriente es el dueño de su destino se ha convertido en un fracaso: “[Los] platónicos amantes de la humanidad que en occidente sienten veleidades comunistas se horrorizarían si vieran de cerca lo que es la vida comunista. Y no lo digo en daño del comunismo, sino de ellos” (2012: 175). Como se puede apreciar, el periodista no quiere desprestigiar en ningún momento al marxismo, porque tiene en cuenta su corto desarrollo en el tiempo y el punto de partida catastrófico desde el que iniciaba su recorrido. Pero al mismo tiempo no se deja engañar y, si hay alternativas que consiguen los logros que el gobierno soviético promete, las resalta: “En el momento actual, ésta es la verdadera situación. Los bolcheviques no han conseguido sino aquello que los socialistas van logrado en los países capitalistas por medio de un procedimiento evolutivo” (2012: 240). Y es en este punto en el que se confirma el verdadero sentido del texto del autor: no hay lugar para el entusiasmo ni para la decepción, porque no hay ideas preconcebidas que le acompañen desde España⁶⁹. No se trata de un libro absoluto que

⁶⁹ Él mismo lo escribe en este texto: “me atrevo a creer que la postura del hombre auténticamente civilizado no es la de ser comunista o anticomunista, sino la de estar atento al desenvolvimiento de los hechos” (2012: 248).

pretenda establecer una fecha de defunción para el comunismo o para su implantación en el resto del mundo. Ni es infalible, ni es cuestión de un día:

[Llegar a] pensar que la revolución comunista (...) pueda ser liquidada con un borrón y cuenta nueva y pasar a la Historia como un movimiento de regresión a la barbarie, es una insensatez que no puede caber en ninguna cabeza medianamente organizada (2012: 240-241).

Singular y reseñable es también el viaje de Josep Pla al país de los Soviets. Como ha señalado Narcís Garolera, el escritor catalán entendía que viaje y escritura iban de la mano. Su interés por conocer el mundo desde su faceta de escritor le llevó a publicar unos cuarenta títulos pertenecientes a este género, por lo que se le puede considerar como un viajero profesional (1998: 122-123 y 126)⁷⁰. Añade, además, la importancia que tenía para el autor el salir de casa y escribir sobre estas experiencias, algo que explicará la ausencia de un compromiso ciego con el ideario soviético o la causa anticomunista: “Per a Pla, el viatge també és sinònim de llibertat, d’independència, i li interessa perquè vol escriure amb llibertat i amb independència, sobretot de judici. Especialment en l’època de joventut” (1998: 128). A esta condición se unen, a la hora de conocer la literatura de viajes del autor, dos características indicadas por Enric Bou:

L’art d’observar, i d’explicar allò que s’ha observat a través d’aquest gènere de fronteres imprecises que és el llibre de viatges és, en el cas de Josep Pla, un art de doble signe: acumula –plagia– informacions fruit d’una bona lectura d’alguna guia anterior (...) Però on vertitat sobresurt l’enginy de Josep Pla és en aquests excursus, autèntics exercicis de síntesi i intuïció (...) Davant de la informació adotzenada i repetitiva, que passa mecànicament d’una guia a una altra (Baedacker, Guide Bleue, etc.) brillen amb un valor carcterístic aquestes “intuïcions” més o menys sistematitzades, que demostren el saber d’observador de Josep Pla (1997: 18-19).

El libro, escrito en lengua catalana, no es producto de una admiración ferviente por la Unión Soviética o el rechazo del ideario bolchevique –a pesar del apoyo que mostró hacia los sublevados el autor durante la Guerra Civil⁷¹–. Como él mismo confiesa, Rusia

⁷⁰ Varios de los títulos que tienen como temática el viaje y que han visto la luz en los 47 tomos de sus obras completas de la Editorial Destino son los siguientes: *Cartes de lluny* (1928), *Sobre París i França*, *Cartes d’Itàlia* (1955), *Madrid* (1921), *Viatge a Catalunya* (1934), *Viaje en autobús* (1942) o *La Catalunya Vella* (1965).

⁷¹ El de Pla no es el único libro de viajes a Rusia escrito en catalán. Véanse *URSS. La república dels treballadors. Notes de viatge* (J. Terrasa, 1932); *Viatge a la URSS* (A. Rovira i Virgili, 1968) y *Viatge a l’URSS i als dos Berlins* (Estanislau Torres1984).

se había convertido en una moda ante la que los intelectuales no podían mostrar indiferencia: “Ja que no em podré sostreure del tot a la polèmica general, almenys que la gent no em faci dir coses que no he escrit mai. Es el menys que pue demanar” (1967: 469). Pero no solo responde a la tendencia de la época, sino que también se trata de un ejercicio de observación que puede apreciarse a lo largo de su obra. Arrojar un juicio sobre un tema de tal complejidad no entra dentro de sus propósitos: “La meva missió, en venir en aquest país, no és pas d’opinar. Seria ridícul que ho fes i desproporcionat a las meves forces. La meva missió és d’explicar” (1967: 507). A pesar de esto, sí que es cierto que no tiene ningún problema en indicar la llegada del comunismo como resultado de las diferencias sociales provocadas por el zarismo: “Feia esglésies amb cúpules d’or, plenes de riqueses i de joies autèntiques, però deixava que la gent que s’hi recollia anés plena de misèria. El resultat no podia pas deixar de venir, brutal, sumari, contundent. És la revolució bolxevista” (1967: 537).

Cuando Pla ordenó sus escritos y publicó con la editorial Destino su obra completa en 1967, incluyó un prólogo en el que hizo mención al desaparecido Andreu Nin, con quien se encontró cuarenta años antes en Moscú. Recuerda a su “infortunat i inoblidable amic” con un aspecto “molt pàllid, trasmudat i silenciós” ya que era “notòriament trozkista, i en aquells precisos moments es produïa la terrible lluita pel poder entre Trotski i Stalin” (1967: 466 y 459). Pero esta referencia a un suceso de la Guerra Civil no muestra ninguna inclinación hacia la negatividad en su texto. Al no admitir el contagio ideológico ni a favor ni en contra de la revolución y sus consecuencias, el libro es el reflejo incontaminado de lo que allí vivió. La llegada a la Unión Soviética es, para el autor, un motivo de celebración:

Cada estació era una festa de color i un camp d’observació magnífic. Les andenes eran plenes de gent, principalment de joventut. És la primera vegada que he vist aquest poble dins el seu ambient concret. M’ha sorprès la vivacitat, la vitalitat, la mobilitat de la gent. Tothom tenia el seu aire propi, la seva manera de fer, la seva gesticulació (1967: 473).

Se queda impresionado por aquello que ve en la capital, “una gran ciutat” (1967: 478). El Kremlin supone “una de les més grans emocions de la meva vida”, conmoción tan grande que le lleva a asegurar que solo por contemplar “aquest monument val la pena de passar per les incomoditats, no ja del viatge llarguíssim que cal fer per a arribar fins aquí, sinó d’un viatge doblement llarg i pesat” (1967: 481-482). La impresión positiva

que le causan la ciudad y uno de sus edificios más emblemáticos contrasta con la negativa estampa que le ofrece Leningrado, anclada en el pasado:

Seguim la Perspectiva d'Octubre, en direcció a l'Almirallat i al riu. És un carrer ample, sense arbres, amb les voreres més nobles, més senyorívols d'Europa. Els tranvies hi passen pel mig. La renglera de pals de conducció elèctrica no fa pas lleig. Per`el carrer está en decadència. Manca la vida dels aparadors, de les botigues. No hi ha més que l'esquelet de les tendes, hi ha molt vidres d'aparador trencats. El trànsit, per altra part, és limitat. N'hi ha molt més a Moscou, i el poc que hi ha és un trànsit provicià, de cotxes que s'han trovat, de carros miserables, de tranvies despitats i ecrostonats. Fa l'efecte que, a Leningrad, el comunisme li ve gran (1967: 623).

Se detiene a mostrar la percepció que tienen los rusos sobre el desaparecido Lenin, cuya popularidad “no sabria pas amb que comparar-lo”, un hombre “digne de respecte per la seva vida exemplar i la grandesa de les seves altes ambicions” (1967: 485) o el recién llegado al poder Stalin, de quien solo puede decir que ostenta “el primer paper polític del país, essent, com és, secretari del partit comunista” (1967: 490). Pero Pla, que vivió gran parte de su vida mezclado con el pueblo llano, muestra mayor interés por los trabajadores del campo. Según él es con quienes los comunistas tendrán “[les] dificultats més importants” ya que los campesinos “no han pas donat una adhesió franca i decidida als bolxevistes” y llega a afirmar que si algún día ha de existir alguna oposició política a estos “sortirà dels pagesos” (1967: 521). De todos modos y más adelante, al hablar con un comunista acerca de la Nueva Política Económica, escucha de él lo siguiente:

La Nep és una política feta sobretot per liquidar el malestar que el comunisme de guerra produïa entre els pagesos. Es produïren l'any 1921 alçaments armats de pagesos a diferents punts de Rússia (...) Avui ja no hi ha requisicions, ni el pagès paga els impostos en espècies. Paga segons la collita que ha tingut, i en rubles. El pagès paga la contribució amb gust, perquè considera que cada rebut és un document que demostra el seu dret de propietat. El pagès vol la terra, i no comprèn que la terra sigui de l'Estat i ell en tingui l'usdefruit. Vol la plena i absoluta propietat. Això fa que l'Estat es trobi avui, després d'haver suprimit la burgesia ciutadana, davant una nova burgesia: la classe pagesa (1967: 554-555).

Y también señala algunos aspectos negativos del comunismo, como la pérdida de actitud crítica de quienes forman parte del PCUS: “Un comunista vus sap que en entrar al partit deixa la seva voluntat a la porta” (1967: 508). Al mismo tiempo, alude a los privilegios que ostentan quienes ocupan responsabilidades políticas en un país que aboga

por la supresión de las clases: “el Partit comunista forma una classe aristocràtica per proporcionar elements de primer ordre, elements dirigits, al país” (1967: 509-510). Se ha creado, para él, un nuevo clasismo a la inversa, en el que incluso los matrimonios –a pesar de poder realizarse entre las personas que lo desearan– deben responder al nuevo orden social: “A Rússia, si un comunista es casa amb una dona de procedència burgesa, és malmirat, discutit, criticat” (1967: 596). También alude a la falta de libertad en cuestiones sindicales en la Unión Soviética, con la que “el comunisme nega als obrers russos un dret que tenen tots el països burgesos” (1967: 531), aunque no oculta el avance general que han experimentado el resto de derechos del obrero, que “signifiquen un avançament enorme, perquè no hi havia res més que una política sistemàtica contra el treball” (1967: 543). Y se hace eco de la situación de los antiguos ricos: “La propietat individual dels béns nobles no fou pas suprimida, però fou col·locada sota un control draconian” (1967: 565). Precisamente son estas personas a las que, en el comienzo de su relato, observa en una situación diferente a la que podían vivir en el pasado: “He vist, certament, molts ex-rics, vestits amb les escorrials de la pompa anterior” (1967: 475). Y es probable que pudiera identificarlos con “la gran quantitat de pobres i esguerrats que demanen caritat” (1967: 481).

El poeta peruano César Vallejo visitó la Unión Soviética en tres ocasiones entre los años 1928 y 1931, viajes que quedaron plasmados por escrito en las diferentes crónicas periodísticas recopiladas en *Rusia en 1931: reflexiones al pie del Kremlin*, publicado en el citado año del título y *Rusia: ante el Segundo Plan Quinquenal*, que finalizó en 1932 pero que vio la luz de manera póstuma (Bruzual, 2006: 23). A pesar de no ser un escritor español, el uso de la lengua castellana y el impacto que comenzaba a tener en España en aquellos años son motivos suficientes para incluir su análisis dentro de la recepción que tuvo la literatura española sobre la experiencia rusa en las décadas de 1920 y 1930. Como ha señalado Fernando Iwasaki, la primera edición española de *Rusia en 1931* –y única hasta la reciente de Renacimiento (2013)– apareció en Ediciones Ulises dentro de un variado catálogo que recogía textos contrarios a Stalin o laudatorios a Hitler en respuesta al frenético y diverso panorama político del momento⁷². Las crónicas ya eran conocidas en el ámbito hispánico antes de aparecer reunidas y conseguir vender tres ediciones en apenas cuatro meses –habían sido publicadas en *El Comercio* y *Mundial* de Lima y en

⁷² Precisamente, los libros que precedían al de César Vallejo en la colección “Nueva Política” de la editorial eran *Al servicio de Stalin. El zar rojo de todas las rusias* (Boris Bajanov, 1931) y *Hitler. Un movimiento alemán* (E. Czech-Yocheberg, 1931) (Santonja, 1989: 131).

Bolívar de Madrid-. Este éxito, más que el resultado de un trabajo objetivo, fue consecuencia de la buena acogida de este tipo de libros entre el público lector, ya que quien buscó en los relatos de Vallejo una posición neutra o crítica pudo verse decepcionado por su pro-sovietismo (2013: 10-12 y 24-25). El primero de los viajes, realizado en octubre de 1928 “supuso para Vallejo el descubrimiento, o la constatación, de que con la praxis marxista-leninista se estaba fraguando, en aquella remota geografía, el futuro de la humanidad” (Caudet, 1988: 780)⁷³. Según Fuentes, su adhesión al marxismo tiene un “sentido iniciático” (1988: 402) que vivió durante un año con gran intensidad en Madrid, de ahí la importancia de su libro dentro del contexto de la literatura de viajes a la URSS en España:

Sabemos poco de la estancia de Vallejo en España, entre enero de 1931 y febrero de 1932, meses en los que vivió entregado, en cuerpo y alma, a una intensa actividad política y literaria (...) A la par, realizó una labor de militante del PCE, de la cual apenas se sabe algún detalle, como que dio clases de marxismo, por las tabernas y trastiendas del Madrid galdosiano, a una célula de jóvenes escritores y obreros (...) Como militante, Vallejo debió estar presente en los actos y manifestaciones organizadas por las pequeñas huestes comunistas contra la “República burguesa”, antes y después de la proclamación de ésta. Aunque teniendo en cuenta su recato, y el sectarismo del grupo dirigente del PCE, su participación debió ser de poco relieve. Pudo haber formado parte de los grupitos comunistas que, el 14 de abril y a contracorriente de la gran marea popular, daban gritos por las calles madrileñas de “¡Abajo la República!”, “¡Todo el poder a los Soviets!” y “¡Dictadura del proletariado!”. Asimismo, podría haberse encontrado presente en los actos celebrados en el cine Variedades, el 7 de junio, y en el teatro Maravillas el 6 de agosto; actos de protesta, el primero, contra las elecciones a las Cortes Constituyentes, y el segundo como contrapartida a la apertura de estas Cortes. También debió haber colaborado, quizás en condición de militante anónimo, en algunas de las actividades culturales del partido comunista (1988: 403-404)⁷⁴.

El texto de Vallejo es una muestra de proclividad hacia el sistema soviético sin ambages. La crítica no tiene lugar y, si se aprecia un elemento susceptible de ella es justificado por el autor. Lo soviético siempre va a aparecer por encima de cualquier manifestación extranjera, como ocurre con su arquitectura que, comparada con la de Nueva York o la de la Escuela de la Bauhaus, representa “el confort y la sencillez, la

⁷³ Así lo expresaba en una carta, de esas mismas fechas, a su amigo el poeta Pablo Abril de Vivero: “Un gran abrazo fraternal desde este gran país, al cual dirigen las miradas todos los que, como nosotros, se dan cuenta de las pústulas sociales del régimen burgués” (2011: 274).

⁷⁴ Como ha señalado Stephen Hart, el 29 de diciembre de 1928, poco después de su fundación, Vallejo tomó parte en el Partido Comunista Peruano (1988: 452).

elegancia y la simplicidad, la solidez y la belleza” (2013: 39). La superioridad frente al foráneo también es representada respecto al pasado cuando afirma que el “ruso soviético es más cordial que el ruso de antes”, al que no ve, como otros compañeros suyos que acuden al país de los Soviets, encerrado en “una atmósfera secreta, cohibida y de cuartel”, sino que, con él “las gentes, particulares y oficiales, se brindan al recién legado con una franca y alegre espontaneidad” (2013: 105). En relación con esto último, había en su libro lugar para rebatir a quienes no mostraban una imagen unitaria y positiva de la Unión Soviética:

Mucha literatura se ha hecho en el extranjero sobre los abusos del régimen soviético. Panait Istrati ha publicado, a este respecto, el panfleto más apasionado y exagerado, pero a la vez el más documentado y minucioso. Sus acusaciones son, en parte, fundadas. En lo que no estoy acorde con Istrati es en la determinación de los responsables de esos abusos ni en la interpretación de éstos dentro del proceso revolucionario ruso. No es el régimen el responsable, ni tales abusos significan el fracaso de la revolución. Los responsables son únicamente los subalternos de la administración, y las exacciones, explicaciones y demás injusticias que éstos cometen con las masas obreras y campesinas constituyen los gajes inevitables y momentáneos de la revolución (2013: 150).

El poeta remarca la diferenciación de clases y reconoce, a pesar de su posicionamiento político, su estatus. De ahí que no sea raro para él pagar tres veces más por un taxi en Moscú solo por ser extranjero, ya que “en París gozo de la ventaja de ser un burgués entrañado a la mecánica igualmente burguesa de la ciudad, mientras que en Moscú soy un burgués extraño y totalmente al margen de la mecánica económica de Rusia” (2013: 49). De ahí que considere que deba “pagar duro, en el mundo obrero mi diferencia de clase social, como paga también duro el obrero su diferencia de clase en el mundo capitalista”, algo que justifica como producto de “la lucha de clases de la historia” (2013: 49). El beneficio para el trabajador se repite más adelante en el caso del alojamiento: “El coste de la vida para el burgués en Rusia es enorme. Una estadística reciente demuestra que la ciudad más cara del mundo es Moscú. Un hotel que, en Berlín o en Londres, costaría un rublo al día, en Moscú cuesta cinco rublos. Pero para el proletariado, el coste de la vida es verdaderamente ínfimo” (2013: 53).

Como escritor, un aspecto que genera interés en él es la producción artística. Ve cómo sus iguales, los literatos bolcheviques, visten “sin pretensión proletaria” con “la raída americana” y muestran “pobreza de hombres justos y de ninguna manera

desarrapado y profesional abandono de bohemios” (2013: 97). Su mimetización con los obreros es intelectual y no de fachada. Pero, sobre todo, se interroga por las nuevas formas teatrales. Este espectáculo es, para él, “un espejo fiel de la vida social de Rusia”, en el que “no es difícil palpar, de manera plástica y viviente, toda la estructura social y económica del Soviet, encarnada en el público teatral”. En la distribución del público en el graderío observa la diferenciación entre los beneficiarios de la NEP, la diplomacia, la burguesía extranjera y el proletariado. Para el autor, mientras que contra los últimos del grupo que representaba el régimen anterior no puede hacerse nada, contra los primeros sí que se debe actuar:

El bolchevique y el obrero soviético no sienten por el burgués extranjero el menor resquemor personal. Fuera de Rusia se cree que la multitud soviética odia y hostiliza en todo lo que puede al burgués extranjero. No. Esto sólo se concibe en las chusmas empíricas y románticas de las rebeliones antiguas. El proletariado ruso opera en un plano colectivo y de clase contra clase. La revolución no se hace a base de pellizcos o pedradas al transeúnte. La revolución se hace de masa a masa. Tratándose del nepman, la táctica cambia, porque éste no pertenece a una clase social en Rusia, sino que trata, por esfuerzos individuales dispersos, de rehacerla. De aquí que hay que combatirle asimismo individualmente (2013: 122).

Sobre el aspecto técnico del teatro, le llama la atención la eliminación del telón en varios escenarios rusos, lo que, según él, “obedece a un imperativo de mayor verismo escénico. Así la representación pierde en ilusión, pero gana en realismo”, una “preferencia [que] se manifiesta particularmente en los países donde el drama social de la Historia ha sido o es más descarnado y entrañable” (2013: 126), como ocurre en el caso soviético. Vallejo percibe a la sociedad rusa no solo entre las butacas, sino en el propio escenario. La representación a la que asiste esa noche es análoga a la que observa cada día por las calles moscovitas. Los ingenieros de almas hacen a la perfección su trabajo sobre las tablas:

Se siente aquí [en el teatro] la pulsación de un mundo nuevo: el proletariado, el del trabajo, el de la producción (...) Nunca vimos en escena la otra cara de la medalla social: la infraestructura, la economía de base, la raíz y nacimiento del orden colectivo, las fuerzas elementales y los agentes humanos de la producción económica. Nunca vimos como personajes de teatro a la masa y al trabajador, a la máquina y a la materia prima (2013: 128-129).

Observa la situación del obrero en la fábrica. En este lugar, donde con toda probabilidad fue sometido a las “técnicas de hospitalidad” gubernamentales, apreció el método socialista de producción: “Los obreros están a «pleno trabajo». Este es un taller modelo. El orden, la regularidad, la limpieza, la precisión, la velocidad, la alegría se refleja en los obreros tanto como en las máquinas” (2013: 66). Allí puede hablar con uno de los trabajadores, que le asegura llevar una vida “sobria” y que su salario y el de sus compañeros se ajusta a “las necesidades reales y racionales del proletariado” (2013: 86-87). El escritor peruano vuelve a alabar al sistema marxista y a mostrarlo tal y como concibe él la ideología, es decir, como si de una revelación se tratase. Según estas palabras, el trabajador vive en un paraíso:

En un orden social nuevo, como el soviético, donde los trabajos y los placeres no se alternan, sino que transcurren simultáneamente (se trabaja siempre con placer y se distrae siempre con utilidad), es difícil saber, de una manera precisa, cuándo la ciudad trabaja y no se divierte y cuándo se divierte y no trabaja. Los lugares destinados exclusivamente a la diversión y los destinados exclusivamente al trabajo, no son fáciles de distinguir en Moscú (2013: 92-93).

Y, por último, es reseñable cómo Vallejo, desde su posición prosoviética, se preocupa por dotar de veracidad a su reportaje. Para ello incluye la presencia de personas no adeptas al régimen comunista, como la traductora que le acompaña por una de las fábricas que visita. Gracias a esta mujer burguesa puede reflejar “el carácter imparcial que me propongo dar a mi reportaje, por la sencilla razón de ser una sobreviviente de la burguesía zarista, recalcitrante al régimen soviético”, hacia el cual “no sabe ocultar su hostilidad” (2013: 83). Ella, según él, en algunas ocasiones “tergiversa las cosas” y en otras “transcribe literalmente la verdad”, una sospecha que le lleva al poeta a “tomar, separando sin dificultad el elemento de opinión personal que ella pone en sus versiones, del fondo objetivo de las mismas” (2013: 84). Vallejo acusa a la mujer de ser selectiva con la información cuando él mismo, al recoger solo la que le interesa, realiza una acción idéntica. También trata con dos obreros contrarios al régimen soviético, a los que califica de “gente reaccionaria”, ya que “no olvido que Rusia vive bajo una dictadura franca e implacable, y que pocos se atreven, dentro de ella, a atacarla al aire libre” (2013: 138). Ellos se percatan del ambiente hostil hacia el disidente, y no acusan al Estado de tal seguimiento, sino al “pueblo mismo” cuando afirman que en “Rusia todos son policías. Cada obrero es un agente” (2013: 139). Por sus declaraciones, Vallejo les incrimina de

estar “penetrados y dominados por el espíritu burgués”, de ver todo desde “el provecho personal” y desde “el punto de vista individualista y jerárquico”. Cuando le hablan de la persecución, yerra al atribuirla a la paranoia de los trabajadores y al justificarla cuando la sitúan por encima de su libertad:

Comprendo perfectamente las constantes alarmas de estos pobres hombres. Aun cuando ellas no correspondan a motivos reales y objetivos, su conciencia los inventa. Contrariamente a lo que ellos me dicen, nunca he podido yo por mí mismo comprobar la terrible vigilancia policial de que se quejan. Jamás se me ha molestado en Rusia en este terreno. Ni una sola vez he tenido que ver con la Policía ni con nadie por razones políticas. Estoy dispuesto a testificarlo cuantas veces sea necesario, en honor a la verdad. Ciertamente es que no he intervenido para nada en la vida política de Rusia. Pero aun de haberlo hecho y de haberseme vigilado por esta causa, yo no me habría puesto en la posición libertista barata y melodramática de quejarme contra el Soviet, como es de uso entre los idealistas y amantes idólatras de la libertad (...) Sé que en ningún régimen político de la historia ha sido completa esa libertad, y que, en consecuencia, el individuo está siempre vigilado, de una u otra manera, por el régimen político en el que vive (2013: 157).

El viaje de Ramón J. Sender a la Unión Soviética fue el punto final de su paso del anarquismo al comunismo entre finales de 1932 y los primeros meses de 1933, viraje que se define por una atracción mayor por la Unión Soviética que por el PCE (Elorza, 1997: 74 y 78). Allí, “más que admirado, [quedó] fascinado; lo ve todo diferente, desde el orden, limpieza y previsión de las estaciones de ferrocarril al concepto de mujer”, a lo que se unían “la agilidad burocrática; la simpatía de los funcionarios (...) la igualdad, la camaradería y el proletariado que todo lo llena” (González Rodríguez, 1985: 319). En esta misma línea, Vilches de Frutos ha señalado la influencia del ejemplo de Rusia por encima de cualquier otro en el autor y su posterior desacuerdo con el país bolchevique:

[Fue] sin duda la URSS el país que más admiró durante este período [1929-1936], aunque más adelante expresara su desaprobación hacia los encendidos elogios emitidos durante aquella época (...) Prueba de esta admiración es la cantidad de colaboraciones que publicó sobre el sistema político y social de esta nación, algunas de las cuales constituyen su libro *Madrid-Moscú*. En éste, utilizando nuevamente la técnica de los antagonismos, Sender analiza positivamente todos aquellos aspectos que le habían llamado la atención en su estancia allí. Las continuas comparaciones entre la manera de desarrollarse el sistema político y social allí y en otros países, entre ellos España, deja traslucir su desaprobación hacia estos últimos. No obstante, a pesar de esta admiración, critica a los que intentan imitar cada uno de los planes llevados a

cabo, olvidando que, desde su punto de vista, la lucha debe ser llevada de manera diferente en las distintas naciones (1986: 693-694).

Coincidió, además, con el punto álgido de lo que Dueñas Lorente ha señalado como el “periodismo de combate” (1994: 285) del autor. La invitación a la nación comunista vino dada con motivo de la Olimpiada de Arte Revolucionario que se desarrolló en Moscú en mayo de 1933, a la que acudió como representante de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios⁷⁵. Tras la finalización del evento, permaneció dos meses más en el país en el que conoció el anhelado paraíso, lo que reflejó en las crónicas que envió al diario *Libertad* y que reunió en el tomo *Madrid-Moscú* (1934). El relato de su estancia, en el que primó la pasión ideológica por encima de la objetividad, se alejaba de la emotividad del reportaje sobre los crímenes de Casas Viejas y priorizaba el aspecto testimonial. El paso por Francia y Alemania le sirvió para resaltar el aburguesamiento de la primera y el nacionalsocialismo de la segunda que, bajo su óptica, se situaban por debajo de la única posibilidad de presente y futuro, la Rusia bolchevique. Tras pasar el país, la defensa fue tenaz aunque realizó críticas que, para Dueñas Lorente, permiten que la lectura del texto no sea tan homogénea como se puede llegar a pensar (1994: 291-295 y 300).

Aunque existen diferencias, son escasas y alcanzan el nivel de las realizadas por otros autores de viajes. En una de las pocas ocasiones en las que se atreve a disidir del mensaje favorable a los soviets describe a los niños pedigüños, en quienes “la estampa de miseria (...) es algo verdaderamente dramático” (1934: 67). Pero a continuación alaba la labor de las diferentes organizaciones gubernamentales para ayudarles, “con su cama, sus libros, su puesto en el taller, en las clases” (1934: 67). La tarea de corrección por parte del Estado es también descrita:

Hemos visitado también el Instituto que a dos kilómetros de Moscú tiene las puertas abiertas y la mesa puesta para estos niños aventureros. Hay otros de la misma clase en casi todas las ciudades soviéticas. En el de Moscú varios centenares de chiquillos trabajan y estudian, juegan y corretean, educándose al mismo tiempo políticamente. Toda la organización está en sus manos. Ellos lo rigen y administran todo. Los profesores, los instructores, no hacen sino obedecerles y acatar sus acuerdos. Por lo menos esa es la impresión que

⁷⁵ Como ha señalado Magdalena Garrido Caballero, una de las labores de propaganda exterior ejecutadas por la Komintern fue “la Primera Olimpiada de Teatros Revolucionarios de Moscú, que reunió a grupos amateurs, nacionales y foráneos, en mayo de 1933. La MORT (Organización Internacional de Teatro Revolucionario), institución afiliada a la KOMINTERN, fue la encargada de organizar el evento” (2006: 154).

reciben los muchachos. La organización es perfecta. De entre estos muchachos se pueden escoger dos docenas de ex asesinos, tres o cuatro de rateros y ladrones profesionales. Alguno hay que hirió de una puñalada a un *pionero* que iba a tratar de convencerles a sus propias madrigueras. Hay que tener en cuenta que estos *bisprichiornys* no son los golfillos madrileños, civilizados y razonadores, sino verdaderas fierecillas en libertad, capaces de todo (1934: 73-74).

Normalmente, el tono es laudatorio y se identifica con el posicionamiento político del autor, que allí se encuentra, como le hace saber un viejo bolchevique, con el mundo nuevo que ansía: “Aquello [el zarismo] no era vida. Era una serie de incongruencias, como las que viven ustedes en los países capitalistas. La vida es creación y nosotros hemos comenzado a crear en 1917” (1934: 109). Se refiere a la Unión Soviética como el país en el que “no hay más que proletarios. Aquí no hay más que una voluntad: la de los obreros. Se explica uno que vengan aquí trabajadores de países capitalistas y se encuentren turbados –como hemos visto días atrás–, y al marcharse, en la estación, lloren como chiquillos” (1934: 77). Y este panorama contrasta con el de aquellos viajeros que, al contrario de él, viajan como turistas alejados de cualquier pasión política, a los que denomina como “sentimentales” y que según Sender “están tres días mirando el río Moscova y las cúpulas del Kremlin desde la ventana [del hotel], para atreverse a salir el cuarto y marcharse precipitadamente el quinto” (1934: 65).

Insiste en las diferencias entre España y la Unión Soviética, lo que ilustra con varios ejemplos: al comparar las relaciones intergeneracionales de ambas naciones, señala cómo en su país los “jóvenes rechazan a los viejos” mientras que estos “se refugian en su tiempo pasado y censuran a los jóvenes, contra los que les anima un feroz resentimiento” (1934: 110). En cambio, de allí destaca cómo el entendimiento entre unos y otros es “un fenómeno sencillo que se comprueba constantemente. Todos tienen los mismos derechos y los mismos deberes en relación con la construcción socialista, animados por el mismo entusiasmo”, excepto los niños delincuentes, a los que considera como “los verdaderos tiranos de Rusia” (1934: 110). También se refiere al trato de la religión en Rusia. Según él “los escasísimos fieles que quedan pueden hacer sus prácticas con toda tranquilidad” y el pope imparte sus sermones, siempre y cuando no haga “una alusión de índole política contra el régimen soviético” (1934: 126). En cambio, cuando es preguntado sobre qué hacía “en España la socialdemocracia en favor del laicismo”, responde haber visto “dar el subsidio de paro a los campesinos por medio del cura, que les entrega los bonos en la iglesia después de decirles que este mundo es un valle de lágrimas y que no hay nada

como la resignación”, a pesar de “que en las propagandas demagógicas durante las elecciones amenacen con no dejar un cura vivo” (1934: 126). Y en otra ocasión, se encuentra con una joven que se expresa en castellano “con cierta graciosa dificultad” (1934: 96). El escritor, que lee un periódico español en el que se relata un infanticidio, es preguntado por la chica acerca de los motivos de la madre para cometer tal crimen y porqué aparece la palabra “deshonra” en la noticia. Ella cuestiona, debido al problema lingüístico, si esa mujer había “cometido algún delito”, a lo que su interlocutor le responde que “tener un hijo siendo soltera es un delito allí” (1934: 97). Ante la falta de entendimiento de la rusa, Sender aprovecha para explicar las diferencias entre un país y otro:

Aquí [en la URSS] es un motivo de orgullo [tener un hijo]. A los dieciocho años, con un hermoso niño en los brazos, la mujer se siente tan orgullosa y feliz como una niña burguesa con su primera muñeca. Mi amiga cree que todo eso es la burguesía (...) Le hago observar que ese crimen lo ha cometido en España una proletaria (...) Esa desgraciada campesina que mata a su hijo recién nacido cree que debe hacerlo para mantener la consideración de los amos, y con ella, una posición decorosa para seguir viviendo (...) lo cierto es que llevo un mes en Rusia y que estas noticias de España que en Madrid lee uno con la indiferencia que da la costumbre, me sorprenden y me resultan casi incomprensibles (1934: 97).

También refleja las persecuciones a las que se ve sometida la población, una realidad del momento, aunque de errónea interpretación por su parte. Antes de conocer cómo observa la autocrítica en la Unión Soviética, es interesante acercarse a la descripción que realiza del líder georgiano, al que ve en una manifestación. Las palabras hacia el dictador son de extrema generosidad:

Yo necesitaba verlo de cerca para acabar de formar criterio. He leído muchas biografías de Stalin. Me ha interesado mucho esa figura sobre la que hay tantas opiniones en Europa. Una primera impresión agradable: no es un intelectual. Al frente de las tareas de la construcción soviética un intelectual tiene muy poco que hacer. Están luchando con la misma fiebre que durante los peores años de la guerra civil, y al mismo tiempo tienen que construir el socialismo ante la hostilidad de todo el mundo (...) Yo lo que veo en Stalin, así de cerca, es lo mismo que veo en la calle y en la fábrica. Obreros que no se sabe nunca si son obreros o soldados. Gestos rudos y firmes. Una fe serena y profunda. Hay, sin embargo, algo también joven, de quince años en ese tipo curtido y duro (...) Decir que es un “tirano oriental” me parece una reacción de tipo intelectual burgués que no tiene sentido entre esta gente soviética. Decir que es un “limpiabotas”, por su aspecto rudo y tosco, es una definición

que no puede ser nunca, según mi opinión, acusadora ni ofensiva, Habría que decir algo más expresivo y certero. No he encontrado a nadie capaz de decirlo. Y quizá se pudiera decir (1934: 118-119).

Sender presenta el proceso por el cual se pretende retirar a la burguesía oculta de la nueva sociedad soviética para presentar al PCUS y a sus miembros como los verdaderos sacrificados⁷⁶. La depuración tiene “por finalidad imposibilitar la filtración de enemigos y eliminar del trabajo y de la mentalidad los residuos burgueses” (1934: 123) al acabar con los vicios procedentes del régimen anterior y aún presentes en la ciudadanía, como el “practicismo limitado” (1934: 124), es decir, la elaboración de un trabajo mecánico sin aspiración a su perfeccionamiento, “emitir los juicios en trabajo social o político sin acompañarlos de la perspectiva experimental en que se han formado” (1934: 125) o “la intemperancia, la necesidad de coaccionar que algunos sienten ante los que no están de acuerdo con ellos” (1934: 126). El conocimiento de todo este proceso le lleva a realizar una rotunda afirmación en la que une su entusiasmo con la actuación gubernamental:

Es necesario ver personalmente todo esto para advertir hasta qué punto la construcción revolucionaria en Rusia no sólo no podrá ya nunca retroceder, sino ni siquiera estacionarse. El obrero, el soldado y el campesino tienen un instinto de creación formidable. Desde España parece que es la iniciativa del partido comunista quien lo hace todo. Aquí se ve con cierta sorpresa que el partido comunista no tiene otra misión que encarrilar la capacidad constructiva de las masas. El partido está en una posición que se podría llamar “de servidumbre”. Los comunistas son aquí unos hombres que ganan sueldos casi miserables, que no se preocupan mucho de ir mejor o peor vestidos, y que estudian y trabajan increíblemente para mantener la “línea estratégica” revolucionaria de las masas en constante superación. Ante estas experiencias –que cualquiera que venga a la Unión Soviética puede comprobar con toda sencillez– se pueden establecer algunas afirmaciones; pero la más sólida y firme es la de que no hay ya en el mundo fuerzas capaces de oponerse a todo esto. La construcción soviética sigue adelante y se impondrá a los reveses y a las incidencias que puedan surgir (1934: 129).

El texto, más allá de las disquisiciones políticas, se fija desde este punto en otros aspectos, como el progreso cultural que ha llevado la revolución, con la imagen del

⁷⁶ Aunque, al volver de la URSS, el escritor “estrechó (...) su colaboración con los comunistas españoles” (Dueñas Llorente, 1994: 304), no se afilió al PCE. En cambio, no tuvo ningún reparo de alabar la labor del partido comunista ruso, a pesar de confesar en otras páginas de *Madrid-Moscú* su intención nula de militar en ninguna agrupación: “Yo no pertenezco ni he pertenecido nunca a ninguna organización política. Por eso mismo, en un momento dado, puede que mis opiniones tengan cierta objetividad. Creo que la lucha, el esfuerzo, la acción revolucionaria de un ciudadano que trabaja son mayores aquí que en aquellos países donde los partidos comunistas luchan más intensamente contra el capitalismo” (1934: 88).

Palacio del Libro de Moscú, en cuyas estanterías reposan libros “traducidos o impresos en lenguas que no tenían hasta 1917 tradición escrita ni literaria ninguna, porque no habían [sic] llegado a construirse un alfabeto” (1934: 147). Además del avance, puede apreciarse la nueva interpretación de autores como Dostoievski, que según percibe Sender, se ha convertido en un autor no recomendable para el canon soviético:

En el ambiente intelectual hay cosas curiosas. Por ejemplo, Dostoyewski, a quien tanto admiran en Europa, está “liquidado”. Es un escritor ultraburgués, cuyo talento no es útil a la revolución y que, por lo tanto, no interesa (...) no es, sin embargo, “subestimado” –otra palabra política– desde el punto de vista literario. Nadie le niega, no sólo el talento, sino el genio. Pero es un fatalista, un hombre que se deja arrastrar por la vida pensando que hay ocultos designios que es inútil querer descifrar (1934: 152-153).

Y para finalizar con el ámbito cultural, cabe señalar que se refiere a la estancia del escritor Victor Serge en la cárcel soviética, a la que describe como “un lugar donde se aísla temporalmente al individuo para educarlo de manera que su convivencia no sea dañina para la organización social” y en el que el preso “no siente en ningún momento la presencia del aparato de defensa del Estado. Las cárceles son lugares donde trabaja, juega, hace cultura física, reposo obligatorio después de comer” (1934: 156). Lo inverosímil, asumido por Sender como un axioma irrefutable, le lleva a afirmar que su colega no está entre rejas porque, sencillamente, allí no existe el presidio:

Pero nuestro sentido de la solidaridad profesional no llega al extremo de podernos indignar contra la posibilidad de que un escritor llegado a la Unión Soviética vaya a una cárcel, a una auténtica cárcel, suponiendo que existiera. Habiendo visto cómo se trabaja y se lucha, cómo se acumula y se coordina el esfuerzo de los trabajadores para la instauración del socialismo; conociendo los frutos de ese trabajo, los avances rápidos de la revolución, su firmeza y su seguridad, aceptamos todas las posibilidades, las más desfavorables para un escritor de Occidente. Para nosotros mismos (1934: 157).

Tras proseguir el texto con varias historias anecdóticas y reflexiones sobre el amor que aumentó en una publicación de 1934, y la contestación de algunas cartas a amigos españoles que le escriben durante su estancia en Rusia, en las que trata temas como la religión o la economía, se marcha del país⁷⁷. La noche de antes, en espera de solucionar

⁷⁷ Ese mismo año salió de la imprenta de Juan Pueyo el libro de Sender *Carta de Moscú sobre el amor (a una muchacha española)*, un texto en forma de misiva en el que explicaba el autor las diferencias en los usos amorosos entre España y la Unión Soviética. El texto se inscribe en la idea practicada por el autor de

un problema con su pasaporte, conversa con un soldado soviético, que le pregunta qué era lo que más le había desagradado de su visita. Responde que le había molestado el complejo de inferioridad de los artistas bolcheviques: “Esos poetas que imitan las extravagancias burguesas y occidentales de Mayakovski sin atender a su genio ruso, no tienen la menor fe en que de todo esto pueda salir un camino nuevo para el mundo” (1934: 211). Al marchar, y llegar a París, conoce a un superviviente de la comuna de París de 1871, que acude a cada acto organizado por la izquierda para lanzar vivas al movimiento al que había pertenecido. Este hecho le sirve a Sender para cerrar su relato y establecer un nexo de unión entre los acontecimientos franceses y soviéticos:

A su lado [del antiguo *communard*] yo me acordaba de la Unión Soviética, me reconciliaba con la avenida de la Ópera, con el boulevard Saint Germain y hasta con la torre Eiffel. Era lo más leal y sincero que había visto en París. Bien es verdad que el hombre al gritar “¡Viva la Comuna!” vitoreaba su propia juventud, encendida y poderosa. Y que esa sinceridad no es más que cierta lealtad biológica a sí mismo. Pero no crean ustedes que es tan poco como parece (1934: 233).

Y, dentro de los viajes que realizaron los intelectuales españoles a tierras rusas, el que mayor influencia ejerció en sus protagonistas *a posteriori* fue, sin lugar a dudas, el que hicieron en 1932 Rafael Alberti y María Teresa León. Una visita a la Unión Soviética que se repetiría en dos ocasiones, solo para esta década, en los años 1934 y 1937, y que durante el exilio primero en Argentina y después en Italia, alcanzaría su cénit cuando a Rafael Alberti le fue entregado en 1965 el Premio Lenin de Literatura. A pesar de que el viaje se encuadra dentro de la fiebre por Rusia propia de las décadas de 1920 y 1930, para el caso de Alberti, el aspecto definitivo de su poesía política ya venía dado desde la misma revolución de 1917 (Rodríguez, 2009: 272). Fue uno de los primeros poetas que comprendió que “hay realidades humanas más dignas de nuestra atención y de su cántico. Éste se convierte en denuncia y protesta” (Cano Ballesta, 1996: 92), al conferirle “a su obra una función social, comprometida, [y] revolucionaria” (1996: 24). Al mismo tiempo, llevó la fidelidad a sus ideales “a cabo con todas sus consecuencias a pesar de las reacciones que llega a provocar” (1996: 167), como el distanciamiento con aquellos que no compartían el nuevo fin de su poesía. Un compromiso público que, como ha señalado Mariano de Paco de Moya (2003: 387), ya se observa en la “Elegía cívica” (1930), en el

realzar, desde un punto de vista comparatista, las ventajas del comunismo ruso frente a la democracia republicana española.

drama *Fermín Galán* (1931) y que el propio poeta confirma en el prólogo a su poemario *El poeta en la calle* (1936):

Y es que cuando el poeta, al fin, toma la decisión de bajar a la calle, contrae el compromiso, que ya sólo podrá romper traicionando, de recoger y concretar todos los ecos, desde los más confusos a los más claros, para lanzarlos luego a voces allí donde se le reclame (...) yo sé que esta salida al aire libre, este dejar de devorarnos oscuramente nuestras propias uñas, puede traernos, compañeros poetas –hoy ya lo estamos viendo–, la nueva clara voz que tan furiosamente pide España, liquidados ya estos últimos años de magnífica poesía (1988: 519).

Las semanas que Rafael Alberti y María Teresa León se ubicaron en el paraíso soviético fueron el germen de *Octubre*, la publicación que ocuparía sus actividades revolucionarias en los siguientes dos años. Fue una revista de corta duración: vieron la luz seis números, dos de ellos, 4 y 5, comprimidos en uno solo debido a su carácter conmemorativo, y un adelanto de cuatro páginas. Esta fugacidad ya había caracterizado a las revistas de vanguardia e incluso a *Post-guerra*, modelo del que bebía, por lo que no debe extrañar su corta existencia, sumada esta característica a la situación política española, inmersa en los movimientos revolucionarios del bienio negro y que provocó el silencio de la misma de diciembre de 1933 a abril de 1934⁷⁸:

Lanzar una revista era, en Madrid como en todo el mundo, signo de la presencia de un grupo de amigos que casi siempre con limitados recursos se decidían a hacerse presentes en el debate pública [sic] de forma periódico [sic]: gente que creía tener algo que decir y que lo decían aún de la forma más precaria posible, conscientes de que tal vez su empresa no iba a durar más que unos meses, unos años en el mejor de los casos. Así surgieron en Madrid, desde los años veinte, infinidad de revistas que no lograron superar ni los tres años de duración. *Octubre*, -como su coetánea *JONS*, lanzada por Ramiro Ledesma en mayo de 1933 con el apoyo financiero de un grupo de monárquicos vizcaínos-, podría contarse entre ellas, aunque por la personalidad de sus promotores y por su vinculación a la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, ligada a su vez con la Internacional Comunista, quizá podría salvar los escollos de una distribución voluntarista y

⁷⁸ *Octubre* está accesible en los portales de internet *Revistas de la edad de plata* y el proyecto *Memoria de Madrid*. El primero permite la lectura transcrita de los diferentes números, mientras que el segundo ofrece al usuario la posibilidad de obtener directamente la digitalización en formato PDF. Respectivamente, pueden consultarse en: <http://revistas.edaddeplata.org:8080/cgi-bin_todas/WUV.exe?app=rev> y <http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&id=30568&num_id=8&num_total=67> (en línea; fecha de consulta: 2 de noviembre de 2016). Físicamente, la editorial Topos Verlag AG de Liechtenstein publicó en 1977 una versión facsímil de la misma con prólogo de Enrique Montero.

de su identificación con un partido comunista cuya política lo condenada al aislamiento y a la irrelevancia (Juliá, 2004: 212).

Aunque *Octubre* iba a impulsar la relación entre la literatura y la revolución e insistir en la combinación de ambos conceptos, su fundación vino precedida de otros intentos por parte de intelectuales de reflejar sus intenciones revolucionarias a través de la prensa. Así lo ha señalado Enrique Montero en el estudio preliminar que acompaña a la edición facsímil de la revista, con la enumeración de una serie de publicaciones similares al carácter de la editada por Alberti y León. En 1922, la Unión Cultural Proletaria, de Ángel Pumarega inició su publicación; la ya señalada *Post-guerra*, como el inicio del establecimiento de la literatura de carácter social en los años previos a la II República; *Nueva España* entre 1930 y 1931; *Sin Dios. Órgano mensual de la Atea, filial de la Internacional de Librepensadores proletarios revolucionarios*, en 1932; y *Nuestro Cinema*, fundada en el mismo año y que sobreviviría hasta el inicio de la guerra. A pesar del marcado carácter ideológico de la revista, cuestión que se dejaba translucir por el título de la misma, Alberti no buscó el amparo del Partido Comunista Español, debido a su débil situación –es más, el PCE no es nombrado en ninguna ocasión a lo largo de la publicación–. En cambio sí obtuvo el patrocinio de las organizaciones análogas en Alemania y en la Unión Soviética que respondía, sobre todo esta última, a la actualidad que ocupaba en la prensa por aquel entonces el país, con el que la II República negociaba su reconocimiento, que se hizo efectivo el 27 de julio de 1933, en pleno desarrollo de *Octubre* (1977: IX-XI y XV-XVIII). Evidentemente, el país de los Soviets ocupó la mayor parte de las páginas de la revista, tal y como ha señalado también Gonzalo Santonja, para quien el influjo tanto de la Unión Soviética como de la misma Alemania no era sino la continuación de la tendencia de un sector de la intelectualidad que se acercaba al movimiento obrero a través de la literatura proletaria desde la posguerra mundial. Este autor también ha insistido en la pluralidad de voces que *Octubre*, dentro de los límites que imponía su carácter progresista –término que según Santonja no deja de ser ambiguo, pero que es el más indicado para indicar las intenciones de la revista por aglutinar un mayor número de impresiones de la izquierda española– (1990: 140-141). La búsqueda, por parte de Rafael Alberti y María Teresa León, de la heterogeneidad (Sobrino Vegas, 2012: 660-661) como base de la construcción de *Octubre*, venía motivada por el sectarismo al que sometía Fernández Armesto a la Unión de Escritores Proletarios y Revolucionarios –UEPR–, en la que las voces de los miembros que se alejaban de las

tendencias marcadas por su director eran silenciadas. Esta situación fue denunciada por la pareja ante la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios –UIER–, lo que provocó su disolución y la creación de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios –AEAR–⁷⁹. De este modo, Rafael Alberti y María Teresa León vieron cumplido su objetivo tras su primera visita al paraíso soviético. La idea de la revista surgió a la vuelta de su viaje por Europa, tal y como demuestran las palabras del poeta en la entrevista concedida el 23 de abril de 1933 al diario *El Imparcial*. Al ser preguntado por la nueva obra en la que trabajaba, Alberti respondía con las siguientes palabras: “De teatro, ninguna. Escribo versos para el primero de mayo. Los publicaré en folletos, bajo el título de *Consignas*. También ando ocupado en la preparación de la revista *Octubre*” (Pérez Domenech, 1933: 6). Nació así la revista *Octubre*, con el subtítulo *escritores y artistas revolucionarios*. Se mantuvo en activo durante casi un año y, como ha señalado Montero, sus características han llevado a considerarla como una publicación mítica:

Dentro del panorama español, *Octubre* fue un injerto que vigorizó una corriente de descontento entre los intelectuales jóvenes, que en muchos casos habían tenido concepciones individualistas del arte y de la vida. Fue una enseñanza que creó escuela y todavía se prolongó brevemente en 1935, durante la obligada ausencia de los Alberti. Como continuación, Serrano Plaja y Arconada iniciaron entonces *El tiempo presente. Revista de literatura, arte, crítica y polémica*, publicación de la AEAR española. *Octubre* abrió un camino y unas experiencias que llegarían a su madurez durante la guerra civil. Por sus amplias implicaciones, su paso arrollador, y su energía, la revista se ve desde entonces rodeada por un halo mítico que siempre perdurará (1977: XXXVI).

Cuando Rafael Alberti y María Teresa León viajaron a Rusia disfrutaban de una beca de la Junta de Ampliación de Estudios de la II República Española, que les permitió moverse por Francia, Alemania y Holanda. El matrimonio (López de Abiada, 2002: 158), antes de viajar a la Unión Soviética se estableció en París hasta los comienzos de 1932, donde tuvo contacto con los intelectuales de izquierdas más importantes del momento, como Pablo Picasso, André Gide, César Vallejo o Alejo Carpentier. Se trasladaron a

⁷⁹ Los escritores identificados con los ideales proletarios se asociaron en la Unión Internacional de Artistas Revolucionarios, en 1931. Su duración fue efímera debido a la diversidad ideológica dentro del abanico de la izquierda. Inmediatamente se creó la Unión de Escritores Proletarios y Revolucionarios (UERP), que perduró hasta que los Alberti alertaron al MORP de los abusos de Fernández Armesto. La pareja se encargó de crear la que sería la definitiva Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR), que formó parte de la MORP incluso sin estar sus estatutos elaborados. Todo este proceso es conocido gracias al trabajo de Natalia Kharitonova (2005), que incluye en su estudio la correspondencia que Alberti y León mantuvieron con el hispanista Fiodor Kelyn sobre el tema.

Berlín en el mes de mayo, donde se relacionaron con los escritores comunistas que se situaban en torno a la publicación *Die Linkskurve* y en verano se encontraban en Amsterdam para participar en el Congreso Mundial contra la guerra, del que se encargaba Henri Barbusse. Pero el viaje al país de los Soviets no entraba dentro de los gastos que cubría la beca. Como narra Alberti en el primero de los seis artículos que escribió para el diario madrileño *Luz*, publicados unos meses después de su vuelta entre julio y agosto de 1933, bajo el título *Noticario de un poeta en la URSS*, tuvieron que costeárselo por su cuenta, ya que por aquel entonces el gobierno de la II República española no había reconocido al de la Unión Soviética⁸⁰. Se expidieron los visados especiales, otorgados por el país de recepción al ser inexistentes las relaciones diplomáticas entre ambos, y pagaron en total ciento sesenta marcos por una estancia organizada por el gobierno soviético de ocho días repartidos entre Moscú y Leningrado. Esta se amplió a dos meses gracias a la invitación de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios –MORP–. Antes de analizar cómo percibieron Alberti y León el país, cabe destacar las palabras de aquel sobre la evolución que Rusia había tenido para su persona⁸¹:

¿Qué era Rusia para mí desde Cádiz, cuando, en el año 1915, jugábamos a la guerra bajo la montera de vidrio de un patio soleado? Sólo llanuras de nieve ensangrentadas y nubes de cosacos a galope tendido. Luego, ya en Madrid, desde 1917, Rusia se me desdibuja, se me pierde, se me escapa del todo, hasta volver a aparecérseme, con el presentimiento de su grandeza de hoy, en el año 30, a la caída de la dictadura de Primo de Rivera. Pero ahora ya con su nuevo y verdadero nombre: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (2000: 115).

La primera impresión que obtienen de su viaje es manifestada con precisión al reconocer Alberti que su primera visita a la URSS es “como realizar un viaje del fondo de la noche al centro de la luz” (2009: 287). Ya en el comienzo de su estancia señala las ventajas en el ámbito educativo que había traído la revolución al pueblo ruso. En el trayecto en tren tras pasar la frontera se refiere, al admirar el paisaje, a “esos viejos rusos

⁸⁰ “El gobierno de la República española aún no ha reconocido al gobierno de los Soviets. Como nuestras relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no existen, sólo el visado del pasaporte cuesta, desde Berlín, noventa y cuatro marcos. En moneda de España, una fortuna. Y doble si tenemos en cuenta que el viajero es un poeta, un desdichado que escribe aún sus poesías bajo la luna de plata del capitalismo” (Alberti, 2000: 110).

⁸¹ El nombre de Rafael Alberti ha sido durante muchos años uno de los más conocidos y atractivos en Rusia. Se convirtió en uno de los símbolos de la España republicana, del primer país que hizo frente al fascismo alemán e italiano. Sus poemas, sus entrevistas, sus discursos traducidos al ruso y a otros idiomas de las ex repúblicas de la ex URSS fueron publicados en las revistas más prestigiosas (Braguniskaya).

que al final de su vida, por las aldeas más apartadas, aprenden ahora a leer y a escribir, despertándose, ya al filo de la muerte, a todo el nuevo mundo que un régimen zarista había convenido en ocultarles” (2000: 114). Y, sobre el encuentro con el revisor del tren, que se sienta con ellos para tomar nota en su cuadernillo, describe la capacidad de escritura de este como un ejercicio en el que llega “casi a dibujar las letras y los números, que con seguridad, había aprendido hacía poco” (2009: 287). El tiempo que pasaron en la URSS en esta primera visita estuvieron acompañados por el hispanista Fedor –Alberti le llama también Teodoro en el texto–Kelyn (Dennis, 2002), al que consideraron “su mejor guía de Moscú y uno de los más grandes amigos que hemos dejado allí” (Alberti, 2000: 120). Con él asistieron a diferentes actividades culturales que les permitieron relacionarse con escritores comprometidos con la causa soviética, como Fadeiev, Ivanov, Gladkov, Aseiev, Kirsanov, Karminski, Biezymenski y Boris Pasternak, de quienes saben “cómo viven”, “lo que sus obras les producen, la alegría que les traen los miles y miles de ejemplares editados, el saberse traducidos a innumerables dialectos y leídos por millares de hombres que ahora empiezan, después de tantos siglos de oscuridad, a tener derecho a la cultura” (2000: 120). En estos escritores (Jiménez Millán, 1990: 148) Alberti descubrió la búsqueda que ellos realizaban en los elementos de la revolución para la creación literaria, al sentirse herederos de Vladimir Maiakovski⁸², e incluso él mismo, como escribió Fedor Kelyn en un artículo que publicó en el año 1934, en el que recogió sus impresiones de la relación personal que mantuvo con la pareja, pretendía aprovechar los elementos revolucionarios que le rodeaban para su obra literaria, como le confiesa a su amigo hispanista: “no se sorprenda usted de que aquí, en medio de este pueblo, cada paso que doy a través de la Plaza Roja se me transforme en poesía. La canción y la revolución están inseparablemente unidas en la conciencia de los trabajadores españoles” (*apud* Dennis, 2002: 59). Al mismo tiempo, señala el poeta la intensa penetración de la cultura española en la Rusia soviética, donde se conoce la obra *Carmen* de Georges Bizet, a la que consideran “muchos ingenuamente que es algo así como nuestra ópera nacional” y cómo es Manuel de Falla “de los músicos más admirados” (2000: 119). Y también cómo en el teatro se interpretan “*Fuente Ovejuna*, como aquí se sabe; *La dama duende*, de Calderón; *La villana de Vallecas*, de Tirso” e incluso da noticia de cómo “en Georgia, con los trajes del país, se ha puesto en escena *Los intereses creados*, de don Jacinto

⁸² La pareja visita la casa de Maiakovski “[una] noche, la de Navidad en otros países”, en la que coinciden con Louis Aragon y Elsa Triolet y leen “la carta que dejó sobre la mesa [el poeta soviético], minutos antes de sonar los disparos [con los que acabó con su vida]” (2000: 120-121).

Benavente” (2000: 119-120). En el ámbito literario, también destaca cómo, mientras que en Alemania se celebra el centenario de la muerte de Goethe, en la URSS se conmemora el cuadragésimo aniversario la publicación del primer libro de Maxim Gorki. Pone frente a frente a los dos literatos y la recepción entre los dos públicos lectores:

¡Goethe, Goethe, Goethe! en Alemania; ¡Gorki, Gorki, Gorki! en la URSS. Gorki, con la frente y la cara roturadas como un trozo de campo, viejo, con sus bigotes lacios, como mojados por la nieve de sus estepas. Gorki, festejado y leído por los obreros de las fábricas, por los campesinos y soldados del Ejército Rojo. Goethe, ensalzado por el gobierno y el turismo de una burguesía que hoy ya no le comprende (menos mal que en los carteles anunciadores siempre está de perfil y ni siquiera se digna mirar de reojo a sus festejantes) (2000: 113).

El poeta contempla, desde la habitación del hotel, la ciudad de Moscú. De ella resalta el contraste entre la antigua Rusia zarista y la nueva Unión Soviética. Los símbolos antiguos, relacionados con la religión, conviven con la construcción del palacio de los Soviets –proyecto que quedó incompleto– en la ubicación de la catedral de Cristo Salvador, que la pareja observa antes de su paralización debido a la II Guerra Mundial. Se trata de dos mundos antagónicos en el que el pasado sobrevive gracias a la supuesta tolerancia del presente:

Una de las murallas rojas del Kremlin sube a lo largo del río, hasta no ver su fin desde mi ventana. Defendido por sus muros, se alza el palacio de los Soviets, de tipo neoclásico, rodeado por viejas iglesias moscovitas de cúpulas doradas. ¿Quiénes dijeron en Europa que los bolcheviques habían arrancado las cruces y fundido el oro de las cúpulas? Contra el cielo de la fortaleza del Kremlin se destacan más cruces y más oro que banderas rojas. El poder de los Soviets es más fuerte que los antiguos símbolos de la vieja Rusia zarista. No los teme. Los deja. Desde mi ventana los veo: son muertos en el aire (2000: 116).

El matrimonio visita una fábrica de trabajadores y es descrita de la siguiente manera: “Una gran sala cuadrada. Largas mesas a los dos lados y otra en el fondo de colgaduras rojas. El retrato de Stalin en un muro, frente al de Lenin, en otro”. (2000: 128). Allí tuvieron la posibilidad de conversar con un obrero que les narró cómo la revolución le había dado una posibilidad para trabajar de manera digna, que genera tal admiración en ellos que le consideran como a un “héroe”, y también de ver los “grandes carteles [que] gritan a los obreros las tejedoras que deben terminar antes de fin de año para que sea

cumplido el plan quinquenal” (2000: 129). Admiran cómo las mujeres “altas, fuertes, de pómulos marcados, brazos duros, manos de hierro” realizan las mismas actividades que los hombres en una sociedad que las integra como iguales y que en nada se parecen a las “odiosas mujeres de ojos de oruga que nos trajeron el «ballet» imperial y la emigración blanca, [que] apenas si ya existen en la Unión Soviética” (2000: 129). También acuden a un crematorio, una excursión que se presenta como un acto antirreligioso y en el que se observa el contraste entre “el viejo patio del cementerio, [de donde] salían de la nieve muchas cruces”, que “aún tenía la tristeza de la muerte romántica”, con el proyecto de exhibir las urnas con las cenizas de los fenecidos, que “decorarán los jardines donde jueguen los niños y vivirán entre los troncos de los árboles, junto a los nidos de los pájaros, alegremente” (2000: 131). Y, por último, se trasladan a la República Autónoma de los Kalmukos, situada “en una de las márgenes del Don, al sur de la Unión Soviética” (2000: 132), grupo étnico budista que el poeta presenta como liberado por los soviéticos del yugo del zarismo. Este buen trato hacia este pueblo, que se tornaría en deportaciones tras la liberación nazi, es señalado por el poeta y alabado como un aspecto positivo de la labor soviética, que consistía en anteponer la pedagogía a la religión⁸³:

En poco más de dos lustros la Kalmukia se transformó de arriba abajo. Ahora los kalmukos, activos y emprendedores, no se hallan sometidos a una explotación despiadada como bajo el absolutismo de los zares y de sus agentes locales, príncipes indígenas y lamas. Y ano tiene que escapar a la China, como cuando vagaban por el centro de Asia, para salvarse de la “rusificación”. Entre otras cosas de las conseguidas por la Revolución de Octubre, la entrega del alfabeto latino ha contribuido a “indigenar” de una manera profunda y definitiva todo el país (...) Los trabajadores kalmukos miran cómo se abren ante sus estepas vastas perspectivas económicas y culturales. Aún quedan sacerdotes en los templos de Buda. Aún las viejas mujeres sostienen con los dientes los cubos que recogen el “kumis” de las yeguas, la leche, que utilizan para hacer aguardiente. Todavía quedan magos que saben convocar a los espíritus. Pero la nueva palabra se abrió paso y hoy ondea en los trigos de la República autónoma, separando lo viejo de lo nuevo, entre el largo desfile de los tractores (2000: 132-133).

⁸³ Como ha señalado Anne Applebaum (2014: 428-429), los calmucos se encontraban dentro de la lista de “colaboradores” del nazismo que estableció el gobierno de Stalin tras la II Guerra Mundial. Según las estimaciones de la autora, 90.000 de sus miembros fueron deportados, junto a alemanes soviéticos, karachevos, chechenos, ingushos, balcaros, tártaros de Crimea o finlandeses. Applebaum ahonda en las causas y señala a la Gran Guerra Patria solo como una excusa para tapar la limpieza étnica como el verdadero motivo de su traslado al Gulag.

2.3. LA UNIÓN SOVIÉTICA EN LA GUERRA CIVIL

2.3.1. La prensa de combate: *Destino* y *Hora de España*

El uso de las letras como método de combate a lo largo de la guerra llevó a gubernamentales y sublevados a organizar diversas publicaciones como método de expresión ideológico⁸⁴. Comprendidas todas ellas dentro de los parámetros de la censura⁸⁵, realizaron una labor de propaganda que, en algunas ocasiones, consiguió ir más allá de esta mera función. *Destino* y *Hora de España*, una al servicio del gobierno de Burgos y otra al de Valencia, son dos ejemplos a los que acercarse para observar cómo, de manera concreta, trataron el tema ruso. Las dos se caracterizaron por su longevidad en el tiempo –ambas vieron el fin, aunque la falangista solo de su primera época, con la toma de Barcelona– y por la variedad de las firmas presentes en cada número⁸⁶. José María Fontana, uno de los fundadores de *Destino*, ha señalado que la revista nació para ser el “órgano de los catalanes huidos” (1977: 283). El protagonismo del partido creado por José Antonio Primo de Rivera, evidente desde el título, permitió que “*Destino* se enmarca[ra] en el proyecto de la Falange de controlar la prensa para acentuar su poder” (Corderot, 2004: 208)⁸⁷. Y, al mismo tiempo, respondió a las necesidades del franquismo ya que acabada la guerra fue, durante al menos los primeros cinco años de la dictadura, “vocera de las voluntades del régimen” (Ripoll Sintes, 2013: 515) mediante el uso de

⁸⁴ Véase *Publicaciones periódicas de la guerra civil (1936-1939) en zona republicana, existentes en la Hemeroteca Nacional* (Joaquín González Gómez, 1986) o el catálogo de la exposición *Revistas y guerra. 1936-1939* (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 16 de enero-30 de abril de 2007). Semblanza de este evento puede hallarse en <<http://www.magazinesandwar.com/sp.html>> (en línea; fecha de consulta: 19 de julio de 2016).

⁸⁵ La postura de la *Junta Delegada de Defensa de Madrid* respecto a la censura puede encontrarse en Iglesias Rodríguez (1993: 61). Respecto al mismo tema, en el ejemplar del *Boletín Oficial del Estado* franquista del día 23 de abril de 1938 puede consultarse la resolución de los sublevados. La ley definitiva, aparecida al día siguiente y corregido por culpa de una errata, está disponible en <<https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1938/550/A06938-06940.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 19 de julio de 2016).

⁸⁶ Véase para una trayectoria completa de la publicación *Las tres vidas de «Destino»* (Geli y Huertas Clavería, 1991). La periodización de las diferentes épocas de la revista es la que sigue: 1937-1939; 1939-1980 y 1985.

⁸⁷ En un primer momento surgió la propuesta para el nombre de la revista, que en un principio iba a ser *Unidad*, pero que al llevar ya ese nombre otra publicación del mismo corte en San Sebastián, se tuvo que modificar por *Destino*, acompañado del subtítulo *Política de Unidad* (Thomàs, 1992: 108-109). El nombre procedía de unas palabras del fundador de Falange Española, que destacó, en el segundo punto de los veintisiete que conformaban el programa definitivo de la confluencia de fuerzas que supuso su unión con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, que “España es una unidad de destino en lo universal” (*apud* Payne, 1997: 225).

unos discursos que “pretendían catequizar, fidelizar a una población recién salida de la guerra con quizás más miedo que convicción en la victoria franquista” (2013: 524). Para el caso de *Hora de España*, que en opinión de José-Carlos Mainer ha supuesto “la más digna despedida de un periodo excepcional de las letras y del espíritu españoles” (2004: 500), Francisco Caudet ha señalado que “buscaba la participación de la *intelligentsia* del país a un «nivel» determinado, teniéndose plena conciencia de la gravedad del momento histórico y que se podía estar a su altura y servicio” (1975: 24-25). Pretendía continuar el modelo de los años previos practicado por *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya* a la par que “no quería seguir el «populismo» de publicaciones como *El Mono Azul*, aunque ello no implicara, ni mucho menos, el desentendimiento de la realidad española del momento” (Férriz Loure, 1988: 50)⁸⁸. Y para Andrés Trapiello “fue algo más que una revista de propaganda, mucho más que *Nueva Cultura* (...) un lugar en el que se podía pensar, discutir, disentir incluso” (2010: 219). Ambas son, en definitiva, el retrato de dos publicaciones motivadas por la urgencia del conflicto, similares en su uso como materia de divulgación política y como arma de los intelectuales para fluctuar entre el compromiso y el mantenimiento de la *normalidad* que significaba el escribir en tiempos de caos.

En el caso de *Destino* pueden distinguirse tres grandes temas a la hora de referirse a Rusia: en primer lugar se sitúa la intervención en la Guerra Civil. La injerencia en la lucha a favor del gobierno republicano, el cual sería para la revista un mero títere de la voluntad del Kremlin, servía para mostrar la causa sublevada como la única que representaba a la verdadera España frente a los dictámenes soviéticos. En segundo lugar se atendía a la vida en la Unión Soviética. Cualquier acto de Rusia que pudiera ser utilizado en su contra se explotaba de manera repetitiva. Debe tenerse en cuenta que la contienda nacional es coetánea al inicio de las grandes purgas estalinistas, cuya denuncia fue uno de los motivos que mejor supieron aprovechar los detractores de la URSS para reafirmar sus posicionamientos. En España se aprovechó el Gran Terror para compararlo con las actividades de los agentes soviéticos en el país. Y en tercer lugar se recurría a las opiniones autorizadas sobre Rusia, vertidas por terceros, para apoyar el discurso de *Destino*. Así, la traducción o interpretación de artículos publicados por diarios extranjeros

⁸⁸ Sobre la independencia de la revista, Hipólito Escolar ha señalado lo siguiente respecto a la relación de la misma con el PCE: “Patrocinada por el Ministerio de Propaganda y tolerada por el Partido Comunista, los más de sus colaboradores y los responsables de la publicación, aunque sentían admiración por la revolución soviética y agradecimiento a la URSS por la ayuda que prestaba al gobierno republicano en la guerra, no eran militantes” (1987: 115).

afines a la causa franquista, y las reseñas de ensayos y libros de viajes sobre el país de los Soviets, en los que la negativa imagen que se ofrecía refrendaba los postulados antisoviéticos de la publicación. La presentación de los acontecimientos en Rusia, sobre todo en lo referente a los procesos acometidos por el gobierno estalinista, tendió un hilo de comunicación e identificación de esta con la España republicana. La culpabilidad de los actos más infames de la lucha fue a ser atribuida, siempre que fuera posible, a personajes soviéticos, como ocurría con el embajador Marcel Rosenberg, ese hombre, que con cuya misión en España “ha hecho morir a unos millares de españoles y ha probado de hacer triunfar a los rojos, cumpliendo órdenes del Komintern, pero sin arriesgar demasiado a la U.R.S.S.” (Coello, 1937b: 7).

En los primeros números aparecieron dos interesantes artículos sobre la entrada del ideario comunista y de los combatientes extranjeros que querían participar en la guerra a favor de la República a través de Francia, país en el que todo, para el semanario, “gira alrededor de la política inspirada por Stalin” (E. P., 1937: 7). Estas personas, calificadas como “[b]uenos tipos y verdaderos deshechos humanos”, (G. R., 1937: 4) conformaban una masa de “recién salidos de las cárceles” (1937: 4-5) que “reciben la halagadora promesa de un país libre y en lucha. Y allí van, a por el botín y el vino” (1937: 4-5). La llegada de este contingente solo era, para *Destino*, la culminación de un proceso que sería descrito dos semanas después en otro artículo titulado “El comunismo se introduce en Francia”. El hecho más grave para la publicación era el papel que realizaban los habitantes de los países que simpatizaban con el comunismo ruso. Estos, creyendo que estaban al servicio de su país, en realidad lo hacían para Rusia, aunque pensaran que trabajaban para sus naciones:

La cosa más monstruosa que ha sucedido en Alemania, y que está sucediendo en Francia, es que hay propios franceses, como hubo propios alemanes, que están al servicio directo de Rusia, y que le comunican, no los resultados de la propaganda soviética, no tampoco impresiones de la lucha, cosa a que parecería reducirse la influencia soviética en los países extranjeros; que les comunica en cambio, verdaderas estadísticas comprometedoras del incremento industrial, y secretos que solo pueden interesar a los profesionales del robo, como son las claves de los últimos adelantos científico, fórmulas químicas en Alemania, secretos de construcción en Francia, como se daban, en una proporción aniquiladora, en Alemania, después de la guerra, de delitos de alta traición, de delitos de lesa Patria. Y lo más monstruoso es que Rusia se vale de propios franceses, ignorantes u obcecados, de obreros o pequeños profesionales que trabajan por cuenta de Rusia en contra de su propia Patria,

pero sin dejar de creer nunca que sirven a Francia como aquellos creían servir a Alemania (R., 1937: 2).

Otro de los artículos más combativos del primer año de vida de la revista venía bajo la firma de ISA. En él se hace una descripción de los peligros que encarnaba el comunismo, del cual la Unión Soviética, “que es el motor impulsor de esta aberración que se llama marxismo, está tramando la guerra con su poder al servicio de la revolución, porque sabe que sólo en una guerra puede intentar un movimiento ganancioso para su malvada causa” (1937: 4). La denigración de la doctrina continúa al señalar que “se cae por su propia insuficiencia para llenar las necesidades complejas de la vida humana, no es otra cosa que el condensamiento [sic] en un programa de utopías del intento de solución a la crisis capitalista” (1937: 4). También es crítico con los ideales primitivos de la revolución, ya que “del leninismo puro no queda nada, todo gira alrededor de medidas draconianas en lo económico, en lo militar y en lo político, que no son precisamente dictadas para bien del productor que hizo la revolución” (1937: 4). Por último, y aquí reside dentro del discurso sublevado el valor del texto, indica la labor de España para acabar con el comunismo, siendo los años republicanos y la ayuda soviética a la causa gubernamental “una muestra tangible de los propósitos rusos, extender en nuestra patria el marxismo” (1937: 4). Este hecho provoca, en palabras del autor, la reacción sublevada y evita la temida *expansión* rusa en España: “gracias al viril levantamiento que le cortó el paso, el comunismo no tomará carta de naturaleza, porque nosotros no somos mansos que pasamos por sus dictados” (1937: 4).

Rusia era presentada no solo como enemigo para el presente, sino como una terrorífica profecía para el futuro. Lo que podría suceder en Madrid si las tropas republicanas se hacían con la victoria final ya estaría ocurriendo en Barcelona. Así, el testimonio que firmaba *Un fugitivo* se presenta como la prueba para mostrar al espacio de Barcelona totalmente desfigurado y sacado de contexto. Una ciudad que habría perdido todo su carácter para convertirse en un satélite al servicio ruso, una nueva Moscú. La descripción, avalada por un autor que se había escapado, presenta una Barcelona rusificada que había adoptado las formas soviéticas en aspectos como la vestimenta, la alimentación o la adoración al individuo con carteles de Lenin y Stalin. La ciudadanía confiaría en la ayuda soviética y las conversaciones de la misma girarían únicamente en torno a Rusia. La descripción de la nueva ciudad condal, extensa pero precisa en detalles,

sirve como muestra de la línea que buscaba la revista respecto a esta temática en sus artículos basada en la absoluta dominación soviética sobre el enemigo republicano:

Han transcurrido varios meses de lucha, Barcelona y sus habitantes revolucionarios, se han transformado totalmente. El viajero que llega a la misma, cualesquiera que fuere su procedencia, a poco observador que sea, se dará cuenta inmediatamente de que todo gira en torno a la imitación y apología de Rusia, sus modos y costumbres. Los empleados del ferrocarril llevan gorras de forma rusa; las letras abreviaturas U.R.S.S. pueden leerse en carteles anunciadores de actos de propaganda fijados en los muros de la propia estación. Al salir de ella desfila una [u]nidad militar y sus soldados visten también, más o menos, a la rusa; marchan enrolados bajo la bandera roja de la hoz y el martillo y la banda de música entona “La Internacional” (...) En la Plaza de Cataluña, en la fachada de uno de los principales edificios, aparecen dos grabados de descomunales dimensiones, con las efigies de Lenin y Stalin a los que ahora rinden culto los separatistas y marxistas, que han relevado a segundo plano a su antiguo ídolo Macia (...) Un número considerable de rusos, circulan con aire de superioridad por sus calles, completamente pertrechados y armados. De gusto ruso son los géneros que se ofrecen en muchos establecimientos, y las alegres y vivarachas modistillas pasean su gracia meridional disfrazadas con blusas y abrigos al estilo cosaco. Los marxistas hablan constantemente de Rusia, de su superioridad y de la ayuda que esperan de la misma, se comentan los más pequeños detalles de la posible llegada de barcos de dicha nacionalidad, haciendo fabulosas suposiciones sobre la potencia naval de la misma. Los comentarios giran también en torno a la vida en Rusia, cuya realidad desconocen, pero de la que todos hablan, conceptuándola el verdadero Paraíso Terrenal, la meta de sus deseos y aspiraciones. En su ignorancia geográfica llegan algunos a creer a tal nación muy cercana a España (...) Hasta los anarquistas, enemigos del socialismo y de la dictadura marxista, hablan con respeto de Rusia (...) Pasa un lujoso automóvil con escolta policíaca: en su interior se halla sentado un hombre de aspecto extranjero, correctamente vestido a la europea; pregunto quién es y me dicen que el cónsul de Rusia (...) Barcelona y sus habitantes parecen moscovitas, pero el que tiene menos aspecto de ello es el cónsul de Rusia (1937: 4-5).

Uno de los símbolos que la España franquista quiso variar desde los primeros momentos fue la celebración del Primero de Mayo. Mediante el decreto del 13 de abril de 1937 se suprimió en la zona sublevada la festividad, medida que venía a confirmar el Fuero del Trabajador de marzo de 1938 y que trasladaba la conmemoración al aniversario del golpe de Estado, denominada Fiesta de Exaltación del Trabajo Nacional. La fecha de la ya clásica festividad obrera fue recuperada, en 1955 por Pío XII, quien la dotó de un carácter religioso mediante la celebración del día de San José Obrero o Artesano y que fue adoptada por el Estado dictatorial de inmediato (Calle Velasco, 2003: 96-98).

Además, el calendario iba a favorecer a Franco de tal modo que pudo trasladar los impulsos festivos al dos de mayo, fecha simbólica y de marcado patriotismo, por lo que no perdía la oportunidad de reivindicar el carácter español frente a una fiesta que se identificaba con Rusia. *Destino* no dejó pasar la ocasión y señaló cómo se había festejado, “al dictado de Moscú, la fiesta marxista del Primero de Mayo en los lugares donde persiste la labor subterránea de la Internacional comunista” (*Sin firma*, 1938e: 1). Ante esta celebración, la España sublevada conmemoró “otra, desde luego, infinitamente más significativa para nuestro suelo: la del 2 de mayo. Parecía como si España, en primero de mayo, hubiese despertado de una horrible pesadilla” (*Sin firma*, 1938e: 1). Para la publicación, esto solo había sido otra prueba más de la labor subversiva que, supuestamente, realizaba Rusia, país que “por espacio de muchos años había ido llevando a cabo sutilísimos golpes de mano, hasta conseguir que España fuese un país sometido a sus doctrinas” (*Sin firma*, 1938a: 3). Consegue el articulista, en esta línea, identificar el *dominio ruso* del periodo republicano con el que había intentado establecer en el país Napoleón a comienzos del siglo anterior:

Las cadenas con que Stalin nos sometía eran incomparablemente más fuertes a las que nos hubieran sometido los franceses en 1808. Pero mucho peor que los centenares de miles de cadáveres que Stalin ha dejado ahora sobre el suelo de España, habría sido esta muerte total, instantánea, de un país, de una raza, de una civilización (*Sin firma*, 1938a: 3).

Otro de los tópicos, dentro de la intervención soviética en el territorio republicano que más reclamó el franquismo –durante y después de la guerra– fue la evacuación de niños a la Unión Soviética. Concha Espina escribe un relato en el que denuncia la situación en la que se encontrarían y avisa de la persistente tarea que llevaría el nuevo Estado a cabo para conseguir su repatriación. La autora configura una visión de lejanía y desamparo en la que falta el calor familiar: “Niños españoles que pueden estar en Méjico, en Suecia, en Rusia, en las ciudades rojas levantinas. Pero que tiemblan de miedo y de frío lejos de la única España, ésta que no consentirá nunca la disolución de la familia, ni el hielo estéril del hogar” (1939a: 3). La historia que utiliza la narradora gira en torno a una niña de la que se anuncia su *desaparición* en la radio de Barcelona, un hecho “muy corriente entre los matricidas rojos (...) a juzgar por la manera helada y perezosa de aquel anuncio que repercute aquí como un grito desgarrador” (1939a: 3). La niña ya debería encontrarse en “la insensible comunidad estaliniana”, donde entre “forcejeo, codicia y

barbarie, nadie escucha ese tácito andar infantil, mudo apoyo en la tierra invernal, acaso entre las trincheras de basura que los animales inferiores registran en solicitud de algún desperdicio comestible” (1939a: 3). La pequeña formaba parte de ese millón “de fantasmas débiles depauperados, ensombrecidos, que ambulan por el duro suelo bolchevique dentro y fuera de la patria”, siendo en “la adumbración tenebrosa del paisaje soviético” donde a la escritora se le “oscurece el dibujo y el paso de la niña anémica, descalza, por los caminos rojos del mundo” (1939a: 3). El texto, lleno de terror y de angustia, dibuja una situación pésima para los niños que vivían en el extranjero y estaban lejos de sus familias, siendo especialmente dura, según la autora, la vivencia de aquellos niños que se encontraban en la Unión Soviética⁸⁹.

Una de las noticias de las que se hizo eco la publicación fue la retirada de los agentes soviéticos de Barcelona, que tomó de *Le Matin*, diario francés en consonancia con los sublevados y que sería colaboracionista en el periodo de la II Guerra Mundial. Según este periódico, la salida de la G.P.U. de Barcelona respondería a la estrategia clásica de Rusia, que solo buscaría el sembrar “la discordia entre los pueblos, con la pistola o con el oro” (*Sin firma*, 1938b: 4). Estos dos procedimientos los habría utilizado en la España republicana, aunque sin comprometerse del todo, ya que “en ningún caso hará hasta el último extremo causa común con los rojos. Al contrario, siguiendo su acostumbrada táctica abandona ya a sus amigos –y a sus víctimas– temiendo que al precipitarse los acontecimientos vea envueltos a sus agentes en la derrota” (*Sin firma*, 1938b: 4). En otro artículo, firmado desde Francia, José Esteban Vilaró avisa de las precauciones que había tomado Stalin a la hora de intervenir, sin llegar a implicarse de manera completa, en la guerra. Además, las personas que habían sido enviadas a España, esa “fauna de colonización moscovita” representaría “[I]o más pintado y colorido del vagabundaje internacional; lo más selecto, algo así como la flor del aventurerismo con ficha antropométrica en todas las policías de Europa; lo más intrépido también de los bajos fondos políticos internacionales” (1938: 3). Para el autor, el dictador soviético “tuvo un especial cuidado en mandar lo menos posible de paisanos suyos”, solo “el estricto personal de la Legación y el indispensable de la parte técnica del ejército” (1938: 3). Para terminar, alude a la imprescindible relación entre el terror estalinista en Rusia y los enfrentamientos entre los diferentes sectores de la izquierda en Cataluña:

⁸⁹ La novela *Lo que mueve el mundo* (Seix Barral, 2012) –*Mussche* (Susa, 2012) en el original en euskera– del escritor y poeta Kirmen Uribe trata el tema de la acogida de los niños evacuados de la zona republicana. En ella se narra la experiencia del escritor belga Robert Mussche y Carmen, la niña que acogió.

Es conocida la lucha entablada en Cataluña entre comunistas de Stalin y trotskistas, a consecuencia de la cual los más caracterizados de estos últimos tuvieron que refugiarse en Francia, huyendo del exterminio que los estalinianos emprendieron. Pues bien; aquí se encontraron nuevamente unos y otros, y como los resentimientos son graves, es de esperar que el día menos pensado le sobrevenga a alguno de los recién llegados un accidente irreparable (1938: 3).

También los Procesos de Moscú fueron utilizados de manera profusa. Ya desde el primer número, un artículo firmado por Payo Coello los describía como “el chispazo que ilumina la larga y continuada cadena de crímenes que es la vida de la Tercera Internacional. Este proceso, es en realidad la culminación de una serie que muestra la profunda descomposición de la Revolución Bolchevique”. El acontecimiento suponía “el principio del fin del régimen bolchevique” y era un “[m]agnífico final de opereta para ser contado a los infelices rojos que luchan por el socialismo o la Anarquía en el Levante de España y en Madrid” (1937a: 5). En otro número se ofrecía una lista “de los primates de la revolución y de la suerte que en estos últimos años han corrido (...) que no comprende más que los nombres de los más importantes jefes y las acusaciones que se les ha hecho, a consecuencia de las cuales la mayoría perdió su vida” (*Sin firma*, 1937f: 8). Esta correlación de individuos soviéticos, que viajaba desde Zinoviev hasta el mismo Marcel Rosenberg, daba para *Destino* “cuenta, con más claridad que no otro discurso, de la calidad moral de estos magnates revolucionarios. De unos y otros. Y de como unos u otros, los muertos o los aún vivos, son solamente unos traidores” (*Sin firma*, 1937f: 8). Más adelante, la publicación retomaba el tema de las purgas para conectarlo con España. Se da noticia de una reunión del Partido Comunista en Valencia en la que destaca el discurso del secretario general José Díaz:

[Habló Díaz de] la prolongación de la ofensiva contra Largo Caballero. Conocidas son las críticas personales y políticas que los agentes de Moscú dedicaron al Lenin rojo en la última etapa de su actuación frente al Gobierno (...) Es muy curiosa esta ofensiva rusa contra Largo Caballero. Impuesto por el Komintern, el Komintern lo lanzó por la borda, acusándole de veleidades de poder personal. Lo de Lenin español se le subió a la cabeza y Moscú no perdona. Largo Caballero puede escrutar el porvenir mirándose en un espejo: el de Trotsky (*Sin firma*, 1937e: 4).

Otro de los artículos advierte de las consecuencias de la *moral relajada* imperante en la nación de octubre para *Destino*. Bajo el seudónimo de Baderin de Cantor se advierte

que allí la mujer no era “más libre de lo que lo era antes”, ya que tenía, como ser “socialmente inferior, pese a quien le pese (...) sobre sí las cargas de las que legislación alguna puede llegar a librarla” (1937: 2). Los hijos, considerados del Estado, los dejaba “en la calle, pues sus asilos dan capacidad para un millón y medio de esta clase de indocumentados y quedan por lo tanto ocho millones sin amparo”, una cantidad de niños que en Rusia toman para el autor una trayectoria poco recomendable al ejercer “la honrosa profesión de vagabundo primero, de maleante después y de delincuente al final” (1937: 2). Toda esta información era nueva para quienes solo conocían las costumbres de vida en la zona sublevada, ya que a aquellos “que han pasado una temporada en la zona roja nada puede cogerles de improviso porque allí el hecho se impuso al derecho” (1937: 2).

Uno de los aspectos que la publicación tuvo más en cuenta, y que puede observarse con detalle, es la reseña de textos que emitían juicios en contra de la Unión Soviética. Este fenómeno fue calificado por la revista –más allá de sus postulados ideológicos, con acertado criterio– como “la traición de los intelectuales” en un artículo del número 40. Esta idea, según el firmante anónimo del mismo, “halla una trayectoria incesante, vertiginosa, en los secuaces de la U.R.S.S. que desertan del fatídico y sarcástico apostolado comunista. Hoy son ya legión los moscovita[s]. Y una tras otra se van «abandonistas» de la ortodoxia sucediendo las confesiones del desengaño” (1937d: 4). Uno de ellos, además de innegable actualidad al coincidir con la polémica en torno al mismo que surgió por la celebración del II Congreso de Escritores Antifascistas, fue *Retoques* de André Gide. A pesar de todo lo que significó el libro, *Destino* no estaba en la misma línea que el autor, ya que este criticaba al comunismo en Rusia sin perder su acento ideológico. En cambio, para el semanario todo el comunismo merece el mismo trato:

Gide sigue siendo el mismo que fue. Sigue siendo un literato celoso de la independencia de su posición intelectual. Y –aquí se halla la raíz de nuestro disentimiento con él– sigue aceptando el contenido doctrinario del marxismo, aunque no acepte las modalidades que adoptó en Rusia al ser aplicado. Todo su libro no es más que una defensa de esta posición, y una defensa contra los ataques que los ortodoxos del partido le han dirigido por su crítica, acerba en su primer libro, y más acerba aun en este segundo. Pues este es declaradamente un libro de crítica de las realizaciones de Rusia. Y aquí explanemos otra vez la raíz de nuestro disentimiento; pues no creemos que tal desastre sea solo algo episódico y puramente ruso, sino consecuencia de las premisas que las ideas que animaron las realizaciones han dado lugar (*Sin firma*, 1937b: 7).

A finales de 1937, el propio Gide firmó, junto a George Duhamel, Paul Rivet, François Mauriac y Roger Martin du Gard, una petición dirigida al gobierno republicano. En ella solicitaban, según las palabras textuales, “encarecidamente al Gobierno español asegure a todos acusados políticos garantías, justicia, y, particularmente, inmunidad y protección de la defensa” (*apud* Sánchez Rodríguez, 2011: 51, nota 43). La reclamación no sentó nada bien en Rusia, donde Ilya Ehrenburg, desde las páginas de *Izvestia*, criticó a los escritores firmantes. Según *Destino*, el corresponsal ruso “[q]uerría que todos los ataques, todos los cargos, se concentrasen contra el Gobierno Nacional” (*Sin firma*, 1937a: 4). Para la publicación falangista, a Gide no le es extraño “lo que le ocurre” (1937a: 4), por denunciar “[l]a justicia soviética, que es tenebrosa. Y la justicia del Levante esclavizado no es más que un reflejo de la U.R.S.S.” (1937a: 4). Apoya sus tesis anticomunistas en un incidente que le ocurrió al político belga Vandervelde, “que suspendió su actuación de defensa en un proceso soviético y regresó a Europa, exteriorizando su discrepancia invencible con el modo singular de enjuiciar en la U.R.S.S.” (1937a: 4). Para terminar, realiza la clásica asociación Unión Soviética-España republicana⁹⁰:

La U.R.S.S. y la España roja son así. No admiten la libertad de crítica. Son de un dogmatismo total. Una simple exhortación, redactada en los términos más suaves, para que no dejen de cumplirse postulados procesales eternos e imperativos fundamentales de humanidad, convierte al que la formula en “fascista”, en “trotskista”, en cobarde, en burgués (1937a: 4).

También se dio noticia de textos ficcionales de carácter anticomunista y antisoviético. Así, se dedicó un artículo a la concesión del *Premio Goncourt* de 1938, que ganó Charles Plisner por *Falsos pasaportes*, en la que reniega de la URSS. Para la revista, “la obra premiada hoy es una especie de testamento literario”, con la que comparte la revista una posición única frente al comunismo, ante el que “no cabe más que una actitud de defensa desde un principio sin desfigurar la brutalidad” (Mascaro, 1938: 4). Además, insiste en el daño que habían hecho los intelectuales al posicionarse junto al país de los Soviets, al crear una imagen paradisíaca y falsa del país:

⁹⁰ Cabe anotar que el nombre de Émile Vanderverde podría pasar por alto si no fuera por un hecho importante. En 1936 el agregado a la Embajada de Bélgica en Madrid, Jacques de Borchgrave, fue asesinado por unos milicianos. El incidente, muy parecido a los acontecidos con Andreu Nin o José Robles, hizo que las relaciones entre el gobierno republicano y el belga se desestabilizaran del todo (estaban ya tocadas de antemano), al no querer asumir aquellos sus responsabilidades (Gómez, 1992).

Jugar al rojo y cansarse un día del juego. Porque, el esfuerzo, la fe y la grandeza del nuevo pueblo ruso se han cantado en todas las lenguas, adquiriendo categoría de mito. Y ha contribuido a ello, de una manera decisiva casi, el apoyo prestado por una mayoría de los valores intelectuales de todos los países. Los escritores crearon una modalidad literaria más y por espacio de veinte años han ayudado a mantener una brillante aureola alrededor de la U.R.S.S. No es necesario insistir sobre el daño causado en los individuos y en los pueblos más fácilmente impresionables. Situados ahora en los [sic] antípodas de la literatura podemos juzgarlo amargamente (1938: 4).

Otra de las reseñas se centró en *Correspondent in Spain* de Edward Knoblaugh, un libro que “constituye un testimonio el más alto interés”, ya que su “autor ha vivido largo tiempo, como periodista, en [la] España roja. Ha visto las matanzas de religiosos y civiles” (*Sin firma*, 1938d: 4). No es de extrañar que este libro fuera del gusto de la revista, ya que su autor, tal y como ha señalado Gabriel Jackson, tomó sus experiencias en la zona republicana y “las reunió en forma de libro con intención de publicar en el mundo anglófono una gran cantidad de material que podría haber incluido de ninguna manera en sus despachos de Madrid” (2007). Esta manera de evitar la censura republicana ofrecía un texto muy del gusto de *Destino*, quen obtenía así la posibilidad de mostrar a sus lectores una visión sin cortafuegos de lo que ocurría en la España gubernamental. Fragmentos como el que sigue permitían afianzar las tesis falangistas respecto a la influencia rusa a la hora de dirigir la política republicana en la guerra:

Raro era el día que algún ministro del gobierno no celebraba una conferencia con Moscú, que solía durar más de una hora. Las telefonistas, que escuchaban fragmentos de dichas conferencias, nos revelaron que su finalidad era buscar asesoramiento y consejo. Así nos enteramos de que el gobierno no daba pasos decisivos sin consultarlo antes con el Komintern (Knoblaugh, 2007: 164).

Y la última presencia de los denominados por la publicación como “testimonios de calidad” responde a las traducciones de fragmentos de obras afines al ideario antisoviético de *Destino*. Así ocurrió con el libro *La Renaissance de l’Espagne* del Conde de Saint-Aulaire (*Sin firma*, 1938c: 3), embajador de Francia durante el reinado de Alfonso XIII. La consulta del texto del diplomático, quien dedicó un capítulo a la influencia soviética en España, confirma la aquiescencia del semanario respecto al mismo:

Que les gouvernements de Madrid, Valencie et Barcelone ne soient qu'un jeu de masques a l'usage de Moscou est une évidence reconnue par tout le monde, notamment par Moscou lui-même, qui aurait le plus grand intérêt à le nier si c'était possible. Que Moscou s'acharne à faire sortir une guerre générale de son offensive contre l'Espagne est une autre évidence également reconnue par Moscou, ce qui ne l'empêche pas de proclamer son amour de la paix (Saint-Aulaire, 1938: 80-81).

Desde Valencia, Rusia recibió un trato totalmente opuesto. Quien más trató el tema en *Hora de España* fue Antonio Machado mediante las meditaciones de Juan de Mairena. Pero más allá de quién escribió con mayor frecuencia y de manera más permisiva o crítica sobre el país, hay que diferenciar en la revista tres bloques al clasificar en ella los textos referentes a la Unión Soviética: una gran parte de ellos consisten en reseñas de libros, conciertos y actividades culturales de contenido ruso que los intelectuales ofrecían a los milicianos. Se incluyeron reflexiones sobre la politización del arte y el uso de este como arma de combate político y se incitó a observar a Rusia y su revolución como el modelo a seguir para España. A ellos les siguen los numerosos textos de Antonio Machado. Por último, cabe resaltar las intervenciones de Ilya Ehrenburg y Fedor Kelyn en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas.

En el número 2 ya aparecía una reseña a dos filmes soviéticos, *El circo* (1936, Grigori Aleksándrov) y *La patria te llama* (1935, I. Raciman), ambos de gran éxito en su época, tal como ha referido Núñez Seixas (2006: 143) para este último. Se destaca, para *El circo*, cómo “la aparición del amor, ya casi en un primer plano de la trama, nos induce a pensar en la Rusia de la amplia Constitución democrática salida de los rigores de sus años de prueba” (J. R., 1937: 61). También se señala la presencia de una “juventud, vestida de blanco bajo las triunfales banderas, [que] pone su sonrisa de seguridad ante los ojos de los españoles, preocupados aún por su suerte” (1937: 61). Se tiende así un hilo entre la película y la población española que sufría las causas de la guerra. Para *La patria te llama*, película en la que la aviación juega un papel fundamental, se resalta cómo en ella “nuestros camaradas de la Unión Soviética ponen su ilusión mayor y centran la garantía de defensa de su gran obra constructiva” de una nación “preparada para repeler cualquier agresión de sus enemigos” (1937: 61). En el número 4, Juan Gil-Albert reseñó los filmes *Tres cantos para Lenin* (1934, Dziga Vertov) y *Días de maniobras*. En referencia a la primera de ellas, el autor reflexiona acerca de su carácter revolucionario:

La película que ahora resulta en algunos momentos pasada de realización, impresiona. Como un nuevo mito de la vida parece levantarse un viento sobre las planicies asiáticas. Arrancada de su sueño vegetativo, una humanidad increíble sale de sus chozas, se asoma a las puertas de sus murallas, abandona el misterio extático de su existencia, llamada impetuosamente por ese hombre que desde Moscú, anuncia la transformación del mundo. Sí, lo que sobre todo impone aquí, ante estas imágenes revolucionarias rusas, es la índole asiática del medio en que se mueven, y la poderosa voluntad de aquél, de quien cantan los lejanos moradores: “tú a quien nunca hemos visto ni oído”. La poderosa voluntad, y claro es, la subyugante fuerza de lo que no puede ser evitado (1937b: 55).

En el plano literario, el año 1937 coincidió con el aniversario del primer centenario de la muerte del poeta Alexander Pushkin. Apareció una nota dedicada al autor de *Eugenio Onegin* de manera anónima, pero de la cual se puede intuir que era partícipe todo el grupo de la publicación mensual. En ella se aplaude el valor que la Unión Soviética daba a la cultura: “La Unión Soviética acaba de celebrar el centenario de la muerte del poeta romántico Pushkin. Se comprende cómo el país del socialismo, que se llama defensor de los valores culturales de la humanidad, en su ascensión hacia más perfectas formas de vida, honre con esos ecos que nos llegan, a Alejandro Pushkin” (*Sin firma*, 1937c: 39). Más adelante, hace referencia al momento que vivía España y cómo, aun así, no se olvidaban de tener en cuenta a tal alto referente literario, tal y como ocurría en Rusia: “Obreros y escritores de la U.R.S.S., también nosotros os recordamos honrándole. Si en la fértil laboriosidad de vuestro territorio, si en el ocio ocupado de vuestras vidas podéis leerle bajo las mismas frondas, junto a los mismos ríos de su devoción, pensad que tampoco nosotros le hemos olvidado en el fragor de nuestros campos de batalla” (1937c: 39). También Antonio Machado dedica unas palabras al homenajeado, a quien define como “el más grande poeta de Rusia”, cuya “obra es la piedra fundamental de la literatura eslava (...) [proclamando] a Pushkin inmarcesible gloria de la literatura moderna” (1937c: 10). Para finalizar su reflexión, sitúa al poeta en la Rusia coetánea: “La Rusia actual, que celebra el primer centenario de la muerte de Pushkin, es tan grande como el poeta la había soñado. Y toda ella dice hoy: ¡Nuestro Pushkin! Y con Rusia, lo decimos todos los amantes de la libertad y de la cultura: ¡Nuestro Pushkin!” (1937c: 11).

Otro de los puntos más interesantes es fue el amplio espacio que dedicó a la creación literaria, con poemas como “Salud, Moscú”, que Pascual José Plá y Beltrán compuso tras su viaje al país de los Soviets, o los fechados en la capital de la Unión

Soviética, en mayo de 1937 por Ramón Diestro⁹¹. Dentro de las ficciones en prosa ofrecidas, aparece una firmada por O. Savitch, titulada *Casa de campo*, cuyo final consigue establecer una conexión entre los dos países amigos:

Un ciudadano soviético de seis años atraído por las cosas españolas hasta olvidarse de sí mismo, estudiando el mapa y repitiendo las palabras de los partes de guerra, como todos los ciudadanos soviéticos de su edad y de otras edades, cuando quiere acariciar y a veces adular a su madre la llama con las palabras para él más bonitas, más tiernas, más extraordinarias y extrañamente próximas:

– Tú eres mi Casa de Campo. (1938: 83).

También existe una reseña a un libro que ya había sido traducido y publicado al castellano en 1936, pero que fue reeditado en plena guerra. Está firmada por Machado y versa sobre *Nuestra experiencia revolucionaria: interviú con el escritor inglés H. G. Wells celebrada el 23 de julio de 1934*. De ella, dice el poeta lo siguiente sin escatimar ninguna alabanza a Stalin⁹²:

Stalin no es un fanático de la Revolución, pero carece del prejuicio antirrevolucionario. Hay en Stalin una claridad de ideas y una virtud suasoria que no alcanza nunca su interlocutor. Al inglés no le abandona todavía el miedo a la aventura; el eslavo tiene la tranquila seguridad de quién [sic] posee una experiencia. Ambos dicen estar de acuerdo en que el mundo capitalista se desmorona. –Allá ellos– añadiría Juan de Mairena. Pero, aceptada la tesis ¿cómo no admitir la implacable lógica revolucionaria de Stalin? De aquello que se desmorona hay que esperarlo todo menos una transformación; porque si fuera capaz de transformarse, claro está que de ningún modo se desmoronaría. Subsistir, construir y ayudar a caer: tal es lo esencialmente revolucionario para Stalin. La historia de todas las revoluciones le da la razón ampliamente. Quiero decir que Stalin ha visto la historia con sus propios ojos

⁹¹ El contenido de los poemas de Diestro no hacían referencia a Rusia, pero el de Plá y Beltrán era una alabanza provocada por su visita a Rusia en plena Guerra Civil Española: “Roja Moscú, ciudad de la alegría,/de nieve y fuego en esculpida torre;/corazón del futuro o melodía,/¡no habrá nube que te borre!/Un mundo oscuro te engendró en su entraña;/fuiste igual a un torrente desbocado;/forjada entre la muerte y como España/mitad obrero y la mitad soldado./Una estrella de lumbre sobre el pecho,/tu clara juventud construye y canta./Sobre la sombra del pasado incierto,/el año de tu gloria se levanta.” (1938: 80-81). También, en esta línea, se puede destacar el poema de Serrano Plaja, publicado anteriormente, “Pueblo traicionado”, cuyo último cuarteto dice: “Y a lo lejos certeros, hermanos, te saludan,/agitan y tremolan por ti sus pabellones/otros pueblos vecinos en libertad gozosa: México memorable y la Unión de Países/Soviéticos te aclaman” (1937: 44).

⁹² En su estudio sobre H. G. Wells en España, Alberto Lázaro (2004: 234) enumera las ediciones que recogen la entrevista entre el dictador y el escritor. En febrero de 1935 apareció en catalán en la revista *La Humanitat*; poco después, cerca de 1936, se editó en castellano un folleto con el contenido del encuentro bajo el título *El rumbo del mundo: discusión entre Stalin y Wells*, promocionado por la “Gráfica Tabaquera” y cuya venta tenía un carácter benéfico. Y por último, la edición que debió manejar Machado, publicada en 1938 por Ediciones Europa-América y cuyo título otorgaba la autoría y protagonismo a Stalin (*interviú con el escritor inglés H. G. Wells*), línea esta que seguiría el propio poeta en sus palabras sobre el texto.

y no es fácil que se le engañe. A Wells se la han contado, y no precisamente los que la han hecho (1938: 11).

En *Hora de España* también hubo lugar para la crítica musical. Esta fue referida a dos composiciones del músico leal a la República Rodolfo Halffter, que escribió las piezas “Alerta” y “Para la tumba de Lenin” como homenaje al XX Aniversario de la Revolución. De ellas se dijo:

Un compositor español se inclina delante de la tumba de Lenin y le ofrenda, de manera austera, en conmemoración del XX aniversario de la Revolución soviética, lo mejor de lo suyo, lo más profundo de su saber y lo más íntimo de su sentir: una obra elegíaca, realizada en los términos justos que mejor interpretan su concepción y sin tener en cuenta ninguna de las consideraciones utilitarias o mejor funcionales, que forzosamente deben guiar al compositor al escribir una partitura de film o una canción de masas (Mayer, 1938: 91).

Y la revista mostró cómo el arte ruso podía servir también como motivación para los milicianos mediante el visionado de filmes rusos:

Los convocábamos en las rudas iglesias, a la luz de agonizantes perillas instaladas por nuestro equipo, y los muchachos, con sus casquetes de abrigo, escuchaban las arengas y los romances que desde un camión de transporte, les decíamos en medio de aquellos muros de altares arrancados. Luego, sobre un lienzo proyectábamos películas soviéticas relativas a la guerra. Voceaban los muchachos invadida la nave y trepados a los basamentos de las pilastras. Eran los que pronto, según se adivinaba, tomarían las armas para la ofensiva (Gil-Albert, 1937a: 37).

Como se ha apuntado, Antonio Machado fue la pluma estrella de la publicación. Su aparición en todos los números y la dedicación concreta de varios de sus textos a la Unión Soviética invitan a centrarse en el análisis de las impresiones que el país dejó en él. En su primer artículo ya se podía leer el pensamiento que el poeta tenía sobre el concepto arte proletario: “¿Un arte proletario? Para mí no hay problema. Todo arte verdadero será arte proletario. Quiero decir que todo artista trabaja siempre para la prole de Adán. Lo difícil sería crear un arte para señoritos, que no ha existido jamás” (1937b: 8). La patria no era tanto la nación en la que el individuo había nacido y residía, sino el pueblo que se identificaba como una masa única que luchaba contra las altas clases de la sociedad:

La patria –decía Juan de Mairena– es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuviereis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostentes los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la marsellesa, la canta en español; si algún día grita: ¡viva Rusia!, pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios (1937b: 11-12).

Una de las aportaciones más interesantes sobre las conexiones existentes entre Rusia y España de los que Machado aportó a *Hora de España* fue la carta dirigida al hispanista David Vigodsky. En ella destaca la identificación de muchos españoles con la Unión Soviética a raíz de la guerra. Aunque habla de ello como un hecho espontáneo, el conflicto ayudó poco en un movimiento que ya llevaba en activo casi dos décadas. Él mismo reconoce este hecho al aludir a la ya citada conferencia de la Casa de los Picos de Segovia en 1922:

He visto con profunda satisfacción la intensa corriente de simpatía hacia Rusia que ha surgido en España. Esta corriente es, acaso, más honda de lo que muchos creen. Porque ella no se explica totalmente por las circunstancias históricas en que se produce, como una coincidencia en Carlos Marx y en la experiencia comunista, que es hoy el gran hecho mundial. No. Por debajo y por encima y a través del marxismo, España ama a Rusia, se siente atraída por el alma rusa. Lo tengo dicho hace ya más de quince años, en una fiesta que celebramos en Segovia, para recaudar fondos que enviar a los niños rusos. “Rusia y España se encontrarán un día como dos pueblos hondamente cristianos, cuando los dos sacudan el yugo de la iglesia que los separa” (1937a: 6).

Para Machado, el encuentro en el mismo punto del camino que recorrían los dos países tenía que verse libre de la institución eclesiástica, aunque no deja de lado lo concreto de la religión presente en los dos pueblos. El concepto cristiano de amor fraternal, que había servido según el poeta para conseguir la cohesión rusa frente al opositor zarista, sería seguido por España. Eso sí, él halla estos valores más cerca de Miguel de Cervantes que de Pedro Calderón de la Barca:

Como maestra de cristianismo, el alma rusa, que ha sabido captar lo específicamente cristiano –el sentido fraterno del amor, emancipado de los vínculos de la sangre– encontrará un eco profundo en el alma española, no en la *calderoniana*, barroca y eclesiástica, sino en la *cervantina*, la de nuestro generoso hidalgo Don Quijote, que es, a mi juicio, la genuinamente popular,

nada católica, en el sentido sectario de la palabra, sino humana y universalmente cristiana (1937a: 7).

Además, en la ejecución y la victoria revolucionaria también existía, para él, la posibilidad de expandir la cultura rusa en España de una manera real. Aunque en aquí ya se había construido una sólida imagen del país, gracias a las lecturas de los grandes escritores rusos decimonónicos y de los actos de apego a la Revolución de 1917, sí es cierto que aún existía un conocimiento inexacto del mismo: “Uno de los más grandes bienes que espero del triunfo popular es nuestro mayor acercamiento a Rusia, la mayor difusión de su lengua y de su gran literatura, poco y mal conocida aún entre nosotros y que, no obstante, ha dejado ya muy honda huella en España” (1937a: 7-8). Más adelante, tras reflexionar sobre las muertes de Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, finaliza la misiva con la intención de encontrarse físicamente con el traductor. La cita entre ambos tras la victoria de las tropas republicanas sería un acto de filiación y confraternización de los dos países:

*En Madrid libertado o en Leningrado libre, yo también tendría sumo placer en estrechar su mano. Por de pronto me tiene usted en Valencia (Rocafort) al lado del Gobierno cien veces legítimo de la gloriosa República española y sin otra aspiración que la de no cerrar los ojos antes de ver el triunfo definitivo de la causa popular, que es –como usted dice muy bien– la *causa común a toda la humanidad progresiva* (1937a: 10).*

Pero el texto en el que Machado dejó plasmadas de manera más evidente sus impresiones sobre el país de los Soviets fue el titulado “Sobre la Rusia actual”. En él establece sus reflexiones sobre el momento que atravesaba Rusia. Desde un primer momento contempla la grandiosidad de la URSS en relación con el número de enemigos que tenía. Eran estos quienes señalaban el valor positivo de la Unión Soviética y del triunfo revolucionario. Evidentemente, representaban los contrarios a Rusia las dos dictaduras de derechas, las dos democracias que habían abandonado a la España republicana y la Sociedad de Naciones:

Los millones de hombres con el escudo al brazo que militan contra la nueva Rusia, nos dicen claramente con su actitud defensiva que es hoy Moscú el foco activo de la historia. Londres, París, Berlín, Roma son faros intermitentes, luminarias mortecinas que todavía se transmiten señales, pero que ya no alumbran ni calientan, y que han perdido toda virtud de guías universales (1937d: 5-6).

Insiste en su crítica a Inglaterra y Francia “que fueron un día el orgullo del mundo” (1937d: 6); a la Sociedad de Naciones, que había pasado de ser “una institución nobilísima, que hubiera honrado a la humanidad entera” a “un organismo superfluo, cuando no lamentable, y que sería de la más regocijante ópera bufa, si no coincidiese con los momentos más trágicos de la historia contemporánea” (1937d: 6); y a “esos dos hinchados dictadores que pretenden asustar al mundo y a quienes Roma y Berlín soportan y exaltan” (1937d: 6). Tras realizar estas críticas se dirige hacia la Unión Soviética, de la que destaca su generosidad y la universalidad de su forma de vida:

Moscú, en cambio –resumamos en este claro nombre toda la vasta organización de la Rusia actual– aunque salude con el puño cerrado, es la mano abierta y generosa, el corazón hospitalario para todos los hombres libres, que se afanan por crear una forma de convivencia humana, que no tiene sus límites en las fronteras de Rusia. Desde su gran revolución, un hecho genial surgido en plena guerra entre naciones, Moscú vive consagrado a una labor constructora, que es una empresa gigante de radio universal (1937d: 7).

Prosigue Machado su discurso sobre la Rusia actual al evocar el pasado zarista. Es aquí donde se puede hallar el error del poeta al considerar que el régimen impuesto tras la revolución no tenía las mismas aspiraciones despóticas e imperialistas que existieron durante el mandato de los zares. Sus palabras señalan cómo Rusia respetaría el carácter único de cada uno de los pueblos que componían la URSS, así como un papel del ejército de defensa frente a los ataques del exterior, sin tener en cuenta que la primera de las cuestiones no fue –ni sería, en un futuro que el autor no vería– respetada, y que la segunda se volvería también contra los ataques internos y las terroríficas purgas que comenzaban de manera paralela en el país:

La fuerza incontrastable de la Rusia actual radica en esto: Rusia no es ya una entidad polémica como lo fue la Rusia de los zares, cuya misión era imponer un dominio, conquistar por la fuerza una hegemonía entre naciones. De esa vanidad, que todavía calienta los sesos de Mussolini, ese faquino endiosado, se curaron los rusos hace ya veinte años. La Rusia actual nace con la renuncia a todas las ambiciones del Imperio, rompiendo todas las cadenas, reconociendo la libre personalidad de todos los pueblos que la integran. Su mismo ejército, el primero del mundo, no sólo en número, sino, sobre todo, en calidad, no es esencialmente el instrumento de un poder que amenace a nadie, ni a los fuertes ni a los débiles, responde a la imperiosa necesidad de defensa que le imponen la muchedumbre y el encono de sus enemigos; porque

contra Rusia militan las fuerzas al servicio de todos los injustos privilegiados del mundo. Sus gobernantes no lo olvidan (1937d: 7).

Insiste Machado en la época imperial al aludir a la previsión de la Rusia actual. Para él la Rusia contemporánea no era “como algunos creen, un fenómeno meteórico e inexplicable”, ni “una consecuencia del pensamiento teutónico de Karl Marx” o “un engendro de la Revolución de octubre” y para nada había salido “de la cabeza de Lenin, como Minerva de la cabeza de Júpiter” (1937d: 8). Como señala, aquellos que conocían a Rusia gracias a escritores como Dostoievski, Turguénev o Tolstoi, sabían que, “bajo el dominio despótico de los *zares*, estaban ya maduras las virtudes específicamente rusas sobre las cuales se asienta la Rusia de hoy” (1937d: 8). Vuelve aquí Machado a interpretar el alma ruso con los valores del cristianismo puro, que develaban un mundo nuevo respecto al conocido y que derivaba en la utilización que el pueblo ruso hacía del concepto hermano:

Y es que a través de la más inepta traducción de *La guerra y la paz* –por aducir un ejemplo ingente– llega a nosotros, todavía, un mensaje del alma eslava, amplia y profundamente humano, que parece revelarnos un mundo nuevo. Entendámonos: nuevo con relación al mundo mezquino y provinciano de la moderna literatura occidental. En verdad, no es un mensaje literario este que el alma rusa nos envía en sus obras maestras. Ni siquiera sabemos si las novelas de Tolstoi o Dostoievski están bien o mal escritas en su lengua. Suponemos que lo estarán soberbiamente. Pero sabemos con certeza la mucha humanidad que contienen, la gran copa de vidas humanas al margen de toda frivolidad que en ellas se representa; sabemos que esas vidas humanas, las más humildes como las más egregias, parecen movidas por un resorte esencialmente religioso, una inquietud verdadera por el total destino del hombre. Bajo la férula de su imperio despótico, de espíritu más o menos tártaro o mongólico, al margen de su iglesia fosilizada en normas bizantinas, el alma eslava ha captado, ha hecho suyas las más finas esencias del cristianismo. Sólo el ruso, a juzgar por su gran literatura, nos parece vivir en cristiano, quiero decir auténticamente inquieto por el mandato del amor de sentido fraterno, emancipado de los vínculos de la sangre, de los apetitos de la carne, y del afán judaico de perdurar, como rebaño, en el tiempo. Sólo en labios rusos esta palabra: *hermano*, tiene un tono sentimental de compasión y amor y una fuerza de humana simpatía que traspasa los límites de la familia, de la tribu, de la nación, una vibración cordial de radio infinito (1937d: 9).

El autor destaca la base política del ideario soviético, es decir, el marxismo. Hay que recordar, como ha señalado Caudet para el caso de Juan de Mairena –aplicable en este caso–, que para su apócrifo el marxismo “quedaba reducido a una forma de elementalidad, de esencialidad humana. No pasaba de ser para Mairena una respuesta

ética a una situación histórica límite. Este reduccionismo, muy claro y evidente, muy patente, se explica por su formación y sensibilidad idealista y por su neocristianismo” (2009: 164). Así, el poeta expresa cómo para él la elección del marxismo fue temporal, pero al mismo tiempo exige realizarse con la mayor pureza posible para dar respuesta de una manera humana a los problemas económicos existentes:

Es muy posible, casi seguro, que el alma rusa no tenga, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central el marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo motor de la historia. Pero el marxismo tiene para Rusia, como para todos los pueblos del mundo, un valor instrumental inapreciable. El marxismo contiene las visiones más profundas y certeras de los problemas que plantea la economía de todos los pueblos occidentales. A nadie debe extrañar que Rusia haya pretendido utilizar el marxismo en su mayor pureza, al ensayar la nueva forma de convivencia humana, de comunión cordial y fraterna, para enfrentarse con todos los problemas de índole económica que necesariamente había de salirle al paso. Tal vez sea este uno de los grandes aciertos de sus gobernantes (1937d: 11).

Finaliza Machado exponiendo su tesis sobre el significado de la Rusia marxista. Para él se había convertido en el eco de una ideología que había conseguido internacionalizarse al llegar, desde allí, el mensaje de la misma al centro del resto de los pueblos: “Mi tesis es esta: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que marxismo. Por eso el marxismo, que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia donde parece hablar a nuestro corazón” (1937d: 11).

Y el último bloque a destacar dentro de la presencia de la Unión Soviética en *Hora de España* está conformado por un único número, el 8 de la publicación, que estuvo dedicado de manera íntegra a la reproducción de las intervenciones de los diferentes delegados en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas de julio de 1937. Algunas de estas hicieron alusión de manera directa al papel que jugaba la Unión Soviética en la Guerra de España, como la del delegado francés Claude Aveline, quien señala la pasividad de las potencias internacionales y la procedencia de la única ayuda que recibía la II República: “El pueblo, atacado, se defiende. Con todo empeño. Él, que tiene todos sus derechos, tanto legales como morales, piensa que proclamarlos una vez más ante el mundo libre bastará para poner término a la injusticia. Nosotros sabemos cómo ha respondido el mundo «libre», excepción hecha de la U.R.S.S. y México” (1937: 47). También Nordahl Grieg, de Noruega, reivindica la importancia de las letras como fuerza

de combate, tal y como había ocurrido en Rusia: “Que nuestras palabras vuelvan a ser eficaces, como lo han llegado a ser en España y en la literatura constructiva de la Unión Soviética. Allí, la palabra se ha convertido en acción” (1937: 53). En todo caso, como escribe Corpus Barga respecto a la significación del Congreso en el editorial que encabezaba el monográfico de la revista, este “sólo podía ser un acto de guerra” (1937: 7).

Al ser interpretado como tal, no podían faltar las voces de dos importantes representantes del país que sostenía en parte los esfuerzos bélicos de la España legítima. Por la Unión Soviética hablaron Ilyá Ehrenburg –organizador del evento– y Fedor Kelyn. El discurso del primero (1937: 36-38) tuvo un marcado carácter belicista y se centró en la actividad de los aliados fascistas y en cómo estos pretendían destruir de manera sistemática aquella cultura que no fuese acorde a su ideología. Destacaba el valor del pueblo como propietario único de la cultura, y como protagonista de una epopeya en su lucha. Pero las palabras de Kelyn (1937: 55-58) sí establecieron una sintonía entre los dos países, y además ofrecían un punto de vista diferente al que se podía observar en *Hora de España* y otras publicaciones: la percepción e influencia de la cultura española –en especial de la literatura– en Rusia. Como anuncia Kelyn, el tema de su conferencia “puede parecer muy abstracto y poco ligado a la batalla heroica y sangrienta que está librando ahora el gran pueblo español contra la barbarie e incultura fascista” (1937: 55), pero en realidad se encontraba en la adecuada sintonía que requería el Congreso. Entre sus palabras destaca que “la verdadera comprensión de la cultura española, de la entusiasta compenetración con ella, de la entusiasta compenetración con ella, empezó en [la] Rusia prerrevolucionaria con nuestro gran Pushkin” (1937: 55). Fue precisamente el poeta quien “acabó para siempre con la leyenda negra sobre la incultura medieval del pueblo español, que penetró con Voltaire y los enciclopedistas franceses” (1937: 56). E incidió en la negativa visión de la corte rusa hacia la cultura española⁹³:

⁹³ En efecto, Rusia fue uno de los países donde más se representó el drama de Lope de Vega. La primera vez fue el 8 de marzo de 1876 en Moscú. Puede que Kelyn confunda las fechas, porque Kirschner (1977: 258) hace alusión al éxito de la actriz Ermolova (Yermolova) a la hora de interpretar a Laurencia en esta fecha, y de la presencia de la policía en la representación del día siguiente. Esto lo corrobora José Manuel Rozas, quien señala, no obstante, que la obra no solo no se prohibió, sino que “el drama se representó, con mucho éxito y en muchas ocasiones, en la Rusia zarista” (1990: 331). Más adelante, Kelyn hablará de las repetidas puestas en escena que de esta obra se hacían en Kiev en plena Guerra Civil Rusa, dirigida por Konstantiv Mardzhanov y que levantó “una gran polvareda” y “dio la pauta de alterar el final de la obra al suprimir el papel de los monarcas, pauta que fue fielmente adoptada en las representaciones ulteriores” (Kirschner, 1977: 259).

El Gobierno zarista comprendió muy pronto qué fuerza libertaria tenía el teatro clásico español. La prueba manifiesta de este odio, de este miedo, ha sido la prohibición del mismo [sic] *Fuenteovejuna*. Puesta en escena en 1897 por el Pequeño Teatro Imperial de Moscú, con la famosa Yermolova, que hacía el papel de Laurencia, tuvo sólo una representación. El Gobierno zarista, al mismo tiempo, sabotó el estudio de la cultura española. Pero nada podía contra el interés latente que vivía en la parte más progresiva y adelantada de la nación rusa (1937: 56).

Esta percepción sirve para ofrecer la nueva recepción que de la cultura española se había tenido en Rusia tras los acontecimientos de 1917, donde los estudios hispánicos se habían promocionado, siendo conocidos varios nombres brillantes de la misma en el país de los Soviets. Eso sí, en ningún momento se olvida de la necesaria lectura marxista de la historia:

La revolución de octubre abre de par en par las puertas a este enorme interés, a este entusiasmo cada vez más creciente. Y aquí tengo que citar los nombres de fama universal, los nombres de Máximo Gorki y de Lunacharsky. Hicieron para la comprensión de la cultura clásica española lo que hoy hacen Kolzov y Ehrenburg por la España nueva (...) Nuestros sabios, en su labor de investigación colectiva, han tomado por base los artículos geniales de Karl Marx sobre el proceso revolucionario español. Siguiendo el ejemplo admirable de Marx, se han puesto a estudiar la historia del pueblo español en su conjunto. Puedo asegurarles que en la Unión Soviética conocemos y admiramos a Menéndez Pidal, a Montesinos, a Navarro Tomás (1937: 56-57).

Para finalizar, Kelyn da las razones por las cuales el pueblo ruso admiraba la cultura española, y lo ilustra con un ejemplo de la Guerra Civil Rusa que, más allá de su veracidad, enlaza de manera perfecta con las intenciones del Congreso y, por ende, el momento trágico que vivía España. Para ello alude de nuevo a *Fuenteovejuna*, cuyo carácter revolucionario podía aplicarse tanto al caso ruso como al reciente caso español:

Ahora bien, ¿por qué nuestros lectores y espectadores soviéticos admiran tanto la cultura y el arte español? La contestación parece simple. Porque en la cultura española late la sangre generosa de esta noble tierra y una aspiración eterna a la libertad. Esto explica por qué los lazos culturales entre los dos pueblos hermanos son tan firmes y tan estrechos. Voy a contarles un episodio de la guerra civil en el sur de Rusia, que puede apoyar mi juicio. Kiev, la capital de Ucrania, en 1919 estaba rodeada y situada por las tropas de los generales blancos. En el teatro de Kiev se hacía diariamente el [sic] *Fuenteovejuna*. Gozaba de una popularidad enorme entre los espectadores. ¿Quiénes eran ellos? Guerreros rojos que venían al espectáculo diariamente desde las líneas de fuego, de las trincheras. Casi todos los espectáculos

terminaban con la Internacional cantada por toda la sala. Cuando Laurencia recitaba su famoso monólogo, todo el teatro se levantaba en pie. Los guerreros rojos no admitían el final trágico, querían ayudar a la pobre aldea andaluza, martirizada y torturada por las aves de rapiña feudales. De esta manera, *Fuenteovejuna*, una vez más, sirvió a la revolución (1937: 57).

2.3.2. La narrativa de la Guerra Civil

La contienda no paralizó la actividad intelectual en ningún nivel. Si las publicaciones periódicas se pusieron al servicio de ambos bandos, no menor fue la labor en el ámbito de la narrativa para el periodo de 1936-1939. Antes de entrar en el análisis específico para gubernamentales y sublevados, es interesante resaltar el carácter de estos textos. Maryse Bertrand de Muñoz ha establecido una narratología de la novela política de la Guerra Civil. Según esta, los autores escribieron circunscritos a los factores aquí indicados, cuestión que se ha de tener en cuenta a la hora de hablar del periodo 1936-1939:

La novela política tal como la entiendo se acerca tanto a la novela ideológica en la cual se quiere preconizar una idea, un ideal, una tesis (a menudo al detrimento de lo propiamente novelesco) y a la novela social en el sentido de querer no sólo testimoniar sino de denunciar una situación que aparece intolerable; esta denuncia se hace tan fuerte que a menudo es preponderante sobre otros aspectos. En ella todo está supeditado a la demostración de un ideal político: los personajes, la estructura, el estilo están sometidos a lo que se quiere probar. Se denigra al enemigo y se ensalza al correligionario; el tono es a menudo inflamado, el estilo retórico, las ideas llevadas hasta sus extremos y sobre todo la intención es polémica (2001: 99-100).

Dentro de los escritores afines a los sublevados, la producción narrativa fue sensiblemente menor que la poética, y se caracterizó en su forma, más que por su carácter ficcional, por acercarse al reportaje de guerra (Rodríguez Puértolas, 2008: 291-292). En estas novelas apareció el *terror rojo*, término que englobó a todas las acciones represivas que protagonizó el bando republicano hacia los partidarios del levantamiento en armas. Este concepto recogía diferentes “aspectos de la vida en la zona republicana, desde la alta política a la revolución social, pasando por la vida cotidiana, el papel de la prensa, *la ayuda soviética* y, claro está, los principales episodios de la represión” (García, 2014: 155)⁹⁴. Entre ellos, la representación del país comunista y la identificación de los

⁹⁴ El subrayado es mío.

partidarios de la II República con Rusia es uno de los puntos que se repiten en los textos, entre los que no es raro encontrar a “masas que lanzan vivas a Rusia” (Rodrigo, 2014, 556) o a conocidos personajes soviéticos.

Una de las novelas más combativas contra el comunismo la escribió Francisco Camba. Desde su título, *Madridgrado* (1938), indica cómo la capital sitiada se había convertido, bajo su punto de vista, en una ciudad dependiente del poder de la Unión Soviética⁹⁵. Recrea momentos históricos como el asesinato del teniente Castillo la noche del 12 de julio de 1936 y el posterior atentado contra Calvo Sotelo. En una manifestación por la muerte del primero, que llega a la altura del Círculo de Bellas Artes, se da la siguiente situación que coloca a Rusia detrás de los propios manifestantes y sus intenciones:

[Manifestantes] – ¡Viva Rusia!

Como ninguno de los del Círculo contestaba ese grito en honor del muerto, se exigió amenazadoramente:

[Manifestantes] – ¡Viva Rusia!

– ¿Por qué viva Rusia? –razonaron los socios–. Una protesta contra el crimen, aunque no justifique tanto alboroto, pues el asesinato de un teniente de guardias es, en cierto modo, un accidente del trabajo, estamos dispuestos a apoyarla. Pero gritar ¡viva Rusia! ¿Por qué?

– ¡Porque nos da la gana! –rugía, frenética, la manifestación–. ¡Viva Rusia!

– ¡Viva España! –contestó unánimemente el Círculo (1939: 19).

La novela está impregnada de vivencias que en Madrid se podían relacionar con Rusia, sobre todo con aquello que ocurría alrededor de la embajada de este país. Su responsable hasta 1937 fue Marcel Rosenberg, cuyo nombre el autor escribe de manera incorrecta, hecho que incluso se puede justificar como una adaptación a las normas de ortografía del castellano, transcribiéndolo como “Rosemberg [sic]” (1939: 83). El narrador consigue adentrarse en la embajada de la Unión Soviética, donde consigue

⁹⁵ Tanto para los escritores del bando franquista, que integraban la oposición clandestina condensada en la Quinta Columna –o permanecían en embajadas de países afines–, como para los escritores del bando republicano, quienes reflejaron la ciudad como la parada final de un exilio que no encuentra su fin, Madrid es el escenario de una gran parte de las novelas sobre la Guerra Civil. La mayoría de las tramas suceden en ella o los lugares aledaños –los combates en la Sierra, la provincia de Toledo–, y las voces de sus protagonistas no son sino el eco de ella misma. Como afirma Larraz Elorriaga (2004-2005) en su estudio sobre la capital para los escritores del exilio republicano, “Madrid se convirtió con frecuencia en un lugar mítico ya que fue ciudad de la utopía, de la memoria y de la epopeya”, afirmación que se puede aplicar también al bando sublevado. Respecto a la degeneración del nombre, *Madridgrado*, cabe señalar que se trata de una invención atribuida al general Queipo de Llano, quien solía realizarla en sus charlas de Radio Sevilla (Mainer, 1998: 192). De hecho, la novela comienza con un exordio de este personaje que dice lo siguiente: “¿Qué pasa en Madridgrado? Ya sé que esta palabra, aun como parodia, es un poco bárbara. Denme ustedes otra que lo sea más” (1939: 3).

escuchar una conversación del embajador que relacionaba al presidente de la II República con este personaje: “Prefiero a Azaña diciéndole al pueblo que antes con Rusia que con los sublevados; los republicanos y los socialistas, fomentando el fervor por la política de nuestro país; este pueblo admirable, tan comprometido con nosotros” (1939: 140). Una de las técnicas más efectivas que utiliza Camba para hacer indistinguibles a Rusia y la España republicana es la inserción de un fragmento del libro de viajes al país de los Soviets de Liam O’Flaherty. Camba no tiene ningún problema en transcribir de manera literal el texto y equiparar la situación que vivió el escritor irlandés en un tranvía a la que su protagonista sufre en un vagón del metro de Madrid:

Rascándome bien, encontré treinta céntimos, el precio de los dos billetes. Desde que pisamos el andén, la multitud que bajaba nos empujaba como un émbolo. Cuando el tren llegó hubiera sido imposible retroceder. Pero entrar era también difícil: “Está ordenado en los tranvías soviéticos –aquí esta deferencia se guarda sólo para el Metro– que los pasajeros entran por la plataforma anterior y salgan por la posterior. En teoría economiza tiempo. En la práctica –dice O’Flaherty–, es todo lo contrario. Como los tranvías pasan atestados, las salidas están abarrotadas, y los pasajeros se ven obligados a viajar kilómetros más allá de su destino. Por decirlo así, el pasajero, desde el momento en que sube, necesita volver a bajar” (1939: 337).

La degeneración que quiere mostrar Camba también le lleva a Valencia, donde aprovecha para mostrar la influencia de la Unión Soviética en el lenguaje⁹⁶. En este caso el cambio corresponde la nueva denominación de un pueblo, ejemplificado en la siguiente conversación:

[Narrador] – ¿Cómo se llama este pueblo?

Unas niñas, capullitas de mujer que en los Sindicatos ya se trasegarán pronto, nos dicen muy convencidas:

–Bakunin.

[Narrador] – ¿Se ha llamado así siempre?

[Niñas] – No; antes se llamaba San Vicente.

Pero ya decía el ruso del Ritz que no servimos para el comunismo (...) En Bakunin hay un grupo de evacuados, precisamente de Madrid, a quienes el pueblo, con toda plenitud de su comunismo, no les da siquiera un pedazo de pan (1939: 248).

⁹⁶ Este elemento lo utiliza también Concha Espina en su novela *Retaguardia* (1937) al señalar el cambio de nombre de una calle, que se conoce durante el conflicto como “la flamante *Avenida de Rusia*” (1939b: 58).

Y, dentro de las novelas sublevadas escritas durante la guerra destaca *Madrid, de corte a cheka* (1937), de Agustín de Foxá. Desde el final de la monarquía de Alfonso XIII hasta los inicios de la Guerra Civil, en ella se narra la transformación del señorito José Félix, hombre que se congracia en un primer momento con la izquierda y que finalmente se identifica con las ideas de los sublevados⁹⁷. Al igual que en el texto de Camba, el espacio de la capital se degrada al convertirse en un conglomerado de checas al estilo ruso, en las que los juicios son meras escenificaciones previas a las ejecuciones ya dictadas de antemano. Foxá presenta un Madrid en el que, tras vivir una dictadura, la llegada de la democracia desestabiliza a la aristocracia que tras el 14 de abril de 1931 decidió adelantar su periodo vacacional en el norte de España y el sur de Francia, donde, al modo de las altas clases de la sociedad rusa tras la revolución bolchevique, “[i]mitaban a los grandes duques rusos y fingían catástrofes” (2009: 95). Según ellos, habían vivido en un ambiente previo en el que todo lo “ruso estaba de moda” (2009: 100), lo que se refleja en el protagonista de la novela: “su ciudad se desespañolizaba y que allí estaba Asia acechando, con sus laboratorios, su plan quinquenal y sus tractores” (2009: 222). El drama alcanza su primer momento álgido cuando el Frente Popular logra la victoria en las elecciones de febrero de 1936, por lo que entra “el marxismo hasta la aldea más abandonada” (2009: 225). Otro de los personajes va más allá al considerar lo siguiente: “Esto va a ser peor que en Rusia” (2009: 226). El desfile del primero de mayo de ese mismo año es para el autor toda una expresión de rusofilia: “Rojeaban como en una erupción, en la ronda de Atocha, miles de banderas que subían de los barrios extremos (...) los jóvenes comunistas, con jerseys [sic] azules y corbatas coloradas con la hoz y el martillo, regidos, militarizados” (2009: 230). La escenificación va acompañada por el culto a la personalidad y la suplantación de una nación por otra:

Y al frente, enormes retratos de Lenin y Stalin. Era Rusia, que nos invadía.
Ni un grito español. Unos miserables, con el puño cerrado, subían por Colón.

Rusia, sí;
Patria, no;
Rusia, sí;
Patria, no. (2009: 232)

⁹⁷ Este personaje sería, según Rodríguez Puértolas, un “trasunto en buena medida del propio Foxá” (2008: 297), al igual que para Trapiello con la excepción de casi la totalidad de la vivencia bélica, para la que “el conde aprovechó las experiencias de un hermano, Jaime, también escritor, que había logrado evadirse de la capital, y las suyas propias, habidas durante el primer mes de guerra” (2010: 69).

La última parte de la novela, en la que se centra el relato sobre los sucesos de los primeros meses de la contienda en Madrid, va precedida por el título “La hoz y el martillo”, lo que ya indica las intenciones del autor. El Madrid que presenta ya ha terminado de rusificarse, lo que ejemplifica en hechos como el que protagoniza el padre de José Félix quien, como otros miembros de las clases acaudaladas, se había preparado para los registros de los milicianos y “había comprado en los carricoches de libros ambulantes todas las obras de Marx, Lenin y la *Vida de Trotsky*. También había colgado en el vestíbulo un gran retrato de Azaña y otro de Largo Caballero” (2009: 273-274). No podían faltar las descripciones del primer embajador de la URSS, con quien muestra su agresividad al describirle como “un judío jorobado, pálido, de espíritu agudo” (2009: 303) y que venía acompañado por su secretario “un ruso bajo y regordete de barba rubia, ojos mongólicos, vestido elegantemente con una chaqueta blanca, pantalones azules y botines” (2009: 304). Para Foxá la capital se apaga poco a poco y es un espacio en el que no hay lugar para la felicidad, por lo que hay que fingirla: “Como en el Madrid rojo había desaparecido la sonrisa, los fotógrafos seguían la técnica rusa de retratar la carcajada” (2009: 307). Incluso la presencia de Rusia influye en la meteorología invernal: “Se preparaba el primer invierno ruso (...) La nieve y el frío contribuían a soviétizar Madrid” (2009: 371). La novela, al ser redactada en plena contienda, se cuestiona cuál será el paisaje definitivo de la ciudad según de quién consiga la victoria:

¿Sería Madrid de Franco o de Rosenberg? ¿Volverían a aquella ciudad con las fuerzas victoriosas, al aire las pocas campanas de las parroquias que aún quedaban en pie, o sería ya para siempre una trágica ciudad rusa, proletaria y desarrapada, con lentos inviernos sin Navidad, triste de fábricas enormes, con luz eléctrica a las cinco de la tarde, cines de barrio y estadios de atletas populares? (2009: 371-372).

Mientras que la demonización de Rusia fue una constante desde la temprana producción literaria de los fieles a las tropas rebeldes, entre los gubernamentales pasó la URSS a un segundo plano. La internacionalización del conflicto se presentó, en la narrativa de combate republicana, en el sentido contrario al propuesto por los sublevados. La guerra tomó tintes bélicos decimonónicos y se trató, según su óptica, de una repetición del engaño napoleónico de casi ciento treinta años atrás:

[Las] novelas y narraciones breves escritas entre 1936-39 manifiestan en general –aunque haya alguna excepción– un tono épico que se desprende por sí mismo de la materia tratada. Es un conflicto bélico en el que una parte de la sociedad, marginada del poder durante siglos, ha conseguido iniciar un camino nuevo y es atacada por quienes hasta hace muy poco han sido sus dominadores. Éstos cuentan además con la ayuda de fuerzas mercenarias –el Tercio, los Regulares– y de Gobiernos extranjeros –Italia, Alemania y Portugal– desde el primer momento. Esta internacionalización inicial llevará a los escritores republicanos a plantear su narrativa como un discurso épico en defensa no sólo de un ideal sociopolítico, sino de la independencia nacional ante una agresión que si bien es interna y reaccionaria, se sustenta en un importante componente foráneo. De ahí que se hable de una nueva “Guerra de la Independencia”, especialmente al referirse a la defensa de Madrid, siendo frecuentes los recuerdos y alusiones al alzamiento del pueblo en las calles de Madrid el 2 de mayo de 1808 frente a la ocupación napoleónica (Mañá, García, Monferrer y Esteve, 1997: 30).

Con este planteamiento es difícil que la alusión rusa aparezca. Ramón J. Sender, que a su vuelta de la Unión Soviética había escrito un libro ciertamente complaciente con el país de los Soviets –a pesar de su rechazo a entrar en ningún partido político– publicó, en 1938, *Contraataque*. En ella, las alusiones a la ayuda extranjera no van referidas a la Unión Soviética, incluso cuando era clara la procedencia de las armas que nadie “supo cómo ni por dónde llegaron” (Sender, 1978: 375). Tampoco aparecen personajes prototípicos soviéticos y lo más parecido a un hombre del Este es Turkovich, un combatiente yugoslavo –hay que recordar que el país hasta 1941 fue un reino– que “no era comunista, sino un idealista liberal pequeño burgués” (1978: 178). Y hay alguna referencia a la efectividad de los comunistas españoles cuando se indica que algunos de sus “miembros (...) hacían las cosas sin que nadie llegara a enterarse y sin preocuparse sino de que verdaderamente se hicieran” (1978: 223) e incluso cierta crítica, por parte de uno de los personajes, que señala cómo el “Partido Comunista español es casi íntegramente obrero. Por eso no me gusta (...) Da la impresión de que puede derivar en una secta obrerista cerrada, lo que resulta siempre sombrío y triste” (1978: 295). Pero si algo destaca es la transformación de Sender en sus planteamientos políticos y que puede observarse en la introducción que redactó para la reedición de la obra cuarenta años después. Aprovechó la ocasión para desmarcarse de cualquier rasgo que pudiera identificarle con el estalinismo, tarea en la que se había empleado desde el comienzo del exilio, ya que él “adoraba a Rusia y odiaba a Stalin” (1978: 14)⁹⁸. Al mismo tiempo,

⁹⁸ Así lo afirma Francisco Caudet en el estudio introductorio a la correspondencia entre el escritor y el político, ex-presos del franquismo y exiliado Joaquín Maurín: “Los comentarios anticomunistas –la

denunció que sus libros, según le había confesado una traductora rusa en la Guerra Civil, se publicaron en la Unión Soviética retocados “cuando no se ajustaban a las necesidades de su propaganda” y “a la medida de la mentalidad de gentes como Beria” (1978: 11-12).

La posición política al lado de los comunistas de César M. Arconada dista de la indefinición de Ramón J. Sender. En el mismo año que lo hiciera este publica *Río Tajo*, una “novela castellana, o mejor aún: mesetaria” (Hormigos, 1978: XIII), protagonizada por un personaje llamado Chaparreja, cuya onomástica recuerda a Chapaiev, héroe de la Revolución de 1917 y al que se dedicó una película soviética que tuvo gran éxito durante la Guerra Civil en Madrid (Mañá, García, Monferrer y Esteve, 1997: 335)⁹⁹. César Augusto Ayuso ha optado por señalar que “Arconada escribe bajo los presupuestos teóricos marxistas, y no sólo en cuanto a teoría de pensamiento o directrices ideológicas se refiere, sino también en los principios estéticos, en las formulaciones de la crítica literaria del socialismo revolucionario [cercanas a Lukács]” (2000: 310). Más allá de este plano, el ámbito referencial y explícito dentro de la novela del tema soviético en la Guerra puede hallarse en uno de los soliloquios del protagonista al ver unos aviones enemigos:

¡Mirad! Este es uno de los picos centrales de España, una especie de eje gigantesco de piedra berroqueña. Y alrededor, por aquí y por allá, los traidores generales sublevados. Y más allá de los horizontes, el mundo, otros países, otras tierras grandes, ricas, verdes, sin berruecos ni parameras como aquí. Por allá, al Norte, la poderosa Inglaterra, mirándonos entre brumas. Por allá Francia, temerosa de la lucha. Por allí, al otro lado de aquella cordillera, Portugal: pueblo encadenado. Al Oriente, Italia, pueblo esclavizado bajo la tiranía de un déspota. Por allá, Alemania, pueblo sojuzgado por la voluntad de un loco. Y más lejos, más allá de los mares azules y de los desiertos, el país amigo, el único país que nos anima y nos protege [sic]: La Unión Soviética, el país de los trabajadores... Y si no lo sabéis, sabedlo: Inglaterra y Francia han cerrado nuestras fronteras y nos han dejado solos como en un lazareto, a sanar nuestra peste, como si nosotros tuviésemos la culpa de que unos traidores la hayan desencadenado (1978: 168).

La labor pedagógica de la novela, es decir, enseñar quiénes eran los contrincantes, los colaboradores y los que mostraban su pasividad ante los crímenes, se complementa

coincidencia con Maurín en este punto era absoluta— los repetiría Sender continuamente desde que salió de España, tanto en esta correspondencia como en muchas de sus novelas y ensayos” (1995: 48).

⁹⁹ La película referida es *Chapáiev* (dir. Georgi & Sergei Vasilyev, 1934, Unión Soviética). Puede reproducirse en <https://www.youtube.com/watch?v=Ol_jvK6CQIU> (en línea; fecha de consulta: 21 de julio de 2016). Según señala José Cabeza San Deogracias (2005: 30), los cinco cines abiertos en Madrid desde el 24 de noviembre al 15 de diciembre de 1936 solo proyectaron, en el ámbito de la ficción, filmes soviéticos, lo que podría explicar el entusiasmo del pueblo para con la película sobre el ídolo ruso.

con alguna referencia aislada al describir esas “paredes sucias [en las que había] muchas hoces y martillos pintados” y letreros en los que se leía “¡Viva la URSS!” (1978: 301).

Los republicanos, a pesar de publicar un considerable número de novelas durante la lucha cainita, se vieron marginados como consecuencia de la derrota de los ideales a los que se habían adherido y sus integrantes fueron condenados al duro camino del exilio. Esta situación permite que pueda contemplarse la imagen del ruso en un campo más: las novelas de la guerra escritas desde la perspectiva histórico-temporal del destierro. La diáspora republicana influyó a la hora de reflexionar en torno al papel de la Unión Soviética en la trayectoria de los constitucionalistas en el conflicto, elemento que puede observarse en tres autores y su país de acogida: César M. Arconada –Unión Soviética–, Max Aub –México– y Arturo Barea –Gran Bretaña–.

En la obra del exilio soviético de César M. Arconada destaca la temprana redacción de los *Cuentos de Madrid* entre 1941 y 1945, un libro marcado por los acontecimientos históricos en los que las “esperanzas de los comunistas españoles se basaban en el desarrollo de los acontecimientos en los campos de batalla, y el avance de las tropas soviéticas se interpretaba como una garantía del derrocamiento de las dictaduras fascistas en Alemania, Italia y, por supuesto, España” (Kharitónova, 2007: 40). Esta colección de relatos acerca de la actuación republicana en la capital resistente –excepto uno de ellos, que versa sobre la División Española de Voluntarios– se ve “marcada por una gran contextualización histórica e ideológica que pretendía inculcar en la conciencia del lector la necesidad de luchar” (2007: 41) y, evidentemente, determinada por la estancia del autor en Rusia. A pesar de responder al lema estalinista del artista como “ingeniero de almas” y que el “complejo de las ideas marxistas y comunistas configura el nivel del significado de su obra” (2007: 41), la presencia en sí de elementos que ahondan en la superioridad moral que, desde su perspectiva, le correspondía al personaje soviético se reducen a un cuento: en el titulado “En el aire de Madrid” el autor describe a Anatolio Ivánovich, un as de la aviación soviética que, al regresar de una misión en Moscú hacia el frente del Este en la guerra contra los alemanes, se ve obligado a refugiarse en una isba y a narrar varias historias épicas. Este soldado, que “como todo gran hombre soviético, era sencillo, franco, accesible, sin orgullo alguno, sin presunción” (Arconada, 2007: 78), narra sus misiones en España junto a un camarada que cae en el combate frente a otro maestro de la aviación nazi. La presencia de estos dos hombres no era aislada, no se presenta a la Unión Soviética como la única colaboradora con la II República, sino que se trata de una “escena que se desarrollaba aquí y allá, en este país [la URSS] y en el otro,

en esta y en aquella parte del mundo” (2007: 80) producto de la misión asignada a las Brigadas Internacionales. Tampoco se magnifica la misión del héroe ruso en España, ya que el teniente alemán que había derribado a su amigo, y cuya cabeza decapitada habían recibido, sale indemne de la Guerra Civil. Pero, con la intención de mostrar la similitud de ambas luchas, vuelve a situar en escena a los dos rivales y, finalmente es Anatolio el que acaba con el aviador germano (2007: 89). El soviético es, en este relato, un aliado del republicano contra el fascismo más allá del territorio español.

Max Aub, que rechazó el golpe al adherirse a la causa gubernamental pero que no simpatizó con el ideario comunista, examinó en los seis volúmenes que componen *El laberinto mágico* el trauma de la Guerra y el exilio¹⁰⁰. Su condición como exiliado le lleva al cuestionamiento del mundo conocido hasta la fecha. En esta línea, un personaje anarquista de *Campo cerrado* duda ante un comunista de la existencia no ya de la democracia en Rusia, sino de una verdadera dictadura del proletariado, causado esto por el culto hacia la persona de Stalin y la formación de una oligarquía privilegiada que ostentaba el poder. Se trata de dos posiciones combatientes del fascismo pero también enfrentadas entre sí:

—¿Vas a asegurarme a estas alturas, que en la URSS la dictadura es la de una clase como la de una persona o, para darte gusto, la de un soviét?

—Sí, lo sostengo, aunque no lo quiera aceptar la burguesía por conveniencia y vosotros... por sentimentalismo. En la URSS existe la dictadura del proletariado, ¿me entiendes?, del proletariado. Los burgueses lloran, por los burgueses. ¿Qué tendríais vosotros, de triunfar? ¿La anarquía? Murió hace años, todavía están enterrándola unos señores con grandes barbas blancas, completamente chochos (1978a: 107).

Otro de los problemas planteados por el autor fue el papel que jugaron los intelectuales en el conflicto al mostrarse al servicio de los partidos políticos concretos más que de la causa republicana. Aun así, en *Campo abierto* no existe una crítica hacia quienes se mostraron serviles hacia un punto concreto de la causa, sino que es una consecuencia más de la situación, como podía ocurrir, por ejemplo, con la relación entre las monarquías absolutistas y los pintores de cámara:

¹⁰⁰ “Max Aub nunca fue comunista, pero nunca, tampoco, quiso ser anticomunista. Antifascista comprometido y admirador profundo de Juan Negrín, a quien dedicó una emotiva necrológica, no dudó en colaborar con el Frente Popular y con los comunistas antes de la guerra civil. Ahora bien, ello no basta para que, como ya hemos visto, criticara con sinceridad la falta de libertad en la Unión Soviética o censurara a los militantes comunistas por su dogmatismo y fanatismo” (Aznar Soler, 2003: 39).

¿Es peor escribir una oda a Stalin que fue para Velázquez retratar a los Carlos o a los Felipes? Stalin es hombre de más valor. ¿A qué viene ese hacerse cruces? ¿Has leído algún poeta musulmán, sus dedicatorias, o las de Cervantes o Lope? El arte siempre ha sido servil, a la orden de lo que sea. (1978b: 317).

Y también hace referencia a escenarios y hechos en los que están presentes personajes que realmente intervinieron en la Guerra Civil. Del lado soviético representa a Marcel Rosenberg. En *Campo del Moro* tomó como ejemplo la recepción con que se obsequió al mismo a su llegada a Madrid:

Recuerda a Casado, comandante Jefe de la Escuela Presidencial, en la recepción de Rosenberg [sic], primer embajador de la URSS. En el momento de apearse el embajador se espantó el caballo que montaba y en poco estuvo que no diera con él en tierra o pisara a los curiosos, en la plaza de la Armería, al pie de la gran escalera de Palacio. La Banda rompió a tocar la Internacional. En torno al coche, un grupo de jóvenes comunistas, aplaudía dando vivas a los soviets (1979: 71).

La inserción de personajes procedentes de Rusia que participaron en el enfrentamiento que dio la victoria definitiva a los bolcheviques tras la revolución de 1917 es otro de los temas recurrentes. En *Campo francés* muestra a un ruso zarista que, tras combatir en su juventud y verse obligado a exiliarse por la derrota de su bando, percibe cómo en su madurez desea la vuelta a su país de origen. Con este personaje, el autor no solo muestra a un ciudadano ruso, sino que también señala la sensación de desarraigo y la universalidad que ostenta el exiliado:

EL RUSO BLANCO. (A *Radvany*). Eché a perder mi juventud por querer ser independiente. Yo era un señor y he pasado la mayoría de mis años en la cárcel. No me casé por no tener que dar cuenta a nadie de lo mío. Hice la guerra con Kolchak. Caí prisionero de los bolcheviques. Una noche, no pudiendo más, maté a dos centinelas y escapé. Ahora Rusia ha ido creciendo, y yo sintiendo crecer en mí las ganas de regresar. Aún no lo he pensado bien, pero creo que no me queda más remedio que abrirme las tripas, como un señor. Porque no han querido darme un pasaporte soviético (1982: 121).

Por último, hay que señalar el caso de Arturo Barea. Activo con la II República durante la guerra —es este el argumento del último tomo de la trilogía *La forja de un rebelde*, sus vivencias como censor de prensa extranjera—, expone en *La llama*, como ha señalado Emir Rodríguez Monegal, “una inolvidable estampa del pueblo de Madrid,

rodeado por el ejército rebelde, improvisando su defensa de la misma nada” (*apud* Torres Nebrera, 2010: 11). En su obra se preocupa por cómo algunos dirigentes se vieron influidos por las ideas soviéticas, como le ocurre cuando conoce a algunos de ellos en Barcelona, de quienes señala lo siguiente: “Admiraban a Rusia por su poder, no como una promesa de una nueva sociedad, y su actitud me daba escalofríos. Trataba de ver dónde podía yo encajar en aquella maquinaria y no conseguía más que torturarme” (2010: 497). Pero en uno de los pilares de su novela, la presentación de un gran número de todas las personas que formaron parte de la resistencia del Madrid sitiado, no falta la descripción de dos de los personajes soviéticos más significativos que intervinieron en la contienda. Tomó contacto con el enviado de *Pravda* e *Izvestia* Mijail Kolstov, con quien tuvo una discusión por lo que este consideraba algunos errores en los mecanismos de censura. En él, Barea ve a “un hombre aún joven, de facciones enérgicas, móviles y bien coloreadas, gafas de concha y un tupé de pelos castaños rizados sobre la frente, paseándose de arriba a abajo” (2010: 301), al que, tras explicar la labor que realiza, encuentra “menos molesto (...) satisfecho de que al fin alguien se ocupara de nuestro trabajo” (2010: 302). El otro hombre al que se refiere es el general Vladimir Gorev, que se implicó en la defensa de la capital junto al general Rojo tuvo trato con la pareja que formaban Barea e Ilsa, especialmente con esta última, cuyo trabajo apreciaba, lo que favoreció notablemente a la futura mujer del autor, ya que “había fortalecido su posición precaria, y a la vez había neutralizado la enemistad de algunos comunistas extranjeros que la consideraban indeseable por su actitud crítica y su independencia de ellos” (2010: 367). Como hizo con otros tantos personajes con los que trató a lo largo de su labor como censor de prensa, el autor dejó su descripción sobre el mismo:

El general ruso me perturbaba y me impresionaba. Era rubio, alto y fuerte, con pómulos salientes, los ojos azules fríos, la cara una superficie de calma con una alta tensión debajo de la piel. No se interesaba por las gentes, a no ser que se le forzara a considerarlos como individuos. Y entonces era seco en sus comentarios. Su español era bueno, su inglés excelente; su capacidad de trabajo ilimitada, al parecer. Era muy mirado y correcto en su trato con los oficiales españoles, pero rudo y frío en su discusión de los problemas españoles en las cosas que le atañían, las únicas que tocaba, es decir, militarmente (...) Nunca intentó darnos órdenes, pero se veía que esperaba que sus consejos se siguieran; al mismo tiempo aceptaba una tremenda cantidad de discusión y contradicción de Ilsa, porque, según dijo un día, conocía su trabajo y no era un miembro del Partido. (2010: 367).

2.4. RUSIA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA ACTUAL

El final de la dictadura comunista, tras el fallido intento de la perestroika, y la disolución de la Unión Soviética, con la consecuente independencia para las repúblicas que la componían, transformó a la Federación Rusa en una democracia semipresidencialista en el año 1991, régimen que perdura hasta la actualidad. Con la instauración de la dictadura franquista, la visión de Rusia que imperó hasta 1975 en España fue la del temido enemigo externo. La importancia que tuvo la División Azul, como representante del Nuevo Estado en el frente oriental de la II Guerra Mundial, fue tal a la hora de elaborar una imagen de la URSS que es de recibo que se dedique un bloque en exclusiva para su estudio. Pero, más allá de la denominada por los soviéticos como Gran Guerra Patria, el carácter abiertamente anticomunista del franquismo condicionó la puesta en práctica de una propaganda que demonizó al país y le presentó como el principal adversario del poder concentrado en la persona de Francisco Franco. Este proceso, según ha señalado Xosé Manoel Núñez Seixas, se consolidó desde el inicio de la contienda fratricida:

La defensa de la independencia nacional y de la esencia católica inherente a la propia personalidad de la nación, supuestamente en peligro de desaparecer por los intentos de convertir a España en una “colonia rusa” con el apoyo de traidores internos y la llegada de “agentes internacionales” que propagarían valores antiespañoles, constituían incluso motivos suficientes, a ojos de los intelectuales orgánicos de la rebelión, para justificar el golpe de Estado de julio de 1936 desde un punto de vista moral e incluso *jurídico* (...) Como en 1808, en 1936 también había habido algunos españoles que habían auxiliado a la penetración de ideas extranjerizantes y tropas forasteras. De ahí que el equivalente a los afrancesados de 1808-1812 fuesen ahora los republicanos y comunistas, es decir, los *arrusados* de 1936 (2006: 181 y 245).

Durante el régimen, la visión del *rojo* o del *ruso* respondía tanto a los españoles que se habían adherido a la causa republicana como a los nacidos en la nación de octubre. Si se orilló, por parte de la crítica literaria de la dictadura, a toda la literatura del exilio al menos, “hasta aproximadamente 1966” (Larraz Elorriaga, 2012: 103), habría que preguntarse qué ocurrió con las menciones a los intelectuales exiliados en la Unión Soviética: César M. Arconada, que ha recorrido varias de las páginas anteriores respecto a la relación entre la cultura soviética y la española y “casi olvidado [actualmente] en su patria” (Kharitónova, 2007: 43), no recibió, por parte de las autoridades tiránicas, los

mismos honores que sí le tributó su país de acogida cuando falleció el 10 de marzo de 1964. Mientras que, en España, dos años antes de su muerte era mencionado de manera despectiva, para sus compañeros de la Secretaría de la Dirección de la Unión de Escritores de la URSS y la revista *Literatura soviética* era aquel “hombre de biografía heroica (...) [que] siguió trabajando [hasta el último día]: escribía, traducía, intervenía ante numerosos auditorios. Ni siquiera un minuto dejaba de pensar el escritor en su patria –España–, a la que dedicó sus mejores obras” (*apud* Kharitónova, 2007: 35)¹⁰¹. Mientras que el exiliado republicano en la Unión Soviética –y cualquier otro rincón del mundo– era olvidado o degradado, el tema ruso continuó vivo en la dictadura. Libros y películas daban fe del antibolchevismo que profesaban el dictador y sus secuaces y que formaban parte de la educación política unidireccional del régimen. Desde la *Causa General Instruida por el Ministerio Fiscal sobre la dominación roja en España* de 1940, en la que se dedicó el capítulo noveno a la influencia soviética ejercida sobre el territorio republicano, que calificó tan fuerte que “al final de la guerra, el Gobierno del doctor Negrín es sólo un eco de la voluntad de la Central Comunista” (2008: 349) hasta textos como el firmado por Ernesto Giménez Caballero en 1942 acerca de la masacre de Katyn en plena contienda internacional dan fe de la prolongación de la actividad propagandística antibolchevique de las autoridades del nuevo Estado. En este libreto de no más de medio centenar de páginas, que recoge las crónicas que escribió desde el lugar de los hechos para *ABC*, el autor aprovecha el terrible hecho para compararlo con “Paracuellos del Jarama” (1942: 17) o señalar que “Azaña quiso ser el Lenin español” (1942: 26). Cualquier asociación de Rusia con los perdedores de la Guerra era admitida para señalar al enemigo externo.

Al caer la dictadura, el abanico de posibilidades a la hora de hablar de Rusia aumentó. Además, la caída progresiva del comunismo al otro lado del Telón de Acero, que culminó con el fin de la Unión Soviética, hizo que el tema ruso no perdiera ni un ápice de actualidad. Para la representación del país se ha practicado, en los últimos veinte años y al igual que en el pasado, la fórmula del libro de viajes. Si la revolución fue el gran acontecimiento en 1917 y los años posteriores, la destrucción del polo oriental de la Guerra Fría ha sido el hecho relevante que ha invitado a periodistas e intelectuales a

¹⁰¹ Así lo señala Gonzalo Santonja: “A España apenas llegaba alguna que otra noticia suelta e inconcreta: el *ABC* del 29 de diciembre de 1962 informaba de un homenaje al poeta Alberti, en el que hablaron Ehreburg, Mihael Suslof y «el escritor español, asimismo comunista César Arconada». En otra ocasión tres o cuatro líneas bastan para dar cuenta de una conmemoración cervantina, presidida por Boris Polevov y Arconada. Nada más. Un nombre, un simple nombre que paulatinamente sería olvidado por casi todos” (1982: 18-19).

acercarse a Rusia. El género vino acompañado de toda una serie de ensayos que reflexionaron, desde el ámbito español, de las causas y consecuencias del acontecimiento. Para el periodo 1988-1994, se publicaron títulos como *La Era de Gorbachov: la perestroika* (Fernando Claudín, 1988); *La sonrisa de la “perestroika”*: Gorbachev y el imperio soviético entre la decadencia y la reforma (Mateo Madrideo, 1988); *La URSS y la perestroika desde España* (Javier Tusell, 1988); *Operación Perestroika* (Francisco Equigaray, 1989); *La economía soviética más allá de la perestroika* (Enrique Palazuelos Manso, 1990); *La explosión soviética* (Emilio Attard, 1990); *Gorbachov y el huracán de las libertades* (Emilio Romero, 1990); *Las reformas jurídico-políticas en la URSS (1988-1991)* (Manuel García Álvarez, 1991); *Cómo cambió la URSS: de la perestroika al golpe* (Pere Romero, 1991); *La nueva revolución rusa* (Manuel Castells, 1992); *La disolución de la URSS: una introducción a la crisis terminal del sistema* (Carlos Taibo, 1994) y *La Rusia imposible: Boris Yeltsin, un provinciano en el Kremlin* (Pilar Bonet, 1994). La proliferación en este campo fue mayor que la actividad de los que se han acercado a Rusia en los últimos años. Desde la perspectiva del viaje, el militar y confeso rusófilo Rafael González Crespo ha aprovechado su estrecha relación con el país para relatar los cambios sufridos a raíz del cambio de sistema económico. Su texto, *Cambio hoz y martillo por 4x4 con lunas tintadas* (2013) ya es de por sí bastante significativo. El autor, a pesar de mostrar su satisfacción por el final de la tiranía comunista, siente cierta nostalgia a la hora de valorar los cambios de los últimos años:

Si tuviera que decir una única impresión sería que me gustaba más el Moscú en blanco y negro que el Moscú en technicolor [sic] pero dicho solo como paisaje urbano porque es evidente que esta mágica ciudad acoge a once millones de personas, de almas, mas [sic] cuatro o cinco de población flotante, yo he sido uno de los cuatro o cinco... millones aunque no he flotado..., que hoy son más libres, más alegres y más abiertos que nunca, que no es bueno recordar un mal pasado, que esta gente ha sufrido mucho sin ni siquiera poderse fiar del vecino y que tiene y tenía el derecho a vivir en libertad, lo cual no quiere decir que no tengan dificultades cotidianas como en todo el mundo pero podrán decidir por ellos mismos el cómo acertar y si se equivocan también ellos serán libres en el error (2013: 157).

Aunque este libro es interesante por su contenido, no llega a tener la importancia de los escritos por dos intelectuales españoles que se han trasladado a Rusia en diferentes momentos de la historia reciente y han dejado sus impresiones por escrito. Los nombres que destacan dentro del género son Montserrat Roig y Manuel Leguineche. Cuando se

habla de estos libros, hay que señalar que en ellos no se desarrolla la clásica narración que realizaron el duque de Liria, Juan Valera o los desencantados y escépticos de la primera mitad del siglo XX: se trata de viajes que mezclan la experiencia personal con un profundo conocimiento histórico y literario de Rusia. En ocasiones, estos escritores ven lo que desean contemplar en lugar de lo que tienen delante de sus ojos. El recorrido no es solo físico o visual, sino que se ve impregnado de la concepción que a lo largo de sus trayectorias vitales han desarrollado acerca de Rusia. Incluso, en el caso de Montserrat Roig, el viaje sirvió para que se dispersaran “mis prejuicios, que eran muchos” (1985: 13). En definitiva, la combinación de realidad, literatura y pasado es la característica principal en esta serie de textos. Esta selección de nombres trata diversas temáticas en sus trabajos que conforman, vistos de manera conjunta, una visión global del país: la primera autora se centra en su relación con la ciudad de Leningrado y el segundo aprovecha un viaje para atravesar, al mismo tiempo que la nación, el desarrollo histórico de Rusia. Montserrat Roig fue invitada en 1980 por la editorial Progreso “con el fin de dejar una huella escrita de los testimonios de los habitantes de la ciudad de San Petersburgo, entonces Leningrado, que sobrevivieron al bloqueo al que durante casi tres años fue sometida la ciudad” (Dupláa, 1996: 60). De esta experiencia surgieron *Mi viaje al bloqueo* (1982) y *L’agulla daurada* (1985). Como este último es una “segunda versión del anterior texto (...) un resumen de *Mi viaje al bloqueo*” del que habría que destacar “la intertextualidad” (Dupláa, 1996: 63) más que la experiencia rusa, se hace necesario centrarse en el primero de los libros, el que surgió tras el encargo soviético. Es probable que Montserrat Roig publicase *La aguja dorada* como versión catalana/española del libro que editó Progreso en Moscú, ya que este no había visto la luz en España. Lo hizo en el año 2001, ya de manera póstuma, en Plaza & Janés. Precisamente, en el prólogo a esta edición, Rosa Montero ha escrito lo siguiente respecto a lo planteado:

Recuerdo que Montserrat me dijo que había tenido problemas con el manuscrito; que los de Progreso no querían que apareciera nada “desagradable”. Los habitantes de Leningrado tenían que ser retratados en toda su gloria heroica. Y sí, muchos fueron héroes, pero otros no, como siempre sucede cuando tratamos con humanos. Montserrat introdujo alguno de esos testimonios negativos, como el estremecedor relato de Igor, el niño rechazado por su madre, pero tuvo que usar todas sus dotes diplomáticas para evitar que la censuraran. Tres años después de hacer ese texto para Progreso, Montserrat publicó en España *La aguja dorada*, un precioso libro sobre aquel viaje a Leningrado. Escrita sin cortapisas de censura, la obra es obviamente

mucho más burlona, más distanciada y más crítica con el régimen soviético (2001: 13-14).

En este texto, Montserrat Roig realiza un viaje histórico en el lugar de los hechos. En él, a través de los testimonios de los supervivientes al asedio en Leningrado –por la fecha de su viaje no debió tener dificultades para coincidir con una alta cantidad de ellos– conoce qué ocurrió durante aquellos casi tres años. Pero, a los resultados de las entrevistas, añade su experiencia personal, que resulta de la recreación de los hechos. Ella traslada el 22 de junio de 1980, día que pasa en la ciudad, al sucedido en 1941, cuando comenzó la invasión de la Unión Soviética por parte de las tropas hitlerianas:

Recuerdo especialmente el 22 de junio de mi estancia en Leningrado. Me dejé llevar por la multitud que llenaba las calles y los jardines. Recuerdo el césped de los parterres, los adoquines de las calles, los bancos, los alféizares de las ventanas llenos de polen. Todo estaba impregnado del polvo que desprenden los álamos en primavera. Como una lluvia blanca que lo inunda todo. Era un día claro, luminoso, de luz norteña, más suave que la hiriente del cielo mediterráneo (...) Era domingo, como hacía treinta y nueve años. El 22 de junio de 1941 fue un día de cielo límpido, sin una sola nube (2001: 33).

En el relato de Montserrat Roig sobresale el tono heroico propio de la ciudad que resiste, pero también influenciado por el carácter propagandístico que tenía el encargo del libro. La autora destaca cómo “los habitantes de Leningrado estaban dispuestos a batirse palmo a palmo, casa por casa, decididos a construir una gran muralla, física y mora, frente a las tropas nazis” puesto que “nunca se conformaron con la idea de que su ciudad podía ser entregada” (2001: 53-54). La lucha se narra como una nueva representación del combate entre David y Goliat: el moderno y arrollador Ejército alemán no fue capaz de acabar con la famélica legión de Leningrado. Roig narra la perfecta organización de las muchachas del Konsomol, “que visitaban durante el terrible invierno las casas heladas de los bloqueados para encender las pequeñas estufas (burguesita), para recoger los cadáveres, aliviar a los enfermos, salvar a los niños que se habían quedado sin padres” o que “cuando empezó a funcionar el correo, llevaban cartas a las casas porque sabían que tener noticias de los seres queridos significaba un gramo más de moral en la lucha por la supervivencia” (2001: 74). Evidentemente, tiene conocimiento de estos datos a través de los ciudadanos cercados. En el libro, ellos tienen nombre y apellido, son gente anónima –aunque siempre quedará la sospecha del grado de preparación de las entrevistas por parte del Estado dictatorial–. Las descripciones de los testigos, víctimas del horror nazi,

acompañan el relato de la escritora. Acompaña gran parte de su texto el relato de Raísa Lvóvskaya, que durante la guerra no tenía más de catorce años. Ella le sirve como guía de la generación que vio interrumpida su juventud con la guerra. Pero contar lo vivido, a pesar del paso de los años, no es fácil para ella: “Dormí muy mal la pasada noche –me dijo [Raísa]–. Cuando supe que venías, empecé a recordar” (2001: 34). También aparece un pintor, que tiene la imagen del primer invierno, aquel que fue “apocalíptico, por el frío, por su rigor, por su terrible belleza” (2001: 131). Pero la autora no elude, como materia narrativa, la fuente que supone *El libro del Bloqueo* (Alexander Adamovich y Daniil Granin, 1979) que recoge diversos testimonios de los supervivientes del mismo. Un trabajo a gran escala del que ella realiza durante su estancia¹⁰². Esto le sirve para contar la trágica historia del pequeño Igor, que como ya se ha visto pudo ser motivo de algún litigio de la autora con el régimen soviético:

Lo cuenta María Mashkova en *El libro del Bloqueo*: «Entre los niños con los que me tenía que ir, estaba Igor, un niño extraordinario. Le pregunté. “Igor, ¿qué te ocurre? “Mi madre me ha expulsado de casa, mamá me ha dicho que no me va a dar ningún otro trozo de pan.” “Pero, ¿qué pasa? ¡Esto no puede ser!” El niño se encontraba en un estado lamentable, tuve que subir hasta el quinto piso y casi le introduje a rastras (...) Igor tenía un aspecto horrible, daba mucha lástima, y repetía sin parar: “No juzgo a mi madre, actuó correctamente, el culpable soy yo por haber perdido la cartilla de racionamiento.” Le dije que lo iba a mandar a la escuela y mi hijo me susurró: “Mamá, dale lo que traigo del jardín de infancia.” Le di de comer y luego nos fuimos a la calle Chéjov. Entramos en la habitación, había mucha porquería. Allí yacía aquella mujer distrófica y destruida. Al ver a su hijo, se puso a gritar: “Igor, ya te he dicho que no te doy ni un trozo de pan, ¡vete de aquí!” La habitación estaba impregnada de un aire enrarecido, porquería y oscuridad. Yo le dije: “Pero, ¿qué es lo que hace? Si solamente quedan tres o cuatro días y luego irá a la escuela y se recobrará...” Y ella gritaba: “Nada, ¡no le daré nada! Usted está de pie y yo ya no me puedo levantar... Estoy en la cama, tengo hambre...” Y así fue cómo una madre buena se convirtió en una terrible fiera... Pero Igor no se quiso ir, se quedó con ella y más tarde me enteré que había muerto.

» Me la encontré [a la madre] al cabo de unos años. Era una mujer risueña, con el aspecto saludable, me vio y se abalanzó sobre mí chillando: “¿Qué es lo que hice?” Y yo le contesté: “¿A qué vamos ahora a hablar de todo esto?” Y ella me dijo: “No, no puedo más, todos mis pensamientos están con él.” Y al cabo de un tiempo, la mujer acabó con su vida.» (2001: 187-188).

¹⁰² En referencia a esta obra, puede verse el documental *Leyendo el libro del bloqueo* (dir. Aleksandr Sokurov, 2009).

Y, para finalizar, dos apuntes más acerca del viaje al pasado de Roig. El primero de ellos es el inevitable encuentro entre los españoles evacuados y exiliados en Rusia que combatieron en el Ejército soviético y las tropas de la División Azul. De un lado estaban algo más de un centenar, de los cuales “la mayoría eran adolescentes” y entre los que “perecieron cincuenta (...) [incluida] María Pardano, a quien se le concedió póstumamente la Orden de Lenin” (2001: 80). Del otro, “estaban los soldados de la División Azul, que habían marchado hacia Rusia enaltecidos por la propaganda del nuevo orden hitleriano”, por el que muchos de ellos “desaparecerían bajo la tierra negra y calcinada de Púlkovo y Kólpino, de Pushkin y Gátchina” (2001: 80). El segundo es la imposibilidad, aún a sabiendas de que sucedió, de representar la degradación del espacio de Leningrado. El recurso fácil para la autora habría sido recoger los elementos del inicio de su relato y transformar la primavera en el crudo invierno. Pero, como ella reconoce, retratar el horror es algo prácticamente improbable para quien no lo ha vivido. Sirven estas palabras, en cierto modo, como resumen y sentido de su texto, ya que es un libro que escribe ella, pero que también escribe a raíz de otros. Se trata de un viaje que en apariencia realiza en soledad, pero que en el que se ve acompañada de todos los habitantes del Leningrado pasado y presente:

Es difícil tener una idea justa de cómo debía ser Leningrado durante el bloqueo. Reconstruir palmo a palmo el escenario de la ciudad asediada durante las Noches Blancas, cuando los edificios parecen de cristal, pasear por el Campo de Marte y, mientras unos novios colocan flores ante la llama eterna en memoria de los héroes de la Revolución, trasladar tu memoria no vivida a aquella plaza-jardín que durante el cerco estuvo sembrada de trincheras y, más tarde, durante los peores tiempos del hambre, inundada de pequeños huertos de col y patata... O pensar cómo debía estar el Jinete de Bronce, la famosa estatua de Pedro I, cubierta por las tablas y los sacos de arena (2001: 90).

Y el segundo de los nombres a destacar es el de Manuel Leguineche. El periodista e inagotable viajero había publicado *La primavera del Este 1917-1990: la caída del comunismo en la otra Europa* (1990), un ensayo de actualidad que apareció en el lapso de tiempo que transcurrió entre la reunificación alemana y el fin de la Unión Soviética. La fecha es destacable ya que, mientras el área de influencia soviética había caído en su práctica totalidad –faltaba por descubrirse el fatal desenlace yugoslavo–, Rusia aguantaba los vaivenes de la *perestroika* y la *glásnot*. En este texto ya vaticina el autor lo inevitable:

La descomposición de la praxis marxista-leninista parece inevitable. Mijaíl Gorbachov le pedirá al presidente de la Internacional Socialista, Brandt, que le ayude (en palabras de Régis Debray) a “encontrar el método y la forma de rejuvenecer el socialismo”. Para algunos, es una misión tan imposible como dar con la piedra filosofal (1990: 377).

Pero su texto de viaje es *Madre Volga* (2003). Como puede intuirse, el autor realiza su periplo a través de Rusia con el río Volga como hilo conductor. La travesía sirve para que el autor observe ciudades como “el Moscú desarreglado, que se caía a cachos, de tantas paredes desconchadas y fachadas resquebrajadas” en el que “salientes, voladizos, alféizares y cornisas aparecían rotos, dislocados” (2003: 20) o Novgorod, que “se yergue en el punto en el que el Voljov desemboca en el lago Ilmen, regado con la sangre de los divisionarios españoles” (2003: 181). También se refiere a tópicos como “el *general Invierno*, [que] ponía a la Rusia selvática a resguardo de las invasiones” (2003: 27) o el abundante consumo de alcohol: “Dicen que los rusos beben para olvidarse de sí mismos. Si beben dentro, creo que más lo hacen fuera. El vodka, la bebida nacional, es una especie de bandera, un salvavidas para las horas de tristeza” (2003: 145). Y no faltan, durante todo el texto, las constantes referencias literarias, que comienzan con el nombre del barco por el que navega por el Volga, el *Sergei Esenin*, “que escribía poemas mientras triscaba su ganado en las verdes praderas de la región. Fue el primer suicida de la revolución de Octubre” (2003: 109). Asimismo, no es casualidad que hable del “apacible Don” o, a la inversa, “del Don apacible” (2003: 29 y 126) en referencia a la obra de Mijaíl Shólojov. Tolstói, Dostoievski, Chejov, Gorki o Pasternak se intercalan en las páginas de su obra, en las que no todo son referencias al imaginario ruso del periodista. También hay lugar para la descripción de aquello que pasa por sus ojos. Muestra, en este sentido, a la ciudad de Riazán como radiografía de lo que es la nueva Rusia:

Riazán: camiones-tienda estacionados en las calles y plazas desde los que venden de todo, desde zapatos a hortalizas. Rusia como un inmenso mercado persa. Iglesias de aspecto portugués, rojos, fucsias, molduras color pastel, como las de Salvador de Bahía, en Brasil. Soldados de uniformes pardos de paseo por los parques, muchachas de falda corta y medias con dibujos geométricos y vestidas con ropas de segunda mano traídas de Hungría o de España. Todo exuda un aire de ciudad provinciana (2003: 81).

Y, dentro de la combinación entre libro de viajes y escritura personal acerca de Rusia, trata un interesante tema Manuel Leguineche: la interacción de sus compatriotas en el país que él describe durante el pasado. En esta línea, al referirse a Catalina la Grande,

se acuerda, de manera anacrónica –no es un error, puesto que él lo señala–, del literato Juan Valera:

A buen seguro que de haber vivido Juan Valera en tiempos de Catalina, hubiera aspirado a sus favores. Al escritor y diplomático cordobés le tocó vivir en San Petersburgo un siglo más tarde como secretario de la misión del duque de Osuna en la corte de Alejandro II. No se fue de vacío. En el frío estepario de San Petersburgo, Valera, autor de unas cartas refinadas, de un agudo sentido de la observación, echaba de menos el calor de su Cabra natal y la temperatura de sus tertulias madrileñas. El ambiente mundano de la capital de la corte, sus continuas conquistas amorosas, le resarcían de los rigores del clima. Todo un atleta sexual, un donjuán que, dadas sus artes amatorias, hubiera seducido a la emperatriz culta, lectora de Montesquieu, Denis Diderot y los enciclopedistas con los que se carteaba (2003: 263).

Tampoco se olvida de la historia más próxima y relata la percepción que los “niños de la guerra” tenían de Dolores Ibárruri “Pasionaria”, que se exilió a la Unión Soviética al finalizar la Guerra Civil. Para unos se había convertido en una referencia de su salvación, pero para otros fue un impedimento para su regreso a España:

Pasionaria era muy querida por algunos comunistas españoles refugiados en la URSS, pero discutida por otros. *Stavnja* la llamaban estos últimos, la vieja bruja. La acusaban de haberse ocupado más de Stalin que de ellos y de obstaculizar la repatriación a la España de Franco. Otros aseguran que logró del Líder de Acero que a los niños de la guerra (unos 4.000 fueron evacuados a la URSS) no los alistaran como combatientes (2003: 170).

Al mismo tiempo, la nación se ha convertido en un atractivo tema para los novelistas: las posibilidades de indagar en el pasado ruso a través de la novela histórica, con diferentes marcos que viran desde el zarismo, pasan por los tiempos revolucionarios y llegan hasta la época actual, permiten al escritor deslocalizar los escenarios habituales y aprovechar la lejanía y el exotismo del país para contextualizar sus textos. El zarismo puede contemplarse en *El caballero de San Petersburgo* (2014), de la escritora cubana Mayra Montero. Aunque se trate del ámbito hispanoamericano, su distribución por la editorial Tusquets ha facilitado su introducción en el mercado español. En el camino entre el zarismo y la revolución está *El testigo invisible* (Carmen Posadas, 2013) y en exclusiva con la época soviética como trasfondo *La revolución secreta* (Claudio Cedrán, 2014) y *El último paraíso* (Antonio Garrido, 2015). Al poeta Vladimir Maiakovski, uno de los personajes más activos en el ámbito cultural revolucionario, ha dedicado Juan Bonilla

Prohibido entrar sin pantalones (2013). Del sistema represivo resultante del sistema soviético han aparecido en el ámbito hispano *La noche de Valia* (Monika Zgustova, 2013) y *Una pasión rusa* (Reyes Monforte, 2015). Y una visión global de Rusia dentro del género negro, desde la revolución hasta la presencia de la mafia rusa en España aparece en *Un millón de gotas* (2014), de Víctor del Árbol. De todas las oportunidades en las que se menciona a Rusia en la actualidad es la delincuencia de este grupo el aspecto novedoso y actual en el que se basan varios textos. El ejemplo más reciente es *El detective de la mafia* (2014), de Fernando S. Llobera y, si se tiene en cuenta la contextualización en España de una narración acerca de la mafia rusa, *La ignorancia de la sangre* (2009), del británico Robert Wilson es un ejemplo del uso de esta temática como materia narrativa. La ubicación del personaje venido del Este como perpetrador de diferentes crímenes es una tendencia que puede apreciarse, dentro del género negro, en zonas geográficas en las que goza de buena salud como la nórdica. Es el caso en Finlandia de *El hombre con cara de asesino* (Matti Rönka, 2013) y *Vatanescu y la liebre* (Tuomas Kyrö, 2014) o en Noruega de *Fantasma* (2013), noveno libro de la saga de Harry Hole de Jo Nesbø. De manera secundaria, esta cuestión puede observarse en *El alquimista impaciente* (2000), de Lorenzo Silva. El autor, que ya se había referido anteriormente en otro de sus títulos – *La flaqueza del bolchevique* (1997)– a Rusia para una novela que remite a *Lolita* (1955) del escritor ruso aunque nacionalizado estadounidense Vladimir Nabokov, sitúa en su segunda *novela benemérita* como una de las víctimas a una prostituta bielorrusa y a un mafioso ruso como colaborador de los agentes de la ley¹⁰³. En ella se contempla cómo la nacionalidad rusa, tras la ruptura del bloque soviético, da como resultado una amalgama de países indistinguibles los unos de los otros. Así se ve cuando es referida la nacionalidad de la chica muerta: “Ni siquiera te creas que el hecho de ser rusa ayuda mucho. Para empezar, vete a saber qué era en realidad. Rusa, ucraniana, estonia, letona, lituana,

¹⁰³ A pesar de que *La flaqueza del bolchevique* no es una novela de tema ruso, sí que existen ciertas referencias en la misma que remiten al título y a un hecho concreto de la revolución al que alude en varias ocasiones su narrador: “Como todos, tengo mi lado revolucionario y me resulta algo engorroso alabar los genocidios alentados o consentidos por los zares en su capricho de forjar un imperio. Conviene apuntarlo para que no se confunda lo que diré a continuación: de toda la Revolución Rusa, nada me afecta como la flaqueza de ese bolchevique entregado a su inmunda pasión por la hija del tirano. Acaso nunca hubo tal bolchevique, y es indiscutible que aquella revuelta fue la culminación épica de una poderosa creencia. (...) Contemplo la lejana imagen de Olga junto a sus hermanas, todas destinadas al suplicio (al menos el moral es seguro) y al patíbulo. Quién me iba a decir a mí, cuando todo lo que acabo de escribir eran nada más que chorradas para distraer las tardes de domingo, que yo también habría de experimentar la remordida flaqueza del bolchevique” (2014: 70-71).

bielorrusa, eslovaca, checa, polaca, búlgara... Sólo son algunas de las posibilidades que ofrece el mercado” (2008: 81). El ruso ha pasado de ser el personaje amigo o enemigo – según quien escribiera– que ocupaba un papel de centralidad a convertirse en un ser sin una definición concreta del cual se desconoce hasta su procedencia concreta. La situación exacta al Este de Europa de la ansiada esperanza o la temida degeneración de la que hablaban los españoles varias décadas atrás es ahora un desconocido puzle de repúblicas inconexas. Y del mismo modo, su espacio geográfico y arquitectónico descrito con pulcritud en páginas anteriores se transforma, en esta misma novela, en un ejercicio *kitsch* de imposible realización. El Kremlin de Moscú se ha trasladado en la actualidad a una discoteca de la noche malagueña:

Con aquello en el estómago, hicimos una primera incursión exploratoria por los alrededores de Rasputín. El local era una construcción independiente, encalada y de aspecto moruno, a la que algún decorador con el gusto gravemente tullido había sugerido plantarle encima unas cúpulas de colores en forma de bulbo, a la usanza rusa. La palabra *Rasputín* campeaba sobre la fachada en un estridente neón fucsia, aureolado de rojo y rodeado de intermitencias amarillas (2008: 116).

BLOQUE II: APROXIMACIÓN
HISTORIOGRÁFICA A LA DIVISIÓN
AZUL

3. EL ENEMIGO EXTERNO: LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LA FORMACIÓN DE LA DIVISIÓN AZUL

3.1. LA DIVISIÓN AZUL: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN HISTORIOGRÁFICA

La División Española de Voluntarios, conocida como la División Azul, fue la representación del gobierno franquista en el frente oriental de la II Guerra Mundial, en el que luchó contra la Unión Soviética como miembro de la *Wehrmacht*. El viaje de cerca de 45.000 hombres a las antípodas del continente, donde el final de Europa y el comienzo de Asia es solo una línea artificial, ha generado una importante cantidad de bibliografía que, hoy en día, mantiene vivo el interés por el tema. Si un rasgo sobresale en la historiografía del grupo, aunque se haya abandonado parcialmente en los últimos años, es el carácter laudatorio de varios de sus textos. Su significado político y la admiración, en algunas ocasiones a destiempo, de quienes se han acercado a ella han podido devaluar los resultados finales. Evidentemente, no todas las obras se encuadran en esta tendencia y en varias puede hallarse el rigor crítico y sin partidismos que exige cualquier estudio histórico. Los que aquí siguen han venido a renovar el primitivo de Kleinfeld y Tambs (1983), ciertamente complaciente y publicado originalmente en inglés¹⁰⁴. La monografía de Xavier Moreno Juliá (2005) se ha convertido en la referencia principal para conocer cada uno de los pasos de la unidad desde su creación hasta el regreso. El autor ha complementado su labor con una publicación acerca de las relaciones entre Franco y Hitler (2007), en el que reproduce abundantes y valiosos documentos de ambos gobiernos y un reciente libro dedicado a la Legión Española de Voluntarios (2014). Para suplir las pocas carencias de sus trabajos y como añadidura de otras percepciones existe el auxilio de José Luis Rodríguez Jiménez (2007), Jorge M. Reverte (2011) y Xosé Manoel Núñez Seixas (2007 y 2016). Mientras que el primero complementa la labor de aquel y renueva sus investigaciones acerca del franquismo (2000 y 2002), el segundo es un libro que se acerca más al ensayo histórico. Esta condición no le quita méritos y huye del elogio gratuito de la División: Reverte ejerce de abogado del diablo, sin criminalizar a los divisionarios –su padre, miembro del bando republicano durante la Guerra Civil, fue voluntario en Rusia– pero sin pudor para observar a quienes formaron parte del Ejército nazi y las implicaciones que este hecho tenía. Y el tercero ha dedicado el primero de sus volúmenes a una panorámica, más allá de la participación española, de la guerra entre

¹⁰⁴ La edición referida es la siguiente: KLEINFELD G. R. Y L. A. TAMBS (1979). *Hitler's Spanish Legion: The Blue Division in Russia*. Carbondale: Southern Illinois University Press.

Alemania y la Unión Soviética mientras que el segundo, de reciente publicación, se centra en los testimonios de los divisionarios a través de sus libros de memorias, novelas y correspondencia –de ahí su importancia a la hora de hablar sobre ello más abajo– y es la recopilación de los artículos que ha publicado en diversas revistas a lo largo de la última década¹⁰⁵. A esta selección hay que añadir los estudios de carácter regional y provincial que, si bien en la base teórica no aportan nuevos datos relevantes, si inciden en ámbitos más estrictos y que incluso pueden llegar a ser más cercanos para el lector interesado en completar el conocimiento sobre la historia de las zonas geográficas a las que están dedicados¹⁰⁶.

En cambio, otros autores se han centrado en realizar ejercicios hagiográficos de la División Azul: de hace tres décadas es el del pro-nazi Saint-Loup (1980), aparecido primero en francés¹⁰⁷. En el periodo actual, y tras la aprobación de Ley de la Memoria Histórica en el año 2007, un sector de historiadores ha emprendido el camino de lo que se ha venido a denominar como “la otra memoria”¹⁰⁸. En este sentido, editoriales identificadas con posicionamientos políticos de derechas han publicitado en sus colecciones un importante número de obras cuyos temas de estudio se centran en la II República, la Guerra Civil y la II Guerra Mundial:

¹⁰⁵ Los artículos aparecidos en diversas revistas desde hace más de una década y que han sido recopilados por el autor son, principalmente: 2005a, 2005b, 2009, 2011 y 2013.

¹⁰⁶ Por orden cronológico, las referencias son los siguientes: Baleares (Negreira, 1991); Lérida (en catalán; Agustí Roca, 2003); Extremadura (Gracera e Infantes, 2007); Huelva –dividido en tres partes, sirve como estudio previo para narrar las memorias de su padre, divisionario de la localidad de Aracena que llegó a permanecer preso en el Gulag– (Pérez Maestre, 2008); Toledo (López-Covarrubias, 2012); Cantabria (Puente Fernández, 2012); Aragón (Palacio Pilacés, 2013) –dedicado a la presencia de españoles en la Unión Soviética, tiene en cuenta también a los exiliados republicanos– y Cáceres (Escribano Bartlett, 2014). Apenas dos decenas de páginas sobre la División Azul pueden contarse en la obra de López Villatoro (2012) dedicada a la Falange en la provincia de Córdoba entre los años 1933 y 1945.

¹⁰⁷ La edición referida es la siguiente: SAINT-LOUP (1978). *La División Azul: Croisade espagnole de Leningrad au Goulag*. Paris: Presses de la Cité.

¹⁰⁸ La conocida como “la otra memoria” es un término significativo por su perversión: en realidad, “la otra memoria” sería aquella que, reprimida durante la dictadura –es decir, la memoria de las víctimas–, se ha recuperado poco a poco desde la instauración de la democracia y, con especial énfasis, en los últimos veinte años. En cambio, la memoria que reclama este sector es aquella que impuesta durante el franquismo ya que, como señala Primo Levi, “el vencedor es dueño también de la verdad, puede manipularla como quiere” (1989: 13). Alfonso Bullón de Mendoza, uno de los representantes de este colectivo, ha escrito lo siguiente: “Que desde el poder se impulse una determinada concepción histórica es algo que no puede menos que preocupar a los historiadores. La Historia no puede hacerse seleccionando los hechos que políticamente interesan al poder y olvidando el resto. Y por eso, a la hora de decidir la temática de nuestro III Congreso Internacional sobre la República y la Guerra Civil optamos por consagrarlo al recuerdo de la Otra Memoria. No tratamos con ello, como algunos políticos, de presentar una historia de buenos y malos, sino de recordar que el conflicto fratricida que enfrentó a los españoles entre 1936 y 1939 se aleja enormemente de la simplicidad monocorde” (2011: 15). Los mismos errores atribuidos a quienes representarían, bajo su concepción, los miembros del polo opuesto al que defiende, son en los que cae este autor al promover este tipo de publicaciones.

Tras la muerte del general Franco, en 1975, se añadió una nueva y paradójica motivación para alentar la continuidad de la publicística divisionaria: el reivindicar el *ejemplo* de la DA para el falangismo más o menos *revolucionario* e inconformista, pero asimismo como un ejemplo a seguir para las nuevas generaciones de la extrema derecha española, desorientada ante el éxito de la Transición y consolidación democrática en España y ante su propia debilidad electoral. Las publicaciones de memorias de antiguos combatientes serán alentadas, sobre todo, por algunas editoriales marginales –como las ediciones García Hispán, propiedad de un ex-militante de la organización neonazi CEDADE– y algunos jóvenes historiadores adictos al revisionismo historiográfico del Holocausto nazi, que igualmente estaban vinculados con las diversas tendencias de construir alternativas políticas de extrema derecha que superasen los esquemas ideológicos tardofranquistas, intentando una «vuelta a los orígenes» del fascismo español. Esa búsqueda de un futuro en el pasado tendría su reflejo épico en el recuerdo de la DA. Recuerdo que constituía asimismo un motivo predilecto del minoritario neonazismo español, por causas obvias (Núñez Seixas, 2005a: 95-96).

Actas, Barbarroja y García Hispán han sido las principales responsables de seguir esta tendencia¹⁰⁹. Jordi Gracia ha expuesto, para el caso de la primera en el ámbito de la literatura y que puede extenderse a la historia, la siguiente problemática: a la hora de acercarse académicamente al franquismo habría que distinguir entre la labor académica y la recuperación propagandística de tendencias que debieron encontrar su punto final al terminar la dictadura. Para el autor, que el estudioso Domingo Ródenas –experto en la Edad de Plata– se acerque a la literatura falangista para “averiguar las convergencias de vanguardia y fascismo (...) forma parte natural de su curiosidad por aquel mundo y en

¹⁰⁹ Véase, para García Hispán, la colección dedicada en exclusiva a la División Azul en la que pueden hallarse los títulos como *Breves notas sobre la División Azul* (José Antonio Vidal y Gadea, 1991); *La bolsa del Voljov* (Juan Negreira, 1991); *Berlín a vida o muerte* (Miguel Ezquerro, 1999); *División Azul: las “batallitas” de mi abuelo* (Miguel Martínez-Mena, 1991); *Generación puente* (Manuel Álvarez de Sotomayor Gil de Montes, 1991); *La Guardia Civil en la División Azul* (José García Hispán, 1991); *Impresiones: centinela junto al Ilmen* (Ramón Farré Palaus, 1991) u *Otra vez en Grafenwöhr* (Pablo Castello Villaoz, 1991). Datos extraídos de la base de datos del ISBN <http://www.mcu.es/webISBN/coleccionLista.do?action=busquedaInicial&sidColeccion=6359&norden=0&POS=0&MAX=50&TOTAL=0&noValidating=true&prev_layout=busquedaisbn&layout=busquedaisbn&language=es> (en línea; fecha de consulta: 20 de julio de 2016). Y, para el caso de Barbarroja, cuyo nombre ya de por sí es significativo, el listado de títulos que ofrece su catálogo en relación con el revisionismo y la División Azul: *A las órdenes de vucencia: autobiografía del intérprete de los generales Muñoz Grandes y Esteban-Infantes* (Juan Ackermann Hanisch, 1993); *Los prisioneros de la División Azul: españoles en el Gulag* (Fernando Vadillo, 1996); *Historia de la división azul* (Enrique de la Vega Viguera, 1999); *El espíritu de la División Azul, Possad* (José Viladot Fargas, 2000); *Más que unas memorias, hasta Leningrado con la División Azul* (Vicente Linares Fernández, 2000). A estos se unen los citados en la bibliografía Caballero e Ibáñez (1989). Por continuar este listado, pueden hallarse también títulos del ámbito internacional de la II Guerra Mundial como *Mi camino de Santiago* (Léon Degrelle, 1996) o *Léon Degrelle y el rexismo* (Léon Degrelle y Erik Norling, 2005). Datos extraídos de la base de datos del ISBN <http://www.mcu.es/webISBN/editorialTituloSearch.do?prev_layout=busquedaisbn&noValidating=true&layout=busquedaisbn&sidEditorial=10116&language=es&TOTAL=52&POS=50&MAX=50&action=Anterior> (en línea; fecha de consulta: 20 de julio de 2016).

nada define una actitud política ni una vigilancia policial (ni una identidad literaria)” (2006: 88). Del mismo modo, ha considerado al afamado *Las armas y las letras* (1994) de Andrés Trapiello como “un importante salto cualitativo y (...) un indicio más de la interiorización plena del pasado, que es el único modo en que una democracia puede saludablemente mirarse a sí misma” (2006: 89). Estos dos ejemplos no tienen nada que ver con la labor que se realiza desde la citada editorial:

Pero exactamente lo contrario sucede con quienes impulsan la editorial Actas, de Madrid. Allí late una nostalgia política o una afinidad ideológica con el falangismo que es tan expresiva de la normalización de la literatura fascista como la actitud de Ródenas (aunque sea justamente la contraria). En Actas reeditan con prólogos y estudian con atención las novelas de los falangistas más tozudos, como el novelista Rafael García Serrano y *La fiel infantería* (2004), o reimprimen los testimonios de combatientes de la División azul, como el de Antonio José Hernández Navarro, *Ida y vuelta* (2004), con voluntad rehabilitadora de su memoria (2006: 88-89).

Este caso, presentado desde los campos de la literatura y la historia, en los que existe esta similitud, sirve para observar la presencia del recuerdo divisionario con intenciones puramente publicistas que huyen del rigor para centrarse en la promoción de una empresa que, con todos los matices que pueden observarse más abajo, conservó su carácter fascista incluso hasta después de su disolución. El interés por la memoria divisionaria partidista se conserva hoy en día más allá del ámbito académico o del historiador aficionado en los ya mencionados boletines que de manera periódica editan las diferentes Hermandades de la División Azul, en los que abundan los testimonios y los ensayos acerca del grupo. Pero esta Guerra Civil *historiográfica*, como cualquier contienda, tiene dos trincheras. Desde los representantes de “la otra memoria” también se han realizado valoraciones de los trabajos que han publicado sus contrincantes académicos. Así ha hablado Carlos Caballero Jurado acerca del libro sobre la División Azul de José Luis Rodríguez Jiménez:

La muy bien organizada ofensiva propagandística en torno a la “recuperación de la Memoria Histórica” ha acabado generando un cierto ambiente intelectual en el que parece que solo el bando franquista cometió atropellos y violencias durante la Guerra Civil, así como que prácticamente todos los habitantes de España estuvieron sometidos en la postguerra a un régimen de terror y humillación por el franquismo. Tener en cuenta la violencia política ejercida, y con auténticos rasgos de terror de masas, por el Frente Popular es un elemento que desaparece en los análisis de ciertos autores cuando se habla

de los motivos de los divisionarios. El caso más llamativo es, quizá, el de José Luis Rodríguez Jiménez, autor de una obra titulada *De héroes e indeseables. La División Azul*. El libro, plagado de errores e insidias, pretende sugerir que una gran parte de los divisionarios lo fueron contra su voluntad, pues se vieron reclutados a la fuerza en los cuarteles; aún más, según este autor habría entre ellos un elevado número de antiguos frentepopulistas deseosos de desertar. Así, la División Azul habría estado compuesta en gran medida por personas a quienes sus mismos mandos etiquetaban de “indeseables”. Tan disparatada tesis ha sido expuesta de forma aún más descarnada por el mismo autor en comunicaciones y artículos (2011: 806-807).

A pesar de lo aquí expuesto, no todos los autores son siempre tan imprescindibles y, ni mucho menos, la totalidad de los libros publicados por estas editoriales deben quedarse en segundo plano. Corresponden a esta tendencia, además del libro de Moreno Juliá (2014) acerca de la Legión Azul, los dedicados a los capellanes que acompañaron a la División Azul de Pablo Sagarra (2012) o la panorámica sobre el servicio de sanidad de Juan Manuel Poyato (2015), ambos en Actas.

Y, para finalizar, como el tiempo no solo corría en la Unión Soviética y la División Azul no se gestó de un día para otro, el estudio de Javier Tusell (1995) –y en menor medida el de Stanley G. Payne (2008), deudor del anterior– ha sido la base de los subapartados dedicados a las relaciones exteriores entre España y Alemania para los años 1939 y 1941 y el conocimiento de la política interna del régimen durante los años de la II Guerra Mundial. A estas monografías hay que añadir las publicadas por Manuel Ros Agudo (2002 y 2008) para conocer los deseos imperialistas que Franco intentaba calmar mediante las peticiones a los alemanes en las tentativas para formar parte del Eje y los trabajos de Ignacio Merino (1996 y 2004) y Gómez Cuesta (2003) que, a pesar de estar redactados desde un punto de vista halagüeño, son necesarios para adentrarse en la figura de Ramón Serrano Suñer, conmisericordia que no se aprecia en Joan Thomàs (2003).

3.2. LAS RELACIONES HISPANO-GERMANAS EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

La entrada de las tropas nazis en la Unión Soviética dio lugar a la colaboración bélica entre España y Alemania en la II Guerra Mundial, aunque no podría decirse que, hasta ese momento, el papel del país fuera el de un mero observador. Desde septiembre de 1939 hasta junio de 1941 varios de los hombres fuertes del primer franquismo llevaron a cabo una serie de operaciones diplomáticas y juegos en la sombra con el Eje y los Aliados. Por ello, se hace necesario contextualizar algunos de los aspectos y reacciones del gobierno español para este periodo con la intención de observar cómo la División Azul no surgió de manera espontánea. La intrusión en Polonia y la caída de Francia no pasaron desapercibidas para el nuevo Estado, que llevó a cabo su particular operación militar en Tánger y tanteó a los germanos ante la posibilidad de entrada en la contienda. Además, durante este periodo tuvo lugar el único encuentro entre Hitler y Franco –propiciado por la relevancia que tomó Ramón Serrano Suñer–, se permitió el desarrollo de operaciones de logística militar en territorio español y se firmó un acuerdo para la llegada de trabajadores españoles al Tercer Reich.

3.2.1. Dos actuaciones tempranas: la invasión de Polonia y la entrada en Tánger

La Guerra Civil había supuesto la prueba definitiva, a través de los apoyos internacionales que habían recibido los bandos combatientes, del antagonismo existente entre los dos grandes totalitarismos europeos. La colaboración de Alemania en el conflicto fratricida significó una ayuda inestimable para los rebeldes que, a la par, contaron también con el auxilio italiano¹¹⁰. Los republicanos, ante la indiferencia de Gran Bretaña y Francia, recurrieron a la Unión Soviética para contrarrestar la influencia extranjera que recibían los golpistas. Con este panorama, que ni siquiera medio año después del final de la lucha los representantes de la política exterior del Tercer Reich y del país de los Soviets

¹¹⁰ Véase el ineludible estudio de Viñas (1977) para comprobar la participación alemana en los acontecimientos del 18 de julio de 1936 y la rápida decisión germana de socorrer a los sublevados en la Guerra Civil.

suscribieran el *Pacto de no agresión* no podía ser visto con buenos ojos por parte del gobierno dictatorial:

Cinco meses después de haber firmado los españoles el Pacto Anticomintern y el tratado de amistad con Alemania, quedaron atónitos al enterarse de que su aliada contra el comunismo de la España “roja” había llegado a un acuerdo con la Rusia soviética, hogar del “bolchevismo”, y había atacado a la católica Polonia. Como para los españoles la alianza no estaba acorde con el espíritu del Pacto Anticomintern, empezaron a mirar con otros ojos a la Alemania que tanto estimaban, y el gobierno, por su parte, consideró el conflicto polaco con el mismo recelo que había tenido cuando la crisis de Múnich: ¿cómo repercutirían estas hostilidades en un país devastado por la guerra? (Proctor, 1972: 48).

Este entendimiento resultó, como mínimo, extraño y provocó malestar respecto al aliado nacionalsocialista, pero “Franco y sus colaboradores optaron por no criticar abiertamente el Pacto, fundamentalmente por la manifiesta debilidad de España, destruida por la guerra y necesitada de paz, externa e interna y, por ello, de mantener buenas relaciones con el Tercer Reich” (Kaczorwski, 2013: 181). Además, la penetración en Polonia por los flancos oriental y occidental “produjo estupefacción” (Moreno Juliá, 2007: 119) porque “no podía ocultarse que millones de polacos católicos iban a caer en manos de un adversario comunista” (Tusell, 1995: 50). La preocupación fue en aumento cuando Francia y el Reino Unido declararon la guerra a Hitler, lo que podía suponer una expansión de la batalla que afectara al país, bajo mínimos en todos los aspectos tras haber salido solo unos meses atrás de su disputa interna (Payne, 2008: 86). En respuesta a este miedo, dos días después se declaró “la más estricta neutralidad a los súbditos españoles” (Moreno Juliá, 2007: 120) en el *Boletín Oficial del Estado*. España medió diplomáticamente para buscar la rendición de la nación invadida y mitigar los daños colaterales que pudiera sufrir por la ampliación occidental de las hostilidades. El “Caudillo” “sugirió [a Mussolini] hacer una intervención, contando o no con Hitler, para que los polacos se rindieran antes de que tuviera lugar la agresión soviética”, petición a la que “el Duce no le prestó mayor atención” (Tusell, 1995: 50) al no desear que su homólogo español “conquistase fama por haber llevado a cabo el proceso de mediación” (Kaczorwski, 2013: 184). El embajador alemán en Madrid Eberhard von Stohrer supo de las intenciones pacificadoras cuando se le propuso “que Polonia no desapareciera, sino que se convirtiera en una especie de Estado-tapón merced al cual no hubiera contacto

directo entre Alemania y Rusia” (Tusell, 1995: 53)¹¹¹. El temor ante la expansión soviética, que ha sido considerado por Durango como “un tópico y una simplificación, ya que influyó de una manera relativa” (1992: 271), se ocultó a la opinión pública desde que el 17 de septiembre la Rusia bolchevique imitara a los alemanes al penetrar en Polonia en cumplimiento al acuerdo firmado con estos. El silencio generalizado se interpretó de manera positiva por los miembros de Eje como símbolo de aceptación de la nueva e incrédula amistad (Kaczorwski, 2013: 186-187).

Cerca de un año después se desencadenó otro movimiento militar en el que España fue protagonista directo. El 13 de junio de 1940, tras la entrada 48 horas antes de Italia en la II Guerra Mundial, el gobierno franquista cambió su posición de neutral a *no belligerante*. Al día siguiente, las tropas del Protectorado marroquí entraron en Tánger, de influencia francesa por aquel entonces y cuya metrópoli se desplomaba ante la llegada del Ejército alemán. La operación, ante todo oportunista, cumplía con los deseos y el carácter africanista que siempre estuvo presente en Franco y el ministro de Asuntos Exteriores Juan Beigbeder. Esta puesta en escena era solo un primer paso para establecer dos futuros objetivos: aprovechar la debilidad de Francia para proseguir con la conquista de su parte de Marruecos y predisponer a los nazis a favor de las peticiones franquistas dentro de un posible reparto del botín tras la hipotética victoria. Además, la ocupación no era casual: la ciudad era la más importante del norte del país en el ámbito comercial y la influencia de España en la zona era menor que la de sus vecinos tras la frontera pirenaica. Los indignados españoles lidiaban con los belicosos rifeños mientras que los galos disfrutaban del espacio más ventajoso, donde, a pesar del estatuto de zona internacional de Tánger, influían en el nombramiento del *mendub* –el mandatario– y en la Asamblea Legislativa. La acción fue justificada ante las embajadas de Inglaterra, Italia y Alemania. La nota enviada a Samuel Hoare, representante británico, destacaba el carácter temporal de la misma y la intención de preservar la neutralidad del territorio. En cambio, a las potencias del Eje se les presentó como un acto de voluntad propia por parte del Estado. Asimismo, la prensa falangista publicitó la entrada en la ciudad como el inicio de un imperio africano para España (Sueiro Seoane, 1994: 136-137; Tusell, 1995: 106 y Ros

¹¹¹ Este plenipotenciario fue el sustituto de Faupel en la embajada desde 1937 hasta enero de 1943, cuando Hans Adolf von Moltke ocupó su cargo en el que permanecería por un breve periodo de tiempo –falleció a los dos meses–. Hasta 1939 consignó la política hispano-germana en su persona pero, debido a una interpretación prusiana de la diplomacia, que había adquirido en su estancia en Egipto, tuvo algunos choques con Joachimm von Ribbentrop (Kuhl, 1986: 47-49).

Agudo, 2008: 105-109). Como ha señalado Velasco de Castro, el franquismo había encarado de manera errónea el asunto:

Para España, Tánger significaba el comienzo del imperio africano, pero la realidad distaba mucho de estos propósitos. Días después de la ocupación se firmaban los armisticios franco-alemán (20 de junio) y franco-italiano (24 de junio), de los que España actuó como intermediaria. Todo ello se traducía en el final del sueño imperial, pues la única posibilidad de que España acometiera, con ayuda del Eje (su única opción dada la situación de su Ejército y la más que probable oposición armada que presentaría la Residencia General), la anexión del protectorado francés, se había desvanecido para siempre. No así en la percepción del Jefe del Estado, que continuaba empeñado en mantener sus veleidades africanas (2014: 231).

3.2.2. Los primeros contactos con Hitler: la promoción de Serrano Suñer

Una de las peculiaridades al hablar del rol jugado por el nuevo Estado durante la II Guerra Mundial es el protagonismo que, al menos hasta septiembre de 1942, tuvo Ramón Serrano Suñer, equiparable, en cierto modo, al del mismo dictador, su cuñado Francisco Franco. Proclive al Eje respecto a la lucha internacional, sus preferencias se acercaban más al fascismo italiano que al nazismo alemán, en especial como admirador de Mussolini por quien nunca ocultó su inclinación incluso cincuenta años después de su muerte (Preston, 1996: 14)¹¹². Su poder fue en aumento hasta llegar a su primer pico a raíz de la destitución del general Juan Yagüe en junio de 1940 como ministro del Aire: según hizo saber a los italianos, el militar fue excluido del gobierno debido al influjo que él había ejercido sobre su familiar, del mismo modo que había realizado anteriormente para apartar al general Agustín Muñoz Grandes de la Secretaría General del Movimiento (Tusell, 1995: 92-94). Tuvo la misma capacidad para mover a su antojo el gabinete franquista como para crearse un pasado hagiográfico falangista que le alejase del tiempo pretérito como miembro de la Confederación Española de Derechas Autónomas, con la cual llegó a ocupar un escaño

¹¹² Recién acabada la Guerra Civil Serrano acumuló experiencia en los contactos exteriores españoles: “Ramón Serrano Suñer había tenido su primera misión diplomática siendo ministro de la Gobernación, cuando recién terminada la guerra y como figura relevante del nuevo régimen, acompañó a los voluntarios italianos de vuelta a casa. Allí conoció y empezó a tratar con creciente familiaridad a Mussolini expresándole por primera vez y oficialmente la neutralidad de España ante el inminente conflicto europeo. También acudió al Vaticano con un espinoso encargo de Franco sobre el nombramiento de los obispos, consiguiendo de Pío XII algo inaudito: que el pontífice recibiera en audiencia a una bandera de legionarios españoles en la misma basílica de San Pedro” (Merino, 1996: 53-54).

durante el bienio conservador (Gómez Molina, 2003: 62-70). Borró su periplo cedista gracias a la publicación del libro laudatorio *Serrano Suñer en la Falange* (1941), que encargó a su amigo Ángel Alcázar de Velasco y que suponía “una violenta diatriba contra sus oponentes dentro del Régimen, contra la oposición que le planteaban los alfonsinos, a los que tachaba de *masónicos-derechistas*; al tiempo que se le fabricaba a Serrano un falso pasado como falangista que, eso sí, se habría mantenido en secreto antes de la guerra” (Thomàs, 2003: 250). En definitiva, Serrano se había convertido en un hombre tan poderoso que, según ha afirmado Klaus-Jörg Kuhl, anhelaba encabezar el gobierno dictatorial:

A lo largo de 1940, Serrano Suñer [sic] se había convertido en un elemento dominante, nada desdeñable dentro del “Nuevo Estado” (...) La meta de sus ambiciones políticas era la Presidencia del Gobierno y la realización de su programa de corporativismo católico. Franco no debía ser derrocado, pero sí relegado al cargo de Presidente del Estado (1986: 20).

Durante el periodo de entreguerras realizó dos viajes a Alemania para gestionar la entrada en el conflicto. El primero de ellos, que también le llevó a Italia, resultó más definitivo que la entrevista de Hendaya. A pesar de las imposibles solicitudes de unos y la negativa preconcebida de otros, sabedores de la penosa situación por la que atravesaba España por los informes de su embajada en Madrid, es interesante conocer, de manera somera, el contenido de estas entrevistas y las diferentes propuestas que en ellas se realizaron: en esta primitiva expedición, los franquistas insistieron en los deseos expresados, desde la caída de Francia, respecto a las posesiones en Marruecos con la novedad del consentimiento de una explotación económica alemana de los recursos naturales allí existentes, así como la promesa de asimilación de Portugal hacia el Eje. Los nacionalsocialistas contrataron con la petición de cesión de una de las islas Canarias para establecer una base militar, así como la zona en torno a Agadir y el cabo Mogador, una condición que incomodó sobremanera a lo largo de la guerra a la cúpula franquista. Estas palabras se vieron reforzadas por Adolf Hitler, con quien trató la intervención española en la guerra –que aquel daba por supuesta a raíz del ataque a Gibraltar– y el apoyo aéreo frente a una supuesta ayuda anglosajona al maquis asturiano, a la par que se refirió a las reivindicaciones territoriales desde el punto de vista del Tercer Reich. Además, el *Führer* sugirió que podría producirse el encuentro entre él y Franco. A este último remitía el *Cuñadísimo* con cada ampliación de los requerimientos del dictador nazi

que llegaron a incluir la Guinea española a cambio de una ampliación del Protectorado en Marruecos y al mismo tiempo que insistió en la posesión de uno de los territorios del archipiélago canario¹¹³. En los días posteriores, en los que hubo incluso contacto postal entre los dos jefes de Estado, el diálogo continuó en la misma sintonía y solo sirvió para que similares cuestiones y respuestas se repitieran a finales de octubre en el vagón de un tren en la frontera hispano-francesa. Hay que añadir que el alemán obtuvo una negativa impresión de Serrano y su séquito que no cambiaría a lo largo del tiempo, y que el conde de Ciano se encargó de transmitirle durante su paso por Italia. También hay que advertir que, a pesar de estar muy cercano su nombramiento como responsable de la cartera de Asuntos Exteriores, el ministro usurpó a Juan Luis Beigbeder su papel y realizó esta gestión desde su puesto en Gobernación (Tusell, 1995: 131-146). Proctor ha ofrecido una explicación a esta irregularidad en función a la estrecha relación existente entre Serrano y Franco:

Puede parecer raro que enviase Franco a su ministro de Interior (pues entonces lo era Serrano) y no al del Exterior, coronel Beigbeder y Atienza; pero esto se explica porque indiscutiblemente, en esa época era Serrano el político más influyente de España. Cuñado de Franco, era creíble que gozaba de la plena confianza del Caudillo y que estaba informado de cuanto éste pensaba y proyectaba; de otra parte, era también uno de los jefes principales de la Falange, único partido legal de España, germanófilo y muy anglófobo; por último, quería Franco hacerle ministro de Asuntos Exteriores (1972: 78).

El ministerio *en la sombra* pasó a la luz cuando pocos días después, el 17 de octubre, Beigbeder se enteró por la prensa de su sustitución. Este, ante el ostracismo al que se veía condenado, se había acercado en los últimos tiempos a Samuel Hoare y era vigilado por la policía de quien iba a ocupar su lugar. La presencia del cuñado del dictador en Exteriores tuvo mayor importancia a nivel nacional que internacional y no dejaba de ser el triunfo del partido frente al estamento militar, hecho que también iba a ser aplaudido por las potencias del Eje, más por Alemania que por Italia, y recibido con preocupación por los representantes británico y estadounidense (Tusell, 1995: 147-148). Esta característica respecto a los embajadores de los países aliados, a los que Serrano no ocultó su adhesión ideológica, afectó a otros plenipotenciarios extranjeros, como fue el caso del portugués Oliveira Teotonio quien “dice haber sentido en una ocasión la tentación de

¹¹³ Escribió Serrano en sus memorias que esta petición de los alemanes le pareció tan desproporcionada que respondió a su interlocutor lo siguiente: “no puedo ni siquiera transmitírsela [a Franco]” (1947: 182).

partirle la cara” (1995: 154). El propio Hoare también pudo detectar sus pocas habilidades para encarar las nuevas funciones¹¹⁴:

Vuelto a Madrid, a los pocos días pudo hacerse con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Serrano Suñer en una entrevista con el embajador británico, Samuel Hoare, le hizo saber que iba a adoptar una política más activa y precisa para salvaguardar la posición española y que pensaba cambiar rápidamente a la mayoría de los embajadores. Creía que España podría ejercer una gran influencia en las negociaciones de paz por lo que podría serles útil a los británicos en caso de ser derrotados. En términos generales, la impresión obtenida por Samuel Hoare fue que el nuevo ministro desconocía el funcionamiento de la realidad internacional (Marquina Barrio, 1989: 155-156).

El aumento de responsabilidad no pudo ser más efectivo puesto que consiguió, como primer logro, la entrevista del dictador con su homólogo alemán en Hendaya en octubre, que se analizará con mayor profundidad más abajo. Este encuentro precedió a una llamada en noviembre del mismo año de Hitler a Serrano y al conde Ciano a Berchtesgaden. Pocos días antes de la llegada de los ministros español e italiano a la guarida del *Führer*, este había firmado la *Directiva número 18* por la que se establecían las directrices para la invasión de Gibraltar mediante la denominada como *Operación Félix*¹¹⁵. Las secuelas de este documento, de cuya existencia no se informó al español a su llegada a Alemania, sí estuvieron presentes en sus conversaciones, basadas sobre todo

¹¹⁴ El texto de Samuel Hoare *Ambassador on Special Mission* (1946) es una interesante fuente literaria para conocer los entresijos de la política interior española durante los años de su embajada (1940-1944). Respecto a lo anotado aquí, hay que anotar dos cuestiones: la primera alude al buen entendimiento entre Hoare y Beigbeder, que según la versión del británico se produjo desde los primeros instantes. Para él, se trataba de “una personalidad romántica, como nunca había tenido oportunidad de conocer (...) Tenía la visión de un buen europeo que comprendía el trato civilizado. Aborrecía de todo corazón la nueva tiranía, manifestada en la brutalidad alemana o en las persecuciones de los pistoleros de Falange” (1977: 51) y con quien había alcanzado un “grado de intimidad” debido a cómo el ministro “se había volcado hacia la causa aliada” (1977: 73). Como confirma el plenipotenciario, el español se enteró del cese de su actividad de manera indirecta: “La primera noticia que tuvo el ministro sobre su destitución la leyó en los diarios la mañana del 17 de octubre” (1977: 74). Y la segunda se refiere a la reacción airada de su colega portugués. A pesar de ella, las opiniones sobre su persona son siempre positivas. Así puede apreciarse en las palabras de Hoare, quien encontró en él a “un colega de notable habilidad y gran distinción (...) [que] poseía un don de simpatía y de sensibilidad que le hizo ganarse el corazón de los españoles y de los diplomáticos extranjeros (...) [y] que me prestó su preciosa ayuda y amistad desde los primeros días de mi llegada” (1977: 45).

¹¹⁵ Tal y como ha señalado Ros Agudo, los planes de invasión de Gibraltar por parte de Alemania no serían los únicos que se elaboraron durante la II Guerra Mundial. En España existía el mismo ánimo y, poco antes de fijar Hitler sus intenciones en el Mediterráneo el Estado Mayor Central del Ejército presentó a Franco, en octubre de 1940, “la llamada «Operación C», es decir el ataque español sobre el Peñón” (2001: 305) que incluía, además del ataque de artillería y aviación, el empleo de gases y minas. Este ataque “fue proyectado con mucha anterioridad y sobretodo independencia de la operación «Félix» alemana, en la que los españoles figuraban como meros comparsas” (2001: 311).

en las observaciones que había realizado el almirante Wilhem Canaris en España. El jefe nacionalsocialista señaló que la entrada en el peñón era tan inminente como la derrota de Gran Bretaña y el representante español, que no dudó de la capacidad de esta operación pero que tampoco la respaldó con toda la confianza que podía esperar el líder alemán, insistió en las reclamaciones españolas en Marruecos y en la necesidad de importar trigo ante la mala cosecha sufrida por el país. A pesar del convencimiento existente por ambas partes de la inminente entrada del Estado franquista en la guerra, cabe recalcar la excusa del ministro ante Ribbentrop acerca de la mayor capacidad que, según sus informes, tenían los estadounidenses para construir aviones. Este hecho, que podría pasar por anecdótico, sirve para recalcar la mala relación que tenía Serrano con Eugenio Espinosa de los Monteros, el embajador de España en Alemania, quien, marginado por aquel, habría afirmado su poca habilidad a la hora de tratar con el jerarca nazi (Tusell, 1995: 166-169)¹¹⁶.

3.2.3. La reunión de Hendaya: el mito del dictador estratega

Entre los dos viajes de Serrano a Alemania se celebró, en la estación de tren de Hendaya, la primera y única reunión entre Adolf Hitler y Francisco Franco. La sinopsis del evento del 23 de octubre de 1940 es la siguiente: tras la revista de las tropas, los dos dictadores, acompañados de sus respectivos ministros de asuntos exteriores y dos intérpretes –Luis Álvarez de Estrada y Luque, barón de Las Torres, por parte de España y Gross por parte de Alemania– se entrevistaron a lo largo de tres horas. Ambos intercambiaron agradecimientos y expresiones de unión espiritual, el español por el apoyo recibido durante la Guerra Civil y el alemán por la comprensión que sentía hacia la lucha de aquel, que discurría en paralelo a la que él había iniciado en 1918-1919. A continuación, este expuso las dificultades que conllevaba batallar contra Gran Bretaña al disponer del dominio aéreo, pero no del marítimo, y del peligro de la hipotética alianza de esta con los

¹¹⁶ Payne recoge las palabras que, en carta del 25 de enero de 1941, Espinosa de los Monteros transmitió al propio Franco al respecto: “[Serrano] refutaba al ministro Von Ribbentrop en forma no ciertamente grata para éste, diciéndole que él tenía informes que le merecían garantía absoluta, de que eran ciertos los datos de los Estados Unidos, y digo que lo oí con asombro porque para nada era necesario decir cosa tan desagradable” (2008: 165). Sobre esta reunión escribió Serrano a finales del siglo XX que, tras narrarle a Hitler “en términos patéticos” la “penosísima situación” de España, fue “la primera vez que le vi [sic] como un ser humano, capaz de emocionarse (muy distinto de su actitud en conversaciones anteriores que me parecía un histrión, con la forma que convenía en cada caso, o veía en él una abstracción política)” (1996: 50).

Estados Unidos o la Unión Soviética, que en un principio consideraba improbable para la última debido a los acuerdos que mantenía con el Tercer Reich. La entrada en el Eje de España, agregada a la posibilidad de formar un frente común con Francia frente al país británico, era la esperanza respecto a la participación hispana en la guerra, de ahí la propuesta formal de adherirse al mismo (Moreno Juliá, 2007: 162-164). Franco, por su parte, durante la entrevista “se enzarzó en disgresiones [sic] económicas y estratégicas, y no debió causar una impresión muy positiva” (Egido León, 1989: 196).

La baza que jugó el “Caudillo” fue la cuestión colonial en el norte de África. Estas aspiraciones han sido expuestas, en el plano teórico, en dos vertientes: o bien desde el imperialismo coyuntural de 1940 o bien desde el irredentismo histórico español en la zona. La primera consistía en hacerse con la totalidad del Marruecos francés, Orán y una ampliación de la Guinea española y la segunda daba por buena una revisión de las fronteras en el sur de Marruecos que las situara en lo establecido en el acuerdo nonato de 1902, nunca firmado por miedo a la reacción de Inglaterra¹¹⁷. El *Führer*, sabedor de estas pretensiones, se había reunido un día antes con el colaboracionista francés Pierre Laval, por aquel entonces Presidente del Consejo de Ministros del Régimen de Vichy, y lo haría con el mariscal Pétain al día siguiente de la entrevista de Hendaya. La estrategia del Tercer Reich, conocida como el *Grandioser Betrug* –el *gran engaño*– consistía en satisfacer a sus aliados con futuras promesas coloniales que no se llevarían a cabo tras la hipotética victoria alemana. Pero esta intriga no pudo realizarse debido a la conocida indiscreción de sus víctimas y las contradicciones en las que, de saberse la mentira, caería el gobierno alemán respecto a estas proposiciones. La negativa actitud germana se reflejó en la devolución de Gibraltar como única oferta, razón que Franco consideraba insuficiente para justificar la entrada en la guerra ante sus ciudadanos, o en una pequeña ampliación del Marruecos español condicionada a la cesión de uno de los archipiélagos canarios. Ante este panorama, se desestimó presentar una propuesta acerca de las reivindicaciones en el África Ecuatorial (Ros Agudo, 2008: 122-123; Nerín y Bosch, 2001: 132-135). Del fiasco de la proposición de Franco también decía estar enterado Samuel Hoare:

¹¹⁷ Franco aludía al ofrecimiento que en 1902 Francia hizo a España y que le otorgaba una influencia mayor en Marruecos. En su momento, al no contar con la aquiescencia británica, no se firmó el tratado, lo que fue remendado el 3 de octubre de 1904, cuando España asumió una zona de menor extensión y que no incluía al puerto de Tánger (Torre del Río, 2007: 315).

El encuentro de Hendaya estuvo cubierto por el inevitable velo del secreto oficial. Pero no lo suficiente como para impedir que la opinión pública se enterara de que habían surgido en el campo de las conversaciones varios elementos de fricción entre el Führer y el Caudillo. Personalmente, realicé en varias direcciones pequeñas encuestas sobre este punto, lo que me permitió saber, a través de las opiniones generales, que el problema había surgido a causa de las aspiraciones de Franco con respecto a África. Él había exigido el territorio africano como precio de una unión con el Eje. Pero era exactamente la exigencia que Hitler no podía ni debía satisfacer, debido a sus propias ambiciones y a la política que seguía con relación a Francia, tendente a colocar en su órbita al Gobierno de Vichy (1977: 101).

Al finalizar la conversación, y según el barón de las Torres, Hitler habría dicho a von Ribbentrop las siguientes palabras condenatorias respecto a la colaboración española: “*Mit diesem Kerl ist nicht zu machen* («Con estos tipos no hay nada que hacer»)” (apud Moreno Juliá, 2007: 164). A continuación se produjo la reunión entre los ministros: el franquista mostró su temor ante las reacciones internacionales de la firma del *Pacto Tripartito* y el nacionalsocialista insistió en la garantía del carácter *preventivo* del mismo ante la expansión de la guerra. Además, señaló que las pretensiones imperialistas en el norte de África eran una cuestión que había que dejar en segundo plano, ya que no se podía garantizar su concesión principalmente por la mejor predisposición hacia los colaboracionistas de Vichy y de un futuro europeo con Francia como aliada. La propuesta de Alemania fue la de firmar un *Protocolo Secreto Germano-Español-Italiano* por el cual España se comprometía, sin una fecha fija, a entrar en el conflicto del lado del Eje. Tras la decepción, Serrano destacó algunos puntos que pretendía cambiar ante la firma del *Pacto Tripartito* y de los *Tratados de Amistad* con Alemania e Italia¹¹⁸. Siguió al diálogo la cena y, a esta, la segunda parte de la reunión. En ella se hizo pública la disconformidad entre los dos dictadores y se produjo la negativa por ambas partes al no aceptar, ni unos ni otros, las condiciones reclamadas (Moreno Juliá, 2007: 165-168). De todos modos, el

¹¹⁸ El *Protocolo* beneficiaba a Alemania, que obtenía un compromiso por parte de España para entrar en la Guerra a cambio de un botín escaso e incierto. Payne ha expresado lo que supuso para los dirigentes españoles el estupor del momento en el que les fue comunicado y cómo posteriormente fueron ignoradas sus peticiones: “fue una conmoción para Serrano y, unas horas después, para Franco. Serrano le sugirió a Ribbentrop que las concesiones que lograra España podrían precisarse en una carta posterior de Hitler a Franco. A la mañana siguiente la cúpula dirigente española presentó un protocolo complementario sobre las relaciones económicas, pero aludió también a “«la Zona Francesa de Marruecos, que posteriormente pertenecería a España». La utilización de esa terminología hizo que los alemanes nunca la aceptaran. El único cambio que éstos introducirían posteriormente en el protocolo se limitaba a reiterar la vaga promesa de concesión a España de más posesiones territoriales en África, siempre que Francia pudiera ser compensada adecuadamente y siempre que los intereses alemanes e italianos no se vulneraran. La versión final del protocolo no se redactó hasta el 4 de noviembre, después de que el Gobierno italiano añadiera más cláusulas relacionadas con sus intereses” (2008: 151).

encuentro sirvió para que, ya en Madrid, se firmase el *Protocolo Secreto Germano-Español-Italiano*. Este comprometía, en el artículo cuarto, a España a participar en la guerra contra Inglaterra “en el momento en que se fije de común acuerdo por las tres Potencias, tomando en cuenta los preparativos militares que deban ser decididos” (*apud* Moreno Juliá, 2007: 170) y “con la única seguridad para ella de obtener Gibraltar, pero dejando las ganancias en África relegadas a un indefinido reparto del Continente a acordar en las negociaciones de paz” (Ros Agudo, 2008: 250)¹¹⁹.

La cita de Hendaya dio la oportunidad de construir otro mito más en torno a la figura del “Caudillo”. La reescritura del pasado fue una especialidad del franquismo desde su condición de vencedor de la Guerra Civil, alrededor de la cual edificó “nuevas conmemoraciones, fabricó mitos y elevó a la categoría de mártires a los muertos de un bando” (Gómez Cuesta, 2007: 123). Según Reig Tapia, la manipulación a lo largo de la dictadura sirvió para crear un imaginario que en la actualidad se mantiene gracias a la labor de historiadores de tendencia neofranquista. La ilegitimidad de la II República como forma de gobierno y su desarrollo; la inevitabilidad del golpe del 18 de julio y su conversión en *Cruzada*, equiparada al levantamiento del pueblo en armas ocurrido en 1808 o la negación de criminales actos de guerra como la matanza de la plaza de toros de Badajoz fueron varios de los argumentos esgrimidos por la narración oficial de los hechos para dar validez a sus acciones durante la contienda y los años posteriores (2012). Pero el número de justificaciones aumentó a lo largo de las casi cuatro décadas de mandato. La prudencia con la que el dictador resolvió el papel de España en la II Guerra Mundial ha sido una de las creencias que, con mayor fuerza, ha pervivido hasta la actualidad. El tirano habría buscado el beneficio del conjunto del Estado al obviar la *oportunidad* que la ocasión le ofrecía. Asimismo, se alabó el desafío que supuso su negativa ante el mismo Adolf Hitler en Hendaya de formar parte beligerante del Eje e implicarse de manera directa en el enfrentamiento si no era bajo sus condiciones. Esta óptica se impuso tras el final del conflicto internacional y encontró su razón de ser en el contexto de la Guerra Fría, en la que España fue un aliado activo contra el comunismo soviético. Para este autor, la idea estaría alimentada por el revisionismo actual, según el cual el dictador “habría

¹¹⁹ Un interesante relato sobre el encuentro fue el redactado por el Jefe de traductores del Ministerio de Exteriores alemán, Paul Schmidt (2005: 567-571), quien a pesar de estar presente en la estación de Hendaya no pudo presenciar la entrevista entre ambos dictadores debido a su desconocimiento del español, por lo que delegó en Gross (Martín Alarcón, 2015). Lo que narra sobre ella tuvo que conocerlo a través de terceros, como le comunicó el barón de Las Torres a Serrano muchos años después (Moreno Juliá, 2007: 164), aunque sí fue testigo de los momentos previos y posteriores como miembro de la delegación alemana.

toreado a Hitler y, además, podía alardear, concluida la segunda guerra mundial, frente a los dos caudillos derrotados en ella, de haber sido el único militar que había derrotado a los comunistas o bolcheviques (el nuevo enemigo de los aliados frente al nazismo) en los campos de batalla” (2012: 915-916). Una imagen que no solo se mantiene entre los aduladores a destiempo, sino que también permanece dentro de la sociedad contemporánea¹²⁰:

Resulta sorprendente la pervivencia, aún hoy, de este convencimiento ciudadano, con independencia de grupos de edad, orientaciones ideológicas y niveles de instrucción. La sorpresa se deriva de comprobar la eficacia de la propaganda franquista, capaz de seguir ocultando la realidad después de lustros de investigación histórica desarrollada en un ámbito de libertades democráticas (García Pérez, 1996: 11).

La posición de España era el resultado de la única opción posible a pesar de la *fascistización* que había desarrollado la dictadura en sus comienzos. Aun así, y con las preferencias del régimen claramente conocidas, la situación económica y la hambruna que desolaban al país requerían de las aportaciones alimenticias y petrolíferas anglo-francesas. Esto permitió que primara más la recuperación post-bélica que el encadenamiento de un segundo conflicto que agravara el caos existente. La única declaración que pudo permitirse fue la identificación pública con Alemania y los tratos militares y económicos encubiertos con ella (Moradiellos García, 2010: 27). Para Tusell,

¹²⁰ Esta tarea ha sido llevada a cabo por autores actuales asociados a posiciones revisionistas de la Guerra Civil y la dictadura, como es el caso de Pío Moa, quien alude a la *habilidad* de Franco a la hora de evitar la entrada de España en el conflicto internacional: “vistas las cosas en perspectiva, no cabe duda de que Franco se encontró a lo largo de la guerra mundial en posición muy comprometida y de que al menos en dos ocasiones España estuvo a punto de verse arrastrada a la conflagración o invadida. Manejarse en situaciones tan extremas exigía una habilidad y una serenidad muy fuera de lo común, y el Caudillo demostró indiscutiblemente poseer esas cualidades, a menos que aceptemos el retrato habitual de un hombre torpe y pasivo, pero a quien todo salía a pedir de boca” (2005: 12). Luis Suárez Fernández ha señalado tres visiones entre los historiadores: la tentativa, ganar tiempo ante una inevitable intervención y la *hábil prudencia*. Esta última, según él se tradujo en la “no beligerancia que permitiría, al final de la guerra, participar en las negociaciones con los beligerantes. Un hecho concreto es, de todos modos, que España permaneció fuera de la línea de fuego y que a esta política debieron la vida muchos españoles” (2015: 195). La elaboración constante de mitos por parte de los aparatos gubernamentales franquistas fue uno de los fundamentos a la hora de gobernar en España. En el campo historiográfico sentó las bases el estudio de Herbert R. Southworth *El mito de la cruzada de Franco*, publicado en 1963 en París por la Editorial Ruedo Ibérico y que hoy es no solo reeditado, sino considerado de manera acertada como uno de los manuales de referencia a la hora de estudiar el tema. La mitificación que desgranó Southworth (2011), que ha conllevado un amplio debate consigo y que excede las intenciones de este trabajo, sigue vigente en la actualidad. En este sentido, es reseñable el título que a su trabajo otorgó Gálvez Muñoz (2011) sobre el mercado laboral durante la dictadura: “con Franco, no había paro”, sin duda, una de las frases que mejor ha resistido el paso del tiempo en la era democrática.

las conversaciones de Hendaya, por su reducida importancia, no deberían pasar de la mera anécdota:

Sobre ellas ha existido una mitificación que las ha convertido en supuesto momento cardinal de la posible intervención española en la guerra y las ha dotado de múltiples anécdotas irrelevantes, cuando no absurdas: tal es el caso del famoso retraso, pretendidamente voluntario, del tren español o de las frases pronunciadas por unos y por otros, como si en unas palabras pudiera resumirse toda la posición de un país; en realidad el retraso fue producto del pésimo estado de las comunicaciones españolas y no requiere ulteriores explicaciones. Lo cierto es que Hendaya sólo se entiende si se tienen en cuenta todos sus antecedentes, y alcanza su significación completa considerando lo que vino a continuación. Sobran, respecto de la entrevista, las especulaciones anecdóticas (1995: 159).

En este mismo sentido, Collado Seidel ha indicado la falsa idea sobre la benevolencia de Franco a la hora de librar a la sociedad española de su participación en otra contienda sin ni siquiera haber asimilado las consecuencias de la primera, cuando en realidad se debe tener en cuenta que “hubiera entrado a la guerra si hubiese tenido los medios para su alcance” (2012: 600). El mito de la *hábil prudencia* también ha sido señalado por Ángel Viñas Martín, quien sitúa su creación en los años posteriores al conflicto, para favorecer la imagen proyectada al exterior (2010: 24). A pesar de todo, eran innegables las intenciones de formar parte de la unión germano-italiana como deseo personal y parte de la retribución que debía a los nacionalsocialistas por su colaboración desde la sublevación del 18 de julio, ayuda que el propio Hitler no había olvidado:

El viraje hacia el Tercer Reich que Franco preconizaba parecía una apuesta segura. Provisoriamente, había informado a sus protectores nazi-fascistas de que España necesitaría un cierto tiempo para reestablecerse de los efectos de la guerra civil y construir una potente máquina militar. Hitler había respondido que sí, por desgracia, estallaba un conflicto europeo que él no deseaba (*sic*), sólo esperaba de la amistad española que Franco se mantuviera en una neutralidad benevolente (2010: 25).

En todo caso, el supuesto desafío protagonizado por el dictador al declinar su entrada en la II Guerra Mundial sería utilizado por la propaganda estatal durante la postguerra para alejarse de los perdedores. Para finalizar la cuestión, Ros Agudo ha indicado la verdadera causa por la cual no llegó nunca a posicionarse como beligerante:

Paradójicamente habría sido el *Führer*, con su negativa quien salvó a España de la guerra. Acudir a estas alturas, con documentación histórica que prueba precisamente lo contrario, a expresiones como la “hábil prudencia” de Franco para sortear los peligros en Hendaya es encubrir gravemente la realidad y forma parte de una mitología interesada. Prudencia sí la hubo, pero no precisamente en 1940, el año de la “gran tentación”, sino bastante después e impuesta de nuevo por las circunstancias, la victoria cada vez más clara de los aliados (2010: 32).

3.2.4. El colaboracionismo prebélico con el Eje

A lo largo del intervalo 1939-1941 España, a pesar de no participar directamente en la lucha, no dejó de mostrar sus simpatías hacia las potencias del Eje. El primero de los puntos a destacar dentro de esta colaboración es el abastecimiento y reparación de submarinos en puertos españoles. Dentro de la *Operación Moro* se utilizaron los puertos de Galicia y Canarias para estas eventualidades, que ahorraban a los hitlerianos el regreso a sus bases, con la elusión de peligros y la celeridad temporal que ello implicaba para realizar sus ataques. Estos hechos denotan que el periodo de neutralidad fue, en todo caso, benévolo para con Alemania. La ayuda a Italia en este ámbito fue puntual –hasta en cinco ocasiones según surgieron los incidentes típicos de la batalla en zonas cercanas a las costas españolas e incluso tangerinas–. En ella sobresale el consentimiento que la tripulación de uno de sus torpedos humanos, tras un ataque a Gibraltar en 1941, tuvo para evadirse en territorio español (Tusell, 1995: 228-238). Para conocer el funcionamiento y los problemas que conllevó esta situación es interesante acercarse brevemente al caso canario. Como ha estudiado Juan José Díaz Benítez, mediante estas acciones se contravenía el artículo V del XIII Convenio de La Haya de 1907, que prohibía, en caso de guerra, el uso de los puertos y aguas que pertenecieran a los países neutrales. Desoída la legislación vigente, se registró en diciembre de 1940 la presencia del submarino alemán *U-37* que había hundido al petrolero *Rhone* y al submarino *Sfax* –ambos de Vichy– en aguas del Sahara y al vapor español *San Carlos* en Fuerteventura. En enero de 1941 el submarino italiano *Capellini* llegó al Puerto de la Luz. Su presencia fue legal al permanecer solo el tiempo que tardó en reparar sus averías, pero esta operación se sumaba a otras anteriores acaecidas en Ceuta y Tánger que sí habían rebasado los marcos permitidos y que ocasionaron las protestas de los británicos. A estas irregularidades se sumaron nuevos abastecimientos de submarinos alemanes en los siguientes meses de

1941: marzo –U-124, U-106, U-105–, junio –U-123, U-69– y julio –U-123–. A estas incidencias hay que añadir que España coadyuvó en la zona mediante el transporte, en sus buques, de material de guerra y de personal del Eje (2006: 991-993).

La segunda de las actividades que se llevó a cabo en territorio español, debido a su situación geográfica y al desarrollo de diferentes estrategias diplomáticas, fue el espionaje. Aunque todos los bandos implicados, excepto los soviéticos, fueron partícipes, los agentes alemanes tuvieron mayores facilidades debido a las buenas relaciones establecidas con el nuevo Estado franquista. Como ha señalado Ros Agudo, la colaboración entre la policía española y alemana ya databa de finales de la época primorriverista, aunque se intensificó durante la Guerra Civil Española. En el año 1938 se renovó el acuerdo entre el gobierno de Burgos –mediante la figura del general Martínez Anido, ministro de Orden Público, quien ya había sellado el anterior pacto diez años atrás– y Heinrich Himmler. Para el autor “representó en realidad *el ingreso de la policía franquista en la órbita del ominoso sistema policial nazi*” (2002: 183), lo que se vería acrecentado por la recíproca colaboración entre ambas dictaduras, que se basó en la entrega de refugiados republicanos y la visita del jefe de la Gestapo a España. Anteriormente, este y el conde de Mayalde –plenipotenciario en Berlín– habían establecido la presencia de un agregado de la policía en sus respectivas embajadas. La colaboración fue tal, que el encargado de la policía secreta alemana en España rehusó la firma de un acuerdo de extradición, ya que no era necesario gracias al papel del aliado interno. A finales de 1942 el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Gómez Jordana, puso fin a esta irregularidad (2002: 177-201)¹²¹.

Desde Madrid los servicios de la *Abwehr* –Inteligencia Militar alemana– se comunicaban con sus bases en Portugal, Canarias, Marruecos y otros puntos del norte de África, lo que era clave para las operaciones en las que intervenían la *Luftwaffe* y los submarinos alemanes en el Golfo de Vizcaya y el Mediterráneo occidental (Collado Seidel, 1992: 438). Domingo Pastor Petit ha indicado cómo para los agentes al servicio de la *Abwehr* “la actuación en España era casi como actuar en su propia patria. Aquí recibieron de las autoridades franquistas todo género de facilidades” (1990: 539) al gozar

¹²¹ Los Aliados también establecieron sus agencias de espionaje en España. La *Office of Strategic Services (OSS)* estadounidense actuó en Madrid durante la II Guerra Mundial. Gran Bretaña tenía también especial interés en la Península Ibérica debido a que en ella se encontraba uno de sus territorios, Gibraltar, siempre reclamado por la España franquista. El *Special Intelligent Service (SIS)* contaba con la ventaja de una poderosa red de información en la sección portuguesa de este organismo (Pizarroso Quintero, 2009: 110-118; Alpert, 2002 y Martín de Pozuelo y Ellakuría, 2008: 33).

“en suelo español, de una muy excelente organización merced a profesionales curtidos” (1990: 625). El autor ha destacado la ausencia de dificultades de los espías alemanes a la hora de operar en España como uno de los puntos que negaría la neutralidad franquista respecto al conflicto:

El puesto de observación en España asumió para el Reich una importancia seimpre creciente, y al parecer Wilhelm Leisner (o *Papa Lenz* y *Gustav Lenz*), jefe del KO [*Kriegsorganisationen*, Sucursales de la *Abwehr* fuera de Alemania] en este país, llegó a contar con una red compuesta de más de 700 empleados a jornada completa y otros 600 que les auxiliaban por tiempo indefinido. O sea: un total que puede estimarse en más de 1.300 agentes. Son cifras estimativas o deducidas. Además de la sede madrileña, contaba con otros diversos centros (no menos de ocho) con numerosas estaciones de scucha radiofónica y oficinas criptográficas. Las principales atalayas de la *Abwehr* en España se centraban, a fines de 1943 y en 1944, en Algeciras, Ceuta, Melilla, Tánger, San Sebastián, Sevilla, La Línea, Tetuán, Bilbao, Valencia y Barcelona (1990: 539)¹²².

En todo caso, la labor de la *KO-Spanien* fue fructífera para los intereses del nacionalsocialismo y su capacidad real de trabajo ignorada por los Aliados hasta el final de la guerra. En ese momento pudo obtenerse tal información gracias a la figura de Walther Giese, un agente alemán que, tras entregarse a las tropas americanas develó todo el entramado que el Tercer Reich había estructurado en España. Además, a estas acciones hay que sumar la ayuda prestada por los servicios de información falangistas, que no mostraron ningún escrúpulo a la hora de denunciar a las personas proclives a los aliados a la delegación de la Gestapo en España (Martín de Pozuelo y Ellakuría, 2008: 242-243).

Y la última tarea asistencial se concretó en el envío de trabajadores al país teutón. El esfuerzo de guerra había exigido que los puestos de trabajo que ocupaban los hombres quedaran vacíos. Al mismo tiempo, el concepto de vida dedicado a la maternidad y al

¹²² Como ha explicado Ros Agudo, las *Kriegsorganisationen* llegaron a ser hasta diez en 1942. Estaban presentes en Lisboa, Berna, Estocolmo, Helsinki, Zagreb, Ankara, Casablanca, Bucarest, Shangai y Madrid. Esta última fue la más longeva y a la que se le concedió mayor relevancia, y se organizaba según la estructura de la sede central de Berlín (2002: 210-218), con tres secciones –información, sabotaje y subversión de minorías, y contraespionaje y seguridad–. Según lo requerían las necesidades del momento, se añadieron a la misma los *Büro* –Grupos de trabajo–. El funcionamiento de la *KO* en España respondía al anticomunismo y la susceptibilidad hacia las democracias occidentales, por lo que no existía nada “más natural para los servicios de seguridad españoles que servirse y fomentar el desarrollo de la sección de contraespionaje de la *KO-Spanien*, con la que compartía los mismos enemigos y de la que aprendieron las técnicas más depuradas contra los enemigos del Estado” (2002: 328). El papel de las *KO* en España forma parte de lo que ha denominado el autor como “una auténtica «guerra secreta»” que habría mantenido Franco contra los aliados al prestar “su suelo y cobertura a las actividades del Eje contra Gran Bretaña y EE.UU.” (2002: 331).

hogar que el nacionalsocialismo había asignado a la mujer no hacía posible que ellas se ocuparan de los oficios de sus maridos, padres y hermanos. La solución fue el empleo de personal procedente de países ocupados y afines para suplir esta escasez, ya que “la economía alemana [en 1939] había alcanzado el pleno empleo y carecía, en consecuencia, de una reserva de mano de obra” (García Pérez, 1988: 1031). La situación de postguerra hacía de España un blanco fácil donde poder reclutar a laboradores dispuestos a participar en la propuesta alemana. Los contactos comenzaron cuando Gerardo Salvador Merino, delegado nacional del sindicato único, viajó a Alemania entre abril y mayo de 1941 a invitación de Robert Ley, jefe del *Arbeitsfront* –Frente del Trabajo Alemán, organización homóloga–. Allí, Salvador, que posteriormente caería del gobierno y sería expulsado de Falange pocos meses después por haber pertenecido a una logia masónica durante la II República, escuchó de Ley “que el envío de trabajadores ayudaría reducir, mediante una fórmula negociada, la deuda española [de guerra]” (Rodríguez Jiménez, 2002: 47)¹²³. Este factor convertía, de manera automática, en atractiva la oferta para el gobierno franquista. El 21 de agosto se firmó en Madrid el *Convenio Hispano-Alemán para el Envío de Trabajadores Españoles a Alemania*, una “operación [que] ofrecía la posibilidad de disminuir el elevado número de desempleados existente en España” (2002: 66). Producto de este trato fue la creación, el 3 de septiembre, de la *Comisión Interministerial Permanente para el Envío de Trabajadores*, –conocida por su acrónimo CIPETA– y que estaba bajo el control del Ministerio de Asuntos Exteriores, es decir, dentro de la órbita de Serrano, que otorgó la presidencia a Pelayo García Olay (2002: 71-72). A las diez semanas de la firma del tratado aún no había salido ninguna expedición con destino a Alemania debido a la falta de medios económicos para costear el viaje de quienes querían marcharse aunque se había pronosticado que la cifra de trabajadores llegaría a los 100.000, un número que “será sensiblemente inferior” (2002: 76) y que para el periodo que transcurrió del 24 de noviembre de 1941 –fecha de la primera expedición– al 8 de agosto de 1942 fue de 8.323 trabajadores (Tusell, 1995: 244 y Heine, 2006: 11). Más allá de los datos, Rodríguez Jiménez ha señalado las motivaciones de los españoles inscritos,

¹²³ Francisco Sevillano ha explicado cómo la marcha del ministro respondió a las luchas internas de la diversidad presente en el gobierno franquista: “Este episodio político (...) no sólo fue la consecuencia de la tensión y el enfrentamiento contra un sector del falangismo legitimista y de camisas viejas, que confiaba en las implicaciones que podrían tener la intervención militar en la guerra en Europa y la alianza con Alemania. Las agudas diferencias no fueron sólo ideológicas o políticas, sino que las disputas se dieron por ocupar espacios de poder, instrumentalizándose la imagen del enemigo para ello” (2014: 113).

que se mezclaron entre la necesidad del principio, la decadencia de los momentos posteriores e incluso el aprovechamiento de algunos:

Desde luego, fueron imperativos de índole económica los que empujaron a miles de españoles a rellenar los formularios necesarios para la contratación en Alemania y a solicitar cartas de recomendación a los párrocos de los pueblos o a invocar los servicios prestados al régimen franquista como combatiente, si tal era el caso. Aunque también hubo espacio para la picaresca, pues algunos se alistaron sólo para recibir un equipo de ropa y un anticipo económico con destino a sus familias y luego no se presentaron el día de la partida. Pero si el gobierno no se encontró con ningún problema a la hora de reclutar voluntarios para las primeras expediciones, y miles de españoles permanecían en las listas de espera, una vez que en España se fue conociendo la verdadera situación vivida por los “productores” en Alemania y las fuerzas antifranquistas pusieron en marcha campañas de propaganda desde la clandestinidad, a la CIPETA ya no le resultó tan sencillo reclutar trabajadores (2002: 83).

Efectivamente, la dureza en las condiciones de trabajo debido a la guerra no permitió que el reclutamiento fuera tan efectivo. Al faltar españoles dispuestos a marchar a Alemania, los huecos disponibles fueron suplidos por republicanos en Francia, a los que se les presentó trabajar para los nazis como alternativa al campo de concentración. En este método de coacción para la explotación de los refugiados habría colaborado el Servicio Exterior de FET y de las JONS con las autoridades alemanas con el fin de *reeducar* a los españoles mediante la colaboración con el Tercer Reich. Es interesante señalar la inclusión en este grupo de quienes se vieron forzados a abandonar España tras 1939 porque, cuando en 1945 el régimen hitleriano estaba cerca de su fin y unos pocos fascistas españoles acudieron a defender las calles de Berlín, varios de los republicanos fueron obligados a colaborar con ellos para frenar al enemigo soviético y otros tantos utilizarían la unidad extranjera valona de la *Wehrmacht* para huir de la penosa situación que se vivía en las fábricas (2002: 138-140 y 218-220).

3.3. NACIMIENTO Y FORMACIÓN DE LA DIVISIÓN ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS

3.3.1. La Operación Barbarroja y el discurso de Serrano Suñer

El 22 de junio de 1941, el mismo día que 129 años antes había comenzado la invasión de Rusia por parte de Napoleón, daba inicio la Operación Barbarroja o, lo que es lo mismo, la entrada en la Unión Soviética por parte del Ejército de Alemania. La acción, que en su inicio fue todo un éxito, dio lugar a creer que la victoria sucedería en pocas semanas y levantó una gran expectación en los sectores anticomunistas europeos, que esperaban desde hacía tiempo esta intervención de las tropas hitlerianas:

En España, el ataque alemán fue recibido con euforia por los militares españoles, que creían que los comunistas eran responsables de la Guerra de 1936 y consideraban que el Ejército soviético no tenía capacidad operativa alguna. Sin embargo, el entusiasmo de los falangistas fue casi histérico y la idea de combatir en Rusia se extendió rápidamente entre ellos, alentada, especialmente en Madrid, por los jóvenes que habían pasado la Guerra Civil ocultos en la retaguardia republicana y que esperaban desquitarse de los rusos. La noticia de la invasión alemana de Rusia se extendió con rapidez por toda Europa. La propaganda nazi hizo un mito de la cruzada contra el bolchevismo, gracias a la cual los alemanes podían presentarse ante los ojos de todos como los defensores de la civilización europea frente a las hordas de la barbarie asiática. La respuesta fue inmediata en todo el continente. A las oficinas de reclutamiento acudieron cientos de voluntarios franceses, daneses, belgas, noruegos, holandeses. Incluso se incorporaron suecos y suizos (Lozano, 2006: 184).

Los diarios informaron en España de la noticia el martes 24 de junio –se hizo así porque, debido al descanso dominical, el primer día de la semana solo se publicaba *La hoja del Lunes*–. En *La Vanguardia Española* el editorial “España, precursora” exponía de manera clara y abierta la adhesión del Estado franquista a la lucha contra la nación de Stalin. La retórica y el discurso impartido por parte de los vencedores atribuían a la Guerra Civil la cualidad de primera batalla contra el comunismo ruso. En esta línea, la dictadura se mostraba como adelantada a quienes comenzaban la batalla en el frente del Este¹²⁴:

¹²⁴ Una de las reivindicaciones de la huelga de periodistas de 1919 fue el derecho al descanso semanal, petición que respondía a la instauración del parón dominical para otros oficios realizado por el gobierno de Maura en 1904. Se decretó en 1920 la interrupción del trabajo para los periódicos –ante la cual las grandes

Tenemos rubricada, pues, nuestra adhesión a todo lo que sea ofensiva contra la Rusia avasalladora y brutal, con la sangre de medio millón de los mejores españoles que la ofrecieron en la lucha contra lo que esa Rusia representa. Toda nuestra guerra fue una epopeya heroica en puro beneficio de la Europa que esperaba ser redimida del bárbaro caos soviético del que, en definitiva, fuimos en España la víctima y experiencia más sangrante. Pero no sólo de Rusia, sino también de las Potencias que acogidas a nomenclaturas y a sistemas aparentemente antagónicos del programa comunista, no eran, al fin y al cabo, sus aliados y sus agentes para provocar en España la revolución que había de convertir a nuestro país en una avanzada estratégica de los siniestros planes en que aparecen envueltos, ayer como hoy, las plutocracias democráticas y el régimen soviético (*Sin firma*, 1941a: 1).

En estas palabras se puede observar cómo el odio no solo iba dirigido hacia el país de los Soviets, sino que también se buscaban culpables, como cabezas visibles de la Sociedad de Naciones, en las democracias de Francia e Inglaterra. La hostilidad hacia la Rusia bolchevique corría en paralelo con el deseo de España de formar parte del nuevo mundo anunciado por el Tercer Reich, lo que incluía, inevitablemente, la batalla dialéctica y armamentística contra el resto de opositores al mismo. Por este motivo, *ABC* tampoco dejó de lado la línea del discurso gubernamental y acompañó la portada del mismo día 24 con cuatro fotografías –dos de tropas alemanas, una del Ejército rumano y otra del finlandés– junto a la leyenda *El mundo civilizado contra la barbarie roja*. En sus páginas interiores incluía, además de las reproducciones de sus corresponsales en París, Roma y Berlín y un discurso del *Führer* a la nación alemana, un texto en sintonía con el de *La Vanguardia*, en el que se volvía a establecer una continuidad entre el conflicto anterior y el inicio de las operaciones en el Este de Europa:

Todo el poder disolvente y anárquico de Rusia se abatió sobre España cuando los malos españoles, los que eran ciudadanos de todas las patrias menos de la suya, escalaron los puestos de mando. Rusia fue para ellos escudo y sostén, ejemplo y consigna (...) Acurrucados, acariciándose las barbillas judaicas, regocijábanse con la siniestra perspectiva los agentes del Komintern. España era suya. Ya podían, apuntalándose en ella, tender su arco hacia los países “fascistas”. Contaban, además, con la ayuda descarada de Francia y la encubierta e inconcebible de Inglaterra. ¿Quién sería capaz de oponerse a esta

empresas del sector estaban en contra, no sus trabajadores– y se suplió esta carencia con la publicación de la *Hoja del lunes*, que fue utilizada por los estamentos gubernamentales –sobre todo durante la dictadura primorriverista– como medio de información a su servicio y que encontró numerosas versiones provinciales. Tras la promulgación de la Constitución de 1978 los periódicos rompieron su silencio de los lunes –*Diario 16* fue el primero– y poco a poco las *Hojas* a la desaparición. La última en hacerlo, en 1988 fue la de Madrid (Cruz Seoane y Sáiz, 1996: 257, 262-265 y 357-358).

fuerza gigantesca? España. Se opuso España. Frente a todo lo que significaba la Rusia roja, la Rusia tenebrosa de Stalin, la tierra sin Dios y sin familia, cáncer de una civilización milenaria, se alzó España, con su aliento espiritual, para vencerla. Nadie puede negar que Rusia, a cambio del oro robado por los ladrones españoles, volcaba aquí enormes cantidades de material de guerra, y con miles y miles de hombres mandaba sus estados mayores y sus planes estratégicos. Al mismo tiempo, la organización científica del terror al modo de Lenin, realizaba su sangrienta vendimia y elevaba a la categoría de mártires a medio millón de españoles (*Sin firma*, 1941b: 5).

Ante este giro que daba la II Guerra Mundial, tan deseado como previsible, la voluntad de un importante número de españoles era la de acudir a la Unión Soviética para *devolver la visita*. El germen de lo que sería la División Azul ha sido situado por Reverte en una fecha y un acto concreto: la cena que el 21 de junio de 1941 Ramón Serrano Suñer, Dionisio Ridruejo y Manuel Mora Figueroa mantuvieron en el Hotel Ritz de Madrid. Los tres compartían la perspectiva que motivaba la creación de un futuro cuerpo expedicionario de voluntarios: el descontento con la marcha del país tras la guerra y el aplazamiento de la revolución falangista que quedaría en estado pendiente a lo largo de la dictadura. La intuición de la inminente lucha oriental, apoyada en las informaciones que aportaba Ramón Garriga, corresponsal de la Agencia EFE en Berlín y periodista agregado a la Embajada española en la capital alemana, hacía planear la idea y su inmediata puesta en marcha. En especial, Ridruejo expresó que, más allá de la participación directa en el conflicto, deberían existir unas tropas españolas de carácter puramente falangista que lucharan junto al Ejército alemán (2011: 25-34). Además, como ha señalado López-Covarrubias, no sería “descabellado tampoco pensar que esta división pueda convertirse en el germen de una especie de ejército de falangistas, a imagen de las *Waffen SS* alemanas, algo que, como veremos, nunca ocurriría” (2012: 52).

Xavier Moreno Juliá no ha atribuido en concreto la autoría de la idea a ninguno de los comensales presentes en la cita, ya que ninguno de ellos la asumió posteriormente, seguramente debido a la responsabilidad histórica que conllevaba. De todos modos, sí incide en dos puntos importantes dentro de su creación: en primer lugar, la unidad se gestó antes de la Operación Barbarroja; y, en segundo lugar, Serrano Suñer tomó la iniciativa de la misma al hacerse manifiesto, tanto en una parte de la población como en las jerarquías institucionales, de participar en ella (2005: 65-66). En todo caso, la apertura del frente oriental fue “una buena oportunidad que aprovechó Serrano Suñer y la Falange para participar en la guerra y, de este modo, poder recibir en un futuro parte del botín de la victoria” (Marquina Barrio, 1989: 163). Aunque no se pueda acusar a una persona en

concreto de la autoría, en una carta que el ministro dirigió a Dionisio Ridruejo en plena batalla se hacía responsable de haber gestado la empresa:

Esto no hay quien lo entienda; yo por lo menos, cada día lo entiendo peor y lo grave es que después de vuestra marcha no queda nadie aquí, o casi nadie dentro de la Falange que participe de esta angustia. Unos por tontos, otros por pillos, ¿qué queda de nuestra Falange cuando tanto sería necesario para salvarla de la deshonra de una muerte afrentosa?

*Tengo remordimiento por haber ideado todo esto*¹²⁵ y porque vosotros estéis ahí y sinceramente te digo que de toda esta empresa ya no me interesa más que vuestra vuelta. Política y humanamente siento cada día más la necesidad de vuestra compañía, muy especialmente de la tuya (Gracia, 2007: 69).

De vuelta al relato cronológico que siguió al convite de los tres comensales, el 22 de junio Serrano fue informado del inicio de las hostilidades a las 6:00 de la mañana por el embajador en Berlín. Tras ser también telefonado –a petición de von Ribbentrop– por Stohrer, se reunió en el Pardo con Franco, al que propuso la creación de un cuerpo de voluntarios exclusivamente falangista para colaborar con el Tercer Reich en el nuevo frente. Estas intenciones fueron también expresadas al representante alemán como agradecimiento por la participación de la Legión Cóndor en la Guerra Civil, una oferta que este sabía que significaría muy poco para su ministro de Asuntos Exteriores. A la par que esto sucedía, la radio propagó la noticia de la invasión, lo que levantó el entusiasmo entre quienes compartían la voluntad de los nacionalsocialistas respecto a la destrucción de los soviéticos. Por el lado aliado, Hoare constató las intenciones del *Cuñadísimo* pero también alertó a su gobierno acerca del desentendimiento primario que sobre el envío de tropas existía en el estamento militar. Dentro de este ambiente de positividad hacia Alemania se celebró, al día siguiente, un Consejo de Ministros en el que Serrano hizo oficial ante el dictador y el resto del gabinete la propuesta que había realizado a aquel en privado el día anterior. La oposición a la misma, representada sobre todo en el general José Enrique Valera, ministro del Ejército, respondía a la interpretación que los militares realizaban del proyecto, es decir, el intento por parte de Serrano de acaparar para los suyos las prebendas que la colaboración española acarrearía en la hipotética victoria nazi. Franco, que interrumpió la discusión entre los dos personajes citados –y que alcanzó momentos de alta tensión–, desplazó la resolución del Consejo a la tarde del día siguiente, hecho que aprovechó el ministro de Asuntos Exteriores para filtrar a la prensa sus

¹²⁵ El subrayado es mío.

intenciones. Mientras tanto, el SEU de Madrid preparó una manifestación en consonancia con la proposición de Serrano y en Barcelona un grupo de proclives al Eje se acercó en algarabía al Consulado alemán, sito en la Plaza Cataluña, donde sus trabajadores agradecieron el gesto al mismo tiempo que el capitán general del lugar, Kindelán, también mostró su apoyo por escrito al embajador Stohrer (Moreno Juliá, 2005: 66-71). El estamento militar, que veía como inevitable la participación de España en el frente del Este, comenzó a sopesar la idea de un cuerpo de composición mixta ya que, bajo su opinión, “los alemanes agradecerían que la fuerza en cuestión fuese dirigida por oficiales de carrera, no por *espontáneos* por mucho entusiasmo y ardor guerrero que estuvieran mostrando en una serie de manifestaciones en las calles y ante la embajada y consulados alemanes” (Rodríguez Jiménez, 2009: 267).

El 24 de junio, y empujada solo en parte por el poder propagandístico de la prensa y la radio, una fervorosa masa falangista se manifestó en Madrid a lo largo de la Gran Vía –por entonces, Avda. José Antonio– hasta llegar a la intersección de la calle Alcalá, donde se encontraba la sede de Falange. Allí Serrano se dirigió a las masas y después estas acudieron a la embajada inglesa, en la que se produjeron algunos destrozos que fueron denunciados de inmediato por Samuel Hoare¹²⁶. Las palabras del ministro invitaban a los camaradas azules a acudir a la Unión Soviética a vengar la muerte de aquellos que estaban en los *luceros* propios de su retórica al mismo tiempo que la hacían responsable de la muerte del que *allí* figuraba por encima de todos ellos, su fundador y *Ausente*, José Antonio Primo de Rivera (Moreno Juliá, 2005: 71-77):

Camaradas: No es hora de discursos, pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡Rusia es culpable! ¡Culpable de nuestra Guerra Civil! ¡Culpable de la muerte de José Antonio, nuestro Fundador, y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la agresión del comunismo! (2005: 75).

¹²⁶ “Apenas terminó de hablar [Serrano] el populacho se dispersó, aparentemente obedeciendo órdenes, y se dirigió, por caminos diferentes, hacia los dos extremos de *Fernando el Santo*, la calle donde estaba situada la Embajada británica. A continuación, el lugar fue escenario de agitación y desórdenes que se notaba habían sido cuidadosamente preparados. No olvidaron las exigencias de la publicidad y bien pronto hicieron acto de presencia varios coches alemanes, equipados con cámaras cinematográficas. También llegó un furgón cargado de piedras y municiones. La guardia policial, aunque había sido prevenida con suficiente tiempo de los probables disturbios, había sido retirada de los alrededores de la Embajada, con el pretexto de que esa misma mañana la manifestación había sido suspendida” (Hoare, 1977: 125). Los ingleses habrían aprovechado la ocasión, según Serrano Suñer, para inventar la respuesta que dio el plenipotenciario británico al ministro cuando este le prometió el envío de más policías. Ante esta promesa, Hoare le habría dicho lo siguiente: “No. No me mande más policía, mándeme menos estudiantes” (*apud* Moreno Juliá, 2005: 76).

Tras el aplauso de los receptores del discurso, “pronunció la fatídica frase que, de entrada, podía ser interpretada como la conminación a aniquilar a todo un pueblo” (2005: 75), y que rezaba lo siguiente: “¡El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa!” (2005: 75). Que Serrano vocease estas palabras fue posible por la falta de disposición de José Luis Arrese y Miguel Primo de Rivera quienes se encontraban en el edificio ante el que se situaron los manifestantes. Serrano, al contrario de lo que comenzaba a ser costumbre en los denominados discursos de balcón, en los que se seguía un guion para dirigirse a las masas y los gestos eran antinaturales, buscó con sus palabras dirigir el entusiasmo de la concurrencia (Merino, 2004: 290-292).

A pesar de lo impulsivo del acto, la manifestación no surgió de manera espontánea y acompañada únicamente por el fervor popular. Los oyentes del *Cuñadísimo* fueron movidos por los agentes del Servicio de Información e Inteligencia y los mandos del Sindicato Universitario Español, quienes pretendieron de este modo resaltar el azul falangista frente al caquí militar que para ellos debía adquirir la formación y situar al presidente de la Junta Política del Partido —el propio Serrano— como protagonista de la empresa (Rodríguez Jiménez, 2007: 45)¹²⁷. Reverte ofrece la otra panorámica del acto, es decir, la visión de Serrano desde el balcón:

Lo que se encuentra al asomarse a la balconada es algo impresionante. Son de verdad decenas de miles los hombres que gritan entusiasmados contra Rusia y a favor de la Falange. Los uniformes son variopintos. Unos llevan simplemente la camisa azul arremangada; otros van de negro, que es el uniforme del SEU, el Sindicato Español Universitario, la organización falangista de estudiantes; otros se han disfrazado de italianos fascistas, y quedan algunos que van, sencillamente, de paisano. Pero todos lanzan insultos contra Rusia (2011: 54).

Ese mismo día se reanudó el Consejo de Ministros en el que Franco tomó el mando. Se decidió el envío de los voluntarios falangistas, la asignación de los puestos de oficiales y suboficiales para veteranos de la Guerra Civil, y la participación del Ejército del Aire. Serrano, ante la expectativa creada, aseguró que la recluta estaría realizada en una semana y, aunque no se estableció una cifra de hombres, según el espionaje alemán se habría estimado esta en unos cincuenta mil. También se habría puesto sobre el tapete

¹²⁷ Reverte incide también en la organización de la repentina espontaneidad de la concentración: “Sabe [Serrano] que el aparato falangista ha movilizad a la universidad y a los sindicatos oficiales para que saquen a la gente a la calle. Y a él le ha pillado casualmente vestido con el uniforme de gala de Falange, con la chaqueta blanca de corte militar sobre la camisa azul mahón” (2011: 53-54).

la entrada en la conflicto, pero no se vio claro ante la alta presencia de antiguos republicanos en la tropa –estimada en cerca del 60%–. Ante esta cuestión, que en sí no dejaba de ser atractiva, los falangistas remarcaron su poder y dirección en la empresa. De todos modos, y he aquí uno de los pilares fundamentales de su creación, la participación española proporcionaba la oportunidad a Franco de mostrar “a un precio reducido” (Rodríguez Jiménez, 2007: 41) la adhesión al aliado nazi (Moreno Juliá, 2005: 77-78).

3.3.2. El reclutamiento y la configuración de la División Azul

La manifestación y el discurso habían caldeado el ambiente. Un sector de la sociedad proclive al nuevo Estado sentía aún abiertas las heridas de la contienda cainita y culpaba a la Unión Soviética de ello, lo que permitió que se viera con buenos ojos la creación de la División Española de Voluntarios. El día 25 de junio comenzó con el derribo de un avión inglés que sobrevolaba Algeciras, a lo que los británicos respondieron con varios cañonazos. La resolución del incidente se produjo por vía telefónica. Mientras tanto, la prensa ya rumoreaba sobre la participación española en la guerra. Un día después, esta misma anunció los avances del Ejército nazi y el gobierno británico, a través del *Foreign Office* bloqueó el suministro de gasolina a España por su apoyo a los alemanes. Pero el paso al frente lo dio José Luis Arrese, Secretario General del Movimiento, con la publicación de la *Circular del Ministro Secretario del Movimiento, ordenando la apertura de los banderines de enganche. Circular nº 124*. Con esta orden, se abría la posibilidad de inscribirse a todos aquellos que cumplieran con las condiciones establecidas: varones con edades comprendidas entre los 20 y los 28 años y que superaran el reconocimiento médico. El 75% de las plazas se reservaba para los ex-combatientes y el 25% restante para cautivos en las cárceles de la zona republicana durante la contienda o que hubieran sido afines a la causa nacional (2005: 78-82).

Las estrictas condiciones impuestas por Arrese, que excluían a un importante sector de la población, venían dadas por las altas esperanzas que desde las jerarquías falangistas se tenían a la hora de efectuar la recluta. En algunas ciudades como Madrid o Valladolid se excedió el cupo previsto. Pero en el caso de Barcelona, por ejemplo, no se cumplió, al no estar la Falange tan arraigada como en otros lugares de la geografía española –las filas de la derecha se encuadraban en el carlismo, que no acudió con el mismo ímpetu al exterminio del comunismo soviético–. A pesar de este detalle, los huecos

disponibles se cubrieron con los sobrantes que presentaron provincias como Castellón y Valencia¹²⁸. En todo caso, y a pesar de que los medios de comunicación se encargaron de anunciar y propagar el entusiasmo que sentían muchos españoles por enrolarse, las cifras no fueron en ningún caso facilitadas. Del proceso de inscripción, movido entre la fervorosa adhesión y la indiferencia –acompañada en varios casos de rechazo–, se puede extraer un interesante matiz motivado por una cuestión cotidiana: la División Azul, dentro del ambiente que se vivía en España, donde el racionamiento de los alimentos y la pobreza no abrían la puerta a grandes mejoras fue vista por una parte de la sociedad con simpatía ya que también suponía una oportunidad para escapar de la situación en la que se encontraban muchos ciudadanos (Moreno Juliá, 2005: 83-84 y 109-110; Reverte, 2011: 75 y Rodríguez Jiménez, 2007: 69). Ocurrió de este modo, por ejemplo, en zonas rurales donde la pobreza estaba mucho más marcada que en las urbes:

Las noticias sobre la invasión de la URSS por Alemania y la creación de la División Española de Voluntarios llegaron hasta los lugares más remotos de la geografía extremeña. El subdesarrollo en que se encontraba sumida Extremadura era el caldo de cultivo ideal para llevar a cabo una importante leva, algo habitual en la región ya desde la colonización del continente americano (Gracera e Infantes, 2007: 36).

Una de las decisiones más problemáticas a las que se enfrentó el gobierno franquista, en el momento de organizar la División, fue el nombramiento del general que estaría al mando de la misma. La Guerra de España había dado a Franco la oportunidad de tener a su cargo una interesante baraja de nombres entre los que destacaban Juan Yagüe, Carlos Asensio o José Moscardó. El primero de ellos era quien lo tenía más complicado: había sido destituido en 1940 de su cargo como ministro del Aire y acusado de conspiración por parte del dictador para que España entrara en el conflicto. La proclividad de los otros dos hacia la monarquía hizo que sus nombres no fueran tan tenidos en cuenta. Surgió así la promoción de Agustín Muñoz Grandes, influida por el embajador alemán en España y la juventud de Falange, principalmente en la figura de

¹²⁸ Véase el caso del sur de España en este ejemplo: “En Córdoba, como en otras capitales andaluzas, aunque en menor grado que Cádiz, el alistamiento generaría gran entusiasmo, sobre todo entre los ex combatientes. La propaganda efectuada desde la jefatura provincial de Milicias, al mando de Fernando Coca, argumentaría la llamada recurriendo a la venganza contra Rusia (...) Se constata que, [de] los aproximadamente quinientos inscritos entre 1941-1943, 300 lo hicieron entre el 28 de junio de 1941 y marzo de 1942” (López Villatoro, 2012: 285).

Enrique Sotomayor a través de Dionisio Ridruejo¹²⁹. El futuro responsable de la unidad en el campo de batalla, que en aquellos momentos estaba a la cabeza del Gobierno Militar del Campo de Gibraltar, cumplía con los requisitos que pedía la situación: a pesar de haberse hecho cargo, en 1933, de la Guardia de Asalto republicana había probado antes del 18 de julio su fidelidad a los preceptos de Falange. Desde el comienzo de la sublevación se mostró subversivo al poder gubernamental, por lo que permaneció en la cárcel madrileña de Porlier hasta que consiguió pasar al territorio sublevado en mayo de 1937. Tras ascender a general de brigada y llevar el mando de la Segunda Brigada del Cuerpo de Ejército de Navarra y del Ejército de Urgel, al finalizar la guerra ocupó la Secretaría General de FET y de las JONS y la jefatura de la Milicia. La combinación de las dos vertientes que, precisamente, iban a estar reñidas en el voluntariado, la militar y la falangista, se sumaban a una de las preferencias que más podía tener en cuenta el dictador, quien tomaría la decisión final: su condición de africanista. Los dos habían coincidido en el mando de tropas de Regulares en el Protectorado y, además, durante el gobierno derechista de la CEDA, Muñoz Grandes había sido delegado de Asuntos Indígenas de la Alta Comisaría de España en Marruecos. Por si todos estos méritos se quedaban escasos, la decisión, aunque venía auspiciada por Serrano Suñer, no era del agrado de este –hay que recordar que ya había medrado para retirar al general del frente de la Secretaría General del partido– lo que convencía a Franco, que comenzaba a recelar de su cuñado (Rodríguez Jiménez, 2007: 70-74). A pesar de no gustar a todos, era quien mejor se ajustaba al interés común¹³⁰:

No tienen [Serrano y Ridruejo] buenas relaciones personales con el general, pero es falangista y su candidatura muy difícil de rechazar por su currículum (...) Encarna bien el tipo de militar que hace falta. Aguerido y con carisma.

¹²⁹ “El general Agustín Muñoz Grandes –que fue secretario general del Partido– ha sido designado para el mando de la División. He tenido alguna parte en ello. Un falangista joven y muy amigo suyo –Enrique Sotomayor– vino a pedirme que presentase yo a Serrano Suñer esa candidatura, frente a otra menos plausible que se había sugerido por Valera. Lo hice con agrado pese a no ser yo nada amigo del general. No obstante estimaba que era el hombre adecuado: por su buen nombre militar y por su proximidad política a la masa que ha de llevar al combate. Serrano –mucho menos amigo aún– lo consideró también así decidió a Franco al nombramiento” (Ridruejo, 2013: 59).

¹³⁰ Desde la exaltación falangista, Arturo Cuartero advertía en su publicación sobre la dificultad para nombrar al general. El autor no se refería a las disputas internas del régimen, sino en cómo la elección dejaría en España a hombres merecedores del puesto: “No era fácil, pues, repetimos, elegir un Jefe, donde hay tantos y tan buenos; pero como alguno habría de ser el designado, la autoridad ha determinado encargar el honor de dirigir el nombre de España al frente de su División Azul, en el camino de gloria que la lleva lejos de la Patria, a un joven General, que une a su pericia castrense el entusiasmo de su fe falangista y que, fiel guardador de las virtudes de la Idea, representa una firme garantía de que España estará bien conducida con sus hombres allende las fronteras” (1941: 13).

Para una división que va a luchar en un frente duro, no hace falta un jefe de Estado Mayor, sino un líder de tropas (2011: 56-57).

Más allá de las intrigas palaciegas que pudieron derivar en el nombramiento, quedaba claro que cumplía con todos los requisitos militares que exigía el mando de la *Blaue Division* –así la conocerían los alemanes– y que debían ser tomados por encima de cualquier otro condicionamiento. Más allá de la cuestión política, Luis E. Togores ha resaltado la trayectoria y las cualidades que le convertían en un experimentado oficial capaz de comandar el grupo¹³¹:

Uno de los pocos generales que reunía todos los requisitos era Muñoz Grandes. Un soldado de experiencia, de probada eficiencia al mando de grandes unidades: había mandado una brigada, una división y un cuerpo del ejército durante la Guerra Civil y aunque no había tenido un papel tan destacado como Yagüe en el Ebro o García Valiño en el avance sobre Castellón de la Plana, había logrado frenar el ataque republicano al norte del Ebro, entre Balaguer y Tremp en mayo de 1938, llevando con gran efectividad la campaña del Pirineo catalán durante los últimos meses de la guerra. Además, estaba desempeñando en el momento de su elección, con toda eficacia, uno de los mandos más comprometidos y de confianza que podían existir en aquellos tiempos en el Ejército español, el de las fuerzas que custodiaban Gibraltar. Un destino en el que había mantenido estrecho contacto de forma muy satisfactoria con los alemanes (2007: 257).

El 13 de julio de 1941 partieron desde la estación del Norte de Madrid los primeros contingentes de divisionarios con destino a la Unión Soviética, paso previo por la Francia ocupada y la estancia en el campamento militar de Grafenwöhr en Baviera. En pleno verano se concentró una multitud diversa para despedir a los voluntarios: la masa distinguía entre los que portaban la camisa azul arremangada, los que vestían de negro a la italiana, de manera análoga a como lo hacían los miembros del Sindicato Español Universitario, y las jerarquías de Falange que lucían la chaqueta blanca de gala. Los voluntarios, a los que se dirigió Serrano Suñer, llevaban el uniforme caqui del Ejército – los falangistas sobre la vestimenta habitual del partido– y, como símbolo carlista, la boina

¹³¹ En fechas recientes se ha publicado en la revista de historia *Clío* un dossier sobre los dos generales que tuvo la División Azul. De Muñoz Grandes se destaca lo siguiente: “fue un militar carismático y muy cercano a sus hombres, razón por la cual, desde los tiempos de África hasta la División Azul, siempre gozó de su admiración y empatía. En la campaña de Rusia fue «su general», «el orejas» como le motejaban cariñosamente. Lejos de ser esta una pose de conveniencia, Muñoz Grandes se sentía identificado y se preocupaba por ellos; visitaba a los enfermos y heridos, y durante toda su vida recibió a cuantos quisieron verle. Ayudó a muchos a encontrar trabajo y a solucionar multitud de problemas burocráticos relacionados con el servicio y, además, tuvo una preocupación constante por las Hermandades de veteranos de la División Azul, a las que impulsó cuanto pudo” (Valiente, 2015: 66).

roja que se añadió tras la Unificación. Se repitieron los vítores, el saludo fascista con el brazo derecho levantado y el cántico del himno de la formación, el *Cara al sol* (Reverte, 2011: 79-84). El ministro recordó a los divisionarios que su objetivo era el exterminio del comunismo ruso: son “unas palabras ya muchas veces repetidas y a las que pocos prestan atención: «vais a vengar la muerte de vuestros hermanos», «vais a defender los destinos de una civilización que no puede morir», «vais a destruir el sistema infrahumano, bárbaro y criminal del comunismo ruso»” (Rodríguez Jiménez, 2007: 78)¹³². Desde allí se despidieron de ellos personalidades como “el ministro del Ejército, José Enrique Valera; el capitán general de Madrid, Andrés Saliquet; Miguel y Pilar Primo de Rivera, y los generales Millán Astray, Borbón, Rada, Álvarez Arenas, Alonso Vega y Muñoz Grandes”, quienes pudieron observar cómo las “personas que habían acudido a la estación cantaron todos los himnos y canciones patrióticas que conocían” (Montoliú, 2005: 176). Pero en este caso, el verdadero ausente fue el Jefe del Estado, el dictador Francisco Franco, “que no está, ni se le espera” (López-Covarrubias, 2012: 100). Su falta en el acto de despedida se explica dentro del contexto de la España de postguerra: durante este periodo, las necesidades materiales y económicas eran cubiertas precisamente por los rivales de sus aliados en el frente del Este. Que España combatiese desde la *no beligerancia* –una circunstancia rayana en el oxímoron– implicaba que el papel del Ejército y de su cabeza visible fuera minimizado. Dentro de esta situación se puede afirmar, tal y como ha hecho Collado Seidel, que “España, desde un punto de vista estricto del derecho internacional, no entró en guerra, pero sí dio un paso híbrido que dejaba las puertas abiertas a una posterior mayor implicación” (2012: 601). La ambigüedad en la que se movía Franco –más estratégica que deseada– presumía de gestos como este en los que, por un lado, complacía al Eje con el envío y la parafernalia fascista del acto en la estación y, por el otro, se guardaba frente a los Aliados al no realizar una declaración firme de guerra ni aparecer en momentos como el descrito:

No está el caudillo. No puede estar. Su presencia haría que las potencias aladas interpretaran mal el envío de las tropas (...) España no ha entrado en la guerra, España es un país no beligerante, aunque tiene un compromiso con el Eje para luchar en el frente del este. Pero España no ha entrado en la guerra.

¹³² En referencia a la vestimenta, López-Covarrubias añade el siguiente dato: “El resto viste ropa normal, discreta, o desempolvada para una ocasión especial, aunque aquí también se perciben diferencias de origen y clase, pues de todo hay en este contingente” (2012: 99). Puede parecer un asunto baladí, pero destacar cómo iban vestidos los que despidieron a los que se marcharon a la Unión Soviética conforma el reflejo de los mismos, que se movían entre el entusiasmo, el miedo y la necesidad que, a la par, podían sentir aquellos al viajar hacia el escenario de la Guerra.

Los que van en el tren son voluntarios, no son el ejército español. La política de Franco es difícil de explicar, con esa filigrana de dieciocho mil hombres que van a combatir a la guerra, pero sólo a una parte de ella (Reverte, 2011: 82).

3.3.3. Singularidades de la División Azul

Antes acompañar a los divisionarios en su travesía por la ocupada Francia hasta llegar al campamento militar bávaro de Grafenwöhr es necesario señalar algunos motivos que, de un modo u otro, forman parte del imaginario del grupo y sin los cuales no se entendería su existencia, La interpretación de los sucesos del frente del Este como una continuación del conflicto de 1936; la diversidad de un grupo que no corresponde solo al espíritu de homogeneización atribuido al germen falangista y la ejemplificación de la División como el choque, en torno al poder, entre los miembros del partido único y del Ejército son algunos de los aspectos que merecen ser vistos con detalle.

3.3.3.1. La continuación de la Cruzada

La Operación Barbarroja comenzó poco más de dos años después del final de la Guerra Civil. Las heridas aún estaban recientes y cicatrizaban dentro de un clima favorable para los vencedores. Los afines al golpe del 18 de julio no habían olvidado que con tal acto se intentaba frenar la supuesta conspiración bolchevique que, a través de los mecanismos de la II República, intentaba impulsar un proceso análogo al acontecido en el país de los Soviets en 1917. Se imploraba contra el comunismo y España presumía de haber sido el primer país en lograr su derrota, a lo que se sumaba la simpatía por la dictadura nacionalsocialista. Tanto el compromiso de exterminar al bolchevismo como saldar la deuda moral con el Tercer Reich parecían motivos suficientes para intercambiar fuego en las puertas del Kremlin moscovita. Por estos motivos, se debe considerar a la División Azul, “ante todo y sobre todo, hija de la Guerra Civil” (Moreno Juliá, 2005: 6), visión que también comparte Núñez Seixas al señalar que “la participación en la campaña rusa era vista como una continuación de la Guerra Civil: la lucha contra el comunismo, iniciada por los falangistas y sus aliados en junio de 1936, y de la que los españoles

habrían sido pioneros en la victoria, continuaría ahora hasta el mismo corazón del *Imperio del Mal*” (2005a: 84).

Esta línea continua que se estableció con la lucha fratricida es paralela a su denominación como *Cruzada*, argumento que se repetiría para la nueva batalla. La autoría de este concepto, tan importante no solo durante el desarrollo de ambas contiendas, sino también en la historiografía de las mismas –sobre todo de la primera–, ha sido atribuida, para referirse a la Guerra de España, al Obispo de Salamanca Enrique Pla y Deniel. Señalar al que en plena dictadura ejercería como Primado hasta la fecha de su muerte como el pionero a la hora de calificar el levantamiento en armas como *Cruzada* quizás se base en el carácter religioso que se le imprimió a la misma –y que es innegable– y la intención de eximir, por ciertos historiadores afines, a Franco de tal responsabilidad. Ciertamente fue el tirano quien, en los días siguientes a la sublevación, pronunció estas palabras en su *Proclama a todos los Españoles*: “¡Españoles! Tened fe y no desmayar ni un momento; la desbandada se inicia, a nuestros aeródromos ya llegan aviones militares desplazados de Madrid. Van patrióticamente a reunirse en la *cruzada general*” (López Campillo, Poutet y Rémis, 1997: 137)¹³³.

Aunque ya es sabido que el texto del obispo de Salamanca no fue el primero, sí es cierto que se trata de “un documento capital, por el lugar y la fecha de su publicación” (Fernández García, 1985: 62) pero sobre todo porque en él “se desarrolla más ampliamente el concepto, y el prelado salmantino [es] quien posteriormente perfila con mayor claridad el ideario cruzado” (1985: 65). En el plano de la Iglesia Católica, Gonzalo Redondo ha indicado que la pastoral “fue un arquetipo del más radical pensamiento tradicionalista católico y hay que insertarla, no en una línea de decisiones políticas, sino en las posturas religiosas que la mayor parte de la jerarquía eclesiástica española juzgó conveniente adoptar ante el hecho del Alzamiento y la persecución religiosa subsiguiente” (1993: 95). Desde el ámbito contrario, para Julián Casanova la Iglesia no esperó a recibir agravios para señalarse junto a los sublevados, sino que “habló y actuó desde el primer disparo rebelde” (2001: 47). Más allá de estos detalles, el texto sirvió como referencia a la hora de popularizar el concepto de *Cruzada* pero, sobre todo, de dotarle de una base teológica que no podía ni quería obviar lo político –a pesar de que

¹³³ El subrayado es mío. Respecto al concepto de *Cruzada* y su relación con Franco, Luis Suárez Fernández ha escrito lo siguiente: “Durante los primeros momentos del Alzamiento nacional, Franco llegó a insinuar que éste era una «cruzada contra el comunismo» y aunque el término luego se varió, por intervención de la Iglesia para convertirse en «cruzada» a secas, es decir, religiosa, él siguió insistiendo una y otra vez que estaba luchando contra el comunismo y derrotándolo” (1987: 12).

Redondo señale lo contrario—, y que convertía la batalla en un asunto político-religioso. En el mismo, se decía que el caso español tenía “la forma externa de una *guerra civil*, pero en realidad es una *cruzada*. Fue una *sublevación*, pero no para perturbar, sino *para reestablecer el orden*” (1936: 292). A esta idea se añadía que “nadie podía tachar a la Iglesia de perturbadora del orden, que ni siquiera precariamente existía” (1936: 294).

Afirmaba Pla y Deniel que los miembros del Frente Popular, vencedor de las elecciones de febrero de 1936, “desbordaban al Gobierno por ellos mismos impuesto y amenazaban con una próxima revolución comunista. Aun a los niños convertían en pioneros de la misma, poniendo en sus tiernos labios el fatídico canto *¡Somos hijos de Lenin!*” (1936: 269). También hacía una descripción muy precisa sobre la guerra que se libraba y observaba cómo aquellos a quienes había declarado como sus enemigos luchaban no por su patria, sino por los designios de Moscú: “espectáculo nuevo el de una guerra interior en que dentro del solar nacional combaten unos al grito de *¡Viva España!* y los otros, en su mayor parte, al grito de *¡Viva Rusia!*” (1936: 305). No tuvo ningún problema en explicar, de la manera más explícita posible, la contienda nacional que acababa de comenzar, pero también anticipaba con sus palabras que no existía ningún freno para llevar la misma más allá de las fronteras del país:

¡Ah! El comunismo que en Rusia y en España ha consentido millares de asesinatos de personas inocentes, que quiere exterminar la religión, que destruye la familia, que pervierte la niñez y a la mujer; que suprime a clases enteras de la sociedad, que esclaviza dictatorially a los mismos obreros, es bárbaro e inhumano, y esta barbarie e inhumanidad es un justísimo título de guerra, según los principios del Maestro Vitoria no sólo para una guerra nacional, sino internacional (1936: 295).

De ahí que un autor como Saint-Loup, confeso filonazi y antiguo combatiente junto a las tropas alemanas dentro del voluntariado francés, haya descrito como tal la misión de los españoles y la distanciara de la del resto de voluntarios extranjeros en las tropas alemanas:

El compromiso de los españoles con la IX Cruzada se justificaba aún mejor que el de los franceses, valones, flamencos o escandinavos. Estos no obedecían más que a imperativos políticos o a su vocación de guerreros acallada por una paz demasiado larga, mientras que la sangre acababa de salir a flote por las ideologías enfrentadas de españoles y rusos (1980: 11).

Para finalizar, hay que atender a la visión que ha aportado Pablo Sagarra a la significación de *Cruzada* que pudo tener la División Azul. En ella se sintetiza el valor del concepto para el grupo de voluntarios: rechazado el matiz religioso presente en las cruzadas cristianas medievales, la acción se reduce al hecho ideológico:

Es una realidad histórica que los divisionarios, con raíces en la Guerra Civil, se sintieron verdaderos cruzados anticomunistas, aunque con una consciencia muy débil respecto del aspecto religioso, genuino, del concepto de cruzada. Lo que siempre revoloteó en su pensamiento y en su ánimo fue un espíritu historicista de cruzada, épico, informe y sin perfiles ni digresiones religiosas nítidas y de altura. En las motivaciones personales decisivas para su alistamiento, lo que pesó mayormente, lo que estaba más claro y definido, era lo político y lo patriótico. Lo religioso derivaba del hecho de ser católico, algo consustancial a su condición de hombres y de españoles: como tales combatían, con espíritu de cruzada, contra el comunismo porque, entre otras cosas, era ateo y anticristiano. También la grandilocuente prensa civil y religiosa y hasta los carlistas atribuyen un sentido religioso, entre otros, a la cruzada anticomunista; y el clero por supuesto, incluidos ciertos obispos, caso del Vicario General Castrense (...) Y es otra realidad histórica, por último, que no hubo ningún pronunciamiento oficial, expreso y categórico, del Magisterio de la Iglesia apoyando la invasión alemana a la URSS y, por tanto, la participación en ella de la División Azul (...) En orden a su posible consideración como cruzada en su sentido plenamente religioso, esta es la falla decisiva que planea sobre la campaña española de Rusia: el silencio del Magisterio (...) En conclusión, la campaña protagonizada por la División Azul dispuso de algunos elementos propios de una cruzada religiosa, pero no lo fue; realmente, nunca pudo haberlo sido (2012: 220).

3.3.3.2. *La heterogeneidad del voluntariado*

El germen de la División Azul se encuentra dentro de la decepción existente en el grupo político que sostuvo al Estado franquista desde su inicio. La reivindicación de Falange respecto a la revolución pendiente que debía conducir a la dictadura militar a un modelo de gobierno nacionalsindicalista no pasó de ser un acto que se postergaría hasta no producirse nunca. El *desencanto falangista* fue uno de los motivos de su creación y llevó a estos hombres a alistarse en la misma (Ruhl, 1986: 6 y 24)¹³⁴:

¹³⁴ “La frustración de Ridruejo la compartían otros *divisionarios*, sobre todo aquellos que se habían alistado en la primera recluta de voluntarios, la de junio y julio de 1941, muchos de ellos falangistas radicales. Habían sido en su mayoría jóvenes, en parte universitarios del SEU” (Thomàs, 2011: 223).

La masiva recluta de falangistas se explica, en parte, por el deseo de huir de una realidad, la de la posguerra, que les resultaba asfixiante (algunos eran conspiradores manifiestos). Habían vencido a la República, pero el nuevo régimen no lo habían configurado ellos sino el Ejército. Aquellos hombres, mayoritariamente unidos a la “Vieja Guardia”, se sabían elemento subsidiario de dicho régimen que, aunque formalmente teñido de azul, era militar (Moreno Juliá, 2010: 45).

Aunque el predominio ideológico perteneció al partido, no hay que tomar al pie de la letra el carácter únicamente falangista de la empresa a la hora de referirse a los integrantes del grupo. En este sentido, ha sido Moreno Juliá quien ha desmontado el mito de la homogeneidad que ha caracterizado a la División Azul y que, por desgracia, continúa vigente en el imaginario colectivo español¹³⁵. En primer lugar, hay que señalar que en la esfera anticomunista se situaban los miembros de Falange, entre quienes había que distinguir a los puramente *joseantonianos* y los denominados franquistas –o que comprendían que solo mediante este se podía ascender en el Régimen, conocidos también con el término de *arribistas*–. A estos se sumaban el contingente militar –con quienes los falangistas encontraron las mayores fricciones–; los carlistas no unificados –pocos y procedentes del País Vasco en su mayoría–; estudiantes universitarios –ya fueran o no del SEU–; sacerdotes; médicos y enfermeras –tanto militares como de la Sección Femenina, que también protagonizaron enfrentamientos internos entre ellas–. En los reclutamientos siguientes se sumaron soldados forzados –invitados por la reducción del servicio militar– y personas que sufrían las duras necesidades de la posguerra. Pero por encima de todo, quienes marcaron la heterogeneidad en el grupo fueron aquellas personas que

¹³⁵ A pesar de que las últimas investigaciones históricas han contribuido al preciso conocimiento de la realidad histórica, puede observarse esta imagen de la División como exaltación del falangismo en el siguiente caso: cuenta Arturo Pérez-Reverte que, en el 70 aniversario de la batalla de Krasny Bor, realizó “un experimento” al “narrar [lo allí acontecido] en la red social Twitter (...) añadiendo que entre los divisionarios no todos eran voluntarios falangistas, pues también había ex combatientes republicanos y gente que se alistó por hambre o para ayudar a algún familiar encarcelado o en desgracia. Añadí que la causa que defendían era infame, pero eso no alteraba el hecho básico: eran compatriotas, estaban en el infierno y pelearon con bravura admirable”. Prosigue al indicar que “lo interesante vino luego: tres mil opiniones de tuiteros” que destacaban por “los insultos y descalificaciones entre quienes discutían Algunos me incluyeron, claro. Eso fue lo más revelador: ultraderechistas acusándome de rojo por haber calificado de infame la causa que la División Azul defendía en Rusia, y ultraizquierdistas acusándome de facha por hablar de la División Azul en vez de sepultarla en el negro olvido”. Unos y otros, que para el escritor son representantes del “rencor cainita”, son el reflejo de la percepción que, sobre todo sectores antagónicos situados en posiciones extremas, tienen de la División Azul a día de hoy: o bien representantes de una causa *noble* en la que el *rojo* no podría intervenir, o bien unos *fachas* que no merecen ser recordados. En los dos *bandos virtuales* no hay lugar para los divisionarios que ni creían en la causa por la que luchaban ni se identificaban con el fascismo español. Como finaliza el autor, estos *tuiteros* ejecutan sus juicios con el “entusiasmo de quien nunca corrió riesgos antes. Quien más lejos anduvo, durante el combate, del verdadero campo de batalla” (2013).

representaban el sesgo ideológico contrario a lo que la División significaba: dentro de este grupo hay que distinguir a aquellos que acudieron a la llamada soviética para conmutar la pena de algún familiar o limpiar el expediente propio por haber combatido en el bando republicano o haberse significado políticamente; y a quienes, sobre todo en los reclutamientos posteriores, viajaron con la intención de desertar, los *indeseables* dentro de la jerga divisionaria (2010: 45-46).

En este sentido, José Luis Rodríguez Jiménez ha indicado cómo fue para muchos de sus integrantes una arriesgada solución para mejorar su situación –ya fuera respecto al Estado o simplemente económica–, realizada con la convicción de que a su llegada la intervención en el combate fuera mínima o nula, ya que la propaganda franquista se aventuraba a anunciar el potencial de la *Wehrmacht* y la fugacidad de las operaciones en territorio soviético. Incluso significaba una oportunidad para salir de un país en situación paupérrima y conocer el mundo más allá de los Pirineos, por lo que incluso los forzados a alistarse vivieron los inicios de la experiencia con cierta excitación. Respecto a los que recibían el funesto calificativo que les obligaba a regresar a casa, aporta un interesante punto de vista, ya que no siempre eran los enemigos políticos los merecedores del mismo (2007: 63; 82):

Casi siempre son cuestiones de índole política las que hace a un soldado o suboficial merecedor del calificativo de “indeseable”. Con la excepción de la primera etapa de la División, cuando se repatría a personal penalizado por mala conducta, desobediencia, hurto y por protestas ante las duras condiciones que la guerra impone (...) queda patente que, desde mediados de 1942, son las consideraciones políticas las que determinan la mayor parte de las repatriaciones. En varias de las fichas consta que el merecedor del calificativo “indeseable” procede de la Legión (2007: 306).

Pero, dentro de los que acudieron convencidos a la lucha, el sector que mostró mayor entusiasmo fue el de los universitarios. Como ha señalado Ruiz Carnicer, los miembros del SEU, el sindicato estudiantil de Falange, eran partidarios de poner en marcha, tras obtener la victoria en la guerra, la revolución falangista que otorgara el poder al partido. Críticos con la praxis franquista, aunque de cara al público se considerara al dictador como guardián de los preceptos revolucionarios, la División Azul abrió las posibilidades necesarias para hacer efectivo el mayor protagonismo que progresivamente adquiriría la organización y relevar a la *vieja guardia* en pos de nuevos nombres adheridos al Sindicato. La creación del Frente de Juventudes por parte del futuro divisionario

Enrique Sotomayor afianzaba el papel de protagonismo que los noveles estaban dispuestos a asumir. Pero también la División “obró de espita de seguridad en el tensionado medio falangista” (1996: 144) al recoger entre los alistados a varios jóvenes disconformes con el rumbo que tomaba el franquismo en sus primeros pasos. Esta desilusión, sumada al anticomunismo, las ansias de participar en una guerra al no haberlo podido hacer en la *cruzada* contra la II República y la mejora social que podía suponer un regreso sano, salvo y victorioso, empujaron a muchos miembros del SEU a alistarse en un número que estaría entre el 20% del total del alumnado, el 10% de los sindicalistas o cerca de los 2.000 estudiantes. Más allá del baile de cifras, que varios de sus altos cargos se marcharan influyó en la postrera extenuación del mismo al no regresar jamás algunos de sus integrantes más batalladores (1996: 137-147). Precisamente, los “estudiantes de los primeros cursos [que] no han hecho la guerra y desean pelear contra el comunismo, como lo hicieran sus hermanos mayores” (Reverte, 2011: 71) permitieron que estuviera formada, “curiosamente, [por] los mejor preparados académica e intelectualmente de cuantos españoles hayan participado hasta ahora en una misión militar en el extranjero” (López-Covarrubias, 2012: 69). Pero no todos los jóvenes enrolados estudiaban para obtener un título superior, como ocurría en Extremadura, donde el “porcentaje de estudiantes (...) fue insignificante debido a que no existían centros universitarios” (Gracera e Infantes, 2007: 26). La presencia de universitarios, aunque se reduce a los listados de las grandes capitales, fue determinante en el número de memorias y ficciones literarias que generó el grupo en las dos décadas siguientes. La necesidad de recordar fue saciada, en gran parte, a un grupo de jóvenes con una amplia formación académica y cultural¹³⁶. En este plano, Moreno Juliá también ha insistido en el significado de este sector dentro de los voluntarios:

Al margen de tendencias políticas, los voluntarios representaban al conjunto del espectro social, pero eran clases medias urbanas y los estudiantes el sustento ideológico de la División. Probablemente, nunca una unidad

¹³⁶ Así lo ha señalado Núñez Seixas: “influyó sobremanera a la hora de explicar la abundancia de testimonios el hecho de que buena parte de los combatientes voluntarios de la DA, particularmente los expedicionarios de la *primera División* de 1941 y de los primeros reemplazos del año 1942, fuesen estudiantes universitarios o militantes falangistas de cierta formación escolar e intelectual. Además de que varios falangistas de cierto prestigio, como el poeta Dionisio Ridruejo o el novelista Tomás Salvador, se contaron entre quienes participaron en la aventura rusa, no hay que olvidar que un porcentaje más que apreciable de los voluntarios falangistas de la DA pertenecían a las secciones universitarias, estudiantes y juveniles de FET, sobre todo al Sindicato Español Universitario (SEU), y el recién nacido Frente de Juventudes” (2005a: 91).

española de combate ha tenido un integrado intelectual tan elevado como el que, entre 1941 y 1942, acumuló la División Azul (2005: 94).

3.3.3.3. *El enfrentamiento entre el Ejército y la Falange*

Como se ha podido observar, una de las principales ideas que contemplaba Ramón Serrano Suñer respecto a la unidad fue su carácter únicamente voluntario y falangista que excluía al Ejército. A pesar de estas intenciones, no hay que olvidar que la decisión final dependía del propio Franco. La empresa anticomunista se convirtió en un ejemplo más de las tensiones existentes entre los dos mayores representantes de la victoria sublevada en la Guerra Civil.

El objetivo era crear una legión de voluntarios, pero a instancias de los miembros del Ejército que apoyaban esta acción, se decidió que la mitad tenían que ser militares profesionales que debían ocupar los puestos de responsabilidad. Franco dejó hacer y así se inició el reclutamiento de voluntarios a quienes se animaba a presentarse desde las páginas de los periódicos (Montoliú, 2005: 175).

Las disputas internas tuvieron protagonismo desde su formación: el deseo de Serrano se veía frenado por el general Moscardó, quien controlaba la Milicia de Falange y, debido a su carácter castrense, no iba a permitir que a la Unión Soviética acudiera únicamente un grupo de voluntarios junto al *Heer*. Por otro lado, los falangistas confiaban en la celeridad de la Guerra y que de ella regresara una Falange reforzada¹³⁷. Ante esta actitud del Partido, el general Orgaz mostró su descontento, por lo que el 28 de junio el Estado Mayor Central decidió que todos los mandos procedieran del Ejército y se otorgara un tercio de las plazas de alférez y sargento disponibles para los azules. Esta disposición provocó que muchas de las jerarquías de Falange que se alistaron fueran como soldados rasos, al concederles el Ejército la graduación militar que marcara en aquel entonces su cartilla de movilización (Cardona, 2003: 79). Carme Agustí Roca ha insistido también en la imagen de la División como reflejo de la disputa entre unos y otros dentro del poder dictatorial: “arribat el moment de fer efectiva la creació real de la força expedicionària, la seva organització fou un fidel reflex de la lluita a tots nivells –que es remuntava ja a

¹³⁷ Como señala Preston, el poder de Serrano Suñer aumentó de tal manera que la hija del dictador le preguntaba a su padre –sirva a modo de anécdota– si mandaba en España más “papá o tío Ramón” (2002: 475).

l'inici de la guerra civil– que entalaren dins el règim els elements falangistes i els militars” (2003: 31).

Este enfrentamiento, tan antiguo como la sublevación, venía a demostrar que, al igual que había ocurrido en las tropas republicanas –imagen de la que abusó el franquismo, pero que no por ello es menos cierta–, existían diferentes planteamientos dentro del bando franquista y su posterior composición como gobierno del Estado. Se trata, si se suma a la Iglesia, de aquello que Alfonso Lazo ha denominado como “una familia mal avenida” (2008). La posición hegemónica que se atribuía Falange como propulsora de la *Blaue* se basó en la propia creencia errónea que la situaba como grupúsculo líder de la dictadura gracias al poderoso papel de Serrano y, sobre todo, a los derechos que se atribuía la *vieja guardia* –entre ellos los hermanos del *Ausente*– para ocupar el control del aparato. Los representantes del partido dejaban de lado a la unión antirrepublicana que había conseguido ganar la guerra e ignoraban que no representaban a la mayoría en el régimen ni los intereses de este. Esta supuesta supremacía conllevó a la creencia de que, según la óptica de Serrano, la responsabilidad de la devolución de la visita debiera recaer en FET y de las JONS, lo que debilitaría al resto de fuerzas que componían el franquismo. La alerta del sector militar e incluso en los partidarios de la monarquía se activó de inmediato (Rodríguez Jiménez, 2007: 36-37).

La composición mixta, más allá de cualquier decisión salomónica, respondía a un aspecto legislativo que Franco había dejado resuelto en diciembre de 1936 al otorgar el control de las milicias del partido a los jefes y oficiales del Ejército (López-Covarrubias, 2012: 53):

El 19 de diciembre [de 1936] Franco firmó un decreto que obligaba a las fuerzas de milicias a admitir entre ellas a oficiales del ejército de rango menor. Un día después un nuevo decreto procedía la militarización de todas las milicias, a partir de ahora sujetas al Código de Justicia Militar y bajo mando y encuadramiento de jefes y oficiales del ejército, aunque mantendrían su denominación de Banderas de Falange, Tercios de Requetés, etc., y sus propios emblemas (Rodríguez Jiménez, 2000: 251).

Para terminar, cabe señalar que las diferencias entre ambos bloques llegaron incluso a estar presentes en la denominación del grupo. A pesar de que su nombre oficial era División Española de Voluntarios, el cual se reservó para las notas oficiales procedentes de la Subsecretaría del Ministerio del Ejército –por orden de la Vicesecretaría

de Educación Popular–, en el resto de informaciones se utilizó el de División Azul (Rodríguez Jiménez, 2007: 101). Así lo ha expresado también Negreira:

La cierta rivalidad existente entre el sector militar y los falangistas respecto a las motivaciones y la propia ideología de la División se haría muy palpable en la denominación de la unidad. Así, mientras el Ejército la denominaba oficialmente División Española de Voluntarios, los falangistas y –justo es reconocerlo– la mayoría de la población civil se refería a ella exclusivamente como “*la División Azul*” (1991: 31).

3.4. LA DEVOLUCIÓN DE LA VISITA

La *cortesía* anunciada por Serrano Suñer en el balcón de la calle de Alcalá se cumplió. Los divisionarios devolvieron la visita que, según ellos consideraban, el país de octubre había realizado al colaborar con la II República, tanto en su creación como en la beligerancia durante la Guerra Civil. Como si de un partido de vuelta de una competición deportiva se tratara, los *convocados* para la destrucción del comunismo tomaron el camino del Este, cuya primera parada era el campamento militar de Grafenwöhr, en Alemania. Para llegar hasta allí, realizar tres semanas de instrucción y marchar a pie durante más de un mes al lugar de los acontecimientos bélicos fue necesario atravesar Francia y sentir en sus propias carnes los diferentes estados de ánimo de su población. El camino hacia la gloria moscovita iba a resultar toda una odisea.

3.4.1. Salida de España, paso por Francia y llegada a Alemania

Diecinueve viajes –cuatro desde Madrid y Sevilla, dos desde Valencia, Burgos y Vitoria, y uno desde Zaragoza, Lérida, Barcelona, Valladolid y La Coruña– trasladaron a un total de 18.104 soldados –2.612 mandos y 15.492 voluntarios de tropa–. En el campamento de Grafenwöhr se encontrarían con los 28 hombres que se habían trasladado unos días antes y que formaban parte de las “partidas aposentadoras” destinadas a poner a punto el alojamiento de sus compañeros (Moreno Juliá, 2005: 106, 111-112 y 403)¹³⁸. De las salidas enumeradas con anterioridad, y a diferencia de la multitudinaria despedida madrileña, se presenta el desolador adiós con el que fueron dispensados los *guripas* en la capital de Cataluña:

En contraste con el entusiasmo y la alegría demostrados hacia la mayoría de las unidades de la División de Voluntarios, la partida de otra expedición del

¹³⁸ A la labor de estos camaradas hacía referencia el coronel Martínez Esparza en su libro sobre la División Azul: “En la estación aludida [Grafenwöhr] éramos esperados por una comisión de Oficiales alemanes, así como por nuestros camaradas aposentadores que se habían adelantado y que conocían perfectamente los lugares en que, a su respectiva llegada, habían de alojarse cada Jefe y Oficial, cada Suboficial, cada pelotón de voluntarios, detalle que tenían señalado sobre un plano del campamento para más facilidad” (1943: 45).

Regimiento Vierna fue inequívocamente fría. Al disponerse a salir de Barcelona la décima expedición, los que se reunieron en la estación para la despedida fueron familiares, en su mayor parte, y oficiales de la guarnición. La temprana hora explicaba sólo en parte la ausencia de una multitud mayor. La capital catalana no había recibido con entusiasmo el reclutamiento. El comandante Mariano del Prado O'Neill, jefe de la expedición integrada por un millar de hombres, informó al Estado Mayor Central de que algunas madres de reclutas se presentaron en la estación y trataron de que sus hijos fueran dispensados del compromiso en el último momento. Dos de ellas dijeron que sus muchachos no tenían la edad, y otra que su hijo era inútil para el servicio. Más aún, se cambió la lista de voluntarios en el instante final. Frustrado, el comandante Prado culpaba de la situación a la carencia de una organización adecuada y a las deficientes normas de recluta de la Falange local (Kleinfeld y Tambs, 1983: 52).

A su llegada a la estación de Hendaya, los divisionarios fueron recibidos por sus correligionarios alemanes, quienes, a pesar del afecto mostrado hacia los españoles, hicieron que estos cumplieran de manera estricta con la higiene promulgada por los nazis, al obligarles a ducharse y desinfectarse. El consecuente cambio de tren debido al diferente ancho de vía llevó a los voluntarios a vagones de tercera de trenes alemanes para desfilar por Francia. Un país en el que se acabaron las lisonjas que habían recibido en España por parte de los ciudadanos y las chicas del partido y que se tornaron en hostilidades hacia quienes iban a luchar contra el comunismo. Este trato fue otorgado por simpatizantes de la Resistencia y por españoles republicanos exiliados. Se sucedieron diversos incidentes como el apedreo de los trenes, toda serie de insultos y algunas pancartas contrarias. La respuesta de los divisionarios no se hizo esperar y, pertrechados de piedras e incluso mediante el uso de las armas de fuego –así ocurrió en Saint-Piere-de-Tours, cerca de Burdeos–, respondieron a los contendientes, a quienes llegaron a perseguir para denunciar a las autoridades alemanas en algunas ocasiones. A pesar de que hubo gestos proclives por parte de algunos colaboracionistas y en la Francia ocupada incluso recibieron el agasajo de las autoridades alemanas, la presencia de compatriotas les recordaba que la hostilidad hacia ellos no había terminado (Rodríguez Jiménez, 2007: 83-85):

Pero entre los que increpan a los voluntarios hay unos que son más agresivos que otros. Y hablan en castellano. Les insultan, les mientan a la madre. Los que hacen eso son españoles de los que tuvieron que irse a Francia hace apenas dos años y medio, atravesando a pie los Pirineos, con sus hijos y algún bulto a cuestas, tiritando de frío y de miedo, esquivando las esquirlas de metralla de las bombas alemanas desde Cataluña hasta las playas de Argelès. Son hombres y mujeres que no han podido olvidar la derrota y que saben de la represión y la barbarie que sigue habiendo en su patria (Reverte, 2011: 85).

El mal sabor de boca que dejó en los *guripas* el paso por el país galo quedó anulado cuando llegaron a la localidad alemana de Karlsruhe, en la que “el paisaje cambia. La estación está adornada con infinidad de gallardetes, flores y banderas alemanas y españolas. Los voluntarios son recibidos con un calor que les abruma” (2011: 88). De todas las ciudades germanas fue la “que se llevó la palma en cuanto a atenciones prodigadas y muestras de entusiasmo popular” (Moreno Juliá, 2005: 114), una bienvenida “con abundante presencia de civiles, curiosos por ver a la tropa de una nación amiga y asolada dos años atrás por una guerra civil en la que Alemania había tomado parte y sobre la que, lógicamente, se había informado, es un decir, con profusión” (Rodríguez Jiménez, 2007: 86). La actitud de esta ciudad se repitió con la admiración demostrada por la ciudadanía alemana y las féminas de las *Hitlerjugend*, quienes de manera análoga a la de las integrantes de la Sección Femenina, colmaron de tabaco y caramelos a los azules. Entre todo este fervor, el 20 de julio la División Española de Voluntarios pasó a ser la División 250 del Ejército alemán y se reestructuró en tres Regimientos de Artillería como mandaban las ordenanzas del Tercer Reich (Negreira, 1991: 30).

3.4.2. La estancia en Grafenwöhr: jura de fidelidad al *Führer*

Los españoles realizaron la instrucción previa al combate en el campamento militar de Grafenwöhr, situado en Baviera, al sur de Alemania. El lujo de las instalaciones, el trato con las lugareñas del pueblo homónimo que les acogía y las comodidades dejaron huella en los divisionarios, sobre todo si eran comparadas con la triste España de postguerra y entendidas dentro del contexto militar. Más que parte del ejército que prometía arrasarse Europa, muchos se sintieron clientes de un complejo vacacional. Del 17 al 23 de julio llegaron las expediciones que se distribuyeron del siguiente modo: casi la totalidad de la División se estableció en el Campamento Norte, mientras que el Regimiento Vierna, el Grupo de Artillería Pesada y el Batallón de Zapadores estaba a unos doce kilómetros de distancia de sus compañeros, en el Campamento Sur. La jornada diaria se iniciaba a las 5.45 horas y terminaba a las 23.30, un régimen de cuartel habitual que dejaba libre la tarde de los días festivos (Moreno Juliá, 2005: 123-125). Más allá de esta rutina, los *guripas* “quedan fascinados por las instalaciones que les acogen. Todo es grande, todo está escrupulosamente limpio, los caminos internos están asfaltados, y hay un gran lago

en el interior del complejo” (Reverte, 201: 95), era “realment com una ciutat, hi havia tot tipus d’establiments, tant comerços como espais d’oci” (Agustí Roca, 2003: 79). La grata impresión que dejó en ellos viene demostrada por “las postales compradas [en el campamento] por los divisionarios para enviarlas a sus familiares, incluidos los soldados que no saben escribir” (Rodríguez Jiménez, 2007: 87), por lo que puede decirse que su día a día “resultaba relativamente agradable, al menos todo lo agradable que permitía la situación” (Puente Fernández, 2012: 80). Los jóvenes españoles, boquiabiertos los que más, se encontraron ante una realidad desconocida y que no se asemejaba en nada a lo visto en la España franquista. Los voluntarios se adaptaron como pudieron a la vida del campamento, algunas veces con mayor acierto y otras con el pronunciamiento del irreversible carácter hispano y su choque con la sintonía de vida alemana:

La vida en el [campamento de] Grafenwöhr vino marcada por multitud de acontecimientos. Un contingente de miles de hombres venidos de otro país, con unos parámetros culturales muy distintos, no pudo, como mínimo, más que generar una gran variedad de situaciones, ni siempre amables ni siempre desgraciadas. Hubo, ciertamente, de todo: problemas por resolver, necesidad de adaptación, deseo de superación, esfuerzo, incidentes desagradables, amistad... En todo caso, un mundo nuevo se abrió a los ojos de aquellos jóvenes, que en su mayoría jamás habían viajado al extranjero; y que muy pronto hicieron gala de un derroche de vitalidad típicamente latina, algo no siempre entendido por sus anfitriones (Moreno Juliá, 2005: 129-130).

El primer problema con el que se encontró la División en el campamento fue su organización en cuatro Regimientos, que chocaba con la disposición alemana en tres. Los cuatro coroneles asignados en un principio a cada uno de los grupos –Rodrigo, Pimentel, Vierna y Esparza– fueron reorganizados por el general Muñoz Grandes para seguir las ordenanzas germanas. El damnificado fue Rodrigo, curiosamente el más veterano de todos ellos –motivo por el cual se creía inmune ante tal decisión–, que pasó a ser el segundo jefe de la División. Tras la reestructuración para adaptarse a las necesidades de la *Wehrmacht* e integrarse como su División 250, la estructura quedó fijada del siguiente modo: en el Cuartel General se encontraban el Mando, con la figura del general en jefe –Muñoz Grandes– a la cabeza, quien contaba con tres ayudantes, varios oficiales directamente a sus órdenes –uno del Ejército del Aire y otro intérprete–, y una Oficina; el Estado Mayor, con el coronel –jefe– y el teniente coronel –subjefe– y cuatro secciones –personal, información, operaciones y servicios–. A estos les seguían los servicios y tropas adscritas y la Jefatura de Armas y Servicios. Los tres Regimientos de Infantería,

conocidos por su numeración pero, sobre todo, por el nombre de su coronel –262 o Pimentel, 263 o Vierna y 269 o Esparza– contaban cada uno con: Plana Mayor Regimental; Primer batallón –Plana mayor y compañías 1^a, 2^a, 3^a y 4^a–; Segundo batallón –Plana mayor y compañías 5^a, 6^a, 7^a y 8^a–; Tercer batallón –Plana mayor y compañías 9^a, 10^a, 11^a y 12^a–; la 13^a Compañía de Cañones; y la 14^a Compañía de Antitanques. Y acompañaban a la jerarquía divisionaria y la infantería el Batallón de Depósito 250 –unidad mixta–, que acogía Plana Mayor y Tres Compañías –dos de infantería y una con personal de artillería, ingenieros, transmisiones y sanidad–; y las Unidades Independientes –No Regimentales–, compuestas por el Grupo de Exploración 250, el Grupo de Transmisiones 250, el Grupo Antitanque Divisionario 250 y el Batallón de Zapadores 250. Por último se encontraban los Servicios de los cuales disponía el grupo de voluntarios: Sanidad, Farmacia, Veterinaria, Armamento-Acondicionamiento-Equipo, Intendencia, Transportes, Intervención, Pagaduría, Información interna, Correos, Guardia y Vigilancia, Justicia –Secciones de Auditoría y Fiscalía–, Defensa Pasiva y Servicio Eclesiástico (Kleinfeld y Tambs, 1983: 56-61 y Moreno Juliá, 2005: 126-127).

Dentro de las novedades que encontraron los españoles en la vida del complejo militar merece la pena pararse en las relaciones que establecieron con el sexo opuesto. Aunque es un tópico que puede analizarse de manera más detenida dentro de la literatura de los voluntarios, y que se extiende al territorio ruso y los periodos de convalecencia en Riga en lo que puede denominarse como el *donjuanismo divisionario*, es necesario señalar cómo los españoles tomaron contacto –la mayoría de ellos por primera vez– con las mujeres extranjeras¹³⁹. En primer lugar hay que indicar que “los soldados deberían respeto a las mujeres que regentaban las cantinas, esposas de combatientes” (Moreno Juliá, 2005: 123), a pesar de lo cual “unos cuantos soldados se saltan la disciplina militar, con la complicidad o no del personal de guardia, para hacer un recorrido nocturno por los pueblos de los alrededores, de cervecería en cervecería, y probar suerte con las alemanas” (Rodríguez Jiménez, 2007: 93). En relación con la moral del nuevo Estado puede imaginarse la torpeza de estos chicos, “que sabían poco de cuestiones sexuales y que casi

¹³⁹ El estudio ofrecido más abajo sobre la imagen de la mujer en la literatura divisionaria es el resultado de la construcción, por parte de estos autores –y que no se abandonará en las ficciones más recientes–, de toda una serie de hazañas conquistadoras en las que, como si de un amor bucólico se tratase, los jóvenes españoles se entregaban a estas novias fugaces con una pasión inusitada, como si ellas hubieran esperado la incorporación del contingente a las tropas de la *Werhmacht* solo para tener la posibilidad de relacionarse con ellos. En realidad, y como muestra este ejemplo, las relaciones no siempre entraron dentro del contexto del consentimiento y en algunas ocasiones fueron fruto del aprovechamiento, por parte de los *guripas*, de la situación límite en la que se encontraban las prisioneras de guerra.

ninguno había visto ni sabía lo que era un dispositivo para evitar un embarazo no deseado”, a quienes “sorprende el reparto de preservativos por la intendencia alemana y la posibilidad de comprarlos en máquinas expendedoras instaladas en tabernas y otros establecimientos” (2007: 93-94). Los acercamientos entre ambos se produjeron y “pese a que muchos de los éxitos que los divisionarios dicen haber cosechado con las chicas alemanas parecen excesivos (...) es seguro que algunos se echaron novia y que otros disfrutaron de encuentros sexuales esporádicos”, una indisciplina que provocó la publicación de una *Hoja de instrucción para los soldados españoles* por parte de las autoridades locales, en la que “[se] advierte a la tropa de que las chicas alemanas tienen prohibido estar en la calle sin ser acompañadas por su padres o personas autorizadas después de las nueve de la noche, y que la policía asume el control correspondiente” (2007: 94). Ante tal restricción en el horario de salida de las germanas los azules, entre quienes habían perdido la inocencia y los que llegaban resabiados desde España, “dirigieron la vista hacia las mujeres polacas que eran empleadas como mano de obra esclava, a las que habían visto trabajando en la calle bajo vigilancia militar y cuyos barracones estaban situados en las inmediaciones del campamento” (2007: 95). La prohibición se amplió al abarcar a las prisioneras, orden a la que hicieron caso omiso a sabiendas que a estas mujeres “se [las] puede comprar por un poco de comida”, aunque cabe decir que “los malnacidos que practican ese comercio son pocos (...) [a pesar de que] alardean de sus conquistas en las tertulias de barracón que preceden a la entrega al sueño” (Reverte, 2011: 101). Estos actos de prostitución muestran que no siempre fueron tan nobles las relaciones que los divisionarios mantuvieron con las mujeres al aprovecharse de las prisioneras.

El último hecho reseñable de los sucedidos en el campamento fue el juramento a Hitler que realizaron los divisionarios el 31 de julio. El acto, polémico por la promesa al mandatario alemán, que era su líder al estar la División integrada en la *Wehrmacht*, y la ausencia del nombre de Franco a pesar de su posición como jefe de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire españoles ha sido motivo de controversia. El acto se desarrolló según las pautas militares exigidas: a las 8 de la mañana caminaron durante una hora hasta el campamento de Kramerberg, dentro del complejo de Grafenwöhr y formaron frente a Muñoz Grandes y el general Cochenhausen. Tras desfilar una compañía alemana de honor, los abanderados alemán y español se situaron en la tribuna y recibieron al general Fromm, quien figuró en nombre de Hitler. Se escuchó una misa de campaña a las 10 y, tras ella, Cochenhausen pronunció la siguiente fórmula: “¿Juráis ante Dios y por vuestro

honor de españoles absoluta obediencia al jefe del Ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante por cumplir este juramento?”, a lo que respondieron afirmativamente los soldados allí presentes –se hicieron dos ceremonias posteriores para quienes no pudieron acudir por encontrarse de baja o en puestos de imposible abandono– y que refrendó el general Muñoz Grandes en representación de ellos (Moreno Juliá, 2005: 132-133). Aunque la tendencia mayoritaria entre los historiadores del grupo y de las relaciones hispano-alemanas durante los periodos de la Guerra Civil y la II Guerra Mundial es no profundizar en el significado de este acto, algunos de los estudiosos han señalado su visión al respecto. Para Proctor, el juramento al *Führer* –y no a Franco– respondía al contenido que como lucha específica contra el comunismo tenía la División Azul y resalta que “tampoco se juró sumisión a Alemania” (1972: 150). El autor está en lo cierto, pero no denota, como sí lo hace Rodríguez Jiménez, “que no se especificaba que la intervención española tendría como marco la guerra entre Alemania y la URSS”, por lo que “esa expresión podría llegar a adquirir una significación más amplia” (2012: 108). No lo ha visto así Ibáñez Hernández, para quien, según la fórmula, los divisionarios “limitaban su actuación al Frente del Este, contra el Ejército Rojo” (1996: 69). El aspecto geográfico no es resaltado por Romero y Peña, quienes han señalado que la fórmula “específica que la fidelidad prestada al Führer es sólo en la lucha contra el comunismo” (2012: 24). Bien podría haberse exigido la participación a los españoles, si se sigue al pie esta interpretación, en el caso de extenderse la lucha anticomunista a otros territorios. Más allá del terreno de actuación, López-Covarrubias ha indicado cómo la fidelidad a Hitler ha sido utilizada “posteriormente por diversos colectivos e individuos para achacar a los españoles ciertas responsabilidades con respecto a la política de exterminio nazi”, lo que no tendría ningún sentido para el autor que considera “incuestionable (...) la nula responsabilidad de los españoles en la política exterminadora de los nazis, tal como ésta se ha conocido posteriormente” (2012: 112). Y sin llegar a juzgar las acciones de los divisionarios, Reverte ha resaltado que los españoles colaboraban con la captura de partisanos y judíos, y los entregaban a la *Wehrmacht*, porque eran parte de esta y “tienen que ser fieles a su juramento y a las órdenes que establecía la fórmula de colaboración entre las SS y el ejército en la Unión Soviética” (2011: 176). En cambio, según el autor, los italianos no colaboraban en estas tareas, lo que se debería a “una importante diferencia de base” ya que ellos eran aliados y no miembros del *Heer*, por lo que “han jurado lealtad a algo tan repulsivo como el fascismo, pero no al *Führer*, que exige la eliminación de los

eslavos y de los judíos gitanos” (2011: 176). Evidentemente, no quieren decir estas palabras que Reverte acuse a los españoles de tomar parte en la solución final, solo señala que, “les guste o no, los voluntarios forman parte de una guerra criminal. Lo han jurado” (2011: 177). Y es así como debe interpretarse la problemática que aún hoy en día genera el juramento de la División Azul: las autoridades españolas erraron al desconocer la fórmula que iba a utilizarse, ya que no indicaba el lugar exacto de la batalla –solo se aludía al comunismo– pero el grupo se formó solamente para luchar contra la Unión Soviética y dentro de sus límites geográficos –incluidos los territorios conquistados–. Sería pecar de ingenuidad el incluir a sus miembros en el mismo saco que sus camaradas solo por haber prestado juramento a Hitler. Eran parte del Ejército del Tercer Reich, en la que conformaban la División 250, y solo podían mostrar su adhesión al líder del mismo. Demostrado está que la inmensa mayoría de los españoles no aplicaron el mismo trato sobre la población polaca, soviética y judía del que fueron autores los alemanes.

3.4.3. La División peripatética: mil kilómetros a pie

Tres escasas semanas de instrucción fueron consideradas como suficientes para mandar a la unidad al frente de batalla. El 19 de agosto comenzaron a salir de Grafenwöhr las diferentes expediciones que formaron un cómputo global de sesenta y seis, repartidas en doce trenes diarios, que a lo largo de nueve días circularon, algunas por la vía de Berlín, para llegar a los puntos de Suwalki y Grodno. A este periodo de poco más de una semana de duración le siguió todo un mes de caminata. Durante treinta y un días los divisionarios tuvieron que cubrir los novecientos kilómetros que les separaban de Smolensko a pie debido a “que el ya famosísimo Ejército de la Blitzkrieg en realidad tenía pocos camiones y se movía principalmente a pie” (Payne, 2008: 234). Este hecho, que se convirtió en un “auténtico calvario” (Núñez Seixas, 2016: 114) y que “constituye uno de los mitos de la mística divisionaria” (Moreno Juliá, 2005: 135), encuentra su origen en dos razones: la primera de ellas se debe a que al no aportar España los camiones de transporte los alemanes tampoco se hicieron cargo de ello, por lo que el desplazamiento comenzó antes de tiempo. Y la segunda estaría relacionada con la escasez en la duración del periodo de instrucción, por lo que la marcha serviría para completar este. La tarea se organizó con caminatas diarias entre los treinta y los cuarenta kilómetros, con un descanso de entre cinco y diez minutos cada seis mil metros, lo que alargaba la jornada a las ocho horas. Se

dispuso de días de descanso y también se realizaron actividades de instrucción e incluso, cuando la distancia con el frente se acortaba, fue necesario construir trincheras ante la sucesión de ataques aéreos. La División tuvo que pagar un precio inesperado en el traslado, ya que fallecieron 11 soldados y 44 caballos. 957 fueron los equinos que quedaron inútiles y 77 los vehículos inservibles, números para estos dos últimos datos que los alemanes elevaron a 1.205 y 100 respectivamente. Las incomodidades vinieron acompañadas de un panorama desolador en el que no faltaban los caídos alemanes y rusos sin enterrar, el material de guerra destrozado y la presencia de caravanas de judíos y prisioneros de guerra con destino a los campos (Rodríguez Jiménez, 2007: 104-105 y Moreno Juliá, 2005: 134-138)¹⁴⁰.

Dentro de las paradas que hicieron los divisionarios cabe destacar las breves estancias en Grodno –del 27 de agosto al 3 de septiembre–, Vilna –del 8 al 11 de septiembre– y Minsk –del 14 al 19 de septiembre–. En estas ciudades los azules pudieron ser testigos, por primera vez, del trato vejatorio que recibían los judíos que en ellas habitaban y del que Reverte ha conseguido aislar la mitificación de la caminata y mostrar aquello que los españoles, si no siempre lograron ver, al menos sí pudieron adivinar. La primera de las ciudades, Grodno, “se ha convertido en un montón de escombros” y “es ahora la puerta del infierno” (2011: 128). En este averno los soldados “empiezan a observar signos cada vez más potentes de que está ocurriendo algo cuya envergadura no pueden conocer” (2011: 130) y “aunque no tienen noticia directa sobre qué está pasando (...) hay más que intuiciones sobre (...) lo que sus aliados alemanes están realizando” (2011: 133)¹⁴¹. En las afueras de la segunda, Vilna, permanecieron tres días en los que pudieron conocer la situación de los judíos, quienes vivían hacinados en un gueto y tenían prohibido salir del mismo a no ser que fuera para trabajar. Además, el tiempo que pasaron en la ciudad coincidió con la ejecución gran parte de su población judía (2011: 147-148). Y en la tercera de las localidades, Minsk, también observaron la penosa situación de los judíos que la poblaban, aunque en esta ocasión sí atendieron las órdenes alemanas y no

¹⁴⁰ Si se desea observar el mapa con el recorrido, tanto a pie como en tren, de la División Azul hasta el frente de batalla, es recomendable consultar el que ofrece Negreira (1991: 42-43).

¹⁴¹ Kleinfeld y Tams también han narrado el primer contacto de los españoles con la cuestión judía en Grodno: “Los españoles observaron que los judíos se reunían a las seis de cada mañana en las sinagogas, donde formaban cuadrillas de trabajo bajo el ojo atento de suboficiales alemanes. Estas cuadrillas se encargaban luego de retirar los escombros de las calles, limpiar los cuarteles para las fuerzas de ocupación y reparar las carreteras. Por esta labor recibían un poco de pan y un plato de comida. Fue esta la primera ocasión que tuvieron los voluntarios de observar el funcionamiento de la política racial nazi. Los restantes judíos de Grodno no tenían entonces idea de cuál iba a ser su muerte, ni sabían los españoles a qué extremos llevarían los nazis sus persecuciones. En sus esfuerzos por mantener aparte a los hebreos, los alemanes recordaban una y otra vez a los españoles que no tuvieran contacto con las mujeres judías” (1983: 83).

se relacionaron con ellos (2011: 152). Mientras los soldados proseguían su camino Muñoz Grandes se reunió el 1 de septiembre con Hitler en Rastenburg, quien iba a comunicare el día 26 del mismo mes que unidad a su mando debía desviarse hacia el norte y no participar en la conquista de Moscú, el sueño de la agrupación, una noticia por la que el líder de los voluntarios “quedó abatido, roto el sueño, tan largamente acariciado, de luchar por la toma de la capital” (Moreno Juliá, 2007: 282). La decepción del general se trasladó a todos sus hombres, quienes debieron desviarse para llegar a Vitesbk, donde el Cuartel General de la División recibió la orden de lucha en el río Voljov, concretamente en el frente de Novgorod. Allí iban a servir de reemplazo para una parte de la 126 División. Los primeros días de octubre sirvieron para organizar y comenzar el traslado de los divisionarios en tren hasta Novgorod, en el que algunas expediciones se encontraron con problemas por la voladura de un puente, por lo que se vieron obligados a permanecer en Novo-Solonik –donde protagonizaron saqueos a la población empujados por el hambre–. Con la llegada del Cuartel General a Grigorovo el 11 de octubre, la marcha de cincuenta y tres días podía darse por terminada (2005: 139-144).

3.4.4. En el frente de batalla

Condensar la lucha activa de la División Española de Voluntarios en el frente del Este en unas pocas páginas puede parecer un acto destinado a empequeñecer el papel de los voluntarios en las diferentes batallas en las que contendieron. A pesar de contar con una escasa cuantía de hombres en relación con la magnitud total de participantes en la II Guerra Mundial y de perdurar, solo la División Azul, dos años escasos en la misma, la labor que llevaron a cabo ha rellenado páginas de gloria y trauma en la historia del grupo. Durante este periodo fueron protagonistas tanto de momentos de gran efectividad contra el Ejército soviético como víctimas de ataques que dejaron un alto número de decesos. A grandes rasgos, hay que señalar tres puntos en el mapa de la aventura divisionaria: el río Voljov, el cerco de Leningrado y la batalla de Krasny Bor. A estos nombres, que actúan como cajones que encierran otros más concretos pero no por ello menos importantes o presentes en los textos divisionarios –el lago Ilmen, Novgorod, Possad, Otenski, la *Posición Intermedia*, Mestelewo, Kolpino, el *Alcázar* o el *Dedo* son ejemplo de ello–, se unen los de la retaguardia, donde la estrella es, sin lugar a dudas, la ciudad de Riga. En la capital de Letonia los divisionarios se recuperaban en uno de los hospitales destinados

para tal fin y, en la mayoría de las ocasiones, disfrutaban de una ciudad alejada del terrible frente y donde los placeres que parecían más lejanos para un soldado estaban a su disposición¹⁴².

La entrada en combate se produjo el 12 de octubre de 1941. Que se haya señalado el *Día de la Raza* como fecha para el inicio de la participación de los voluntarios solo alimenta la hagiografía de un grupo que tendría que sufrir la dureza de la guerra más cruenta conocida hasta el momento¹⁴³. En ese instante comenzó la actividad de la División 250 que duraría justamente dos años, hasta que el Segundo Batallón del Regimiento 262 protagonizó el último ataque contra las fuerzas soviéticas. Un total de catorce meses en los que la sangre tiñó la nieve de rojo y bajo la que quedaron los cuerpos de varios millares de españoles (Moreno Juliá, 2005: 190).

3.4.4.1. *La lucha en el Voljov (octubre de 1941-agosto de 1942)*

La División Azul se estableció a lo largo de cuarenta kilómetros en la orilla sur del río Voljov, cerca del lago Ilmen –al norte del río se encuentra el lago Ladoga– y junto a la población de Novgorod. La primera línea española estaba cubierta en la parte septentrional por el Regimiento 269, la central por el 263 y dos batallones del 262 ocupaban la zona meridional, apoyados cada uno de ellos por la Artillería –dividida, evidentemente, en tres grupos–. El resto de formaciones quedaron en reserva. Además de Novgorod, prácticamente destruida pero con el Kremlin en pie, a poco más de un kilómetro se encontraba la pequeña Grigorovo, con el puesto de mando de la División Azul. El día 12 de octubre los Batallones segundo y tercero del Regimiento 262 reemplazaron a los alemanes y ejecutaron su primer intercambio de fuego, que dejó un

¹⁴² El coronel Bescos Torres ya ha establecido el funcionamiento del servicio de Sanidad. El equipo material y humano con el que contaban las dos Compañías de Sanidad estaba compuesto de treinta y seis camillas, diez ambulancias hipomóviles y treinta automóviles, un Puesto de Socorro y Clasificación –a una distancia entre 8 y 11 kilómetros– para cada una de las Compañías con un número entre cuarenta y ochenta camas, una farmacia y servicio de odontología. El hospital de campaña podía albergar hasta doscientas camas. A la cabeza se situaba un comandante médico al que podían acompañar treinta oficiales, setenta suboficiales y quinientos miembros de tropa (1995: 185-186).

¹⁴³ Los historiadores de la División Azul no se ponen de acuerdo sobre este punto concreto: Moreno Juliá sí señala el 12 de octubre como “el bautismo de fuego de la División” (2005: 162). Otros, como López-Covarrubias, dan mayor importancia al día 15, que es el momento en el que la lucha no encontrará descanso, y señalan la mitificación del día 12: “Es curioso el hecho de haber encontrado en muchas publicaciones consultadas la fecha del 12 de octubre como el primero en que la División Azul entra en combate, alardeando el autor de turno de coincidir con el «día de la Raza», en una visión, como vemos, simplista, partidista e idealizada de la intervención española en Rusia” (2012: 129).

registro de tres muertos y veintitrés heridos. En los días sucesivos comenzaron los ataques continuados y el día 16 sufrió una de las bajas que mayor significado tendría a lo largo de la memorística del grupo: murió Javier García-Noblejas, miembro de la *Vieja Guardia* de Madrid y cuya insigne familia falangista incluía a varios caídos en la Guerra Civil, prestigio acrecentado en su persona al ostentar la Flecha de Plata de Falange. A pesar de este incidente, a lo largo del mes de octubre se hizo con las plazas de Sitno, Tigoda, Dubrovka y Nilitkino, acciones en las que destacó el número de prisioneros que consiguió hacer –sirvan como ejemplo los 250 del día 23, los 126 del día 27 o los 300 del día 28–. En consonancia con la orden número 8 de la *Agrupación von Roques* del 1 de noviembre se trasladó a Possad y sus inmediaciones, donde se encontraba también Otenski, trágica villa en las evocaciones del grupo (Kleinfeld y Tambs, 1983: 130-148; Moreno Juliá, 2005: 161-166 y Negreira, 1991: 45).

Durante la intensa batalla en la zona de Possad y sus alrededores, que se alargó durante todo el mes de noviembre y parte de diciembre, “se reproducen escenas que no van a ser olvidadas fácilmente por los que participan en los combates”, ya que no se podía, ni “siquiera, enterrar a los caídos” e incluso los heridos no podían “ser evacuados, ni atendidos” (Lopez-Covarrubias, 2012: 134). La dureza del combate se pudo comprobar desde sus inicios, ya que el 13 de noviembre se registraron 119 bajas y especialmente duros fueron los tres días que abarcan del 16 al 19 debido al apoyo aéreo de las fuerzas soviéticas. Durante estos ataques, el puesto de mando de Grigorovo recibió la visita del general José Moscardó, quien acudió a Sitno a un acto de homenaje a los caídos de la División Española de Voluntarios, cuyo número aumentaba a diario. Diciembre se inició con idénticas dificultades para los divisionarios, que a duras penas conseguían sostener Possad y Otenski mientras las posiciones ganadas en el mes de octubre eran atacadas por la artillería enemiga, que dejó un gran número de muertos entre los *guripas*, como los 113 que perecieron el 4 de diciembre. Ante tal situación, que venía acompañada por las temperaturas de un duro invierno durante el cual el termómetro alcanzó los 40 grados bajo cero –con el consiguiente problema de la congelación–, se decidió establecer a la *Blaue* en un frente defensivo invernal al oeste del Voljov. El estar parapetada no significó el cese de las hostilidades, que se produjeron incluso en los días de Nochebuena y Navidad. El día 27 los voluntarios protagonizaron el combate de la *Posición Intermedia*: llamada así porque se encontraba en el lugar de enlace entre las poblaciones de Urdanik y Lobkovo –en la zona occidental del Voljov, más al norte de Possad que se situaba en la otra orilla–, en ella el pelotón del alférez Rubio Moscoso fue atacado por los soviéticos.

A la solicitud de apoyo respondió, desde Grigorovo, el comandante Tomás García Rebull. Muertos los españoles que defendían la zona, los rusos accedieron a la retaguardia de las dos localidades que limitaban la *Intermedia*. La llegada de los hombres de García Rebull fue fulminante y consiguieron aplacar a las fuerzas rusas, que habían clavado los cadáveres de los españoles al suelo con picos para romper el hielo. Ante tal brutalidad no fue menos la de los españoles, lo que tuvo un resultado de 1.080 bajas soviéticas y ningún prisionero (Moreno Juliá, 2005: 167-169). He aquí uno de los hechos que no pueden ser motivo de orgullo para sus integrantes: como señala López-Covarrubias al referirse al acto, los *guripas*, al observar la macabra escena en la que los cadáveres de sus compañeros habían sido cruelmente vejados, sintieron cómo “venganza llama a venganza y la locura se convierte en un círculo vicioso” (2012: 163), cuando “los rusos, en retirada, fueron cazados sin contemplaciones” (Román Jiménez, 1994: 181). Emilio Font, nieto de uno de los autores de este acto, señala que su abuelo pertenecía a un grupo de legionarios que fueron encuadrados en el Regimiento 269, unos soldados que “eran temidos por sus propios compañeros de armas, por su jefe García Rebull e incluso por los soldados alemanes” (2003). Este comportamiento que, de acuerdo con el autor, para nada es extensible al resto de la División, cuyo papel “fue noble en la victoria y en la derrota, con los prisioneros y los civiles, con los vivos y los muertos” (2003), era descrito así por su familiar:

Cuando atravesaron el campo de batalla en sombras se acercaron a la Vieja Capilla, sacaron los cuchillos y las bayonetas y se lanzaron a un combate cuerpo a cuerpo. Él lo recordaba así: «Nos metimos en sus trincheras y los sacamos a bayonetazos. Después corrieron sobre la nieve gritando “Vojna kaputt” [“la guerra se acabó”] y los abatimos a placer. Primero uno, luego otro. Sin prisioneros. Sin supervivientes. Y nosotros a lo nuestro. Muchos muertos, deformados por los culatazos, eran una mezcla de hueso y carne. En sus bolsillos llevaban los objetos que habían robado a los españoles» (2003).

El primer mes del año 1942 comenzó con el dato de más de mil cuatrocientos hombres caídos en apenas tres meses de guerra, acompañado del rigor del invierno más frío que había conocido el lugar en las últimas décadas y la escasez de comida, que cubría unas tres mil kilocalorías diarias. La labor de los divisionarios era reconocida con unas ambiguas palabras de Hitler, que resaltaban el valor y la tenacidad de los españoles pero a los que no dejaba de calificar como andrajosos e indisciplinados. Al menos, parecía mostrar más respeto por los soldados españoles que por sus líderes, quienes no habían

dejado una grata impresión en el *Führer*. En estos primeros días de enero Stalin organizó el ataque en la zona en dos frentes: el *Noreste* de Kurotschkin y el *Voljov* de Meretzkov. El objetivo soviético era establecer la conexión con Leningrado a través del ataque al sur del lago Ilmen, una ofensiva ante la que 27 unidades nacionalsocialistas se enfrentaban a 75 rusas distribuidas a lo largo de 600 kilómetros. Los problemas llegaron cuando 543 hombres de la División 81 del *Heer* quedaron cercados en la población de Vsvad. Mientras que a las tropas alemanas, que eran atacadas por las de Kurotschkin, las socorrió el Segundo Batallón del Regimiento 269, el general Muñoz Grandes ordenó a la *Compañía de esquiadores*, con el capitán Ordás a la cabeza, que acudiera al rescate de los alemanes sitiados. Estos hombres, protagonistas de uno de los episodios de mayor gloria de la División Azul y que ha sido calificado como una “gesta suicida” (Moreno Juliá, 2005: 171), se desplazaron a un ritmo muy lento a lo largo de once días y soportaron temperaturas de cincuenta y dos grados bajo cero, en los que lograron conquistar seis aldeas –con ayuda alemana y letona– hasta llegar a Vsvad. El objetivo se logró pero requirió un alto precio: se contabilizaron, entre muertos y congelados, 228 bajas. Solo 12 hombres llegaron sanos y salvos. Esta hazaña mejoró la imagen de la unidad y la dotó de “cierta aureola de inexpugnabilidad [sic]”, un hecho que “difícilmente casaba con los postulados raciales del nazismo y con el tradicional orgullo del OKH [*Oberkommando des Heeres*, «Alto Mando del Ejército alemán»]” (Moreno Juliá, 2005: 171). La operación le valió al capitán Ordás la concesión de la Medalla Militar Individual del Ejército español y la Colectiva a la Compañía¹⁴⁴. Mientras esto sucedía, el *Batallón Román* continuó en el *Frente Voljov* y sufrió bajas aunque en la localidad de Mal Samoschje consiguió deshacer el cerco al que eran sometidos 140 hombres de la 126 División e hizo, con la colaboración de una compañía del Regimiento 263, más de 300 muertos. Por su labor también consiguieron el reconocimiento del general de la División Azul, quien concedió al grupo la Medalla Militar Colectiva (2005: 170-173).

¹⁴⁴ La repercusión de la acción de los esquiadores ha sido señalada también por Barrachina Juan en el estudio que dedicó a la misma. Aunque es preciso en los detalles, no huye del tono laudatorio que caracteriza a una gran parte de la historiografía divisionaria: “Por todo el frente se difundió inmediatamente la acción llevada a cabo por la Compañía de Esquiadores. La revista alemana *Signal* se ocupó de ello e incluso de forma gráfica. Lo mismo ocurrió con las distintas *Hojas de campaña* que portaban noticias para los soldados españoles. De las múltiples acciones llevadas a cabo por la División Azul, quizás sea ésta, la librada por la Compañía de Esquiadores, la que más gloria dio a la División Azul. Y por si fuera poco, de las obras históricas que tratan de la División Azul, especialmente de autores extranjeros, la acción bélica que más admiración y cariño despierta siempre es ésta precisamente, la gesta épica del Lago Ilmen” (1994: 80).

En el mes de marzo Hitler convocó en Rastenburg a Georg von Küchler, Ernst Lindemann y Friedrich-Wilhelm von Chapius para ultimar la Operación *Raubtier* – Predador– que estaba “destinada a cercar y destruir la bolsa soviética al oeste del río Voljov” (2005: 173). Se trataba de la esperada ofensiva de primavera que pretendía arrebatarse la iniciativa que, en la zona, pertenecía a los rusos. Para ello se planeó que el XXXVIII Cuerpo de Ejército –transferido del 16º al 18º Ejército–, que integraba a la 126 División y a la División 250, y al que para esta operación se sumó la 58 División, se reuniera en Kretshno con el I Cuerpo de Ejército, lo que rechazó Hitler, quien ordenó el desplazamiento hacia el norte por la carretera que unía Novgorod y Chudovo, lo que debería ocurrir el día 7, aunque por las inclemencias del tiempo tuvo que retrasarse hasta el día 15. Mientras los españoles realizaban algunas operaciones y *golpes de mano* en el transcurso de estos días, el 13 le fue concedida al general Agustín Muñoz Grandes la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. El ataque a la bolsa del Voljov comenzó el señalado 15 con la participación española de la Plana Mayor de un grupo artillero, cuatro baterías y el *Batallón Román*. La respuesta soviética fue fulminante, consiguió entrar por el lugar que abandonaba este último grupo de españoles y causó numerosas bajas en los alemanes. La penosa situación del XXXVIII Cuerpo de Ejército, abocado a su destrucción, fue resuelta por el I Cuerpo, que consiguió cercar el día 20 en la bolsa a 130.000 hombres. Los soviéticos, a las órdenes de Vlasov, a quien Stalin le había negado la posibilidad de avanzar por el río tras abrir una brecha, atacaron el 2 de abril a los soldados de Román, que se encontraban de guarnición en Krutik. En el intercambio de fuego los rusos utilizaron tanques T-34 que los españoles consiguieron rechazar con granadas de mano, pero que no fueron suficientes hasta que el apoyo alemán consiguió reestablecer la línea del frente (2005: 173-175).

Al mismo tiempo comenzó a organizarse el relevo del grupo. La merma de efectivos que habían sufrido los germanos en un frente que no había respondido al método de la *Blitzkrieg* llevada a cabo con éxito hasta 1941 afectó a los voluntarios españoles. Para tal efecto se creó en Berlín la *Jefatura de Servicios de Retaguardia* y regresaron a España 1.303 soldados en el 1º *Batallón de Repatriación* al mando del coronel Pimentel y 1.435 en el 2º *Batallón de Repatriación* con el teniente coronel Gómez Zamalloa a la cabeza. Mientras tanto, el general Emilio Esteban-Infantes había realizado el viaje en el sentido contrario de la marcha y había llegado al campamento militar de Hof en Alemania, donde juró fidelidad al *Führer* con la intención de relevar en el mando a Agustín Muñoz Grandes. Durante estos acontecimientos la actividad perduró en el ámbito de *Raubtier*, el

Grupo de Exploración relevó a miembros de las SS en Bol Samoschje y avanzó hasta Mal Samoschje, donde tras romper varias líneas se vieron obligados al repliegue por la defensa soviética. Al mismo tiempo, el Tercer Batallón del 262 fue atacado por las fuerzas rusas lo que causó 16 bajas y 176 heridos, aunque sin que perdiera el ímpetu por continuar en la lucha con la ayuda alemana. Una sección del 269 consiguió atravesar el Voljov como último mérito español en la Operación Predador, que se dio por terminada con victoria nacionalsocialista el 28 de junio (2005: 177-178).

El final de estas acciones conllevó, de manera automática, a la preparación de la toma de Leningrado mediante la Operación Luz del Norte –denominada previamente Magia de Fuego–, que se iniciaría a principios de septiembre. Los divisionarios vivieron los últimos momentos en su primer emplazamiento con cierta calma, realizaron escaramuzas en la retaguardia en busca de enemigos rezagados y respondieron a ataques soviéticos que causaron algunas bajas como seis zapadores que murieron por la explosión de una mina. En este contexto Adolf Hitler recibió al general Muñoz Grandes en Rastenburg el 12 de julio en el que sería el penúltimo encuentro entre ambos con motivo de su ya anunciada marcha¹⁴⁵. Esteban-Infantes viajó al frente para actuar como Jefe Segundo del grupo. Si en el puesto de mayor importancia se iba a producir el cambio, el trasiego de *guripas* continuaba: llegó el 6º *Batallón de Relevo* al mismo tiempo que lo hacían 35 enfermeras de Falange, que se cruzaron con los 1.213 hombres del 5º *Batallón de Repatriación* al mando del teniente coronel Fernández Landa. Durante el mes de agosto comenzó a organizarse la movilización y el traslado a las afueras de Leningrado, acto con el que finalizaban ocho meses de lucha intensa que habían demostrado que la destrucción del comunismo estaba muy lejana del, cada vez más improbable, victorioso desfile por las calles de Moscú (2005: 178-180).

3.4.4.2. *El sitio de Leningrado (septiembre de 1942-febrero de 1943)*

La antigua capital de Rusia, símbolo de la Revolución de 1917 y el cambio de régimen, fue cercada por las tropas germanas durante 872 días. En los dos años y cuatro meses murieron, según los datos oficiales de 1945, 632.253 civiles, una cifra demasiado baja y

¹⁴⁵ Parece ser que en España no se publicitó este encuentro entre el líder alemán y el dirigente de la División Azul. Cuando el embajador alemán en España pidió explicaciones al respecto, se le dio por respuesta que solo se habían tratado temas militares en la reunión (Kuhl, 1986: 113).

que ya Krushev elevó a cerca de 800.000, un número que puede situarse, sin llegar nunca a conocerse un guarismo exacto, entre los probables 1.000.000 y 1.300.000 muertos, lo que supondrían prácticamente la mitad de una población que rozaba los 3 millones de habitantes (Núñez Seixas, 2007: 247). Cuando llegaron los españoles “la situación militar de Leningrado estaba en punto muerto. Toda la atención se dirigía hacia el sur, hacia la titánica batalla de Stalingrado” (Jones, 2008: 299). Pero, a pesar del estatismo, sus vecinos acumulaban un año de agotador y terrible cerco por voluntad de Hitler, “que veía a esta ciudad ante todo como la cuna del bolchevismo y el centro neurálgico de la ideología revolucionaria que tanto aborrecía” (2008: 39), motivos por los que “deseaba destruir Leningrado con fuego artillero y bombardeos aéreos y si eso fracasaba, rendirla por hambre” (Lozano, 2006: 265). Ante este panorama, la población había sido movilizada desde junio de 1941 para construir las defensas de la ciudad: todos los habitantes desde los 16 hasta los 50 años –45 para las mujeres– podían ser requeridos para estos trabajos, con jornadas de ocho horas para los desempleados y de tres para los obreros y estudiantes después de sus actividades, una llamada que no respondía solo a la solidaridad, sino también al temor a las represalias que pudieran sufrir todos aquellos que no cumplieran con ellas, a los que podría acusarse de desafección a la causa (Jones, 2008: 108)¹⁴⁶. El relato de todos estos ciudadanos, que “presentaban el aspecto de muertos vivientes” (Lozano, 2006: 273) y que sobrevivieron ante la carestía de alimentos –los pocos que conseguían llegaban por el denominado “camino de la vida”– mediante la ingesta de todo tipo de animales e incluso con la práctica del canibalismo, fue recogido y sintetizado por Lidiya Ginzburg. Ella narró el horror desde el prisma opuesto al que observaban los españoles en la figura de N, una “persona representativa y convencional” (2000: 18), símbolo de todos y cada uno de los ciudadanos de Leningrado:

Lo que está sucediendo es terrible. En este momento, en cualquier instante antes de que le dé tiempo a apartar la manta, antes de que pueda expulsar el

¹⁴⁶ Respecto a este último dato señala Núñez Seixas que la cooperación en la defensa de Leningrado no relajó las prácticas purgatorias de Stalin: “Las dinámicas persecutorias del terror estalinista consolidadas durante la década de 1930 no sólo no se relajaron durante el bloqueo de Leningrado en aras de una movilización más efectiva de la población, sino que aumentaron en intensidad, y se cobraron buen número de víctimas entre sectores sociales y profesionales específicos que eran sospechosos de haber mantenido contactos en el pasado con los alemanes. Fue el caso de los científicos y docentes universitarios, por ejemplo. A ellos se unió la deportación de las minorías no rusas que vivían en el área de Leningrado, que fueron consideradas de modo apriorístico como sospechosas de simpatía con el enemigo. Se trataba en particular de los pertenecientes a las minorías germanohablantes y los habitantes de lengua finesa de la Ingria o región comprendida entre Carelia, el lago Ladoga y Estonia, que comprendía a los ingrios fineses e izorianos, así como a los descendientes de los pueblos baltofineses que vivían en la zona antes de la llegada de los eslavos en la Edad Media (votios, carelianos y varengos).” (2007: 246).

aire que en este momento ensancha sus pulmones, la realidad conocida por él puede ser sustituida por otra, increíble, agresiva, estridente, que nace en el sufrimiento más extremo y desemboca en el no ser (2000: 57).

Pasado un mes de la marcha del Voljov, la División Azul se estableció a lo largo de 29 kilómetros al suroeste de Leningrado, cerca del arrabal de Kolpino, al que atravesaba el río Ishora, afluente del Neva, de norte a sur. La línea en la que se hacían presentes los españoles abarcaba, de este a oeste, las poblaciones de Krasny Bor –donde se hallaba el Regimiento 262–, Federovskoye, Pavlovsk y Puschkin –con el Regimiento 263 allí presente y al sur del mismo el 269 y el de Artillería–. El Cuartel General de la División se encontraba en el antiguo palacio zarista de Pokrvoskaya. Al establecimiento de las tropas azules le siguió la anulación, por parte de Hitler, de la Operación Luz del Norte, debido al fracaso nacionalsocialista en la batalla de Stalingrado. La permanencia, durante los últimos meses de 1942 en Leningrado tuvo un alto precio para los *guripas*: la superioridad numérica de la artillería soviética dejó un total de 257 muertos y 1.051 heridos –a los que se suma un congelado– en los últimos meses de 1942. Los “organillos de Stalin” restaron a la agrupación un 7% de sus miembros efectivos (Moreno Juliá, 2005: 180-183).

Antes de continuar con el relato de la batalla en Leningrado es indispensable volver la vista a España para observar una serie de acontecimientos que sucedieron en agosto de 1942 y que provocaron cambios gubernamentales que afectaron al voluntariado. Si Serrano Suñer gozaba de gran prestigio en el inicio de la aventura anticomunista, pasado apenas un año de su fundación la situación había cambiado y el *Cuñadísimo* se encontraba en una débil situación. Con un poder cuyo nivel no se asemejaba al disfrutado con anterioridad, los mismos falangistas en los que se apoyaba para su promoción personal dentro del régimen iban a jugarle una mala pasada: el día 16 de agosto los familiares de los caídos carlistas en la Guerra Civil celebraron una misa en la basílica de Nuestra Señora de la Virgen de Begoña de Bilbao, un oficio religioso que ya venía precedido por otro en el cual, semanas antes, los mismos carlistas habían lanzado consignas tradicionalistas y contrarias al dictador. En el segundo de los actos religiosos, el falangista Juan José Domínguez Muñoz lanzó dos granadas de mano que provocaron varios heridos. Se formó, con cierta tardanza por parte de Franco, un consejo de guerra en el que se condenó al autor y a tres de los implicados a muerte, sentencias que solo se cumplieron en el caso de aquel y de uno de estos. Serrano intentó interceder por sus hombres sin éxito y el dictador aprovechó el suceso para retirar a su familiar del gobierno

–así como a varios ministros falangistas– y entregarle la cartera de Exteriores a Francisco Gómez Jordana (Marquina Barrio, 2014)¹⁴⁷.

El contraste entre Serrano y Jordana era evidente. Si, como se ha visto, el primero apostaba por la fascistización del nuevo Estado y la proclividad a Alemania e Italia, el segundo, aunque “no podía ser calificado de anglófilo”, respondía al modelo de “conservador clásico, monárquico y católico, tan poco interesado en la política como para practicar periódicamente la dimisión cuando veía que no se seguían las directrices que sugería” (Tusell, 1995: 333), a pesar de que su “escasa simpatía por la Falange parecía más biológica que producto de una inclinación antifascista” (1995: 334). Su dirección se hizo notar de manera instantánea ya que, “desde una fecha muy temprana, pensó en una posible declaración de neutralidad” (1995: 339) y consideró que para ese cercano futuro “representaba un indudable peligro mantener al frente de la División Azul a alguien que pensaba como Muñoz Grandes” (1995: 343). La huida, paso a paso, de la órbita del Eje se iniciaría mucho más adelante –habría que esperar hasta febrero de 1944 para que el término *neutralidad* apareciera en la prensa– pero sí que iba a ser utilizado por Franco en el Consejo Nacional de FET el 1 de octubre, al hacer referencia a la “neutralidad vigilante” que definía a la nueva política española (Payne, 2008: 319).

Pero este no iba a ser el único cambio que iba a afectar de manera fundamental a la División. Se hizo efectivo el cambio dentro del generalato por lo que Agustín Muñoz Grandes, “no muy de acuerdo con la orden tajante que le ha[bía] llegado desde España” (Negrreira, 1991: 148), dejó su lugar a Emilio Esteban-Infantes, “un conservador no falangista que representaba mejor a la jerarquía militar” (Payne, 2008: 251). Proseguía de este modo el gobierno franquista su nuevo papel dentro de la lucha internacional al retirar a los elementos fascistas –ministro, general y nueva recluta con reducidas motivaciones políticas– del frente oriental para posicionarse cada vez más lejos de los germanos.

En el campo de batalla, el primer combate que dirigió Emilio Esteban-Infantes como general de la División Española de Voluntarios tuvo lugar en el lago Ladoga, la vía

¹⁴⁷ Aunque no le faltaban razones políticas a Franco para prescindir de Serrano Suñer –el precio humano, económico y hasta social de la División Azul habrían bastado– Reverte señala cómo influyó la relación extramarital que el ministro mantenía con la marquesa de Llanzol, quien quedó embarazada. Fruto de la misma nació, precisamente en 1942, Carmen Díez de Rivera, quien llevaría los apellidos de su padre y que no sería reconocida por el *Cuñadísimo* (2011: 394). Díez de Rivera terminaría siendo la primera Directora de Gabinete de la Presidencia del Gobierno en democracia y eurodiputada durante más de una década. Para conocer más de su figura se puede acudir a la biografía *Historia de Carmen: memorias de Carmen Díez de Rivera* (Ana Romero, 2002) y el documental *Quiero ser libre* (RTVE, 2014). En un ámbito más sentimental, la historia ha sido novelada en *Lo que escondían sus ojos* (Nieves Herrero, 2013), que tendrá su versión en miniserie televisiva para 2016 en la cadena Telecinco.

abierta que suministraba víveres a los cercados. El Ejército soviético llevó a cabo la Operación *Iskra* –Chispa–, que pretendía liberar Leningrado. El éxito ruso obligó a los alemanes a reforzar el XXVI Cuerpo de Ejército con miembros de la División Azul, exactamente con los del Batallón Román que descansaban en Slutz. Los 550 soldados capitaneados por Manuel Patiño Montes llegaron, tras pasar por Sablino y Mga al sureste de Posselok, donde se integraron en el Regimiento 162. La lucha, de carácter cruento, dejó al Batallón prácticamente desaparecido, con 418 bajas entre las que se contabilizaban 124 muertos en las dos semanas que se emplearon en la lucha (Moreno Juliá, 2005: 184-185).

3.4.4.3. *El desastre de Krasny Bor (9 y 10 de febrero de 1943)*

Dentro de los combates del sitio de Leningrado se produjo el acontecimiento que sería recordado de manera más trágica por los divisionarios. Si la cruenta lucha de “Possad fue lenta agonía, Krasny Bor fue masacre fulminante” (Moreno Juliá, 2005: 185), “un caos de fuego y nieve, de sangre y ceniza” (López-Covarrubias, 2012: 305) que sembró “un campo lleno de cadáveres y de heridos que (...) siempre causa dolor, sea del bando que sean” (Negreira, 1991: 212). La batalla de Krasny Bor, “la más sangrienta e importante de todas las libradas por la División Azul” (Puente Fernández, 2012: 143), ofrece una doble lectura: por un lado, se trata de un drama que dejó más de mil muertos y doscientos prisioneros que permanecieron en condiciones infrahumanas en el Gulag durante más de una década. Por otro lado, puede ser considerada como una de las grandes gestas no solo del grupo, sino de la historia militar española reciente, debido al ímpetu de una lucha espartana por parte de los voluntarios, que causaron una cifra mayor de bajas a pesar de contar con un número de efectivos mucho menor que el soviético¹⁴⁸.

¹⁴⁸ La categorización de los sucesos de Krasny Bor como desastre no pretende, en ningún caso, equipararlo a un acontecimiento tan negro como fue el acontecido en Annual en 1921, donde por cada baja rifeña hubo diez españolas. Pero sí que denotó el alto precio humano que costó la División Azul a un país que no era beligerante en la lucha y de la que, en 1943, se adivinaba que el rédito que obtendría del sacrificio de sus voluntarios iba a ser escaso. El lado negativo de Krasny Bor adquiere una mayor relevancia que la gesta porque supone un punto de inflexión para conocer de primera mano el potencial soviético –superior al nacionalsocialista– y la inutilidad de acumular muertos a precio cero. Además cerraba la ayuda humana que la Legión Cóndor había prestado a los sublevados en la Guerra Civil, porque solo los 1.125 muertos, 1.036 heridos y 91 desaparecidos sumaban un número mayor a los alemanes que perecieron entre 1936 y 1939 en España. Como señala Moreno Juliá, “sólo con los muertos habidos en aquel día, la *deuda de sangre* con el Tercer Reich quedó saldada e invertida” (2005: 187). El general Emilio Esteban-Infantes glorifica a sus hombres caídos: “Muchos fueron los actos individuales de heroísmo que se realizaron en este día. Unos

El combate se desarrolló del siguiente modo: desde las 6.45 de la mañana del 10 de febrero un volumen de artillería soviética jamás visto por los españoles abrió fuego, acción a la que siguió el ataque de la infantería y los tanques, a los que apoyó la cobertura aérea, que cortó los nudos de comunicación para aislar a sus contrincantes. La infantería rusa atacó a los Batallones Primero y Tercero del Regimiento 269 y la zona del Regimiento 262, del cual varios Batallones –Primero y Segundo– se vieron obligados a replegarse al pueblo de Krasny Bor. Ante el despliegue de los rusos hacia la primera línea, los españoles consiguieron efectuar cuantiosas bajas, aunque sus enemigos también mermaron las fuerzas divisionarias. La lucha fue cruenta desde los primeros instantes, con una ilimitada entrega de los azules y, en ocasiones, llena de heroísmo con el acto kamikaze de soldados que sacrificaron su vida al hacer explotar minas debajo de los tanques. Tras las tres primeras horas de lucha, que habían transcurrido sin recibir la pertinente ayuda alemana, los españoles contratacaron y desalojaron del pueblo a los rusos. A esta acción la siguió el auxilio de un Regimiento alemán, pero los rusos habían concentrado una importante cantidad de sus hombres en las cercanías del lugar, mientras otros avanzaban hacia el río Ishora. El Segundo Batallón del 269 y el Primero del 263 intentaron, desde las dos de la tarde, recuperar posiciones, pero al fracaso se unía el alto número de caídos, lo que se repitió en una nueva operación a las cuatro de la tarde. Aunque los combates continuaron en los días siguientes, ya con el apoyo alemán, para el día 10 el número de bajas españolas –entre jefes, oficiales, suboficiales y tropa– resulta espeluznante: 1.025 muertos, 91 desaparecidos y 1.036 heridos. Dentro de estas cifras, la que registra un número más bajo viene a completar uno de los dramas mayores del grupo: entre los desaparecidos hay que contar a aquellos que fueron hechos prisioneros de los rusos y penaron en los diferentes campos de trabajo soviéticos. Es destacable porque, de los más de cuatrocientos divisionarios –dato estimado, pero nada lejano del real si llegara a conocerse alguna vez con exactitud– que permanecieron retenidos en el Gulag, entre doscientos y trescientos fueron apresados en Krasny Bor, lo que habla por sí solo del triste significado que tuvo esta batalla para el grupo (Rodríguez Jiménez, 2007: 267-278 y Moreno Juliá, 2005: 322 y 324).

conocidos y comentados con admiración por propios y extraños, otros, los más, desconocidos y que con sus valientes ejecutores murieron sin la debida divulgación. Casos ejemplares dignos de haber sido recogidos en poesías épicas y que, por desgracia, permanecen y permanecerán ignorados por haber desaparecido protagonistas y testigos” (1956: 169).

3.4.4.4. *Los últimos momentos: la repatriación (febrero-octubre de 1943)*

Tras este suceso, la División Azul mantuvo cierta actividad en el mes de marzo con ataques de corto alcance mientras que el Ejército soviético se centraba en la captura de centinelas para su interrogatorio. Como hecho relevante, cabe señalar el ataque al Cuartel General el 18 de julio, durante los actos conmemorativos del *Alzamiento*, causaron 38 heridos, entre los que se encontraba el comandante José Alemany Vich, que fallecería a causa del mismo (Moreno Juliá, 2005: 187-188). Así lo ha relatado Negreira:

El Comandante Alemany, recién llegado a Pokrowskaja, está asomado en la terraza de la planta baja observando la procedencia del fuego enemigo. Está sentado tomando sus notas cuando un trozo de metralla le alcanza la cabeza, partiéndole las gafas. El Teniente Coronel Díaz de Villegas y Juan Ackermann ven como [sic] Alemany se inclina sobre la mesa con la frente sangrante. Inmediatamente se dirigen hacia él y, arrastrándolo por los brazos, lo introducen en el edificio. Ha recibido un trozo de metralla que se considera al principio como herida de poca importancia, pero que a los tres días le producirá la muerte en el hospital del Cuerpo del Ejército (1991: 228-229)¹⁴⁹.

Desde este ataque, la actividad continuó en torno a los golpes de mano, la labor de las patrullas de reconocimiento y, administrativamente, se centró en el envío a España de la información solicitada por los familiares respecto a los caídos en Krasny Bor. Con una División mermada de efectivos, reacia a alargar permisos y conceder alguna repatriación, el embajador de España en Berlín, Ginés Vidal –que había sustituido en 1942 al conde de Mayalde–, sugirió la retirada de los voluntarios del frente para comenzar la organización de la repatriación. Las maniobras fueron dirigidas por él mismo y el ministro Jordana, quienes se escudaron en los dos años ininterrumpidos que acumulaba de lucha la División Española de Voluntarios, un trato injusto que no se había aplicado a otras unidades que colaboraron con el Reich, para que abandonara el frente con la intención de descansar. El comienzo de las gestiones para su liquidación respondía a la voluntad de los gobiernos británico y estadounidense, que buscaban este gesto para afianzar las relaciones entre ellos y los españoles. De hecho, el 20 de agosto Samuel Hoare

¹⁴⁹ El general José Díaz de Villegas también estuvo allí, y así calificaba a Alemany: “era un jefe verdaderamente magnífico, que acababa de regresar de España tras de [sic] una breve estancia en fugaz misión oficial, en la que ni siquiera había podido tener oportunidad de ver a su familia. ¡Cuánto dolor nos produjo a todos esta fatal baja! ¡Bueno, cordial, inteligente y laborioso, alegre y cariñoso, estoy seguro de que ninguno de nosotros lo ha olvidado y que somos muchos los que le rezamos todavía!” (1967: 103).

le había hecho a Franco dicha petición. Una negociación que el plenipotenciario enrareció, ante la delicada situación del gobierno dictatorial para con el Tercer Reich, al hacer público el contenido de sus peticiones¹⁵⁰. Estos deseos se complementaban con la petición del corte de suministros de materias primas a Alemania y, más que requerimientos, se transformaban en “exigencias” a las que Franco debía atender ante “la posibilidad de que, tras el desembarco anglo-norteamericano en el norte de África y la invasión de Italia, España se convierta en el próximo objetivo de los aliados” (Rodríguez Jiménez, 2007: 334). La defunción de la División se trató en el Consejo de Ministros del 24 de septiembre, en el que Franco decidió que la repatriación se haría con cautela, y que se dejaría una Legión reducida y formada únicamente por voluntarios. La nueva posición de España se materializó el 1 de octubre durante la celebración del tradicional banquete en honor al Cuerpo Diplomático, cuando el dictador –después de mostrar mayor afecto por el representante británico que por el alemán y el italiano– pronunció en su discurso la palabra “neutralidad”, síntoma del cambio de paradigma respecto a la II Guerra Mundial. El final llegó así el 12 de octubre con el inicio de su marcha del frente (Moreno Juliá, 2005: 188-190, 283-284 y 288-291). A modo de síntesis, Tusell ha señalado el significado político de este acto: “la retirada de la División Azul fue el signo más evidente del encaminamiento hacia la neutralidad, del mismo modo que su envío al frente a lo largo de 1941 y 1942 lo había sido del alineamiento con el Eje” (1995: 446)¹⁵¹.

¹⁵⁰ Hoare culpó de la indiscreción a los representantes españoles en Estados Unidos: tras la reunión “la Embajada de España publicó un comunicado afirmando que la entrevista había sido amistosa y satisfactoria en todos sus puntos, al tiempo que dejaba entender que las relaciones entre Gran Bretaña y España eran excelentes. Una deformación tan evidente de la verdad exigía que Londres pusiese las cosas en su lugar. El Ministro británico de Asuntos Exteriores expuso los hechos detalladamente en la Cámara de los Comunes y explicó cuáles habían sido mis quejas y reclamaciones; además, un comunicado de prensa hizo saber, con toda nitidez, que nosotros estábamos seriamente disconformes con las graves faltas cometidas contra la neutralidad del Gobierno español” (1977: 250-251).

¹⁵¹ Parece ser que Hitler no habría tomado con demasiado desagrado la retirada de los españoles: “Cuando, al cabo de un rato, el comunicado [con la noticia] llegó a la sede del Cuartel General en Rastenburg, éste [Hitler] se hallaba reunido con los capitales generales Kurtz Zeitzler (1895) y Alfred Jodl (1903). Los comentarios fueron escuetos: -«Los españoles han exigido que retiremos de inmediato la División española», exclamó Hitler. -«En efecto, así me lo han dicho antes», contestó Zeitzler. «Está claro que las armas se van a quedar ahí, y más cuando la gente se quiere ir haciendo turismo. Así que sólo...», añadió Jodl. «...despedirlos de un modo decente», refirió Zeitzler. «¡Con la manutención en Alemania! Eso se debe preparar con todo cuidado. Esa gente no puede hacer más. Hay que tratarlos del modo más decente», concluyó Hitler” (Moreno Juliá, 2014: 83). Según Kuhl, al *Führer* la “decisión le resultó tanto más fácil, cuanto que la misión «política» de la «División Azul» de los años 1941, 1942, 1943 ya no existía y, además, una negativa a los deseos españoles hubiese podido tener como consecuencia la interrupción de los suministros de materias primas españolas” (1986: 240).

3.4.4.5. La retaguardia: el paraíso de Riga

La inevitabilidad de las heridas en la batalla exigía la atención de los divisionarios en los diferentes hospitales que a tal efecto se adecuaron. El sistema sanitario para los *guripas* estuvo estructurado en cuatro niveles: los puestos de socorro en el frente se situaron en Smeisko y Grigorovo para el Voljov, y Sablino y Krasnov para Leningrado; hubo dos hospitales de campaña, uno en Porchov mientras perduró la lucha en el Voljov y otro en Mestelevo cuando se trasladó a Leningrado; un hospital de evacuación en Gatschina a la hora de atacar a los sitiados; y los hospitales de retaguardia alemanes de Riga, Vilna, Koenisberg, Berlín y Hof que fueron asignados a los heridos (Moreno Juliá, 2005: 315). El situado en la capital de Letonia es el que evocó los mejores recuerdos en el grupo de voluntarios y no solo por la atención que allí recibieron por parte de los médicos y las enfermeras. La ciudad, bajo el dominio alemán, ofrecía a los españoles la tranquilidad que suponía la lejana retaguardia combinada con una vida de cafés, agradables paseos y sugerente compañía femenina. Caer herido y no morir, unido a que la sangre derramada no significara algún tipo de amputación o merma física que dificultara la recuperación o la vida futura, podía llegar a ser visto como la mejor de las bendiciones. En Riga podían recrearse en los pasos del admirado por los divisionarios Ángel Ganivet, quien allí feneció por voluntad propia. Muchos de los azules conocerían el *Idearium español* (1897) del autor y compartirían con él sus ideas acerca del nacionalismo español y sentirían como propia la nostalgia por la pérdida de las últimas posesiones de ultramar (Reverte, 2011: 231-232)¹⁵².

Riga, además, influyó de manera determinante en el futuro de uno de los divisionarios. Vicente Martínez de Cepeda Galán, miembro del Regimiento 263 y natural del toledano pueblo de Madridejos convaleció allí en octubre de 1942 por una bronquitis. Durante su recuperación conoció, en el periodo de reposo, a la camarera del *Café Báltico* Irena Geogginger. La amistad entre ambos se vio interrumpida por el regreso del soldado al frente de batalla, donde sobrevivió a Krasny Bor. Uno de sus compañeros heridos en esta lucha y trasladado al paraíso divisionario le transmitió a la mujer un mensaje de

¹⁵² No era extraño que los *guripas* hicieran suyas de las palabras del *Idearium español*. Escrito a las puertas del declive imperial de España, varios fragmentos se acercaban a la experiencia de los voluntarios. Palabras como las siguientes se acercaban al ideario *joseantoniano* y así debieron interpretarlas muchos de ellos: “Antes de salir de España hemos de forjar dentro del territorio ideas que guíen nuestra acción, porque caminar a ciegas no puede conducir más que a triunfos azarosos y efímeros y a ciertos y definitivos desastres” (1996: 117).

fidelidad de Vicente quien, al conocer la liquidación de la División Azul y su vuelta a España, le pidió por correspondencia citarse en Berlín. En la capital de Alemania se casaron y viajaron juntos a Toledo, donde fundaron el conocido restaurante “El Trocadero” (López-Covarrubias, 2012: 319-324).

3.5. MÁS ALLÁ DE LA DIVISIÓN AZUL: LOS OTROS ESPAÑOLES QUE SIRVIERON AL EJE

La relación entre la España franquista y la Alemania hitleriana no se limitó al periplo de la División Azul. El regreso de los voluntarios no fue total y, para que no hubiera lugar al reproche germano, se dejó una pequeña representación en el terreno, la denominada Legión Española de Voluntarios. De escasa duración en el tiempo y menor incidencia que la División, su papel sirvió para mitigar el abrupto final que supuso la retirada de los soldados españoles en su lucha contra el comunismo. Cuando no había pasado un año desde su creación, la Legión también fue repatriada y se prohibió expresamente la lucha junto a la *Wehrmacht*. Los tiempos habían cambiado y el todopoderoso Tercer Reich era solo un proyecto abocado al fracaso. Al alto precio que preveía pagar por ello España no podía añadir un combate cara a cara contra los Aliados por las calles de Berlín. Aun así, cerca de dos centenas de hombres consiguieron pasar la frontera con Francia y enrolarse en las *Waffen-SS* para luchar, apoyados más por sus añejas convicciones anticomunistas y el desapego hacia el Estado franquista que por una filiación al ideario nazi, en la batalla por la capital alemana. A estos hombres los denominó el ex-divisionario, periodista y novelista Fernando Vadillo de manera acertada, y así han permanecido dentro de la jerga divisionaria, como los *irreductibles*¹⁵³.

La labor de los infantes no fue la única aportación del Estado dictatorial al esfuerzo de guerra alemán. Junto a ellos luchó, hasta febrero de 1944, la Escuadrilla Expedicionaria Española, más conocida como la Escuadrilla Azul. En cinco expediciones acudieron un total de ochenta y nueve pilotos –sin personal lego en el ejercicio militar, como sí ocurría con una parte de la tropa a pie–, entre los que se encontraban verdaderos ases de la aviación forjados en la Guerra Civil. Y junto a los combatientes estuvieron toda una serie de mujeres que jugaron un papel secundario, pero no por ello vacío de importancia, en la vida de los voluntarios. Ellas son las enfermeras de la Sección Femenina de Falange y el Ejército, que estuvieron presentes en los hospitales en los que los divisionarios se reponían de las heridas del frente. También, desde la distancia, hay que resaltar el rol de las madrinas de guerra que, con sus cartas y el envío de paquetes con

¹⁵³ Aunque más abajo se incidirá en la figura de Fernando Vadillo, cabe señalar que el nombre está tomado del libro del autor *Los irreductibles* (1993) acerca de este episodio divisionario.

ropas u otros obsequios, intentaban mantener la moral alta de los que luchaban en la Unión Soviética. Aunque no empuñaron las armas, ellas no dejaron de ser *divisionarias* y su estudio aporta una información complementaria al universo de la guerra que, a pesar de estar copado por los hombres, tanto les debe.

3.5.1. Los últimos de Rusia: la Legión Azul

Cuando la División Española de Voluntarios había cumplido con su función política y el Ejército alemán empezaba a mostrar los primeros indicios de su derrota, España pidió y organizó su retorno. Las presiones de los Aliados y el deseo de mitigar los efectos de la colaboración con el Eje, cuya fragilidad se revelaba poco a poco, provocaron este cambio de rumbo en la política franquista respecto a la II Guerra Mundial. Para que el final no estuviera teñido de signos de cobardía o de falta de compromiso en el combate contra la Rusia soviética, pero sobre todo para que no fuera considerado como una traición al Tercer Reich, se propuso, según las palabras del embajador en Berlín Vidal, “dejar una pequeña legión de reducidos efectivos *integrada por los que voluntariamente y sin presión alguna desearan quedarse o alistarse en lo sucesivo* y que significase una participación simbólica en la lucha contra el comunismo” (Moreno Juliá, 2014: 538). Intención que ha sido interpretada por Proctor como un método que “trataba de paliar la amargura de la repatriación de los divisionarios y, al mismo tiempo, demostraba que España tenía pretensiones de independencia política, a pesar de lo que instara la diplomacia aliada” (1972: 255). Recientemente, Pérez Rubio y Prieto Barrio han insistido en la misma idea:

[La Legión Española de Voluntarios] fue la contrapartida ofrecida por el gobierno del general Franco a las autoridades alemanas a cambio de la disolución y repatriación, a partir del otoño de 1943 de su hermana mayor, la División Española de Voluntarios, causada por las presiones internacionales ejercidas sobre España. Sin embargo, los medios diplomáticos y políticos aliados vieron a la Legión Azul como una mera continuidad, el resultado del deseo de nuestro país de seguir manteniendo la ayuda prestada a Alemania, aunque esta unidad, con entidad de tipo regimiento, solo continuaría en las filas de la Wehrmacht durante un breve periodo de tiempo (2014: 51).

En el esqueleto de esta “fuerza testimonial” (Rodríguez Jiménez, 2007: 339) se encontraban, según Negreira, “aquellos con una idea más romántica de la vida, los más

aventureros y los más fanáticos dentro del sector falangista” (1991: 237). Una afirmación que, si se tomara al pie de la letra, obviaría una realidad: el grupo fue mucho más heterogéneo de lo que en un principio se apunta, ya que hay otros legionarios azules que integraron la unidad “porque han llegado los últimos, o porque algún capitán se ha ofrecido voluntario y ha apuntado al resto de su compañía” (López-Covarrubias, 2012: 382). Más allá de si sus miembros eran libres o no de serlo y del significado que pudo tener tanto para los alemanes como para los ingleses y estadounidenses, la definición que del grupo ofrece Moreno Juliá es la que se acerca con mayor precisión a su significado histórico:

La Legión Azul fue una unidad pequeña, de poco más de 2.000 hombres, nacida a raíz de la tensión que generó la decisión de retirar del frente y repatriar la División Azul (...) Jordana, por aquel entonces en estado de tensión y obsesionado por conseguir el feliz retorno a España de los más de 16.000 hombres de la División Española de Voluntarios, no tuvo más remedio que callar. Pero sabía muy bien que aquella pequeña Legión Española de Voluntarios iba a generarle problemas, como efectivamente fue. Tendría que acabar por imponerse a Franco y a los demás, lo que no le resultó imposible en tanto que la evolución de la guerra lo ayudó de modo determinante (2014: 179-180).

Como puede apreciarse, la Legión conllevaría más inconvenientes que ventajas al Estado franquista. La presión externa –Aliados– e interna –Jordana– se sumaría al desorden que, entendido este dentro del ámbito militar, iba a venir con su acelerada formación, un hecho que favorecería las deserciones e indisciplinas. A grandes rasgos, y antes de ofrecer una valoración general de la Legión, su corta campaña según Moreno Juliá, que en su estudio la ha fijado prácticamente día a día, fue la que sigue: el 14 de noviembre de 1943 Franco estableció la organización de la Legión en tres Batallones –llamados banderas– integrados por 1.620 efectivos. El coronel Antonio García Navarro, jefe del grupo, la configuró de manera definitiva diez días después, con un aumento de hombres que dio un total de 2.269 repartidos en 110 jefes y oficiales, 114 suboficiales y 2.045 de tropa. Sobre la cabeza al mando de la nueva agrupación, el autor señala que se trataba de un “hombre culto y ordenancista. Tenía conocimientos históricos y buen dominio del lenguaje (...) Al parecer, escribía y memorizaba sus arengas, y luego las dejaba ir con energía” (2014: 198). La Legión se acantonó en la ciudad rusa de Jamburg –actual Kingisepp–, a orillas del río Luga, donde, además de recibir la instrucción participó en repeler durante los días 3 y 6 de diciembre a grupos de partisanos que

moraban la zona. Tras cerca de un mes de campamento, los días 15 y 16 partió hacia el frente de guerra donde actuaría, situado en Kostovo, y relevó a las tropas del 406 Regimiento del *Heer*. La Legión se encargó de defender “el sur de la línea que se abría entre Puschkin y Gatchina y el norte de Novgorod” (2014: 210) a lo largo de 12 kilómetros. En estos días, en los que se contabilizaron las primeras bajas, que eran la muestra de la precaria situación del grupo –mitigada por el advenimiento de la Navidad y sus correspondientes aguinaldos–, enlazaron con unos días de cierta tranquilidad hasta el 6 de enero de 1944. A pesar de la poca actividad hasta el día señalado, las bajas temperaturas se correspondían con un lamentable estado anímico que soportaba las presiones soviéticas para pasarse, todo ello conjugado con las muertes provocadas por el tifus entre la tropa. De hecho, las reveladoras cifras para los 23 días de frente que la Legión acumulaba hasta el día 10 establecían, según el informe que García Navarro firmó para Madrid, 22 bajas por herida y 19 por enfermedad. A esta información, dentro de un frente que calificaba el coronel como “excepcionalmente tranquilo” (2014: 327), hay que añadir la problemática de los desertores que se pasaron a las líneas rusas. Dentro de este ambiente llegó la más destacable de las pocas luchas que mantuvieron los legionarios azules cuando se desencadenó, el 14 de enero, la ofensiva rusa que pretendía liberar Leningrado, lo que se consumó el día 27. Antes, los españoles habían conseguido algún mérito –como la contestación a un ataque soviético el día 18, que dejó nueve bajas enemigas y ninguna española–, pero se vieron obligados a defender Kostovo y Liuban para replegarse, ante la superioridad rusa, a finales de mes a Luga, “la primera gran urbe que pisaron los legionarios” (2014: 347). A orden de los germanos, los legionarios fueron enviados para continuar su lucha a Estonia, un país donde los españoles no tuvieron actividad. En cambio, su jefe recibió la autoridad judicial sobre el grupo, que había permanecido sobre Esteban-Infantes hasta la fecha, por lo que García Navarro no había podido realizar consejos de guerra contra desertores fallidos y otros delitos como homicidios y hurto, algo que sí hizo efectivo, en un total de nueve sentencias, cuando le fue otorgado tal poder. Pero la actividad de la Legión se vio reducida a la nada cuando, el 18 de febrero, la Embajada española en Berlín le comunicó la orden de repatriación. Durante el mes de marzo se hicieron las gestiones oportunas para escribir el punto y final de la corta historia de estos hombres y el 17 de abril llegaron a España los miembros del último *Batallón de Repatriación* excepto aquellos que todavía se recuperaban en los hospitales de campaña, los desertores y los desaparecidos. Una experiencia que dejó 37 muertos, lo que establecía un porcentaje muy bajo respecto al de la División –1,6 frente

a 10,8%—, y que serían los últimos fallecidos de la participación oficial del Estado franquista en la II Guerra Mundial (2014: 190-216, 317-322, 325-348, 351-358 y 447-448). Estas palabras de Pérez Rubio y Prieto Barrio, a pesar de su extensión, resumen el significado que tuvo la unidad tras su participación en la contienda:

La creación de la Legión Azul permitió al gobierno español retirar del frente y repatriar sin grandes dificultades a la División Azul, después de triunfar las tesis defendidas por el Ministro de Asuntos Exteriores español, tendientes a dejar una mera fuerza simbólica, frente a las propugnadas por el Ministerio del Ejército, que pretendía dar un considerable valor operativo a la nueva unidad. Aun así, la Legión Española de Voluntarios actuó como un pequeño remanente de la División Azul en Rusia. Tal vez la impresión que dejó en sus camaradas alemanes no estuvo a la altura de la que en su día había dejado la DEV, hecho en el que sin duda influyó su limitada potencialidad bélica —era una unidad tipo regimiento— derivada de sus escasos efectivos y los limitados medios con los que fue dotada, los habituales para una unidad similar alemana del mismo teatro de operaciones. Tampoco tuvo la ocasión de tomar parte en acciones de carácter relevante, exceptuando los combates de Lyuban, y realmente estuvo muy poco tiempo desplegada en el frente, en un momento en el que el Ejército alemán empezó a retirarse ante el incremento de la ofensiva rusa. Su propia existencia tampoco tuvo ninguna trascendencia propagandística, ya que en estos momentos la presión internacional hacia España era muy fuerte, por lo que no convenía hacer grandes alardes en este aspecto y la presencia de españoles en la campaña rusa representaba una mera situación de compromiso hacia los alemanes (2014: 227).

3.5.2. La colaboración aérea: la Escuadrilla Azul

La ayuda que recibió el Tercer Reich por parte de España no se limitó al ámbito terrestre. Importantes nombres de la aviación española formaron parte de las cinco expediciones que marcharon a Rusia como parte de la Escuadrilla Azul. El prestigio que se le atribuye desde el inicio a la unidad viene dado por sus propias características: al contrario que sus compañeros de infantería, el grupo estuvo formado por miembros del Ejército de Aire sin la intromisión del voluntariado que destacaba en el resto de la División Azul. Por la agrupación “pasaron entre 300 y 400 hombres, entre pilotos y personal subalterno” (Moreno Juliá, 2005: 384) y la organización de su recluta fue “mejor [que la divisionaria] aunque también se trataba de un conjunto improvisado y sin referencia a ninguna

organización previa” (Salas Larrazabal, 1989: 253)¹⁵⁴. José Sánchez Méndez ha sintetizado las características y actividad de la Escuadrilla Expedicionaria:

La unidad aérea estaba compuesta por 20 pilotos de plantilla que eran relevados cada seis meses, apoyados por diverso personal auxiliar y un centenar de hombres entre suboficiales y tropa. La Escuadrilla Azul entró en combate el 2 de octubre de 1941 integrada en el VIII Cuerpo Aéreo de Von Richtofen que había sido el último jefe de la Legión Cóndor en nuestra Guerra Civil. La Unidad tuvo un total de 88 pilotos durante su actuación en el frente oriental hasta que fue retirada por orden del Gobierno en marzo de 1944, perdiendo en combate 19 hombres más 1 prisionero, lo que representa el 23 por ciento del total. Los pilotos españoles tuvieron una decidida y heroica actuación y con sus Messersmicht 109 derribaron al menos 161 aviones soviéticos comprobados, obteniendo trece de ellos la categoría de as, al haber alcanzado cinco o más victorias aéreas (2002: 199).

La 1ª Expedición, que tenía a su mando al comandante Ángel Salas Larrazábal, partió en julio de 1941 al mismo tiempo que lo hicieron sus camaradas. Con un recorrido y paso por Francia idéntico, llegó el grupo a Berlín el día 27, donde curiosamente fueron recibidos bajo los acordes del “Himno de Riego” republicano. Los españoles se instalaron en la Escuela de Caza nº 1, a 30 kilómetros de la capital, en la que se siguió una disciplina similar a la que vivían sus compatriotas en Grafenwöhr, cuestión que iba a la par respecto a la comodidad y modernidad de las instalaciones. Allí se pudieron notar las primeras diferencias entre alemanes y españoles, ya que los primeros consideraban a los segundos meros aprendices, cuando en realidad la experiencia de varios de sus miembros era notable desde la Guerra de España¹⁵⁵. Realizada la instrucción, y tras un tiempo en el que no se daba la orden de entrada en combate, se juró bandera el 16 de agosto. El 21 de septiembre se preparó la partida y, por fin, el 1 de octubre llegaron los aviadores a la base de Moschna. Al día siguiente se registró la primera baja española, la del teniente Alcocer,

¹⁵⁴ Evidentemente, solo los miembros del Ejército del Aire estaban capacitados para tomar los mandos de un avión en operaciones militares, de ahí la imposibilidad del voluntariado en este grupo. Pero, como ha estudiado Juan José Díaz Benítez, se dio el caso contrario. Es decir, miembros de la sección aérea de las tropas españolas que fueron, ya avanzada la II Guerra Mundial, al frente del Este como voluntarios entre las tropas de infantería: “A mediados de 1942 se hizo un reconocimiento médico al centenar de voluntarios de la ZACACO [Zona Aérea de Canarias y África Occidental] que se presentó para alistarse en la 3ª Escuadrilla Expedicionaria. El personal apto ascendió a 65, aunque sólo ha quedado constancia de que 29 de ellos fueron finalmente al frente ruso, de los cuales 2 no se habían presentado al reconocimiento médico y 9 no lo habían superado. Pero lo más extraño es que, de momento, sólo se puede comprobar que 3 acudieron realmente a las escuadrillas expedicionarias, incluido uno a la 3ª, mientras que 17 fueron alistados en la División Azul, desconociéndose el destino del resto” (2005: 51).

¹⁵⁵ “Como anécdota cabe destacar la del teniente mecánico Urtasun cuando fue sometido a una prueba de conocimientos. Agotando hasta el último momento el tiempo para encontrar tres defectos en un motor, contestó imperturbable: «Éstos son los tres defectos que yo tenía que ver, y estos otros dos los que no tenía que ver porque ustedes no sabían que existían»” (Fernández-Coppel, 2006: 31).

provocada por un error humano al desorientarse y verse obligado a realizar un aterrizaje forzoso que, a pesar de no ser necesariamente mortales en la llanura rusa, se realizó de manera infructuosa. La historia de la Primera Expedición puede resumirse, sobre todo, por el constante cambio de aeródromos y el éxito cosechado en los primeros instantes de su actuación: pasó en octubre por Bjeloj –día 7–, Konaya –día 12–, Kalinin –día 16–, Stariza –día 31– y en noviembre por Rusa –día 6– y Klin –28–, el punto más avanzado en el que se encontró. El buen hacer de los españoles llevó a registrar, entre el 2 y el 16 de octubre, 211 servicios y 8 victorias. Aunque no todo fueron buenas noticias, ya que, entre las seis bajas que registró la unidad hasta su retirada cayó en combate el 27 de noviembre el capitán Arístides García López-Rengel, as de la aviación y protagonista de hasta 19 derribos durante la Guerra Civil en las tropas sublevadas. La retirada se inició el 9 de diciembre y, hasta el 11 de febrero de 1942, tras pasar casi dos meses parados entre las bases de Duguino y Vitebsk, regresó el grupo a España (Fernández-Coppel, 2006: 24-95).

El comandante Julio Salvador fue designado al mando de la 2ª Expedición que se constituyó en Morón el 6 de febrero y que recibió la instrucción en el aeródromo de Tablada. El 2 de marzo pasó la frontera con Francia y se instaló en Werneuchen durante varios meses, hasta que el 8 de junio llegó al aeródromo de Orel. En ese momento permanecían en Rusia cuatro Escuadras de Caza de la *Luftwaffe*, compuestas por cuatro grupos de tres escuadrillas y una más de Plana Mayor, que servía como refuerzo de los efectivos del sector más necesitado y en tareas de bombardeo. En este sentido fueron utilizadas, con la excepción del bombardeo, las fuerzas españolas. La ciudad de Orel fue bombardeada desde el mismo mes de julio, por lo que los miembros de la Escuadrilla se vieron obligados a participar en su defensa. En ella cayó el jefe de Escuadrilla capitán Noriega Labat el día 2, misma fecha en la que el capitán Frutos derribó a un enemigo, por lo que recibió la Cruz de Hierro de Segunda Clase. Durante todo el mes de julio la ofensiva fue constante y dejó, como resultado de las acciones españolas, ocho aviones derribados y dos probables. En agosto el peligro se alejó de Orel hacia Stalingrado, lo que no fue suficiente para que se tuviera que sentir la baja del alférez Navarro y que la actividad de la segunda quincena del mes fuera intensa. En este periodo se registraron proezas como el doble derribo cosechado por el capitán Bengoechea el día 22. En septiembre la actividad se redujo al mínimo y se entró en combate una sola vez en los primeros diez días y en otra ocasión más el 14. Octubre siguió el mismo tono y hasta el día 9 no se registró una victoria española protagonizada por el capitán Frutos. A pesar de

esto y de otra buena actuación de Bengoechea, que se convirtió con su quinto triunfo en el máximo as de la 2ª Escuadrilla, lo que le valió la Cruz de Hierro de Primera Clase, se registraron pocos combates hasta su relevo en diciembre. Fue la expedición que menos bajas registró –dos oficiales y un mecánico– y la que quedaría marcada de manera más trágica en la posteridad, ya que seis de sus miembros murieron en accidente de aviación a lo largo de sus carreras militares (Salas Larrazabal, 1984: 65-76 y Fernández-Coppel, 2006: 126-145).

Para el estudio de la 3ª Expedición se cuenta con el testimonio del *Diario de Campaña* (1972) publicado por Alberto Fernández Basanta, que formaba parte del personal no volante en la función de escribiente, con motivo del trigésimo aniversario de su formación. El grupo, a cuyo mando estuvo el comandante Carlos Ferrándiz Arjonilla, realizó la instrucción en la Escuela de Caza de Morón de la Frontera entre el 1 de septiembre y el 17 de octubre de 1942, un tiempo en el que según el autor destacó “el espíritu militar y patriótico demostrado por todos los que forman la Escuadrilla, así como la camaradería que ha reinado entre sus componentes desde el primer instante” (1972: 13). Después de una estancia en Cuatro Vientos en Madrid, los pilotos pasaron por Saint Jean d’Angely y, tras jurar bandera el día 11 de noviembre, llegaron al frente dispuestos a relevar a sus compañeros el 1 de noviembre. La actividad de la unidad entrante se desarrolló en la base de Orel y, para el primer trimestre, por las fechas en las que comenzó a actuar, su función se vio condicionada por el clima. Aun así, se atestigua que para “este periodo las operaciones efectuadas por la misma han dado muy buenos resultados en todos los aspectos, máxime teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas tan adversas que ha tenido que soportar” (1972: 45). El desglose de la tabla que resume la actividad para estos tres meses data 394 servicios, 42 combates y 21 derribos (1972: 46). En marzo, la unidad se trasladó a Seschinskaya, donde el día 14 sufrió la base un bombardeo soviético, en el que murió el soldado Primitivo Jiménez Martínez, primera baja del grupo entre quienes realizaban servicios aéreos. El 18 cesaron las hostilidades y, ese mismo día, cayó en acto de servicio el teniente Narciso García García a bordo de su aparato. La muerte del capitán Menéndez-Conde dio paso a un inicio tranquilo de abril y el traslado de una parte del grupo, mientras que el otro permaneció en Seschinskaya, a Smolensko al mando del capitán Hevia, lo que permitió la realización, desde mayo, de operaciones en paralelo en ambos campos. Junio fue el mes indicado para el recambio, un periodo en el que se registró la muerte del teniente Pérez-González tras un desafortunado golpe al precipitarse con su paracaídas. En julio la misión pasó a manos

del cuarto relevo. La suma de los méritos de la unidad para el periodo mayo-junio es de 773 servicios, 70 combates y 43 derribos.

La 4ª Expedición, con Mariano Cuadra Medina como inspector jefe comandante, fue protagonista de los momentos de mayor intensidad al participar en la batalla de Kursk, lo que permitió alcanzar hasta 74 victorias pero, eso sí, a un alto precio: de los diecinueve pilotos que formaban la expedición, cuatro murieron, tres desaparecieron y otros tantos cayeron heridos. Los aviadores, que lucharon en los nuevos FW-190, realizaron su instrucción entre abril y junio de 1943 en Alcalá de Henares y el aeródromo francés de Colomiers, cerca de Tolouse y, desde ahí, se fueron incorporando paulatinamente las diferentes patrullas al frente. De todas ellas, la primera fue la que tuvo mejor suerte ya que entre sus miembros no se contó ninguna baja. El 4 de julio se incorporaron al frente y allí se integraron dentro de la *Luftflote 6*, que debía realizar el apoyo al IX Cuerpo del Ejército del general Walther Model dentro de la Operación Ciudadela. Pocos días después, el 7, llegó la primera victoria a cargo del alférez Mateos Recio, pero solo una semana después hubo que lamentar la desaparición del alférez García Amigo. El mes de agosto fue especialmente exitoso y dio un total de 44 victorias pero también significó las primeras dos muertes certificadas de la expedición, las del alférez Luis Chicharro Lamamié de Clairac y el capitán Álvaro Borrás Marimón los días 21 y 31 respectivamente. En septiembre se vieron obligados a retroceder del aeródromo de Seschtschinskaya al de Smolensk, y en este tiempo se consiguieron 18 victorias pero también se lamentó la desaparición del alférez Estébanez Vela. En octubre se estabilizó el frente del Dnieper y decayó la actividad –las únicas dos victorias llegaron en los últimos días–, tendencia que continuó en noviembre y en el que hubo que lamentar la muerte del teniente Sánchez Arjona quien, curiosamente con nueve derribos, era de los pilotos españoles a la cabeza en esta clasificación. En diciembre los españoles se trasladaron a Bobruisk y, tras realizar un servicio mínimo debido principalmente al mal tiempo y protagonizar el 10 de enero de 1944 un servicio junto a los alemanes, que costó la baja del teniente Cavanilles, comenzó a organizarse el regreso de sus miembros a España (Fernández-Coppel, 2006: 211-222 y 249-258 y Sálas Larrazábal, 1984: 82-91).

Al avanzar la guerra, y al igual que ocurrió con los diferentes Batallones de Relevo de la División Española de Voluntarios, a la última expedición de la Escuadrilla Azul le tocó vivir tiempos más difíciles que los experimentados por sus compañeros. Al mando del comandante Murcia llegaron los españoles a la escuela alemana de Begerac. Desde ahí partieron al frente, en el que realizaron un total de 86 servicios llenos de peligro y con

el hándicap de la aplastante superioridad enemiga. Entraron en combate en un total de seis ocasiones sin producir ningún derribo, pero con la baja del teniente Estanislao Segurola Guereca. Al mes siguiente de la repatriación de la Legión Azul se produjo la de los últimos miembros de la Escuadrilla semanas antes de que comenzara el declive definitivo de la Alemania nazi tras el retroceso del Grupo de Ejércitos del Centro hasta el Vístula, los soviéticos se hicieran con los Balcanes, los Aliados entraran en Roma y se produjera el desembarco de Normandía (Salas Larrazábal, 1984: 92-96).

3.5.3. Los irreductibles: los españoles ante la caída del Tercer Reich

La salida de España de la II Guerra Mundial no significó el final de la participación de sus ciudadanos en la misma. Al patético intento de salvación del agónico Tercer Reich acudió un número indeterminado de españoles por su cuenta y riesgo para cumplir aquella promesa que Franco, en el contexto del entusiasmo inicial de la contienda internacional, iba a incumplir. El 14 de febrero de 1942 el dictador había sido recibido en Sevilla por las autoridades militares y religiosas de la ciudad. Si se sigue la narración del diario *ABC* del día siguiente, tras ser aclamado por la población y saludado por el Cardenal Arzobispo Pedro Segura y Sáez –quien sería un firme crítico del Régimen¹⁵⁶–, el “Caudillo” asistió al discurso que le brindó el capitán general de la región, teniente general Ponte Manso de Zúñiga. A las palabras de este respondió el *Generalísimo* con las suyas, en las que mezclaba la resaca anticomunista de la victoria en la Guerra Civil con la buena marcha de las tropas nacionalsocialistas en la Operación Barbarroja. En el referido parlamento, realizó la proposición que no llevó jamás a cabo:

Y en estos momentos de lucha entre los pueblos del mundo, presenciamos cómo se pretende destruir el baluarte y se ofrece a Europa como posible presa al comunismo. No tememos su realización; tenemos la absoluta seguridad de que no será así; pero si hubiera un momento de peligro, si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una División de voluntarios españoles lo que allí fuese, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían... (Una clamorosa salva de aplausos interrumpe las palabras de Su Excelencia.) Aunque, como os digo, tengo la seguridad de que no será necesario, vuestro entusiasmo me conforta, pues es la afirmación de que España entera se lanzaría otra vez por

¹⁵⁶ Se puede seguir detalladamente la trayectoria de este personaje en la Tesis Doctoral *El Cardenal Pedro Segura y Sáenz (1880-1957)* (Santiago Martínez Sánchez, Universidad de Navarra, 2002).

el camino de la reconquista a hacer revivir de nuevo los valores de su Cruzada, Cruzada que fue posible por la unidad con que España fue toda a la guerra (*Sin firma*, 1942: 12).

El desarrollo de la batalla de Berlín ha sido expuesto en abundancia y el seguimiento cronológico y detallado de los hechos aportaría una visión panorámica que se alejaría del hecho concreto a tratar, es decir, la participación de españoles en la misma¹⁵⁷. Además, sus acciones en el epílogo de la guerra no se circunscribieron al ámbito de la lucha por las calles de la *Hauptstadt*. Ha señalado Gil Martínez que, en los momentos previos a la repatriación de la Legión Azul, Falange ya preparaba en secreto la formación de tropas para colaborar con los alemanes. A este grupo se habrían unido los que se quedaron en Alemania influidos por sus contactos con los germanos para luchar en la *Werhmacht*, los reclutados de entre los trabajadores españoles enviados allí y los republicanos que habían sido capturados en Francia y que formaban parte de los batallones de trabajo¹⁵⁸. Los que obviaron la prohibición de Franco y consiguieron atravesar la frontera con Francia –ya fuera por su habilidad o la connivencia de algún miembro de la Guardia Civil que custodiaba el paso– fueron recibidos por sus camaradas alemanes. Después de realizar los trámites burocráticos, pasaban al *Quartier de la Reine* de Versalles, donde el ex-*guripa* Luis García Valdajos les recibía y hacía de enlace con el centro de Stabalack Süd en la Prusia Oriental para realizar su formación a pesar de la experiencia militar que acumulaba la mayoría. También allí se les comunicaba su función,

¹⁵⁷ *Berlín: la caída, 1945* (Antony Beevor, 2002) es el libro de referencia en los últimos años para el tema. Más allá de la bibliografía historiográfica, es interesante acercarse a varios de los testimonios de aquellos que vivieron los acontecimientos en el lugar. Ejemplos de ello son *Memorias* (Albert Speer, 1969); *Los diarios de Berlín (1940-1945)* (Marie Vassiltchikov, 2004) y *En el búnker con Hitler* (Bernd Freytag von Loringhoven, 2007).

¹⁵⁸ Como se verá a lo largo de este preludio al cierre de la participación de los españoles en la II Guerra Mundial, ellos no fueron los únicos extranjeros que lucharon junto a los nazis. El caso de los voluntarios franceses de la *Charlemagne* ha sido estudiado recientemente en el ámbito hispánico por David Alegre Lorenz. En su texto expone un interesante análisis acerca de las motivaciones de los combatientes: aunque la destrucción del bolchevismo siempre estuvo presente, ya que “luchar hasta el último día tuvo que ver en el caso de algunos de aquellos voluntarios con un acto de fe, es decir, con la necesidad de probar los propios ideales, permanecer siempre fieles a sí mismos y reforzar el propio ego en la identificación con una cultura política (...) los vínculos forjados dentro de los pequeños grupos de afinidad que estructuran toda unidad militar iban mucho más allá del anticomunismo, que sin lugar a dudas era un factor amalgamador importante y, en muchos sentidos, un estímulo indiscutible” (2015: 57). A continuación, el autor acierta al señalar que la decisión “de seguir hasta el final tuviera mucho que ver con *su* creencia de no ser como los demás hombres, y de ahí también que fueran fundamentales el mantenimiento de la unión, los lazos de solidaridad y el compromiso tácito contraído por el combatiente con esa comunidad del frente a la que pertenecería, sostenida a su vez por la idea de participar de un mismo destino con aquellos a los que el individuo veía como sus iguales. Con lo cual tampoco podemos descartar en la decisión a menudo fatal de los voluntarios franceses un cierto morbo escatológico, es decir, la satisfacción y necesidad de tomar parte en el final hasta sus últimas consecuencias y ver qué había más allá (2015: 59)”

independientemente del grado que hubieran adquirido en la División y la Legión Azul, como soldados rasos del Ejército alemán. La *Spanisches-Freiwilligen-Einheit* quedó establecida entre abril y mayo de 1944, estructurada en Plana Mayor, tres compañías de granaderos y dos de depósitos y con aproximadamente 250 hombres en sus filas. El carácter cañí, que no se perdió en ningún momento, animó a los luchadores a autodenominarse como el “Batallón Fantasma” por su oficial inexistencia ante el gobierno de Franco que, de sobra, conocía estos avatares (2011: 57 y 60-62).

Estos hombres fueron trasladados a las proximidades de Viena y, desde allí, a Solbad Hall im Tirol, cerca de Innsbruck, donde fueron separados en las 101ª y 102ª Compañía de voluntarios españoles, para no formar una única unidad de españoles. La primera de ellas luchó, con innumerables bajas –sobrevivieron 18 soldados españoles– en la localidad rumana de Campulung, a la que acudieron tras una marcha a pie de 70 kilómetros a la que precedió el viaje en tren hasta Vartra Dornei vía Budapest. La batalla coincidió con la caída del gobierno de Antonescu, por lo que, además de los soviéticos, tuvieron como enemigos a sus antiguos aliados rumanos. De esta intervención cabe señalar el meteórico regreso hasta Stockerau y Hollabrunn de los supervivientes y la captura de Ramón Pérez Eizaguirre, quien años más tarde testimoniaría su paso por el Gulag. Los datos acerca de la segunda unidad –perteneciente a la denominada División *Brandenburg*– hay que tomarlos con mayor cautela debido a la falta de informaciones: una parte de ellos habría combatido sin éxito a los partisanos de Tito en el norte de Yugoslavia, lo que les obligó a replegarse a las ya citadas Stockerau y Hollabrunn. La otra mitad batalló contra los rebeldes en Italia y huyó, desde Turín en septiembre de 1944, al sur de Francia. Posteriormente, algunos de los españoles que no habían retrocedido se integraron en la 24ª División de montaña SS *Karstjäger* y lucharon en el oeste de Eslovenia y en Croacia con buenos resultados. Su actuación fue menos brillante en Trieste, cuya caída presenciaron, y en la fronteriza Gorizia, donde al menos 14 españoles fueron masacrados tras la derrota. Los últimos días de la guerra lucharon contra las conocidas como *Ratas del desierto* y, tras la rendición de Alemania y la autorización para huir hacia España, se vieron atacados por las fuerzas guerrilleras. Varios españoles habían permanecido en la zona yugoslava y, tras la capitulación, se entregaron a las fuerzas norteamericanas. Quienes no hicieron esto último, no tuvieron ningún reparo en realizar actividades de saqueo y violación entre la población. Los miembros de la *Brandenburg* que habían retrocedido hasta Francia se integraron dentro del *Streifkorps Süd-Frankreich* como el *Streifkorps Biscaya* y, junto a otros compatriotas, formaron el definitivo

Einsatzgruppen Pyrenäen, que luchó contra el maquis instalado en el país galo integrado, en varias ocasiones, por antiguos republicanos. Debido al avance aliado en Normandía, el grupo se retiró de sus posiciones (2011: 64-72).

Tras el intento fallido del “Plan Valquiria” para acabar con Hitler y el protagonismo del SD en detrimento del *Abwehr*, el grupo que integraba a los “pirenaicos” pasó a formar parte del *SS-Jagdverband Südwest* en el que los españoles componían legión con los franceses. Dentro de este laberíntico conglomerado, los hispanos serían parte del denominado *Kommando Kondor*. Las actuaciones de este grupo estuvieron destinadas al reconocimiento y la retaguardia del 7º Ejército Estadounidense. Tras su fusión con otra de las *Jagdverband*, la *Mitte*, en abril de 1945 habrían sido destinados al *Alpenfestung* pero, la imposibilidad de llegar a la zona les hizo huir vestidos de paisanos. El resto de españoles, es decir, los de la 102ª que batallaron en Yugoslavia y los de la 101ª de Rumanía, se reunieron en Stockerau y Hollabrunn junto a los que se habían unido posteriormente a la defensa del nazismo y pasaron a formar parte de una División croata de reemplazo. Treinta y tres de los hombres de la primera de las ciudades, ante el inmovilismo al que se vieron sometidos, formaron desde diciembre de 1944 parte de una legión valona mientras que el resto se adhirió en enero del año siguiente a la 357ª División de Infantería –que no formaba parte de las *Waffen SS*–. En febrero, otro número indeterminado de soldados fue trasvasado a la *Wallonien* y los que no siguieron ese camino lucharon finalmente en Checoslovaquia (2011:72-77).

El grupo de los *valones* españoles merece un trato especial. Reclutados por Antonio Alfonso van Horembeke, personaje singular por ser belga y falangista, formaron parte de la unidad que lideraba su compatriota Leon Degrelle, nazi que sería protegido por la dictadura franquista. El número de los españoles que entre unos avatares y otros ha sido propuesto varía entre los 240 y los 400 hombres. Más allá de la precaución advertida para todo el caso de estos soldados invisibles, su significado, como puede ir observándose, va en aumento debido a los diferentes nombres que aparecen en relación a ella. El nacimiento del grupo habría sido el siguiente: el *joseantoniano* de adopción se encontró con Paul Kehren que, como él, era veterano de la Guerra Civil y ambos propusieron a Degrelle la incorporación de españoles a sus mermadas filas de la 28. *SS-Freiwilligen-Grenadier-Division “Wallonien”*. Bajo el mando de García Valdajos y, sobre todo, el del *SS-Ustuf* Rudi Bal, estuvieron cerca de intervenir en la ofensiva de las Ardenas, aunque al final no sucedió así. Fueron trasladados de Renania hasta la frontera germano-polaca, en la que se unieron otros españoles al grupo y, junto a una unidad

multinacional, participaron en la defensa del Oder en la ciudad de Stargard hasta marzo de 1945. Tras replegarse fueron enviados a Potsdam –aunque no todos, ya que algunos sí que continuaron con los francófonos–. Y es aquí cuando aparece el personaje más famoso de todos los españoles que defendieron Berlín: Miguel Ezquerro (2011: 78-86). Bowen ha sintetizado el papel de este soldado en el Ejército nazi¹⁵⁹:

Miguel Ezquerro, a veteran of the División Azul and then a *Hauptsturmführer* in the Waffen-SS, led another small unit into the Battle of the Bugle. He and his men had previously served the Abwehr in France, fighting against Spanish exiles in the Resistance. Later called the Einheit Ezquerro, this unit was closely linked to General Wilhelm von Faupel and the Ibero-American Institute. In January 1945, Ezquerro was commissioned to enlist all the Spaniards he could find into one unit, which he would command as a Waffen-SS *Sturmbannführer* (2000a: 403).

Las autoridades alemanas habrían encargado a Ezquerro y a García Valdajos reclutar a todos los españoles de las diferentes unidades militares, de los centros de trabajo y a los que viviesen allí y fueran aptos para el combate. Esta misión chocaba con los intereses de la reducida representación diplomática franquista que aún permanecía en el país, que pretendía repatriar a todos los ciudadanos que tenía bajo su responsabilidad en previsión de la fatalidad de los acontecimientos. Wilhelm Faupel, quien fuera responsable de coordinar la propaganda nacionalsocialista en España durante la década de 1930, se vio involucrado en la inscripción de españoles: su ayuda desde el Instituto Iberoamericano de Berlín a los españoles que, desde 1941, se enrolaron en la División Azul o fueron a trabajar a Alemania fue notoria¹⁶⁰. Cuando la situación cambió no cesó en sus intentos y lo hizo de la mano de un peculiar personaje, el sacerdote vasco Martín de Arrizubieta Larrinaga (Gil Martínez, 2011: 87 y Núñez Seixas, 2005b: 30-32)¹⁶¹.

¹⁵⁹ Léon Degrelle, fundador del partido rexista –la versión fascista belga– y combatiente durante la II Guerra Mundial, encontró acomodo en España tras el final de la contienda internacional. Vivió entre Málaga y Sevilla y allí pudo librarse de la condena a muerte *in absentia* a la que fue condenado en Bélgica. El asilo que le propició el franquismo le permitió obtener la nacionalidad española bajo el nombre de José Ramírez Reina, eludir su responsabilidad penal en su país natal y permanecer refugiado hasta su muerte en 1994 (Cerón Torreblanca, 2008: 77-78).

¹⁶⁰ Kuhl vuelve a ofrecer interesantes informaciones sobre la diplomacia alemana y su relación con España cuando describe el papel del antiguo representante alemán para este periodo: “el general Faupel, que había sido destituido de su puesto por su intromisión en asuntos de la Falange y por oponerse al comandante de la «Legión Condor», Sperrle, siguió siendo un atento observador de la escena española, en su calidad de director del Instituto Iberoamericano en Berlín. Numerosos «camisas viejas» que habían venido a Alemania con Faupel, después de fracasar el golpe de estado de Hedilla, mantenían una red de comunicación en información con personas de la misma tendencia en España, por medio de la cual tenían al corriente de todo al general” (1986: 59).

¹⁶¹ La novela *La caza salvaje* (Jon Juaristi, 2007) toma como referencia la vida de este cura.

La *Einheit Ezquerra*, compuesta por 359 hombres, cifra que se reduciría a 34 menos que decidieron no participar en la batalla de Berlín y a los que se dio la posibilidad de regresar a España, se trasladó el 20 de abril al centro de la ciudad a través de las líneas de metro que, paradójicamente, aún estaban en funcionamiento. Tras llegar a las proximidades de la Anhalter Bahnhof, el grupo se dividió entre las tropas comandadas por Pedro Zabala, el alférez Ricardo Botet Moro y el propio Ezquerra. Las de este último estarían compuestas por unos 130 hombres a los que, según él, se habrían unido algunos valones, hecho que no está probado y que en sí no parece probable. El relato que se ofrece de los hechos, y que debe tomarse con precaución, es el que sigue: las primeras informaciones que se tienen de la participación de españoles datan del día 27 de abril, en el que los españoles partieron de su acantonamiento en las cercanías del edificio del Ministerio del Aire –*Detlev-Rohwedder-Haus*, actual sede del Ministerio Federal de Finanzas, en el centro de la ciudad– hacia la Moritzplatz, donde intentaron frenar el avance soviético. Allí, en un momento de confusión, el fuego amigo alemán les hizo tres bajas y consiguieron, en dos ocasiones, plantar cara a los rusos. Tras el repliegue, se les ordenó defender la Belle-Alliance-Platz –hoy en día Mehringplatz– a la que acudieron, por el hostigamiento sufrido en las calles de la ciudad, a través de los oscuros túneles del metro a los que accedieron desde la Anhalter. Durante el enfrentamiento en la plaza, Ezquerra cayó herido de un tobillo y, tras la lucha, los supervivientes fueron alojados en las dependencias del Ministerio adyacente a su antigua ubicación. El día 28, tras reagruparse, lucharon en Anhalterplatz, Alexanderplatz, las estaciones de Anhalter y Potsdam y la Herman Göring Strasse, junto a compañeros de las unidades *Müncheberg* y *Nordland* y, más tarde, junto a un grupo de letones en el lujoso hotel Kaiserhof –donde el ambiente orgiástico que se vivía contrastaba con las ruinas del exterior–. Después de conseguir repeler el ataque soviético, fueron enviados a la Postdamer Platz –en la que, al igual que en el emplazamiento anterior, también lucharían al día siguiente– para apoyar a un contingente de la policía militar alemana, insuficiente para frenar las embestidas soviéticas. Mientras que el día 29, además de batallar en los dos lugares ya indicados, lo hicieron en las proximidades del *Reichsbank*, el 30, ante la caótica situación, Ezquerra permitió que los hombres que lo desearan huyeran a través de los túneles de la ciudad. Los que permanecieron junto a él en la primera fecha de mayo, ya con Hitler muerto, participaron en la defensa del barrio ministerial y ante el inminente final, el jefe español pidió a quienes estuvieran en condiciones de hacerlo que se marcharan para evitar caer muertos o presos de los soviéticos. El objetivo era llegar a la Stettiner Bahnhof –desde

1950 estación Norte de Berlín– cercana al río Spree. Hicieron el camino por los túneles atestados de gente hasta la Friedrichstrasse y, al salir a la superficie, se vieron obligados a atravesar el puente de Weidendamm, cercado por los soviéticos, que disparaban a quien pasaba por allí. El grotesco espectáculo que se presenciaba, con pilas de cadáveres resultantes de estas acciones, llevó a que Ezquerro, junto a tres españoles, fueran los únicos en conseguir su objetivo. Tras dispersarse el grupo, su líder y el sargento Pinar fueron los únicos que conformaron la unidad y que llegaron, junto a soldados de otras nacionalidades a la Stettiner. Allí, en una zona ya controlada por los rusos, deciden volver a la superficie y llegar al búnker de la estación pero con la desgracia de separarse los dos hombres, hecho trágico especialmente para Pinar, que sería capturado por los rusos y llevado al Gulag. Ezquerro, también capturado, conseguiría evadirse de los rusos y, tras unas estrambóticas circunstancias, retornaría a España. El resto de los soldados españoles corrió una suerte diferente, ya que quienes no perecieron o cayeron capturados, regresaron a la patria por diferentes vías: unos treinta habrían huido antes de la capitulación alemana; los que luchaban en los Alpes, lo habrían hecho vía Suiza tras pasar por los campos para reclusos de Oerlikon-Zurich y Laplaine-Ginebra, pero al segundo intento y en barco en el mes de diciembre puesto que, al intentarlo en junio, fueron atacados por un grupo de maquis en Francia. Los capturados por los aliados occidentales en territorio italiano lo hicieron tras pasar por los campos e incluso gracias a la ayuda de la población local (Gil Martínez, 2011: 111-112 y 122-147)

3.5.4. Las *divisionarias*: el papel de la mujer en la División Azul

El papel del gobierno franquista en la II Guerra Mundial quedaría incompleto si no se tuviera en cuenta el rol que jugó la mujer española durante el conflicto. Como se ha visto, los voluntarios se relacionaron con las jóvenes de la retaguardia alemana y rusa: en ciertos casos se aprovecharon de la vulnerabilidad de las presas, tuvieron alguna aventura esporádica con las nativas germanas y soviéticas e incluso se dio alguna historia de amor que perduró en el tiempo. Pero cabe preguntarse cuál fue la función de las mujeres que actuaban desde España –las madrinas de guerra– y el de aquellas que les acompañaron hasta los hospitales de campaña –las enfermeras–. Para ambas funciones fue fundamental, sin olvidar la labor de las Damas Auxiliares de Sanidad Militar en el caso de las segundas,

la acción de la Sección Femenina de Falange. El ímpetu de las azules ante la campaña de Rusia ha sido señalado por Rosario Ruiz Franco:

Las mujeres falangistas de la Sección Femenina (SF) se sumaron desde un principio a la iniciativa de sus correligionarios varones y tuvieron una destacada participación en diversos ámbitos como el de enfermeras en el frente, lavaderos, donación de sangre o con diferentes colaboraciones en la retaguardia desde madrinan de guerra o labores de intendencia como la organización de donativos para los soldados y sus familias o recogida de ropa y alimentos (2015: 20).

Esta autora, que ha ahondado en el papel de las mujeres del partido para el periodo de la División Azul, ha señalado cómo Pilar Primo de Rivera, Delegada Nacional de la Sección Femenina, solicitó el socorro de ellas a través de diferentes circulares internas y la labor propagandística de *Y. Revista para la mujer*, la publicación de la organización. A las funciones ya señaladas se añadiría la petición de colaboración de las mujeres del Sindicato Español Universitario. Dentro de esta labor asistencial destacó el envío de ropa de abrigo para el primer invierno que pasaron los soldados en Rusia –los años siguientes se encargó de ello el Ejército alemán–, el envío del aguinaldo en 1941, que fue preparado únicamente por ellas, muy generoso si se tiene en cuenta la situación del país y publicitado ampliamente por la prensa¹⁶². Para las dos navidades siguientes se rompió el monopolio de que ostentaban y decreció su volumen en función del mal paso que llevaba la lucha en el frente del Este (2015: 25-32).

Pero el papel más significativo que ejercieron durante la retaguardia fue el de madrinan de guerra, aquellas mujeres que respondían a las cartas de los hombres que, según la escritora Dulce Chacón, escribían “cuando el espanto duerme, por un rato, y aflora la necesidad de compartir el desasosiego” (2003: 19). Esta figura, mediante la cual se pretendía mantener alta la moral del combatiente, surgió en Francia durante la Primera Guerra Mundial y pronto se extendió a países como Canadá, cuyos soldados francófonos de Quebec adoptaron la costumbre tras llegar al país galo¹⁶³. En el caso español, la figura

¹⁶² En el caso de Huelva puede apreciarse, para la primera Navidad, la heterogeneidad de los autores de las aportaciones: “sobresale la aportación de la Cámara de la Propiedad Urbana con 1.000 pesetas y la del comandante de Marina D. Celestino Hernández con 100 pts. Colaborarán también la Zona de reclutamiento, los Juzgados Militares, Intendencia, la Comandancia de Costas de la Guardia Civil, el benemérito cuerpo de mutilados de Guerra, la comandancia de la Guardia Civil Rural, [y] el Regimiento de Infantería de Huelva nº 72” (Pérez Maestre, 2008: 59-60).

¹⁶³ Como señalan Ramón y Ortiz, en la figura del escritor francés Guillaume Apollinaire quedó reflejada esta relación gracias a la publicación, en 1948, del volumen *Lettres à sa marraine, 1915-1918*, que contenía la correspondencia del autor con su madrina Jeanne Burgues. El compositor Ravel, el poeta Jean Pierre

de la madrina fue llevada a cabo durante la Guerra de Marruecos por señoritas de familias acomodadas y durante la Guerra Civil fue desarrollada de manera desigual por los dos bandos: mientras que en la zona republicana fue tardía y de escasa importancia, en el lado sublevado sí que tuvo mayor significado. Con la centralidad reservada al hombre, ellas se dedicaron con entusiasmo a la tarea de escribir, que venía acompañada del envío de regalos con motivos religiosos, alimentos, tabaco y ropa. El final de la lucha cainita no conllevó el cierre de este tipo de correspondencia, ya que varias fueron las que, clandestinamente, consiguieron cartearse con presos republicanos en los campos de concentración franquistas. Y, con el envío de la División Azul, el falangismo consiguió reactivar la función de estas mujeres con los soldados que batallaban en la Unión Soviética (Ramón; Ortiz, 24; 33; 61-69).

En realidad, la función de las madrinas no comenzó hasta el verano de 1942, comprensible si se considera como actividad para subir la moral de unos soldados que habían comprobado que derrotar al comunismo era difícil de lo esperado. La dirigente de la Sección Femenina solicitó a sus delegadas provinciales la búsqueda de doscientas muchachas adecuadas, por su fidelidad a la causa, para que escribieran sus cartas al menos a uno o dos soldados en las que se les alentase a través de los ya clásicos temas de adoctrinamiento del nuevo Estado. Los interesados tuvieron conocimiento de la iniciativa a través de su publicación interna, la *Hoja de campaña*, y se les distinguía por llevar prendido un distintivo en la prenda falangista conocido como “el parche de la madrina de la División Azul”. Además de españolas, a estas mujeres se unieron alemanas, italianas, francesas y, sorprendentemente, japonesas. De todas ellas, la más famosa y que, como tal, ejercía de madrina de la División, fue la enfermera y locutora de radio Celia Giménez Costeira, que cada miércoles de 5.30 a 6.30, desde 1941, emitía un programa en Radio Berlín en el que contactaba con las familias de los *guripas* (Ruiz Franco, 2015: 32-35)¹⁶⁴.

Calloch y el escritor Henri Barbusse fueron otros de los intelectuales franceses que intercambiaron correspondencia con estas mujeres durante la Gran Guerra (2003: 29-33).

¹⁶⁴ En el libro de entrevistas de Pilar Primo de Rivera con Antonio-Prometeo Moya, ella describía así a esta mujer cuando este le decía que se había “formado la fantasía de que fue como la Lili Marleen de la División Azul”: “No sé cómo sería Lili Marleen, pero por entonces Celia tenía cuarenta y tantos años y era bajita, muy ancha de caderas, con mucho pecho y mucha frente. Era nuestra delegada en Berlín. Yo la veía en cada viaje que hacía a Alemania y en 1941 vino conmigo a Viena. Recogía noticias sobre los divisionarios y las comunicaba por radio desde la capital alemana. En España escuchaban su programa todos los que tenían algún familiar en el frente ruso. Los divisionarios también lo escuchaban cuando podían. Celia se preocupaba por la atención que recibían los heridos y por la situación de los que se encontraban en el frente, perdidos en la estepa o prisioneros de los rusos. Fue la persona que más se preocupó por los prisioneros que estuvieron años en los campos de trabajo soviéticos” (2006: 246-247).

Wayne H. Bowen ha señalado los orígenes políticos y el papel de esta mujer en Alemania como representante de las mujeres españolas:

A nurse, Celia Giménez Costeir was a close associate of Faupel's. Her Spanish husband, pilot, had been killed during the Spanish Civil War. She left Spain in early 1939 and had worked since then in Germany at the municipal hospital of Neukölln. Very interested in promoting Hispano-German connections, she organized a pen pal service between the HJ and the girls of SF. This single mother, who lived with her daughter in Berlin, became the most important Spanish woman in Germany through her SF leadership, Nazi training, sponsorship by Pilar Primo de Rivera, connections with the Faupels, and her "adoption" of the Blue Division in July 1941 (2000b: 86).

Y las mujeres que dieron un paso al frente y acompañaron a los soldados a Rusia constituyeron el cuerpo de enfermeras de la División Azul. Al igual que ocurrió con los varones, representaron en el mismo grado los problemas de compatibilidad existente entre los miembros del partido y el ejército. Falange, al igual que en todo lo que concernió a la unidad de voluntarios, quiso acaparar la actividad de las españolas en el frente. La Sección Femenina, en función de su antigüedad como grupo responsable de aquellas que cuidaron de los miembros en armas durante la Guerra Civil, organizó y envió a las dos semanas de marchar los hombres al frente del Este a las primeras mujeres dispuestas a servir a los heridos. A pesar de la mala organización que reinaba en este sector de la organización de las mujeres azules, Primo de Rivera dispuso una clasificación para promover el reclutamiento de las falangistas interesadas: el primer grupo estaría compuesto por veteranas de la lucha fratricida; el segundo por enfermeras del grupo que no hubieran participado en la contienda pero que sí eran tituladas; y el tercero para chicas sin el título pero que demostrasen buena disposición para la misión encomendada. El monopolio de la hermana del *Ausente* se vio turbado cuando, en julio de 1941, el Cuerpo de Damas de Sanidad Militar fue creado por el Ejército bajo la batuta de Mercedes Milá Nolla¹⁶⁵. Medio año después, en enero de 1942, el enfrentamiento se avivó debido a la ley por la que se creaba el Cuerpo de Enfermeras de FET y de las JONS y, por ende, se atribuía a

¹⁶⁵ "Este cuerpo lo constituyeron mujeres que, de forma totalmente altruista, trabajaban como enfermeras honoríficas sin sueldo. Para ingresar en el Cuerpo, realizaban un cursillo de dos años de duración en el que recibían clases técnicas de enfermería y conocimientos militares (incluidos instrucción en orden cerrado). Vestían uniforme militar: guerrera caqui, falda, gorro y bolso de costado, con el emblema de Sanidad Militar en la solapa. En los hospitales usaban el uniforme de enfermeras y durante las maniobras vestían traje de faena y botas igual que cualquier soldado" (Gallardo Rodríguez, 2012: 161).

la unidad la organización, en caso de conflicto, de las sanitarias¹⁶⁶. El Ejército hizo caso omiso a la nueva legislación y, a pesar de las protestas de la mandataria de la Sección Femenina, el resto de envíos se realizó en conjunto con las militares y las que pertenecían a la Cruz Roja. Además de la primera expedición, acudieron a Rusia cinco más: de julio de 1942 a agosto de 1943; de noviembre de 1942 a diciembre de 1943; de febrero¹⁶⁷ a diciembre de 1943; de mayo a diciembre de 1943 y de julio-agosto de 1943 a diciembre de 1943-febrero de 1944 (2015: 38-44).

¹⁶⁶ Ejemplo de la diversidad en la composición del cuerpo de enfermeras puede observarse en el caso cántabro: de las cuatro mujeres que ha registrado José Manuel Puente Fernández, dos de ellas pertenecían a la Sección Femenina y las otras dos al cuerpo de Damas de Sanidad Militar (2012: 217-218).

¹⁶⁷ Pérez Rubio y Prieto Barrio han señalado que en esa expedición solo viajó una enfermera (2014: 259).

4. LA DIVISIÓN AZUL TRAS LA II GUERRA MUNDIAL: EL PAPEL DE LOS VOLUNTARIOS EN LA DICTADURA FRANQUISTA

4.1. ESPAÑA Y EL HOLOCAUSTO

El fracaso de las potencias del Eje en la II Guerra Mundial arrastró en su desastre al gobierno de Franco. El envío de la División Española de Voluntarios para la lucha en el frente oriental posicionaba a España junto a sus antiguos aliados. Alemania no solo había perdido una guerra, sino que además había programado, y logrado en gran parte, la eliminación de la población judía¹⁶⁸. El desvelamiento de la *Shoah* hacía sospechar de cualquier colaborador del nazismo. El franquismo, a pesar del virar su política exterior al mismo tiempo que el signo de la lucha se tornaba adverso a los propósitos hitlerianos, penó por la ayuda prestada al dictador alemán y por la recibida por él durante la Guerra Civil. La situación del país, sin llegar a los extremos del periodo 1939-1941, se caracterizaba por una pésima situación que hacía insuficiente la política autárquica y necesitaba abrir las puertas del comercio exterior¹⁶⁹. En el mes de febrero de 1945 Churchill, Roosevelt y Stalin se reunieron en Yalta para configurar la Europa que saldría de un triunfo que, a pesar de la entrada en París, tardaría unos meses en llegar. En la Conferencia se insistió en la necesidad de la desaparición de cualquier régimen surgido con el apoyo del nazismo y el fascismo y la celebración de elecciones democráticas en los países liberados. Aunque no se hizo ninguna mención a España en la declaración, era evidente que la dictadura franquista era una de las naciones cuya situación debía ser desbloqueada (Güell, 2009: 34). Al finalizar la guerra, la presencia de Francisco Franco

¹⁶⁸ “Adolf Hitler y sus seguidores nazis empezaron, intensificaron y combatieron en una guerra mundial brutal hasta su amargo final en mayo de 1945. El nacionalsocialismo había prometido a los alemanes una vida de seguridad y prosperidad e intentó cumplir con esa promesa arrasando otras naciones y condenando a muerte a otros pueblos. Cuarenta millones de personas murieron en Europa como consecuencia de la segunda guerra mundial, casi un 10 por 100 de la población total del continente. Más de la mitad de esas víctimas eran civiles, en su mayoría de Europa oriental. Entre quienes perdieron la vida se encontraban seis millones de judíos, unas dos terceras partes de los que vivían en Europa en 1940. Estas cifras resultan difíciles de concebir, pero evidencian que el enorme imperio alemán que los nazis se propusieron crear descansaba en su intención de rehacer, mediante la violencia, «tierras y pueblos» en términos de «espacios y razas». El nacionalsocialismo fue la empresa asesina que fue, no por haber sido moderno o eficaz o burocrático, sino porque creía ser la resolución de un momento específico de la historia alemana en el que un pueblo en peligro intentaba hacerse inexpugnable” (Fritzsche, 2009: 13).

¹⁶⁹ Sobre los efectos de la política autárquica es altamente esclarecedor el trabajo conjunto editado por Carlos Barciela (2003), donde se desgranar sus efectos en los diversos planos de la estructura económica del país para el primer franquismo. En el prólogo, Luis Ángel Rojo advierte que, a pesar de los problemas ocasionados por los daños de la Guerra Civil, el desarrollo de la contienda internacional y el aislamiento posterior a ella, “los pobres resultados del período no pueden explicarse adecuadamente sin situar en el centro del cuadro la política económica del gobierno (...) [que] condujo a graves desequilibrios del sector exterior, a una regresión importante en el ya modesto nivel tecnológico del país y, en general, a gravísimas distorsiones en la asignación de los recursos productivos” (2003: VII).

en el poder “constituía una anomalía para las potencias vencedoras, que veían en la dictadura, tanto por su naturaleza política, su origen (...) y la actitud de no beligerancia pro-Eje mantenida a lo largo del conflicto mundial una potencial amenaza para la paz” (Martínez Lillo, 2000: 323). La opinión pública de los países aliados y la oposición republicana española veían en el final de los totalitarismos de derechas la oportunidad perfecta para exigir la retirada del dictador y la reinstauración democrática¹⁷⁰. Pero la realidad fue otra, ya que la respuesta de quienes habían derrocado al nazismo se alejó de estas intenciones y derivó en el restablecimiento paulatino de sus relaciones con España. Este proceso, que duró cerca de una década, ha sido dividido por Paola Brundu (*apud* Martínez Lillo, 2000: 324-325) en tres periodos: los casi dos años que acontecieron desde junio de 1945 a marzo de 1947 se caracterizaron por el aislamiento y la condena a los que fueron sometidos el régimen franquista, actitud que venía acompañada por la intención exterior de presionar a la nación para la vuelta a la democracia. Desde la aparición de la doctrina Truman hasta el inicio de la Guerra de Corea en junio de 1950 Estados Unidos tomó el mando de la situación en detrimento del Reino Unido y aceptó a la dictadura en el nuevo orden internacional. El problema ya no era cómo permitir que en España se dieran las condiciones para la instauración del sufragio y un sistema de libertades, sino encajar al franquismo en el nuevo orden mundial. El último tramo se cerró en septiembre de 1953 tras la firma del Acuerdo con la Santa Sede y los Pactos de Madrid con el gobierno de Washington, lo que confirmó la integración parcial del país en el contexto internacional.

De todos modos, la sombra de la guerra era alargada. Los dos factores que incomodaban al país se trataron de manera opuesta: por un lado, el Holocausto y las exigencias que podían pedírsele a España reclamaron la construcción de una activa propaganda estatal –proyectada hacia el exterior– según la cual Franco y su gobierno, instigadores otrora de la conspiración judeo-bolchevique-masónica, aparecieran como salvadores de la población judía frente a la crueldad nazi. Por otro lado, la presencia de divisionarios en los campos de concentración soviéticos, acompañados por los

¹⁷⁰ Una vez más, los republicanos volvieron a verse traicionados por los aliados exteriores en su afán por llevar a España por la senda democrática. Como ha estudiado Miguel Ángel Yuste de Paz, se elaboró un plan de “transición y plebiscito” que no encajaba con los propósitos anglosajones y franceses. Este rechazo supuso “la frustración de miles de españoles que habían confiado en que las democracias occidentales vencedoras de la guerra mundial ayudaría a terminar con una dictadura incongruente con la Europa democrática. A cambio se encontraron con una nueva guerra ideológica sin trincheras, al menos en Europa, que les volvía a alejar del ansiado retorno a su país que con justicia deseaban equiparable a la Europa democrática que también ellos habían ayudado a construir” (1996: 277).

compatriotas republicanos que cayeron en la desgracia del sectarismo estalinista, fue ocultada para no contrariar a los aliados, compañeros de viaje de los comunistas en los años previos a las fisuras que derivaron en la Guerra Fría. Precisamente, fue el inicio de las hostilidades diplomáticas entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética el elemento que dilucidó la estratagema franquista de los tres frentes, ya iniciada en la mitad de 1943: como ha señalado Josefina Martínez, esta particular interpretación de la II Guerra Mundial segmentaba el conflicto en tres contiendas según los límites geográficos de las mismas, en las que España habría sido favorable a los nazis en el Este, neutral en la lucha entre británicos y alemanes y proamericana en el Pacífico (1996: 151).

4.1.1. Una mirada retrospectiva al antisemitismo de la derecha española

El antisemitismo había formado parte de la política de la derecha española desde los primeros momentos de la II República Española y fue utilizado por el franquismo para señalar a los *enemigos* del nuevo Estado. Rodríguez Jiménez ha identificado la existencia de este componente en la denominada como *teoría de la conspiración* que, según el tradicionalismo católico de las primeras décadas del siglo XIX, aglutinaría a los representantes de la *anti-España*, intrigantes contrarios a las esencias del país. El contubernio, avalado por *Los protocolos de los sabios de Sión*, fue base de los sectores reaccionarios desde antes del periodo republicano, sobre todo cuando fue presentado como culpable –junto a la traición de la clase política y la *pseudointelectualidad* manejada desde el extranjero– de la caída de Primo de Rivera¹⁷¹. Este discurso iba dirigido, curiosamente, hacia el *judío irreal* debido a la baja presencia de población judía en España desde comienzos del siglo XX (2004: 92-95). Su recuperación establecía una línea entre el acierto que para los conservadores habría supuesto el Decreto de Expulsión de los

¹⁷¹ Danielle Rozenberg ha señalado el origen de esta obra: “En 1905, Sergei Alexándrovich Nilus publicaba en Rusia la primera versión integral de *Los protocolos de los sabios de Sión*, presentados como las actas de las veinticuatro sesiones secretas del Primer Congreso Sionista reunido en Basilea en 1897, y que presuntamente revelaban el «Programa judío de conquista mundial», tomando el título de la versión abreviada que se publicó en 1903 en el diario *Znamia* de San Petersburgo. Según los numerosos trabajos, *Los protocolos* fueron elaborados en París, probablemente entre 1897-1898, por los servicios de la policía secreta del Zar, la *Okhrana*”. A continuación, este autor sigue los postulados de Pierre-André Taguieff para resumir el contenido del libelo: “«Los judíos están en todas partes: estereotipo de infiltración; los judíos no están en cualquier parte, se encuentran al mando del poder: estereotipo de dominación que implica una voluntad de conquista; los judíos son capaces de todo, esto es, de lo peor; estereotipo de crueldad, de deseo de destrucción»” (2010: 107).

Reyes Católicos y su identificación con el comunismo soviético y el gobierno republicano:

Uno de los temas preferidos entre los antisemitas españoles fue el histórico: la presentación de los judíos y conversos de los siglos medievales y modernos como criminales enemigos de Cristo y de España, justamente perseguidos y expulsados por los Reyes Católicos. Lo que, de paso, venía a servir de modelo para los nuevos enemigos de la España cristiana (republicanos, masones, nacionalistas y socialistas), que era nuevamente necesario expulsar y perseguir (...) La conspiración judía o judeomasónica fue también tema central en el antisemitismo de los años republicanos. Y no sólo para referirse al mundo, pues la república española estaba también dominada por las fuerzas de la logia y de la sinagoga, siguiendo un camino que conducía directamente al comunismo, tiranía judía plenamente establecida ya en Rusia (Álvarez Chillida, 2007: 184).

Antes de indagar en las raíces del rechazo por parte de la derecha en los años previos republicanos, es necesario destacar la promulgación, por parte de la dictadura primorriverista, de un *Real Decreto* el 20 de diciembre de 1924 “que otorgaba la nacionalidad española a todos los sefarditas con tal que solicitasen su naturalización en un plazo de seis años antes del 31 de diciembre de 1930” (Berdah, 2003: 366). Su aprobación en realidad tuvo un impacto escaso en la población sefardita y “radicaba en la política de prestigio que el dictador quería impulsar en el ámbito internacional y en las ventajas múltiples que los sefardíes podían ofrecer a España desde un punto de vista económico y cultural” (2003: 365)¹⁷². Pero en un futuro supuso la tabla de salvación legal, tanto por parte de la propia población judía de ascendencia española como de los diplomáticos de Franco, para rescatar a quienes iban a ser las víctimas de las leyes raciales del nazismo.

A pesar de la puesta en práctica de esta política, el antisemitismo español no cesó. En 1928 Luis Araujo Costa propuso en el texto *La civilización en peligro* medidas de *guetización* y la obligación de portar símbolos diferenciadores por parte de la población judía. Los grupos que más insistieron en hostigar al judaísmo fueron los monárquicos agrupados en torno a la publicación *Acción Española* y los carlistas e integristas católicos, quienes mostraron su oposición a la entrada de personas de credo judío durante el Bienio

¹⁷² Para Rother la bibliografía más proclive a presentar a España como la salvadora de los judíos ha hecho del Real Decreto un símbolo del filosefardismo nacional. Para ver el poco impacto que pudo tener la ley, puede observarse el caso de los sefarditas de Salónica: de los 70.000 que allí vivían solo podían acogerse a la misma unas 2.000 personas que, en 1913 y tras pasar esta población del Imperio Otomano a Grecia, solicitaron en el consulado la ciudadanía española (2005: 45 y 51).

Azañista. Es interesante observar el caso de los primeros: estos seguían los postulados del escritor francés antisemita Charles Maurras y alrededor de la revista se integraron intelectuales afines a la derecha como José Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu, Manuel Bueno, José Pemartín, Víctor Pradera o José María Pemán. Sostenían su antisemitismo en bases histórico-religiosas que se remontaban a la expulsión de 1492 y la reclamación del cristianismo como elemento regenerador de España. A este historicismo se unían algunos tintes de la influencia de Hitler y Mussolini y la identificación de las ideas republicanas con los movimientos europeos revolucionarios. Asimismo, se señaló la existencia de ascendencia judía en algunos líderes políticos. El núcleo de la revista, que formaría el *establishment* literario e intelectual del posterior Estado franquista, y al que se unieron nombres como Ernesto Giménez Caballero o Agustín de Foxá –antisemitas pero, curiosamente, promotores de la cultura sefardita– puso los cimientos de la interpretación que durante el primer franquismo se tuvo del antisemitismo en España (González García, 2004: 103-110)¹⁷³:

Las ideas de este grupo de intelectuales tienen quizá gran importancia en el desarrollo posterior de un cierto antisemitismo por dos razones: la primera, por el sedimento de interpretación intelectual que se transmitió a otras generaciones sobre el tema judío y la segunda, aún más importante, fue que su pensamiento sirvió de soporte más tarde a algunos ideológicos del franquismo en sus primeros años, y que a su vez influyó en los libros de texto y publicaciones periódicas que acabaron convirtiéndose en doctrina oficial, cuya incidencia se dejaría sentir sobre varias generaciones hasta la entrada de la década de 1960 (2004: 107).

¹⁷³ Para Norbert Rehrmann, Giménez Caballero ya había expuesto las motivaciones de su filosefardismo en *La Gaceta Literaria*, según recogen estas palabras del escritor acerca del tema: “Se trata de levantar un plan de posibilidades en la expansión cultural española (...) Tres millones de hombres, los más ricos del universo, hablan español. En sus manos está todo nuestro porvenir cultural” (1998: 59-60). Arcadi Espada ha destacado cómo estos intelectuales reclamaban, al igual que el gobierno de Franco, el papel de los judíos sefarditas como muestra del nacionalismo español, sobre todo a la hora de gestionar su situación en la II Guerra Mundial: “aunque tantos años después pueda parecer sorprendente, la cuerda que vibra en Foxá y en otros patriotas melancólicos, singularmente Ernesto Giménez Caballero, es que los sefardíes tienen la llave (a veces físicamente, la llave de sus viejas casas) de un pasado de España. Y que antes que cualquier otra circunstancia racial o religiosa los sefardíes son españoles en apuros que imploran desde su voz remota el consuelo de la patria” (2013: 53-54). Respecto al tema de la llave que señala el autor, puede leerse en *La ruta* de Arturo Barea un pasaje donde una prostituta judía le dice al protagonista que su padre “conserva[ba] sus monedas de oro (...) envueltas en un viejo paño de seda juntas con una gran llave roñosa”, que había heredado de su abuelo al que “echaron de España, le echaron de lo que vosotros llamáis la Imperial Toledo y se vino aquí [a Marruecos] con sus monedas y su llave” que volvería “a su antigua cerradura” en Toledo, “que es una ciudad de calles muy estrechas y allí tenemos nosotros una casa construida de piedra” (Barea, 1986: 40).

En este mismo sentido puede leerse el antisemitismo de Falange, en especial durante los meses de gobierno del Frente Popular. La fundación del partido por parte de José Antonio Primo de Rivera coincidió con la intensificación de las hostilidades hitlerianas contra la población judía de Alemania. El ala más radical fue representada por Onésimo Redondo, quien había pasado una época en el país germano y que en 1932 publicó varios artículos en *Libertad*, el semanario de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, acerca de *Los protocolos de los sabios de Sión* con comentarios sobre la obra. El antisemitismo de Redondo y del resto del grupo iba orientado hacia la identificación del judío como soporte del capitalismo –elemento que no presentaban otros grupos de la derecha, centrados en el aspecto religioso– y aliado de la II República. Aunque la animadversión hacia el judío por la diferencia de credo era menos notoria, interpretaciones como la del propio líder del grupo se basaban en la obligación del falangista como católico. Esta variante en España estaba mucho más aceptada que la propuesta por el nacionalsocialismo alemán, que basaba sus tesis en la pureza racial, problema que aquí se eludía debido al reducido número de judíos¹⁷⁴. Aun así, se practicó el boicot a algunas firmas, como la de los socios judíos Henry Reismbach y Edouard Worms, propietarios suizos de los almacenes SEPU en Barcelona y en Madrid, sobre quienes se lanzaron diferentes diatribas desde el periódico *Arriba*, misma operación que se repitió contra *Nestlé* y la industria textil catalana. Para contrarrestar el efecto de esta campaña de difamación, la editorial CIAP publicó en 1933 la traducción del texto de Lucien Wolf *El fantasma judío y los falsos protocolos de Sión*, recopilación de artículos de la prensa inglesa donde se destacaba la desviación de los problemas nacionales a través de las acusaciones vertidas sobre los habitantes judíos de los mismos (2004: 269-273).

Pero más allá de las figuras de la intelectualidad y la jerarquía de Falange, que centraron su actividad propagandística más en el combate al comunismo que al judaísmo, destacaron, dentro del antisemitismo español de los años previos, centrales y posteriores a la Guerra Civil Española, los nombres de Mauricio Karl –seudónimo de Mauricio Carlavilla– y el padre Juan Tusquets. El caso del segundo puede servir para contemplar en qué consistió el rechazo al judío en estos años: el antisemitismo que presentó el sacerdote fue en paralelo a la proclamación de la II República y tomó las tesis expuestas por *Los protocolos* para su fundamentación. En sintonía con gran parte de la derecha, mostró al régimen político instaurado en 1931 como la representación de la conspiración

¹⁷⁴ La presencia de judíos se estima para los años 1934-1935 en las dos grandes ciudades españolas en un número inferior a 350 personas (Rozenberg, 2010: 138-139).

de origen judío, que pretendía acabar con el cristianismo y hacerse con el poder a nivel mundial. Su ideología se popularizó gracias a la publicación de *Orígenes de la revolución española* (1932), en la que presentaba al poder republicano como “la culminación de un largo proceso revolucionario dirigido por las logias, pero que también habría tenido el apoyo del socialismo y del judaísmo” (Domínguez Arribas, 2009: 238). La aparición de este libro tuvo su continuación en una serie que denominó como *Las Sectas*, en la que denunciaba a diferentes grupos que pretendían perturbar el catolicismo español. Este trabajo derivó en la fundación de Ediciones Antisectareas durante la Guerra Civil Española, que pasó en zona sublevada después de su huida de Barcelona. Además consiguió en los años posteriores a la lucha un posicionamiento cercano al dictador, valedor principal de su antisemitismo (2009: 237-290). Juan Tusquets fue uno de los primeros españoles que conoció los campos de exterminio cuando visitó, según ha indicado Paul Preston, Dachau en 1934. Allí acudió, según sus palabras, guiado por los nazis “para enseñarnos lo que teníamos que hacer en España”, aunque cincuenta años después expresara “que se había escandalizado por lo que vio” (*apud* Preston, 2007: 6). Este autor considera inverosímil “su afirmación de que había denunciado la persecución de los judíos realizada por los nazis en sus informes ante Franco durante la guerra civil porque estaba conmocionado por la visita que había hecho en 1934 al campo de concentración de Dachau” (2007: 14).

4.1.2. La actitud del franquismo frente al judío hasta el final de la II Guerra Mundial

Tras la Guerra Civil, la preeminencia del catolicismo como credo único y sostenedor de la nación hacía imposible la presencia de cualquier alternativa religiosa. La agresividad en el lenguaje del propio Franco y de la prensa tuvo el objeto de identificar al bolchevismo –representación del mal absoluto– con el judaísmo, como si de un mismo conjunto indisoluble se tratara¹⁷⁵. Pero el factor más determinante para la configuración de una

¹⁷⁵ Las palabras de Franco durante el desfile de la Victoria de 1939 sirven como prueba evidente de esta tendencia: “el judaísmo, la masonería y el marxismo, eran garras clavadas en el cuerpo nacional por los dirigentes del frente popular que obedecían los designios del Comintern ruso. No nos hagamos ilusiones: el espíritu judaico que permitía la alianza del gran capital con el marxismo, que sabe tanto de pactos con la revolución antiespañola, no se extirpará en un día y aleteará en el fondo de muchas conciencias” (*apud* Rozenberg, 2010: 175). Sobre este asunto ha señalado Morales Ruíz cómo se confundieron las campañas antimasonicas con las antisemitas, promocionadas por la propaganda nazi en España. Para este autor, los masones habrían sido para Franco lo que los judíos para el Tercer Reich (2004: 131-132).

imagen hostil contra los judíos, dentro de un país en el que no existían leyes raciales aunque se alabara la política de expulsión practicada por los Reyes Católicos en 1492, fue la propaganda ejercida por la Alemania nazi. Desde la Embajada de Madrid se compró a periodistas españoles, se enviaron *recomendaciones* a las redacciones de los periódicos sobre sus publicaciones y se supervisaron las crónicas de los corresponsales de *ABC*, *La Vanguardia Española*, *Madrid* e *Informaciones* desde la capital del Tercer Reich, al mismo tiempo que se redactaban las llamadas *Cartas desde Berlín*. Publicadas por media centena de medios nacionales y provinciales, estas misivas laudatorias del nazismo se referían a la temática judía y sus influencias en poderes extranjeros adversos a los regímenes nazi-fascistas. Pero, a pesar de esta intensa labor, que se acompañaba de la publicación de biografías sobre Hitler y demás letras hostiles hacia el judaísmo, los servicios alemanes constataron la falta de un sentimiento antisemita entre la población española¹⁷⁶. De hecho, y aunque la Iglesia Católica ocupó un papel central en la cosmovisión de los primeros años posteriores a la postguerra, la influencia de la encíclica *Mit brennender Sorge* que escribiera en 1937 Pío XI seguía muy presente para una parte de la jerarquía eclesiástica. A ella pertenecían, por citar algunos casos, el Primado Pla y Deniel y los obispos de Burgos y Calahorra (Rozenberg, 2010: 175-179)¹⁷⁷.

El trato que recibieron los judíos españoles dependió, principalmente, de su lugar de residencia. La población judía de los territorios del norte de África bajo la jurisdicción –directa o indirecta– de España conformaba un total de 18.000 personas. Los habitantes del Protectorado marroquí, súbditos del sultán y del califa, llevaron a cabo sus ritos religiosos sin ningún incidente mientras que los de Ceuta y Melilla no encontraron mayor dificultad que la hostilidad de las autoridades españolas manifestada en confiscaciones e impuestos supletorios. Pero los que vivían en la Península Ibérica vieron cómo entre

¹⁷⁶ Al respecto, Gonzalo Álvarez Chillida ha afirmado lo siguiente: “En los años de la Segunda Guerra Mundial la embajada alemana realizó un esfuerzo propagandístico sin precedentes, con el apoyo de las autoridades españolas, especialmente del ministro Serrano Suñer (...) La editorial Aguilar publicó un libro de Hitler y otros dirigentes alemanes sobre *El nuevo orden económico de Europa*. La barcelonesa Orbis tradujo la biografía de Hitler de Beier-Lidhardt, mientras que la editorial del falangista Luis de Caralt publicaba los *Comentarios al «Mein Kampf»*, de Benoist Mechin (...) Tanto o más que durante la Guerra Civil se difundió el antisemitismo en los años siguientes” (2002: 381-382 y 384).

¹⁷⁷ El texto papal mostraba la preocupación de Pío XI por la situación de la Iglesia dentro del nacionalsocialismo. El Santo Padre indicaba la equiparación de Hitler y Dios al escribir que “solamente espíritus superficiales pueden caer en el error de hablar de un Dios nacional, de una religión nacional” y que era “un error (...) Equiparar la gracia sobrenatural a los dones de la naturaleza [ya que] equivale a violentar el lenguaje creado y santificado por la religión” (1937). Aunque pudiera estar presente en varios miembros de las altas esferas católicas españolas, es cierto que el texto tardó en publicarse en España. Tal y como ha señalado Andrés-Gallego, la primera vez que vio la luz fue en el *Boletín Oficial de la Archidiócesis de Toledo* en enero de 1938, diez meses después de su promulgación (2000: 270).

marzo y octubre de 1940 quedaban prohibidos los ritos hebraicos –circuncisiones, bodas y funerales– y sus asociaciones disueltas. Al mismo tiempo, debieron acogerse a la obligatoriedad del bautismo para inscribir a los neonatos en el registro civil y aceptar el catecismo para sus vástagos en las escuelas. Este ostracismo empujó a la conversión a veinte de las veinticinco familias judías alemanas de Madrid y a algunos refugiados de Barcelona, al mismo tiempo que otros miembros de las diferentes comunidades peninsulares, por miedo a una invasión nacionalsocialista, se marcharon a Tánger y al Marruecos español. En este sentido, hay que señalar que algunos judíos fueron represaliados por el franquismo, pero no debido a su condición religiosa sino política. Este fue el caso del poeta German Bleiberg, quien penó cuatro años de cárcel junto a su hermano Alberto (2010: 180-181 y 188).

La visión de conjunto que puede obtenerse acerca de la vida de los judíos españoles denota, a primera vista, un grado de tolerancia incluso mayor del estimado a un régimen que ejercía una oposición atroz a cualquier tipo de disidencia. Que no existiera la intención de su aniquilación como sí ocurrió por parte del nazismo ayudó a configurar, tras el conocimiento del Holocausto, la imagen de Franco como filosefardita y salvador de un importante número de judíos de una muerte segura en los campos de exterminio. Aunque se observará más adelante cuánto de realidad y de mito hay en ello, el desconocimiento hasta hace casi dos décadas del Archivo Judaico había permitido que el expediente de la dictadura hacia el pueblo de Moisés, en el ámbito de la persecución, se presentara prácticamente inmaculado. Los resultados de las investigaciones de Jacobo Israel Garzón han sacado a la luz la existencia de dichos documentos. La Dirección General de Seguridad, a través de la circular número 11 del 5 de mayo de 1941, solicitó a los Gobernadores Civiles de todas las provincias el envío de fichas individuales, con la inclusión de diversos datos personales, de los judíos españoles y extranjeros que residieran en ellas. Especialmente, y es aquí donde para el autor el filosefardismo de Franco comenzaría a evaporarse, se requería especial atención hacia los sefarditas, quienes tenían mayores facilidades para ocultarse entre el resto de la población. Actualmente, el Archivo en sí está disperso –muchos de los ficheros reposan en los depósitos provinciales– por lo que es imposible obtener una imagen global acerca de la percepción que la policía del momento tenía sobre este sector. Pero sí es evidente que la

dictadura fichó sin motivo delictivo a los habitantes judíos en base a una peligrosidad no demostrada, tal y como hicieron otros gobiernos de corte fascista (1997: 57-60)¹⁷⁸.

Respecto al tránsito de refugiados por España, ha señalado Bernd Rother cómo fue diferente si se hizo de manera legal o ilegal. Quienes deseaban alcanzar Portugal o tomar un barco que saliera de las costas españolas se atuvieron a la legislación española vigente al respecto, que se modificó según las necesidades impuestas por el conflicto internacional. En los primeros instantes no existió ningún problema para todos aquellos ciudadanos que presentaban el visado con destino a Portugal, pasaban por principalmente por la frontera occidental, acto que, al producirse la invasión de Francia cambió el rumbo hacia el paso oriental de Cerbère-Portbou. Una modificación del decreto, motivada por la visita de Himmler a España en octubre de 1940, añadió la necesidad de presentar una autorización previa del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, aunque los ciudadanos de los países no beligerantes podían acogerse a la normativa anterior. Este hecho benefició a judíos apátridas –anteriormente alemanes y austriacos– y desde noviembre del mismo año a los ciudadanos franceses menores de 18 años y mayores de 40, lo que también facilitó el paso de judíos –lo que se amplió, un mes después, a los mayores de 30 años–. Nuevas disposiciones añadieron la petición del billete de barco a quienes partían desde Portugal, puesto que el país rechazaba a quienes sí presentaban el visado pero no el ticket; se dejó sin posibilidad de tránsito alguna a los ciudadanos de países beligerantes; y se prohibió, el 23 octubre de 1941, el embarque de judíos en compañías españolas con destino a Norteamérica y Cuba (2005: 137-143)¹⁷⁹.

Quienes quisieron transitar por España de manera ilegal encontraron, evidentemente, mayores dificultades. Las autoridades consideraban ilegales no solo a quienes no tenían papeles o los habían falsificado, sino que a ellos se añadían quienes pasaban por España sin la intención de hacerlo de manera ininterrumpida y quienes no cumplían con las disposiciones indicadas sobre divisas. El número de esta tipología de refugiados aumentó en el verano de 1942 debido a las deportaciones de judíos de Francia, lo que llevó a España a plantear una expulsión de los refugiados en octubre que se vio frenada por el éxito de la operación Torch por parte de los Aliados. Estos forzaron al gobierno franquista para que se permitiera el paso de los evadidos que pasarían a formar

¹⁷⁸ El mismo Israel-Garzón señala que, a pesar de la insistencia alemana por conocer datos concretos de la población judía y sus negocios, la policía española “respondía no siempre de buena gana a sus requerimientos” (1997: 58).

¹⁷⁹ Esta prohibición responde a la que ese mismo día hizo extensible el Tercer Reich a los judíos de todos los territorios ocupados, a quienes se negaba salir de sus límites (Rother, 2005: 134).

parte de sus tropas. Esta petición, que no tuvo un efecto inmediato, fue modificada tras nuevas presiones en las que intervinieron el Vaticano y la Embajada de Argentina, por lo que se logró incluso la permanencia de los refugiados que aún no habían encontrado hueco en alguno de los pasajes portuarios. Quienes fueron detenidos pero no extraditados encontraron su destino en las prisiones de las mismas provincias, de donde iban al campo de Miranda de Ebro. Allí acompañaron a los presos franquistas y a los refugiados que no pudieron viajar a Portugal a pesar de tener sus papeles en regla. Ante tal situación reaccionaron las asociaciones humanitarias judías, representadas por la mujer del embajador estadounidense Wedell, una actividad que dio por finalizada su sustituto Hayes. La actividad continuó gracias a la labor de particulares entre los que destacó el portugués Samuel Sesquerra en Barcelona y las decisiones tomadas en la Conferencia de las Bermudas de abril de 1943 para la búsqueda de soluciones al problema de los refugiados. Esta afectó a España principalmente en el envío de medio millar de judíos – que habían llegado de Alemania, Francia y Bélgica, algunos de entre ellos presos en Miranda, y cincuenta españoles hebreos que también decidieron ir con ellos– a Palestina. Aunque las cifras varían, el total de judíos que se salvaron gracias a que España hizo caso omiso de la amistad con Alemania y permitió el paso por su territorio puede fijarse entre las 20.000 y las 35.000 personas (2005: 144-148; 150-155; 158).

Fuera del territorio español hubo que gestionar la suerte de aquellos judíos que tenían la nacionalidad española y que formaban parte del colectivo de judíos extranjeros¹⁸⁰. Aunque hubo judíos de nacionalidad española en Bulgaria –sin ninguna repatriación–, Rumanía –no se sabe qué ocurrió finalmente con ellos– y Francia, e incluso se intervino por aquellos que tenían pasaporte de un país latinoamericano (2005: 354, 358 y 362), son los casos de Grecia y Hungría los que pueden aportar una visión más profunda e interesante acerca del verdadero papel del gobierno franquista y de los diplomáticos que trabajaron por su salvación. El fracaso de la ofensiva italiana en Grecia en el otoño y el

¹⁸⁰ Ha expuesto Bernd Rother acerca de este grupo lo siguiente: “En la cuestión de los judíos extranjeros en territorio de dominio alemán nos encontramos con un área fronteriza entre el *Normenstaat* (Estado de normas) y el *Maßnahmenstaat* (Estado ejecutivo) (...) En caso que estamos estudiando esto quiere decir que los representantes del *Normenstaat* –los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores– recibieron de modo claramente definido la competencia para los judíos extranjeros, que tenían que aceptar el *Maßnahmenstaat* (en este caso, Eichmann en la RSHA [Reichssicherheitshauptamt, Oficina Central de Seguridad del Reich]). No se trató ni de motivos humanitarios ni de un respeto fundamental por el derecho internacional, sino de consideraciones de conveniencia (...) Nos estaríamos equivocando si lo interpretásemos como resultado de un conflicto de competencias o como una lucha entre diplomáticos con mentalidad «de estado de derecho» y los ejecutores del asesinato en masa. Lo que se dieron fueron diferentes criterios sobre si se podían tomar decisiones concretas mejor de una u otra manera para los intereses de la Alemania nacionalsocialista y su política racista” (2005: 123-124).

invierno de 1940 llevó a Alemania a intervenir de manera directa en el movimiento de las tropas de Mussolini para doblegar la contraofensiva helena. El dominio final de la situación tras la victoria nazi en abril de 1941 permitió la gestión germana de los designios de la población judía de Grecia. Los cerca de ochenta mil judíos que poblaban el país, casi todos de ascendencia sefardita, quedaron divididos, al igual que lo hizo la nación, en tres zonas: Tracia y Macedonia, con sus 5.615 judíos, pasaron a Bulgaria; el sur de Grecia hasta Larissa y partes de Macedonia occidental, que albergaban a 15.198 judíos, quedaron bajo el control de Italia; y el resto de Tracia y Macedonia oriental, donde vivían 59.137 judíos, se subyugaron al poder alemán. A pesar de identificarse la mayoría como sefarditas, solamente 640 se habían acogido a la nacionalización antes de la invasión. De estos fue de los que únicamente se preocupó el gobierno español, habitantes la mayoría de Salónica, en el sector alemán. La inicial benevolencia de los nazis –entendida como preludeo a las terribles prácticas de asesinatos sistemáticos y masivos– hacia la población permitió que los españoles protegidos evitaran la confiscación de sus bienes, aunque la penosa situación de hambre que se vivía no fue soliviantada al menos en el primer año de ocupación. La indulgencia de los nazis terminó cuando, en julio de 1942, impusieron los trabajos forzados para la población judía y fue en aumento cuando Adolf Eichmann llegó a Grecia en febrero de 1943 y completó la deportación de 48.000 judíos a Auschwitz. El plenipotenciario español en Atenas, Eduardo Gasset, recibió la noticia de su homólogo alemán Günther Altenburg sobre las intenciones de los nazis de incluir a los 511 judíos españoles en el mismo plan que al resto de judíos no extranjeros –al igual que al resto de los algo más de 300 judíos extranjeros de Salónica–. La solicitud a España de ayuda no recibió respuesta inmediata –se realizó, pero no se supo en Atenas hasta dos meses después– y puso a la representación española en la difícil situación de gestionar por sí solo el futuro de estas personas. Eduardo Gasset dejó su puesto a Sebastián Romero Radigales, quien defendió la posición de los súbditos españoles y se movió para buscar la salida de los mismos antes del 15 de junio de 1943, fecha tope que habían establecido los alemanes para la salvación de los sefarditas reconocidos como ciudadanos españoles. Tras negociar diferentes prórrogas y cambiar de posición el gobierno franquista respecto al recibimiento o no de los judíos españoles de Salónica –tan pronto se les quería recibir como se les negaba el paso a España– y las dificultades para conseguir su repatriación, Romero Radigales consiguió evacuar a 150 de ellos en un tren italiano a Atenas, quienes se unieron a otros españoles sefarditas allí presentes, cuya suma completa hacía 235 súbditos. La capital de Grecia, que había pasado a la influencia alemana tras la rendición

de Italia el 8 de septiembre de 1943, comenzó a aplicar las mismas restricciones que habían llevado a cabo en Salónica. De estas prácticas se saldó una noche de detenciones con 350 hombres, a los que se agregaron sus familias, y entre los que se encontraban 155 españoles que fueron a parar a Bergen-Belsen. Allí se establecieron y la escasa intervención del gobierno español les puso al borde de la muerte. Fruto de la casualidad y ayudados por su nacionalidad, fueron liberados cuando vagaban en un tren sin rumbo que fue interceptado por los Aliados en abril de 1945. Los 80 súbditos que quedaron en Atenas probablemente se salvaron –no se tiene confirmación total– tras caer el poder nazi allí establecido a las dos semanas de su imposición. Por otro lado, 367 del total fueron capturados y enviados a Bergen-Belsen y, tras la lenta labor española, repatriados a España con destino al campo de refugiados de Fedala, cerca de Casablanca, en junio de 1944 (Avni, 1982: 79-81 y 143-157)¹⁸¹. La importancia de la labor de Sebastián Romero Radigales ha sido descrita recientemente por José Antonio Lisbona:

Se entrevisté que su acción no solo fue contraria a la política impuesta por su ministerio sino que inclusive su ministro y superior, general Jordana, expresó de manera explícita por escrito su oposición a las iniciativas y actividades que Romero Radigales efectuó [sic] en pro de la salvación de judíos de nacionalidad española mediante su repatriación a su país (...) Otro hecho que se valora como probado fue el asunto de los bienes de los judíos sefardíes de Salónica confiados al canciller Padre Typaldos, así como los confiados a él mismo por los hebreos de Atenas y que posteriormente fueron devueltos a sus propietarios (2015: 207-208).

Y, el caso más llamativo y que sería utilizado con profusión tras el final de la guerra fue el protagonizado por Ángel Sanz Briz, el encargado de negocios español en la legación de Budapest y sustituto de Miguel Ángel de Muguiro, quien inició el camino que desarrolló aquel que sería reconocido como el *Ángel de Budapest*. Entre abril y julio de 1944, más de la mitad de los 800.000 judíos que vivían en Hungría –y que representaban a la minoría judía de mayor número que aún sobrevivía en Europa– fueron enviados al campo de exterminio de Auschwitz. La dramática situación en la que se encontraban hizo reaccionar a la diplomacia internacional, entre la que el representante español tomó un

¹⁸¹ Por si este calvario no hubiera sido suficiente, los judíos de Salónica no vieron correspondidos sus padecimientos, tal y como ha indicado Rena Molho: “Nadie dio la bienvenida a los supervivientes que regresaban a su patria, ya que muchos de sus antiguos vecinos habían saqueado u ocupado propiedades judías. Como el Estado griego atravesaba una enorme y grave crisis política y económica se negó a proporcionar cualquier tipo de ayuda a las víctimas, con la excusa de que los judíos podían dirigirse a organizaciones internacionales de carácter filantrópico” (2004: 35).

notable partido. La actuación de España en este sentido, dispuesta a proteger a sus súbditos sefardíes, debería haber sido mínima si se tiene en cuenta que el único judío español que vivía en la capital del país se había marchado en 1942. Una presencia insignificante a pesar de que, en los Juicios de Núremberg, el diplomático nazi Adolf Hezinger afirmara la existencia de un número mayor de españoles entre los judíos extranjeros pertenecientes a países neutrales o enemigos a los que debía librar de la deportación. Más allá de la oportunidad a la que invitaba el contexto para realizar este tipo de afirmaciones, se desconoce si fuera de Budapest vivieron sefarditas que no tenían la nacionalidad española. Lo que sí parece claro es que, al menos en la capital, vivieron como mínimo 45 judíos de ascendencia española. Desde mayo de 1944, los movimientos de la representación franquista llevaron a solicitar el permiso de entrada en Tánger y Tetuán para 500 niños judíos de Hungría, a cambio de que el mismo número de ciudadanos pertenecientes a idéntico credo abandonara las dos ciudades citadas. A pesar de la negativa alemana respecto al tránsito de los niños hacia España, el éxito de la misión, con el consecuente alojamiento del contingente en casas bajo la tutela de la Cruz Roja Internacional, llevó a solicitar 700 visados de entrada para judíos húngaros. El objetivo de esta solicitud no era tanto la llegada a España sino la búsqueda de protección por la misma, logro que se desconoce. Pero no siempre se obtuvieron resultados fructíferos, ya que la solicitud de cerca de 1.700 visados de tránsito no alcanzó a un grupo de presos en el campo de Bergen-Belsen, derrota a la que se sumó la detención de varias personas adscritas a la Embajada española y cuyo destino se desconoce. Todos estos esfuerzos de Ángel Sanz Briz se encuadran dentro de un ambiente internacional empujado por el escándalo de las deportaciones masivas de judíos húngaros a los *Lager* y que llevaron a otras naciones a claros movimientos diplomáticos, como el envío por parte de Suecia del malogrado Raoul Wallenberg¹⁸². Mientras, el gobierno franquista lo dejaba todo en manos de su representante, muestra de la especulación del dictador respecto a la situación judía (Rother, 2005: 362-369).

Tras anunciar la retirada de la Guerra de Hungría, cayó el gobierno de Horthy en el mes de octubre y llegó al poder del Partido de la Cruz Flechada de Ferenc Szálasi con

¹⁸² Raoul Wallenberg fue enviado por el rey Gustavo V de Suecia como Primer Secretario de la misión diplomática sueca de Budapest para soliviantar la situación de los judíos húngaros, de los cuales 400.000 habían sido deportados y unos 200.000 permanecían en la ciudad. Mediante el uso de métodos que trascienden la diplomacia habitual, se calcula que pudo salvar a cerca de 100.000 judíos. Cuando los soviéticos llegaron a la ciudad, le arrestaron y se perdió su pista. Según el testimonio oficial, habría muerto en una cárcel rusa el 17 de julio de 1947 (Larsson).

la ayuda alemana. El nuevo gobierno fascista obligó a los judíos extranjeros a portar la estrella amarilla identificativa y, evidentemente, empeoró su ya maltrecha situación. El ministro Lequerica solicitó a Sanz Briz que graduara la ayuda a los judíos en tres grupos: sefardíes españoles, sefardíes no españoles y el resto de judíos. La actitud del gobierno español demostró que no existía iniciativa propia en este asunto, que tampoco hubo voluntad de Franco por la salvación y que la actuación fue más tardía que la iniciada por Suiza y Suecia. Mientras tanto, las gestiones del representante español permitieron la asignación de 300 pasaportes en noviembre y 2.000 cartas de protección, estas últimas sin conocimiento del gobierno húngaro, cuyo uso permitió alojar en casas alquiladas por la diplomacia española a las familias y ponerlas bajo su custodia¹⁸³. En esos mismos días, Szálasi permitió la salida de los judíos extranjeros de países neutrales siempre que sus gobiernos reconocieran al suyo. Mientras esto sucedía, la población judía permanecería en el gueto. Ante esta medida, el embajador otorgó 45 pasaportes a toda regla para los sefardíes de Budapest, aunque no pudo evitar que el resto de protegidos pasaran al barrio judío, eso sí, sin perder su condición dentro del masificado lugar. Pero la interpretación de este pequeño privilegio no se hizo como tal y se incluyó a los protegidos en las marchas de deportación, ante lo que Sanz Briz pudo evitar la desgracia de 71 judíos sefarditas cerca de Budapest y de 30 judíos camino de Viena. La labor de estos dos meses permitió la protección de 2.298 judíos, a los que hay que sumar los 500 niños de Tánger y las más que probables 700 personas que les siguieron, por lo que se estimaría que la ayuda de Sanz Briz llegó a unas 3.500 personas. Números que quedan por debajo de la ayuda de otros países –Suiza entre 30.000 y 62.000, Cruz Roja Internacional 15.000, Vaticano 13.000, o Suecia 4.500, cifras todas que deben ser tomadas con cautela– pero que muestran una mejora en la actitud respecto a las anteriores. En todo caso, dos importantes cuestiones pueden obtenerse de estos hechos: por un lado, se trató de acciones que en nada comprometieron a España a aumentar su población judía y, por lo tanto, a no poner en cuestión su relación con los alemanes. Y por otro lado, la ausencia de órdenes concretas dejó todo el resultado de la misión en manos de la disposición de Ángel Sanz Briz. Más allá del papel exacto del diplomático y la ayuda del polémico Giorgio Perlasca, su labor

¹⁸³ Acerca del método de las cartas de protección ha indicado lo siguiente Matilde Morcillo Rosillo: “[Sanz Briz] aprovechando la anarquía que reinaba en el país, y dada la urgencia del caso, expidió un documento llamado «Carta de protección», en el que hacía constar que su titular –figuraba el nombre de uno de tantos judíos– tenía parientes en España y se encontraba bajo la protección del gobierno español, ejercida por su representante diplomático. Dicha Carta fue suficiente para evitar la deportación o internamiento del titular, además de mejorar sus condiciones de vida, evitando lo que había ocurrido en Suecia y Suiza, donde protegidos españoles fueron sacados de sus casas y deportados” (2002: 481).

fue favorable a los intereses del franquismo en los años de la postguerra y le valió el reconocimiento por parte del gobierno de Israel como “Justo entre las Naciones” (2005: 370-381)¹⁸⁴. Pero, como ha indicado Arcadi Espada, el franquismo tampoco alentó su figura más allá de lo estrictamente necesario:

A Sanz Briz lo celebró durante un cierto tiempo la propaganda franquista en la medida que creyó que Israel podía contribuir al mantenimiento de un régimen que se sentía peligrosamente acosado por el triunfo de las democracias; pero en cuanto Israel se distanció de Franco, no solo lo dejó caer en el olvido sino que procuró que la memoria de su gesta no entorpeciera los acercamientos entre España y los árabes (2013: 133-134).

4.1.3. El conocimiento del Holocausto: salvar al judío a tiempo (y a destiempo)

La actitud de la dictadura a lo largo de los años de la II Guerra Mundial respecto a la población judía fue, como ha podido verse, diversa. Se movió entre la tolerancia, la vigilancia policial, el intento de rescate de los sefarditas y un doble juego hacia el amigo alemán. La débil situación a la que se enfrentó España tras el final del conflicto, y que encontró su respuesta en el rechazo promulgado por los Aliados, propició la búsqueda continua de la aquiescencia de las naciones que conformaban el panorama de los vencedores. El alejamiento constante del extinto nacionalsocialismo exigía despegarse de esta doctrina por completo. La *desfascistización* del régimen a través de la dictadura personalista –que buscó su trasunto en la *democracia orgánica*– exigía presentar al dictador como un aliado más. La colaboración con el Tercer Reich facilitaba la inclusión de España entre los coautores del genocidio judío y se convertía en la excusa perfecta para derrocar a un régimen que comenzaba a ser anacrónico en el orden democrático que Europa aspiraba a alcanzar para la segunda mitad del siglo XX. Si España no quería quedarse descolgada, necesitaba presentarse como una nación salvadora de la población

¹⁸⁴ Para un seguimiento exhaustivo de la figura de Ángel Sanz Briz, además del citado Espada, véase *Un español frente al Holocausto* (Diego Carcedo, 2000). Fuera de las redes del franquismo, hay que añadir la labor que se realizó desde Francia a través del paso pirenaico y en la que intervinieron ciudadanos españoles anónimos. Josep Calvet ha destacado la labor de las redes de evasión organizadas por británicos y estadounidenses, que contaban con la colaboración de los guías. Estas personas, normalmente naturales de la zona y con experiencia previa adquirida durante la Guerra Civil, realizaban tales tareas por convicción política, por pura humanidad o por evidentes razones económicas. Del mismo modo, formaron parte de estos hechos de manera directa o al tolerar su actividad integrantes de los cuerpos de policía y militar, ya fuera por propia voluntad o mediante el acepto de sobornos (2008: 49-51 y 271).

judía. Pero cabe preguntarse qué conocimiento tenían las autoridades franquistas sobre el trato que aplicaban los nazis a los judíos. Según Rother, era amplio:

Desde finales de 1941, los dirigentes españoles conocían las catastróficas condiciones de vida de los judíos en los territorios orientales ocupados; desde mediados de 1942 conocían las deportaciones; y el asesinato de los judíos, lo más tardar desde julio de 1943. Lo que significa que las decisiones sobre la concesión o rechazo de ayuda a los judíos se tomaron con conocimiento de las verdaderas amenazas a las que estas personas estaban sometidas. Un “nosotros no éramos conscientes de las consecuencias” no respondería a la realidad (2005: 129).

Ante esta situación, Franco reestructuró el 18 de julio su gabinete, con una sustitución de ministros falangistas: se quedaban fuera del mismo destacados representantes del partido como Miguel Primo de Rivera y José Luis Arrese, y entraba el católico Alberto Martín Artajo como responsable de la cartera de Exteriores en sustitución de Lequerica, quien había sido llamado desde la Embajada en París para suplir a Jordana tras su fallecimiento¹⁸⁵. Pero el cambio, a pesar de suprimir la Secretaría del Movimiento, era más cosmético que real al mantener a otros nombres azules y permitir que regresara el *camisa vieja* Raimundo Fernández-Cuesta. El alejamiento gradual y no siempre definitivo de la Falange se escenificó, ese mismo año, en la supresión del saludo nazi-fascista del brazo en alto y la participación por última vez en el desfile de la Victoria de las centurias del partido (Thomàs, 2001: 346-347)¹⁸⁶.

De vuelta a la gestión que realizó el franquismo del problema, hay que señalar que antes de que finalizara el conflicto Jordana presentó al embajador Hayes los esfuerzos para salvar las vidas de los judíos. Precisamente fue la relación con Estados Unidos la más estrecha en este ámbito y en la que la diplomacia franquista supo desarrollar su mejor papel. El plenipotenciario en Washington Juan Cárdenas, a petición del presidente del comité político del CMJ –Congreso Mundial Judío– el rabino Maurice Perlzweig,

¹⁸⁵ Ha señalado Tusell el oportunismo de Franco al acercarse a los sectores católicos. La democracia cristiana fue uno de los partidos que más contribuyó a la estabilización de la misma en Europa y, aunque en España no pudiera recurrir al partido sí lo hizo al asociacionismo católico. Después de la experiencia de la II Guerra Mundial, en la que los sectores militares y falangistas habían tomado el protagonismo, el nuevo panorama internacional exigía el distanciamiento de los segundos y situar en primer plano a los católicos, más cercanos a la institucionalización del régimen y el abandono de la dictadura personal (2005: 89-90).

¹⁸⁶ Como ha indicado Espadas Burgos, la democracia orgánica se construyó con dos hechos importantes en este mismo año: la aprobación del Fuero de los Españoles y la Ley de Referéndum Nacional (1987: 159-160). Terminaría este proceso de máscara democrática con la aprobación, en 1947, de la Ley de Sucesión, que “no pasaba de una declaración genérica y un elemental mecanismo de recambio en caso de fallecimiento del Jefe del Estado (...) [y] la determinación del sucesor de Franco quedaba en sus manos de una manera enormemente indeterminada” (Tusell, 2005: 94).

propuso mediar en la situación de los niños judíos en Europa, una operación de la que se desconocen los resultados finales. Una actuación que parece que respondía más a un deseo más personal –estaba casado con una sefardí que había conocido durante su tiempo de representante en Bucarest– que a las directrices del ministro de Asuntos Exteriores. La colaboración continuó cuando Cárdenas acudió, en diciembre de 1943, a la reunión anual del JOINT –*American Jewish Joint Distribution Committee*– y encontró su punto álgido cuando fueron invitados miembros del Marruecos español a la reunión anual Congreso Mundial Judío de Nueva York en mayo de 1944 y al acto del mes de noviembre del mismo año en Atlantic City. Para el primero de los actos, las pautas dictadas al representante español Salomon A. Israel por parte del gobierno español estaban claras: no había en España discriminación hacia los judíos, en el territorio al que representaba se respetaban el credo hebreo de quienes allí residían y expresar la continuación en la localización de sefarditas por los campos para su repatriación a España. Pero tanta orden quedó en nada ya que la asistencia de este ciudadano no fue posible. Al mismo tiempo, Nicolás Franco, hermano del dictador, accedió desde su puesto como embajador en Lisboa a ayudar a los sefarditas a petición del CMJ. Estas acciones encontraban su base en la publicidad que, de cara al exterior, podía obtener el país en la futurible victoria de los aliados: los judíos no eran un fin al que salvar, sino el medio por el cual España obtendría réditos desde 1945 (Rother, 2005: 383-390).

Tras terminar la guerra y debido a la posición de desventaja de España, el gobierno instó a cuatro de sus embajadores que aportaran información sobre la ayuda del país a los judíos, acción que fracasó debido a que ninguno pudo contribuir con pruebas. Esto obligó al gobierno a la elaboración de una serie de informes que sus diplomáticos distribuirían con la intención de presentar a España como colaboradora en la salvación de los judíos europeos. Uno de estos textos fue el defectuoso informe que envió el Ministerio de Asuntos Exteriores a las embajadas de Washington y Londres en 1948 sobre la *amplísima labor protectora realizada por España a favor de los judíos sefardíes*, elaborado por la Sección de África y Próximo Oriente del gabinete, cuando en realidad debería haberlo hecho el departamento de Europa. Al año siguiente, el *Spain and the Sephardi Jews* de la Embajada española en Estados Unidos corregía los errores presentes en el anterior y pretendía tener una mayor influencia. Y, al mismo tiempo, apareció el informe en español y en francés *España y los judíos (L’Espagne et les juifs)* de la Oficina de Información Diplomática (2005: 397-400). De este último se ha destacado su carácter propagandístico e intenciones reales:

Els opuscles *España y los judíos* i *L'Espagne et les juifs* publicats l'any 1949 eren absolutament fonamentals en la construcció d'una imatge del règim de Franco que tenia poc a veure amb la realitat i amb la filosofia política que havia penetrar en les decisions i comportaments de Franco i dels seus col·laboradors durant l'última dècada. Es tractava simplement de propaganda i no d'una reconstrucció o narració de fets reals i concrets (Casali y Harana, 2013: 23).

Estos movimientos, de una densidad mayor que desviaría el objeto final de estas páginas, eran en cierto modo el comienzo del silencio que se experimentó acerca de la existencia de los campos de exterminio durante la dictadura. Aunque se ha recuperado la memoria del Holocausto en España durante la última década y media, incluso con polémica de por medio, debe servir como reflexión conjunta del tema e hilo de conexión entre la actitud del pasado y el presente lo que ha apuntado Alejandro Baer en torno al olvido español con un tema que ha dejado de ser una cuestión entre alemanes y judíos¹⁸⁷:

Que este vínculo sea débil no se debe a la –relativa– distancia con los hechos históricos del genocidio de los judíos en Europa. Es más bien una consecuencia de la particular recepción de esos hechos a partir de 1945 en un país prácticamente *judenrein* desde hacía cinco siglos. Son en gran medida los vacíos, silencios y también persistentes prejuicios sobre lo judío (que se avivan en la dictadura pero que no desaparecen en la democracia) los que configuran en términos sociológicos la actividad discursiva sobre el Holocausto en la España contemporánea (2011: 516).

¹⁸⁷ Este es el caso de Enric Marco, quien se hizo pasar por preso en el campo de concentración de Mauthausen hasta que el historiador Benito Bermejo destapó su impostura. Marco, que en realidad había sido trabajador voluntario en Alemania durante la II Guerra Mundial y deportado a España por repartir propaganda comunista, llegó a presidir la Asociación Amical de Mauthausen. Sus avatares han sido recogidos en *El impostor* (Javier Cercas, 2014).

4.2. ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN SOVIÉTICOS

Uno de los terribles fenómenos que acompañó a las atrocidades bélicas y totalitarias durante el siglo XX fue la creación y el desarrollo de los campos de concentración. Concebidos como parte de la maquinaria que pretendía anular la identidad del individuo y reducir a la nada cualquier tipo de oposición al poder tiránico, su presencia no distinguió de países y zonas geográficas y abarcó a todo tipo de víctimas, ya fuera por razones étnicas, políticas, de credo o de tendencia sexual. Aunque la reclusión de los individuos significaba, como el propio concepto contiene, la privación de la libertad, la tipología y, sobre todo, la finalidad fue diferente en cada uno de los casos. Se hace así necesario, antes de entrar en la materia del campo soviético, un breve apunte sobre las características propias de cada sistema concentracionario. Huelga advertir que esta clasificación evita – y debe ser esta la premisa fundamental– esquematisar el dolor de manera gradual, así como huye de cualquier justificación inaceptable a la hora de presentar los diferentes sistemas existentes.

Jan Stanislaw Ciechanowski ha realizado una acertada clasificación a la hora de señalar las diferentes tipologías de estos espacios para la primera mitad del siglo XX. Seguramente, el mayor símbolo del horror nazi fue el establecimiento y uso –prolongado durante toda la dictadura– de los campos. Adjetivados como de exterminio, fueron los únicos que buscaron la eliminación sistemática de los grupos de personas que a ellos fueron enviados. Como indica el autor, los *Lager* estaban “destinado[s] particularmente a economizar los asesinatos en el marco de un sistema de exterminio bastante moderno” (2005: 59), y eran los métodos del gas y la cremación, “desde el punto de vista de la máquina mortífera alemana, una solución más ventajosa que la organización de los asesinatos y entierros en varios lugares” (2005: 59-60)¹⁸⁸. El otro gran totalitarismo del momento, la Unión Soviética, también puso en práctica el uso de los campos. Estos no suponían ninguna novedad para su población, ya que “la Rusia de los zares poseía una gran tradición del sistema de cárceles, destierros y trabajos forzosos” (2005: 61), conocidos como *katorgas*. Aun así, los niveles de represión y malos tratos aumentaron de

¹⁸⁸ “El genocidio judío no es un medio sino un fin. No se les mataba por razones políticas (genocidio armenio o ucraniano), ni como resultado de una explotación económica (la mayoría no conoció el universo concentracionario pues moría el mismo día de su llegada), sino por el hecho de haber nacido judío” (Mate, 2003: 63).

manera progresiva con la evolución del tiempo. Ciechanovski se refiere a los espacios de la URSS –y otros países satélites– como campos de concentración, ya que el “fin principal en los primeros años (...) era destruir amplios círculos de enemigos políticos” (2005: 61) y “con el tiempo se convertían tanto en una fuente cada vez más importante de mano de obra gratuita, aprovechada para la realización de grandes inversiones (...) como en la organización y desarrollo de numerosas ramas de producción” (2005: 62). Aunque no tenían el único propósito de la rápida eliminación del enemigo como el caso de los presentes en el Tercer Reich –aunque ejemplos como el campo de Cholnogory (Arcángelsk) sí tomaron esa dirección–, en ellos no “se tenía en consideración la vida de los prisioneros” y eran “a menudo asesinados” (2005: 63). Tzvetan Todorov ha apreciado también esta distinción:

No había en la Unión Soviética cámaras de gas ni campos de exterminio. La diferencia es significativa, aunque no baste para hacer agradables los campos rusos. En efecto, aquí, el hambre infligido voluntariamente como castigo por un trabajo que se consideraba insuficiente, las enfermedades no cuidadas y propagadas por la mugre o el frío de las tundras siberianas mataban con igual crueldad que el gas, aunque más lentamente (2002: 127).

Como ha señalado Anne Applebaum el término Gulag, acrónimo de *Glávnoie upravlenie ispravítelno-trudovyj lagueréi i koloni*, “ha acabado por designar el propio sistema represivo soviético, el conjunto de procedimientos que los prisioneros solían llamar la «tritadora de carne»” (2014: 20). Un proceso que comenzaba con la delación o persecución de la persona a detener y continuaba con el interrogatorio, la dura estancia en la cárcel y la condena a trabajos forzados. Los campos rusos buscaban, ante todo, la productividad económica, por lo que la estancia en ellos, aunque también estaba protagonizada por el dolor que la propia situación les infligía –paupérrimas condiciones de vida, maltratos por parte de los responsables y los compañeros y continuas enfermedades–, pretendía como factor mucho “más importante (...) que se adaptaran al plan de producción del campo y que cumplieran con la cuota del rendimiento” (2014: 240). A su vez presentaba ciertas analogías con la vida civil a la hora de alcanzar los objetivos, como si de una fábrica se tratara, donde los trabajadores más hacendosos eran recompensados con mejoras alimenticias, mientras que aquellos que, ya fuera por su incapacidad o debilidad, no consiguieran llegar a las metas propuestas –la *norma*– eran castigados. A pesar de este paralelismo, “la situación era peor en el Gulag, donde la vida y la salud de los trabajadores no eran consideradas importantes, y donde la llegada regular

de recambios era dificultada por el clima y las grandes distancias” (2014: 245-246). La esclavitud a la que estaban sometidas las personas que eran condenadas a varios lustros de encerramiento no debe ocultar, en ningún momento, los dos objetivos que presentaba el campo y que añade Iordache a su denominación del lugar:

El Gulag fue un tamiz político-social que proveía la mano de obra del “enemigo del pueblo”, que se debía reeducar a través del sistema masivo de trabajo forzado. Por otro lado, el sistema concentracionario soviético cumplía la misión de purificar la sociedad de los “elementos indeseables” que contaminaban el camino hacia el sueño utópico, una sociedad socialista perfecta (2014: 143).

Aglutinó en sus redes a presos políticos y comunes, a soldados soviéticos capturados y que fueron presos de los nazis, de quienes se cuestionaba su lealtad y a litigantes del bando enemigo capturados durante la II Guerra Mundial. Entre ellos se encontraban varias centenas de soldados de la División Azul, caídos como se ha visto en su gran mayoría en la dramática batalla de Krasny Bor. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, en medio de la nada blanca soviética, se encontraron, como compañeros de cautiverio, con españoles republicanos residentes en Rusia. Tanto unos como otros, enemigos en la Guerra Civil que derramó la sangre fraternal durante tres años, tuvieron que aparcarse sus diferencias y sellar un *armisticio*, que se convirtió en la mayoría de los casos en una paz duradera y unieron sus fuerzas para librar la batalla del presidio ruso.

4.2.1. Divisionarios y republicanos, presos del estalinismo

El gobierno dictatorial gestionó, con dificultades pero con notable éxito, el aislamiento de las potencias aliadas y su papel en la cuestión judía. Puede hablarse incluso de la victoria del franquismo en ambos casos: no tuvo que pagar una pena excesiva –en todo caso menor de la que le podían haber aplicado– y las circunstancias geopolíticas de la Guerra Fría le permitieron ocupar un puesto de prestigio en el panorama internacional junto a los representantes del anticomunismo. Pero existía una tercera herencia del paso de la División Azul por el frente del Este que escapaba de su control. Durante más de una década permanecieron en los campos de trabajo de la Unión Soviética presos procedentes de la División Española de Voluntarios. Aunque fueron capturados a lo largo de la lucha contra la Rusia bolchevique e incluso entre los *irreductibles*, como se ha visto, al menos

la mitad de ellos procedían de la dramática batalla de Krasny Bor. Bajo unas condiciones de vida inhumanas, fueron privados de la libertad y utilizados como mano de obra esclava hasta la muerte de Stalin. El número exacto de presos azules es desconocido, pero Moreno Juliá establece unas cifras que pueden ayudar a esclarecer los datos: para el gobierno de España el número total fue de 372, de los que 115 fallecieron a lo largo de los años de cautiverio. Desde el bando soviético, en la década de 1950 el viceministro de Asuntos Exteriores Andrei Grominko la fijó en 289 vivos, un número menor a los 452 que la reciente apertura de los archivos rusos ha otorgado, en los cuales constarían 70 fenecidos. El autor estima, y si se tiene en cuenta la dureza del frente no sería descabellado pensar que así fue, que el número sobrepasó los 400 y que puede hablarse de más de medio millar (2005: 322).

Pero los divisionarios no fueron los únicos españoles retenidos en Rusia. Durante su experiencia coincidieron con quienes jamás imaginaron que se verían las caras tan lejos de la patria. Junto a ellos penaron otros tantos partidarios de la II República, un “conjunto heterogéneo que, en general, acabó decepcionado del «paraíso soviético» pese a los entusiasmos iniciales” (Serrano, 2011: 53). Esta diversa familia estaba conformada por los marinos y aviadores que, al finalizar la Guerra Civil, se encontraban allí ya fuera por formar parte de los cargueros que trasladaban ayuda armamentística y alimentaria a la España republicana o ya fuera porque esta les había enviado para ser instruidos en operaciones militares aéreas; los “niños de la guerra”, evacuados para su salvaguarda; los exiliados políticos, principalmente afines al Partido Comunista de España; los desertores de la División Azul, que viajaron hasta el frente Oriental y consiguieron pasarse al bando soviético; y los componentes del *episodio berlinés*, una serie de trabajadores españoles en Alemania que, al finalizar la lucha en la capital germana, tomaron la Embajada de España y fueron evacuados por las autoridades soviéticas.

Los dos primeros grupos han sido definidos por Luiza Iordache como “exiliados circunstanciales” (2013: 82) para diferenciarlos de los políticos que, por voluntad propia, se trasladaron a la Unión Soviética. Tras el final de la Guerra Civil Española, un total de 284 marinos y 190 pilotos se encontraban en la nación bolchevique debido a la ayuda que el país prestaba al gobierno republicano. Los miembros de ambos conjuntos se repartieron entre quienes solicitaron residir en Rusia, quienes desearon marchar a países latinoamericanos o a Francia para reunirse con sus familiares y quienes pidieron regresar a España. La autora contabiliza, para estos últimos, la devolución de 129 marinos a través del puerto de Estambul –solución que se encontró debido a la ausencia de relaciones entre

las dos dictaduras— entre los meses de julio y agosto de 1939. Del mismo modo, existió la posibilidad de enviar al Estado franquista a 53 más entre mayo y octubre de 1940, a los que se sumarían 18 pilotos y 7 educadores de los “niños de la guerra” en abril del año siguiente¹⁸⁹. A esta medida se opuso el Ministerio de Asuntos Exteriores, contrario a acoger a más desafectos del régimen. Finalmente, se optó por la repatriación individual que afectó a siete trabajadores de los barcos entre enero y junio de 1941. A los cuatro días de iniciarse la Operación Barbarroja se cortó este goteo y, por orden de Lavrenti Beria, comenzaron las detenciones de republicanos. Un proceso que, en realidad, había comenzado con la detención de ocho pilotos en enero de 1940 y de otros seis marinos en fechas anteriores a las de la captura en masa de españoles. La mayoría de ellas venían motivadas por la desafección que mostraron al poder soviético al gestionar, por su riesgo y cuenta, la salida a través de embajadas de otros países, acciones por las que se les acusó de contrarrevolucionarios y espías. En atención al mandato del jefe del NKVD, 25 pilotos y 48 marinos fueron apresados en Moscú y Odessa respectivamente (2013: 83-90; 94-97 y 99)¹⁹⁰. Para el caso de los aviadores, que ha sido estudiado en profundidad por Carmen Calvo Jung, es interesante la interpretación que ofrece la autora acerca de uno de los motivos que podían tener las autoridades estalinistas para retener a este grupo de hombres:

Debido a las purgas llevadas a cabo en los años 1937-1938, el Ejército Rojo se había debilitado mucho en su estructura de mando y en cuanto al personal cualificado. Este debilitamiento se hizo notar en la formación de pilotos en la Fuerza Aérea; una montaña de informes de los comandantes de la División revelaba graves problemas. Por ejemplo, el Politburó tuvo noticia, el 9 de abril de 1941, de un aumento de accidentes en la Fuerza Aérea: todos los días

¹⁸⁹ “Parece que los esfuerzos de los alemanes por mediar entre la España de Franco y la Unión Soviética para conseguir la repatriación de los pilotos y marinos españoles, tuvieron lugar, únicamente, porque Alemania, tras el pacto Hilter-Stalin en agosto de 1939, ejercía una gran influencia sobre el Kremlin y además podía argumentar que, durante la Guerra Civil española, había intercedido eficazmente ante Franco a favor del regreso de pilotos y marinos soviéticos prisioneros. La Unión Soviética, por decirlo de alguna manera, tenía que atender forzosamente a las mediaciones del «agente honesto», Alemania, para dominar en el foro diplomático. Probablemente no se hurtaron a Stalin estos esfuerzos de repatriación, sobre todo porque el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores estaba oficialmente informado e implicado en el proceso” (Calvo Jung, 2010: 206).

¹⁹⁰ A pesar de que el trabajo de Victoria Fernández Díaz es esclarecedor respecto al papel que jugaron los marinos republicanos en la II Guerra Mundial, su aportación respecto al destino de los españoles en la Unión Soviética es, como mínimo, ambigua: “Aunque no se ha podido recabar testimonio directo, algunos de los marinos de estos barcos que quedaron en la URSS fueron enviados a campos de trabajo y campos de concentración a Siberia como el durísimo de Karaganda. Al parecer las autoridades estalinistas de la época entendían perfectamente que quisieran volver a España, aunque fuera franquista, porque era su patria pero no podían entender que, siendo antifascistas, quisieran irse a México u otros países con lo que fueron sospechosos de trotskistas o espías. Muerto Stalin, algunos pudieron volver a España en 1954” (2009: 164). Si los soviéticos hubieran entendido tan bien la opción española como presupone la autora, muchos de ellos no habrían encontrado las trabas que impidieron su regreso y facilitaron su encarcelamiento.

se perdían de dos a cuatro aviones durante los entrenamientos y, en sólo un año, habían perdido la vida miles de pilotos. En vista de esta situación resulta más que comprensible el tenaz esfuerzo de las autoridades soviéticas respecto a la permanencia en la URSS de los aviadores españoles, ya formados (2010: 173).

El colectivo de los vástagos de republicanos que fueron llevados a la Unión Soviética para buscar su protección durante la contienda fratricida, y cuyos integrantes han sido denominados como “involuntarios exiliados forzosos” (Alted Vigil, 2005: 343), también estuvo representado en el campo ruso. Aunque es justo reconocer que, como se ha señalado, el país bolchevique “y sus ciudadanos con su política de hospitalidad y protección, especialmente en el caso de los niños, se ganaron un merecido tributo” (Iordache y Güell, 2013: 261), el acogimiento no evitó que 197 de ellos pasaran por el campo, principalmente por delitos comunes, aunque también algunos pasaron por allí por motivos políticos. Si los primeros principalmente habían sido acusados de hurto, los segundos acabaron recluidos por buscar mediación para su salida del país en las legaciones internacionales –al igual que les había ocurrido a sus compatriotas–, por mostrar su disidencia a la línea política adoptada por el PCUS y asumida por el PCE o por realizar algún comentario desafortunado que fue considerado como un acto de ofensa por la patria del proletariado (2013: 263-264). Entre cinco y siete años penaron aquellos que fueron acusados de robo, mientras que quienes injuriaron a las autoridades fueron condenados como mínimo a una década ya que se les consideraba culpables de realizar *agitación antisoviética*. De todos modos, pocos fueron los deportados por motivos políticos e incluso algunos de ellos, tras su encarcelamiento, volvieron a formar parte de la sociedad soviética (Colonina Limonero, 2010: 91-92; 99-100).

Forman también parte de este grupo los disidentes de la División Azul. Evadidos ya fuera por miedo o, principalmente, por motivos ideológicos, la proeza de convivir con los enemigos fascistas durante meses para alcanzar las líneas del Ejército rojo fue recompensada con la típica *gratitud* estalinista. Como ha indicado José Luis Rodríguez Jiménez, tras verificar sus verdaderas intenciones comunistas, los españoles formaron parte de las operaciones de propaganda y desmoralización frente a las líneas españolas. Pero cuando finalizó la guerra, al igual que ocurrió con los prisioneros rusos en campos alemanes, los españoles fueron enviados al Gulag, donde coincidieron con sus antiguos camaradas azules (2007: 373):

Stalin receló de los desertores de la División Azul, por ser ésta nominalmente una unidad de voluntarios, y la mayoría permanecieron en cautividad hasta su muerte, sin que las desesperadas peticiones de mediación que enviaron a los dirigentes del PCE exiliados en Moscú llegaran a su destino. Una vez liberados, algunos se quedaron en la Unión Soviética, donde intentaron rehacer su vida; y otros, a pesar del potencial peligro que ello les suponía, regresaron a España (Moreno Juliá, 2005: 321).

Y por último se encuentra el conocido como *episodio berlinés*. Un grupo de españoles refugiados en Francia y llevados a laborar de manera forzosa a Alemania tras la ocupación del país galo se adueñó de la embajada franquista tras la caída de la capital germana. Treinta y ocho de ellos fueron llevados a Rusia, interrogados e internados en el campo de Oranki hasta su liberación en 1948. A ellos se unirían al menos tres casos más –los de Luis Ricardo Senac, Fernando Martínez y Fernando López– de arrestados en Alemania. De los dos últimos no puede afirmarse –existe un vacío de información sobre sus trayectorias– si pertenecían a los trabajadores que envió Franco al Tercer Reich o si eran republicanos apresados en Francia por los nazis. Pero el primero, al igual que le sucediera a Margarete Buber-Neumann, fue prisionero de Hitler y de Stalin, ya que penó desde 1941 en campo de Oranienburg-Sachsenhausen (Iordache, 2014: 193-200)¹⁹¹.

La coexistencia de todo tipo de españoles en el Gulag y la búsqueda conjunta de la supervivencia permitieron la creación un frente único contra el enemigo común. Las características de la experiencia animan a interpretar su convivencia de manera idílica y sin fisuras, y dejar de lado los problemas que, sin lugar a dudas, debieron existir entre personas de ideologías contradictorias al menos en el primer contacto entre ellas. De todos modos se trata de un episodio más de “la historia de las «dos Españas», que volvieron a encontrarse, esta vez en tierras lejanas, una con los prisioneros de la División Azul y otra con los republicanos internados, presos políticos, desterrados y delincuentes comunes” (Iordache, 2014: 147). También insiste Rodríguez Jiménez en este aspecto:

Una de las características de los cautivos españoles fue su variedad. Ninguna otra nacionalidad aporta tipologías tan distintas de prisioneros. Esto se debe a que los prisioneros españoles en acción de guerra se encontraron como compañeros de cautiverio a personas que difícilmente cabía imaginar que hubieran tenido ese destino (2007: 372).

¹⁹¹ La autora publicó sus memorias del campo bajo el título *Als Gefangene bei Stalin und Hitler (Prisionera de Stalin y Hitler)* en 1949 en la editorial muniquesa Verlag der Zwölf.

4.2.2. Trayectoria y gestiones para la repatriación

Al igual que sucedió con los presos de otras nacionalidades, los españoles que pasaron por los campos rusos tuvieron en ellos una existencia penosa en la que fueron utilizados como mano de obra esclava, un trato que en muchas ocasiones les llevó a perecer entre sus cercados¹⁹². Rafael Ibáñez Hernández ha establecido una periodización que, por más que se haya realizado desde la “historiografía prodivisionaria” (Moreno Juliá, 2005: 324), puede resultar práctica para observar el paso de los voluntarios por el Gulag: el tiempo que transcurrió desde 1941 a 1946 ha sido denominado como *los años de la guerra*, que sin lugar a dudas fue la época más dura; desde el final de la contienda hasta 1949 se desarrollaron *los años de la esperanza*, en los que el regreso de franceses e italianos hicieron pensar a los *guripas* que ellos serían los siguientes en volver al mismo tiempo que mejoraban las condiciones de vida; y, hasta 1954 se puede hablar de *los años de resistencia*, caracterizados por la oposición de los prisioneros a las instrucciones soviéticas y las sentencias a muerte –permutadas por dos décadas y media de presidio– a las que fueron condenados (1996: 83). El traslado al campo, como ocurrió por ejemplo tras la batalla de Krasny Bor, se hizo a pie y tras ser despojados de sus pertenencias e interrogados. Evidentemente, hasta llegar a Leningrado perecieron varios miembros, y los heridos rezagados eran ejecutados. Quienes se habían quedado en el hospital tenían la *suerte* de ser operados o amputados sin anestesia. En los primeros años murieron 94 hombres debido a las penosas condiciones de trabajo –considerado como método de reparación por el daño causado por la contienda y obligatorio para la tropa, suboficiales y, desde 1945, para los oficiales– y alimentación, reducida a dos comidas que pasaron a ser tres, pero cuya dieta se basaba en sopa, puré, pan negro, algo de carne, pescado, grasas, féculas, hortalizas y azúcar, lo que obligó a complementar el *menú* sin hacer ascos incluso a los desperdicios. La relación entre la actividad laboral y la comida se traducían en la *norma*, es decir, si no se alcanzaba la producción diaria exigida el preso recibía menor cantidad de alimentos en su ración. Pero, y por si esto no fuera suficiente, allí sufrieron el maltrato de los compatriotas denominados como *antifascistas*: desertores, presos convertidos una vez llegados al campo y exiliados comunistas que ejercieron una dura

¹⁹² Respectivamente, sirvan como ejemplo para los panoramas alemán y francés los siguientes trabajos centrados en la época que compartieron presidio los representantes de estas nacionalidades con los españoles: *Retours d'URSS. Les prisonniers de guerre et les internés français dans les archives soviétiques, 1945-1951* (Catherine Klein-Gousseff, 2001) y *Frauen im Gulag. Alltag und Überleben 1936-1956* (Meinhard Stark, 2003).

presión sobre los azules. Entre ellos fueron recordados por su comportamiento con los retenidos los nombres de Felipe Pulgar, “convertido en la bestia negra de los españoles en el Gulag”, y César Ástor, a quien se dedicaron “todos los tópicos de la maldad según los cánones franquistas” (Serrano, 2011: 49 y 72). No todos los campos fueron igual de atroces y los hubo menos malos, a la par que notaron una mejoría de la vida con el paso de los años a pesar de la privación de correspondencia y paquetes, lo que suplieron mediante el trueque con la población con la que trabajaban e incluso con los guardianes. Si hay que destacar dos momentos, esos son el traslado a Odesa en 1948, el cual interpretaron como una liberación que no llegó y que vino precedido de un insólito trayecto en metro por Moscú mezclados entre los ciudadanos de la capital rusa, y la huelga de hambre que protagonizaron en el campo de Borovichi en abril de 1951. Este incidente aconteció por la retención de unos paquetes que interpretaron como suyos, un hecho que chocaba con el mejor trato recibido por otros presos. El acto contó con el apoyo de 150 reos y la solidaridad de sus compañeros alemanes, que se negaron a tomar las raciones extra que correspondían en un principio a los españoles. El encierro de los líderes de la protesta en la cárcel derivó en un amotinamiento que fue resuelto por un contingente de soldados llegados desde fuera y derivó en la condena de varios de los españoles penas de 15 a 25 años de cárcel (Moreno Juliá, 2005: 324-327).

Los diferentes movimientos para la liberación de los presos españoles dependían, de manera oficial, del régimen franquista. Pero también las autoridades republicanas en el exilio y el Partido Comunista de España jugaron un papel importante en el destino de los reos. Todos estos actores no siempre actuaron a favor de los cautivos, que en diversas ocasiones parecieron significar un problema al que desearían no enfrentarse por el oscuro pasado al que remitían. Como ha señalado Rodríguez Jiménez, la sociedad española de posguerra no supo nada de la existencia de los presos españoles debido a cuatro factores: la inexistencia de relaciones diplomáticas entre España y la Unión Soviética; la escasez de datos conocidos por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores español, a la que se unió la dificultad de recuperar los cuerpos de los caídos, lo que provocó que se diera por muertos a quienes en realidad eran prisioneros; la clasificación como material *secreto*, por parte de ambos países, de toda la información sobre el tema, lo que hacía que los soviéticos negaran que entre sus prisioneros de guerra se encontraran españoles y que la administración franquista eludiera un aspecto que recordaba su participación en la II Guerra Mundial dentro de un contexto de aislamiento provocado por la misma; y, por

último, la prohibición que tenían los concentrados españoles, por parte de las autoridades rusas, de mantener correspondencia (2008a: 146-148).

A pesar de estos datos ya en el año 1946 hubo contactos no oficiales entre España y la Unión Soviética, el primero de ellos acaecido en Roma en septiembre y que fue seguido de otros que no llegaron a buen puerto. Además, en ellos los temas tratados se ciñeron a aspectos puramente económicos y no se habló de los presos. Pero en 1947 se encargó al diplomático Terrasa, de la Embajada española de París, tratar con representantes soviéticos en Ginebra sobre los cautivos en un momento en el que Rusia buscaba un acercamiento a España –a través del cese de su política hostil y con la intención de abrir relaciones comerciales– cuando esta aún no había establecido sus buenas relaciones con los Estados Unidos. Las instrucciones que el diplomático recibió para el encuentro consistían en la solicitud de un listado de los divisionarios retenidos que sería intercambiado por otro de los presos rusos –asesores del Ejército republicano y brigadistas durante la Guerra Civil– en España. Al mismo tiempo se daba la orden de que el canje de presos dependiera de la voluntad de cada uno de ellos, o lo que es lo mismo, los españoles internados en la Unión Soviética que desearan volver lo harían y quienes no, podrían permanecer allí, lo que demostraría para Rodríguez Jiménez el desinterés del gobierno por los desertores de la División, que pasaban por calamidades parecidas a las de sus compatriotas. Para los rusos internados en España la propuesta franquista era idéntica. Las negociaciones, que siguieron en los siguientes meses, terminaron debido al desacuerdo de España a la hora de entregar a los exiliados rusos –como sí habían hecho otros países– y, sobre todo, por la aceptación y los intentos de asimilación de los Estados Unidos de la dictadura franquista en el panorama de la Guerra Fría (2008a: 149-150)¹⁹³.

En 1948 los familiares de los cautivos, ante la inmovilidad estatal, contactaron con la *Sociedad Evangélica de Ayuda a los prisioneros e Internados de Guerra*, la organización que se hacía cargo de los prisioneros alemanes en Rusia, a través de la cual se enviaron paquetes a los españoles mediante la intermediación de los cautivos germanos. En este mismo año también escribieron a Eva Perón, al Secretario General del Partido Comunista de Italia Palmiro Togliatti –miembro del gabinete ministerial– y a Pío XII. Precisamente la correspondencia había sido el método por el cual habían tenido

¹⁹³ Acerca de las relaciones entre ambos países, señala Iordache que el estudio de referencia durante años fue *Franco y la URSS. La diplomacia secreta (1946-1970)* (1987) del historiador franquista Luis Suárez. Para la autora pecaba de “una cierta manipulación de algunas de las fuentes primarias utilizadas” por lo que sus hipótesis tienen que ser reproducidas “con cautela (...) en especial en la faceta comercial del proceso” (2014: 310).

conocimiento los familiares de la penalidad que sus hijos desaparecidos sufrían en el Gulag: gracias a las direcciones memorizadas –estaba prohibido sacar al exterior cualquier papel del campo– por los presos italianos, alemanes y austriacos que coincidieron con oficiales españoles fue posible que aquellos, al llegar a su país, pudieran contactar con sus familias. Incluso uno de ellos consiguió eludir la vigilancia y hacer llegar un escrito a la familia del capitán Oroquieta escrita de su puño y letra. Al año siguiente, en un contexto de silencio, hubo otros dos intentos más de contacto entre los dos países: el primero de ellos se produjo cuando el encargado de negocios español en Londres entregó al nuevo embajador británico en Moscú, para que hiciera llegar al Kremlin, una nota en la que se pedía la lista de los prisioneros divisionarios, aviadores y marinos, una gestión que no finalizó con éxito. Y el segundo, tras el ingreso de España en la Cruz Roja Internacional, consistió en la solicitud de información del representante español al soviético sobre los voluntarios presos y las condiciones rusas para su liberación, ante la que recibió una respuesta negativa. Tras estos fracasos una serie de empresas españolas firmó un acuerdo comercial con Rusia en el que se estipulaba que España enviaría cerca de 150.000 toneladas de trigo a cambio de mercancías y que contenía también entre sus cláusulas la liberación de los retenidos de ambos países a realizar en Egipto. Todo este esfuerzo por recuperar a los presos no estaba comandado por el gobierno franquista, sino que se debió a la voluntad de las familias, sin lugar a dudas los más interesados por el bien de sus seres queridos. Precisamente la presión que estas pudieron ejercer derivó en la actuación estatal que nombró, en abril de 1952, al antiguo capellán de la División Azul y de los trabajadores españoles en Berlín Miguel Oltra y don José María Storch por parte de Exteriores. Aunque consiguieron contactar con el brigadista André Marty y con militares soviéticos en Alemania –para Moreno Juliá en la RFA, para Rodríguez Jiménez en la RDA–, la misión fue en vano (Moreno Juliá, 2005: 330; Rodríguez Jiménez, 2008a: 150-152; 161)¹⁹⁴.

Los marinos y aviadores republicanos que pasaron por el Gulag tuvieron una trayectoria prácticamente idéntica con meta en Karagandá, actual República de

¹⁹⁴ La figura de Marty fue utilizada por parte del régimen como ejemplo de perversidad dentro de las filas republicanas. El brigadista se lo puso fácil: reconoció haber ordenado la ejecución de 500 camaradas internacionalistas a los que acusó de desafección en Albacete. Sus métodos sirvieron para que la propaganda franquista le apodara *el carnicero de Albacete*, tal y como hizo Eduardo Comín Colomer en el libreto *La personalidad masónico-comunista de André Marty “el carnicero de Albacete”* (1944). Para un estudio serio y actualizado, véase “Marty, Vidal, Kléber y el Komintern. Informes y confidencias de la dirección política de las Brigadas Internacionales” (*Ebre: Revista Internacional de la Guerra Civil, 1936-1939*, nº 1, pp. 11-26, Pelai Pagès i Blanch, 2003).

Kazajistán. Los primeros pasaron varios meses en las cárceles de Jarkov, Moscú y Gorki y el campo de tránsito de Krasnoiarsk para, en octubre de 1941, establecerse en el campo de Norlisk, donde estuvieron hasta enero de 1942, que pasaron al más *suave* de Norlisk 2 con ocho hombres menos que fenecieron en ese periodo. Allí estuvieron hasta el verano-otoño de 1942 que fueron trasladados al complejo kazajo. Los segundos, tras un tiempo en los presidios de Novosibirski en Siberia y Petropavlosk en Kazajistán, también fueron a Norlisk en las mismas fechas que sus compañeros. Allí permanecieron hasta abril de 1942 y, tras un tiempo en Krasnoiarsk, pasaron a Karagandá en octubre de 1942 (Iordache, 2014: 175-178). Para obtener una ligera idea del horror que se vivía en este lugar, es interesante acercarse a la descripción que ha ofrecido Alicia Alted Vigil:

El campo de Karaganda [sic] (“Villa Negra”, en ruso) estaba situado en una región esteparia del Kazajistán, de clima riguroso y cerca de la ciudad del mismo nombre al norte del lago Balkach. El campo estaba rodeado de tres líneas de alambradas de púas. En sus ángulos se encontraban las garitas de vigilancia, reforzadas por la noche con la presencia de perros de presa. A la altura de 1948 se encontraban en el campo alrededor de 900 internados, entre hombres, mujeres y niños, algunos nacidos aquí. Pertenecían a diferentes nacionalidades con predominio de judíos austriacos. El régimen de disciplina y de trabajo al que estaban sometidos los internados era muy severo, a lo que se unían las malas condiciones del alojamiento y la comida. La mayoría estaban enfermos de tuberculosis (2005: 151).

El internamiento en el campo de Spassk –número 99– se prolongó hasta marzo de 1943, momento en el que fueron reubicados en el campo de Kok-Uzek, donde convivieron durante cinco años en unas duras condiciones de vida que mejoraron tras el final de la II Guerra Mundial. Pero la prosperidad total, que debería haber llegado con la puesta en libertad de los republicanos como ya ocurría con los presos de otras nacionalidades, no les fue concedida. Por este motivo, los españoles comenzaron una huelga de hambre en febrero de 1947 y su situación, desde marzo de 1948, pasó a manos de la Dirección General de Repatriados del gobierno soviético. El 12 de junio de ese mismo año arribaron al campo de tránsito de Odesa con la esperanza de ser repatriados. Allí, 87 españoles de los grupos de marinos, pilotos y *berlineses*, a los que acompañaban 5 cónyuges y 6 niños fueron interrogados para determinar sus intenciones. Por esta labor se supo que 54, calificados de *orientación progresista*, deseaban permanecer en la URSS; 36, considerados de *mentalidad antisoviética*, pidieron regresar a España y 8 de ellos a Francia, Austria y Checoslovaquia. La predisposición para su vuelta fue, por parte del

PCE, nula: “Pasionaria” determinó que la salida se llevaría a cabo siempre que hubiera una invitación por parte de familiares exiliados en América Latina, Francia o las naciones de la órbita soviética y el expediente político del susodicho fuera *positivo*¹⁹⁵. Si el informe personal fuera tildado de *negativo*, la marcha sería denegada. Bajo estas condiciones, 18 pilotos y marinos firmaron su adhesión a la Unión Soviética, fueron puestos en libertad y enviados a trabajar a Yalta, mientras que al resto se les sometió a procesos de *reeducación*. Se separó a los cabecillas del grupo, que se declararon en huelga de hambre, lo que provocó su internamiento en el hospital 3.986 de Odesa –Arcadia–. De allí partieron junto a prisioneros de la División Azul al campo de Cherepovetz, donde intentaron persuadir a las autoridades de nuevo mediante la negativa a ingerir alimentos. Poco después se les movió a Borovichi y allí protagonizaron junto a los voluntarios azules la ya citada huelga de hambre de abril de 1951. De nuevo se dividió a los españoles por las actividades de agitación en febrero de 1952 y, ante la perspectiva de eternidad a las que les sumía el destierro, los cambios tras el fallecimiento del dictador supusieron el final de su paso por este infierno terrenal (Iordache, 2014: 179; 182-193).

De la suerte de los republicanos internados en el Gulag se ocupó la FEDIP–Federación Española de Deportados e Internados Políticos–, que se fundó el 13 de octubre de 1945 en Toulouse, aunque su sede se trasladó, curiosamente, a la rue Leningrad de París. Francisco Largo Caballero –preso en Sachsenhausen– fue nombrado presidente honorario y Emilio Moret secretario general. Se ocupó de un primer momento de la salud y el bienestar de los supervivientes españoles de los *Lager* nazis que estaban enfermos y desamparados (Wingate Pike, 2003: 476). Pero, antes de mostrar la labor de la Federación, es importante señalar cómo el gobierno republicano en el exilio tuvo conocimiento de su existencia de estos presos y cómo gestionó el asunto: en diciembre de 1946 la ciudadana francesa Madeleine Clément, presa liberada de Karagandá, se dirigió al ministro sin cartera del gobierno en el exilio Rafael Sánchez Guerra para informarle de cómo había compartido cautiverio con varios marinos y aviadores republicanos. Además, le hizo entrega de un documento elaborado por otro de los presos galos, Francisque Bornet, en el que se daban detalles por primera vez del penoso destino de estos republicanos en Rusia y un listado con los 39 nombres de los caídos en desgracia.

¹⁹⁵ “Se cultivó un exacerbado culto a la personalidad, en el caso de los niños españoles enfocado hacia la Secretaria General del Partido Comunista español, Dolores Ibárruri. Se creó en torno a su figura una Fe religiosa, mítica. Era vista y respetada como una madre ideal, constituía un icono para todos los refugiados y se convirtió en una leyenda dentro de las filas comunistas de todo el mundo” (Colomina Limonero, 2010: 43).

Se intentó resolver la cuestión desde las acciones de los representantes del exilio en Belgrado, Praga y Varsovia y, a un nivel más personal y cercano a la URSS, por parte del hombre del PCE en Moscú, José Antonio Uribes, quien poco pudo hacer. Si los movimientos del comunista no eran muy alentadores, los que se practicaron por cuenta y riesgo del gobierno republicano –el acercamiento del plenipotenciario en Yugoslavia, Fernández Miñana, al embajador soviético en París– fueron de resultado nulo: de abril a noviembre de 1947 se pasó por una fase de silencio, en la que el sigilo soviético recibió como respuesta la cautela del exilio, que además pasaba por la crisis que propiciaría el cambio de gobierno que sustituyó en la cúpula a Giral por el breve mandato de Llopi, quien, a pesar de llevar a cabo ciertas gestiones, chocó con la negativa rusa¹⁹⁶. En el periodo de Álvaro de Albornoz la cuestión se siguió de cerca y continuaron las operaciones por parte de los tres representantes republicanos en las citadas capitales de países de influencia bolchevique. El fracaso y encallamiento de la cuestión llevó a la Federación a encargarse de la cuestión en 1948 (Iordache, 2014: 335-346).

La FEDIP se basó, al igual que lo había hecho el gobierno del exilio, en los testimonios de los antiguos presos extranjeros del Gulag. José Ester Borrás, secretario de información de la organización, elaboró los expedientes personales de los internados según los nombres que había proporcionado Bornet en su lista y mediante la consulta a los familiares de los mismos –dispersos por España, Francia, México y Chile– para conocer con precisión sus antecedentes políticos, sus acciones en la Guerra Civil y el camino seguido hasta llegar a la Unión Soviética. Al mismo tiempo, se acudió a la diplomacia extranjera, las organizaciones internacionales, los partidos políticos republicanos en el exilio y la opinión pública mundial. Las actividades se centraron en la redacción y el envío de cartas a políticos internacionales –incluso soviéticos, ya que se dirigieron directamente a Stalin y Molotov–, que encontraron por respuesta normalmente el silencio, tanto ruso como estadounidense y británico –animados estos por el contexto de la Guerra Fría y su acercamiento a la España franquista–, con la excepción de la colaboración del gobierno de Bidault¹⁹⁷. Se aprovechó, aunque de manera infructuosa, la

¹⁹⁶ Para conocer la trayectoria del gobierno republicano del exilio véase *Historia política de la Segunda República en el exilio*. (Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, 1997).

¹⁹⁷ La negativa predisposición de las autoridades soviéticas se vio influida por el “intento de fuga «romancesco»” (Iordache, 2014: 352) del aviador José Tuñón Albertos y el “niño de la guerra” Pedro Cepeda Sánchez. El acontecimiento consistió en la huida fallida de los dos españoles escondidos “en los baúles de un diplomático argentino, Pedro Conde Magdaleno, y de un trabajador de la misma embajada, Sigifredo Antonio Bazán, familiar de Cepeda, que se disponían a regresar a Buenos Aires desde la capital soviética” (Serrano, 2011: 156). Tras descubrir la tripulación soviética el engaño, debido al ahogo que empezó a sentir Tuñón dentro del recipiente –a pesar de que se había acondicionado con agujeros– el avión

Declaración de Derechos Humanos de la ONU, que se basaba en el no reconocimiento de los representantes republicanos del exilio. Pero, en cambio, sí encontró la Federación un firme colaborador en el Comité Internacional de la Cruz Roja. En el ámbito político del exilio, partidos como PSOE, IR, ERC o POUM mostraron su adhesión a la causa y, especialmente, lo hizo el MLE-CNT, que publicó el texto *Karagandá, la tragedia del antifascismo español* en 1948, al que se unió un documento de protesta de la intelectualidad española en el exilio¹⁹⁸. El último resorte que utilizó la organización fue el inicio de una campaña propagandística que desarrolló bajo su propia firma Ester Borrás en *Solidaridad Obrera*, la publicación semanal de MLE-CNT en Francia, en la que entrevistó al mismo Bornet, que acababa de escribir sus memorias del campo¹⁹⁹. Aparte de otras publicaciones del exilio, se consiguió que la publicidad sobre el tema tuviera cabida a nivel internacional, sobre todo en los periódicos de partidos de izquierdas –no comunistas– como en alguno de derechas (2014: 347-376).

4.2.3. La vuelta de la División Azul en el *Semíramis* y de los españoles republicanos

El día 5 de marzo de 1953 murió en Moscú Iósif Vissariónovich Dzhughashvili, Stalin, el hombre que había dirigido con puño de acero en honor a su apodo el destino de la Unión

regresó a Rusia. Allí fue detenido junto a Cepeda, quien no había podido embarcar en el mismo vuelo por problemas de sobrepeso en el equipaje. Tuñón confesó, probablemente bajo tortura, ser espía de Argentina e implicó a su compañero de aventura y a los presos republicanos Julián Fuster y Francisco Ramos. Los embaulados fueron condenados a veinticinco años y los *supuestos* cómplices españoles a veinte y diez respectivamente (2011: 157). El episodio sirvió para que el peronista Conde Magdaleno, confeso anticomunista, escribiera el libro *En busca de la verdad soviética: por qué huyen en baúles los asilados españoles en la URSS*, publicado en 1951 en Buenos Aires.

¹⁹⁸ El Partido Comunista de España no aparece en esta lista ya que optó por preservar su obediencia a Moscú antes que ayudar a los que se calificó, desde la propia formación y según las palabras que Rodolfo Llopis confesó haber recibido del dirigente comunista Vicente Uribe –no confundir con el arriba citado José Antonio Uribe–, como “fascistas” (*apud* Iordache, 2014: 340). Serrano advierte que “la delicada situación de los extranjeros en la Unión Soviética no se circunscribía a los españoles, sino que era común a todos ellos” (2011: 199), aunque el “PCE, pastoreado por líderes al mismo tiempo despóticos y mentecatos y serviles (...) se desentendió de los problemas de los españoles que no aceptaban como dogmas la palabras y los actos de los responsables del partido” (2011: 201). A pesar de todo, el autor señala que “también es cierto que el PCE no tenía autonomía con respecto al PCUS (...) [y menos aún] poder coercitivo para decidir sobre la vida o la muerte de los españoles” (2011: 201), lo que está en concordancia con lo que ha expresado Gregorio Morán al incidir en cómo el “PCE se identificará con la política de la URSS hasta en una coincidencia de etapas y tareas [durante el estalinismo]” (1986: 147). Iordache es más crítica al señalar cómo “el PCE, con su acentuado prosovietismo a causa también del bipolarismo político e ideológico, y su dependencia de la URSS, le llevaron al terreno de la defensa incondicional del sistema soviético”, lo que le había llevado a sacrificar “a un puñado de republicanos españoles para y por defensa de la URSS. Parece que todo valía para callar voces antagónicas” (2014: 397).

¹⁹⁹ Publicadas bajo el título *Je reviens de Russie* en París por *Librairie Plon* en 1947.

Soviética durante tres décadas. Los contactos entre ambos países para la liberación de los divisionarios fueron tempranos y se iniciaron mediante la intervención de la diplomacia suiza. Además, los últimos prisioneros holandeses liberados en el mes de octubre del mismo año dieron noticia de haber compartido su cautiverio con españoles, tanto azules como rojos. En diciembre, el Soviet Supremo amnistió a 253 presos españoles, principalmente ex-combatientes, y comunicó a la Cruz Roja francesa si estaba dispuesta a colaborar en su repatriación. En enero de 1954 se hizo partícipe a la delegación española de esta organización de la noticia y comenzaron las gestiones para obtener un barco que pudiera transportar a los presos. Se barajaron las naves griegas *Hero*, *Coloctronis* y *Semíramis* y se optó por esta última, que partió el día 22 de marzo de 1954 desde El Pireo con la delegación de representantes franceses hacia el puerto de Odesa. El día 24 se confirmó la noticia de la liberación a los cautivos, que llegaron dos fechas después en tren a su lugar de partida. En el barco fueron un total de 286 liberados –cifra mayor de la prometida y ante la que Luis Carrero Blanco escribió un interrogante al recibir el cable con la misma desde Atenas–, entre los que se encontraban 248 divisionarios, 19 marinos, 15 pilotos y 4 “niños de la guerra”. Se hizo escala en Estambul, donde esperaban varios periodistas para subir a bordo, representantes de la Cruz Roja española, la Media Luna turca o el que fuera teniente de la División Azul Tomás García Rebull. Desde allí se marchó directamente a Barcelona y se evitó la prevista escala en Marsella, aunque se facilitó a quienes lo deseaban el marchar a Francia, un caso que entre los antiguos republicanos fue minoritario ya que, de los treinta y ocho que componían la expedición, solo diez optaron por esta opción. El 2 de abril, el barco atracó en el Puerto de Barcelona ante una multitud enfebrecida a la que recibió el primer general del grupo, Agustín Muñoz Grandes, que en ese momento ejercía como ministro del Ejército. La bajada de los integrantes del barco, laboriosa y de dos horas de duración, se vio seguida de la celebración de una misa en la basílica de Nuestra Señora de la Merced y varios de los repatriados, debido a su penoso estado, fueron internados en el Hospital Militar para favorecer su recuperación. Como había ocurrido el 13 de julio de 1941, el gran ausente volvía a ser el dictador Francisco Franco, quien ni siquiera envió un mensaje de bienvenida a los regresados y evitó recibirlos en Madrid. Este acto, que habría estado motivado por la Hermandad de Antiguos Combatientes de la capital y que consistiría en la recepción en el Pardo por parte del *Caudillo*, se abortó al intervenir la policía para impedir el viaje en tren de los repatriados el mismo día que habían regresado (Moreno Juliá, 2005: 331-339).

Pero, tal y como ha señalado Carmen Calvo Jung, los voluntarios de la División 250 no fueron los únicos españoles que regresaron en aquel barco. Cinco pilotos y dieciocho marinos no fueron tratados como héroes, ya que representaban a la España que los sublevados habían liquidado en 1939:

El regreso de los divisionarios a bordo del buque *Semíramis* fue ampliamente utilizado por el franquismo: el aparato de propaganda falangista presentó al *Semíramis* como un supuesto triunfo de la diplomacia franquista y agasajó como “vencedores” a los miembros de la División Azul que regresaban a su patria. Sin embargo, en el *Semíramis* también se encontraba un reducido grupo de pilotos y marinos de la República, supervivientes del internamiento en los campos, que no pisaron su tierra como vencedores y cuya presencia, exceptuando la publicación de breves noticias, fue minimizada por los medios de comunicación (2010: 15).

Los republicanos liberados junto a los divisionarios representaron solo a una pequeña parte del total de antiguos miembros del bando gubernamental que regresaron a España tras la muerte de Stalin. Como ha explicado Luiza Iordache, un total de siete expediciones comprendidas entre septiembre de 1956 y mayo de 1959 completaron la vuelta de 2.570 españoles. Esta cifra contempla, además de a antiguos presos del Gulag, a exiliados en la Unión Soviética tras la Guerra Civil –principalmente “niños de la guerra”–, a las esposas soviéticas que acompañaron a sus maridos españoles y a los niños nacidos de los matrimonios mixtos conformados durante esos años. Como ha señalado la autora, la vuelta a España de estas personas y la llegada del *Semíramis* es el producto de cómo, desde ese momento, la relación entre ambas naciones “empezó a experimentar paulatinas modificaciones, que se tradujeron sobre todo en contactos directos entre representantes franquistas y soviéticos en el ámbito diplomático” (2014: 489). Destacable es que en el quinto de los viajes, a bordo del *Krym* –en el que se realizaron los seis primeros–, viajara una delegación soviética que permaneció en Madrid durante dos semanas como huéspedes del Ministerio de Asuntos Exteriores. Su presencia correspondía al envío previo a la Unión Soviética de una representación española que negoció las condiciones de regreso de dicha expedición (2014: 506 y 508). Las cifras de los españoles regresados se ofrecen en el siguiente cuadro²⁰⁰:

²⁰⁰ Elaboración propia a raíz de Iordache (2014: 490-520). Leyenda del cuadro de repatriados: esp.= españoles exiliados; muj.= esposas soviéticas de los exiliados; hij: = hijos nacidos de los matrimonios llevados a cabo entre españoles y soviéticas. Como datos específicos, cabe señalar la diversidad de los contingentes de españoles de la segunda y la tercera expedición: entre los 297 españoles de aquella se encontraban 266 “niños de la guerra”, 10 pilotos, 5 marinos, 1 divisionario, 1 trabajador marchado y

Barco	Lugar de llegada y fecha	Repatriados
<i>Krym</i>	Valencia, 28-IX-1956	345 esp., 21 muj. y 147 hij.
<i>Krym</i>	Valencia, 22-X-1956	297 esp., 11 muj. y 149 hij.
<i>Krym</i>	Castellón, 23-XI-1956	287 esp., 19 muj. y 112 hij.
<i>Krym</i>	Castellón, 18-XII-1956	274 esp., 23 muj. y 131 hij.
<i>Krym</i>	Castellón, 22-I-1957	244 esp., 45 muj. y 126 hij.
<i>Krym</i>	Castellón, 29-V-1957	272 total
<i>Serguei Ordzhonikidze</i>	Almería, 29-V-1959	37 esp., 10 muj. y 20 hij.

Iordache ha expuesto el proceso al que se vieron expuestos los regresados por parte del Estado franquista. Más allá del uso propagandístico y antisoviético de su experiencia –que se estudia más abajo en relación a la literatura española del Gulag– se les sometió a una estrecha vigilancia y a interrogatorios similares a los que ya habían sufrido los “niños de la guerra” capturados durante la II Guerra Mundial en territorio alemán y los evadidos y llegados de manera clandestina a España a finales de la década de 1940. La realización de estas actividades era complementaria a los informes elaborados por los diplomáticos españoles en Estambul entre 1939 y 1941 acerca de los marinos y pilotos que quedaron atrapados en la URSS durante los años de entreguerras. Así, se pretendía desenmascarar a cualquier exiliado que regresara como agente soviético infiltrado. Se obtuvo información meritoria acerca de la situación del país de los soviets pero, como determinó la CIA estadounidense, de escaso valor para el conocimiento de las actividades de inteligencia rusa debido, sobre todo, al aislamiento al que fueron sometidos los presos en el Gulag (2015: 108-110). Como puede pensarse, y en mayor grado de lo sucedido con los divisionarios, los problemas de adaptación también fueron una constante para los republicanos, que regresaban al modelo de país contra el que habían luchado en la Guerra Civil. Para el caso de los “niños de la guerra”, Pablo Aguirre Herráinz ha

capturado en Alemania, 1 maestro y 4 exiliados; y de los 287 de aquella se distinguen 238 “niños de la guerra”, 4 marinos, 6 pilotos, 6 maestros, 12 exiliados, 1 cabo de la Guerra Civil y 1 niño de la guerra detenido en Alemania, devuelto a España y fugado de nuevo a la URSS (2014: 497 y 501). No se ofrecen datos específicos para el caso de la última expedición del *Krym*. Si se desea, se puede consultar un cuadro idéntico acerca de las repatriaciones de marinos y pilotos para el periodo 1939-1959 en Iordache (2013: 100). Cabe señalar que Carmen González Martínez (2003: 82) ofrece una tabla para los primeros cinco viajes pero, por la inexactitud de datos entre ambas autoras y el haber seguido a Iordache como base para este subapartado, se ha optado por lo aportado por esta última.

señalado impedimentos tanto en los factores adaptativos endógenos –incompatibilidad con la familia, presiones de la Iglesia o boicot empresarial– y exógenos –la ya indicada vigilancia y la participación en la oposición clandestina– (2015: 133-134 y 136-137). Alicia Alted Vigil también se ha hecho eco de la dificultad sufrida por este sector, representativa para todo el grupo de los sempiternos enemigos del régimen:

Casi la mitad de los que retornaron, regresaron de nuevo a la Unión Soviética, debido sobre todo a problemas de adaptación (...) El Gobierno ruso sólo les permitió sacar una pequeña cantidad de dinero y sus objetos personales, lo que obligaba a los familiares que se encontraban en España a tener que hacerse cargo de ellos en un principio. Esto produjo en algunos casos fricciones por la diferente mentalidad y costumbres. Tuvieron mucha dificultad para colocarse quienes traían títulos superiores, en cambio esto resultó más fácil para los obreros especializados y técnicos de grado medio. En especial la adaptación fue dura para las mujeres que venían de un país en el que habían recibido unos estudios de grado medio o universitarios, y estaban acostumbradas a compaginar las tareas familiares con un trabajo externo. Fueron sometidos a una estrecha vigilancia por la policía e interrogados en numerosas ocasiones (Altred Vigil, 2005: 368-369).

Estas fueron, en definitiva, las dos caras de una misma moneda. El idéntico sufrimiento de los españoles en los campos de trabajo soviéticos recibió en España diferentes consideraciones. Mientras que a los divisionarios les estaba reservada la gloria –escasa a ser verdad– de los combatientes que sobrevivieron al Gulag, los republicanos fueron ocultados y, cuando se hizo referencia a ellos de manera pública, señalados como prisioneros de segunda categoría. El reconocimiento general de todos los cautivos fue mínimo si se compara con la inmensidad del dolor sufrido a lo largo de una década y la memoria de quienes perecieron entre las alambradas de la inmensa llanura nevada.

BLOQUE III: LA DIVISIÓN AZUL EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA

5. LA DIVISIÓN AZUL EN LA NARRATIVA DEL FRANQUISMO

5.1. LA DIVISIÓN AZUL COMO SUBGÉNERO DE LA LITERATURA FRANQUISTA

La literatura divisionaria ha sido objeto de estudio en escasas ocasiones. Carlos Caballero y Rafael Ibáñez (1989) son los autores de la única monografía dedicada al tema. Su publicación, que abarca los años 1941 a 1988, excede los límites temporales de la dictadura pero, debido al peso de las obras señaladas hasta la muerte de Franco, permite que su uso se destine a este periodo. Aunque su visión es abiertamente pro-divisionaria y los criterios para engordar la lista son discutibles, cumple con su cometido ya que “pretende ser únicamente una recopilación sistemática de material de trabajo para futuras investigaciones que, algún día, deberán llevarse a cabo” (1989: 9). Puede considerarse la guía y la primera parada necesaria para ahondar en el panorama de la literatura de la División Azul y su recopilación es imprescindible por inédita hasta la fecha propuesta por los autores. Ellos han establecido, para los escritores divisionarios, una clasificación en tres grupos: los consagrados, que “han publicado al menos media docena de libros [más allá de la experiencia soviética] y se han hecho un hueco en los manuales de la literatura española” (1989: 14), entre los que se encuentran Dionisio Ridruejo, Tomás Salvador, Luis Romero, Carlos María Ydígoras y Rodrigo Royo; los de menor prestigio de pero de alta formación cultural, como es el caso de José Luis Gómez Tello, Antonio José Hernández Navarro, Ángel Ruiz Ayúcar, Fernando Vadillo y los generales Emilio Esteban-Infantes y José Díaz de Villegas; y quienes solo escribieron el libro acerca de la División, entre los que destacan, dentro de una larga lista, los nombres de Enrique Errando, Víctor José Jiménez o Juan Eugenio Blanco. Junto a la ordenación nominal han ofrecido otra basada en la línea argumental de los trabajos mucho más superficial: el primer bloque se identifica con la experiencia del Gulag, para la que los presos confiaron en algunos de los casos –Teodoro Palacios, el alférez Ocañas, Eusebio Calavia y Gerardo Oroquieta– en otros escritores –Luca de Tena, Moisés Puente, Francisco Álvarez Cosmen y César Sánchez–; el segundo con el estamento militar; y el tercero con los denominados biógrafos, es decir, quienes como Tomás Salvador o Fernando Vadillo utilizaron su paso por la División para construir sus novelas (1989: 14-18).

El listado propuesto por los dos autores, más allá del carácter recopilatorio, puede llegar a ser confuso. Aunque es cierto que, como han reconocido, en la enumeración se han incluido “algunas obras divisionarias que se han editado reiteradamente desde su

primera aparición” y que para ellas “[han] realizado asientos bibliográficos de todas aquellas ediciones de estas obras que presentan diferencias substanciales entre sí (distintas editoriales, colecciones...)” (1989: 10-11), el apartado dedicado a las publicaciones divisionarias recoge la elevada cifra de 132 títulos (1989: 23-67). Antes de dejar atrás a Caballero e Ibáñez, es interesante observar cómo contemplan ellos este tipo de libros. Según sus palabras, la motivación de su monografía vino provocada porque se había “escrito poco sobre los que llamaremos «escritores divisionarios», es decir, los escritores que marcharon en la División Azul o se forjaron allí”, por lo que ellos pretendían “subsana[r] [esta falta], porque –como seguidamente se verá– han sido numerosos y, en bastantes casos, de una gran calidad” (1989: 14). De este fragmento llaman la atención dos aspectos: el primero es el referido a los denominados escritores divisionarios. Como se puede observar en su lista, resultado del acercamiento a la literatura del grupo, no todos los textos de la División estuvieron firmados por personas que lucharon contra la Unión Soviética en su hogar. Aunque el término no deja de ser acertado, reduce la clasificación a los *guripas* y excluiría casos como el de Emilio Romero –que no recogen– o Carmen Kurtz, la única mujer del listado²⁰¹. Y el segundo viene dado por la línea paralela que establecen entre el alto número de publicaciones y su calidad. Existen ejemplos loables dentro de las letras del voluntariado –y así ha sido reconocido en diversas ocasiones–, pero, a pesar de que hay textos que unen a la experiencia personal una precisa documentación bibliográfica, la generosidad de Caballero e Ibáñez con la alta calidad de los textos es excesiva. En este punto, es preciso estar de acuerdo con José-Carlos Mainer, a pesar de que su valoración se extiende a la literatura española generada en torno a la contienda internacional: ha considerado que el “número de las obras de creación literaria que reflejan entre nosotros los rumbos y agonías de la segunda guerra mundial no fue ni muy elevado ni, por supuesto, relevante en orden a los méritos” (1989: 245). Acerca de los escritos acerca de la División Azul ha indicado que “tienen un valor imperecedero que va más allá de la muestra de un estado de opinión precariamente adobado de literatura” (1989: 261). Anteriormente, el autor había señalado otro factor importante en la relación entre la División Azul y la literatura: el desencanto ante la deriva

²⁰¹ Caso que sigue la tendencia de la novela de la Guerra Civil, aunque con un porcentaje descaradamente inferior para el caso de la División Azul: “En comparación con unas setecientas novelas [sobre la Guerra de España] escritas en español [hasta 1990], las mujeres representan un aporte no muy grande numéricamente, como era de esperar ya que el acceso del sexo femenino al dominio público fue relativamente tardío en España. Sin embargo, el número me parece suficientemente importante y creo que merece la pena interesarse por dicha literatura tanto como fenómeno social como literario” (Bertrand de Muñoz, 2001: 133).

del nuevo Estado, la irrealización de la revolución prevista tras la Guerra Civil representada, sobre todo, en la figura de Dionisio Ridruejo:

La inclusión de textos de Dionisio Ridruejo [en la antología *Falange y literatura* (1971)] muestra otro factor de la crisis espiritual desencadenada al final de la guerra y compartida por varios miembros de su generación: la quiebra de unos ideales bélicos y el ansia de una reconciliación civil (...) Defendiendo todavía las razones conducentes a la rebelión armada contra la república en 1936, tanto [Gonzalo] Torrente [Ballester] como [Dionisio] Ridruejo se apoyan en terrenos menos resbaladizos que los ya vistos en un [Rafael] García Serrano o un Ximénez de Sandoval: una honda fe religiosa, una íntima participación de los valores morales propios de España, sustituyen como bases ideológicas a términos tan peligrosos como el “somos jóvenes, elementales, orgullosos, católicos y revolucionarios... Ni la Historia tiene derecho a juzgarnos”, prorumpido por García Serrano en su *Eugenio* (1971: 164).

Julio Rodríguez Puértolas ha destacado de la literatura divisionaria su “prosa directa, entre periodismo y crónica, y mínima preocupación estética, sustituida por la retórica del fascismo y por los habituales tópicos acerca de las virtudes de la raza hispánica” (2008: 714). Las razones que alega son indiscutibles y le acercan en grado sumo a hallar una definición acerca de la literatura del grupo: las letras divisionarias no se caracterizaron por su preocupación en desarrollar una narrativa lucida o preciosista. Su objetivo era contar lo ocurrido en el frente del Este, de ahí que no se entretuvieran en aspectos retóricos o estilísticos y sus textos se asemejen a la crónica de combate que pudiera incluso relatarse en el diario de operaciones de cualquier grupo militar. Al hieratismo lírico presente en la mayoría de los textos se añade la insistencia constante a las referencias de los valores patrios. Cualquier momento del relato es apropiado para realizar un corte en el que aparezca una alusión al falangismo, a los *ausentes* o al espíritu conquistador de los voluntarios. A pesar de todo, la valoración de este autor no excluye la posibilidad de destacar el buen hacer de varios escritores divisionarios, como Dionisio Ridruejo, Luis Romero o Tomás Salvador. Rodríguez Puértolas, que ha calificado a toda la literatura escrita en España durante la dictadura y proclive al poder estatal como fascista, se sitúa en las antípodas de lo que ha señalado Francisco Javier González Martín²⁰². Este autor ha afirmado que la literatura de la División Española de Voluntarios

²⁰² Evidentemente, el trabajo referido es *Historia de la literatura fascista española* (1983, reeditado en 2008). Julio Rodríguez Puértolas ha optado por utilizar el término *fascista* con “todo aquel que de un modo u otro puso su pluma y su pensamiento al servicio, con todos los matices que se quiera, del régimen político surgido de la sublevación militar contra la Segunda República española” y “a quienes antes de esa fecha

“no se trata de literatura fascista” (2015: 105) ya que en ella “no existe –sin embargo– una dimensión fascista de la cultura ni de la literatura” si “por fascismo entendemos no solo un resultado cultural sino una construcción ideológica, una actitud ante la vida y una cosmovisión del mundo” (2015: 106). Para él, las letras divisionarias se reducirían a un reflejo de lo observado en el frente del Este:

[Entre] los combatientes y escritores de la División Azul no existe una intención propagandística de carácter ideológico, solo escriben sobre su experiencia personal y de las novedades que les suponía aquella triple experiencia: salir de España y encontrar aquella Europa, la del combate en una guerra de enormes dimensiones que les trascendía, por la que de alguna forma fueron llamados, y, por último, el contraste de pareceres con un pueblo, el ruso, al que no conocían (2015: 117).

Resulta extraño lo que escribe este autor en fechas recientes, sobre todo si se tiene en cuenta la base falangista –aunque, como se ha visto, más difuminada de lo esperado dentro de la recluta– como elemento estructural de la División Española de Voluntarios. En este sentido, no debería obviarse lo señalado por José Antonio Pérez Bowie a la hora de estudiar el significado de la muerte dentro de la retórica de Falange cuando ha destacado el trasvase formal del partido a los sublevados desde la misma Guerra Civil:

[No] cabe ninguna duda sobre el origen falangista de la mitología que tan profusamente utilizó el nuevo Estado para disimular lo confuso de su base ideológica. No es necesario detenerse por menudo en este punto, pues es de sobra conocida la importante contribución que tuvo el movimiento falangista en la elaboración del discurso oficial de la derecha. La Falange prestó al Movimiento una mística y un lenguaje, aportaciones ambas de inapreciable valor en cuanto que contribuyeron a dotar de una mínima cohesión al informe conglomerado ideológico que era el bando de los sublevados. Por eso el origen de la imaginería que utiliza la poesía nacionalista ha de buscarse en

formaban parte de las organizaciones que propugnaban la destrucción de la democracia y la creación de un Estado autoritario” e incluso “a quienes después de la muerte del general Franco el 20 de noviembre de 1975, o intentan un regreso al viejo sistema, o simplemente manifiestan una ideología antidemocrática” (2008: 7-8). La precisión del término aún no está clara como demuestran las palabras de Sultana Wahnón, quien ha indicado estar “muy lejos de establecer una identidad absoluta entre franquismo y fascismo” ya que solamente deben considerarse así “aquellos textos (y autores) que, en un momento determinado, asumieron y defendieron el corpus de ideas estéticas que el análisis nos han permitido identificar como tales” (1998: 9). Sobre el debate fascismo-franquismo y su irresolución, se ha lamentado Ismael Saz Campos: “creo que, por mucho que nos empeñemos, no conseguiremos resolver el eterno debate acerca de si el franquismo fue autoritario o fascista, porque en ninguno de los dos supuestos conseguiremos captar la especificidad de la dictadura franquista: los elementos que le asemejan al fascismo lo diferencian nítidamente de las simples dictaduras de derecha o regímenes autoritarios; los que le distancian de aquél impiden su consideración como dictadura fascista” (2004: 90). Sin la intención de dilucidar la discusión entre dictadura franquista o fascista, el uso del término intenta ser agrupar a los escritores afines al régimen, más allá de sus peculiaridades.

ese lenguaje cargado de retoricismo que sirvió de vehículo expresivo al fascismo español desde sus orígenes y que tras el alzamiento pasó en seguida a conformar el “estilo” del nuevo régimen (1985: 81-82).

Para Luis Negró Acedo este tipo de literatura no responde, en gran medida, a las motivaciones que llevaron a sus autores a luchar contra Rusia. Aunque es cierto, como ha señalado, que “amputados de la razón ideológica que podría haberlos estructurado, estos relatos se pierden en reiterativas descripciones de ataques y contraataques en un frente eternamente nevado”, no se puede afirmar que al estar “separados artificialmente del contexto de la Segunda Guerra Mundial, los relatos se quedan en una serie de anécdotas muy poco significativas” (2008: 150). El error de esta última reducción puede justificarse mediante dos de los pilares que sostienen a la propia literatura divisionaria durante el franquismo: en primer lugar, la contextualización de los textos no está separada de manera artificial de la II Guerra Mundial, al no encontrar otro contexto principal. Las descripciones de los momentos de batalla, de retaguardia y de presidio en el Gulag no solo representan la línea de los relatos, sino que sin ellos no podría hablarse propiamente de la literatura divisionaria. El voluntario solo cuenta lo que su vista acapara: su viaje y estancia en el frente del Este son las únicas fronteras que sus textos pueden encontrar. En ellos, aunque en ocasiones se ofrezca una visión dulcificada de los hechos, no puede afirmarse en ningún momento que exista una separación del relato de la batalla. Y, en segundo lugar, a pesar de que el divisionario tiende al detalle concreto, considerar el conjunto de la literatura producida por los voluntarios como una serie de anécdotas muy poco significativas llevaría a la inexistencia de novelas que toman un hilo conductor concreto para narrar la historia de sus protagonistas.

Xosé Manoel Núñez Seixas, autor que se ha acercado con mayor precisión al estudio del recuerdo divisionario, ha optado por hablar de una “memoria peculiar” para el grupo, ya que se trata de la “memoria amarga de los «perdedores» dentro del bando de los «vencedores»” (2005a: 88). Si Caballero e Ibáñez hablaban de 132 obras para el periodo de 1941-1988, este autor ha aumentado el abanico hasta 2004 y ha totalizado un número no inferior a 133, cifra que es superior si se recuerda que para los primeros tenían el mismo valor las reediciones y los trabajos de carácter académico. Es más, Núñez Seixas ha dejado de lado los aparecidos en los diferentes medios de comunicación promovidos por las asociaciones de ex-combatientes. Este número es elevado si se compara, en el ámbito de las autobiografías, con la Guerra de África y, proporcionalmente, con la Guerra Civil. Según el autor, esto se debe a la alta tasa de supervivencia –90%– de divisionarios

dentro de las unidades de la *Wehrmacht* en el frente oriental y la presencia de intelectuales, estudiantes universitarios y personas de formación escolar sobre todo en la primera División. Aunque estos no llegaron a formar una *generación* que creara escuela en la literatura franquista, sí legaron una imagen homogénea –falangistizada– de la unidad que contrastaba con la pluralidad que en ella llegó a existir (2005a: 90-92):

[Durante el franquismo] la literatura sobre la DA siguió siendo objeto de cultivo, hasta el punto de constituir por sí sola una suerte de subgénero dentro de la literatura fascista española. El recuerdo de la DA no se presta a una interpretación unívoca. Y aunque ese recuerdo fuese molesto para el régimen de Franco tras 1945, también fue susceptible de una reutilización propagandística adaptada a las nuevas circunstancias de la Guerra Fría, particularmente a partir de comienzos de la década de 1950. Al mismo tiempo, mediante una serie de recursos paratextuales y estrategias discursivas (...) la publicística divisionaria pasó a desempeñar un papel no menos apreciable en la justificación de la postura española en la II Guerra Mundial y en la fundamentación del papel de España como país católico que ya se había adelantado a las potencias occidentales en la lucha contra el comunismo (2005a: 94).

Pero, como se ha podido observar, la trayectoria de la División Española de Voluntarios no acabó con la II Guerra Mundial. Ni siquiera la relación con ella de varios cientos de ciudadanos españoles que, independientemente de su ideología, sufrieron durante más de diez años la represión del sistema estalinista. Tras la muerte del tirano georgiano y la liberación de los presos divisionarios y republicanos del Gulag, la experiencia de estos seres fue llevada a la imprenta en diversas ocasiones. Pero estos textos contienen un matiz diferente al que, años después, tomarían las memorias del campo soviético para sus nativos: si para los soviéticos fueron un calvario, los avatares pasados por los españoles en Rusia, “publicitados por el aparato cultural de la dictadura franquista en su afán de demonizar el sistema comunista” (Sánchez Zapatero, 2010: 80), eran una prueba más de su resistencia al comunismo. En sus textos, las penurias sufridas quedan en un segundo plano para resaltar el componente heroico del relato. Las diferentes memorias que se publicaron en los años que siguieron al regreso de los españoles recogieron el testigo de aquellos libros publicados desde un primer momento de la dictadura con la única misión de ofrecer una imagen negativa de la Unión Soviética²⁰³.

²⁰³ Hay que añadir a esta tendencia las traducciones de ensayos del panorama internacional anticomunista y las tergiversadas historias del país de los Soviets que aparecieron durante este periodo en España. Sirva como pequeña muestra de la prolongación en el tiempo de estas traducciones en el franquismo: *Historia de Rusia* (Erdmann Hannisch, 1944); *Metafísica del bolchevismo* (Ivan de Kolopriwof, 1946); *La amenaza*

Del mismo modo, y como prueba de las intenciones de la dictadura, llama la atención la celeridad de la publicación del testimonio del mencionado Solzhenitsyn y el silencio que imperó en torno a *Si esto es un hombre*, de Primo Levi²⁰⁴. Un fenómeno que, a la inversa, sufrieron los presos soviéticos que alzaron la voz contra el horror que vivían. Hacer memoria del Gulag no fue, en un principio, un ejercicio nada sencillo, sobre todo cuando la oposición a desvelar la verdad también encontraba fieles adeptos fuera de las fronteras de Rusia. Así fue como ocurrió cuando Raymond Aron denunció “las pertinentes ilusiones de la izquierda francesa, para la cual los campos de concentración dejan de ser atroces desde el momento en el que los justifica un ideal elevado” (Todorov, 2010: 89). Los partidarios del comunismo ruso, al igual que de modo deleznable habían hecho los correligionarios del nacionalsocialismo, preferían no resaltar la actividad llevada a cabo en estos centros de reclusión para no perjudicar a su ideología: “La misma tendencia a la continua negación de los crímenes y la violencia existente en los campos de concentración [alemanes] se produjo en la Unión Soviética” (Sánchez Zapatero, 2010: 34)²⁰⁵.

Hablar de la literatura divisionaria del Gulag sería injusto a pesar de que el discurso sí que se vio afectado por la homogeneidad exigida por la dictadura. Varios presos republicanos publicaron, al igual que hicieron sus compañeros de cautiverio, sus memorias acerca del campo soviético. El reencuentro de compatriotas lejos del país donde habían luchado entre 1936 y 1939 y la posterior aparición de sus experiencias hacen que, para referirse a las memorias de los cercados estalinistas, sea más preciso ampliar el

mundial (William C. Bullit, 1947); *Aquelarre trágico: Rusia en el crisol de las depuraciones* (Alexander Weissberg Cybulski, 1954) e *Historia de la Rusia soviética (1917-1957): cuarenta años de experiencia comunista* (Alberto Falcionelli, 1959).

²⁰⁴ Como ha señalado Sánchez Zapatero (2010: 76, nota 17), la primera edición de las memorias de Primo Levi apareció en España en 1987. En cambio, la obra de Solzhenitsyn estaba disponible desde 1974.

²⁰⁵ El espacio que otorgó la dictadura a los presos en la URSS fue negado a aquellos españoles que habían pasado por los campos de refugiados franceses el Lager alemán. Voces como las de Jorge Semprún –quien alcanzaría notoriedad pública en diversas etapas de la política española y llegó a ser ministro de Cultura entre 1988 y 1991– o Max Aub permanecieron en la más oscura sombra del silencio, situación inexplicable debido, sobre todo, a la monumentalidad de sus respectivos traumas que, entre sus semejantes de otros países, sí habían encontrado cabida en las literaturas y expresiones artísticas a las que se restringían. Mientras que el primero de ellos vertió su obra en francés, fue el segundo “el único autor de la literatura española para el que la estancia en los campos de concentración supuso la génesis de un tópico recurrente en su producción” (Sánchez Zapatero, 2014b: 230). Pero, contrariamente a lo que podría pensarse, este hito no ha impedido que su obra haya quedado en un segundo plano a la hora de estudiar y promocionar la literatura española del siglo XX, un hecho que denunció Antonio Muñoz Molina en su discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua Española: “De Max Aub, el escritor español cuyo discurso académico falso inspira el mío, no sólo no hay estatuas, que yo sepa, sino que además es muy difícil encontrar en nuestras librerías la mayor parte de sus obras” (Aub y Muñoz Molina, 2004: 62). Si el número de lectores de Max Aub, “una voz preeminente de la historia del exilio republicano, mas también de la literatura española contemporánea” (Lluch-Prats, 2014: 15), no es alto cabe preguntarse qué ha ocurrido con casos más específicos y mucho menos conocidos de la experiencia concentracionaria española.

término y considerar la existencia de una literatura española del Gulag. Aunque se ha indicado que el contenido antisoviético de los libros es unánime, sí que es cierto que los escritos por antiguos combatientes del Ejército republicano presentan una característica propia: la descripción del cautiverio pasa a un segundo plano o supone el final de la narración. La materia publicista de estos textos se centra en el desengaño producto de la persecución sufrida durante el periodo de entreguerras cuando se les negó el regreso a España. Se les presenta así como *desengañados* comunistas que tuvieron que ir a la cuna de la Revolución para comprobar, de primera mano, las mentiras de su fe política. El internamiento no es la única motivación de sus textos, sino que es presentado como el *merecido* castigo por su posicionamiento.

Con estos factores puede apuntarse que la literatura divisionaria durante el franquismo no fue abundante pero sí significativa, sobre todo si se tiene en cuenta el número de memorias y novelas escritas en relación a la importancia de la participación española en el conflicto. Estas publicaciones se debieron a la considerable cifra de estudiantes universitarios y personas de alto bagaje cultural que integraron la primera hornada de la unidad. Pero también influyó la necesidad de recordar su papel en el frente del Este tras la guerra. Sus textos fueron un método de resistencia ante el olvido al que les condenaba su colaboración con los autores del Holocausto y el uso dispar que, con motivos abiertamente propagandísticos, hicieron de ellos las autoridades franquistas. Como se ha dicho y podrá verse, no todos los autores de textos relacionados con la División Azul estuvieron en las trincheras y tampoco, quienes tomaron papel y lápiz, se ciñeron al periodo de 1941-1945. Se trata de una literatura típicamente fascista pero no por ello adpta al cien por cien al poder dictatorial. El carácter bélico remite a textos de la Guerra de España como *La fiel infantería* (Rafael García Serrano, 1943) por el protagonismo que toman las armas en sus páginas. Y al mismo tiempo, se ven imbuidos por una extraña nostalgia que convierten al infierno ruso en la huida de una realidad desalentadora.

5.2. PANORAMA DE LA LITERATURA DIVISIONARIA EN LA DICTADURA

El escaso significado de la División Azul como actor secundario en el conflicto internacional y su participación junto a los perdedores en el mismo no frenó el ímpetu literario que experimentó desde su creación. Al mismo tiempo que partía hacia el campamento alemán de Grafenwöhr y daba sus primeros pasos en el frente del Este se publicaron una serie de libros propagandísticos con fotografías y extractos de vivencias personales de los combatientes. Asimismo, pueden apreciarse varios artículos enviados desde la Unión Soviética en la prensa del Movimiento. La ya señalada presencia de personas de formación universitaria y culturalmente avanzadas dio lugar, en el mismo frente, a la existencia de prensa elaborada por los divisionarios. Como ha señalado Xosé Manoel Núñez Seixas, ya en “Grafenwöhr y durante las marchas fueron confeccionados algunos periódicos murales” precedentes de un “órgano periódico, la *Hoja de campaña*”, que se editó “primero en Grigorovo, después en Riga y más tarde en Tallin, [y] fue alentada por el teniente coronel [Manuel] Ruiz de la Serna” (2016: 68). Aunque no fue el único medio de expresión que utilizaron los voluntarios durante su estancia en la Guerra, sí que fue el que tuvo mayor repercusión debido a la inmediatez con que llegaba a los soldados²⁰⁶.

²⁰⁶ Respecto a lo aquí apuntado, hay que señalar lo siguiente: en los primeros meses apareció *La División Azul: los que se marchan*, un libro laudatorio de treinta páginas escrito por Alberto Cuartero que, mediante sus inflamas, pretendía dar ánimos a los mandos y la tropa que acudían a la “perversa Unión Soviética” (1941: 27) a “la lucha contra la bestia roja que ensangrentó el suelo patrio y pretendió destruirlo” (1941: 29). Con el tiempo, la lectura que puede hacerse de este texto cambia: se refiere a quienes no acuden a la lucha como aquellos que “no tuvimos la suerte de ser elegidos” o “no pudimos pedir un puesto” (1941: 29). En realidad, da la sensación de que quienes se quedan en la retaguardia, como el autor, no dejan de ser los privilegiados arribistas que se libraron de la lucha en Rusia. Dentro de tanto fervor falangista y dictatorial, de las páginas 23 a 25 se encuentra la sección “El contraste”, que se refiere a un “escaso número de españoles, de malos españoles debemos decir, que miran y contemplan la vida nacional desde el puesto cómodo de su posición privilegiada, sin importársele gran cosa de esta vida nacional, en cuanto no representa la satisfacción de sus desmedidos apetitos” (1941: 23). Se refería a ellos como el “sector judaico de España que representado por elementos capitalistas, industriales y comerciantes sin escrúpulo ni conciencia, que aún se permiten el lujo de vivir su miserable vida de judíos de espaldas a la realidad del momento histórico de España y del mundo, y atentos sólo al logro de su medro personal, egoísta y ruin” (1941: 24). Reclamaba a la División Azul que, a su vuelta, “será preciso que previa una labor que ya nos cuidaremos de preparar en tu ausencia, los barras del ambiente nacional, para reducirlos al montón despreciable de la escoria, lugar que les corresponde y que merecen” (1941: 24). La amenaza finalizaba cuando señalaba que “ya os llegará vuestra hora, malditos de todos los climas. España, que vive en pie de guerra, os conoce y sabe todos vuestros nombres, y cada militante de la Falange, que es un individuo más de su hermosa División Azul, os vigila y sigue vuestros pasos; y cuando llegue el in[s]tante decisivo de la grandeza de España, de esta grandeza que esperamos y que en las puntas victoriosas de las bayonetas nos habrá de traer nuestra División Azul, irremisiblemente obtendréis el castigo a que os habéis hecho acreedores por vuestra conducta” (1941: 25). En la primera parte de García Pérez (1942) se recopilan algunos textos periodísticos y nombres de divisionarios con algunas de sus gestas. También se narra el

Al contrario de lo que podría pensarse, no todos los textos de la literatura divisionaria versan sobre la División Azul. Entre ellos se encuentra el libro de relatos *Leyendas del lago Ilmen* (1944), de Fernando Bendala, que no toma como tema principal ni secundario a la unidad de voluntarios. Caballero e Ibáñez reseñan el libro en su recopilación pero también han recordado que no “puede considerarse estrictamente esta obra como divisionaria” (1989: 29). Como se aprecia, el autor quiso recuperar el espíritu legendario de Rusia:

Detrás del Tzar marchaban los valientes soldados de la lejana Polonia; después, los jinetes sin par, de la Letonia; los feroces guerreros de las estepas del Norte, vestidos con pieles de fieras y armados de largas azagayas; los cosacos del Don, infatigables en la lucha; tras de su atamán, los zaporogos, que no perdonaban vida enemiga; los terribles tártaros, paganos e idólatras, que con sus huracanes de caballería dejaban por doquier charcos de sangre y rescoldos de incendios (...) los cosacos del Dniéper y del Volga, verdaderos piratas de los ríos; los kirguises del Kubán y de Astrakán, cuyas flechas en la batalla eran innumerables; los kalmukos, que armados de anchos sables curvos caían en tromba sobre los enemigos, sembrando el terror en sus filas; los ujbkas, ostiakos y kazakls, tenaces defensores de las fronteras asiáticas, y otros mil guerreros de otras tantas razas (1944: 176-177).

Otro de los ejemplos es el firmado por Alberto de Lavedán, autor de *Un español tras el telón de acero*, una obra en la que relata su huida tras el final de la II Guerra Mundial como *irreductible*. Como el título indica, el hombre se ve obligado a ocultar su identidad como ex-combatiente nazi y a refugiarse en Checoslovaquia, ocupada por los soviéticos, hasta que consigue regresar a España. Puede considerarse, más que un libro sobre la División Azul, que es la causa pero no el motivo final de su escritura, un testimonio acerca de la vida en los primeros pasos del bloque del Este. Al igual que los textos de sus antiguos camaradas, su intención es desprestigiar al mundo comunista, pero desde la perspectiva del testigo que ha vivido allí en la posguerra. Las palabras que dedica a la líder del PCE son prueba ferviente del tono que caracteriza al libro:

episodio de los esquiadores. La segunda mitad del libro está dedicada a los caídos en combate, de quienes se hace una pequeña referencia biográfica y se data su defunción. Por último, además de la publicación *Enlace*, destinada a los trabajadores españoles en la capital de Alemania aunque no excluía a los combatientes, y de la propia prensa en España, los divisionarios encontraron su lugar en los últimos momentos de la vida de la revista *Aspa* (*Actualidades semanales de la Prensa Alemana*), editada en Salamanca por la Embajada germana desde 1937 hasta 1941, tal y como demuestra la recopilación *La División Azul en la revista ASPA* (prólogo de Gustavo Morales y Luis E. Togores, 2015). La lectura de la prensa diaria española, con el consiguiente retraso, era habitual en las trincheras, tal y como muestra la fotografía de cinco soldados leyendo el diario deportivo *Marca* que aparece en Núñez Seixas (2016: 198).

Por aquellos días, de Moscú y de paso para París, llegó a Praga la nefasta agitadora comunista Dolores Ibarruri *Pasionaria*. La atizadora de los odios y rencores españoles de la “zona roja”; la de las frases no pasarán y más vale morir de pie que vivir de rodillas, cosa que ella no quiso hacer, marchándose a Rusia para evitarlo, sin despedirse de aquellos a quienes engañó y lanzó a la muerte en las trincheras de España; la que, en Moscú, eliminó a José Díaz, secretario general del Partido comunista español, para conseguir que Stalin la diera dicho puesto (1959: 204-205).

Llamativo es el caso de Jesús Menéndez y Menéndez Valdés, Barón de Covadonga. En atención a su necrológica, su participación en asuntos militares se ciñe a la función como alférez provisional y a su posterior paso por la Academia Militar de Valladolid en caballería, y su destino en Zaragoza, Córdoba y Ávila para finalizar en 1954 su paso por las Fuerzas Armadas como capitán y, ya fuera del servicio, llegar a ser teniente-coronel de caballería. Autor de varias obras ensayísticas en el campo del derecho y la nobleza. *Hay acero en los escombros* (1960) fue su única novela (Vallet de Goytisolo, 2001: 781-784). En ella, se acercó al tema divisionario de insólita manera: la figura del personaje principal recae en Juan Bautista, duque de Villanueva de Arosa, monárquico y veterano de la Guerra Civil por el bando sublevado. En la obra es herido en la Unión Soviética como miembro de la División Azul y convalece en “aquella pacífica y pequeña monarquía, del país de Baltania, cómodamente asentado en su ganadería, su industria y sus artes”, nación imaginaria invadida por los nazis que, tras ocupar Bélgica, los Países Bajos y Francia, hicieron lo mismo con “cuantos países pudieran servir a los aliados de estribo para establecer el siempre presentido y temido «segundo frente»” (1960: 64). Allí se enamora de Alixe, una amazona con la que compartía su afición equina e hija del monarca.

Antes de entrar en el ámbito estricto de la narrativa divisionaria, hay que señalar varios casos de creación literaria más allá de esta. Se publicaron los poemarios *Romance a la División Azul* (Manuel Carles de Alcázar, 1941), *La nueva cruzada: división española de voluntarios* (Pedro Martínez Cruces, 1942) y el más conocido de toda la lírica dedicada a la unidad, *Poesía en armas: cuadernos de la campaña de Rusia* (1944), de Dionisio Ridruejo. Además, se escribieron las obras de teatro *La vida ganada: auto representable* (Darío Fernández Flórez, 1942), *Voluntarios contra Rusia: comedia en tres actos y cuatro cuadros* (Heriberto Medina Mercado, 1942) y *El mensaje: comedia en tres actos* (Jaime Salom). Y, por último, cabe reseñar la publicación de cuatro comics de la colección *Hazañas Bélicas* dedicados a la División Azul: *Vista, suerte y al toro* (nº 106),

Sinfonía en rojo y azul (nº 107), *Un español en Rusia* (nº 118) y *El cerco de Leningrado* (nº 121). En el apartado audiovisual, Sergio Alegre (1994) ha recopilado los diferentes ejemplos fílmicos y documentales de la División Azul. Aunque habrá que regresar más adelante a su estudio para indicar varias referencias del pasado más cercano, el autor ha señalado, para la dictadura franquista, las películas *La condesa María* (dir. Gonzalo Pardo Delgrás, 1942), *La patrulla* (dir. Pedro Lazaga, 1954), *Embajadores en el infierno* (dir. José María Forqué, 1956), *La espera* (dir. Vicente Lluch, 1956) y *Carta a una mujer* (dir. Miguel Iglesias, 1961) –basada en la obra teatral *El mensaje* de Jaime Salom–. Y, a estos largometrajes se suman los documentales *La División Azul* (dir. Víctor de la Serna y Joaquín Reig Gonzálbes, 1942) y *Regreso a la patria* (NO-DO, 1954)²⁰⁷. Dentro de esta lista, destaca, por la popularidad que alcanzó en su momento, *Embajadores en el infierno*, basada en la obra de Torcuato Luca de Tena acerca del cautiverio del capitán Teodoro Palacios y su regreso a España en el *Semíramis*. Sobre ella, José Luis Rodríguez Jiménez ha señalado que, “desde el punto de vista histórico, se trata de un montaje, una obra de propaganda conformada por una selección de situaciones reales, de hechos que, en efecto, ocurrieron (...) de otra forma, no como se nos muestran, en un contexto irreal, fabricado con la vista puesta en las necesidades [del régimen]” (2008b: 471). Aunque para el autor el “cine no está obligado a desarrollar hechos verídicos (...) los espectadores tienen derecho a ser exigentes con el cine en términos de verdad histórica”, sobre todo a la hora de que, “para contar la historia, hayan sido seleccionados hechos que contengan un alto valor explicativo y convertidos en imágenes y sonidos que al espectador le parezcan verosímiles, verdaderos”, por lo que esta película “es una obra de propaganda política, no es *cine histórico*, tampoco *cine bélico*” (2008b: 474). Sobre la divergencia entre el libro y la cinta, que prescindió de las menciones al partido, ha señalado José Antonio Romera Velasco que Luca de Tena, autor del libro y del guion, “debe prescindir de muchos de los detalles de la novela para adaptarse al lenguaje cinematográfico, acentuando con la supresión de capítulos y la introducción de pasajes inéditos el carácter militar de la División, ya vigente en el libro, apartándola de su aspecto eminentemente falangista” (2011: 469). Y, como ha indicado Dionisio Viscarri, se trata de una obra que cuenta con

²⁰⁷ Sergio Alegre ha apuntado que “diversas fuentes coinciden en señalar que la Compañía de propaganda de la División rodó más de seis mil metros de película cuya localización actual se desconoce, dándose por desaparecidos por los responsables de las filmotecas alemanas y españolas, así como por los miembros de la Hermandad de la División que han intentado encontrarlos infructuosamente. Por otra parte, la Hermandad posee fragmentos de varios noticieros alemanes, originalmente hablados en ruso y que presumiblemente pertenecen a algunos de los documentales que los alemanes exhibieron en dicho idioma en las poblaciones ocupadas” (1994: 138, nota 3).

una “notable intensidad dramática y estética fotográfica” que “es, pese a su monofonía discursiva, una de las obras más sugerentes del cine histórico-nacional franquista” (2015: 245).

Vistos estos casos, y antes de repasar el panorama de memorias y ficciones divisionarias, se propone una periodización para ellas en base a los criterios que han propuesto Rafael Ibáñez Hernández (1996: 86) y Xosé Manoel Núñez Seixas (2005a: 93-94):

1º) El entusiasmo del soldado (1943-1946): dentro de estas publicaciones se encontrarían *De España a Rusia: 5.000 kms. con la División Azul* (Víctor José Jiménez y Malo de Moína, 1943); *Campaña de invierno* (Enrique Errando Vilar, 1943); *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (Rodrigo Royo, 1944); *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (José Luis Gómez Tello, 1945); *De las memorias de un combatiente sentimental* (Alberto Crespo, 1945) e *Ida y vuelta* (Antonio José Hernández Navarro, 1946).

2º) Primer tiempo de silencio (1947-1953): en estos años, mientras el país sufría las consecuencias propias de la *cuestión española*, se redujo al mínimo cualquier manifestación que recordara la colaboración con el nacionalsocialismo. De ahí que en esta época solo se publicara *4 infantes, 3 luceros* (Jaime Farré Albiñana, 1949).

3º) La recuperación del anticomunismo (1954-1960): el regreso en el barco *Semíramis* de los voluntarios otorgó una segunda vida a la literatura divisionaria. Títulos basados en la campaña de Rusia, como *División 250* (Tomás Salvador, 1954); *Rusia no es cuestión de un día... Estampas de la División Azul* (Juan Eugenio Blanco, 1954); *El sol y la nieve* (Rodrigo Royo, 1956); *La Rusia que yo conocí* (Ángel Ruiz Ayúcar, 1956); *Algunos no hemos muerto* (Carlos María Ydígoras, 1957); *Tudá (Allá)* (Luis Romero, 1957) y *Las cartas del Sargento Basilio* (José García Luna, 1959) convivieron con títulos como *La paz empieza nunca* (Emilio Romero, 1957), que recorría ambas guerras y un periodo posterior y los textos del Gulag, cuya oportuna publicación posibilitó que al menos una decena de ellos vieran la luz, entre los que destacan *Embajador en el infierno* (Torcuato Luca de Tena, 1955), conocido por su versión cinematográfica; *Yo, muerto en Rusia* (Moisés Puente, 1955); *De Leningrado a Odesa* (Gerardo

Oroquieta Arbiol y César Sánchez, 1958) y la novela *El desconocido* (Carmen Kurtz, 1956).

4º) Entre un segundo tiempo de silencio y la nostalgia (1961-1975): cuando el paso de los años tiñó de olvido la estancia de los españoles en el campo ruso, el interés por el tema decayó pero dejó paso textos que formularon nuevas propuestas, como el antibelicista *Los hombres se matan así* (Eleuterio Paniagua, 1961); el prosemista *El pan en el fango* (1962); *La última oportunidad* (Ramón Zulaica, 1963), novela sobre un delito de violación de varios miembros de la unidad y la rememoración de carácter monumental de la trilogía compuesta por *Orillas del Voljov*, *Arrabales de Leningrado* y *...Y lucharon en Krasny Bor* (Fernando Vadillo, 1967, 1971 y 1975).

Fuera de esta clasificación, y con el objeto de dar voz a los soldados, hay que remarcar la existencia de tres libros escritos por diferentes personalidades del estamento militar de la División Azul –el coronel al mando del Regimiento 269, el general de la División que reemplazó a Agustín Muñoz Grandes y el general encargado de organizar, bajo el terreno, la repatriación de la unidad–. Se trata de *Con la División Azul en Rusia* (coronel José Martínez Esparza, 1943); *Donde Asia empieza: la División Azul* (general Emilio Esteban-Infantes, 1956) y *La División Azul en línea* (general José Díaz de Villegas, 1967). Son tres ejemplos que no pueden encuadrarse entre el resto de textos que narran la vida cotidiana del voluntario. Por mucho que, como pretendía José Martínez Esparza, fuera esa la intención de su texto:

La finalidad de la obra, tal como ha sido concebida y mejor o peor realizada, es la de presentar al público español, en general, una impresión personal y realmente vivida de las gestas de la División Española en Rusia, y al mismo tiempo la de fijar para los propios divisionarios un recuerdo de sus andanzas por tierras extrañas. Unos podrán volver a vivir en la memoria los hechos de que fueron protagonistas, y otros conocerán detalles que, en el momento de suceder, escaparon a su percepción o llegaron hasta ellos desfigurados en cualquier sentido y por cualquier motivo (1943: 5-6).

Es escrito de Esparza es el que, cronológicamente, más se aproxima al resto de memorias divisionarias: acompañó al grupo desde su partida en Madrid en el verano de 1941 y permaneció hasta enero de 1942, en que fue relevado. A pesar de narrar las batallas sucedidas por aquel entonces, el periodo de tiempo que permaneció en la Unión Soviética

fue lo suficientemente breve como para ponerlo en relación con el resto de relatos. Además, la actitud que mostró en su libro dista con la de los *guripas*, cercanos al pueblo y presentes en las trincheras. Al igual que sus dos compañeros, quienes pecan aún con mayor ahínco de esta característica, sus páginas se pierden en disquisiciones acerca de la estrategia militar y el eterno valor del soldado español. En ningún momento los hombres a su mando cometen errores e incluso las actuaciones como la del comandante Román eran aptas para “proponer a nuestro General [Muñoz Grandes] la concesión de la Medalla Militar a tan brillante Jefe, que, incomprensiblemente, aún no la tenía concedida, a pesar de su activa e inteligente actuación en todas las campañas y especialmente en nuestra guerra de Liberación” (1943: 262).

El segundo de esta tipología *La División Azul (donde Asia empieza)* (general Emilio Esteban-Infantes, 1956). Es el primer libro que recoge la historia de la unidad, desde su salida de Madrid hasta el regreso de la Legión Azul. Además, aparece una breve semblanza a los cautivos del Gulag y regresados en el *Semíramis* –solo hay que observar las fechas de publicación para comprender la oportunidad del libro– y elude, evidentemente, el paso de los *irreductibles* por la *Werhmacht* y las *Waffen SS*. No se trata de un libro de memorias pero, tampoco, de una estricta monografía acerca de la trayectoria de la División Azul, sobre todo si se quiere entender esta desde el rigor necesario para su elaboración. Aun así, por el grado militar de quien escribía, se trató durante años de un libro referencial para conocer lo ocurrido con los voluntarios y cuyos mapas han sido reproducidos hasta las fechas recientes en varios de los estudios históricos arriba indicados²⁰⁸. Como puede imaginarse, el tono laudatorio del libro no deja lugar a dudas de sus intenciones propagandísticas. Así se lee en la justificación que ofrece para el envío de la División Española de Voluntarios al frente del Este:

El tiempo ha venido a demostrar plenamente la clarividencia de nuestro eximio Caudillo, el Generalísimo Franco, y ha robustecido su prestigio como jefe de Estado. Hoy se dibuja claramente el enemigo de la civilización occidental, y la venda que tapaba los ojos de tantas naciones ha caído lo bastante para ver con precisión dónde está el peligro (...) Los españoles fuimos los primeros que hemos combatido y derrotado al comunismo. Esperamos también ser los que con más constancia le resistan en Europa (1956: 209-210).

²⁰⁸ Por ejemplo en Reverte (2011: 175 y 291) y López-Covarrubias (2012: 117 y 198).

Y, de publicación tardía fue *La División Azul en línea* (1967). El general José Díaz de Villegas aprovechó su corta experiencia divisionaria de medio año para escribir este libro y utilizarlo como pretexto para elaborar una diatriba anticomunista. Extraña la fecha de su publicación por la falta de nostalgia entre el sector militar que acudió a Rusia y, más aún, entre los adúladores del dictador como el autor, quien le consideraba como el conquistador de “la paz” (1967: 8). En el caso de Díaz de Villegas, su aparición a un año de su muerte se debe, con toda probabilidad, a la paralela labor literaria –en el ámbito militar– del autor y sus intenciones de dejar por escrito varios de los episodios de su trayectoria en el Ejército²⁰⁹. Dividido en dos partes, dedica la primera a estampas costumbristas de los *guripas* y la segunda a una descripción de las actividades del Cuartel General, las tropas y las cuatro secciones del Estado Mayor. En ningún momento del texto abandona la ya señalada demonización de la Rusia soviética, que justifica con su propia vivencia sobre el terreno:

A los rusos que hablé –y fueron muchos en Rusia–, Lenin les parecía algo así como un personaje, mixtificado por la propaganda, fuera de lo común de los hombres. Stalin, en cambio, era otra cosa. Era el hombre implacable que los aterraba. Y los aterraba tanto que observé que, aunque individualmente todos le pintaban como un monstruo, jamás, estando dos o más rusos reunidos, se atrevía nadie a emitir juicio, sin duda temiendo alguna delación entre ellos, no obstante estar fuera del alcance ocasional de sus agentes (...) Rusia es, por obra de una minoría demoniaca, una fuerza viva, impregnada de ateísmo, de comunismo y de nacionalismo, que sueña en esclavizar al mundo entero. ¡Y ese gran fermento es, sin duda, el peligro más grave que la Humanidad conoció jamás! (1967: 60-61).

Como se ha visto, Carlos Caballero y Rafael Ibáñez han acertado, aunque no al cien por cien, al hablar de “escritores de trincheras” para definir al conjunto de autores divisionarios. La representación literaria de la División Azul se vio fuertemente influida por la experiencia de sus autores en el frente del Este. Sin su paso por las trincheras de la Unión Soviética pocos habrían escrito las memorias y novelas y, por tanto, el propio subgénero no tendría cabida. La complejidad de los temas a los que debieron enfrentarse como miembros de la *Wehrmacht* exigió en un primer momento un distanciamiento que, al menos en el ámbito nominal, se cumplió en la mayoría de los casos. La lejanía no

²⁰⁹ En la necrológica de tal personaje (Sin firma, 1968) se indica que dirigió, durante su estancia en Marruecos, la revista *África*, que creara Franco –junto a Queipo de Llano– en 1924. En el mismo orden, recibió el Premio Nacional de Literatura, en la sección de ensayos políticos, de 1957 por la obra sobre la lucha cainita *Guerra de Liberación (La fuerza de la razón)*.

implicó la ocultación del *orgullo* por formar parte de la División Española de Voluntarios ni la elección de un tema alternativo a la hora de escribir pero, si era posible, el nombre del protagonista de la novela no concordaría con el del autor. Una cosa era colaborar en la lucha contra el comunismo y otra el caer en la sospecha de la co-autoría del Holocausto. La implicación de las vivencias personales y la necesidad de que estas pasaran al papel, aunque fuera a través de una forma en apariencia ficcional, permiten hablar para identificar narrativamente al grupo de la novela autobiográfica. Esta va a ser entendida aquí del mismo modo que lo ha hecho Manuel Alberca, quien ha señalado en primer lugar la exigencia “[d]el conocimiento de la biografía del novelista a fin de determinar el autobiografismo o no del relato” (2007: 99). Más allá de la crítica que ha realizado al uso indiscriminado de la categoría de “novela autobiográfica” y de cierta vaguedad a la hora de su definición (2007: 102), ha destacado cómo “responde de manera simultánea a dos movimientos aparentemente contradictorios: urgencia de expresión y necesidad de ocultación” (2007: 105). Estas dos características son inherentes a los escritores divisionarios, ya que sus publicaciones eran el resultado de la política del olvido a la que les sometió el franquismo en la posguerra mundial. Al mismo tiempo, en ellas se suprimía, se pasaba por alto o se dulcificaba la actitud de los españoles con la población judía. A través de la identificación del grupo se buscó la desvinculación de los responsables de la *Shoah*. Para finalizar con Manuel Alberca, hay que detenerse en una última cuestión que servirá para cercar aún más la relación entre los divisionarios y sus textos. El estudioso ha remarcado que, a pesar de que una “novela autobiográfica” es eso, una novela y no un texto de carácter puramente biográfico, “una vez establecido textual y paratextualmente el pacto de ficción, el autor de una novela autobiográfica deja huellas o marcas más o menos evidentes de sí mismo y de su vida, abre pasadizos y tiende puentes intencionadamente entre la esfera ficticia de la novela y su vida personal” (2007: 112). Se puede decir que este “contrato de mínimos” se cumple en los soldados a gran escala: al contextualizarse sus novelas en la II Guerra Mundial –en algunos casos hay una mirada retrospectiva a la lucha cainita–, los factores de identificación se multiplican. El divisionario hace memoria a través del relato homónimo y de las novelas que, siempre que procedan de su autoría, podrán considerarse como autobiográficas.

El repaso de autores y obras –del cual se excluyen las obras específicas del Gulag, que se verán páginas más abajo– puede iniciarse con la labor de Rodrigo Royo, que publicó dos novelas sobre la División Azul durante la dictadura, *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (1944) y *El sol y la nieve* (1956), y una en los primeros momentos

de la democracia *El sepulturero* (1976). El autor, fiel en la posguerra a los postulados falangistas de su juventud, publicó el primero de sus textos sin haber finalizado todavía la guerra tras su regreso del frente²¹⁰. La primera de ellas, cuyo título es evocador del *Buscón* de Quevedo, se trata de un texto en el que sorprende, debido a la fecha de publicación, su claridad a la hora de tratar el tema divisionario a través de su propia experiencia reflejada en el personaje de Luis Pablos, al que mutilan parte de sus piernas como le ocurrió al autor²¹¹. Extraña, sobre todo, por el componente trágico y de aquel que vuelve a casa no como un héroe, sino como un hombre con unas consecuencias físicas que le marcarán de por vida. *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (1945), de José Luis Gómez Tello, reúne una serie de apuntes memorísticos en tres partes: la primera destinada a narrar el paso por Francia, Alemania, Letonia y Estonia, la segunda es una recolección de estampas de la vida soviética, y la tercera se centra en la actuación de la División Azul en el frente del Este. Destaca, sobre todo, su marcado carácter antisemita que ya ha señalado Pfeifer (2012: 53-55) tanto que, en la segunda parte, judaísmo y bolchevismo van de la mano. Además, desenmascarar a Rusia se iba a convertir en una de las misiones del divisionario:

Lo escrito, está escrito con pasión. No es todo, ni mucho menos, lo que he visto. Pero es como lo he visto. Hoy, cuando la verdad de Rusia se descubre con las armas en la mano, no cabe escribir esta verdad sino al mismo ritmo del combate (...) Rusia es así. Es como es. Y agradezcamos a las armas que tenemos sobre las Marcas del Este, que Europa no llegue a ser como Rusia era. Como la Rusia de los soviets que yo he visto es (1945: 190-191).

Según Mainer, en el texto de Alberto Crespo, *De las memorias de un combatiente sentimental* (1945), “nos encontramos ante una suerte de apuntes memoriales que se transfieren a un endeble personaje de ficción, Javier” (1989: 261). El libro está dividido en dos partes: “Cartas de Javier Álvarez”, la primera, es una recolección de epístolas que, como confesaba el propio autor, “no fueron encontradas por mí en el macuto de algún soldado español muerto ni en ningún rincón de una chabola perdida en la llanura, sino sacadas de la vida de ellos y la mía cuando marchábamos juntos por aquellas tierras de Dios” (1945: 9-10). Él mismo las califica como “absurdas historias que o las circunstancias o las fiebres bolhínicas me han hecho vivir o inventar” (1945: 71). En las

²¹⁰ “[Rodrigo Royo veía] en las formulaciones fascistas no sólo el pasado, sino una opción de futuro que fue borrada del mapa por la acción de los vencedores [de la II Guerra Mundial]” (Ruíz Carnicer, 2014: 81).

²¹¹ Caballero e Ibáñez indican que Royo regresó del frente debido a las mutilaciones que sufrió (1989: 57).

misivas se plasman cuatro narraciones alejadas del frente de batalla que describen la vida con los camaradas en la isba y amoríos con las lugareñas. Su permanencia como tema divisionario reside por estar escritas desde la perspectiva de un soldado que prefiere eludir las escenas de batalla y centrarse en aspectos secundarios de la guerra. “Pequeña crónica de una chabola y de las gentes que la habitan” es la segunda y narra, casi de manera análoga a la carta inaugural de la sección anterior, la vida de unos *guripas* dentro de una casucha habitada por el sargento B. que, cuando “habla de la novia que lo espera en España, adquiere su semblante un tono picaresco que tiene mucha gracia” (1945: 107); *Perosi*, “un camarada ejemplar, alegre y valiente” (1945: 109); Jaimito, “el más alegre” del habitáculo pero que escribía “cartas tristes a las muchachas” (1945: 112); un aspirante a torero que pretendía apodarse *Saleri II* y continuar el camino del diestro, al que “sus andanzas [de luces] sólo le habían proporcionado disgustos y alguna que otra cornada” y que se carteaba con “diez o doce madrinas y aspira[ba] a casarse con «una mujer de dinero»” (1945: 113-114); José María, que quería ser policía, “hablador, espigado y [que] tiene una gran nariz a la que echar la culpa de sus fracasos sentimentales” y que se creía “más valiente que el Cid y más conspirador que César Borgia” (1945: 114) y Vicente, un cabo gallego al que describía como “un hombre extraño, frío, independiente y un tanto esquinado” (1945: 118-119). Las dos partes del libro se unen en el momento en el que se el narrador y Javier, el autor de las cartas, coinciden en el relato de la chabola. La segunda mitad del texto, a pesar de hacer contadas referencias al paso por Alemania y Rusia o a escenas de la batalla, se distingue por el ambiente de camaradería que consigue representar entre quienes participaron en el combate contra la Unión Soviética:

Todos en esta chabola hemos llegado a conclusiones definitivas o, al menos, eso creemos. La vida no tiene secretos; la felicidad es un problema resuelto de antemano; y el amor... (...) La unidad del hombre, la unidad [de la] chabola, la belleza del aire helado, la gracia de Dios sobre nosotros, el derecho incuestionable de mis camaradas a adivinar la felicidad y el orden y gozarlos como si ya los hubiesen logrado (...) Pronto nos olvidaremos de que en esta chabola gozábamos, adivinándola, la mejor felicidad (1945: 165).

Casi inmediata también fue *Ida y vuelta* (1946), de Antonio José Hernández Navarro. Discutible es la afirmación de Caballero e Ibáñez acerca de su “perfecto estilo literario” pero sí aciertan al señalar cómo el personaje “podría ser [el] prototipo de falangista comprometido enrolado en la División Azul” (1989: 42-43). Mainer destaca que, a pesar de que “no [le] falta cierto brío imaginativo”, este hecho no disculparía su

“bajeza moral” y su “fascismo cuartelero” (1989: 262). Aunque en ella no se ausenta la retórica de los luceros y en sí, de acuerdo con este último autor, la presencia constante de la muerte la hace “protagonista esencial” (1989: 263) del relato, se trata de una novela valiosa por la temprana fecha de su publicación y la sinceridad que sus palabras descargan. La rememoración de su experiencia en el frente era capaz de tornarse en una narración en prosa:

Sobre la biblioteca blanquea su casco de acero, recuerdo de la campaña reciente. Tamborilea con los dedos su superficie curva y recuerda lo pasado; los combates; los camaradas muertos; los camaradas vivos; las mujeres; los paisajes. La emoción entera de sus alegrías y de sus dolores. Toda *una novela de recuerdos*” (1971: 248)²¹².

El periodo de silencio divisionario fue interrumpido por Jaime Farré Albiñana con *4 Infantes, 3 luceros* (1949), aunque su fecha de publicación podría no corresponder con la de redacción, ya que la novela está firmada en la última de sus páginas en la “Academia General Militar, 1942. «A ratos de ocio»” (1949: 286)²¹³. De ahí que no extrañe la evocación falangista de la misma a la hora de narrar la vida de Luis Díez Anchurrio, un herido que regresa a España y que cuenta a su madre viuda y a su enamoradiza madrina de guerra las hazañas en Rusia tras regresar a España. El tiempo pasado en el frente y el presente de la convalecencia se mezclan con el anhelo conseguido de retomar la lucha en la Unión Soviética, en la que finalmente el protagonista caerá. Este hombre, tal y como lo describió el laureado Mariano Gómez Zamalloa, seguía el prototipo, como Agustín en *Ida y vuelta*, del personaje modelo y representativo de la División Azul:

Así, la historia de Luis Díez Anchurrio, hace de éste, símbolo y realidad, arquetipo y “hombre del montón” porque, no siendo ni más ni menos que un hombre cualquiera de España, es mucho más que cualquier hombre y su trayectoria, hogar-lucero, pasando por la Academia de Zaragoza, es un camino de perfección en lo patriótico, para poder sufrir y aprobar el examen final ante el Dios de los Ejércitos (1949: 4).

Tomás Salvador publicó *División 250* (1954), en la que “esboza un fresco coral y poliédrico de los soldados españoles que participaron en el sitio de Leningrado. Al rememorar sus experiencias, huye tanto del tono heroico como de la sublimación

²¹² El subrayado es mío.

²¹³ No solo escrita en 1942 y publicada en 1949, sino que, según el expediente de censura literaria revela que la aprobación llegó en mayo de 1947 (AGA, caja 21/07987, exp. n° 1995).

idealizadora” (Sánchez Zapatero, 2014a: 8). Considerada como “la gran obra clásica sobre la División Española de Voluntarios” y una “emotiva recreación literaria con un único personaje central: la División Azul” (Caballero e Ibáñez, 1989: 60) es, más allá de consideraciones laudatorias, una novela que rompe con el discurso hagiográfico que caracterizaba a la mayoría de textos de la unidad. Su valor reside en la apertura del camino a nuevas creaciones más inconformistas en los años posteriores, ya lo hicieran desde la decepción falangista o la desmitificación del conflicto. El conformismo y la fiel lealtad no es la tónica del texto de Salvador, quien, por ejemplo, no quiere identificar únicamente la muerte como un deber más del divisionario en el campo de batalla, sino que relaciona este hecho con la elevada cifra de caídos: “la mucha [gloria] que los españoles estaban recogiendo estaba costando un precio altísimo, como el pagado el día anterior, con el número de bajas que se decía en voz baja y alta” (1970: 294). Para esta novela uno de los pocos estudios existentes –inmediato a la publicación de la misma– es el clásico de Juan Luis Alborg dentro de su *Hora actual de la novela española*. Para el autor, Salvador “quiere captar en un retablo de resuello epopéyico la aventura militar de unos millares de españoles que apostaron su vida en un envite heroico. Y el tema le va bien (...) se mueve aquí a sus anchas, en un mundo que parece construido a su medida” (1958: 230-231). El objetivo de la novela se cumple, aunque para Alborg existían ciertos tropiezos por los cuales se la podía considerar incompleta, al insistir, por ejemplo, demasiado en el aspecto militar, donde “radica el lado débil de la obra, pues lo que gana en concreción y detallismo innecesarios lo pierde en proyección y densidad humana” (1958: 231). A pesar del acierto anterior respecto a la abundancia de pasajes militares, que pueden resultar hasta cierto punto soporíferos para un lector lego en los mismos, Alborg reflexiona sobre dónde queda el impacto directo que tanto Rusia como su población causaron en los divisionarios. Este hecho para él está ausente pero, como puede observarse dentro del corpus, es una incidencia constante²¹⁴:

En este y otros libros echamos de menos algo que nos parece, en cambio, fundamental. ¿Qué impacto recibía aquel combatiente, hombre y español, ante el choque directo con los hombres y las tierras que encontraba en tan dramática coyuntura? El mundo ruso debía tener para aquellos hombres una especial significación; no era aquél un simple quehacer de soldado, sino un

²¹⁴ Los pasajes de lucha en el frente se repiten dentro del subgénero, pero no debería ser para nada un hecho reprochable a los autores, ya que se trata de narraciones enmarcadas dentro de la II Guerra Mundial. Se podrá cuestionar la calidad literaria o la verosimilitud de los mismos, pero nunca su aparición, por prolífera que sea.

enfrentarse –y un conocerse– de dos mundos que llegaban a las armas como última instancia de largas e irreductibles controversias de espíritu, de concepciones antagónicas, también de arraigados y envenenados prejuicios. ¿Qué chispa humana podía saltar allí, ante la inmediata y personal fricción? (1958: 231).

El divisionario no se queda indiferente ni ante el mundo ruso, ni ante las reacciones de sus habitantes. De hecho, es mostrar aquello que han visto, vivido y percibido una de las mayores motivaciones que resalta en el análisis del relato divisionario. El contacto con la población es, desde que cruzan la frontera con la Unión Soviética, intenso. Se produce entre el español y el ruso una convivencia que, aún basada en una relación de sumisión, permite el intercambio entre ambos pueblos. Incluso la compasión, dentro de estos parámetros de subordinación, surge en el español. Sirva como ejemplo el siguiente pasaje del texto de Salvador que Alborg parece haber pasado por alto. En el mismo, los soldados azules evacúan un pueblo para su posterior destrucción. La pasividad de los habitantes ante tal situación genera, en la milicia española, unos sentimientos que muestran cómo esta no mantuvo los ojos cerrados ante la población rusa y su entorno:

Pese a todo, a Ventalló le enervaba la mansa conformidad de aquellos seres. Lloraban, sufrían, iban a perder todas sus pertenencias, y lo aceptaban. No había rebelión, ni odio en sus miradas. ¿Era posible? No, no les odiaban. Tenían miedo, un miedo enorme, terrorífico. Lo aceptaban todo porque tenían miedo. Los soldados no podían pegar un culatazo a una mujer o a un hombre que se limitaba a mirar con ojos bovinos, a tener plomo en los movimientos (1970: 341).

Años después, el autor publicó *Camaradas 74* (1975), una de las últimas novelas divisionarias de la dictadura franquista. El tema que trata está impregnado de originalidad y contemporaneidad: un grupo de cuatro miembros de la Hermandad de Antiguos Divisionarios de Barcelona se reúne tras el entierro de uno de sus camaradas para vivir toda una tarde-noche de borrachera. Aunque se intuye que no es un elemento necesario para que esto suceda, la ingesta de alcohol da rienda suelta a unas ideas que, a pesar de pronunciarse a las puertas de la muerte del dictador, no son políticamente correctas ni están en sintonía con los principios del régimen. En el texto, la nostalgia se torna en frustración y sus protagonistas “son, simplemente, excelentes vehículos literarios para permitir al autor expresar una larga denuncia socio-política del panorama español contemporáneo” (Martínez, 1984: 72). La publicación de este libro, en el que pone en

boca de sus personajes el panorama de la División Azul tres décadas después –del grupo solo se acuerdan sus miembros–, le costó al autor la expulsión de la Hermandad, de la cual era él uno de sus padres (1984: 79), un hecho que no es de extrañar al hallarse en el texto reflexiones como la que sigue, que no dejaba de ser el sentir del propio escritor:

¿Qué falange? ¿Existe falange? No me hagas reír, Pedro. Existe una casa grande y doce o quince casas chicas. Y seminarios, y centros, y asociaciones más o menos culturales, que tienen un voto corporativo para cuando hay que elegir concejales o diputados provinciales. ¡Oh, entonces, cómo se lucen las camisas para que el virrey de turno designe la terna corporativa! Terminado esto, todo vuelve a la rutina, al ir tirando (1975: 148).

Juan Eugenio Blanco escribió *Rusia no es cuestión de un día... Estampas de la División Azul* (1954). Por su fecha, y debido a que su autor confesaba la redacción de las diferentes imágenes que aquí aparecen desde su regreso de Rusia en 1942 (Caballero e Ibáñez, 1989: 30), su salida a la luz responde al repunte que experimentó el tema tras el regreso de los voluntarios en el *Semíramis*. De todos modos, Blanco justificaba así la redacción de su libro ante el lector, al que advertía que, “si no eres divisionario”, escribía el texto para “informarte” (1954: 6). En cambio, si este era miembro de la División Azul, pretendía “hablar contigo, recordar” (1954: 6), ya que si el voluntario olvidaba lo sucedido entre 1941 y 1945 contribuía al proceso de aislamiento del grupo dentro de la sociedad dictatorial. En el mismo tono, Ángel Ruiz Ayúcar recogió una serie de cuentos en *La Rusia que yo conocí* (1954), centrados “en el encuentro del soldado español con el hombre y el espacio ruso” (Caballero e Ibáñez, 1989: 58). En ellos la épica y el horror de la guerra son sustituidos por el encuentro entre el divisionario y el ruso, lo que debe entenderse en el sentido más estricto de la palabra: la concordancia se produce no con el soviético, que continúa siendo el enemigo, sino con el poblador eterno de aquellas tierras. El ciudadano indígena es presentado como un ser invadido por la ideología comunista de sus compatriotas. Más apreciable es la comunión del autor con el entorno ruso.

Uno de los libros más alabados y que supone un salto cualitativo dentro de la novela divisionaria es *Tudá (alla)* (1957), de Luis Romero, que se diferencia de otros ejemplos por la “profunda reflexión sobre la psicología de los divisionarios” (Caballero e Ibáñez, 1989: 57). Para Rodríguez Puértolas se trata de un texto “con un estilo mucho más elaborado y digno que el de otros camaradas suyos, y una tónica ideológica también notoriamente distinta” (2008: 715), mientras que para Mainer “merece una especial atención” ya que ofrece “una visión muy distinta de las peripecias rusas de aquellos

españoles” al que se añade “un aliento narrativo más profesional y nada desdeñable” (1989: 265).

La primera edición del libro de Carlos María Ydígoras, *Algunos no hemos muerto* (1957), fue publicado primero en Argentina –aunque en España lo hizo poco después–. Desde su propio título, acusador ante el olvido que tanto el gobierno como la propia sociedad aplicó a la División Azul y combativo por la intención de sus integrantes de seguir presentes en la vida española, su estilo y temática se acercan más al de Hernández Navarro o incluso el de Gómez Tello. Caballero e Ibáñez, que vuelve a citar a los ambientes divisionarios, que consideraban la obra de tono “pesimista”, señalan que “contiene numerosos párrafos que dan la tónica del ambiente y la mística revolucionaria de la División, huyendo del eclecticismo patente en otras obras de la misma temática” (1989: 65). Aunque no son tantas como puedan creerse aquellas que toman una posición intermedia, está claro que la obra de Ydígoras huye de arrepentimientos y ensalza la misión de quienes allí fueron, aunque en algún momento pueda haber lugar para la autocrítica. Se trata de una rememoración positiva basada en “la añoranza de unos tiempos heroicos definitivamente pasados” (Rodríguez Puértolas, 2008: 719) que comienza con el exordio que acompaña a la novela, que “quiere ser la voz de un soldado alzándose iracunda contra aquellos que deciden las contiendas” (1963: 5) y que continúa en la voz de sus personajes:

Cuando el día de la victoria se borró -siguió el canario Ambrosio-, nadie se acordaba de nosotros; *ya no interesábamos a nadie*. Debe de ocurrir igual con todos los combatientes del mundo. Transcurre una semana, y hasta aquellos que nos recibieron como héroes, empiezan a mirarnos con pena (1963: 223).

Las cartas del Sargento Basilio (1959), de García Luna, es una antología ficcional de fragmentos de misivas de *guripas*, sus familiares en España y las madrinas de guerra pertenecientes al citado en el título, un hombre que habría coleccionado la correspondencia a lo largo de quince años y que le pide al autor que las ponga en orden para su publicación. Entre ellas, estructuradas de manera cronológica según su redacción, aparecen una serie de relatos basados en los recuerdos del antiguo divisionario y que le habría transmitido al escritor en sus diferentes reuniones. *Los hombres se matan así* (1961), de Eleuterio Paniagua, es un libro que rompe los esquemas propuestos hasta el momento, tanto por aquellos que abogaban por una apología falangista sin límites como quienes pretendían renovar el discurso desde una perspectiva mucho más humana. Escrita

en tono antibelicista, tanto que según Caballero e Ibáñez era “fácilmente comparable a *Sin novedad en el frente*”, estaba considerada “por los propios divisionarios como «libro negro»” (1989: 53). Con toda salvedad de distancias, el tono remarquiano de la obra es precisamente el que otorga validez al relato y le distingue de otros textos de línea monotemática. El lector, desde el prólogo de Victoriano Cremer, sabe que se va a encontrar con “un libro de paz salido de la guerra” (1961: 9), mientras que el propio Paniagua confesaba que no quería que en él “se note el olor de la pólvora” (1961: 13). La justificación, que continúa más abajo, no ofrece una visión de la guerra basada en la heroicidad o la exaltación:

Fueron tan pocas las cosas agradables que viví desde que salí de mi Patria, que si al escribir he olvidado alguna, debo sentirme agradecido de no vivirlas de nuevo. Hasta las mismas cosas deben agradecerme. Si de nuevo se encontraran conmigo, siquiera fuera en la arada de estas páginas, cualquiera que fuese la línea en la que en el mismo surco coincidiéramos cara a cara, ciertamente que no iba a piroppearlas (1961: 17).

El pan en el fango (1962), de Manuel Bars Casamitjana es un texto que, de no ser por su temática, difícilmente aparecería en esta recopilación, ya que se trata de un único relato de 18 páginas editado en la localidad de Olot y que recibió una mención honorífica en el “II Concurso Literario Misión 1961”. Narra la muerte de un español y un judío a manos de un miembro de las SS tras ofrecerle el falangista un trozo de pan al hombre marcado con la estrella. El marcado carácter antisemita del texto ya se anunciaba en el prólogo, en el que se describe al judío como miembro “de un pueblo que se debatía entre la miseria, la persecución y la muerte” y al divisionario como parte “de un pueblo noble que había acudido a la lucha por un Orden Nuevo” (*Sin firma*, 1962: I). La alteración de la posición del sustantivo y el adjetivo —el varias veces repetido nuevo orden da lugar aquí al Orden Nuevo— no puede pasar por alto ante un texto que pertenece a las intenciones del voluntariado de limpiar cualquier rastro de sospecha ante las acusaciones de implicación en el Holocausto como miembros de la *Werhmacht*.

Hecho destacable es el intento de Fernando Vadillo de novelar toda la historia de la División Azul, desde que sintieron la llamada a través de las palabras de Serrano en el balcón hasta la llegada de los prisioneros del Gulag en el puerto de Barcelona. Vadillo llegó a escribir seis libros, dos trilogías de las que en esta parte se recogerá la primera — *Orillas del Voljov* (1967), *Arrabales de Leningrado* (1971) y la última titulada ...*Y lucharon en Krasny Bor* (1975)—. Caballero e Ibáñez han resaltado dos aspectos en estas

obras: su sentido, además de como novelas, como textos de documentación histórica, y la recuperación del tono épico que se había perdido en publicaciones de años atrás (1989: 63). La intención enciclopédica de Vadillo le lleva a la recopilación de toda serie de escenarios y la precisión a la hora de detallar la experiencia divisionaria a dedicar una sola novela de la notable extensión de 800 páginas a la batalla de Krasny Bor, cuya duración, aunque fue de cerca de un mes, es recordada normalmente para los días 9 y 10 de febrero de 1943 por la unidad. Si *División 250*, a diferencia de *Ida y vuelta*, renegaba del personalismo de un único protagonista y de ella se destacaba el desfile de múltiples *guripas*, cada uno con sus motivaciones y preocupaciones, la polifonía de voces de las tres obras de Vadillo supera cualquier ejemplo visto con anterioridad²¹⁵.

Además de estos casos de escritores divisionarios –y los que aparecen más abajo por cuestiones temporales– cabe mencionar al menos dos novelas escritas por dos personas que no formaron parte de la División Azul pero que tomaron a esta como tema de referencia para sus ficciones. Emilio Romero publicó *La paz empieza nunca* (1957), combativo título para un libro que narra la historia de López desde la proclamación de la II República hasta la postguerra mundial. Cumple con el prototípico modelo de incansable falangista que le lleva a adherirse a la rebelión militar de 1936 y alistarse en la División Española de Voluntarios. A su vuelta sufre la decepción del derrotado, que se suma a la indiferencia hacia quienes combatieron en Rusia. Por si su compromiso anticomunista no había quedado claro, al regresar se infiltra en una célula del maquis asturiano para destruirla desde dentro. En este punto acierta Rodríguez Puértolas al señalar que la obra “[constituye] un ideologizado panorama de la España contemporánea (...) con opiniones continuas acerca de la sociedad y de la política, todo ello centrado en torno al gran y conocido tema del desencanto” (2008: 736). Y Ramón Zulaica noveló un episodio inédito en *La última oportunidad* (1963): Anastasio, Julián y Exuperanio, tres miembros de la División Azul, son condenados a muerte por las fuerzas alemanas acusados de violar a unas campesinas rusas. Aunque en el texto no se aclara que las relaciones entre los españoles y las indígenas fueran o no forzadas, el planteamiento de la novela merece la atención por inédito. En ella se recogen las conversaciones en el calabozo tras conocer la sentencia, se cuestiona el arrepentimiento y el matiz de lo sucedido con las mujeres, y el

²¹⁵ En el Congreso “La División Azul en el frente del Este”, que se celebró en el CEU en octubre de 2011, Peregrín Pascual Chorro presentó la comunicación “Análisis de la obra de Fernando Vadillo: un proyecto de índice onomástico y toponómico”. Al no existir la versión escrita de la misma, no pueden facilitarse más datos, pero la intención de elaborar el índice es prueba de la innumerable cantidad de nombres que aparecen en la misma.

honor de los españoles a la hora de morir a manos de sus camaradas alemanes. Además, en la última parte del texto, que ofrece dos finales alternativos y que narra la ejecución de dos de los tres divisionarios –uno de ellos es exculpado– se presenta la ejecución, por parte de las SS, de un grupo de prisioneros judíos, quienes cavan su propia tumba para ser ejecutados posteriormente.

Temporalmente, las memorias, narraciones breves y novelas consignadas hasta este punto desarrollan sus hechos a lo largo de un periodo que puede extenderse desde la recluta –o incluso desde la misma Guerra Civil– hasta el final de la contienda y los años posteriores. Varias de ellas llegan a recoger no solo la experiencia como divisionarios, sino que también se centran en la breve Legión Española de Voluntarios. Es más extraño que sus protagonistas, rechazando la obediencia a la disposición franquista respecto al tema, decidieran apoyar a los aliados nazis en la batalla de Berlín, ya como miembros independientes e integrados en el Ejército alemán sin ningún tipo de distinción respecto a su procedencia. Dentro de los pocos españoles que decidieron acudir al *Götterdämmerung* que decidió la guerra se encontraba Miguel Ezquerra, cuyo apellido dio nombre a un batallón. Sus memorias fueron publicadas en portugués prácticamente treinta años antes que en España bajo el título *Lutei até ao fim*, una cuestión que según señalan Caballero e Ibáñez (1989: 37) fue así por la inoportunidad de su publicación en ese momento en España, donde esperó hasta las postrimerías de la dictadura para hacerlo. A pesar de adquirir valor por ser uno de los pocos testimonios españoles sobre el final de la II Guerra Mundial en la capital alemana, estos autores indican que el texto del soldado español de las SS se mueve en la frontera entre la realidad y la imaginación. Nil Santiáñez ha aportado recientemente una descripción sobre el personaje:

Miguel Ezquerra's war did not come to an end with the dissolution of the Blue Legion. It had started in 1936 and would not end until early May 1945 in Berlin, where he commanded a Waffen-SS unit, the 'Unidad Ezquerra' during the Battle of Berlin. Taken prisoner by the Russians, Ezquerra managed to escape and return safely to Spain. Within Ezquerra's fascist habitus, an ideological idealism and a restless vitalism intertwine. To him, violence was a vital need. His resentment after the dissolution of the Blue Legion was the expression of both a personal and an ideological frustration. Tellingly, his memoirs begin with a mixture of resentment, anti-communism, fascist idealism, and an irresistible penchant for a life of action: in Spain, he did not like what he saw –his country's political atmosphere asphyxiated him– but above everything, he longed for the war in Russia (2013: 298).

En el caso de Ezquerra puede apreciarse cómo utilizó la lucha al final de la contienda como una prolongación de la División Azul, es decir, como el constante camino de huida ante el decepcionante Estado franquista. A pesar de todo, a la rebeldía de este soldado no habría que sumar unas posibles –o únicas– inclinaciones nacionalsocialistas, sino que continuaban en la línea ideológica que acompañó a tantos divisionarios desde el inicio: “anticomunismo, lucha por la *nueva Europa* cristiana y la civilización *occidental*, defensa de los ideales primigenios de la Falange fundacional y del legado de los «mártires» falangistas” (Núñez Seixas, 2005b: 42). Así puede leerse en las razones que da Rafael García Serrano en el prólogo al libro, que podrían haber motivado la redacción de cualquiera de los libros del subgénero:

Este es el libro de los que lucharon por una Europa nueva, si es que Europa existe, y fueron derrotados por el rulo soviético, único vencedor de aquella guerra que si no ganaron del todo los Estados Unidos, perdieron por completo el fenecido Imperio Británico y sus servidores continentales. Aquí no hay culpa que purgar, ni reproche que hacer. Aquí están los soldados de una ilusión perdida batiéndose hasta el fin (1999: 8).

Y, entre todos los nombres de la literatura divisionaria, destaca la figura de Dionisio Ridruejo. Falangista de primera hora y cautivado como otros tantos por la figura de José Antonio Primo de Rivera, se puede decir perfectamente que era “un fascista rematado en 1939” (Amat y Gracia, 2012: 11). Ya se ha visto su papel como promotor de la creación de la unidad de voluntarios. Pero su compromiso con la causa falangista no se iba a quedar ahí: la oportunidad que la lucha contra el comunismo encarnado en la Unión Soviética le iba a brindar llegaba en el mejor momento para expresar con la acción directa aquello que con la palabra no bastaba –o no podía ser dicho en voz alta²¹⁶:

Ridruejo, poeta y brillante prosista, además de uno de los mejores oradores del fascismo español, tiene entonces veintinueve años. Es un fascista radical,

²¹⁶ Respecto a la influencia que tuvo en él el fundador de Falange, dice lo siguiente: “Diré, sí, que la sugestión que la personalidad de José Antonio había dejado en mí y el impulso e influencia de algunas personas que le había estado muy próximas tuvieron parte definitiva, junto a algunos elementos de azar, en mi transmutación de secuaz casi inerte de la acción política en actor más o menos responsable de ella” (2007: 159). Acerca de la oportunidad que supuso la División Azul para él, Jordi Gracia ha apuntado lo siguiente: “Piensa que las cosas podrían salvarse todavía si se gana la guerra en Europa y por eso se ha ido a Rusia a combatir con la División Azul en junio de 1941, como si ése hubiese de ser el último recurso para hacer que nuestra propia guerra civil sirva para lo que debía haber servido. Y de Rusia vuelve casi un año después, pero vuelve convencido de la victoria alemana y de que esa victoria habría de construir el sueño de una Europa azul y fascista sin las rémoras conservadoras y tradicionalistas, eclesiásticas y romas que en España está construyendo el nuevo Estado” (2008: 20). En conclusión, y de acuerdo con Miguel Escudero, ir con la División Azul significó para él “una huida hacia adelante” (2012: 109).

dispuesto a enfrentarse a monárquicos y conservadores, es decir, a sus aliados en la guerra civil, con tal de imponer los ideales de la revolución nacionalsindicalista, lo que le ha costado el puesto de director general de Propaganda. Su presencia en el cuerpo expedicionario es una manifestación más de su compromiso ideológico, aunque también un gesto mezcla de rebeldía y de desazón, de impotencia ante la debilidad del Partido para hacerse con el poder en su totalidad (Rodríguez Jiménez, 2007: 123).

Al regresar de Rusia, Ridruejo experimentó “una orgullosa ratificación en sus convicciones fascistas: un acto de integridad que le llevó a señalar a Franco el rumbo erróneo del nuevo Estado”, lo que se tradujo en su alejamiento de un poder al que consideró “traidor al ideal fascista en su mismo reaccionarismo antirrevolucionario (Gracia, 2005: X)”. Efectivamente, la primera ruptura de Ridruejo se produce con el mismo dictador. El 7 de julio de 1942, a las pocas semanas de su regreso, dirigió una carta a Francisco Franco en la que dimitía de sus responsabilidades y le señalaba los errores de su gobierno. El también divisionario Alberto Crespo, al que Ridruejo describe en su diario como “una persona melancólica, de un pesimismo convincente y capaz de romper la *Ilíada* en un millón de pedazos” (2013: 403), señala que Dionisio “regresó a España con el alma henchida de un falangismo encendido, más austero e intransigente”, motivo por el cual “rompió con el Sistema del que hasta entonces había sido una figura brillante y original” (1976: 80). El tirano decidió castigarlo retirándolo a Ronda, exilio interior que se prolongó con una estancia de menor tiempo en Cataluña. No es de extrañar que Franco reaccionara así tras leer lo que el poeta le había dirigido en la misiva²¹⁷:

[Yo] cumplo con mi conciencia prestando ante V. E., y sólo ante V. E., mi más absoluta insolidaridad con todo esto. Esto no es la Falange que quisimos ni la España que necesitamos. Y yo no puedo exponerme a que V. E. me tenga por un incondicional. No lo soy. Simplemente pienso con tristeza que aún todo podría salvarse. Pero mientras lo pienso estoy ya moralmente de regreso a la vida privada (2007: 563).

Aunque el diario sobre su estancia en Rusia fue publicado de manera póstuma –la primera edición data de 1978– y la poesía que surgió de tal experiencia sí fue conocida casi de inmediato, es cierto que la calidad de la narración en prosa de la experiencia en el

²¹⁷ Narciso Perales, a instancias de Agustín Aznar, participó tras la guerra en el intento de rescatar a la Falange del papel secundario al que había sido destinada. Tarea inútil, la cual comunicó a Ridruejo mientras se recuperaba al volver de Rusia. Este mostró su desapego por el Partido: “al regreso de Dionisio de la División Azul, hablé con él largamente en Torrelozanes, lugar que había escogido para convalecer de una afección pulmonar. Encontré en él una actitud desanimada. No le oí ninguna afirmación optimista en ninguno de los temas que abordamos” (1976: 33).

frente del Este supera a su versificación²¹⁸. Las descripciones de paisajes de guerra, el análisis del sufrimiento interno que sentía respecto a la deriva que tomaba la dictadura franquista y el aliento falangista que la División Azul le aportó en ese instante están reflejados en las anotaciones tomadas entre 1941 y 1942 y que reestructuró en su confinamiento de Ronda. No hay que olvidar, ante todo, el Ridruejo que redactó los *Cuadernos* era el falangista que había aportado dos versos al himno del Partido y que había tratado, aunque no de manera tan estrecha, con el líder *Ausente*. Por esta serie de razones, la literatura que se concentra en las entradas de su diario ruso es puramente azul, deudora de las letras generadas en torno a Falange y la contienda civil. Como ha indicado Xosé Manoel Núñez Seixas, la valoración de su obra divisionaria no debe quedarse ahí, si no que se sitúa un peldaño por encima de la de sus compañeros:

[Los] *Cuadernos de Rusia* merecen un puesto de honor en la amplísima literatura memorialística sobre la División Azul. Una razón estriba en su calidad literaria. Entre los divisionarios, y particularmente los de la primera expedición de julio de 1941, abundaban los *plumillas*, los estudiantes universitarios y licenciados con capacidad notable de expresarse por escrito, y un número no despreciable de personas que después alcanzaron notoriedad en las artes y las letras. No obstante, la prosa ridruejana muestra su fina sensibilidad, una capacidad de expresar dudas, sentimientos y matices, y una gran precisión en la descripción y caracterización de tipos humanos, ambientes, situaciones y paisajes. Asimismo, en su interés influye el hecho de que Ridruejo fuese un divisionario singular. Era un soldado raso, pero privilegiado a fin de cuentas, con acceso fluido a los altos mandos, a los jefes falangistas de la División, al embajador español en Berlín y a fuentes de información que no disponía cualquier *guripa*, lo que se traduce en que sus juicios e informaciones estaban bien fundamentados (2013: 23-24).

Fuera de este catálogo de escritores por su filiación ideológica se encuentra César M. Arconada, que escribió el cuento “Barro azul”, incluido en sus *Cuentos de Madrid* (2007). El autor, desde el exilio soviético, aporta un especial punto de vista sobre la División Azul en apenas doce páginas: Serrano Suñer es informado del inicio de la

²¹⁸ Sobre la lírica de Dionisio Ridruejo, ha apuntado Manuel A. Penella, su secretario, lo siguiente: “Escritos en Rusia, [los poemas] son la transcripción poética de una experiencia extrema. Forman parte del diario de campaña que escribió el soldado Ridruejo en seis cuadernos de recias tapas de cartón. No todos los poemas fueron escritos directamente sobre los cuadernos (...) Por lo general, el poeta garabateaba sus versos en una agenda de bolsillo o en algún papelucho, para pasarlos después en limpio, en el cuaderno (...) [Aunque los escribiera durante la ausencia del combate] deben considerarse especialmente espontáneos (...) El cuaderno fue encontrado por los rusos y por Radio Moscú se leyeron varios poemas y fragmentos del mismo, anunciándose la muerte de Ridruejo... Convaleciente en un hospital de Berlín, éste reconstruía los poemas perdidos con ayuda de la memoria y de su agenda de bolsillo, en la que había escrito los primeros borradores” (1981: 68-69).

Operación Barbarroja por el Embajador de Alemania en Madrid, quien pide una mayor implicación de España en la guerra. El Ministro deriva la responsabilidad de organizar la formación en el general Agustín Muñoz Grandes, quien a su vez pide ayuda a un personaje de los bajos fondos para conseguir que la recluta sea elevada ante las bajas expectativas de captación. Centrándose en la parte humana del combatiente, quien paga con su vida el entusiasmo de una época de idealismos extremos, e intenta situar en su lugar a aquellos que, como el hombre de confianza de Muñoz Grandes, se aprovechan del conflicto para buscar su propio beneficio. Dibuja una División Azul que pierde su carácter voluntario y falangista y se presenta como una recluta compuesta mayormente por delincuentes. En su texto cambia el entusiasmo general por una realidad negra para la recluta:

Los periódicos publicaban cada día la lista de los valerosos voluntarios de la División Azul. Si al lado de los nombres hubieran publicado los títulos que los honraban, se hubiese visto que entre cincuenta aventureros, había un joven romántico falangista. Entre cien reclutas forzosos de los cuarteles, cinco voluntarios (2007: 127).

Y, antes de finalizar, habría que observar la relación que tuvo el grupo con la censura literaria de la dictadura. Este mecanismo, utilizado como “una forma de violencia fría necesaria para perpetuar la victoria de las armas en abril de 1939, para terminar de apagar los rescoldos ideológicos que quedaban de los campos de batalla y para instaurar una moral pública uniforme” (Larraz Elorriaga, 2014b: 49) podría no haber casado con el planteamiento de algunos textos divisionarios. Pero la mayoría de textos pasaron sin ningún problema el cuestionario completado por el censor y, solían prescindir de las tachaduras que daban lugar a la sugerencia de un cambio o la supresión directa de estos fragmentos²¹⁹. Estos ejemplos pueden constatarse en libros como *Canción de invierno en el este*, cuya incoación fue un mero trámite ya que el texto estaba, según las palabras de funcionario, “integrado por crónicas de un divisionario publicadas ya en la prensa del

²¹⁹ El cuestionario de la censura enumeraba los siguientes aspectos: “era «imposible» relatar acciones condenables de personas que pertenecían a una institución del Estado; representaciones de conductas y utilización de léxico tenidos por vulgares –representaciones fisiológicas– o inmorales –sobre todo, referidos a moral sexual–; cualquier sombra de duda sobre el comportamiento de la Iglesia católica, el Ejército y el Estado o sobre alguno de sus miembros; cualquier lectura heterodoxa, aun expresada por algún personaje, que cuestionase la guerra civil como una cruzada de liberación; cualquier palabra malsonante; cualquier exposición o defensa de ideologías contrarias a los principios del régimen franquista: marxismo, comunismo, liberalismo, anarquismo, masonería, etcétera; y cualquier tipo de heterodoxia respecto de la dogmática católica” (Larraz Elorriaga, 2014b: 41).

Movimiento” (AGA, caja 21/07490, exp. nº 5473) o incluso en *Tudá (Allá)*, publicado una década más tarde y cuyo tono cambiaba con la mistificación del voluntario. El veredicto del lector fue el siguiente: “Narraciones cortas sobre diversos hechos de la división azul [sic] española en Rusia, sin más unidad que ésta, el ser de los divisionarios” (AGA, caja 21/11649, exp. nº 1470). Otros, en cambio, se vieron obligados a aceptar diversas tachaduras para su publicación, como ocurrió en el caso de *La última oportunidad*, de Ramón Zulaica. De tema ciertamente controvertido, era de esperar que el censor no dejara pasar un pasaje como el que sigue:

Escuche, señor teniente. ~~Esto es una cabronada. Nosotros no hemos hecho nada malo. Que les hemos echao... que nos hemos arrejuntao con unas putangas rusas... bueno, ¿y qué? Pero si eran putas, hombre. Ellas nos incitaron. Iban en bicicleta enseñando los muslos. ¿Qué íbamos a hacer nosotros? Si estaban más trabajadas... Eran putas, teniente. Si llegan a ser unas señoritas, comprendo. Pero eran putas... además putas rusas.~~ (AGA, caja 21/14160, exp. nº 5093, galerada folio 36).

Pero, realmente, las que encontraron mayores problemas fueron *División 250 e Ida y vuelta*. La primera, como era de esperar si se atiende a su lectura, pasó la censura aunque sufrió algunas tachaduras que “son frases obscenas y de mal gusto que suprimidas mejoran la estética literaria de la narración” (AGA, caja 21/10709, exp. nº 2240) y que, como ejemplo, se observará más abajo en relación con un pasaje idéntico de la novela de Carlos María Ydígoras. En cambio, la segunda entró en el proceso el 14 de junio de 1945 y fue aprobada, once días después. A pesar de su aceptación, el 16 de julio del mismo año se pedía la supresión de pasajes hasta en 73 ocasiones y, el 6 de agosto se deniega “la autorización necesaria para la publicación de la obra por usted solicitada por razones de oportunidad”. Esto se debió, seguramente, al tono antisemita que contenía la obra y que era inconveniente en aquel entonces. El rechazo solo supuso un retraso ya que, el 22 de octubre fue finalmente autorizada (AGA, caja 21/07659, exp. nº 2560). Con el paso de los años su autor decidió publicarla de nuevo dentro del contexto de realce que halló, a mediados de 1950, la literatura divisionaria. En ese momento el censor solo señala que se trata de “una extensa crónica de la «ida y vuelta» de un falangista de la División Azul” (AGA, caja 21/11033, exp. nº 1485).

5.3. TÓPICOS DE LA NARRATIVA DIVISIONARIA

5.3.1. El prototipo del voluntario

Ya se ha observado cómo ha pervivido el mito de la homogeneidad entre la soldadesca azul. Tomás Salvador, en el prólogo a su novela, se alejaba de esta falsa creencia cuando escribe que el grupo estuvo integrado por “falangistas y no falangistas, universitarios y gañanes, soldados idealistas y sinvergüenzas –que de todo hubo en la viña del Señor–, valientes unos, fanfarrones otros” (1974: 25). A pesar de este aspecto, es cierto que el eje vertebrador de la unidad procedía de Falange o, como mínimo, se identificaba con ella, por lo que también acierta Emilio Romero al indicar que la “primera División era casi una recluta de falangistas” (1974: 253). En esta línea, Hernández Navarro apunta que estaba “servida por el sacrificio de la mejor sangre falangista” (1971: 18) y que, gracias a la labor de estos hombres, de la formación “no se podrá decir nunca que no está en primera fila cuando la muerte es el premio” (1971: 21). Agustín, el personaje en torno al que gira su obra, reúne las características prototípicas aquí señaladas:

Empezaré por decir que mi libro es una novela de la División Azul. Hay un protagonista al que llamo Agustín a secas, y al que no presento más que como Falangista, Joven y Universitario. Podría haberlo llamado Pedro, Juan o Francisco, siempre que no hubiera dejado de reunir en su persona estos tres calificativos limpios. El protagonista es, por tanto, no un hombre determinado, sino un hombre cualquiera representante idóneo de una generación. Lo que en mi novela piensa, dice y hace Agustín, no es mi biografía ni anécdota, es modo de pensar, de decir y de hacer de los que combatieron en Rusia ante un enemigo que aún permanece en pie y al que aún no han renunciado a derrotar (1971: 19).

De los tres elementos destacados por el autor, el primero fue el que tuvo un mayor peso. Al ser el partido el propulsor de la misión anticomunista, el mensaje llegó principalmente a sus miembros. El narrador intradieético de Carlos María Ydígoras es uno de aquellos muchachos que por edad no pudo participar en la Guerra Civil. Encuentra en el conflicto internacional la oportunidad de servir a una ideología que, según sus palabras, se caracteriza por la vaguedad de su construcción:

Yo, un muchacho de dieciséis años, perteneciente a la Organización Juvenil –O. J. que llamábamos– y miembro también de una centuria de mayores

cuando se trataba de cosas de hombres, sólo sabía de política lo que me contaban mis camaradas; y es que existieron unos hombres, José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma, jóvenes, valientes y llenos de arrojo, que proclamaron a los vientos del país la necesidad de transformar la vida española. Ellos decían -y yo lo reducía a unos muy simples esquemas- que había que terminar con la injusticia de los hombres, con la de la Banca y la de los dueños de las tierras; que había que dar a los que no tenían y quitar a los que les sobraba. Por todo aquello, yo me había hecho falangista y, por serlo, ahora me convocaban para ir a Rusia. Y marcharía contento, como irían mis camaradas. Además, ¿cómo podría yo quedarme en España? ¿Cómo pasar por cobarde ante los ojos de los hombres? (1963: 31-32).

En cambio, otros divisionarios sí están convencidos de su ideario. El parlamento que Luis Díez Anchurrio, el personaje de Farré Albiñana, dirige a su madre para justificar su vuelta a la Unión Soviética tras haber permanecido un tiempo herido en España muestra que muchos de los que acudieron a la Unión Soviética eran sabedores de los preceptos del partido. La perorata, a pesar de su extensión, recoge el sentir de una parte importante de la unidad:

La Patria no es un motivo melancólico, sentimental o romántico; ni un instrumento a esgrimir para lograr y justificar la hegemonía de una casta o secta. A la Patria, como al amor, se la siente. No puede definírsela; porque una idea sublime no puede valorarse en una serie de sonidos guturales o garabatos... Es que tú no lo entiendes Mamá; naciste en época muy distinta... Lo que tú llamas utopía es el desaliento de no ver realizada la España una, grande y libre por la que luchamos y murieron. Nuestro sueño exige que la empresa sea difícil hasta lo imposible... A mi generación le incumbe el resucitar a España de sus cenizas, forjar la base de su grandeza y entregarla embrionaria a cuantos nos sucedan para que ellos [sic] batan alas y la realicen. Este es el motivo de nuestro heroísmo; si yo no hubiera pisado las trincheras... Y Mamá, tengo la plena convicción, que desde los Luceros presenciaremos el flamear triunfante de nuestras banderas, que ondearán agitadas por soldados escuálidos, con harapos de caqui, de rutilante haz de flechas, encuadradas bajo el rombo de mandoble, mosquete y cornetilla [...] ¡Falangistas –Infantes de la inmortal España! (...) Y doy gracias a Dios por haber nacido en la época más difícil de la Historia y haberme deparado la ocasión de contribuir con mi insignificante esfuerzo a decidirla (1949: 184-185).

Con el paso de los años, la División se convirtió –como un retoño de Falange– en un miembro más de la mal avenida familia franquista. La escritura divisionaria pasó a ser la teorización posterior de las intenciones que llevaron a muchos al campo de batalla de la II Guerra Mundial, donde pudieron observar que la oligarquía que se había hecho con el poder en Rusia no difería tanto de la existente en su lugar de procedencia. El

comportamiento de los integrantes de aquella era “igual que los de España que en cuanto pudieron, se instalaron en los palacios y en los mejores hoteles, aunque les venían anchos, porque no eran más que gentuza y los que procedían de la clase media peor que peor” (Romero, 1957: 171). A pesar de señalar a grupos concretos en estas reivindicaciones, también había lugar para la autocrítica. La experiencia de Rusia iba a otorgar a Emilio Romero, un autor que no formó parte de la División pero que la utilizó para una de sus novelas, la posibilidad de observar qué habían hecho bien los revolucionarios de octubre y qué había que aprender de ellos para aplicarlo al regreso en España:

Me gustaría que el futuro de España fuera sólo falangista. En Rusia también era una minoría los bolcheviques y se hicieron dueños de la situación. Pero aquello era distinto. El partido comunista llegó a la Revolución del 17 maduro, cuajado y depurado. La Falange llegó a la guerra en agraz, con la ideología llena de intuiciones geniales, pero sin armas culturales, sin una depuración natural por motivos doctrinales, y sin haber tenido tiempo todavía de calar en las zonas populares. Hemos sido una fuerza de choque, pero no hemos tenido tiempo para ser una fuerza política (1974: 240-241).

Tanto la teorización de la revolución pendiente como el paso a la acción que los divisionarios falangistas deseaban si volvían vencedores del frente del Este no eran sino la culminación de las ideas propugnadas por el *Ausente* desde 1933. La mitificación de la figura de José Antonio Primo de Rivera en los textos de los voluntarios en Rusia se puede incluir dentro del plan hagiográfico al que fue sometido desde su muerte, iniciado con el traslado de sus restos a pie desde Alicante hasta el monasterio del Escorial, cuya escenografía y realización fue organizada por Dionisio Ridruejo²²⁰. El mismo poeta reconocía su admiración por el líder:

Diré, sí, que la sugestión que la personalidad de José Antonio había dejado en mí y el impulso e influencia de algunas personas que le había estado muy próximas tuvieron parte definitiva, junto a algunos elementos de azar, en mi transmutación de secuaz casi inerte de la acción política en actor más o menos responsable de ella (2007: 159).

²²⁰ Ni siquiera el franquismo iba a conseguir que la glorificación a la figura de José Antonio Primo de Rivera fuera la de cualquier caído en el campo de batalla o la de un eterno beato aspirante a la figura de santo. Suscribiendo la tesis propuesta por Zira Box, el *Ausente* se convirtió para sus correligionarios en el Mesías del grupo. La veneración que por él sentían los voluntarios se equiparaba a la que como católicos pudieran sentir por Jesucristo: “La vida de José Antonio había ofrecido a sus seguidores falangistas suficientes elementos para que el fundador de Falange adquiriera una dimensión mesiánica, reviviendo la figura arquetípica de Cristo, sentida por sus particulares apóstoles de la causa nacional del sindicalismo” (15).

No es arriesgado afirmar que para la totalidad de los voluntarios falangistas el fundador del partido se situaba por encima del propio dictador, por lo que era lastimoso ir a Rusia a pesar de “no tener un César por el que morir y por el que vencer” y “al que acatar con fanatismo”, como si del propio hijo de Dios se tratara, que con su sacrificio en la cruz de la guerra fratricida habría dejado huérfana a una “generación de un César joven y gallardo que llevase una corona de laurel en las sienes y una camisa azul de cuello abierto, para ser capitán de su Revolución” (Hernández Navarro, 1971: 61)²²¹. Aunque, si se interpretan las palabras que otros autores ponen en boca de los personajes de sus narraciones, quizás era mejor que el líder no viera en lo que se había convertido la España dictatorial: “si José Antonio levantase la cabeza la diñaría del susto. Limpiamos España de comunistas pero saldrá otros tan malos como ellos. Y más hipócritas” (Ydígoras, 1963: 54). A sus capacidades sobrehumanas, además, se le atribuyen ciertos méritos que no se corresponden con la realidad, como la elaboración del himno de la Falange que, según uno de los personajes de la novela de Rodrigo Royo, habría escrito en solitario, pero como “era un hombre sin ninguna presunción, sin el menor grado de petulancia (...) cuando compuso el *Cara al Sol* vino y nos lo enseñó a los demás y puede que alguno de nosotros cambiara una palabra aquí o allá. Pero el autor fue José Antonio, que era mucho mejor poeta que todos nosotros juntos” (1957: 245). En todo caso, las alusiones a José Antonio Primo de Rivera, todas de carácter positivo hacia su persona, y la elipsis en torno a Francisco Franco –que debe interpretarse como crítica silenciosa y muestra de descontento hacia el poder total que ostentaba– son una constante no solo en la literatura divisionaria, sino también en las propias motivaciones que llevaron tanto a los autores de memorias como a los personajes que ocupan las narraciones de ficción a luchar contra el comunismo en su propia casa. Los voluntarios fueron por aquel evangelizados y ellos mismos se convertían en transmisores y ejecutores de su palabra:

La simiente que José Antonio dejó, nosotros somos. El verbo que él alzó, nosotros le oímos. La palabra que profetizaba un amanecer, nosotros la escuchamos. El camino que él trazó, nosotros lo seguimos. Con el alma de la Patria entre nuestras manos, con los fusiles alegres y calientes de la última batalla española, que fue la primera de esta guerra, vamos a aniquilar al coloso “rojo”, Rusia en delirio. El comunismo le asesinó. Aun azota el aire las palabras que eran como el grito que hervía en nuestra sangre (Gómez Tello, 1945: 133).

²²¹ Palabras del mismo carácter pueden leerse en *La fiel infantería*, de Rafael García Serrano: “Solos con su bandera y su César, ellos, enseñando la verdad con el supremo razonamiento de las venas, bautizando a los asesinos con el perdón; ellos, locos sagrados, hijos de Dios, falangistas” (2004: 194).

El espacio de la mitificación falangista se completó en el campo de batalla con la muerte de camaradas que, para ellos, eran dignos de admiración. Estos caídos, que podrían haber pasado desapercibidos como lo hicieron otros soldados anónimos, habían calado dentro de la unidad por la admiración que hacia ellos sentían sus compañeros, debido sobre todo a su historial previo como *camisas viejas* y veteranos de la Guerra Civil. Su currículum se completaba con condecoraciones como la Palma de Plata de Falange o la triste condición de ser familiar de muertos ilustres en la lucha de España y, a pesar de ello, acudir a la Unión Soviética. Los nombres más resaltados son los de Enrique Sotomayor, quien “no podía faltar (...) a la primera empresa de patente destino universal que le cupo a la Falange” (Blanco, 1954: 67), un hombre al que Errando Vilar le atribuye grandes virtudes: “Rápido en concebir, no lo es menos en ejecutar. No sabe estarse quieto. Todo él es acción. Sus gafas sufren el constante tormento de sus manos. Creo que ya las ha roto. En tres convocatorias se hizo abogado. Tiene veintidós años y dirige un periódico y muchas inteligencias, porque sabe mandar” (2010: 46-47)²²². Ridruejo, que en un principio estima que hay “gente entre la Vieja Guardia de Madrid que me quiere poco” como Enrique Sotomayor, a pesar de que sospecha que “que es una de las personas más interesantes de cuantas han caído por aquí” (2013: 74), tuvo una buena relación con él. Se convierte durante la experiencia rusa en un “amigo en promesa” cuya muerte siente “como una mutilación” (2013: 340-341). Con él comparte buenos momentos más allá de la guerra:

Vuelvo con frecuencia a mis conversaciones con Enrique Sotomayor. Me gusta su ímpetu pero más aún su paciencia, inagotable para cualquier faena. Hablamos generalmente de las cosas de España. Su idealismo juvenil tiene siempre una proyección táctica y concretísima. Está en contacto con las cosas, con las realidades; es práctico y evidente. Es asombrosa la madurez de su espíritu que se revela en mil detalles, incluso en su modo sustancioso de contar anécdotas. Estoy seguro de haber tropezado en él con uno de los hombres más radicalmente capacitados para la política que haya conocido jamás (2013: 182-183).

Pero si un nombre fue recordado por encima de todos, ese es el de Javier García Noblejas, “cuyo padre había sido asesinado en Paracuellos, y cuyos tres hermanos habían

²²² Como dato anecdótico, cabe señalar que Enrique Errando Vilar es el padre del diseñador Xavier Mariscal Errando, historia que narra, con referencias al padre, Juan Cruz (2009). Al respecto, puede verse el libro citado por el autor *Mariscal* (Llázter Moix, 1992).

caído entre 1936 y 1937 combatiendo por el bando sublevado” ejemplo del “falangista entregado a la causa y que veía en la campaña de Rusia una ocasión de ajustar cuentas con el enemigo comunista” (Núñez Seixas, 2009: 311). Con un historial familiar tan negro y condecorado con la Palma de Plata de Falange, fue el divisionario que despertó mayor admiración entre los voluntarios, característica esta que fue en aumento al ser uno de los primeros caídos en la batalla. Javier García Noblejas, quien instantes antes de su final se hallaba “lleno de vida y preocupado por si la guerra le iba a dar mucho miedo”, estaba “muerto ahora bajo los escombros de una miserable chabola entre el barro; muerto oscuramente, con la maravillosa muerte militar que le correspondía, por derecho de su valor, al frente de una centuria de falangistas, en un día de sol, que es cuando más heroica y bellamente se puede morir” (Hernandez Navarro, 1971: 98). La muerte de este soldado da lugar a la aparición de la retórica falangista del lucero que une en la imagen celestial al caído con el *Ausente*:

[Su] muerte había encendido un nuevo lucero en la constelación de la Guardia Eterna, y su espíritu gozaría de la presencia de José Antonio. El Capitán habría recibido su saludo al llegar y, luego, le habría abrazado. Todo en silencio, porque los muertos se entenderían entre sí sin palabras. Después, le señalaría su puesto entre las centurias de muertos falangistas formadas e impasibles. Javier pasaría entre las filas, reconociendo a los viejos camaradas, hasta su sitio en su escuadra, para quedarse firme en él, por los siglos de los siglos, hasta la resurrección de la carne (1971: 99)²²³.

De esta muerte, de la que “[c]ientos de camaradas habrán escrito en su diario” (1971: 101), Tomás Salvador realiza una descripción más cercana al realismo de la escena de guerra, pero también deja lugar al afecto por el ilustre desaparecido: “La casa había ardidido como la yesca y su resplandor atraído el homenaje de todos los camaradas. Cosas de la guerra” (1974: 125). La escena de su funeral y entierro no deja lugar a la duda respecto a la veneración que existía por este personaje:

²²³ La muerte de Javier García Noblejas es, dentro de la División Azul, la representación de lo que José Antonio Pérez Bowie ha estudiado acerca de la significación de la muerte en el lenguaje falangista. No es una *ausencia* total, sino que se limita a la reubicación del fenecido, que nunca dejará de formar parte del grupo: “Según se desprende de los textos nacionalistas, el camarada caído en el combate pasa a ocupar un puesto que tiene destinado en el cielo, desde el cual velará permanentemente por el triunfo de los ideales en cuya defensa sucumbió. Dentro de esta mitología, el cielo, donde gozan los bienaventurados de la presencia divina, es designado metonímicamente, mediante el sustantivo «lucero»; sólo que, admitiendo la vigilancia que el camarada muerto ha de ejercer permanentemente sobre quienes le sobreviven, esa «estancia celestial» no es una mera contemplación pasiva de la presencia de Dios, sino un ejercicio activo de tutela sobre el desarrollo de los acontecimientos en el mundo de los vivos” (1985: 83).

García Noblejas, el falangista Palma de Plata, ha muerto en acto de servicio. Me lo han traído a mi casa. Y los soldados han querido turnar para hacer guardia a su cuerpo. Mora Figueroa ha representado al general (...) Hemos oído misa ante el cadáver. Aun son muy pocos los días que estamos en el frente y ya cae uno de los mejores. En la casa rusa no tenemos lugar para tanto camarada como ha acudido (...) Dionisio [Ridruejo] tuvo frases en consonancia con el acto, el lugar y la hora (Errando Vilar, 2010: 32-33).

Si el anticomunismo y el falangismo fueron el nexo de unión entre los voluntarios que tomaron la pluma para conformar su relato, un número importante –que no englobaba necesariamente a todos los que cumplían con aquellas categorías– presumía de su ferviente creencia en el catolicismo. El anticlericalismo desarrollado durante la II República, que derivó en la destrucción de parte del patrimonio religioso del país y que fue utilizado por los sublevados para explotar tal condición en contra del gobierno del país, había configurado una imagen del combatiente rebelde y del hombre del nuevo Estado no solo como creyente, sino también como defensor de la civilización cristiana²²⁴. Fernando Urbina ha insistido en este aspecto:

El Nacional-Catolicismo es una afirmación de valores en el modelo histórico del Siglo de Oro español y que han de reproducirse ahora: autoridad, autoritarismo, jerarquía, verticalismo, aristocracismo [sic], caudillaje, servicio, disciplina, violencia, “deberes frente a derechos”, “valores religiosos y militares”: mitad monje, mitad soldado (*apud* Aguilar Olivencia, 1999: 41).

Desarrollaron de este modo muchos de los divisionarios, a través de su ferviente catolicismo, la imagen del monje-soldado que acudía a la batalla no solo a luchar contra el enemigo, sino también a predicar su religión y conseguir la conversión de los infieles que encontrara en su camino. Es por este motivo que la empresa rusa tomó el carácter de Cruzada, que no era sino la continuación del camino iniciado el 18 de julio de 1936 y que podía leerse en algunos autores del relato divisionario (Blanco, 1954: 9). La religiosidad, en un ambiente de condiciones tan terribles como fue el campo de batalla de la II Guerra Mundial no solo era un aspecto puramente falangista o hispano, sino que podía incluso

²²⁴ El franquismo insistió en este aspecto para describir a la II República, pero sus defensores habían facilitado tal labor al realizar tanto saqueos como piras de lugares religiosos. Estos pasajes pueden leerse en la propia literatura del exilio republicano, por ejemplo, en *La llama* de Arturo Barea, quien no era precisamente sospechoso de ser fascista: “Me era imposible aplaudir la violencia. Estaba convencido de que la Iglesia en España era un daño que había que corregir, pero a la vez me revelaba contra esa destrucción estúpida. ¿Qué habría ocurrido a la biblioteca del colegio con sus viejos libros iluminados, con sus manuscritos únicos? ¿Qué habría ocurrido a las salas de física y de historia natural, tan espléndidas, tan escasas en España? ¡Y toda la riqueza destruida en material de enseñanza!” (2010: 196).

hacerse necesario. Caer herido, si se tiene en cuenta el alto número de bajas de la División Azul, era una constante, de ahí que recurrir a la creencia cuando la muerte estaba cerca fuera una tendencia, como le ocurre a uno de los personajes de *División 250*:

Señor... Morir... morir... morir... No puedo, Señor, ser delicado porque mis piernas están destrozadas y mi cuerpo cansado. Y mis ojos se han bañado en el odio y mis oídos se han endurecido... Señor; pero si es preciso morir para verte... estoy dispuesto. Yo soy testigo... *¡Tú eres el testigo eterno!* No cerrarás tus oídos aunque blasfeme; no cerrarás los ojos aunque me resistía al sufrimiento; desearás ser Testigo de esta sangre mía que es tu sangre, de este cáliz que es tu cáliz, Tú lo sabes... No desmayaré. Sólo te pido que no dejes mi cuerpo abandonado. Recoge mi sangre. Y limpia la sangre extraña que haya en ella. Llegando hasta el final, hasta el límite, espero encontrarte... Señor... Señor, que mis manos no abarcan; Señor, que mi mente no comprende... Señor, que mi corazón llama... (1970: 137).

Como puede observarse, el catolicismo del divisionario no se entretiene en la ortodoxia. Esta manera *relajada* de vivir la religión en el frente, donde por momentos se eludían las estrictas normas del nacionalcatolicismo, no impedía que se tuviera el respeto exigido por el credo, aunque a veces pudieran tomarse a broma algunos de los motivos del mismo:

Lo cierto era que en la División Azul no se blasfemaba. Aparte de todos sus componentes [sic] eran católicos, en grado más o menos profundo, se había impuesto desde el primer instante la limpia costumbre de no blasfemar. Si algún soldado u oficial, alguna vez, había proferido una blasfemia en un momento de ira, la reacción de todos los demás había sido tan violenta, que no le quedaron ganas de volver a las andadas. Pero esto no impedía que tomaran de cuando en cuando a los santos y a los curas como blanco de sus chufas (Royo, 1957: 257).

De preservar la creencia y de la celebración regular de ritos religiosos se encargaron los capellanes que acompañaron al grupo de voluntarios, así como los breviarios que el Estado se encargó de hacer llegar a los divisionarios, que se unían a las estampas con las que les obsequiaron las chicas de la Sección Femenina en los momentos de la partida desde España. Tomás Salvador situó en su novela a uno de los sacerdotes en lo que “constituye una buena aproximación, intimista, a la figura del Páter en la División Azul” (Sagarra, 2012: 304). Respecto a los libritos de oraciones, el autor narra una hilarante escena en el tono desenfadado que le caracteriza: cuenta cómo uno de los sacerdotes, que echaba de menos en estos textos “la protesta de san Carlos Borromeo al Ángel de la Guarda, pues si alguien necesitaba Ángel de la Guarda a la hora de morir,

eran aquellos muchachos” (1974: 317), portaba siempre “un puñado de ellos en los bolsillos, para repartir entre los desastrados que los perdían o se limpiaban el trasero con sus hojas, a falta de otro papel” (1974: 317). Ante tal acto deshonesto, sobre el cual un “granuja había llegado a decir” que “la Confesión me es particularmente desagradable, Páter”, este había reaccionado dándole “un capón” aunque había “acabado por reírse” (1974: 317). Esta anécdota sigue la tónica entre los representantes del clero y los soldados, para quienes ver “al cura soltando capones y si a mano venían palabrotas, les gustaba” ya que era de su agrado que “el Páter fuera un tío macho, como ellos decían” (1974: 317). Pero esta visión casi humorística no debe hacer que se olvide el papel que representaban los hombres con sotana como instigadores de la destrucción del comunismo. Si el *guripa* era también un monje como defensor de la cristiandad, el cura no tenía ningún reparo en enviar al voluntario a la lucha en nombre de Dios:

No olvidéis, ni ahora que tomáis parte en una guerra feroz, que Él nos enseñó a amar a nuestros enemigos. Esto no os impedirá portaros como bravos, sin debilidades de ninguna clase. El hombre nunca es más fuerte que cuando está convencido de la rectitud y justicia de la causa que defiende (Ruíz Ayúcar, 1954: 133).

Otra imagen que se sale de los cánones clásicos que caracterizan a los ministros de Dios es la que ofrece Ramón Zulaica en su novela:

El Páter frisaba en los cincuenta y ostentaba el grado de teniente coronel. Se trajo de España unos cuantos tenientes salidos del Seminario. Pero en los casos de apuro todo el mundo recurría al “Páter”, al Páter por antonomasia. Aunque era catalán, apenas se le notaba el acento. En cambio, jugando al póker no perdonaba una peseta a nadie. Era muy popular en el Batallón, a pesar de que con más frecuencia de la debida amenazara con el castigo de las penas eternas o con el arresto correspondiente, según el caso. Al final de la Misa, cuando rezaba tres Avemarías, se comía siempre el “llena eres de gracia”. Por eso le apodaron el Zampagracias (1963: 26).

Y no siempre era el sacerdote un hombre querido por el grupo y sus miembros podían llegar a despreciarle:

Yo no sé por qué, en la Compañía le tenemos poca simpatía a este Páter. Tal vez sea, entre otras cosas, porque al terminar el último combate en que intervino seriamente nuestro Batallón, soltó esta frase lapidaria: “A este cura no le vuelve a tirar más la artillería”. Sea por esta o por otras causas, que hago bien en callarme, es el caso que no le teníamos demasiada simpatía (Crespo, 1945: 110).

Pero el soldado, a su caracterización como monje, que podía otorgarle su misión como avanzado de la cristiandad en la nueva *Cruzada*, añadía en varias ocasiones la de hombre de letras. La propia existencia de la División Azul como materia literaria y su alta proliferación es, ya por sí solo, un motivo suficiente para confirmar cómo se desarrolló este hecho entre sus miembros. Además, como se ha afirmado, una parte de su juventud formaba parte de la élite intelectual del nuevo Estado, que se agrupaba alrededor del Sindicato Español Universitario, hecho que varios autores han destacado: “En nuestra División predominaron los universitarios. Por ello fue mucho lo que los antiguos soldados escribieron a su regreso” (Ruíz Ayúcar, 1954: 8)²²⁵. David Jato Miranda, cofundador del SEU, “uno de esos camaradas que han nacido con la Falange, en la Falange y para la Falange” (Valdés, 1953: 9) y ex-divisionario, dejó constancia de la presencia de letrados en la División Azul en la historia *alegre* –así la definió en el título– que escribió sobre el grupo estudiantil:

Precisamente el 14 de julio pasaban la frontera de Irún las primeras expediciones de voluntarios, a los que acompañó el clamor de masas enfervorizadas. Los estudiantes iban en la proporción suficiente como para que batallones enteros fueran casi íntegramente formados por gente del S.E.U., desde su Jefe Nacional hasta jóvenes escuadristas de Bachillerato (1953: 313).

Aunque el número de estudiantes o de personas con un nivel intelectual alto haya sido casi mitificado, no era difícil encontrar a personajes de este perfil: “Eugenio era culto, ágil con la palabra, inteligente (...) con su título de doctor en Derecho y en Filosofía por la Universidad de Salamanca, estaba en situación de citar a Platón en griego y a Séneca en latín” (Royo, 1957: 15). Estos se mezclaban con compañías llenas de “campesinos, un conductor de tranvías, un limpiabotas, dos empleadillos de Banco; en fin, que no vengán luego presumiendo de marqueses” (Romero, 1957: 12). En definitiva, la División estaba también integrada por personas de origen humilde que marcaban el contrapunto con el personaje anterior: “Humberto no sabía leer ni escribir. Venía de una familia de campesinos de la que faltaba el padre, y él tuvo que apenar desde pequeño con el trabajo de las tierras” (Crespo, 1945: 20).

²²⁵ También tuvo Juan Eugenio Blanco su recuerdo para los camaradas del sindicato: “Al principio enterrábamos a los muertos; recordaré siempre el montón de cadáveres, todos ellos [del] S.E.U. de Madrid, apilados al lado del puesto de mando del comandante, que vimos los de la segunda de Antitanques cuando entramos en Possad” (1954: 24-25).

Además del nivel intelectual del divisionario, se tuvo en cuenta su función en la Guerra Civil Española. Aunque la imagen del *camisa vieja y quitacolumnista* era la predominante en este caso –cuando podía aludirse, por edad, a la participación en el conflicto fratricida–, también se resaltó en algunas ocasiones el papel de los antiguos combatientes republicanos que acudieron a la Unión Soviética. Obligados a congraciarse con las autoridades dictatoriales, la División Azul se convirtió, por desgracia, en una vía por la que estos actos podían realizarse. Este personaje, debe ser distinguido del *indeseable*, aquel que acudió con la clara intención de pasarse al Ejército de la Unión Soviética. Luis Romero presenta en uno de sus relatos a un hombre conocido como el *Viejo*, que reconoce haber participado en el conflicto fratricida “con los rojos, como decís vosotros” (1957: 81) y se define como “sindicalista”, ideología a la que permanece fiel “pero... por mi cuenta” (1957: 91). A este antiguo combatiente republicano le asignan realizar un *golpe de mano* junto a su camarada. Mientras que para el falangista la misión “es una forma de honrarte”, para él es “un castigo, o si lo prefieres, una prueba” por su condición de *rojo*, ya que “unos días [atrás] el Capitán recibió mi ficha política y me mandó llamar” (1957: 93). La tolerancia a un personaje totalmente opuesto a los preceptos dictatoriales paga su presencia en el texto con un discurso que alaba las cualidades de sus antiguos contrincantes en las trincheras:

Desde luego sois formidables. Tenéis un padre, una madre, una posición, tenéis todo lo que se puede tener, y venís aquí a partiros los cuernos contra ese hatajo de cabritos. Sois estupendos. Casi nunca os entiendo cuando habláis [sic] de vuestras cosas, de vuestras ideas, pero me resultáis [sic] simpáticos. Unos tíos con mucho coraje (...) Cuando esta tarde he visto que salíais voluntarios todos los de la Compañía, me habeis [sic] dejado de una pieza. Llevo pocos días entre vosotros y aún no os conozco bien. Con el frío que hace, y una compañía dispuesta voluntariamente a jugarse el tipo ¡tiene narices! (1957: 92).

Por su parte, Dionisio Ridruejo alude a los mencionados *indeseables*. Aunque el poeta reduce el hecho a la anécdota, sí es cierto que no ofrece una imagen negativa de ellos. Además, augura el mal futuro que se les avecinó cuando terminó la guerra y formaron parte de la población española del Gulag:

Unos pocos soldados, en efecto –unos cuatro o cinco en toda la División–, se han pasado al enemigo. No es una crisis de nervios. Se trata de casos de premeditación. Comunistas –heroicos, hay que reconocerlo– que se enrolaron en nuestras filas para alcanzar así la patria de sus sueños revolucionarios.

Nada de cuanto hemos visto les ha desanimado. Dudo, no obstante, que su fidelidad sea recompensada (2013: 321).

Por último, cabe repasar la percepción que tenían los escritores del grupo militares. Las ya conocidas tensiones entre ambos grupos –unos a otros se consideraban intrusos– y la preponderancia del estrato falangista en los textos provocó que los militares quedaran en un segundo plano. Esto no quiere decir que entre los miembros del cuerpo militar no hubiera partidarios de Falange, como ocurría con el mismo general Agustín Muñoz Grandes o con el afamado preso del Gulag el capitán Teodoro Palacios. Pero a pesar de estos casos, lo más frecuente era encontrarse con militares de alta gradación que no veían con buenos ojos la presencia de los militantes en la expedición, como un teniente para el que los soldados “siempre serán soldados y ya estaba deseando bajar los humos a alguno de aquellos falangistas ensoberbecidos” (Salvador, 1974: 52) o la animadversión de un cabo que “[n]o simpatiza con los falangistas” (Romero, 1957: 101). Aunque no se hagan referencias negativas hacia los militares, sí que se habla de ellos con cierta reserva, como lo hizo el marqués de Urquijo, quien incluso tenía un familiar entre ellos que, con el tiempo, tomaría protagonismo en la historia de España²²⁶:

Los oficiales que fueron al mando de las unidades de aquella primera expedición de la División Azul se presentaron voluntariamente, por lo menos en su mayoría, lo mismo que la tropa, pero, por ser militares, en algunos casos las razones de su enrolamiento eran menos idealistas. También había entre ellos algunos extraordinarios y otros menos buenos (1973: 249).

A pesar de ser conocidas las relaciones inestables entre los dos grupos predominantes, al haber sido la mayoría de los textos elaborados por miembros de Falange, la presencia de los militares se reduce a cifras y se difumina con la de los voluntarios, por lo que en muchos casos el propio término “soldado” designará tanto a unos como a otros. En cambio, y se ha de suponer que debido a su condición de falangista

²²⁶ Sobre el pasado en el partido del capitán Palacios y sus orígenes en la Guerra Civil ha anotado Miguel Ángel Solla Gutiérrez lo siguiente: “En Potes, existía un núcleo falangista acaudillado por el farmacéutico local, Ramón Bustillo, y del que formaban parte, entre otros, los cuatro hermanos Palacios Cuetos [sic] (Tomás, Teodoro, Carlos y Felipe) (2005: 153). El pariente de Alfonso de Urquijo era Alfonso Armada, tristemente recordado por su proclividad hacia los perpetradores del Golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. En su juventud, fue miembro de la División Azul y de ello deja constancia su familiar en su libro: “Corrió la voz de que las operaciones que todos esperábamos tardarían en empezar, pues una División Panzer, que actuaba más al norte, no podía avanzar a causa del barro. Empezaron a llegar nuevos oficiales, procedentes de las Academias Militares, entre otros mi primo Alfonso Armada” (1973: 282).

y debido al cercano trato que tuvo con sus hombres, existen positivas descripciones del General Agustín Muñoz Grandes:

Hablando con él no se nota que sea General; basta mirarle a los ojos cuando ordena. Se interesa hasta el detalle de las condiciones de la marcha, del personal y del ganado. Charla amigablemente con los Jefes y se hace servir una plaza de rancho exactamente igual que la de la tropa. Su austeridad en el comer, en el vestir y en el trabajo le hacen el prototipo del genio español (Jiménez y Malo de Molina, 1943: 74-75).

5.3.2. De Madrid al infierno: hostilidad, paraíso y caminata

El camino a la Unión Soviética, al que Víctor José Jiménez y Malo de Molina dedicó su testimonio *–De España a Rusia: 5.000 kms. con la División Azul (1943)–* y en el que únicamente el tiempo que transcurrió desde la salida del Estado franquista hasta el inicio de las hostilidades, fue en sí toda una aventura. La despedida en la capital de la nación, el paso por la hostil Francia, el contacto con la idealizada Alemania y la marcha a pie por los territorios orientales ocupados llenaron páginas del grupo en las que hay escasos intercambios de fuego pero muchas vivencias de carácter personal. Estas sobrepasan el carácter anecdótico y sirven como prelude para la narración de la guerra. A través de ellas, los divisionarios, de los cuales la inmensa mayoría traspasaba la frontera pirenaica por primera vez, conocieron el prometido paraíso germano y el vituperado infierno soviético. Pero también observaron cómo trataban los nazis a los judíos, que junto al masón y al bolchevique era uno de los tres temidos enemigos del franquismo: no veían al ogro, sino al ser humillado cuya humanidad estaba en proceso de desaparecer. A unos les reafirmó en sus posiciones antisemitas, pero a otros les hizo plantearse si merecían tal trato –al menos, así lo reflejan en sus textos–. Los redondeados al alza y de manera generosa como cinco millones de metros significaron el primer choque con la realidad para los voluntarios.

El inicio de la Operación Barbarroja llevó a miles de españoles a la calle y, a muchos de ellos, a colmar su deseo de participar en la II Guerra Mundial. El inicio de la obra de Fernando Vadillo, que recorre prácticamente todos los escenarios divisionarios, recoge el espíritu del 24 de junio de 1941, fecha en la que “el sol llameaba en el azul del mediodía cuando la riada humana afluyó a la plaza del Callao, partiendo de la Universidad, los centros sindicales, las oficinas y las fábricas de Madrid” (1967: 15). El

autor recrea el ambiente previo al discurso de Serrano, que escucharon quienes vestían “los uniformes negros de la Milicia del SEU, y jóvenes y viejos escuadristas de la primera línea sobre cuyos pechos relucían las condecoraciones obtenidas durante la reciente Cruzada de Liberación” junto a “las jerarquías del Partido, mandos locales y de distrito, gobernadores civiles, consejeros y delegados nacionales” y hasta “Pilar, la hermana de José Antonio, marchaba con ellos” (1967: 16). Por si tal estado de borrachera falangista no fuera suficiente, el autor, tras reproducir de manera exacta las palabras del *Cuñadísimo* acerca de la culpabilidad de Rusia en la muerte del *Ausente*, se centra en la figura de un espectador cualquiera de la manifestación para mostrar la exaltada reacción de la muchedumbre:

Alejo Solano se sintió taladrado por una corriente de alta tensión emocional. La corriente agitaba a la multitud, la sacudía y la zarandeaba en lo más profundo de sus entrañas (...) Un sudor frío empapaba las frentes, resbalando por las mejillas tersas y pálidas. De pronto, millares de gargantas iniciaron las estrofas de una hermosa canción de amor y guerra. Era el Cara al Sol, y Alejo Solano, excitado y perdido en el hervor de camisas azules, recordó la mañana en que viera entrar en Madrid a las fuerzas nacionales (1967: 17).

En efecto, Vadillo realiza una conexión entre presente y pasado. El ambiente de venganza transporta a este personaje al “28 de marzo de 1939” que también “fue una mañana soleada y azul”, un día en el que había visto a “mujeres [que] escupían” al “paso” (1967: 17) de los coches de quienes huían de Madrid y a miembros de partidos fieles a la II República que “arrojaban ahora sus carnets en las alcantarillas y se entregaban sin resistencia” (1967: 18). Dos fechas unidas por un idéntico himno: “Era el Cara al Sol, la misma canción que ahora, dos años después, entonaba la multitud congregada frente al edificio de Secretaría de FET y de las JONS” (1967: 19). El sentido falangista de la lucha en la Unión Soviética está presente también en el texto de Hernández Navarro. Alistarse no es una opción, sino una obligación de cualquiera que crea en la utilidad de la misión anticomunista. Incluso la familia del combatiente aplaude y acepta su marcha a Rusia:

Fue a mitad de la comida. Le quemaban en el pecho y en la garganta las palabras, y con un esfuerzo las pronunció al fin: “Papá, he decidido irme a Rusia”. Se hizo en la mesa el silencio y su padre tardó un instante inmensamente largo en contestar: “Lo esperaba. De no haber sido así no te habría considerado digno de ser mi hijo y me hubiese avergonzado de ti”. Su madre había permanecido silenciosa mirándole con infinita tristeza en los ojos. No lloró, seguramente para llorar a solas después (1971: 56).

Pasado el periodo de formación y mínima instrucción, los soldados partieron de España entre la exaltación de las personas que acudieron a su adiós. Entre ellas se encontraban “unas camaradas de la Sección Femenina [que] repartían flores, pastas y escapularios” (Hernández Navarro, 1971: 23) en un “Madrid [que] hervía de uniformes caquis, camisas azules y boinas rojas”, aunque este motivo carlista no sienta muy bien a aquellos falangistas a los que “amolaba la obligación de encasquetarse el «tomate» de la Unificación” (Vadillo, 1967: 36). De este acto destaca en las narraciones el aspecto sentimental de la madre que se separa de su hijo o que, en un último intento desesperado, quiere evitar que el vástago acuda a una muerte segura. El narrador de la novela de Carlos María Ydígoras comunica a su familia su marcha a Rusia por teléfono. En la estación, la madre le implora que se quede en España: “¡Hijo! ¡Hijo! (...) ¡Baja, por amor de Dios!” (1963: 37). Al no conseguirlo, provoca que ella, “cubriéndose el rostro”, deje “escapar un convulso sollozo” y que sus palabras “durante la terrible guerra (...) vendrían mil veces a gritarme la impiedad de un delito que no quise cometer” (1963: 38). El falangista de Fernando Vadillo que escuchara en la calle de Alcalá las canciones patrióticas que cantaba el gentío también se ve involucrado en una de estas lacrimosas escenas:

Alejo Solano acariciaba los cabellos negros de su madre. Le pasaba la mano por la espalda estremecida de llanto. Ella no acertaba a hablar. Estaba aturdida por el dolor. Quisiera haberle dicho muchas cosas, haberle hecho muchas recomendaciones, haberle pedido que se cuidara, que procurase esquivar la muerte, que intentara regresar a casa, volver a su lado, porque él era su único hijo (...) Tampoco él lograba pronunciar las frases que le afluían al corazón y que se paralizaban en la boca. “Volveremos a estar juntos, madre, igual que siempre. Te quiero mucho, madre, pero debo irme. Es mi obligación, mi obligación, obligación...” (1967: 40).

El jolgorio capitalino contrasta con la descripción que ofrece Paniagua de la despedida de su contingente en San Sebastián, una “ciudad [que] no estaba con nosotros” y en la que “sólo unas jóvenes esperaban nuestra marcha” (1961: 22). En cambio, en los pueblos de esta provincia y según el relato de Alfonso de Urquijo, “tuvimos la sorpresa de que en ellos había salido muchísima gente a despedirnos, especialmente en Besain y Tolosa” (1973: 250). Finalmente, el paso de Irún trasladó a los divisionarios del Estado franquista al horizonte nacionalsocialista. La ciudad fronteriza de Hendaya fue el primer punto de contacto entre los españoles y los alemanes, lugar en el que aquellos muestran su admiración por estos:

Es la fecha memorable del 18 de julio cuando cruzamos la frontera. España nos despide entusiásticamente, con música y caras bonitas, y con una magnífica paella valenciana [con la] que San Sebastián nos hace recordar las costas soleadas del Mar Nuestro. Unos minutos más y saludamos por primera vez al victorioso Ejército alemán, en Hendaya. La gendarmería alemana nos facilita el trasbordo de tren, y en tres horas largas de espera en la estación tuvimos tiempo de cenar, de ducharnos y –que no se nos olvide– de adelantar el reloj una hora (Jiménez y Malo de Molina, 1943: 13).

Aparece aquí un hecho interesante dentro de los primeros pasos divisionarios: el aseo al que se vieron obligados tras pasar a la Francia ocupada. De todos ellos, el segundo fue reseñado por Ydígoras. Para él no implicaba ningún aspecto negativo, ya que en su novela la ducha sirve para “sacudirnos el polvo recogido a través de los anchos caminos de España” (1963: 41). En cambio sí que se aprecia en otros textos cómo el acontecimiento no fue tan agradable: los españoles se quedan, según Salvador, “en cueros vivos”, quienes a la vez “tiritaban, no tanto por el frío como por la impresión de sentirse encadenados ya en la disciplina de un ejército en guerra” (1974: 40). La escena es descrita de manera gradual, desde el enfado hasta la aceptación, por Urquijo:

Me indignó que [un soldado alemán] nos tomara por piojosos y le aseguré que no teníamos ni un solo parásito, pero no me sirvió y nos llevaron a todos hasta unas duchas. Tuvimos allí las primeras pruebas de la organización germana. Nos obligaron a desnudarnos por completo en una sala de espera, y tuvimos que colocar la ropa en una percha, todos en forma idéntica, que nos explicaron: primero la camisa, luego el pantalón y la guerrera, los calcetines metidos en determinado bolsillo, etc. Cada percha tenía un número, y nos colocaron una chapa con la misma cifra colgada al cuello. La ropa la llevaron a la desinfección. Después nos fueron conduciendo en grupos, teniendo que pasar por tiendas de lona y pasadizos mal iluminados, en los cuales daba miedo caer al suelo, hasta las duchas. Resultó agradable meterse bajo el chorro de agua tibia. No sé si la añadirían algún producto contra los piojos, pero yo no noté nada. Nos dieron a cada uno una toalla limpia para secarnos (1973: 251).

Y Vadillo expresa con ahínco su enfado:

Pero fue minutos más tarde cuando los voluntarios tuvieron motivo para maldecir a la eficiente organización sanitaria del Ejército del III Reich. Los metieron en los sótanos del antiguo hotel, y allí, bajo enormes duchas de agua hirviendo, les escocieron la piel por riguroso turno. Mientras unas Compañías chapoteaban dentro lanzando alaridos, otras aguardaban fuera, tiritando de frío, soltando tacos, con el trasero a la intemperie y las manos en función de hojas de parra (1967: 52).

Tras la parada en Hendaya prosiguió el viaje por la nación gala. Los españoles, que esperaban el pláacet, o al menos el silencio, de los ciudadanos del lugar, se encontraron con gestos hostiles a su paso. Farré Albiñana cree en lo primero al comenzar la marcha, ya que al pasar por “Dax y Lamothe saludamos alegres zarandeando en el aire nuestras boinas, creyendo que la gente participaba de nuestras impresiones y estado de ánimo” (1949: 59). Más adelante, descubre cómo la “población civil se sorprendió de nuestra fogosidad y canciones. Tenían aire de indiferentes pero estaban apesadumbrados” (1949: 60). El recibimiento especial que sufrieron es advertido por la mayoría de los textos: Hernández Navarro señala cómo “Francia comenzó a atravesarse entre caras hostiles. Había quien saludaba puño en alto”, un recibimiento que se ve apoyado por la pasividad de las autoridades alemanas y ante el que ninguno de los divisionarios “comprendía” cómo “en un país ocupado hubiese tanta libertad, pues el saludar puño en alto al tren no era una excepción, sino una norma” (1971: 25). La respuesta no se hizo esperar y los “falangistas cantaban (...) [unas] canciones [que] tenían más fuerza que los puños hostiles” (1971: 25). Para Salvador, la réplica no se queda en las tonadillas de los miembros del partido ya que algún *guripa* llega a la agresión física:

Volvieron a la estación con tiempo para organizar la salida. Se había reunido una gran muchedumbre, silenciosa, donde no era nada extraño el ver surgir un puño cerrado, saludando a lo moscovita, entre la indiferencia de los alemanes (...) Solamente con el tren en marcha, cuando únicamente cabía el intercambio de insultos, los obreros franceses levantaron los puños y escupieron sus resentimientos. Alguien se propasó en español y un voluntario, desde su ventanilla, le rompió una botella en la cabeza. ¡Vaya por Dios! (1974: 43).

Este mismo incidente, con la variante del agresor fuera del tren, es narrado por Rodrigo Royo:

Algunos soldados juntaron su capital y, entre media docena pudieron comprar una botella de sidra. La sidra era mala, según dijeron, pero la botella era bastante buena, o, al menos, bastante pesada y de cierta utilidad. Cuando el tren arrancaba, un francés, en el andén, blasfemó en español. Yo no sé si aquel hombre era francés o español, pero el voluntario que llevaba la botella, sin pararse a averiguar la nacionalidad del blasfemo, se apeó tranquilamente, porque el tren salía con mucha lentitud, se aproximó lleno de serenidad y de buen humor a él y le rompió la botella en la cabeza, como quien dice buenos días. Nosotros le aplaudimos desde las ventanillas y el voluntario volvió a coger el tren, que comenzaba a acelerar su marcha. El francés, con la cabeza en dos, se dio a jurar y a blasfemar en su idioma; pero la mayoría de los divisionarios no entendían el idioma de Racine (1944: 23).

Incluso Ridruejo, que en las paradas hace “provisiones de guijarros” para responder a las pedradas, llega a señalar cómo “en una ocasión un guardia civil nervioso deja escapar un tiro de pistola” (2013: 64). Vadillo narra la detención de uno de los maquinistas franceses que avisa a los vecinos de una de las localidades de paso del tipo de personal que llevaba en sus convoyes mediante el siguiente grito: “¡Apedrearles [sic], que son españoles!” (1967: 61). Urquijo escucha “algún insulto en nuestro propio idioma, prueba de que entre ellos había compatriotas exiliados desde la guerra civil” (1973: 252). Y Jiménez y Malo de Molina identifica no solo a los indígenas o alguna voz en español, sino a republicanos entre quienes les increpan. En este fragmento es llamativa la subversión que realiza respecto a dos conceptos: los exiliados son vistos como “huidos” y la democracia pasa a ser “revolucionaria”:

Por segunda vez amanece el sol francés, sin brillar, detrás de unas nubes grisáceas, y se oculta para no ver las señales de disconformidad y desagrado que nos hacen algunos franceses y españoles huidos, emperrados en su trilogía revolucionaria: “Liberté, Egalité, Fraternité”, y de la cual nos demuestran que tampoco están conformes al apedrear nuestro paso, sin ninguna fraternidad para los que van a luchar contra el enemigo común de Europa; sin ninguna igualdad para los que son iguales a ellos, y sin ninguna libertad para los que creen firmemente en el Nuevo Orden Totalitario (1943: 15).

Paniagua, respecto al encuentro entre españoles en Francia, narra un episodio inédito incluso en la propia historiografía del grupo: según el autor, los soldados y los expatriados confraternizaron a pesar de sus diferencias ideológicas. Aunque es difícil creer que así fuera, es reseñable por su excepcionalidad en la literatura divisionaria y el ímpetu de reconciliación que guardan sus palabras, siempre entendidas dentro de los parámetros del franquismo:

Porque en aquella Francia que habíamos dejado atrás encontrábamos españoles que, no sé por qué, no volvían a su patria, que esperaban nuestro paso en las estaciones y podíamos ver en sus ojos la alegría del encuentro con gente de su país (...) En verdad, nada he visto tan emocionante en mi vida de innumerables emociones como contemplar abrazados a un comunista, o socialista, con un miembro de la División Azul (...) Había una tristeza infinita en aquellos hombres, en aquellas mujeres, abandonados a su suerte, fuera de su patria, en un país que primero les mandó fusiles y después les recibió con vara, tras haber perdido la guerra, cuando ya no podían hacerle más pedidos... Y miraban al tren con ganas de subir (1961: 44).

Y, aunque rompa con la temporalidad del relato, es interesante observar el contraste que supuso el paso por Francia al regresar la División Azul. Si el paso hacia el Este fue hostil, la vuelta hacia el Oeste fue discreto y fugaz:

La travesía de Francia fue rapidísima. Los magníficos ferrocarriles electrificados y la prolongada llanura eran favorables a nuestra marcha. Aquella noche, a causa del fuerte resfriado que cogí en Hof al cambiar de uniforme, apenas dormí. Mas a pesar de aquella forzada vela, ni cuenta podía darme de las poblaciones que atravesábamos, pues todas ellas se hallaban en tinieblas. El tren volaba más que corría. No se detenía en la mayor parte de las estaciones (Armengol Vega, 1964: 131).

De regreso al verano de 1941, el panorama cambia al atravesar la frontera del Tercer Reich, el supuesto paraíso en el que Hitler había iniciado el proceso de *nazificación* del continente. La admiración por el paisaje que les rodea y el recibimiento de sus gentes se suma a la satisfacción producida por formar parte de las tropas destinadas a marcar una nueva época milenaria. Como comenta Tomás Salvador en su novela, los divisionarios dejan atrás a sus enemigos para entrar en el deseado edén germano:

La más importante señal de la nueva tierra la ofrecía el aspecto de los habitantes. El gesto indiferente y hostil de los franceses había sido sustituido por una alegría casi infantil. Muchachitas madrugadoras corrían a lo largo de las vías ofreciendo su sonrisa y la visión de su rubia cabellera castigada por el viento. Mocetones tan algo como soldados españoles, y con pocos menos años, largaban sus cometas adornadas con banderines españoles (1974: 47).

Como ha señalado Núñez Seixas, la “fascinación por la acogida dispensada por la población civil alemana desde, al menos Karlsruhe, es un tópico de las memorias divisionarias y de los relatos coetáneos” (2013: 65, nota 75). El mismo autor ha recogido el testimonio de una testigo germana que da cuenta del cambio de panorama entre las dos naciones de paso:

Cuando ellos [los españoles] viajaron entonces al frente y pasaron por Karlsruhe, nosotras, las chicas alemanas, sentíamos una gran alegría y queríamos ver a los voluntarios españoles. Todos ellos nos parecieron muy simpáticos, pero por desgracia no nos pudimos entender bien. Tenía el deseo de mantener correspondencia con un español simpático, y le di mi dirección con una foto mía a un camarada español. Tras algunas semanas recibí una amable carta. Por desgracia no sé español, pero me la hice leer por un conocido que dominaba ese idioma. Le contesté entonces, y tras algún tiempo me escribió el cabo Isidro Morales otra vez en idioma francés, ya que en la enseñanza media he aprendido francés (Núñez Seixas, 2016: 142).

Así, el punto de partida de la aventura azul en Alemania puede situarse en dicha ciudad. El propio Salvador habla de cómo en el lugar “había una enorme muchedumbre, una nutrida representación de uniformes, gallardetes y, lo que era bueno, unas mesas hábilmente dispuestas y soberbiamente aderezadas” (1974: 48). Hernández Navarro destaca, en términos similares a los de este autor, la decoración y el banquete que les fue ofrecido: “La estación estaba adornada con ramas verdes y banderas de España y Alemania. En uno de los andenes, mesas y sillas de madera. En las mesas, cubiertos de estaño. En uno de los extremos, una pequeña tribuna, y al fondo, una banda de aviación tocando marchas militares” (1971: 26). Allí confraternizaron con las mujeres que les atendieron y que, según Farré Albiñana en tono fanfarrón, les dieron “sus direcciones y fotos y se hicieron con flechas y alguna palmada cariñosa” (1949: 66). La identificación del pueblo alemán con los divisionarios es resaltada por Ydígoras. Al final de este fragmento puede adivinarse cierto resentimiento en el autor, ya que no eran tantos los españoles que iban a luchar con los germanos:

Eran las dos de la tarde cuando llegamos a Karlsruhe, donde tendría lugar el recibimiento oficial que nos dispensaban las autoridades tudescas. Un mundo de admiración y reconocimiento burbujeaba en aquella estación alemana. Muchachas de rústica sensualidad y mocetones fuertes y descalzos de la *Hitler Junger* [sic]; señoras que, recordando al hijo que en Rusia luchaba o ya había muerto, lloraban y nos besaban, y hombres que entre abrazos nos agradecían que fuésemos tan pocos y tan lejos a echarnos sobre la nieve junto a los hombres de su raza (1963: 43).

Y Urquijo también recordó el banquete con especial emotividad:

Paramos a desayunar en Carlsruhe [sic], donde nos hicieron un recibimiento apoteósico, superior a todo lo imaginado. Una buena banda de música tocaba aires marciales, sin olvidar tampoco *La Paloma*. Unas chicas muy guapas se acercaron a darnos flores, caramelos y pitillos alemanes de marca *Juno*. Nuestros voluntarios estaban con [los] ojos abiertos como platos. ¡Era mucha Alemania aquella! Algunos ligaron inmediatamente con las alemanitas, regalándoles sus boinas rojas, sus emblemas falangistas, e incluso estampas con Cristos o Vírgenes patronas de sus pueblos. El desayuno que nos dieron nos pareció magnífico, con pan blanco, mantequilla y jalea de grosella. Cuando arrancamos nos vitorearon (1973: 252).

Pero la mayor satisfacción la sintieron con su establecimiento en Grafenwöhr, donde realizaron la instrucción previa a la partida para el combate. Antes de observar

cómo apreciaron sus instalaciones, es interesante ver la descripción idealizada de José Luis Gómez Tello sobre Baviera, la región en la que se situaba el campamento. Resalta los valores tradicionales con los que los *guripas* se identificaban fácilmente:

En verdad, apenas si Baviera es otra cosa que una provincianita, adornada con el rococó, más bávaro que cualquier otro estilo, sin pretensiones, aunque con muchas vanidades: los vidrios bien limpios, las maderas bien fregadas y los cobres brillantes. Y las iglesias caras –blancas y doradas–, con una música azul y un incienso alto. Y las casas, con el olor de las manzanas de Ansbach. Y los relojes, que cuentan el tiempo con la misma melodía que hace cuatrocientos años. “Kirche, Kuss, Kuche”: Iglesia, amor, hogar. Las tres K, que la blanda poesía señala como virtudes de estas doncellitas ruborosas de Baviera. Un poco más, un poco menos, amigos. En todo caso, ellas son las tres notas de la canción apacible de Baviera (1945: 15).

Ya, sobre el campamento, se señala su belleza “con sus calles amplias y limpias, afortunadamente abiertas al tráfico civil”, en las que los divisionarios asistían a espectáculos tan repentinos para ellos como el ver a “alguna monja en bicicleta, que nos dejaba un tanto asombrados (entonces no habíamos visto todavía a Ingrid Bergman boxeando con hábito impecable ni a Bing Crosby cantando *slow* con sotana)” (Blanco, 1954: 11-12)²²⁷. En la novela de Hernández Navarro un *guripa* advierte a otros, que han llegado días más tarde, sobre la belleza del lugar y las ventajas de estar allí: “Esto es hermoso. Ya veréis qué cuartel. Un pabellón por compañía con habitaciones para cada pelotón. Tendréis cerca una cantina para vuestro batallón, donde el medio litro de cerveza cuesta tan sólo unos céntimos” (1971: 29). Aunque uno de los activos más interesantes del campamento es la tranquilidad que allí encuentran, elemento que iba en dirección contraria a los escenarios que el conflicto estaba dispuesto a brindarles: “Hasta las gaviotas se habían callado y parecía mentira que, en unos cuantos kilómetros a la redonda, hubiese miles de hombres haciendo antesala para la guerra” (1971: 34). A esta paz del soldado, por otra parte, se une la vida en comunidad que ofrecen las tabernas, donde los voluntarios pasan gran parte de su tiempo de ocio: “Las cantinas eran lugares de reunión, refugio, descanso; ágoras de libre discusión, mercadillos de variado cambalache y templo de resonancia de camiones no siempre edificantes” (Salvador, 1974: 56).

²²⁷ Evidentemente, el autor se refiere a la película navideña *The Bells of St. Mary's*, dirigida por Leo McCarey y protagonizada por los aludidos Ingrid Bergman y Bing Crosby. La película data de 1945, de ahí que el comentario de Blanco tenga todo el sentido de extrañeza ante la curiosa estampa que observan.

Pero en Grafenwöhr tiene lugar uno de los incidentes políticos de mayor incidencia en la historia de la unidad: la jura de bandera. Al contrario de lo que pudiera pensarse, el hecho de comprometerse con el líder del nacionalsocialismo no es un hecho que provoque desagrado en el divisionario, ni que mucho menos se oculte. Se puede extraer del conjunto del corpus que, al igual que se exige de responsabilidad al voluntario en los crímenes nazis, el soldado español tiene clara su misión única en la lucha contra el comunismo. Además, realizarlo en el que consideraban el ejército más poderoso existente, sirviendo a un sistema político que propugnaba un nuevo orden en Europa del cual muchos de ellos eran confesos apologetas, completa su extensa y, en algunos casos, laureada trayectoria fascista. Con ese acto, como relata Carlos María Ydígoras, los voluntarios “prometeríamos aquel día fidelidad en la lucha contra el comunismo y lealtad al Führer” (1963: 46), un hecho que sorprende a Jaime Farré Albiñana, que no “concebí[a] que quince mil españoles pudieran guardar tan largo silencio y que contestaran tan atronadoramente: Sí, juro” (1949: 81). El grito del juramento, según Urquijo, “un verdadero clamor, pues lo hicimos simultáneamente” (1973. 257) es el momento central de una ceremonia que, para Juan Eugenio Blanco, “desde el punto de vista espectacular, no fue ninguna maravilla por parte de nosotros (1954: 13-14) y que sirve, en las palabras de Víctor José Jiménez y Malo de Molina, para renovar “nuestra fe y nuestro entusiasmo para la lucha” (1943: 29). Al protagonista de *Ida y vuelta* “le silbó todo el día en las orejas el «sí juro» atronador de las dieciocho mil gargantas y el resonar de la tierra cuando la División desfiló en bloques de regimiento” y fue el motivo para escribir “una larga carta a su casa contando todos los detalles” (Hernández Navarro, 1971: 38). Es un hecho que, en el relato divisionario, no tiene connotaciones negativas y que se realiza con plena voluntad:

Mandaron otra vez firmes y tras un carraspeo de los altavoces un alto oficial español leyó la fórmula del juramento. Donato no podría recordar enteramente lo escuchado, pero sí que se pedía obediencia ciega al Führer alemán en su lucha contra el comunismo. Y gritó: ¡Sí, juro! cuando lo gritaron todos. Fue un alarido estentóreo. Un enorme silencio cayó después (Salvador, 1974: 65).

Como sucede con otros tópicos de la literatura de los voluntarios, Eleuterio Paniagua rompe con la homogeneidad del discurso al describir el acto desde un punto de vista opuesto al de varios de sus camaradas: “Y llegó el día en que hubo que prestar juramento de fidelidad a Hitler y al ejército alemán, en solemne parada. Con esto, me

pareció perder un poco mi condición de soldado español y hasta hubiera sido posible que, de haberlo sabido antes, no hubiera salido de España” (1961: 58).

Grafenwöhr se convirtió, gracias a este hecho, pero también a todo el periodo de instrucción de la División Azul, en un lugar de referencia a la hora de recordar a la unidad. Tanto fue así, que al marchar los españoles se atreven a ponerse copleros y despedirse del lugar como de España lo hiciera Antonio Molina: “En los vagones, los voluntarios cantaban: «Adiós, Grafenwer [sic], Grafenwer de mi querer, mi querer– Adiós Grafenwer, cuando te volveré a ver...»” (1970: 64). Incluso el voluntario Juan Eugenio Blanco va más allá al enlazar el campamento con la actualidad de su tiempo y referirse a él en el nuevo uso que como base militar para los Estados Unidos fue empleado en la década de 1950. Equipara su nuevo papel al que tuvo para los españoles, en otro ejemplo más del conocido lema por el cual *España tenía razón*: “hoy [es el] cuartel general avanzado de las tropas americanas de ocupación en Europa. En los mismos cuarteles, con las misma misión que nosotros hace diez años, hombres (...) de todos los Estados Unidos, velan armas entre las hordas de Stalin” (1954: 14)²²⁸.

Cuando la actividad finalizó allí el 23 de agosto los divisionarios partieron hacia el frente oriental. El grupo cubrió los últimos mil kilómetros que le separaban de Rusia a pie, un acto que, a lo largo de un mes, fue la primera dura prueba que el combate contra el comunismo iba a proponerles. Más allá de las bajas humanas y animales, los azules no guardan un buen recuerdo de la experiencia: “Eso de marchar tiene mucha miga, sí señor. Porque empieza uno el día andando y lo termina de la misma manera. Acaso sea innecesario advertirlo, por lo menos me parece a mí, que estoy de marchas... hasta el cogote” (Salvador, 1974: 98). No es extraño que reaccionen así los soldados, sobre todo si se tienen en consideración las condiciones para realizar la marcha:

Ahora se trataba de caminar por una mala carretera de grava, con cuarenta kilos de peso auestas, el fusil terciado sobre los hombros, el torso inclinado bajo la mochila, la manta y el impermeable arrollados, y la careta antigás, la pala, el machete, las dos bombas de mano, las cartucheras, y, por si fuera poco, el par de cajas metálicas de municionamiento (Vadillo, 1967: 125).

²²⁸ *España tenía razón* (1949) es un ensayo publicado por el diplomático español José María Doussinague en un contexto de aislamiento internacional para España pero en el que la geopolítica comenzaba a configurar los dos grandes bloques que protagonizarían la Guerra Fría. Como ha señalad A. J. Leonart y Anselm (1985: XII) la razón de España se establecía, en el contexto señalado, como la razón “oficial” frente a la razón “real”, que era nula.

Aunque las quejas se suceden, también algunos enfrentan la caminata como una última prueba que los aliados alemanes les imponen: “La marcha de entrenamiento parecía ser una prueba final impuesta por el mando del Reich, sin vencer la cual nadie podría doctorarse en el derecho a hacer la guerra” (Hernández Navarro, 1971: 41). Y para otros es la oportunidad de poner su ingenio al servicio de sus camaradas:

A alguien se le ocurrió inflar los preservativos que nos dieron incluidos en el equipo alemán, y colocárselos en el casco, a modo de cuernos. Como por arte de magia, miles de globitos surgieron a lo largo de los ocho kilómetros que alcanzaba la División en marcha. Aparecieron en lo alto de los camiones; en las orejas y atados a las partes íntimas de los animales; en los fusiles, en los cañones. Y no faltó algún audaz que ató una docena de ellos al parachoques trasero de un coche de mando (Ydígoras, 1963: 52).

Incluso existe el testimonio de quienes fueron en las unidades motorizadas, en los que se denota cierta *culpa* por no haber compartido el destino pedestre con sus compañeros: “me da vergüenza hablar de «las marchas» (...) porque yo no las hice” (Blanco, 1954: 14). Estos soldados *privilegiados* están condenados a aguantar los reproches de sus compañeros caminantes, con quienes llegan a tener algún incidente a causa de su comodidad:

[Tuve] que soportar la mirada mixta de desprecio y envidia que dirigían al confortable interior del Hudson que arrastraba mi pieza y llevaba a sus servidores –un servidor entre ellos– cuantos miembros de la fiel Infantería pasaban a nuestro lado cargados con su monstruosa impedimenta, desaliñados, sudorosos y barbudos. Por más sinceridad o teatro que le echásemos a la mirada con que correspondíamos, mezcla de admiración, comprensión y lástima, no enternecíamos a los aspeados infantes; reconociéndonos “culpables” hacíamos como si no escuchásemos sus frases irónicas –no muy finas– dejándonos resbalar por el asiento hasta perderlos de vista. Claro que nuestra “diplomacia” no tuvo éxito en alguna ocasión y los decisivos tortazos sonaron de cuando en cuando por aquellas carreteras (1954: 14-15).

Ridruejo, que también evitó realizar la marcha a pie, expresa su ventaja, en un principio, desde el parámetro opuesto. Para él, quienes hacen el camino paso a paso “nos dan envidia” ya que “nuestra marcha cómoda pero confinada y veloz nos parece triste en comparación con la suya” (2013: 97). Rápidamente estp se queda en nada cuando observa a los compañeros “que salieron antes y que van cansados, con los pies doloridos” (2013: 97) y que terminan le generan lástima:

Los próximos camaradas que hayamos de adelantar nos moverán más bien a compasión, calados hasta los huesos, mal defendidos por el impermeable de reglamento que es un trozo triangular de tela pintada de bosque –camuflaje que finge tierra y ramas– y que unido con otros sirve para montar una tienda de campaña. Las figuras bajo ella parecen jorobadas y campaniformes (2013: 98).

Principalmente, “aquella marcha de mil trescientos kilómetros, de la que tanto maldijimos y ahora tanto daríamos volver a hacer” (Royo, 1944: 95), además de convertirse en un tópico más de la literatura divisionaria, sirve para que los azules observen el panorama de destrucción que les rodea. Sin ella, no hubieran mostrado del mismo modo la empatía que generó en ellos la invadida Polonia. Tampoco habrían conocido la huella que la guerra había dejado por los lugares que pisaban ni sido conscientes de la situación de la población judía, que se observará cuando se trate esta cuestión en especial.

Pero sí cabe señalar la identificación con los ciudadanos polacos fue inmediata, a pesar de que se encuentran ejemplos como el de García Luna, que señala cómo “los polacos nos reciben unas veces regular y otras no tan bien” (1959: 29). La conexión a través del credo común permite, según Hernández Navarro, que a los divisionarios se les reciba “bien en todas partes. La catolicidad de todas las gentes del país y la suya les unía casi sin reserva” (1971: 42), y, según Valdés y Menéndez Valdés, la confianza total se demuestra a través de “la exclamación «¡Spanis[ch] catolic [sic]!» a la vista del escudo rojo y gualda, [que] eliminaba la prevención odiosa hacia el uniforme alemán” (1960: 54), Ydígoras también destaca cómo el lugar les recordaba su patria: “Un amanecer iniciamos las marchas a través de unas extensiones hitadas de castillos y pozos artesianos, muy parecidos a los de nuestra patria. Era Polonia” (1963: 51). Aunque, para este autor, la hospitalidad que encuentran entre los habitantes, que “nos ofrecían flores y medallas”, puede no ser de fiar ya “que quizá sólo viesan en nosotros el uniforme verde de los invasores” (1963: 51). Pero la simpatía por la nación destruida, como muestra Salvador, es la norma general:

El que más y el que menos sentía un profundo respeto por Polonia la mártir, la insensata, la desgranada, la católica. Recordaban su fulminante derrota meses antes, o años quizá, la que, sin embargo, no había manchado su nombre (...) Los polacos parecían, y eran en realidad, gentes de otra raza. Barracuda recordó que eran católicos y todos se alegraron, sin saber bien por qué y de qué (1974: 86).

Jiménez y Malo de Molina resalta también la solidaridad que se establece a través del vínculo religioso:

Nos chocó en la población la iglesia, que estaba abierta al culto, y que todo el mundo, mujeres, hombres y niños, casi todos de bajísima esfera social, se descubrían respetuosamente al pasar ante la Casa de Dios. Recordamos en los corrillos que se formaban, bien en cabeza de la columna, bien en la cola, que Polonia era y había sido siempre eminentemente católica. Esta afirmación la ratificamos al encontrarnos por todo el camino cruces más o menos rústicas que pregonaban el reinado del Creador (1943: 36).

Incluso destacaron cómo los polacos compartieron con ellos la poca comida que tenían. En los textos puede detectarse cómo esta relación, más que en el plano solidario, se establecía por el temor de la población al invasor. Así, Rodrigo Royo habla de cómo en un principio la norma era escuchar de ellos que no tenían nada para ver cómo “luego, insistiéndoles un poco, se arrepentían y nos llenaban la cantimplora de leche y nos daban huevos y trozos de pan de centeno” (1944: 98). A pesar de conseguir así los alimentos, este voluntario identifica el acto con la bondad de estas personas:

Los campesinos polacos eran buenas gentes, compasivos y dulces, con aquel hablar gangoso que parecía un canturreo y del que todos aprendimos la tonadilla y la letra del estribillo (...) Con frecuencia salían de sus casas para vernos pasar, y recuerdo que una vez, en el momento del descanso, pedimos agua a un labrador, cerca ya de la frontera rusa. El agua estaba abundantísima a las orillas de la carretera, pero nos tenían prohibido beberla por las muchas enfermedades. El labrador nos dio a entender que no tenía agua, como no fuera aquella de los charcos, pero nos sacó para refrescarnos un cesto grande de manzanas (1944: 98).

José Luis Gómez Tello observa, dentro del desastre del país, a un grupo de gentes que formaban “el cortejo de una boda”, una alegría protagonizada por “campesinos jóvenes –todavía pertenecientes a la civilización–, con sus barbas rubias, sus camisas abotonadas en el cuello, sus chaquetas bohemias de terciopelo y sus botas de charoles brillantes” (1945: 40). Esta imagen contrastaba con el horror que formaba parte del paisaje común:

En otro pueblo arrasado me cruzo con un entierro. La familia polaca lleva a sus muertos al cementerio, que está a un lado del camino, como un jardín de cruces y estelas de piedra. Preceden la comitiva dos sacerdotes ortodoxos. Un campesino lleva en alto grandes banderas blancas. Los amigos, vestidos de

luto –un luto oriental, absoluto–, rodean a una mujer envuelta en velos. Faroles e iconos de oros martillados, en sus manos. Y yo no necesito saber lo que dicen sus voces y sus cantos. Porque hay en ellos algo que no se puede traducir. Es el ritmo impresionante de la muerte, que es igual en todas partes (1945: 40).

Y la penosa situación que vivió la nación fue señalada también por Paniagua, quien la veía como la “Polonia hambrienta, mal vestida y peor calzada” (1961: 298) y que había sido “engañada antes y después de la guerra, azuzada, olvidada y, finalmente, vendida” (1961: 117). Incluso sus palabras fueron más allá y en ellas podía entenderse un leve atisbo de denuncia al mismo tiempo que resaltó el distinguido papel de los españoles:

¡Qué malos amigos y enemigos tuvo la querida Polonia! La Polonia que no salía de su asombro viendo que soldados exteriormente iguales a otros, por lo menos en sus uniformes, sabían tratar sin distingos, de la misma forma, al hombre que llevaba en su chaquetón el círculo amarillo, descubriendo su condición de ruso, a la mujer o al hombre con la estrella de David en su brazo, pregonando su origen judío, que a aquellas otras gentes que rezaban con nuestras oraciones (1961: 117).

5.3.3. El compañero de armas: el soldado alemán

La animadversión que mostraban los españoles por el comunismo soviético era inversamente proporcional a la admiración que, principalmente aquellos que creían firmemente en el fascismo español, sentían por el nacionalsocialismo alemán, ya que, como ha señalado Núñez Seixas, el país teutón “era la suma de muchas virtudes anheladas por los fascistas españoles” (2016: 139). El modelo social propuesto por Adolf Hitler, basado en el recuerdo y el enaltecimiento de los valores legendarios de la patria, inspirado en la superioridad racial que abogaba por la exclusión de todas las y la implantación a nivel mundial de un nuevo orden totalitario en Europa era leído por un porcentaje considerable de falangistas como el futuro del viejo continente. A la motivación de luchar contra la Rusia soviética en su propio hogar se unía, como aliciente para alistarse en los banderines de enganche, la posibilidad de formar parte de la deslumbrante *Wehrmacht*, compañera de armas durante la Guerra Civil. El camarada alemán solicitaba la ayuda de sus aliados y esta petición fue escuchada y aceptada sin rechistar por muchos de sus fervientes admiradores entre la población española. Debido a esta experiencia, los

divisionarios han legado una imagen concreta del nazismo en la literatura española de las décadas de 1940 y 1950. Al abarcar una temporalidad mayor que la de su propia existencia, la admiración de los voluntarios por Alemania pudo verse modulada por las atrocidades que el sistema ejecutó en los años anteriores y durante la contienda. Pero también generó en los hombres de azul una empatía hacia aquellos que consideraban sus hermanos en la batalla. Dentro de esta fascinación por el país teutón es interesante la distinción que ha realizado Ulrike Pfeifer entre germanofilia y filonazismo en los escritores de la División Azul. Mientras se entenderá el primero de los términos como “toda simpatía o admiración por lo alemán” (2012: 5), que puede llegar desde el simple interés hasta la inmersión en el mundo germano, el segundo “se refleja concretamente en la simpatía por la ideología nacionalsocialista, por sus adeptos y desde luego por su líder” (2012: 18). Tal y como muestra el trabajo de la autora no todos los escritores que alabaron a Alemania mostraron una abierta preferencia por el nazismo ni todos los que hicieron lo mismo con la ideología hitleriana sintieron inclinaciones germanas. Del mismo modo, otros autores mostraron su fidelidad tanto al país como al Reich, a la par que la dedicación de algunas plumas al tema fue meramente descriptiva²²⁹. El rasgo crucial respecto a este ítem es la percepción que de Alemania, del nacionalsocialismo y sus personajes reflejaron los divisionarios en sus textos, ya que este hecho fue un aporte más en la línea discursiva sobre el nazismo en el franquismo. Es en este aspecto en el que la mezcla que propició la incorporación de los españoles al *Heer* toma importancia: gracias a las ideas preconcebidas y al contacto cotidiano con los soldados alemanes, los españoles mostraron una imagen comparatista de ellos mismos con el *doiche* basada en estereotipos de opuestos que se repiten en gran parte de los escritos:

Los españoles resultarían ser, así, un contrapunto amable y divertido a la rigidez y crueldad *intrínsecamente* teutonas. Ello se basaba, como todo estereotipo, en ciertas bases verosímiles. Hay evidencias documentales que prueban la constante incompreensión de los mandos y enlaces alemanes, sobre

²²⁹ “La germanofilia de las bases falangistas, pero también de simpatizantes de la coalición antirrepublicana de 1936 que constituía la base sociológica de apoyo al régimen franquista, se expresaba por ejemplo en las decenas de cartas de felicitación que recibió la Embajada alemana en Madrid en fechas como la capitulación de Francia, los cumpleaños de Adolf Hitler o el comienzo de la Operación Barbarroja. Pero aquella germanofilia no era excepcional, ni privativa de los fascistas. Católicos de comunión diaria y hasta curas párrocos rurales veían en las tropas de la Wehrmacht una suerte de instrumento divino que servía de nuevo Arcángel San Miguel para derrotar al *maligno*, personificado en la Unión Soviética y el comunismo ateo, pero también en la *pérfida Albión* y sus aliados demócratas. El ser aliado de la derrota final del *Anticristo* soviético contribuiría involuntariamente, tal era la esperanza del ultracatolicismo hispánico, a que a su vez la ata Alemania nazi se redimiese de su pecado original: la conversión del III Reich a la única Verdad llegaría cuando éste aplastase a la *Bestia*” (Núñez Seixas, 2005b: 22-23).

todo de los situados en retaguardia, hacia el comportamiento ruidoso, descuidado en las formas, juerguista y poco respetuoso del orden, la limpieza o la higiene de los soldados y, lo que les era aún más chocante, de los propios oficiales españoles, cuya afición al vino y la buena comida contrastaba con la prusiana ética militar que imperaba en la Wehrmacht. Y es igualmente cierto que ese contraste era incluso objeto de chanza entre los círculos diplomáticos de los aliados del III Reich. Ejemplos genéricamente semejantes, con todo, también se pueden citar acerca de los soldados de otras nacionalidades combatientes en el frente ruso al lado de los alemanes (Núñez Seixas, 2005a: 105).

El divisionario, al entrar en contacto con los compañeros germanos, fue consciente de que estos se consideraban superiores a él y que en ocasiones le trataban como un ser inferior a ellos –al igual que les sucedía con el resto de aliados– (Rodríguez Jiménez, 2007: 195). A pesar de este detalle, el *guripa* admiró a Alemania, a su líder, a sus camaradas e incluso, hacia estos últimos, supo revertir la situación inicial al conseguir su admiración. El edén que significó el Tercer Reich es señalado por Errando Vilar: “[n]uestro viaje por Alemania fue algo inolvidable. Llenas las estaciones. Bandas de música. Banderas. Una multitud entusiasta aclamaba a Hitler y a Franco. Aprendieron a saludarnos gritando: «¡Arriba España!»” (2010: 16). El recibimiento del pueblo a aquellos españoles que iban a luchar por su país, unido al orden que allí encontraban y el contraste que esto suponía con el depauperado espacio de posguerra que dejaron atrás, les hizo pensar que “lo que sí sugiere la palabra *civilización* es Alemania, con los campos tan bien cultivados que el trigo parecía un adorno amarillo, y los bosques, parques; y no digamos nada de las carreteras y las estaciones de ferrocarril” (Romero, 1957: 181). La asociación del concepto “civilización” con Alemania es idéntico al que en la década anterior había vinculado al “paraíso” con la Unión Soviética y que, en un giro de ciento ochenta grados, permite afirmar al combatiente español que al salir hacia la URSS van “camino de la frontera entre la civilización y la barbarie” (Jiménez y Malo de Molina, 1943: 29).

Toda esta idílica visión de Alemania, que hacía que a su paso por la capital de la nación en tren, camino del frente, el “solo nombre de Berlín” llevara “a muchos camaradas por las portezuelas” (Salvador, 1974: 84), venía complementada por la admiración que ciertos voluntarios sentían por el nacionalsocialismo. Este, aliado de los sublevados durante la Guerra Civil, ya se había encargado de ejercer su labor propagandística en España durante el periodo de 1939 a 1941, aunque la percepción que logró dejar en muchos de los protagonistas de tal aventura –antes de su comienzo– fuera, tal y como ha señalado Núñez Seixas (2005b: 24) tan abstracta que no permitió que

hubiera ningún tipo de proyecto español que pudiera bautizarse bajo los parámetros más cercanos al nazismo²³⁰. A pesar de que muchos divisionarios, si hubieran sido preguntados sobre qué entendían ellos por nacionalsocialismo no hubieran tenido una respuesta concreta, sí que es cierto que otros ya habían tenido un contacto directo con los dirigentes del mismo, debido a su cercanía a las jerarquías franquistas. Este es el caso, por ejemplo, de Ridruejo, quien “se destaca en los ambientes políticos, conspirativos de café y restaurante, por ser uno de los más radicales partidarios de los *nazis* entre los suyos” (Reverte, 2011: 27). La exculpación ya anunciada del evadido a Checoslovaquia Alberto de Lavedán insiste en la nula implicación de los españoles de la División Azul en los actos nacionalsocialistas al justificar la voluntariedad -de ya demostrados inverosímiles cifras- de los enrolados y se inscribe en la vertiente desarrollada en el subgénero que “insiste en que los españoles lucharon *junto a* la Alemania nazi, pero no *con o por* el III Reich, sino contra un enemigo común, la URSS, en nombre de la defensa de la civilización occidental y *europaea*, de la revancha de la Guerra Civil frente al comunismo soviético, y de los eternos valores católicos” (Núñez Seixas, 2005a: 95), tal y como defiende el autor:

No se trató entonces de admiración hacia Alemania, pues del 80 al 90 por ciento de los alistados en aquella gloriosa unidad, desconocía, casi totalmente, el proceso, lucha por el poder, estructuración política, social, racista y financiera del partido acaudillado por el Führer. Muy pocos habían leído el *Mein Kampf* [sic] (...) Salvo reducidos grupos de intelectuales, jerarquías del Movimiento y periodistas, muchos de ellos contando en su haber con contactos personales en Alemania, y habiendo estudiado a fondo su panorama general desde el triunfo de Hitler; salvo esos grupos -repito-, la gran masa de la División Azul acudió, con entusiasmo encendido, elevado espíritu y ansias inmensas a alistarse, llevando grabada en su corazón esta frase: RUSIA ES CULPABLE (Lavedán, 1959: 13-14).

Pero más allá del filonazismo que pudiera existir en algunos autores, el punto más fuerte en relación a la percepción que el *guripa* legó de su experiencia fue el contacto directo con los soldados de la *Wehrmacht*, sus queridos y, no en pocas ocasiones, aborrecidos *doiches*. Convivir, superar las dificultades lingüísticas y el intercambio cultural de ambas partes permitió que la percepción previa que de unos tenían los otros se ajustara a más a la realidad. Hay que añadir que, además, en las narraciones se insiste

²³⁰ Entre estas actividades destacan, entre otras, la “Exposición del Libro Alemán” celebrada en la España sublevada entre 1937 y 1939 o la propia propaganda antibolchevique desarrollada por el Tercer Reich durante la Guerra Civil (Bernal Martínez, 2007 y Waddington, 2007: 584).

en cómo los *desarrapados* españoles ya no lo fueron tanto, al ganarse en el campo de batalla el respeto de los perfectos militares prusianos. Para uno de los personajes de Salvador, lucir “el uniforme alemán, aunque fuera un poco camuflado como lo era aquél, tenía sus atractivos”, aunque en ningún momento esto podía permitir que se olvidara su origen, lo que se recuerda mediante “los arriscados modelos divisionarios, y estaban, además, las insignias falangistas y universitarias. Con todo aquello bastaba y sobraba para sentirse español, pues la raza iba de pellejo para adentro y no de pellejo para afuera” (1974: 59)²³¹. El soldado azul, a diferencia del alemán, no se manifiesta en contra del hartazgo de la guerra. Cuando se prevé que la lucha será larga puede apreciarse el contraste entre los recién llegados españoles y los alemanes, que acumulaban dos años de contienda: “La capitulación rusa parecía inminente. Los alemanes, cansados de sabe Dios cuántos meses de guerra, gesticulaban y chillaban con un entusiasmo meridional, mientras nosotros, los ardientes hombres del Sur, recibíamos las noticias con filosofía” (Ruíz Ayúcar, 1954: 80). En esta línea se insiste en el carácter hispano tan presente en los textos divisionarios, según el cual el soldado estaba presto al combate a cualquier hora del día. Uno de esos momentos se produjo en la terrible batalla de Krasny Bor, que registró un número alto de bajas españolas. A la hora de narrar los hechos a los alemanes, puede apreciarse la falta de entendimiento debido a los problemas lingüísticos y a la poca voluntad de los voluntarios por comprender al diferente: “Los alemanes rodeaban a los españoles, intentando interrogarles acerca de lo pasado. No se entendían, pues los alemanes eran torpes para hacerse entender y sobre todo para entender lo que decían los demás” (Salvador, 1974: 353). A pesar de esto, uno de los momentos que más repitieron los divisionarios en el subgénero fue la admiración que surgió entre los miembros del Ejército nacionalsocialista por los españoles. Estos dejarían de lado la imagen del indisciplinado para encontrarse con hombres de gran valentía, que incluso se convertirían en imprescindibles para conseguir sus logros: “Los alemanes decían que por pocos que fueran los españoles, con sus cantares, con sus bravuconerías, con su facilidad para meter el cuchillo entre los matojos, parecían muchos y sus camaradas alemanes estaban orgullosos de tenerlos al lado” (1974: 331). Finalmente, la unión entre germanos e hispanos sí que fue posible para algunos autores como Luis Romero, quien señala que “los alemanes y nosotros nos sentimos próximos, camaradas”, aunque se dieran ciertos

²³¹ Acerca de la vestimenta alemana, señalaba el personaje de Valdés y Menéndez Valdés: “Un uniforme extranjero que nadie me ha obligado a ponerme, y que yo he vestido para servir una causa europea” (1960: 90).

problemas cotidianos como que “a veces uno se enfade por culpa del suministro o porque nos hagan ir a pie tantos kilómetros, o porque ponen esa cara como si fuesen los amos del mundo” (1957: 198). Al final se rescata la parte positiva de las relaciones al recordar “que los hay muy tratables y sin esa rigidez que tiene algo de caricatura” (1957: 198).

También se aprecian casos en los que el alemán es presentado de manera aséptica. Así ocurre con un teniente de las SS en la novela de Ramón Zulaica, quien, a pesar de ser despreciado por uno de los presos españoles al llamarle “mariconcete de playa” (1963: 45), no es descrito desde la admiración. Se trata del nuevo hombre del nacionalsocialismo, una máquina de destrucción cuyo cuerpo presentaba las huellas de la ideología totalitaria y de la guerra:

El teniente alemán era muy joven. Pero el cutis de su rostro denunciaba una adolescencia prematuramente marchitada entre gritos de cuartel y campamentos de verano de las Hitlerjugend. Su impecable uniforme no parecía cortado para dirigir un fusilamiento. Las hebillas le brillaban con tonos de luz de salón de baile. En el pecho, la Cruz de Hierro, el juguete de los héroes mimados, insultaba un orgullo de estudiante que acaba de obtener su diploma universitario. Las uñas del teniente de las S.S. estaban perfectamente cuidadas, las uñas de la mano derecha, porque en la izquierda, un guante de cuero cubría la vergüenza de los niños que juegan a la guerra (1963: 44).

Pero una cosa fue la amistad que pudiera brotar en la línea del frente y otra bien distinta la nula voluntad del divisionario de ocultar el trato tan diferente que, según su óptica, habrían dado los *doiches* a los *ruskis*. Si en el intercambio entre el español y el ruso se aprecia una relación en la que imperan valores como el respeto y la solidaridad, y se llegaba a la confraternización y la declaración de la inocencia del ciudadano soviético, el contacto entre alemanes y rusos no se valoró de manera positiva. Se repiten las escenas en las que los germanos muestran su indiferencia y su crueldad, sobre todo con los soldados del Ejército rojo. Hernández Navarro recoge de manera exacta este contraste. La primera de las escenas que ejemplifican este acto describe la ejecución de un prisionero ruso por parte de un español, quien lo hace de frente:

El ruso arrojó el cigarro, que chispeó en la hierba, y él arrojó el suyo. Los dos se dieron cuenta de que todo tenía que suceder sin más dilación. No sabía el tiempo transcurrido desde que encendieron los pitillos. Había pasado sin medida. Sin encararse el arma apuntó al pecho. El oficial ruso le tendió la mano abierta y él se la estrechó con fuerza. Luego disparó el “rata-tac” inexorable, y el hombre se derrumbó acribillado, muerto (1971: 220).

La imagen del español que da la cara al rival antes de matarlo porque ha aceptado su destino como perdedor de la contienda contrasta con la del alemán que ejecuta y saquea al indefenso prisionero en un acto de barbarie que, en ningún momento, el divisionario se atreve a atribuir a sí mismo o a sus compañeros:

Un sargento [alemán] jovencito saltó hacia adelante, perdiéndose de vista entre los pinos, y regresó conduciendo a un soldado ruso herido en una pierna. El prisionero se sentó en el suelo, negándose a andar, y el alemán apoyó el cañón de su pistola ametralladora en la cabeza del ruso; hizo fuego. Le quitó las botas de fieltro y se las colocó en lugar de sus borceguíes, que ató al cinturón, entre las bombas (1971: 180).

Aunque la descripción de las relaciones entre los españoles y los alemanes pudiera finalizar en los incidentes del campo de batalla ruso, existe un relato que permite situar la presencia española en el último escenario de la II Guerra Mundial. Miguel Ezquerro legó *Berlín, a vida o muerte*, texto en el que narra sus peripecias en la lucha del ocaso de los dioses, y que finalizó con la muerte del dictador Adolf Hitler. Como ya se ha visto, Franco había prometido a los nazis que llegado el caso de combatir en la capital germana podrían estos contar con un millón de sus súbditos. Estas palabras no se cumplieron y se olvidaron al prohibir pasar la frontera con el fin de ayudar a los que ya se podía denominar como antiguos aliados. A pesar de este hecho, algunos atrevidos hicieron oídos sordos y llegaron hasta el lugar de los hechos para tomar las armas. Los *irreductibles* acudieron al lugar motivados por las mismas razones que llevaron a muchos de los 45.000 hombres a luchar desde 1941 a Rusia: exacerbado fascismo, activo anticomunismo y hartazgo falangista ante la decepcionante dictadura militar. Para muchos, como le ocurre a Ezquerro, acompañar a sus camaradas alemanes fue una obligación desde el inicio de la contienda internacional: “[como estaba dispuesto] a ayudar personalmente a quienes nos habían apoyado frente al comunismo, me presenté en la Embajada Alemana” (1999: 10). Seis años después, cuando todo parecía llegar a su final y, regresado de la División Azul, como “el ambiente me ahogaba (...) [y] me sentía asaltado por la añoranza de mi época de combatiente en Rusia” vuelve a preguntar a los servicios diplomáticos alemanes en Madrid si era posible regresar. Recibe una respuesta afirmativa “a condición de que llegara a Alemania por mis propios medios, ya que la Embajada no podía proporcionarme ninguna ayuda oficial” (1999: 13). Sus aventuras se desarrollaron del siguiente modo: llegó a la estación de Berlín, donde “la oscuridad era absoluta”, lo que obligaba a que la

gente caminara “aprisa, abriéndose paso a codazos y localizándose, los que tenían necesidad de hacerlo, a base de gritos, ya que el sentido de la vista no servía para nada” (1999: 24). Un caos que continuaba al salir a la superficie y encontrarse un espacio totalmente destruido por la actividad de las bombas: “La capital del Reich cambiaba continuamente su fisonomía. Después de cada bombardeo de la aviación Aliada, la configuración de cualquiera de los barrios afectados era completamente distinta. Donde había una espléndida estatua quedaba un pozo, los edificios más esbeltos eran ahora escombros amontonados, y las ruinas y la desolación sobrecogían y desorientaban” (1999: 46). Pero si la degradación de la ciudad afectaba a su estructura urbana, mayor era cómo había permutado al combatiente. Si antes luchaban en el frente hombres en edad adulta, con todas sus facultades físicas en orden y que cumplían con las condiciones del perfecto soldado prusiano, en los últimos meses de la Guerra cualquiera podía participar en la misma, independientemente de si era un anciano o, incluso peor, un niño²³²:

En mi memoria ha quedado grabado de modo indeleble el recuerdo de aquel mozalbete, miembro de las Juventudes Hitlerianas, que montaba guardia en el puente sin más armas que dos puños de hierro, uno de los cuales sostenía entre el brazo y el antebrazo izquierdos, ya que le faltaba la mano de aquel lado, que había tenido que serle amputada a raíz de un bombardeo Aliado. No sé si era inconsciencia o fanatismo, pero aquel muchachito demostraba un valor por encima de toda medida. Era milagroso que las balas le respetaran... El milagro, quizás, de su fe en la causa que defendía. Más tarde dirían de mí lo que habían dicho de él (1999: 71).

Además de ver a estos jóvenes anónimos, Ezquerria narra un encuentro que tuvo con el mismo Adolf Hitler, quien “dando un magnífico ejemplo, dirigía las operaciones defensivas y ofensivas de la capital de Reich (...) tras declarar que quería compartir la suerte de sus soldados” (1999: 75). Es imposible certificar si este acontecimiento fue cierto, así que se tomará, sin entrar a juzgar este hecho, la imagen que del dictador describe el autor, embrujado ante su presencia: “Mi entrevista con Hitler fue muy breve. Al verle me cuadré y permanecí rígido como una estatua. El Führer se adelantó y, mirándome fijamente a los ojos, empezó a hablar. Entonces comprendí la fascinación que aquel gran conductor del pueblo alemán ejercía, lo mismo sobre los hombres que sobre las masas” (1999: 80). Aunque existe un acuerdo generalizado sobre el depauperado

²³² La participación de niños en los momentos finales de la II Guerra Mundial ha sido también representada en otras obras contextualizadas en la misma. Sirva, como ejemplo reciente, uno de los últimos momentos de la miniserie alemana, producida por la cadena ZDF, *Unsere Mütter, unsere Väter* (*Los hijos del Tercer Reich*, 2013), en el que uno de sus protagonistas tiene a niños como compañeros de armas.

estado de salud que el dictador presentaba por aquellas fechas, Ezquerra dice haberle visto “muy tranquilo, con aspecto algo cansado, quizás, pero no «completamente destrozado» como se ha comentado en libros y revistas” (1999: 80), declaración esta que podría verse influida por la admiración que el narrador sentía por el líder alemán²³³.

Evidentemente, el final que halló el nacionalsocialismo fue idéntico al que se enfrentaron las “Waffen SS españolas, los últimos defensores de la cancillería, todos los supervivientes de aquella odisea [que] conocerían la misma suerte: el aniquilamiento o la captura” (1999: 85). Hecho preso, Ezquerra consiguió evadirse de los rusos y regresar a la capital de Alemania, donde “vi con mis propios ojos muchachitas de doce años brutalmente violadas, y ancianas de más de sesenta años que habían sido víctimas también de la lascivia de aquellos salvajes” en un Berlín que “había sido una bonita ciudad y ahora no era más que un montón de ruinas” (1999: 101)²³⁴.

5.3.4. La devolución de la visita: Rusia, el ruso y el anticomunismo

Para muchos de los que conformaron la unidad militar acabar con el comunismo fue la motivación principal para atravesar toda Europa y así debe entenderse, ya que si bien no todos compartían el mismo ideario político –o carecían de alguno–, sí que puede observarse en una gran parte de ellos –de los cuales se excluiría a antiguos republicanos que vieron en la División la oportunidad de *limpiar* su expediente o de simpatizantes comunistas que se alistaron con la intención de pasarse– su fervor anticomunista. Desde el estamento militar el general Díaz de Villegas señala que quienes fueron allí “a luchar, repetimos, no contra este país, sino contra el marxismo, íbamos todos movidos por idéntico afán” (1967: 7). El anticomunismo como empresa única de los españoles era,

²³³ Otra imagen del dictador, una docena de años después de su muerte, la aporta Emilio Romero en *La paz empieza nunca*. Cae en el tópico del ascenso al poder, mediante la democracia, del dictador: “Hitler era un hombre que tenía el semblante grotesco, de puro rígido, providencialista, enérgico y automático. Los ojos los tenía claros y tristes, y le ensombrecía considerablemente la cara el cuadrilátero original de un bigote bajo la nariz, y un mechón de pelo liso y recortado sobre la frente, a la manera de tupé. Su triunfo fue uno de los más importantes que registra la moderna historia del mundo, y un triunfo estrictamente democrático, votando la gente en masa, como nunca lo había hecho en Alemania, y acaso en ninguna parte” (1974: 182).

²³⁴ A pesar del anticomunismo de las palabras de Miguel Ezquerra, no hay que obviar la terrible realidad vivida en Berlín tras el final de la guerra. Así lo ha expuesto Antony Beevor: “Las celebraciones de la victoria no implicaban, ni mucho menos, que hubiese desaparecido el miedo de Berlín. Muchas alemanas fueron víctimas de violación como parte de dichos festejos. Un joven científico que oyó de una muchacha alemana de dieciocho años, de la que se había enamorado, que durante la noche del 1 de mayo, un oficial del Ejército Rojo le había introducido en la boca el cañón de su pistola y lo había mantenido en esa posición mientras la violaba a fin de asegurarse de que ella no oponía resistencia alguna” (2002: 436-437).

para este autor –y como lo fue para muchos otros divisionarios–, una línea inseparable de la Guerra Civil, en la que los mismos que habían actuado como “los vanguardistas de la lucha contra el comunismo” se convirtieron en “los voluntarios azules de Rusia” (1967: 11). La lucha les daba la opción “de devolver la visita a los rusos”, lo que no dejaba de ser el “¡real anhelo de cuantos padecemos aquí su guerra; la guerra, bien entendido, que Rusia nos impuso!” (1967: 18). A lo largo de su libro insiste en esta línea al señalar la responsabilidad única de la Unión Soviética en la contienda cainita, ya que en la División Azul “se enrolaban siempre entusiastas de la cruzada contra el comunismo (...) [impulsados] por el recuerdo de la hoguera española, prendida por el comunismo rojo, que había arruinado nuestra Patria y sembrado la muerte en sus propios hogares” (1967: 110). Esta visión homogénea de la unidad se plantea en torno a la aversión al comunismo que, al fin y al cabo, también fue utilizada para exonerar a España de cualquier responsabilidad ante las atrocidades producto de la II Guerra Mundial:

La España liberada quería devolver al comunismo ruso su intervención aquí. ¡Justamente lo que debería, en efecto, ocurrir en seguida! ¡Que tal fue el signo de nuestra presencia, en Rusia, y no ninguno otro destino! La División Azul debería marchar, al fin, allá para vengar la venida de los rusos. No nos hicimos jamás partícipes en la contienda general. ¡Nuestro enemigo era única y concretamente el comunismo! ¡El único enemigo de entonces y de ahora! (1967: 28).

La imagen de Rusia de la que habla Díaz de Villegas era la que en la derecha española se había desarrollado desde 1917²³⁵. También la del ruso, que en los años previos a la llegada de los divisionarios a la Unión Soviética se había formulado a través de las descripciones que habían podido leer, principalmente, en los viajes de intelectuales al país de los Soviets. En este sentido, los hombres de azul acudieron al frente solo con el conocimiento de la “Rusia virtual, fundida semántica y simbólicamente con el comunismo” y que durante la Guerra Civil se convirtió en la “personificación concreta del anticomunismo del bando insurgente, y en la amenaza a la pervivencia de la nación española” (Núñez Seixas, 2010: 240). A esta imagen se opone la que los divisionarios

²³⁵ “Desde mediados de 1919, por tanto, la opinión de derechas utilizaba ya el término «bolchevismo» (en sus distintas versiones) como sinónimo de revolución social violenta, e identificaba a ambos con los sindicalista de la CNT. Más de un político conservador de la época se declaró convencido de que España podía sufrir el destino de Rusia: Manuel Burgos y Mazo, ministro de la Gobernación, denunció la existencia de un complot internacional para derribar a la Monarquía como primer paso para la «revolución social universal», mientras el maurista Antonio Goicoechea consideraba a España el país «mejor preparado para el género de procedimientos que en Rusia se han empleado» (García, 2005: 8).

conocerían y que vendría a ser la de la Rusia y “el ruso real” (2010: 246). A este, al que los voluntarios denominaban el *ruski* dentro de su propia jerga de neologismos basados en la fonética alemana o rusa de los nombres, ya no podían considerarlo un enemigo homogéneo, sino que era presentado “como una víctima más del sistema comunista, un producto despersonalizado de una ideología materialista. Su pasividad y carácter servil sólo denotaba cuán baja había caído la autoestima del individuo en un régimen inhumano” (2010: 248). Al empatizar con el ciudadano ruso y, también con el soldado del Ejército rojo, al que observan como “un bravo enemigo” (2010: 249), aislaron su aborrecimiento al comunismo de la población civil y los movilizados para luchar al otro lado de la trinchera, por lo que focalizaron su odio contra el sistema político comunista y sus dirigentes. Pero, a la hora de leer estos textos, ya se ha advertido de las precauciones que hay que tomar para observar si el trato del ruso del que hablan los divisionarios es cierto o no:

Los miembros del grupo expedicionario que han dejado su testimonio en forma de memorias o de relato novelado hacen mucho hincapié en que la relación con la población civil rusa fue muy buena; no obstante, debe tenerse en cuenta que se trata de una fuente interesada, pues en casi todos los casos lo que se nos ofrece es el testimonio de falangistas o militares de carrera, siempre fervientes fascistas o franquistas; no existe ningún relato salido de la pluma de alguno de los muchos que fueron presionados o forzados a alistarse en sus filas (Rodríguez Jiménez, 2007: 221).

Una de las canalizaciones que los divisionarios utilizaron para mostrar su particular visión de Rusia fue la del ruso real al que conocieron nada más llegar al frente. Desde las primeras poblaciones en las que se establecieron pudieron contemplar que en ellas no se encontraba ningún representante del comunismo, sino que se trataba de “rusos sin mezcla; gente sencilla y sin complicaciones que vivían en casas iguales, desde el tejado pino hecho de finas planchas de madera hasta el sótano destinado a las patatas” (Hernández Navarro, 1971: 86). La confraternización con estos ciudadanos fue, según Juan Eugenio Blanco, “cuestión de segundos” y, tras unos instantes, parecía como si fueran “amigos «de toda la vida»” (1954: 16). Por esta razón no son extrañas las escenas en las que invasores e invadidos comparten un momento de diversión como puede ser un baile, al que los indígenas acudían vestidos con ropas que eran “una curiosa mezcla entre la moda europea y el tipismo ruso” (Ruíz Ayúcar, 1954: 50) y en el que los divisionarios, a pesar de que “ninguno sabía ruso (...) se les veía charlar con ellas igual que pudieron hacerlo con las muchachas de su pueblo” e incluso los rusos “les aceptaban con igual

familiaridad, y parecían amigos de toda la vida, cuando, en realidad, hacía una hora no sabían nada unos de otros” (1954: 51). Todo esto se debía para muchos de ellos a la similitud ideológica y credencial que compartían ambas partes, ya que “el denominador común del anticomunismo y la común religión católica eran los factores que salvaban cualquier prejuicio” (Blanco, 1954: 17). El poblador ruso de los textos divisionarios ha realizado una labor de resistencia religiosa ante la propagación del ateísmo por parte del Estado y es presentado de manera análoga a la de los cristianos de las catacumbas. Así, además, se confirma la imagen del divisionario como conquistador-liberador de los ciudadanos:

En algunas aldeas encontrábamos ancianos que corrían a saludarnos para luego, revolviendo entre sus cachivache, sacar los viejos iconos que durante tantos años debieron esconder; que después pudieron devolver a la luz para ocultarlos de nuevo y ahora tener libertad otra vez de colgarlos en un privilegiado rincón. ¿Hasta cuándo San Basilio y aquel San Nicolás seguirían jugando al escondite? (Ydígoras, 1963: 247).

A este ruso es, de hecho, al que el divisionario se veía obligado a salvar, ya que para ellos el “comunismo ruso es la negación de Dios y del hombre. En la colectividad comunista, el hombre deja de existir y su imagen es borrosa” (Errando Vilar, 2010: 106-107). La combinación del comunismo con la irreligiosidad permitía que el voluntario hiciera partícipe de sus odios al ruso con el que compartía el espacio. La tesis de Serrano Suñer acerca de la responsabilidad que residía en el porvenir de Europa para con el exterminio de Rusia perdía así todo el significado de conjunto que pudiera guardar y transformaba la misión de los españoles en la guerra, ya que “al fin y al cabo no se trata de destruir un pueblo sino de reconstruirlo y liberarlo de la opresión bolchevique para que pueda incorporarse al mundo civilizado” (Romero, 1957: 177). Una idea muy similar despliega Tomás Salvador en su novela *División 250*:

Nosotros somos Europa, venimos en nombre de Europa. Queremos abrir de nuevo la ventana a Occidente que vuestros tiranos han cerrado... ¡Ya sé, ya sé!... Hemos venido invadiendo vuestra tierra; pero el caso es que las transmutaciones de la Historia sólo llegan a producirse por la fuerza. Por la fuerza que vosotros no tenáis para derribar a vuestros opresores (1974: 305).

El nativo del lugar se mezclaba con los españoles y formaba parte de su equipo. Ridruejo describe a un *mujik* con el que vive como “dulce, pequeño y resignado”, un hombre que “se desvive por complacernos y habla interminablemente con nosotros, con

muchos gestos, sin que le desanime nuestro desconocimiento del idioma” (2013: 225). Siente lástima por los prisioneros que trabajan para ellos, que llevan “envueltas las piernas con vendas de trapo a falta de sus botas de fieltro” y que tienen “un aspecto de sufrimiento en los rostros sucios y con barba descuidada” (2013: 204). Respecto a quienes combatían con ellos, se debate entre la aceptación y el rechazo que le generan al considerarlos como traidores a su patria: “Aunque no me gustan estos rusos que combaten contra su pueblo – sea este lo que sea hoy–, comprendo o imagino muy bien los sentimientos de este hombre ante su propia tierra, ante sus campos y ciudades heridos” (2013: 189-190). Además de estas semblanzas, el poeta describe un hecho que rompe con la monotonía de las buenas relaciones entre españoles y rusos. Uno de los oficiales se sobrepasó con uno de los reos y acabó con su vida, por lo que puede apreciarse que el contacto con los habitantes soviéticos no fue siempre tan tolerante como reflejan la mayoría de los textos del grupo:

De pronto surge una disputa entre un prisionero y el sargento y éste, sin más, le descerraja un tiro de pistola en la cabeza. Nos lanzamos sobre él con intenciones poco menos que homicidas. Sotomayor, enardecido, toma su nombre y quiere que llegue al general. Es un asesinato. Este hombre es un simple criminal al que la guerra sirve de ocasión para liberar el instinto impunemente. Entre nosotros esto no reza ni se pasa. No es este el tono de nuestra acción (...) los prisioneros, atemorizados como un rebaño, entran al barracón que les está asignado. No he llegado a saber cuáles eran las razones o disculpas del sargento. Es ya sabido que los prisioneros rusos se sienten bastante más dichosos de caer en nuestras manos que en manos alemanas, porque aquí el trato es pronto libre y cordial (...) Claro que se exponen –cosa improbable en el otro caso– a que un mal humor ocasional se sustancie de un pistoletazo (2013: 283).

En cambio, Armengol Vega cuando describe a un jovenzuelo huérfano que es acogido por los *guripas* como si se tratase de uno más de ellos:

El ruso era completamente distinto. Su corta edad –apenas si tendría dieciocho años– no le había dado lugar a adquirir la experiencia necesaria. Su faz acusaba marcados rasgos eslavos: cara redonda y rojas mejillas que hacían recordar a esas manzanas de sierra; ojos de berilo verdemar y pelo del color del trigo maduro. A Eugenio Feodorovich Sventitski, pues así se llamaba, le habían fusilado [a] los padres en una de esas purgas comunistas, y los españoles, viéndolo solo y desamparado, lo recogieron en una aldea del sector del Volchhof. Esto ocurrió antes de llegar yo al frente. Llevaba cerca de dos años con la División y dominaba el español casi de modo perfecto. En la sección lo teníamos en calidad de ayudante de cocinero y lo tratábamos como a un compañero más. Decían de él que nuestros jefes lo utilizaban como espía en el barrio ruso de Pavlosk. Yo, pese a que solía ir por allí con frecuencia, lo

puse y sigo poniendo en duda; Eugenio no traicionaría nunca a nadie (1964: 25-26)²³⁶.

Los rusos le generaron al marqués de Urquijo un sentimiento de lástima por la pobreza material en la que vivían. De ellos destaca el servilismo con el que trabajaron los prisioneros y la bondad en el trato de los españoles:

En el Kremlin teníamos nuestros rusos particulares los zapadores, que nos ayudaban a despejar los caminos de nieve, a hacer el rancho, a enterrar a nuestros muertos, a fortificar y a lo que se les pusiese, con el mejor ánimo. A todos los llamábamos *Iván o ruski*, y eran amables y voluntariosos. Me daban mucha pena, con sus pies y manos envueltos en harapos, con caras mal afeitadas y buscando por todas partes algo de comer. Los tratábamos bien, aunque al tener rancho escaso para nosotros mismos no podíamos permitirnos el lujo de dárselo abundante a ellos. Aunque gozaban de relativa libertad, ninguno intentaba pasarse de nuevo a las filas soviéticas, y lo mismo ocurría en primera línea, en cuanto caían prisioneros, y les encargaban que hicieran de camilleros o picaran para fortificar, cumpliéndolo con sumisión absoluta. Solía venir a distraernos también un chaval, que traía una marmita para ver si le dábamos algo de comer, y para conmovernos nos decía: –Stalin, cabrón (1973: 304).

Las buenas relaciones entre españoles y rusos fueron plasmadas incluso por quienes no estuvieron para observarlas. Ese fue el caso de Ramón Zulaica, que atribuye el buen hacer de este contacto al buen talante y la generosidad de los voluntarios con la población de los lugares que habitaron durante la guerra:

Y si bien es verdad que el pueblo, el campesino ruso, mostró cierta predilección por el soldado español, a quien distinguió del alemán con rasgos emotivos, ello se debió al carácter de los hombres de la División, que en muchas ocasiones supieron compartir el pan, el rancho y el tabaco. A veces, al trasladarse contingentes de la División a diferentes puntos de combate, la marcha fue jalonada por una estela de hambrientos campesinos, que aguardó paciente, la largueza de la mano y la sonrisa de la boca (1963: 70).

Cuando muchos lograron establecer la verdadera inocencia del ciudadano ruso, quien no era sino una víctima más de la dictadura soviética, el anticomunismo se centró en los dirigentes y la construcción del país mediante la revolución. Se atacó a la figura de

²³⁶ Cuando la División Azul es repatriada, el chico prefiere permanecer en la Unión Soviética: “No [ha venido], porque él no quiso; que hubiéramos podido llevarlo aunque sin pasaporte. Incluso traté de animarlo; pero muy entero, me contestó que amaba la nieve y sobre todo que amaba a Rusia. Quizá esté ya en Estonia. Se hizo cargo de él, como de todos los rusos que trabajan con la División, la *Komandantur* de Nikolajevska” (1964: 122).

Stalin, al que “[n]o han conseguido los Soviets hacer aparecer (...) como un apóstol paternal; [ya que] cuando la confianza hace que no exista el miedo entre los interlocutores, son frecuentes las críticas al dictador georgiano” mientras que no había ningún problema a la hora de afirmar que “en cambio, es unánimemente venerada entre los bolcheviques la figura de Lenin” (Blanco, 1954: 70). La distancia entre los dirigentes y los ciudadanos del país también es destacada por Víctor José Jiménez y Malo de Molina, cuando señala que “supusimos a la aristocracia comunista sentada en aquellos butacones, comiendo delicadísimos entremeses mientras los obreros vivían en las casas que ya conocemos” (1943: 109). Al fin y al cabo, para el divisionario el soldado ruso, al igual que el civil de la retaguardia, no dejaría de ser víctima de un engaño de aquellos que ocupan los altos cargos del poder:

[Miles] y miles de soldados que no deben ser comunistas ni nada semejante, sino buenos chicos que estaban en sus casas y atemorizándoles les han puesto en la mano un fusil –“ventuska”, bueno–, con una bayoneta así de larga y les han dicho que los españoles somos unos canallas, asesinos y ladrones, y que venimos a robarles y a matar a sus mujeres, o bueno, a violarlas por lo menos; y bien mirado, cuando se habla con ellos en los pueblos, son gente como nosotros, y además honrados y simpáticos y se puede charlar, y nadie diría que fuesen enemigos, porque la culpa de cuanto sucede es de ese maldito Stalin y de la pandilla de comunistas que oprimen al verdadero pueblo ruso (Romero, 1957: 212).

E incluso era capaz de alabar su labor en el frente. Ante la soledad de la trinchera, algunos soldados españoles se miran en el espejo y ven en el adversario su propio reflejo:

En contra de la suficiencia de la generalidad de los soldados, que veían a los rusos como algo inferior, él sabía que el soldado ruso era sufrido, animoso, capaz de llegar con sus ataques hasta las mismas trincheras adversarias, sin titubeo, hasta dejar allí la piel. No, el soldado ruso era buen soldado y estaba bien armado; aguantaba las increíbles calamidades de la guerra como los mismos españoles y no parecía importarle gran cosa la muerte (Salvador, 1974: 284).

Evidentemente, la alabanza no se extendía al comunismo soviético que salvaguardaban los rusos con sus armas, sino al hecho de defender un ideal, a pesar de ser el opuesto al que promulgaban los azules, y sin importar que el precio fuera la propia vida:

Cuando lleguemos a los días del frente, a las congeladas noches bajo el cielo ruso (...) tendremos que dejar constancia del temerario arrojo, del ímpetu, de

la formidable potencia y calidad humana del ejército ruso. Si yo negara o silenciara eso, estaría haciendo traición a todo el mundo libre y faltaría el respeto y la admiración que me han merecido siempre los hombres que saben luchar o morir por defender lo suyo, sea una idea o una tierra. De corazón deseo que tenga muy en cuenta esto el mundo, si llega la hora de valorizar potencialidades. Estoy hablando del soldado ruso como hombre, como soldado, dejándole desnudo de credos (Paniagua, 1961: 61).

Ridruejo, a pesar de señalar el terror que provoca el ataque conjunto de los hombres soviéticos, destaca de ellos cierta incapacidad para la lucha cuando se enfrentan a los españoles:

En general son soldados que actúan en masa, como no se trate de algunos grupos adiestrados para la sorpresa en retaguardia, y sólo en masa son capaces de acometividad. Se lanzan apelotonados y por centenares, medio ebrios de vodka, vociferando terriblemente con estentóreos “hurra”. Su aspecto es así pavoroso. Pero si se tienen los nervios templados y se aguanta hasta tenerlos a tiro seguro, no son tan peligrosos como parecen. Enfilados por una fusilería diestra o por máquinas, sus filas clarean, y al clarearse los que quedan en pie pierden el impulso, pierden el sentido de su fuerza, casi siempre superior aún, y desisten o se entregan. Son flojos también para la resistencia ante una fuerza audaz aunque sea poco numerosa (2013: 244).

Y, en su relato, también son crueles con la población indígena, a la que eliminan sin piedad si hacen gala de su colaboracionismo:

Parece ser que los guerrilleros o unidades de exploración destacadas por los rusos representan de vez en cuando la farsa de presentarse a las aldeas como si fueran alemanes. Si la acogida es fácil y afectuosa el pueblo entero sufre castigo: unos cuantos fusilamientos sobre la marcha, detenciones y fuego para los hogares. Las precauciones de ahora no obedecen, sin duda, a otra precaución, pues una vez se han asegurado deliberadamente de nuestra identidad las puertas se abren y las gentes nos acogen sin ningún desagrado, aunque supongo que tampoco hayamos venido a hacerles felices (2013: 252).

No era raro que los españoles se encontraran con rusos víctimas de la revolución. Ángel Ruiz Ayúcar habla con un hombre que luchó en la I Guerra Mundial y que fue víctima de los bolcheviques. Le hace saber que mientras perecía en el hospital herido los comunistas le “enviaron a Siberia”, donde se enteró de que su “esposa había muerto de miseria, expulsada de su casa de cochina burguesa y vejada por ser la esposa de un reaccionario” y “de la muerte de mi hijo mayor, y allí supe que el pequeño, al que apenas conocía, me lo criaban de caridad unos vecinos” (1954: 66). Con estos encuentros se intenta deshacer la idea de la unidad rusa en torno al comunismo. Los divisionarios, como

le sucede al autor, cuestionan su patriotismo, pero justifican lo que ellos consideran una falta al exponer lo arriba indicado. No participar en la guerra contra el invasor alemán es una manera de venganza y oposición al estalinismo. El mismo personaje, después de relatar sus desgracias, justifica su actuación con una pregunta retórica: “¿quiere usted que me ponga otra vez mis entorchados y vuelva a salir al campo a buscar otras heridas y otras medallas, para que los comunistas puedan salvar la vida y darse el gustazo de pateármelas de nuevo?” (1954: 66). Sin cuestionar si estos encuentros fueron sinceros o estuvieron forzados, sí que es cierto que todos ellos narraron el horror sufrido, como el que le describe a Urquijo otro ciudadano:

Afirmó el ingeniero ruso que durante las primeras épocas de la dominación bolchevique fueron sistemáticamente perseguidos todos los intelectuales y personas de carrera o estudios. Las detenciones, encarcelamientos, deportaciones y fusilamientos se fueron sucediendo en forma de olas. Al principio ejecutaban a todo el que capturaban y consideraban enemigo político: nobles, militares, sacerdotes, políticos no comunistas, etc. Más tarde empezaron a detener a los que les parecían sospechosos, deportando a muchos a Siberia. La temida G.P.U. trabajaba incansablemente. Al estallar la revolución se encontraba el ingeniero que nos contaba aquellos episodios empleado en una empresa en Kazán, bonita ciudad tártara, desde donde marchó a San Petersburgo, su ciudad natal, pero pronto fue detenido y permaneció encarcelado durante mucho tiempo. Cuando le pusieron en libertad, se vio obligado a trasladarse a Nowgorod, en donde llevaba residiendo cuatro años (...) Añoraba la época de los Zares, con abundancia de alimentos, vestidos, distracciones, conciertos, óperas, y abominaba los años del terror, encarcelamientos y persecución, durante los cuales se había visto obligado a permanecer en su casa, sin atreverse a casi a [sic] con sus amistades (1973: 316-317).

También aprovecharon los azules para recordar la ayuda soviética a la España republicana. Muchos encontraban la justificación de su viaje en la reciente lucha hispánica y, cuando se encontraban con un ruso blanco con el que podían conversar, establecían con él un vínculo a través de los dos conflictos: “Nosotros acabamos de conocer una revolución tan terrible como la de ustedes -dije-. Hemos tenido la suerte de vencer, pero, de todas formas, el odio y la sangre que se ha desparramado por mi patria nos capacita[n] para comprender lo que significa luchar contra el comunismo. Por algo estamos aquí” (Ruiz Ayúcar, 1954: 66-67). En Emilio Romero existe una continuidad entre los dos conflictos y el periodo de alto al fuego es prácticamente imperceptible, de ahí que en referencia a la Guerra Civil escriba lo siguiente: “todos conocían al ejército de

la República como ejército rojo. No era, ciertamente, un ejército de bolcheviques, pero se le parecía un poco, y sus principales figuras militares eran «rojos» (1974: 212). Rusia no era para los divisionarios el edén que los más optimistas mostraron en las décadas de 1920 y 1930, sino un infierno del que se podían apreciar las consecuencias. Según Gómez Tello, ya habían llegado los alemanes para *salvar* a los rusos²³⁷:

Los ojos buscan en todo, y en todas partes, huellas de lo que era la vida soviética. Pero, en realidad, después de veintitrés años de régimen comunista, aquí sólo hay muerte. Rusia soviética, la macabra, tremendo osario. Y aun [sic] es temprano para ordenar las impresiones. Así, pues, me he de limitar a presentaros fotos sueltas de lo que era “el paraíso soviético”. Los campesinos rusos –ese clima patético, a lo Dostoyewski– son miserables, van descalzos; los pueblos, aglomeraciones de casas de troncos de madera con techos de paja. De trecho en trecho, un pozo de agua podrida, sin motor. La “kolecchiviú” apenas se distingue por un letrero de la miserable agrupación de viviendas con una sola habitación –cocina, dormitorio y lo demás–, donde se acumula la miseria de catorce o quince personas. Entre tanto despojo, entre la alucinación de los incendios y la insensata obra de destrucción que reduce a cenizas ciudades de cien mil habitantes, se abre paso la verdad del comunismo para los que aun dudaban. Esto era la Rusia roja. Las gentes –humanidad que el comunismo había puesto al nivel de la bestia, y que hoy resucita a la nueva vida– yerran por lo que fueron calles o se alinean ante la puerta de la “Kommandantur” (1945: 109).

Pero a pesar de esto, si algo hay que destacar en el texto divisionario es el desarrollo de una filiación hacia Rusia que, más allá de derivar en la simple vindicación de la vuelta al zarismo, crea una comunión con el espacio²³⁸. Genera el divisionario, tras

²³⁷ Este mismo autor diría, unas páginas adelante, una reflexión acerca de quienes hicieron el viaje a la URSS. Después de identificar a las novelas de Dostóievski con los acontecimientos de 1917, ante lo cual afirma que la “técnica de las novelas de Dostoyewski es la misma que la de la revolución rusa” y llamar “tarado[s]” a los personajes de sus novelas, dice que, debido a esta relación, “los intelectuales que venían aquí en los vagones verdes del «Intourist» podían creer que [el clima colectivo de la revolución] era, a la vez, una sensibilidad mística y una sensibilidad política, sin tener nada de las dos, sino más bien un clima, una perversión” (1945: 113). Más allá de la ambigüedad de este fragmento y de la ausencia de razón por parte del autor, destaca el recordatorio a quienes se adelantaron diez y veinte años en la visita al país soviético. En cambio, no todas las opiniones dentro de la literatura divisionaria sobre este autor fueron negativas. Aunque se trata de un escritor que no pasó por la unidad, uno de los personajes de Ramón Zulaica define al escritor ruso como “el fenomenal pensador de este pueblo” (1963: 39).

²³⁸ En la segunda hornada de la literatura española durante el franquismo podían leerse palabras que, si no justificaban la Revolución Rusa, al menos la ponían en sintonía con el golpe de Estado del 18 de julio e intentaban comprender el levantamiento bolchevique debido al despotismo de la realeza zarista: “aunque a decir verdad el Zar no debía tratarles mucho mejor que éstos, que, en realidad, si vino el comunismo fue por culpa del Zar y de la pandilla que le rodeaba y de que el pueblo vivía en a mayor miseria, que si hubiese justicia no habría revoluciones; y si en España mismo las cosas hubiesen sido de otra manera (...) no habríamos tenido nosotros que venirles a sacar las castañas del fuego” (Romero, 1957: 224-225). También Ydígoras opina parecido a través de un personaje anticomunista de su novela, quien afirma que los bolcheviques “en principio tuvieron su razón de existir porque el Zar y sus señores llegaban a jugarse a sus siervos a los naipes” (1963: 344).

su experiencia, una imagen de la URSS en la que hay lugar para sentimientos contradictorios, ya que “se ama una tierra en que has vivido un año, contra la que has luchado hasta el paroxismo, se ama y se odia” (Romero, 1957: 279). La mayoría de escritores del grupo sentía esa atracción hacia un lugar “que tiene un encanto difícil de explicar, pero hay algo en su tierra, en sus hombres y mujeres, en sus costumbres, que seduce fuertemente”, por lo que es necesario “separar *in mente* toda la porquería comunista del verdadero espíritu de aquel país” (Blanco, 1954: 66). Para Ángel Ruiz Ayúcar, el amor por Rusia le lleva a desear volver allí “cuando hubieran desaparecido los odios y se hubieran calmado las pasiones” (1954: 195) y si él no podía hacerlo, implora que lo hagan sus “hijos, y entonces, cuando con este libro debajo del brazo, recorran los escenarios de una de las gestas más románticas de España, amarán a las tierras y a los hombres del país lejano, como los amamos nosotros” (1954: 198). Este positivo sentir se completaba, en algunas ocasiones, con la identificación total de Rusia y España, la unión de dos países que, a lo largo de la historia, se habían percibido de manera mutua como dos lugares lejanos y exóticos:

Rusia es un mundo entero. Yo creo que son los hombres quienes pasan entenebrecen las naciones. Pero los hombres pasan en seguida. Y con ellos sus ideas. Quedarían únicamente las praderas, las mismas praderas de antaño, y los lagos y los ríos, y estos patos cruzando el cielo en bandadas. Te diré más: estoy amando a Rusia. En estas llanuras veo la tierra de Europa más parecida a España. Siento mucho que sus hombres sean enemigos de los nuestros, tan irremediabilmente enemigos (Salvador, 1974: 268).

El concepto de devolución de la visita adquiere en este estudio un nuevo parámetro, y es aquel que se encuadra dentro de la línea de la que fueron protagonistas algunos ilustres personajes de los siglos XVIII y XIX y que continuó durante las décadas de 1920 y 1930 con el traslado de intelectuales que, tanto a favor como en contra, se pronunciaron sobre su experiencia en la recién inaugurada Unión Soviética. Los escritores divisionarios, a través de su mirada, describen lugares ya referidos dos centenas de años atrás en las letras hispánicas. De ahí que no sea extraño el recordatorio de personajes que ya realizaron el trayecto tiempo atrás para describir acciones concretas con las que se identificaban: “Pagamos generosamente sin contar el dinero, quizá por seguir la tradición de aquel duque de Osuna, que se nos adelantó un siglo en hacer el flamenco en estas

mismas tierras” (Ruíz Ayúcar, 1954: 83)²³⁹. Los divisionarios pisaban ciudades como “Nowgorod, la Compostela de la Santa Rusia, está rodeada de monasterios como el de Otensky, en un tiempo avanzadillas donde contener y organizar las peregrinaciones religiosas que venían de los cuatro puntos cardinales” (Blanco, 1954: 31) y espacios que habitaban “los eternos rusos de la Santa Rusia, que algunos llevábamos, antes de pisar su suelo, tan bien conocidos” (1954: 38) gracias a las lecturas decimonónicas rusas. A Ridruejo le cautiva de tal manera que “quisiera escribir una elegía” sobre ella, ya que se trata de “una ciudad de una belleza incomparable, pero [que] va muriendo día a día, golpe a golpe, incendio a incendio” (2013: 384). Mezcla sus impresiones, porque le parece “sorprendente, aunque su devastación es profusa y apenas hay un edificio completamente intacto” y es en ella donde puede ver el pasado ruso: “Por fin, una vieja y verdadera ciudad rusa, sin mistificaciones racionales, hecha con el poso de los siglos” (2013: 209). Esa misma ciudad a Gómez Tello le parece “fantasmal y silenciosa” (1945: 83) pero también como el “escenario para un «ballet» de Mussorgsky, si no fuera un escenario de guerra y la única y exclusiva música fuera de [sic] la de las baterías que tiran desde el otro lado del río” (1945: 84). En ella pervive la Rusia zarista que algunos divisionarios anhelaban:

Última ciudad burguesa de Rusia. Aunque no lo creáis, aquí todavía había burgueses. El reloj del tiempo se ha parado en estas casas, donde he entrado con un poco de respeto, porque aun guardan el perfume de sus fantasmas. En la ciudad se advierte el armazón de una burguesía sólida, que en vano los soviets querían desmoralizar. Viejas tarjetas postales del 1900, con señoras de sombreros de plumas; clisés borrosos, libros franceses y alemanes, samovares de porcelana rosa, grandes cortinajes, balcones y marquesinas francesas, jardinillos de silencio, fuentes... (1945: 85).

Con idéntico parecer Errando Vilar cree viajar a la “vieja Rusia [que] está llena de leyendas (...) cuya tradición no ha podido hacer desaparecer el régimen comunista” (2010: 215). Este mismo autor habla con un capellán, quien le describe el arte del Hermitage de San Petersburgo, lugar que ya había descrito detalladamente Juan Valera. Utiliza los conocimientos que le transmite el sacerdote para incidir en la idea de superioridad de la civilización occidental que cree representar frente a la rusa: “San Petersburgo tenía en la galería del Ermitage las mejores escuelas [pictóricas] del mundo, representadas en una enorme cantidad de cuadros que los últimos zares no escatimaron

²³⁹ Se evoca, incluso con más frecuencia que a los clásicos viajeros españoles, la campaña rusa de Napoleón, con el que también se identifican y al que intentan superar: “«La ruta de Napoleón», se repitió mentalmente Agustín, doliéndole, sin querer, un oscuro presentimiento” (Hernández Navarro, 1971: 65).

esfuerzos para adquirir (...) En la larga lista de nombres no aparece siquiera uno ruso. Esta manifestación de arte no la siente el pueblo eslavo” (2010: 210). Precisamente la ciudad que alberga este palacio es en la que más insisten los españoles, tanto por participar en su cerco como por su significado histórico y político. Referido al primer caso, es decir, al tiempo presente que vive el divisionario, se obtiene una imagen de los alrededores de la antigua capital imperial que, si antes fue el faro de Rusia hacia el resto de Europa, durante la contienda es un lugar de destrucción: “Paulovska, entre un bosque que en algún tiempo fue jardín, con el palacio de los zares lleno de torres doradas y salones con espejos; con las villas de la aristocracia rusa, arruinados por la guerra y la Revolución, al aire sus tripas de colores” (Hernández Navarro, 1971: 225). Si esa era la situación de las afueras, cuando se trata de describir a la propia ciudad, el voluntario utiliza, de manera directa, las referencias al pasado imperialista para realizar el contraste entre la grandeza anterior – por muy injusta o privativa a la realeza que esta fuera– y la miseria de los que eran prisioneros en la ciudad durante su sitio. Así lo demuestra la extensa descripción de Tomás Salvador que, por su contenido, merece ser reproducida de manera íntegra:

San Petersburgo, la vieja capital de Rusia, cuando Rusia era la madrecita, la blanca... Naturalmente, Barahona no conocía Leningrado, salvo por lecturas más o menos juveniles. Se imaginaba, pues, los puentes sobre el Neva, la Perspectiva Nevada, la célebre estatua del hombre y el caballo, el Palacio de Invierno, los pétreos barrios surgidos del capricho o la clarividencia de Pedro *el Grande*...

Históricamente tampoco sabía mucho más. San Petersburgo, ventana rusa hacia Occidente, la única ventana, cerrada hogaño, vencida por Moscú, la boyarda, pese a haber sido la cuna de la revolución. San Petersburgo, Petersburgo, Petrogrado, Leningrado... La evolución de una sociedad a través de los nombres. La corte imperial, los palacios, la nobleza dueña de vidas y haciendas, los rabotschi y los monjes de largas barbas. Todo un cambio, desde el San Petersburgo de *Las veladas*..., descrito por Le Maistre, con sus saraos palatinos donde los favoritos de la emperatriz se disputaban el poder con las armas del amor, al actual Leningrado, agarrado en la trampa, hambriento, reducida a pura armazón de ciudad enteramente proletaria (1974: 304).

Los voluntarios representaban, según ellos, a los liberadores del pueblo, deseo que al personaje, ante el que se descubre la antigua capital, predica desde estos lugares para descubrir su verdadero papel: “Nosotros somos Europa, venimos en nombre de Europa. Queremos abrir de nuevo la ventana a Occidente que vuestros tiranos han cerrado” (1970: 249). Tal era la ilusión del soldado español, que incluso su óptica podía terminar

vagamente alucinada al mirar la ciudad a lo lejos y transmutar la realidad existente por la del objetivo final que para ella buscaba, su renacimiento:

San Petersburgo podría ser admirado a través de un telémetro... La imaginación borraría el tremendo arrabal de Kolpino, las fortificaciones, los tranvías derrumbados, la tierra de nadie. La imaginación llegaría hasta el mar, hasta las torres de San Pedro y San Pablo, hasta la primavera rusa llena de jubilosos “¡Christus Voskris!”, Cristo resucitado, Cristo recobrado en la monotonía de la inmensa llanura. Y Rusia también resucitaría. Para eso estaban muriendo muchos hombres. O quizás, estaba soñando... Soñar y morir, cosa que, al fin y al cabo, no estaba del todo mal (1970: 250).

En definitiva, los ojos de los divisionarios difícilmente observaban el presente, sino que preferían echar la vista atrás y describir los paisajes aprendidos a través de la literatura y en los que el zarismo se superponía al bolchevismo. Así le ocurre a Armengol Vega:

Sí, yo también siento marchar de Puchkin. Me encanta este lugar. En él todo habla de la grandeza pasada. Pueda [sic] que no exista otro igual en Rusia. La residencia imperial y este parque, aun con los vestigios de la corrompida nobleza rusa, tienen algo que fascina. A veces, por el contrario, creo que estoy equivocado. Que esa fascinación es fruto de la fantasía nacida de la lectura reciente de libros de aquella época, entre ellos la biografía de Catalina II; y al darse la circunstancia de encontrarme de buenas a primeras en Tsarskoié-Selo, muy mencionado en ellas, me lo hagan ver así. Pero no, no puede ser solo eso; aquí hay belleza real y verdadera, ¿no cree? (1964: 59-60).

No solo batallaron en localidades concretas de Rusia, sino que su característico clima de temperaturas extremadamente bajas fue uno de los grandes aliados con los que contó el Ejército soviético para la batalla, tanto que el solsticio que da nombre a la llegada del frío fue ascendido de manera automática a la gradación de “general Invierno”. La celeridad que erróneamente supuso el Tercer Reich para la derrota y conquista de la Unión Soviética, dentro de sus celebrados planes de *Blitzkrieg*, llevó a los soldados a su servicio a sufrir un penoso clima para el que, ni siquiera en materia de equipamiento, estaban correctamente preparados. Así, la nieve, la ventisca y el suelo blanco se convirtieron en otros personajes de las letras divisionarias, más aun si se tiene en cuenta que los españoles procedían de un país que, en su mayor parte, disfruta del clima mediterráneo. Los hijos del sol combatieron contra “este frío [que] debe ser el mejor aliado de Stalin” (Romero, 1957: 230) y cambiaron así el concepto anterior que tenían los españoles del “paisaje nevado (...) que se supone sirviendo de techo a las fantasías de Puschkin y a las andanzas

de Taras Bulba, el capitán de cosacos creado por Gogol” (Errando Vilar, 2010: 35)²⁴⁰. El manto blanco representa, a la vez, un acto de belleza y de temor:

La nieve había borrado los perfiles de las fortificaciones, y los campos se presentaban a mi vista inocentes y bellos, igual que los habían contemplado incontables generaciones. Nada indicaba que entre las orillas del río pasaba invisible la frontera de la muerte. Nada permitía adivinar que ojos humanos se acechaban a un lado y otro para matarse (Ruíz Ayúcar, 1954: 195).

Los divisionarios estaban obligados a moverse entre la ventisca que “hacía insoportable la marcha” por lo que debían, para no irse al suelo, confiar “en el [camarada] que iba delante. Si éste caía, caía el inmediato (...) No se escuchaba nada, salvo el roce de la nieve en las ramas de los árboles y los juramentos ahogados de los que resbalaban” (Salvador, 1974: 204). Además, los españoles llegaron a luchar, en batallas como las del Lago Ilmen a “32 grados bajo cero, que llegaron en días sucesivos a los 53” (Blanco, 1954: 45), lo que podría considerarse “como ejemplo de antología entre las hazañas bélicas de todos los tiempos” (1954: 46), aunque para este autor la diferencia entre una temperatura y otra fuera en realidad indiferente porque “pasando de los 25 bajo cero, ya todo da igual” (1954: 62). Junto al río Voljov, lugar donde los españoles permanecieron también por un largo periodo de tiempo, podía llegar a dibujarse una imagen macabra entre la muerte y la nieve, que puede leerse en clave anticomunista: “Rojo y blanco... ¡Qué hermosa bandera se había formado sobre un río helado llamado Wolchow!” (Ydígoras, 1963: 197). Pero el invierno no siempre era un oficial del Ejército rojo. En algunas ocasiones, era la excusa perfecta para dedicarse al ocio:

A mediados de noviembre la temperatura descendió. Cesaron las celliscas y nevió de manera copiosa. El campo quedó inmejorable para la práctica de los deportes de invierno, lo que nos animó a buscar esquís en las casas abandonadas. Encontramos algunos pares aptos para esquí de fondo, única especialidad posible dada la carencia de montañas, y hasta de colinas, del país. Desafiamos las bajas temperaturas que, aunque entonces oscilaban entre los quince y veinte grados bajo cero, llegaban a sobrepasar los cuarenta, y salimos a practicar el más bello de los deportes. A fuerza de bastones y aprovechando los suaves declives, procuramos darle el mayor aliciente. Sobre la superficie, ya helada, del pantano los chiquillos del pueblo hacían verdaderas diabluras con los patines (Armengol Vega, 1964: 108).

²⁴⁰ “para los soldados españoles, ver el sol, aunque no calentara en absoluto, era como verle la cara a un santo” (Royo, 1957: 10).

La nieve y el hielo encontraban su fin con la primavera y daban lugar al deshielo: “Fue una de las mayores emociones que recibí en mi vida. Era un río, un río como otro cualquiera, pero que para nosotros había llegado a erigirse en un símbolo, en un lugar donde, durante un invierno que pareció eterno, parecieron darse cita todas las tragedias” (Ydígoras, 1963: 254). Este proceso es descrito también por Alberto Crespo de manera positiva:

Por hoy todo está cubierto de nieve que refleja vivamente los rayos del sol hasta hacernos daño en los ojos. Después, toda esta nieve se convertirá en barro, y las vaguadas en lagunas que se vaciarán poco a poco en el río. Más tarde, seca la tierra, dicen estas gentes que crecerán las flores, adornando todo lo que la vista alcanza. Si es así, pienso que la guerra nos ha de parecer entonces más agradable (1945: 139).

Para Gómez Tello, la primavera traía esas “jornadas en que cuando se pone el sol amarillo, las muchachas cantan, tras los vidrios, las canciones melancólicas del alma esclava, atormentada y confusa” y a ellas les permitía lucir sus “vestidos (...) floridos, como si ellos fueran también la primavera rusa” (1945: 167). Una visión idílica de este proceso también la aporta Antonio José Hernández Navarro, en la que puede observarse que, en contraste a la nieve referida anteriormente por Ruiz Ayúcar, el cambio del paisaje permitía que el entorno no fuera un aliado más del enemigo:

El paisaje fue feo dos días, porque un sol más luminoso que nunca lo hizo ser bello al tercero, con el recurso viejo como el mundo de la hierba verde y joven. Hasta algún que otro arbolillo cumplió su deber de resucitar, empelusando sus ramas con brotes tiernos. Todo fue como un himno al Señor, y sólo faltó el canto y el vuelo de los pájaros para que fuera completo. Agustín gozó de la primavera con toda la fuerza de sus veintitrés años (...) Desaparecieron los pasamontañas y los guantes. La carne de los soldados, pálida del invierno, fue bronceándose, y las camisas azules lucieron al sol; y las noches fueron más tranquilas, porque los miedos blancos desaparecieron y los miedos verdes, más que verdes, eran esperanzas (1971: 200-201).

Pero, a pesar de todo, el deshielo venía acompañado –y esta visión es mucho más acertada para los relatos del frente del Este– a aquel que dio título al relato de César M. Arconada sobre la División Azul: el barro. Este elemento convertía al terreno en un “infierno de barro, pero infierno al fin” (Salvador, 1974: 282). Aunque significaba la interrupción de la batalla, la estabilización del temporal con la venida del verano y su combinación con la lluvia hacía que el combate, aún sin tener que soportar las terroríficas temperaturas por debajo de cero, fuera igual de dificultoso:

El invierno había sido el gran aliado ruso. Hasta los tanques podían cruzar el Wolchow sin romper el hielo. Entonces parecía [que] se iban a tragar el mundo. La primavera había traído el deshielo, el barro, la suspensión de ataques formales. El verano, entonces en su apogeo, los reanudaba, aunque Marcelo se preguntaba qué clase de ataque a fondo se podría realizar en aquellas tierras, enfangadas por los continuos y tropicales chaparrones. Parecía mentira que en Rusia pudiera llover de aquella manera (1974: 274).

5.3.5. El divisionario en el combate: estampas de la guerra

La descripción de los combates, la actitud de los *guripas* y las impresiones que dejaron en ellos pueden apreciarse en dos niveles dentro de la narrativa divisionaria. El primero de ellos atiende a las impresiones que la guerra dejaba en ellos. Aunque la tendencia muestra cómo la lucha armada es exaltada, también hay lugar para el lamento por las jóvenes vidas que se apagaban en las trincheras, el ánimo o la desesperación que dejó en ellos empuñar las armas. El segundo responde a la cronología de la actuación en la lucha contra la Unión Soviética. La elevación a cotas hagiográficas de batallas como las libradas en Possad, Otenki, la *Intermedia* o Krasny Bor han compuesto, a lo largo del subgénero, una distinguida geografía para las penas y glorias de la unidad. El recorrido por cada uno de estos puntos permite conocer la interpretación de quienes vivieron *in situ* la guerra. Los “escritores de las trincheras” se identifican con las palabras del coronel José Martínez Esparza cuando relata la entrada de las tropas españolas en combate:

Al comenzar esta parte del libro, conviene hacer una advertencia al lector. Al relatar los hechos bélicos de la División Azul, no vamos a dar rienda suelta a la fantasía, ni aun con la excusa de dar forma literaria al relato, cosa que, por lo demás, no pretendemos. No es necesario fantasear, por la sencilla razón de que la realidad es tan bella, que su simple descripción, seguramente, satisfará la más exigente fantasía. Solamente aquellos sedentarios que no han tenido la fortuna o la ocasión de hallarse en presencia de hechos guerreros y que, no obstante, han de escribir de ellos, a miles de kilómetros de distancia, necesitan fantasear de tal modo que, apoyados, además, en deficiente información, transforman los hechos ocurridos hasta el punto de que los desconozcan los mismos protagonistas..., sin que por ello los embellezcan (1943: 201-202).

Por ambos casos desfilaron los divisionarios, aquellos soldados que protagonizaron inverosímiles historias como la aquel que, según Hernández Navarro, “presumía de vago y en los tiros no se agachaba, según él, por no molestarse” (1970: 190). Este autor también caracterizó actos que pueden denominarse como bravuconerías y en los que los soldados despreciaban su propia vida, ya que actuaban “como si la muerte no les acechase a cada paso” y disparaban mientras “cantaban el *Cara al sol* sin cesar” (1970: 110). Esta actitud también era característica del personaje de la novela de Jaime Farré Albiñana, que en España, poco antes de marchar con la División sentía cómo el “afán de lucha se me recrudecía salvaje; anhelaba verles las pupilas dilatadas, en espasmo de dolor, al hundirles el machete en la barriga; y acerrojaba los dientes al dar la patada para recobrar la bayoneta atenazada por sus entrañas” (1949: 43) y que murió en el frente con el “brazo en alto: arañando el suelo había desangrado en garabatos el ¡Arriba España! que no pudo gritar” (1949: 276). Para otros, como Rodrigo Royo, la guerra es “un deporte arriesgado” que produce, como le ocurrió a él y al personaje de una de sus novelas. “curiosas metamorfosis en los hombres y en los edificios: un cuerpo robusto se ha convertido en una piltrafa; un campo de baloncesto está lleno de mutilados”. (1944: 191). Pero, más allá de las consecuencias, la alabanza de la lucha no podía faltar. La amputación era un precio a pagar por participar en ella:

La guerra es el deporte más hermoso. Todos los músculos se desarrollan por igual, y, sobre todo, la vida tiene un sentido noble, sin bajezas, sin dobleces. Todo es abierto y sincero, puro, sin intrigas, sin hipocresía. Es otro mundo que lava los pecados cometidos en el mundo social, pobre, ruín y blandengue. Cada segundo vale una vida entera, porque en ese segundo podemos perderla. Se mata sin odio, se muere sin duelo y sin tristeza. Todo es grande como la llanura nevada y todo en la guerra nos pone más cerca de Dios porque le invocamos siempre (1944: 148-149).

Del mismo sentir era Armengol Vega al ver el peligroso e incierto camino de la noche en la guerra como si se tratara de la veraniega festividad de cualquier pueblo de España:

A lo largo de aquella caminata nocturna, lo mismo a la ida que a la vuelta, la verbena del frente nos ofreció un espectáculo digno de ser presenciado. Sé que parecerá un contrasentido y hasta un disparate. Lo comprendo; pero en la plenitud de la noche, el teatro del frente siempre me ha parecido algo espectacular. Como una verbena... de la muerte; pero verbena a fin de cuentas. El tableteo de las ametralladoras y los “pacos” de la fusilería tenían en ella – de día cambiaba– una sonoridad análoga a la de las tracas de nuestras

verbenas populares. Igualmente, el fragor de las granadas de mano lo tenía con las bombas denominadas de gran palenque. Y si, como en las verbenas, mirábamos hacia arriba, más bellas aún que fuegos de artificio, teníamos las granadas trazadoras que, fugaces, surcaban el espacio con brillo de irisadas tonalidades, y las bengalas, descendiendo lentamente suspendidas de diminutos paracaídas, iluminando una extensa zona de campo, evitando sorpresas. Mas, a pesar de tanta semejanza, ¡qué grande era la diferencia! (1964: 19-20).

El autor que menos celebró la guerra fue Eleuterio Paniagua quien, en clave remarquiiana, declara en su novela que la guerra “no tiene entrañas y las arranca más de una vez” (1961: 103), es un espacio en el que “en cualquier momento, podía verse la crudeza” (1961: 291) de la misma y se compone de actos que rara vez “enseñan cosa alguna, o, si las enseñan, el mundo no las aprende, y vuelve una y otra vez a someterse a la prueba endemoniada, sin querer ver que la guerra no puede dar lo que no tiene: paz” (1961: 45). La visión de Paniagua insiste en la nula capacidad del ser humano para aprender las consecuencias de los conflictos, pero su pesimismo y el discurso antibélico no escapan del todo del contexto divisionario en el que es presentado. Es aquí cuando, después de menospreciar la lucha armada, entra en contradicción consigo mismo cuando se celebra la guerra como acto previo a la convivencia dentro de los parámetros de la paz. Además, tiene un recuerdo para quienes no se situaron en la línea de fuego pero más sufrieron las consecuencias de las contiendas:

La guerra enseña a amar la paz. Sobre todo cuando la paz se ha ganado a fuerza de guerra. Sobre todo si, para vivir en paz, fue necesario ponerse a morir. Mi generación sabe qué es eso de ponerse a morir. Mi generación sabe qué es eso de ponerse a morir para poder seguir viviendo. Sobre todo, lo saben las madres de mi generación. No sólo las madres de España, sino también las madres del mundo. Ellas, mejor que nosotros, saben qué es y cómo es la guerra y la paz (1961: 332).

En el ámbito puramente cronológico, la sucesión de batallas recorre las fechas y lugares más significativos. La entrada en combate de España ha quedado establecida para el 12 de octubre de 1941, un día que como hecho literario ha sido empleado por una mayoría de escritores azules²⁴¹. La exaltación de los valores hispánicos a los que remitía y el evento mariano permitieron a los divisionarios recordar el día con mayor ahínco.

²⁴¹ Por ejemplo, Urquijo dice: “nos enteramos de que definitivamente íbamos destinados al sector de Nowgorod, donde ya estaban empezando a relevar unidades españolas a las alemanas” (1973: 273). Y más adelante establece la fecha en la que entró su unidad: “El día 13 de octubre de 1941 realizamos el relevo de la Compañía alemana de Zapadores de la 18 División” (1973: 277).

Vadillo describe a unos *guripas* que proponen festejar el acontecimiento –“¡hay que celebrarlo, camaradas!” (1971: 278)–, ante lo que el alférez que les acompaña les permite beber “una botella de vodka (...) sin armar jaleo” (1971: 279). El inicio de la guerra puede apreciarse en cómo mientras ellos daban cuenta del alcohol los miembros de la Escuadrilla Azul “se hallaban ocupados, aquella mañana del 12 de octubre, en otros menesteres más urgentes” (1971: 286). Para que el significado del momento aumentara, señala Salvador cómo comenzó a extenderse el manto blanco sobre la Unión Soviética: “El día 12, fiesta de la Raza, empezó a nevar de firme. Ya no se habría de interrumpir la nevada, cuajándose la que caía que, algo bueno tenía que tener, iba cubriendo tanta fealdad como en el suelo había” (1974: 113). Hernández Navarro también lo combina con el hecho religioso al escribir que “estrenamos la guerra el día de la Virgen del Pilar” (1971: 92) e igualmente le ocurre a García Luna en una de las misivas de su texto, en el uno de sus soldados declaraba que estaban “en el frente desde el día del Pilar” (1959: 33). Errando Vilar relata que les obsequian “con salvas” (2010: 12), en una fecha de “gran significación (...) [que] no pasa desapercibida” y en la que se compara con aquellos que habían hecho, en 1492, la travesía junto a Colón: “La gran significación de la fecha no pasa desapercibida. Los hombres que hoy se evocan –¿por qué no decirlo?– tienen con nosotros una semejanza” (2010: 13). Del mismo parecer que sus camaradas es Jiménez y Malo de Molina, para quien nunca “los voluntarios de la División Española olvidaremos esta fecha. Yo la llevaré siempre grabada en el alma” (1943: 181)²⁴². El inevitable inicio de la guerra conllevó la muerte de los primeros hombres, cuyo anonimato resalta el inicio de los más de cinco mil españoles que dejarían su vida en el frente oriental:

¿Quiénes serían esos dos? ¿Habrán sido los primeros caídos de la División? Ante los primeros caídos se piensa; pero se medita poco. Es la guerra. ¿Quiénes son? Dos españoles que dieron su vida joven por una idea en los campos ya nevados de Rusia. Nada más. No interesa más. Son el prólogo de una lista que desgraciadamente se sucederá todos los días con tinta roja (1943: 185).

Más allá de la fecha de inicio, es interesante la reflexión que realiza Rodrigo Royo en *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* acerca de los primeros momentos de su personaje en las trincheras:

²⁴² Mientras que la mayoría de los escritores divisionarios registraron las días y realizaron un recorrido cronológico por la experiencia azul, Farré Albiñana declaraba justamente lo opuesto: “No teníamos la menor noción del tiempo. Desconocíamos las fechas, semanas y fiestas. No nos preocupaba ni el mes” (1949: 159).

Así, en aquel fluctuar de mi ánimo entre la languidez nostálgica y el entusiasmo fogoso y exaltado, transcurrió la primera tarde de mi estancia en el frente ruso, dejando correr mi imaginación por todos los caminos. Mientras tanto, veía pasar por la carretera las interminables caravanas de camiones y carros blindados que iban hacia San Petersburgo. La nieve pugnaba por cuajar sobre el asfalto y no lo conseguía. Por fin, al anochecer, dejó de nevar, pero el cielo seguía encapotado y una oscuridad densa amenazó a la nieve, tímida y pura como una doncella (1944: 133-134).

La primera batalla de importancia que vivió el grupo se desarrolló durante el mes de noviembre entre las aldeas de Possalok, Possad y el monasterio de Otenski. Para el conductor de ambulancias Enrique Errando Vilar se trata de “retaguardias rojas; que por un milagro de los españoles se mantienen contra el comunismo” (2010: 69). Tomás Salvador describe cómo los rusos, con la salvedad de los golpes de mano, inauguraron sus ataques nocturnos: “Poco después de medianoche un cortina de fuego había caído súbitamente sobre Possalok” (1974: 157). Possad se convierte para el escritor en un “matadero (...) [en] los tres días primeros, durante los cuales el fuego había sido continuo y la incertidumbre constante” (1974: 172) y contrasta con Otenski, que “era casi la retaguardia, el seguro puerto de salvación”, a pesar de que el “huerto iba recibiendo cañonazos enemigos y las tapias estaban derruidas en casi su totalidad” (1974: 176). Una descripción global de la situación en la zona la ofrece el *guriipa* José Luis Gómez Tello:

Possad se abre allí, negro en el horizonte, blanco de miedo y rojo de incendios nocturnos. Delante se halla Possalok, la avanzadilla que habrá que evacuar al aumentar la presión enemiga. Detrás, una carretera de 15 kilómetros, un camino flanqueado de bosques, lleva hasta Schewelew, donde se halla el puesto de mando del Coronel [Esparza]. A media mitad de la distancia, donde hace curva la carretera, las cruces y las torres del Monasterio de Otenski se alzan apiñonadas, cobijando las “isbas” miserables. Allí está la artillería del 10,5, que desde hace unos días atiende sin descanso las indicaciones del observatorio de Possad. Possad pide a todas horas que se batan las concentraciones enemigas, que han iniciado un lento movimiento envolvente, intentando filtrarse para cortar la carretera a Otenski. Cada noche llega con su luz lívida de bengalas, oscilante claridad entre las combras, con sus cohetes de señales, con sus hachazos amarillos del fuego nocturno de la artillería (1945: 129-130).

El crítico momento que se vivía en Possad también puede apreciarse en el texto de Juan Eugenio Blanco, que indica cómo en ella los heridos se distinguían “en dos clases: los que pueden andar y los que no pueden andar” (1954: 26). El autor narra cómo los “primeros se reúnen en grupos de 10 o 15 y, provistos de bombas de mano, tienen que

ganarse el camino al Monasterio” mientras que para los segundos había “que esperar a que se haga de noche para evacuarlos”, un tiempo que algunos “no resisten tanto”, lo que significaba más “cruces en el cementerio, al lado del puesto de mando” (1954: 26) en el que se encontraban “muchos amigos nuestros (...) [de] la primera línea de la Falange de Madrid” (1954: 27). En el relato de Ydígoras la importancia de Possad es tal que, a pesar de seguir la historia la línea cronológica de la División Azul en todo el relato, este se inicia con la descripción de la batalla. Para el voluntario es un lugar lúgubre que “tenía ya más de cementerio que de pueblo” (1963: 14) debido a que los soldados caían “a un ritmo que escalofriaría a otros que no fuésemos los españoles que estábamos [allí]” (1963: 17) y a los que enterrar de poco servía, ya que algunos “*morían* una y diez veces. Los enterrábamos y los obuses, sacándolos a la superficie, los maceraban de nuevo, los lanzaban al aire, jugueteaban con ellos” (1963: 25). La lucha fue el ejemplo de la dramática situación de los heridos, como aquel que era “un pingajo de hombre, una cabeza monstruosa; un cuerpo abierto por la metralla, que, trabajosamente, portaban en andas dos camaradas” (1963: 19) y de las pésimas condiciones en las que guerrearon los españoles:

Aquel amanecer se grabaría para siempre en mis recuerdos. No disponíamos de uniformes de invierno y apenas nos quedaban algunos paquetes de vendas, alguna caja de munición, algún mendrugo de pan. Echados sobre la nieve, descansábamos unos minutos mientras otros muchos se iban tan silenciosamente que al quererlos despertar los encontrábamos ya yertos por la helada. En los cráteres abiertos por las bombas acurrucábamos a los ya mortalmente amenazados por el frío o el agotamiento; los dejábamos junto a otros cuyo cerebro, sacudido por los *shocks*, empezaba ya a delirar. Poco después caía sobre ellos un nuevo proyectil y así encontraban –un privilegio en aquel ambiente– la tumba ya preparada (1963: 14).

Si la situación en Possad era terrible, la de Otski tampoco invitaba al optimismo. A pesar de que Salvador, como se ha visto, prefería este pueblo a aquel, para Fernando Vadillo “era un terremoto” (1967: 503), y, en conjunto, ambos topónimos, eran para los que lograban salir de allí “milagrosamente ilesos” una “anónima Numancia del frente del Voljov” (1967: 565). Sobre el papel de los divisionarios en Otski es interesante el relato, precisamente, de quien no vivió este hecho. Agustín, el personaje de Hernández Navarro, había caído herido en los momentos previos. Durante su estancia en el hospital escribía un diario en el que, a través de las informaciones que le había dado su compañero, describe del siguiente modo la batalla y la muerte de un camarada en el templo:

Según me cuenta Matías, al que pegaron aquella noche un tiro en la mano izquierda, entre las once y las doce atacaron el monasterio un grupo indeterminado, aunque crecido, de fuerzas rusas. El ataque fue de lo más inesperado y sorprendió a todos por completo; Luis estaba con varios camaradas más en una de las habitaciones del edificio, cerca del patio central. Cuando sonaron los primeros tiros, todo el mundo salió corriendo al campo libre para rechazar al enemigo, que combatía con los centinelas y con las dos patrullas del exterior. Para salir del monasterio no había más que una puerta, que los rusos tenían batida. Luis salió corriendo con su alegría deportiva de siempre, pero un tiro en el corazón le paró en el aire. Cuando le recogieron, sonreía (1971: 140).

Pero, más allá del trágico resultado de los combates en estas tres localidades, Urquijo recoge el heroísmo del que acompañaba a estos textos divisionarios cuando, sobre todo, se trataba de escenas en las que se liquidaba a los soldados enemigos en nombre del anticomunismo:

De estas últimas operaciones nos relataron multitud de detalles, alabando el comportamiento de todas nuestras unidades. Uno de los ataques lo efectuaron los rusos enmascarados con camisetas blancas, que yo llegué a ver más tarde, pues empezaron a utilizarlas con regularidad a partir de aquel momento. Gracias a ellas consiguieron acercarse bastante hasta nuestras líneas, y además intentaron apoyarse con otra estratagema, pues simulaban un avance en otro punto, dando al tiempo grandes voces: *¡Hurra, hurra!*, mientras los encamisados avanzaban en masa silenciosa. Nuestros escuchas se dieron cuenta a tiempo, y avalancha tras avalancha fue cayendo delante de nuestras trincheras, abandonando ametralladoras y otro material de guerra. Cuando ya no hubo frente a nuestras líneas más que muertos y heridos, se escuchó en ellas un coro de voces roncas cantando himnos patrióticos, canciones de la guerra civil, alegres fandanguillos y bravas jotas. Hubo varios casos de auténtico heroísmo, concedieron unas cuantas Cruces de Hierro (1973: 289).

El horror de la situación contrasta con las horas pasadas a cubierto por Ridruejo, al que le sirvieron para alimentar su conexión espiritual con Dios y, curiosamente, a llenarse de vitalidad ante la proximidad de la muerte. El crecimiento personal llega dentro del caos:

Dentro del refugio, en las horas del bombardeo, he aprendido muchas cosas. He aprendido a rezar el Padrenuestro, a comprender su perfección, su suficiencia. Nada queda fuera de esta oración divina. Nada es necesario añadir, nada falta. Todo cuanto el alma puede decir y pedir a Dios está en esas palabras (...) También he aprendido a amar la vida en sí, con ser tan poco, y a amarla con gratitud, despojada de cualquier condición. Pocas horas de mi vida han sido tan sencillamente ricas como estas de Possad, ya casi enterrado

y todavía terriblemente vivo (...) Una mutación grande ha habido en mi conciencia y una curación profunda de muchos males literarios, imaginados, circunstanciales. Sé que seré en adelante un hombre infinitamente más sereno que antes (2013: 340).

Los primeros meses de la guerra popularizaron los germanos una posición “situada junto a una iglesia, en la misma orilla del río y dominada desde la opuesta, a la que habían bautizado con el nombre de *El Alcázar*, mucho antes de que supieran que podrían defenderla algún día los españoles. Fue una especie de premonición” (Urquijo, 1973: 278). Una de las misivas del libro de García Luna hace referencia a este mismo lugar: “sé que este nombre te recordará buena y rancia Historia, aunque tu padre –¡mi abuelo materno, querida tía Eloísa!– no creo que estudiase en Toledo, siendo de Caballería” (1959: 71). Espacio mitificado por los sublevados durante la Guerra Civil y a lo largo de la dictadura, expone en su carta el porqué de la denominación y la peligrosidad de encontrarse en la posición: “se le llama así porque recuerda remotamente al viejo y glorioso palacio toledano y porque estamos medio sitiados. Desde aquí se ven pantanos repulsivos, agua que si no es sucia lo parece (...) Ahora estoy metido en una trinchera en la que como asomes el coco, te atizan” (1959: 71-72)²⁴³. El riesgo señalado era evidente ya que se situaba, como escribe Gómez Tello, “en lo más adelantado de la línea”, posición a la que no se podía llegar de día, ya que las “ametralladoras rusas ladran en torno, desde las próximas pendientes que bajan hacia el Wolchow, al abrigo de sus agujeros” (1945: 135-136). También describe la peligrosidad que suponía el ir a diario a avituallar a sus ocupantes:

²⁴³ Huelga decir que la Academia Militar de Infantería de Toledo tuvo su sede, hasta la toma de los sublevados de la ciudad, en el edificio del Alcázar. Tras un periodo en el que se emplazó en Zaragoza y Guadalajara, en 1948 se reabrió el centro toledano en un edificio construido para tal motivo enfrente de la destruida fortaleza, al otro lado del río Tajo. El aludido García Luna describe la visita de Moscardó, el general líder de la insurrección del Alcázar: “llegó al pueblo cuando ardía una casa. Aquello fue como si se hubiesen organizado fuegos artificiales en honor del ilustre general. Contempló el incendio y quiso saber las causas. La verdad era, como se le dijo, que la estufa se había cargado demasiado y la misma casa así se convirtió en estufa de madera; en una gran estufa. A los rusos les llegó la noticia de que venía el defensor del Alcázar y salieron a la carretera a verle con sus ojos bien abiertos, bien abiertos. Fue un simpático recibimiento. Creo que después regresó al cuartel general. Yo no volví a verle” (1959: 42). El coronel Esparza señala la excitación de los germanos ante la visita: “Como el nombre de tan ilustre soldado es todavía más conocido, si cabe, en el extranjero que en nuestra Patria, la noticia produjo literalmente sensación entre los alemanes” (1943: 323). Urquijo fue el guía del militar en la catedral ortodoxa de Novogorod, y de la experiencia dejó la siguiente anotación: “Moscardó no decía ni palabra y su hermetismo me dejaba perplejo, pues me hacía pensar que no le interesaba todo aquello en absoluto” (1973: 296). Respecto al asedio del edificio toledano, desde una perspectiva republicana cabe señalar la existencia del libro *Los rehenes del Alcázar* (1967), escrito por el pintor exiliado en Francia y encargado en su momento del asalto Luis Quintanilla y que ha sido rescatado recientemente por la editorial Renacimiento (2016).

Cada noche hay que elegir bien los hombres para realizar esta misión, en la que, saliendo de las líneas de defensa de la ciudad, hay que atravesar las puertas del cementerio, arrastrarse por el hielo, empujar los trineos y cambiar disparos con las patrullas soviéticas, que se emboscan a los lados del convoy para impedir su avance. A los lados de esta ruta hay veinticinco tumbas, con veinticinco cascos y veinticinco cruces de madera. Han caído en los convoyes, y como se cae en esta guerra. De repente, los rusos abren fuego desde la noche. Unos cuantos fusiles ametralladores comienzan su tableteo por todas partes, y se les contesta a tiros. Quien tiene mala suerte, cae para no levantarse (1945: 136).

Este mismo autor destaca cómo eran las tan significadas celebraciones de Nochebuena y Navidad para los divisionarios en el frente. El 24 de diciembre fue un día “azul, claro y limpio como el cristal” y una noche en la que consideraba que “no hacía frío, ni viento, ni hielo” ya que estaban “alegres los corazones españoles”, que disfrutaron de “unas botellas, una buena comida caliente, buenos pitillos y una canción en los labios” (1945: 137-138). Mientras que los *guripas*, dentro de las circunstancias, consiguieron recrear el ambiente adecuado al momento y en correspondencia con su catolicidad, se resaltaba el ateísmo del enemigo comunista:

[Los soviéticos] naturalmente, no han celebrado este día. Los “sin Dios” estaban en sus bosques de alucinación, en sus aldeas negras, en sus parapetos de odio, como si esta noche –noche de altitud, de ventanitas cerradas, de luceros en lo alto, sobre un cristal pálido de cielo– no fuera la más alta de la Cristiandad. Solamente en las aldeas que los soldados de Europa han devuelto a la civilización, los rusos han vuelto a encender en sus corazones las pálidas llamas –como cirios ante un icono– del viejo fervor de la Pascua rusa. Y yo les he visto, en sus “isbas” –la casa rusa de madera–, arrodillarse ante los dorados y las flores de una bizantina Virgen María (1945: 138).

La descripción del día fue menos entusiasta para Urquijo, quien no resalta apenas la diferencia entre la monotonía de la guerra y las fechas festivas:

El día de Nochebuena y el de Navidad no constituyeron una excepción. El único rato alegre lo tuvimos por la noche, al reunirnos a comer unas pastas y beber unas copas de champán. El teniente Hudezeck, que vivía solo en una habitación, había puesto en ella un pequeño árbol de Navidad. Fuimos a visitarle, y bailamos todos juntos los aires gallegos del *tamborilero*, lo que pareció complacerle mucho. El día 25 tuvimos misa (1973: 304).

A la especial celebración le siguió la cruenta lucha de la *Posición Intermedia*. La terrible acción de los rusos, que habían vejado los cadáveres de los españoles, fue respondida con idéntico comportamiento por parte de los españoles. Ninguno de los dos

actos se ocultó, pero mientras que la acción de los soviéticos se presentó como un vil acto –y no les faltaba razón en este punto a los *guripas*– en el que todos destacaron cómo los cuerpos estaban clavados con picos y, en general, destrozados, su réplica es tratada como un hecho heroico y se justifica por el ataque anterior, cuando en realidad no dejó de ser un ataque tan censurable como el recibido por mucho que se presentara bajo los parámetros de la venganza. Enrique Errando Vilar muestra pocos escrúpulos para decir cómo, tras este acto, “[los] españoles se han defendido a la bayoneta” (2010: 126) y calificar esta respuesta como “otra magnífica victoria de la División Azul” (2010: 127). Para Urquijo se trata de un “valeroso comportamiento [que] hizo desistir al enemigo de nuevos ataques” (1973: 305). En la misma línea, Carlos María Ydígoras lo define como el “más penoso capítulo de aquella guerra” (1963: 198). Habían visto a sus compañeros muertos en un escenario en el que, “en vez de hombres, [parecía que] allí hubiesen sacrificado caballos y destripado pulpos” por el aspecto casi indescriptible que tenían los fenecidos, a los que su desnudez dejaba “ver unas partes genitales convertidas en horribles confusiones” y a los que habían acompañado algunos “papeles donde, escrito en español, podía leerse: *Perros azules*”. (1963: 194). La reparación del desagravio, que según el autor planeaba en la mente de los españoles, les hacía “gozar con las mil barbaridades que su instinto les iba dictando” (1963: 194). Y así le ocurrió, efectivamente, a uno de los hombres del grupo, que “se acercó a un cadáver y, como presa de un repentino ataque de locura, levantó el arma. La bayoneta quedó cimbreando sobre el vientre del muerto” (1963: 197). El acto de los soviéticos es definido por Hernández Navarro como una “salvajada [que] hizo a todos mucha impresión y hasta los más sensatos pensaron en la venganza” (1971: 181). El protagonista de su novela, antes del asalto, “besó la bayoneta pavonada” (1971: 183) y, tras realizar el vil acto continuó con una tarea banal porque la guerra había convertido a la muerte, dicho sea esto con todas las precauciones, en un suceso más de la guerra: “Y Agustín concluyó su carta, día y medio después de haberla comenzado, como si nada hubiese sucedido” (1971: 185). Juan Eugenio Blanco describe el drama de la *Intermedia* como una acción perdida en la que había que “morir en la mejor forma posible” y en la que, tras sobrevivir, había que dar sepultura a los españoles cuyos cuerpos cadáveres habían sido ultrajados: “A los defensores de la posición intermedia tuvimos que sacar, para enterrarlos, los picos que los rusos, ensañándose ferozmente, habían incrustado en sus cuerpos” (1954: 42). Todas estas estampas se pueden resumir en la que ofreció Tomás Salvador, que no era sospechoso de escatimar en detalles, aun si estos eran especialmente escabrosos:

A las diez se llegó a la Intermedia. Consistía en una loma apenas fortificada, con unos agujeros para los ametralladores y un chamizo donde refugiarse. Otros españoles habían llegado ya y sus gestos indicaban que allí no quedaba nadie con vida. Al aproximarse, Ramón encontró todo aquello revuelto. Armas, casquillos, mantas y capotes; muertos... La nieve aparecía manchada de sangre y pólvora de las bombas de mano. Todo apareció derruido, semicubierto por la nieve. Los defensores españoles estaban muertos todos. Alguien se había cuidado de reunir los cadáveres, despojados por el enemigo, que se había ensañado con ellos golpeándolos con picos y bayonetas. Grandes manchones de sangre lo cubrían todo (1974: 209).

Fernando Vadillo elude cómo los españoles clavaron también sus bayonetas, picos y cualquier objeto punzante en los cuerpos de los rusos, a los que se refiere como “los profanadores de los cadáveres de la Posición Intermedia” (1967: 776). Y se aprecia cómo los azules no escatimaron esfuerzos para llevar a cabo la ofensiva:

Los españoles rebasaron la Capilla Vieja y se detuvieron en la margen del Voljov. Desde allí abrieron fuego con todas sus armas sobre las siluetas que se alejaban por la superficie. A los disparos del antitanque, las ametralladoras, los fusiles y las pistolas ametralladoras, se sumó el fuego de las posiciones de Lobkovo y otros puestos próximos de la línea. La Artillería tiraba contra la orilla opuesta, cortando la retirada del enemigo. Este se hallaba copado. No podía avanzar ni retroceder. Sus siluetas eran blanco fácil de los impactos. Unas eran batidas en el centro del río, otras caían cuando estaban a punto de alcanzar la ribera y trepar el talud.

–¡Alto! ¡Alto el fuego!...

El río y sus contornos era una inmensa alfombra de nieve salpicada de cadáveres. Un Batallón completo de Infantería soviética acababa de ser aniquilado (1967: 777).

Siguió a este episodio la acción de la liberación de los alemanes que quedaron atrapados en el pueblo de Vsvad y a los que salvó la Compañía de esquiadores, otra de las gestas que quedó grabada en el imaginario divisionario, por el éxito de la misma y el alto precio que pagó la unidad –95% de bajas–. Quienes no estuvieron allí pudieron escuchar el relato de sus compañeros y la calificaron de “formidable hazaña” (Errando Vilar, 2010: 174), “vértice de heroísmo español” (Gómez Tello, 1945: 146) y “un episodio excepcional (...) que muy bien puede quedar como ejemplo de antología entre las hazañas bélicas de todos los tiempos” (Blanco, 1954: 45-46). Tomás Salvador novela el acontecimiento a través de un personaje llamado Pedro, ese *guripa* al que, cuando le comunican el nombre del grupo dice que “no sé esquiar” (1974: 220). El camino que

siguieron, debido a las condiciones climáticas, fue tan duro que un “trago de coñac servía de bien poco” (1974: 221) y no pudo hacerse en línea recta –a través del lago Ilmen– porque, como explica uno de los compañeros, el “centro del lago es muy profundo. El hielo es más grueso. Y como el hielo tiene un peso específico menor que el agua, en los lugares de mayor profundidad tiende a levantarse continuamente” (1974: 223). Esta dificultad hizo más dura aún la misión para los españoles, realizada entre el “marasmo” y el “sufrimiento” ante los que había “que aguantar, aguantar siempre” (1974: 225). La angustia por conseguir enlazar con unos alemanes –otros a quienes buscaban– es reseñada por el autor:

La marcha se hacía pesada. Se veían tan cerca la salvación que cada minuto constituía una tortura. Pedro sintió que de repente le caían en las costillas las muchas horas de arrastrarse por el hielo. Un dolor en las ingles, el mal de la nieve, convertía en complicado juego de músculos cada paso adelantado. Por fin se llegó. Ladraron unos perros y unas suaves ondulaciones en la nieve denunciaron en el humo de sus chimeneas la presencia humana. Atravesaron un sumario círculo de fortificaciones y las puertas de los búnquers [sic] se abrieron (1974: 226).

Al soldado de Tomás Salvador, tras el final de la expedición le parecía “milagroso” el haber “salido ileso de todos los jaleos”, una sensación que compartía solo con “una docena de camaradas” (1974: 238). Tal desastre derivó en el fortalecimiento de las relaciones entre españoles y alemanes, cuando uno de estos le dijo a Pedro: “Spanien gut, gut... gut!”, palabras a las que “dio la insigne respuesta de ponerse a reír como un imbécil” (1974: 238). Para Carlos María Ydígoras, durante la labor de los esquiadores “[el] ideal y [la] disciplina [de la División] iban a ser de nuevo puestos a prueba” en una “de las más cruentas páginas de la guerra”, por lo que se cuestiona si llegaría entre ellos “alguno en condiciones de combatir” (1963: 230). La temperatura, que sobrepasó los cincuenta grados bajo cero, y las tormentas de nieve, definidas como “aquel fantasmal y apocalíptico asalto de la naturaleza” (1963: 231), llevan al narrador a no repeler un ataque ruso junto a sus compañeros: “La patrulla enemiga había sido rechazada por mis camaradas, sólo por ellos. Yo no me había movido del sitio y no lo hice hasta haber pasado el peligro porque el frío llegó a poder definitivamente conmigo” (1963: 232). Este hombre, Maldonado, cuando ya se recuperó, pudo luchar “con inusitada fiereza” (1963: 234) en un episodio cruento en el que eliminaban “a los rusos, deshaciéndolos una vez que estaban muertos porque nuestro miedo o nuestro coraje se desbordaba; con el rostro

y los guantes y el alma ensangrentados” (1963: 235). El antiguo divisionario también narra la huida que siguió a tan macabra escena:

Poco a poco el mundo fue silenciándose. Cesó la lucha, que parecía haber costado la vida a todos mis camaradas, y miré hacia el lago, hacia la única posibilidad de escapar. Y a modo, no ya de la fiera salvaje que había sido hasta poco antes, sino de una fiera perdida, lentamente, con una sensación de agotado que desconocía, comencé a arrastrarme hacia el Sur, de donde provenían, lejanísimos, los jubilosos *¡Pobieda!* de los rusos, que habían ido en persecución de los supervivientes de aquella guarnición que defendió Majala. En la salida de la villa hallé un tanque, me aparté de él y discurrendo ya por el costado oeste de un pueblo en llamas, encontré un camino. Sin armas ni casco; el pasamontañas convertido en un mazacote de hielo que me limaba el cuello y la boca, corrí por aquel sendero que conducía a la vida. No sentía los pies, las manos amenazaban perder su movimiento, el frío ahogarme el resuello. Y el viento, que me empujaba y derribaba con desesperante frecuencia (1963: 237).

El episodio paralelo a la labor de los esquiadores fue el que protagonizó, bajo las órdenes del comandante Román en Mal Samoschje, el Segundo Batallón del Regimiento 269, otro nombre que, como señala Gómez Tello, “va unido a páginas gloriosas de nuestros meses invernales” (1945: 152). El autor indica el ambiente de la noche previa a la lucha, en la que el soldado “encuentra viejos camaradas y amigos para poder charlar” mientras que otros preferían “jugar al fútbol o practicar el esquí” (1945: 153). La calma da paso en el relato a la tempestad, un “rosario de minutos engarzados en treinta y seis horas de angustia, de esfuerzos, de sacrificios, de obscuro heroísmo” que llega a ser “inenarrable” (1945: 154). La misión, que se desarrolló con éxito, termina para el autor con unas palabras que sintetizan la impresión que dejó en él la batalla:

Y ahora mi prosa presenta armas, prosa de honor de un soldado de Europa. La crónica mejor que yo quisiera escribir cabe en una hoja de papel, en un telegrama. Yo lo he tenido en mis manos, y sé cómo se doblaba el corazón leyéndolo, en aquellas horas, que parecía que no se iban a acabar jamás. Podría, si quisiera, contarlo de otra forma, adornarlo con los laureles de una adjetivación facilona. Pero prefiero que lo leáis tal como es, desnudamente, sencillamente. Helo aquí: “Los hombres se entierran en la nieve. Nos hallamos cerca del pueblo. Se avanza haciendo esfuerzos sobrehumanos” (1945: 155).

Tras este combate, el siguiente punto de relevancia en la toponimia divisionaria se sitúa en Krasny Bor. Según Fernando Vadillo, la “heroica conducta [de la División Azul] le había valido un puesto en la vanguardia de las tropas que conquistarían la Ciudad

de Octubre” (1971: 468), una orden que llevó a la unidad a luchar en las aldeas aledañas de cruenta manera. Si debiera medirse la importancia de una contienda en las letras del subgénero por la cantidad de páginas que le fueron dedicadas, Krasny Bor sería, sin duda, la que ocuparía la cima de este tipo de acontecimientos. Tomás Salvador describe el lugar de manera diferente a otros suelos que pisó, ya que la aldea “no era la clásica alineación de casas a lo largo de una calle. Era muy grande y sus dachas, una por esquina, se perdían entre el bosque” (1974: 345). Este soldado destaca, después de la lucha infernal que se vivió, el opuesto ambiente cercano a la paz: “Reinaba un silencio casi absoluto, increíble, sorprendente. Se había librado la y se estaba librando la batalla más encarnizada de las que había tomado parte la División española y sin embargo diríase que estaba de centinela en un puesto cualquiera de las trincheras [en] una noche de calma” (1974: 335). Ya se aprecia en estas palabras que se trata de un pueblo excepcional, que no se parece en nada a otros a pesar de la similitud que presentan las pequeñas poblaciones rusas. Luis Romero destaca la defensa española de las posiciones, ya que “nos aplastaron, pero no consiguieron pasar adelante. Todo aquello, visto desde ahora, parece como un juego trágico, un deporte cruel, en [el] que lo más importante era la honrilla” (1957: 117). La crudeza de la fecha fue tal que, como narra este mismo autor, los divisionarios quedaron divididos en dos grupos según su supervivencia, ya que allí “murieron muchos, y otros se salvaron. Yo fui de estos” (1957: 120). Para Carlos María Ydígoras, la batalla es “una feroz masacre” (1963: 331), otra ocasión para demostrar la valentía de los hispanos, “unos seres que, armados con una mina de *plato*, un *cocktel* Molotof [sic], o un simple pico, se movían vacilantes y pesados entre los rabiosos *tancazos* y las procesiones de balas que agujereaban la nube de blanquecino humo” (1963: 332). Es inevitable, con estas condiciones, referirse a la terrible estampa que debió dejar la batalla. El autor no repara en detalles y se centra en los soldados que, gravemente heridos, se encuentran en la frontera entre el mundo de los vivos y de los muertos:

El herido apenas lograba hilvanar algunas sílabas. Un crucifijo le besaba en los labios y el pobre muchacho cerraba los ojos. Quizá su último recuerdo fuese para el pueblo que le vio nacer, quizá para su novia, su mujer; o tal vez sólo pensase en la muerte (...) Algunos, en los últimos instantes se volvían demonios, y el cura, horrorizado, debía alejarse de ellos. Como los heridos del cuerpo, otros esperaban, otros podían ser salvados con la condena de uno solo. Siguiendo sus huellas, oíamos juramentos y gritos horribles de aquellos que no confiaban en que, por obra y gracia de una simple oración, alcanzasen el tantas veces prometido Paraíso (1963: 335).

Pero, como se ha señalado, el autor que más atención dedicó al hecho fue Fernando Vadillo. En su obra *...Y lucharon en Krasny Bor* (1975) pueden seguirse los detalles según el estilo que caracteriza a las obras divisionarias del autor, es decir, como si de un estudio enciclopédico de la misma se tratase. La visión apocalíptica de lo que ocurrió en la aldea rusa le lleva a hablar del comienzo de la batalla como el “fin del mundo” (1975: 50). Su relato, explícito en detalles, está compuesto por “cuerpos humanos [que] saltan despedidos por los boquetes abiertos en las paredes de rollizos”, mezclados con una “riada de heridos cargados en ambulancias” (1975: 63-64) en las que son trasladados al hospital de campaña, que “ofrece un cuadro dantesco” mientras “la sangre [de las heridas] empapa los vendajes y traza rojos regueros en la tarima del pavimento” (1975: 189). El autor se acerca, a través de sus descripciones realistas y en ocasiones hasta tremendistas al caos vivido por la unidad en la defensa de sus posiciones. El ataque, que se produce desde y hacia todas las posiciones posibles, provoca que los aviones Stormovik sean percibidos como “el relincho simultáneo de una yeguada enloquecida”, mientras que la actividad de la artillería se asemeja al lanzamiento de flechas “de fuego en la tormenta” (1975: 71-72). Con este panorama, la resistencia de los hombres de azul le lleva al ex-divisionario a glorificar la lucha al destacar que “fue [como] la de Troya” (1975: 98). Y, aunque las novelas de Fernando Vadillo pretendían, mediante su documentación, ofrecer una visión panorámica de la División Azul, es cierto que sigue el modelo del relato coral propuesto con anterioridad por Tomás Salvador. Gracias a esta técnica, puede conocerse el periplo de varios de los miembros que tomaron parte en la carnicería de Krasny Bor. Hay lugar para los nombres míticos dentro de la unidad que allí comenzaron la larga travesía del campo de trabajo, aunque sí es cierto que, al tratarse de una derrota, se nombra una sola vez. Es representado el momento en el que los capitanes Teodoro Palacios y Gerardo Oroquieta son apresados junto a sus hombres en las trincheras. Se presenta en este caso a la muerte como alternativa para uno de los que dependían de este último: “Y ahora piensa, confusamente, que hubiese sido mejor acabar de una vez. La incógnita del cautiverio le asusta más de lo que le asustó la certeza de la muerte” (1975: 221). Al mismo tiempo, también forman parte de la historia personajes como Antonio Ponte Anido, “un gallego de veintiún años que nunca se había parado en barras a la hora del fregado” (1975: 59). Este nombre, que podría esconderse dentro de la nube de españoles anónimos que lucharon en Krasny Bor, realizó el siguiente acto heroico: los tanques soviéticos avanzaban sin poder ser frenados por el ataque español por las calles del pueblo. Uno de ellos se dirige al depósito de explosivos de la unidad,

situado entre el puesto de mando del jefe de sector y el puesto de socorro, donde se acumulan los heridos y hacia los que hace fuego. Ponte, para evitar la muerte de sus compañeros, sacrifica su vida al acercarse al carro y colocar una mina en su cadena, lo que deja inútil a la máquina rusa pero acaba con su vida (Rodríguez Jiménez, 2007: 271). El momento en el que pierde su vida en beneficio de sus camaradas es descrito por Fernando Vadillo:

El enlace [Antonio Ponte] se detiene en plena galopada, se le dobran las rodillas y cae de bruces en la nieve alcanzado por un rafagazo. “Hurra! Hurra! Hurra!...” Oye sus alaridos. Oye el chirriar del T-34... “Madre, de esta no salgo...” Le escribió días atrás. “Madre, estoy bien, no te preocupes, cúdate [sic] mucho...” Tardará en llegarle la carta. “Sra. Doña Francisca Anido Dapena...” Luego recibirá el oficio dándole cuenta de la muerte del hijo en acto de servicio. Sus compañeros de cuartel del Regimiento de Zapadores nº 4 de Lugo, le echarán de menos... “Buen chico, ¡lástima de chico...!” (...) Le cuesta respirar, se siente débil, pero trata de sobreponerse. El sudor le resbala por la frente, ancha y despejada, y se le cristaliza en las mejillas. Sus ojos, grandes y soñadores, atisban desde el suelo la oruga que gira y chirría a medio metro de distancia de su rostro. Le anima la idea de que la dotación del carro no pueda verle. La mina magnética le pesa entre las manos. Inquieto, temeroso de que le flaqueen las fuerzas en el último instante, deposita la carga entre la oruga y la rueda e tracción, introduce el detonador en el mango, tira del cordel y retrocede penosamente, centímetro a centímetro, dejando en la nieve una huella de sangre oscura. Sabe que solo dispone de cinco segundos para ponerse a salvo, pero no puede moverse con la velocidad precisa. Comprende que no podrá salvarse. ¿O acaso...? “¡Ay, madre, ayúdame...” De pronto se alza una llamarada deslumbrante y sus oídos parecen estallarle al estruendo de la explosión (...) El cabo de enlaces Antonio Ponte Anido, Toñín, ha muerto a las tres y cuarto de la tarde (1975: 210-211).

Y este autor también se detiene la actuación de la Escuadrilla Azul, los grandes olvidados del relato divisionario. Ya en otros momentos de su trilogía habla de cómo “en el cielo de estaño, rugen los doce Messerschmitt-109 de la Escuadrilla Azul española” (1967: 609) o destaca que al comandante Ángel Salas Larrazabal le sienta la orden de regreso de la Primera Expedición a España “como pudiera sentarle un pepinazo de antiaéreo en pleno fuselaje de su avión” (1971: 241). En el último tomo se refiere a su actuación en la batalla de Kursk en julio de 1943 –Tercera Expedición– y en los últimos momentos del cuarto envío de aviadores en el aeródromo de Bychov en septiembre del mismo año. Para esta última fecha presenta la imagen del comandante Mariano Cuadra Medina y la *relación* que mantiene con su avión como si este se tratara en realidad de un equino: “Acaricia el morro de su FW-190, como el jinete a su caballo, y sube al avión (...)

Abre gases a fondo. ¡Arriba! El FW-190 corre y se eleva con rauda suavidad, emitiendo un jubiloso y prolongado relincho” (1975: 448). Y ofrece la visión desde el aire que otro de los pilotos obtiene desde su aparato. La estampa es una antología de la guerra y del horror:

Las tres hélices del viejo transporte trinchan el aire con un ronco zumbido de motores. Abajo, el paisaje se desliza lentamente. Manchas verdes y marrones, bosques y tierras llanas. Líneas de ríos, carreteras y ferrocarriles trazadas en la planicie cálida del verano. Caravanas motorizadas, convoyes de tres y columnas de infantería hormigueando hasta el horizonte. Nubes de incendios provocados por los bombardeos. Agrupaciones de isbas adormecidas a la sombra de unos árboles. Villorrios y ciudades semiarrasados por el fuego y el hierro de la guerra. Staryi Oskol, Orel, Karashev, Shisdra, Bryansk, Valikie-Louki... Lugares cuyas bases aéreas fueron usadas por la 3ª Escuadrilla Azul de Caza (1975: 379).

5.3.6. El papel de la mujer

Otro de los aspectos que más se repite a lo largo del relato divisionario es el que alude a las relaciones que establecieron los voluntarios con las mujeres que poblaban los diferentes campos de paso y acción de la unidad. Estos vínculos más o menos esporádicos están basados en una serie de estrambóticas peripecias seductoras que, en la mayoría de los casos, habría que atribuir a la densa imaginación del divisionario más que a unos hechos encorsetados en la realidad. La terrible diferencia del idioma –el uso del francés no estaba extendido, menos aún el del alemán y del polaco o el ruso solo se conocían conceptos básicos– haría que estos acercamientos fueran menos probables o se desarrollaran en condiciones mucho más lastimosas que las descritas. No sería extraño que el amor surgiera debido a la trágica situación en la que se encontraron muchas mujeres en la retaguardia, donde la escasez de alimentos podría haberlas llevado a una transacción que cubriera las necesidades de ambas partes. En contraste a esta imagen, los divisionarios coinciden en señalar la alegría reinante en Alemania durante su llegada e instrucción en el campamento militar de Grafenwöhr, época en la que el Tercer Reich confiaba en su inmediata victoria. Allí, en todo caso, encontraron unos usos amorosos mucho más liberales que los reinantes en la puritana nueva España, en la que la influencia del nacionalcatolicismo en este aspecto fue determinante. En todo caso, como ha señalado Núñez Seixas (2005a: 102), el divisionario elude –salvo rara excepción– imágenes de

abusos sexuales sobre las mujeres rusas y las visitas a los prostíbulos acondicionados por la propia intendencia alemana para el desfogue de los soldados.

La actitud conquistadora del divisionario permite ofrecer una serie de tipologías femeninas según su óptica y el papel que ellas jugaron en su experiencia en la guerra a lo largo de los textos. En España les esperaba una pretendiente, novia o esposa, una mujer que, nada más partir hacia el Este era olvidada a propósito para que no interfiriera en las correrías que pretendía protagonizar el soldado con las nativas de los diferentes países a los que acudiría. Aun así, en determinados momentos aparecía la imagen de esta mujer que representaba los valores de la chica casta, paciente y católica ideada por el franquismo. El divisionario, a pesar de haber conocido a otras mujeres, siempre volvía a ella en sus pensamientos, como le ocurre a Agustín, el protagonista de *Ida y vuelta*. Él, que se había preguntado cómo podía ser comunista una mujer rusa “con unos ojos magníficos de una dulzura casi sobrehumana” (1971: 135), que había conocido a “Alina, de pelo castaño y ojos verdes, esbelta y ardorosa, que no sabía besar sin morder hasta hacer sangre” (1971: 224), o que había tenido un amorío con Annelies durante la instrucción en Alemania, una “muchacha que aún no había olvidado, pero de la que sólo quedaba en su corazón una leve sombra” (1971: 228), se decanta finalmente por Asunción, su enamorada de España. Al recibir una carta de ella, sus sensaciones son incomparables a las de cualquier *affaire*: “Y al anochecer, ya solo, Agustín, soldado en Rusia, se sintió colegial y hasta la hora de la cena soñó un mar de deleites imaginando rozar, con su mano áspera de combatiente, los finos y tibios dedos de Asunción” (1971: 174). A la par, este anhelo por la amada toma tinte medieval cuando acude al combate: “Al tiempo de persignarse y de pisar la nieve, pensó que era muy de novela el salir a una operación dejando una carta incompleta por la mujer amada; una carta que podía quedarse para siempre sin escribir” (1971: 179).

Pero en España, además de la novia o esposa, se desarrolló otro de relación entre la mujer y el soldado. Esta comunicación se producía de manera epistolar y estaba protagonizada por las madrinas de guerra. Aunque pudiera parecer que estos hidalgos del siglo XX pudieran buscar un provecho material de sus madrinas, en la literatura son capaces de situarlas en un lugar más alto que a las mujer extranjeras con las que tenían aventuras esporádicas: “Pensé en los ojos verdes de Lora, y la imagen de mi madrina de guerra española se superpuso a la visión de la rusa” (Jiménez y Malo de Molina, 1943: 118). Pero, en algunos casos, la caradura del divisionario podía salir a relucir respecto a la relación que tenía con esta, lo que le podía hacer dudar y cuestionarse si retomar la

relación que tenía con su novia o ir a conocer a la madrina que había acompañado con sus letras la soledad del frente: “Mi madrina es maravillosa. También mi novia. Una es de Burgos, y la otra, de Madrid; ¿qué os parece? Las dos esperan mi vuelta..., ¡vaya! tendré [sic] que echarlo a cara o cruz. Será lo mejor” (Crespo, 1945: 144).

Las jóvenes españolas representaban la inocencia que no encontrarían en el resto de países. Quien mantuvo una relación más intensa con su madrina fue el divisionario del texto de Farré Albiñana. Tras su regreso, se encontró con ella y recuerda la vez anterior que se habían visto, cuando la chica, tras desdoblar “la mantilla, y enredando tu cabello en la malla, te adentraste en la iglesia” (1949: 37). La chica mostraba una actitud infantil al tratar con especial cariño a un juguete que él le había regalado al regresar del frente, un bebé de paseo al que bautiza como “«nuestro peque»” (1949: 34), al que ella arrullaba “cada noche” y sobre el que llega a cuestionar a Luis sobre si “un día nos llev[ar]emos el muñeco de paseo” (1949: 94). El trato con las mujeres españolas era diferente y, lo narrado anteriormente en combinación con la beatería de la muchacha le lleva a prometer al divisionario que, en la “vigilia de mi marcha sacaremos «nuestro peque» a paseo y vendremos a rezar el rosario” (1949: 123). De hecho, sucede y al soldado le “sorprende y alegra que en el reclinatorio se nos interponga «nuestro peque». Está arrodillado y con las manos juntas; como si rezase” (1949: 225). Y, por estas razones, más que con una mujer joven, el *guripa* tiene la sensación de tratar con una niña, algo que él sabía, ya que estaba “seguro de que no sabes [besar]” (1949: 210). Cuando él le pedía a ella que le hablara de su niñez, no existía tanta diferencia entre el estilo de vida anterior y el presente:

No se me ocurre nada. ¿Qué tonta soy, verdad?... Pero sí: de pequeña me gustaba mucho andar con muñecos; hacer de Mamá, ¿sabes? ¡Me ponían tan contenta esos juguetes!... ¡Tenía uno más mono! con una capita blanca... Lo mecía y le cantaba; y llegaba a creer que era de verdad. Se lo dejé a una amiguita y al caérsele me eché a llorar. Por la noche, al acostarme, me arrodillé junto a la cama y di un beso al Niño Jesús (1949: 210).

También puede leerse una descripción de la madrina de todos los divisionarios, es decir, de Celia Jiménez. Curiosamente, a pesar de ejemplificar el modelo de mujer que requería el régimen y el propio grupo –viuda y abnegada falangista–, la imagen que se ofrece de ella es peyorativa:

Patrocinaba y dirigía personalmente las emisiones emitidas en castellano en Alemania una viuda de un militar, rubia platino, llamada Celia Jiménez, a la que yo había visto una vez en Grafenwöhr. Pretendía, con buena voluntad,

llevar un poco de alegría a las familias de los voluntarios, dando noticias directas, que de esta forma podían llegar con mayor rapidez que por correo. La oíamos algunas veces, y el tono de su voz no nos resultaba agradable, y su forma de hablar nos parecía insoportable. El coronel Rodrigo, durante una visita que hizo a Berlín, fue requerido para que dijera algo por la radio, y se confundió, llamando a la locutora Celia Gámez en vez de Jiménez (Urquijo, 1973: 309).

Esta mujer es referida en otro de los textos, aunque sin entrar en valoraciones, para pedir sus servicios como celestina y conseguir los servicios de una de las siempre requeridas *novias por correspondencia*:

Como siempre suele hacerse, examiné los sobrescritos antes de abrirlas [las cartas]. Una, la del papel enlutado, era de mi hermana, y por estimarla más que cuantas otras pudiera recibir y para leerla con detenimiento, la dejé para el final. La letra del otro sobre me era desconocida. Días atrás, Mendoza, como si no tuviésemos bastantes, tuvo la peregrina ocurrencia de escribir a Celia Jiménez, locutora de la División Azul en Radio Berlín, para que en sus emisiones solicitase madrinas de guerra para todos nosotros, y creí que se trataría de una nueva madrina (Armengol Vega, 1964: 32-33).

Y, cómo no, existe alguna referencia a las enfermeras que acompañaron a la División Azul. Gracias a ellas “los heridos españoles disfrutaron de las atenciones y cuidados casi maternos –muy de agradecer en esas especiales circunstancias– de las mujeres que, procedentes de las Milicias, el Ejército y la Cruz Roja, prestaron sus servicios en los hospitales españoles” y que formaron una parte importante del “sistema sanitario propio que resultó trascendental para atender en tierra extraña a los heridos y enfermos en combate” (Ibáñez Hernández, 1996: 67). El divisionario Juan Eugenio Blanco muestra su recuerdo y agradecimiento para con ellas:

En el hospital, por primera vez en mucho tiempo, se podía hablar en español con alguna mujer, cosa que el que más y el que menos había pensado muchas veces que quizá no volvería a hacer. Nuestras enfermeras, casi todas ellas veteranas en la Cruzada, revalidaron en la campaña de la División Azul sus dotes de abnegación, simpatía y competencia (1954: 55).

La otra mujer con la que el divisionario trató, y que fue la protagonista de la mayoría de las aventuras vividas en este ámbito, fue la indígena de los lugares en los que la expedición se encontrara en cada momento. Alemania supuso el primer impacto en el trato con el sexo opuesto, lo que puede observarse de manera gradual en atención al relato que los voluntarios han legado. Para Luis Romero, su mundo femenino de los meses de

guerra se reduce “a las elementales palabras cambiadas con las chicas alemanas de las estaciones, de las cantinas, de las cervecerías de Grafenwöhr, a cuyo galanteo, por pereza, timidez o indiferencia, había rehusado, al verlas tan torpemente solicitadas por los bulliciosos grupos que formaban los compañeros” (1957: 123). Esta imagen, en la que se delega la responsabilidad de estas actividades en los compañeros, no es tan habitual como aquella en la que el soldado interviene, de un modo u otro, de manera directa: “En algunas estaciones [de Alemania, camino de Rusia] hacíamos alto. Allí nos esperaban (...) muchachas de ojos azules y mirada soñadora. Las hablábamos, las besábamos cuando podíamos, y así nos llevábamos un recuerdo más” (Ydígoras, 1963: 49). En algunos casos, la devoción del divisionario por la mujer alemana les invita a destacar, de entre todas las experiencias amorosas que ofrecía la Guerra, la vivida en el país germano:

Yo sé lo que es el amor en Riga, sobre las nieves boyardas de la Perspectiva, y hasta el amor en Estonia, confortablemente envuelto en abrigo de pieles. Pero estoy seguro de algo: si todos los géneros de amor desaparecieran repentinamente de la tierra, sólo dos sobrevivirían: el amor español, primero, y el amor en Baviera, después. Porque dentro de mil años, Don Juan seguirá raptando a las mocitas sevillanas, y dentro de mil años habrá una pareja silenciosa acodada en un puente de Baviera, mirando el agua pasar (Gómez Tello, 1945: 19).

Ridruejo se reviste de puritano y se muestra crítico con la actitud de sus compañeros cuando estos hablaban con las jóvenes alemanas. Lo sorprendente de sus palabras es que no responden a sus actos ya que protagonizó una aventura con una germana²⁴⁴:

Estas gentes alemanas de los pequeños pueblos no pierden, ni en la aglomeración, esa especie de mansedumbre hogareña que a veces hace un poco demasiado gordas a las mujeres. Desde las ventanas –al paso por cualquier sitio– nos saludan también y agitan lienzos. Entre los divisionarios empieza a manifestarse esa detestable propensión al donjuanismo de ocasión que casi todas las agrupaciones de varios errantes -pero ninguna como las de españoles- propenden a manifestar. La estúpida leyenda de que el español

²⁴⁴ Ridruejo critica en este fragmento el *donjuanismo* divisionario, característica típica de los relatos sobre la experiencia de guerra en Rusia. Este hecho pasaría por anecdótico si las palabras del autor no se volvieron en su contra. En su convalecencia en Berlín, tras ser herido, a comienzos de 1942, conoció a una mujer, a la que apodaba *Hexe* (Bruja). Con ella, que como espía del nacionalsocialismo sería enviada a España, mantuvo una corta pero intensa relación. Como confiesa, en la entrada del 2 de febrero en su diario, sale con ella y, al despedirse declara que “hubiera sido indecoroso no besarla apasionadamente al dejarla en su casa” (2013: 374). Sobre ella habla Gracia (2008) en su investigación sobre Ridruejo, y una semblanza de esta mujer, dada por su hija, puede leerse también en Rey-Ximena (2009).

tiene un éxito especial en la galantería en medios nórdicos gracias a su mucho temperamento (concepto zafio y deprimente si los hay y grosero como ninguno) empieza a hacer estragos (2013: 64-65).

Más allá de las nulas habilidades de algunos *guripas* con las enfermeras germanas mientras permanecían heridos, a las que enseñaban a decir barbaridades como “Ich [bin] *cachonda* und *tiabuena*” (Farré Albiñana, 1949: 188)²⁴⁵, con las mujeres alemanas tuvieron contacto casi de manera exclusiva en Grafenwöhr. Según narra Rodrigo Royo, allí “los soldados de aquella División, mucho más intelectual que militar, no pensaban por entonces más que en representar a lo vivo algún romance pastoril con las sabrosas campesinas bávaras de piel manzana” (1957: 265). Este mismo autor, en el primero de sus textos divisionarios, se hacía eco del amor que vivió Luis Pablos con Hilde, a la que conoció un “día en que iba yo arrebolado por las intenciones más pecaminosas” (1944: 50). Ella, que “era hermosa como una noche rusa”, le sirvió para señalar cómo las germanas eran diferentes a las muchachas españolas, ya que mientras la alemana “parecía corresponderme”, las chicas a las que él había conocido hasta la fecha dedicaban su vida en los momentos previos del matrimonio a “dos menesteres: la mitad, en aprender el modo de ocultar sus sentimientos; y la otra mitad, hacer creer que no salen de casa” (1944: 54). La relación entre estos dos personajes tomó un tinte bucólico en el que el personaje se “creía un marqués pastor, diciendo madrigales a una duquesa labradora, como en tiempos de las églogas” (1944: 58) y el contacto entre ellos no pasó “nunca de aquellas demostraciones inocentes” (1944: 60), no como le había sucedido a otro de sus compañeros: “Ortiz sí que se divirtió de otro modo, según nos dijo, pero esto no hace al caso” (1944: 61). Allí, durante la instrucción, eran frecuentes las descripciones de escapadas con las eventuales novias que los españoles tenían entre las lugareñas:

[L]os que se perdían en las románticas colinas que rodeaban al Grafenwöhr, de la mano de las Helga, las Anna, las Greta o las Kari de las rubias trenzas a quienes les gustaba a rabiarse el “viel temperament” de aquellos soldados extranjeros, turbulentos, vociferadores, que armaban la marimorena en las cantinas por un quítame de ahí esa paja, y que se comportaban melosamente con las chicas bávaras, acariciándolas, besuqueándolas, y, a veces, coronándolas de flores silvestres a la hora en que el sol se hundía por el lado de España (Vadillo, 1967: 87).

²⁴⁵ El subrayado es mío.

Pero en Grafenwöhr no solo había alemanas. Junto al campamento había un grupo de presas polacas que vivían encerradas. Aunque es un tema silenciado por la memoria del grupo, sí es cierto que uno de los autores, Urquijo, da noticia de ellas y su situación al mismo tiempo que se lamenta por su futuro:

Nuestro campamento estaba rodeado de inmensos bosques. Teníamos bastante cerca un campo de trabajadoras civiles polacas, totalmente incomunicadas, lo que nos hizo suponer que no eran voluntarias, sino desplazadas a la fuerza. Las veíamos pasar a veces en camiones, cuando las llevaban a trabajar en las carreteras, y en el trayecto iban cantando largas canciones melancólicas. Entre ellas había bastantes que eran francamente guapas. Su tragedia me pareció espantosa: desplazadas, aisladas de los suyos y de su país y obligadas a trabajos forzados. ¿Cuál sería el destino de aquellas pobres mujeres? (1973: 254-255).

Tras la despedida de la instrucción y la salida de Alemania, el soldado abandonó a estas mujeres pero pasó a relacionarse con aquellas que encontraban en la retaguardia rusa. La imagen que se ofrece de esta mujer difiere un tanto de la germana. El trato, breve en la duración temporal, se inscribía dentro de las relaciones de sumisión que los rusos experimentaban hacia sus invasores, lo que ocurría de manera análoga con los prisioneros. En todo caso, las prácticas de seducción hacia la rusa fueron las mismas que las mostradas hacia las alemanas, así como la incidencia en el *éxito* que obtuvieron. Como introducción a las relaciones entre españoles y rusas sirve este planteamiento de Armengol Vega:

Cuando llegué a Rusia –concretamente al sector guarnecido por la División Azul– me chocó que la población civil, las mujeres sobre todo, hablasen nuestro idioma. Luego comprobé que se debía a que la mayoría de ellas eran novias o amantes de españoles. Las que no apetecían a nadie para ambas cosas, bien ayudando en las cocinas, bien limpiando los locales ocupados por nuestra División, tenían gran contacto con los españoles (1964: 44).

A pesar de esta analogía, sí es cierto que existieron algunos matices propios de un país ocupado y que diferían de la experiencia que se había dado en el territorio del Tercer Reich. Urquijo se refiere a una situación en la que un español, enamorado de la hija del alcalde de uno de los pueblos que moraban, estuvo cerca de casarse con ella. Lo hilarante era que él lo hacía como un pasatiempo en creencia de que la boda no tendría ninguna validez legal:

La familia de la *barachina* accedió [al matrimonio], y un buen día empezaron a celebrar en presencia de un *pope* la ceremonia nupcial ortodoxa,

interrumpida por uno de nuestros oficiales, al darse cuenta de que el *novio* era uno de sus soldados. Dirigiéndose a él le dijo:
–Pero, ¡pedazo de animal!, ¿no sabes que los sacramentos entre rusos nos obligan también a nosotros?– A lo que el *guripa* contestó más fresco que una lechuga: –Mi teniente, yo creí que esta boda *no me valía*. –Pero el caso es que le valió un buen arresto, y lo enviaron a España a que lo cumpliera (1973: 310).

En algunos relatos más planos, como el de Ruíz Ayúcar, el trato con la rusa se limita a la aceptación de un piropo lanzado por los *guripas*: “La muchacha rio alegre ante aquel homenaje ruidoso y ardiente, como quizá nunca se oyera antes en la milenaria Rusia, y agitó una mano en el aire, en correspondencia maravillosa” (1954: 40). El mismo autor también atribuye características positivas a la mujer local al afirmar que, “en general, la campesina rusa es tan honesta como en cualquier otro país y más que en muchos” (1954: 103), lo que contrasta con Sofía, otro personaje de sus cuentos. Ella, una mujer que estaba casada, “era una aventura de guerra; una aventura fácil por los síntomas. Y él disponía de meses para estar a su lado, mientras yo sólo podría verla unas horas y... quizá fueran sus ojos los últimos con que me mirara una mujer” (1954: 144). Pero esta aventura esporádica se torna en decepción. En este caso era una mujer al servicio del Ejército rojo y desde esta perspectiva se la presenta dispuesta a cualquier acto –incluso inmoral para la España del momento– para lograr sus objetivos. Al ser descubierta recibe el castigo que tal condición estipulaba: “Esta mañana han fusilado a Sofía. Era una espía roja” (1954: 148). Este último ejemplo anulaba la honradez de la que habla Ruiz Ayúcar y de la que duda Armengol Vega:

De las rusas que conocí y de los comentarios que oí a otros compañeros, saqué la conclusión de que por grandes que fuesen los defectos de la aristocracia, no son menores los de la actual democracia. No hallé una sola mujer digna de encomio por su honestidad. Lo que en España entendemos por verdadero relajamiento moral, allí, y sobre todo ellas, lo veían tan natural, que ni se inmutaban ante los mayores escándalos. Es el fruto de la educación moral que recibe el pueblo (1964: 63).

Otras relaciones se inscriben en una vertiente lírica por la que el soldado confiesa sus sentimientos al afirmar que “estaba un poco enamorado de Nina: de sus ojos, de sus manos, de su boca y de su cuerpo, que adivinaba esbelto como un junco”, una mujer que también estaba casada, ya que tenía “el marido en la aviación roja, conocía perfectamente la literatura rusa y las andanzas de la «Pasionaria», por la que sentía una gran admiración” (Crespo, 1945: 47):

Cuando terminé de partir el tronco, fui hasta ella. Estaba apoyada en los travesaños de una escalera, con la cabeza echada hacia atrás. Entre el vestido y el nudo del pañuelo se le veía la garganta estirada, fresca, tersa, de una calidad mate como la de los pétalos de las flores. ¡Qué admirable contemplación para un soldado imaginativo! Debía ser tan suave aquella piel, donde no se veían siquiera las rameadas venitas azules, que al ponerme al lado de Nina sólo sentí deseos de acariciarla. Ella debió notar mi admiración, porque movió la cabeza y se quedó mirándome fijamente mientras rodeaba su cuello con una especie de toquilla que antes le colgaba de los hombros. Aquello hizo que me ruborizase, como lo hago siempre al notar que me han adivinado un pensamiento. Cuando recuerdo el gesto de Nina en aquellos momentos, ya bastante lejanos, me invade tal desasosiego, que tengo que volver la cabeza hacia el sitio donde sea mayor la soledad (1945: 56-57)²⁴⁶.

También podía darse la situación por la cual el divisionario se quedaba parado ante la belleza de la rusa y prefería no actuar ante la imposibilidad de hacerse con sus favores, todo ello expresado en idéntico tono: “Servíanos una muchacha sonrosada y rubia, de ojos azules muy claros, que sonreía por cualquier motivo. Pensábamos todos que sería más fácil alcanzar su corazón que las murallas del Kremlin, pero no nos atrevimos a intentarlo” (1945: 156). En otras ocasiones se observa cierta caballerosidad entre los españoles, si por tal acto se entiende que un soldado no quisiera mantener relaciones sexuales con una mujer rusa por el miedo a que ella, al quedar embarazada, fuera represaliada en un futuro por ello, ya que “[s]i los bolcheviques volvían un día y la encontraban con un hijo, la matarían. Y nosotros no podíamos ofrecerle la seguridad de que los bolcheviques no volverían. Solo los vencedores tienen derecho a tener hijos con las vencidas” (Salvador, 1974: 269)²⁴⁷. Como puede apreciarse, la filantropía del soldado desaparece por completo al incluir a la mujer en el botín de guerra –según su óptica, no realiza el acto con ella porque no es su *derecho* al no haberla legitimado con la victoria en la batalla–. En una línea diferente y, casi inédita, Carlos María Ydígoras resalta algunas escenas grotescas en las que precisamente la característica principal fue la ausencia de amor. En una de ellas describía a un grupo de soldados españoles entre quienes “había una muchacha... Aquella desgraciada se estaba entregando a los soldados, iba siendo poseída por los congelados y

²⁴⁶ Javier, protagonista de la primera parte de la obra de Alberto Crespo y, por ende, firmante de las cartas que la componen, aparece en la segunda ya que el autor le observa escribir esta misiva, reproducida de manera exacta en el texto. Es llamativo que no le sitúe escribiendo una carta, sino “en su diario las cosas de siempre” (1945: 129)

²⁴⁷ Esta misma idea puede leerse en Ydígoras: “Sólo los vencedores tienen razón, sólo ellos tienen derecho a poseer mujeres hermosas y andar estirados por el mundo. Los derrotados, ¡nada!, piojos a los que se les puede escupir y pisotear impunemente. ¿Y qué? ¡Si perdemos, perdemos, y a aguantarse! (1963: 344-345).

los heridos, por... Era grotesco, espantoso” (1963: 137). Incluso se atreve a narrar una escena que lleva a pocos equívocos si se interpreta como una violación. Uno de los soldados hace una prisionera en una emboscada cuando quiere recuperar el cadáver de un compañero ruso. Cuando se dispone a regresar a la aldea con el fenecido y la rea, despiertan los instintos más bajos del divisionario, que son definidos como esa “atracción, absurda en tales momentos, [que] iba naciendo en mí” y que le lleva a introducir “mis dedos”, acariciar “una suave tela” y subir “hasta encontrar la protuberancia de un pecho” (1963: 251). La imagen que sigue a continuación muestra con todo detalle la violencia sexual hacia la rusa, acto al que ella accedería, según las palabras del texto, por miedo a la muerte, de ahí que resuene más aún la falta de consentimiento del mismo:

Abrí por completo la guerrera del *oficial* para acariciar sus pechos ya casi libres; busqué su boca y, en ella encontré unos dientes que el deseo o el miedo clavaron en mis labios. Le pasé el brazo por la espalda, me pasó el brazo por la nuca. Sentí el contacto de unos pantalones llenos de fango endurecido; luego el de unos muslos, llegué hasta donde los mulos terminan. La muchacha murmuraba algo que jamás llegaría a traducir. Sus besos iban adquiriendo extraña pasión. Quizá queriendo encontrar en aquellas caricias la salvación, los dedos de la teniente recorrían mis cabellos, las mejillas, mis hombros... Su mano cayó bruscamente a tiene y mi mano, como movida por un relámpago, lo hizo sobre la suya (1963: 251-252).

Como puede denotarse en la descripción de la escena ya hay cierta intención de humillación al resaltar el autor la palabra *oficial*, y escasa intención de ocultar el forzamiento de la presa. Aunque el relato podría finalizar aquí, posteriormente ambos vuelven a encontrarse y, para ya alcanzar el mayor grado de paroxismo posible, ella se acerca al divisionario para agradecerle que viviera –en rudo español– “[s]ólo porque tú no querer matarme!”, a lo que el soldado responde: “Hombre..., si llego a querer...” (1963: 281). La rusa había sido reintegrada al servicio español como traductora y había encontrado un novio “alférez y creo que un día casarnos” (1963: 281), lo que no deja de extrañar al narrador quien, tras mostrar su alegría por reencontrarse con ella, declara sentirse “un poco padre tuyo” (1963: 282). En la última ocasión en la que coincide con la muchacha, esta había perdido a su novio en Krasny Bor y, debido a las necesidades que pasaba, ejercía la prostitución. Al invitarla el español a ir con ellos a tomar algo, le dice lo siguiente: “Tú verás lo que piensas y lo que eres. Allí hay soldados. Si quieres, te ganarás uno marcos, y si no, te trataremos como Agustina de Aragón” (1963: 391). El final de la chica delata cómo no debía estar tan agradecida al español.

Pero si una novela convierte este tema en el centro de su desarrollo esa es *La última oportunidad*, de Ramón Zulaica. En ella se presenta a tres divisionarios que son condenados a muerte acusados de violación. Aunque no se describe la escena de los hechos y las referencias al caso son escasas, sí se ofrece una imagen denigrada de las mujeres a las que supuestamente habían ultrajado –en ningún momento se aclara si así fue–. El personaje de Julián, presentado como el instigador del acto, se refiere a ellas como “unos putones” (1963: 18) y le resta importancia al asunto al considerar los hechos como “una tontería” (1963: 55), ya que habían mantenido relaciones con unas mujeres que “eran [unas] zorras. Además, zorras rusas” (1963: 60).

Y también se tratan las relaciones con el sexo opuesto respecto al negocio que suponían. La escenas de prostitución, pagadas con productos alimenticios, no son muy abundantes, pero sí que es un caso señalado por Rodrigo Royo, quien se refiere de manera despectiva sobre las que ejercían esta práctica: “Son todas unas puercas, más feas que mi padre, y lo único que te pueden dar son ladillas, como no sea que te peguen unas purgaciones. Se están muriendo de hambre más que nosotros, no te creas que es mentira, que si quieres hacer algo con una *panienka*, te cuesta media ración de pan” (1957: 125). Como se aprecia, la imagen de la mujer rusa distaba, dentro del voluntariado, de la que se tenía de la alemana. A pesar de que en ciertas ocasiones se aluda a la belleza de las que encontraron en la Unión Soviética o incluso de la sinceridad de sus relaciones al nivel de lo precisado para los escarceos de Grafenwöhr, la fémina rusa representa otro tipo de mujer para el soldado, destinada a apagar la necesidad sexual del momento, hecho que no ocurría con la *fräulein* del tiempo de instrucción. Al fin y al cabo, el escritor azul descarga esta concepción de la misma, según su óptica, en el culpable del resto de los males del pueblo ruso, el comunismo. Este les habría robado su feminidad al igualarla en derechos y obligaciones con el hombre, lo que la despojaba de cualquier rastro de belleza:

En estas campesinas deformadas por el “stajanovismo” más inhumano es difícil reconocer mujeres. Les estalla en la boca, sin dientes o con dentadura de metal, una risa animal cuando se les apunta con la máquina fotográfica. Y da miedo pensar qué es lo que tiene por alma. Acaricia con sus manos de bestia y los ojos lejanos, intuyendo, tal vez, en sabe Dios qué honduras abismales del ser, que son mujeres. Que fueron mujeres. El soviét las entregó al tractor y al trabajo del campo sin limitación de jornada (...) No se puede

llegar impunemente tan cerca de la bestia como lo ha hecho el comunismo con ciento setenta millones de seres humanos (Gómez Tello, 1945: 53)²⁴⁸.

5.3.7. La ambigüedad frente al antisemitismo

La cuestión judía fue el tema más difícil al que se enfrentó el divisionario a la hora de poner por escrito su experiencia en la Unión Soviética. El soldado, que como ha podido observarse se presupone noble en la batalla y solidario con el enemigo, tuvo que lidiar con la existencia de los campos de exterminio ejecutados por sus camaradas. La integración de los españoles en la *Wehrmacht* obligó a los soldados a alejarse de sus compañeros alemanes para evitar que se les relacionara con esta cuestión. Como ha indicado Núñez Seixas, la técnica utilizada combinó el distanciamiento con la elaboración de un discurso benevolente en el que el *guripa* no solo se presentaría como contrario al antisemitismo, sino como colaborador de sus víctimas:

Las numerosas memorias redactadas tras 1945 ilustran el modo en que los divisionarios remodelaron sus experiencias, en un difícil equilibrio entre la descripción de lo que percibieron del antisemitismo nazi, y el afán de distanciarse de lo que conocieron después. Desplegaron para ello estrategias discursivas paralelas a la elaboración por parte del régimen franquista del mito sobre su propio papel como salvador de los judíos. El *relato divisionario* de posguerra contribuyó a forjar un mito particular acerca de la benevolente participación y comportamiento de los soldados españoles en el frente del Este. Y esta versión se ha extendido igualmente a la percepción social en sentido amplio de la experiencia de la DA en el frente ruso (2011: 261-262).

Ha podido observarse páginas arriba cómo la criminalización del judío no fue un hecho espontáneo dentro de ciertos sectores de la derecha desde las primeras décadas del siglo XX. La actitud del nacionalsocialismo, que paulatinamente cercenó los derechos y las obligaciones de los ciudadanos semitas, ayudó a su inclusión en el lote que ya agrupaba a bolcheviques y masones como grandes enemigos del franquismo en la

²⁴⁸ Como muestra el ejemplo de arriba, no todas las mujeres rusas son descritas por su belleza. Armengol Vega se refiere a una de ellas como el “esperpento ese que viene con frecuencia a ver al cocinero” (1964: 30-31).

postguerra española²⁴⁹. La posición adoptada entre la tensión del pasado que rechazaba al judío y el tratamiento de la víctima de la *Shoah* se basó en la observación y las buenas relaciones que los españoles establecieron con todas las que se encontraban en su camino. Este característica, descrita por el divisionario Juan Eugenio Blanco como “[llevarse] bien con todo el mundo” (1954: 57) al hablar del gueto de Vilna, ha servido para que Xosé Manoel Núñez Seixas aplique a los españoles la definición de “*bystanders*” (2011: 284). Como ha indicado este autor, aunque “algunos reaccionaron de modo espontáneo a favor de los judíos en incidentes aislados (...) muy pocos se comprometieron arriesgando su propia seguridad. La mayoría vieron, oyeron y callaron” (2011: 284-285)²⁵⁰. La acción más extendida por parte de los soldados a la hora de realizar memoria sobre el inhumano trato recibido por los judíos fue la elipsis o la defensa de la víctima. Esta, cuyo papel como “infrahumano” no se olvidaba, es mostrada como una persona no merecedora de una muerte ante la que se encuentra indefensa. Para el voluntario, la única muerte posible debía llegar en el campo de batalla, de ahí que no comulgue con la ejecución sistemática de los guetos y los campos. A esto hay que añadir la conciencia políticamente correcta que imperó entre la mayoría de los voluntarios a la hora de escribir sobre el tema: no hay que descartar que muchos de los que fueron a la Unión Soviética estuvieran, por su innegable –y pocas veces ocultada *a posteriori*– connivencia con el nazismo, de acuerdo con el plan de exterminio de la población judía. Del mismo modo, existen algunos casos o momentos concretos de las narraciones en las que no hay ningún reparo en hacer gala del odio a los judíos de los azules. Y, aunque sean escasos estos ejemplos, hay que decir a su favor que quienes se atreven a mostrarlo sin ambages realizan un acto de sinceridad y responden en mayor grado a la verosimilitud en su relato que aquellos que quienes decidieron por voluntad propia su ocultamiento.

²⁴⁹ Mario Martín Gijón ha señalado, en este sentido, la antología *Poemas a la Alemania eterna* (1940), en la que intervinieron falangistas como Dionisio Ridruejo, Ángel Alcázar de Velasco, Tomás Borrás o Eugenio d’Ors. De su análisis extrae la siguiente conclusión: “En su adhesión al nazismo, estos escritores admitieron, con una condenable irreflexión, uno de sus elementos capitales, el antisemitismo, y todo parece indicar que, de haber seguido otro rumbo la guerra, éste habría sido aun [sic] más patente en estos escritores. Un indicio de hasta dónde podía llegar este antisemitismo falangista, larvado durante los años treinta por la difusión de la teoría de la conspiración de los *Protocolos*, se revelaría cuando algunos españoles, que acompañaron a las tropas nazis en la campaña de Rusia, presenciaran de cerca el Holocausto” (2010: 76).

²⁵⁰ El posicionamiento como *bystanders* puede asemejarse al fenómeno psicológico denominado como *Efecto espectador*, cuyo ejemplo más palpable es el asesinato de Kitty Genovese, violada y asesinada en los Estados Unidos en 1964. El crimen presenciado hasta por treinta y ocho personas que no hicieron nada por ayudar a la víctima. Este caso ha sido tratado en la literatura y el cine mexicano por Carlos Manuel Cruz Meza en la novela *El deseo de matar a una mujer* y la película *Escrito con sangre* (2011), dirigida por Fabrizio Prada.

Como ya se ha apuntado, el texto que tiene mayor contenido antisemita es *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (1945), de José Luis Gómez Tello²⁵¹. Los comentarios y descripciones contrarias al judaísmo están centradas en la judería de Osmiana, “algo así como la conciencia y el alma de los judíos, cargada de pecados mortales, viviendo aquí entre las maldiciones de los rusos” (1945: 66), un lugar habitado por seres descritos con un feroz lenguaje en los pasajes más descriptivos: “Los veía con su levita negra con reflejos grasientos –grasa de cinco generaciones–, con sus zapatos agujereados, con sus guantes de lana, con sus pares de calcetines uno sobre otro y sobre otro. Con sus grises rizos. Los codos rotos; muchos ojales y pocos botones en el resto del traje” (1945: 68). Para finalizar esta imagen, el escritor bestializa a sus víctimas: “Son como grandes aves sombrías y desconocidas, volando por el fango de la calle” (1945: 68). A esta estampa negativa del judío en solitario añade la de su plena identificación con el comunismo soviético. Así, Osmiana “se trata de una avanzada de Israel” (1945: 70). No solo se habría instalado el nuevo Estado judío en los territorios soviéticos, sino que para Gómez Tello sus más altas esferas estarían dirigidas por personas de su credo: “Hablar de Trostky o de Clara Zetkin, que eran millonarios judíos, o de Lenin, hebrea su mujer, es cosa sabida”, lo que remata a continuación mediante la siguiente pregunta retórica: “¿Para qué contar que Moscú es una gran capital judía?” (1945: 71). Después de hacer que Israel y Rusia vayan de la mano y se conviertan en un único enemigo, realiza un comentario por el cual los cambios de 1917 habrían sido ejecutados por títeres orquestados desde Jerusalén: “Desde la revolución soviética, los ojos negros y seculares de Israel se fijaron en Moscú. Moscú es el gran campamento de Israel. Y Osmiana una de sus avanzadas” (1945: 72).

Tras señalar la especificidad de la cuestión judía en el relato divisionario y localizar aquella obra que sigue la línea más constante respecto al rechazo del semitismo, cabe indicar que el acercamiento a este tema debe realizarse en base a dos cuestiones: aquello que los divisionarios vieron por los lugares de paso en los que encontraron judíos y la autodefensa que provocó el conocimiento del Holocausto. Los soldados se adentraron en una serie de ciudades en las que pudieron apreciar con mayor detalle los efectos del horror nazi. Las localidades de Grodno, Vilna y Minsk fueron la muestra del trato que sus

²⁵¹ “Los españoles que lucharon en Rusia con la División Azul pudieron percatarse algo de las matanzas judías de la zona. Hubo al respecto reacciones divergentes. José Luis Gómez Tello, en *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (1945), no sólo hablaba del dominio judío sobre la Unión Soviética, sino que insinuaba, con complicidad, que había presenciado la masacre de los judíos de Osmiana” (Álvarez Chillida, 2002: 384-385).

camaradas aplicaban sobre aquellos que consideraban como infrahumanos. El reflejo en los textos dio la oportunidad de reflexionar sobre esta conducta y también la de mostrar los diferentes grados de aceptación y rechazo hacia la política racial germana. La primera, que en la actualidad se sitúa en Bielorrusia, la conocieron los divisionarios ocupada por los alemanes pero como parte de Polonia. Para Eleuterio Paniagua es una “ciudad calcinada en sus extremos por la guerra, como una mariposa que hubiera rondado el fuego” (1961: 83). Jiménez y Malo de Molina la describe como “totalmente extraña”, de aspecto “muy heterogéneo” y, he aquí lo más destacable, el primer lugar en el que los españoles ven a “judíos ocupados en trabajos manuales” (1943: 38). Unos hebreos que, según este autor, “no estaban disgustados con el sentido cristiano de nuestra gente, y por las mañanas se peleaban en la sinagoga para venir a «servir a los españoles»” (1943: 38-39). No todos los combatientes tuvieron palabras de carácter neutro para la población judía de Grodno. Para Hernández Navarro se trata de “un sitio peligroso, donde todas las noches sucede algo”, un lugar “sórdido como un gueto” en el que los semitas se identificaban “con sus dos estrellas de paño amarillo, una en el pecho y otra a la espalda para que la buena raza los pudiese conocer a tiempo” y en la que “había tantos, que en realidad podía pensarse, no sin razón, que los señalados eran los demás y no ellos, que, por otra parte, andaban y hablaban indiferentes a las miradas de los españoles, para los que la sensación era nueva y viscosa” (1971: 57). En esta villa, este autor va más allá y se refiere a una mujer judía deseada por todos. Es descrita en los límites de la indecencia que se evitaba en el nuevo Estado su posesión se convierte en un trofeo de guerra que voluntario desprecia:

Agustín se fijó con detenimiento en la mujer. Tenía una gran figura y debía ser hermosa. Cuando estuvo cerca vio que era judía. Iba vestida con traje sastre negro y calzaba botas de cuero negro y blando que le llegaban hasta media pierna. Una blusa de seda blanca con el cuello abierto dejaba ver su garganta, de la que en verdad podía estar orgullosa. Su postura, un poco violenta, como la de quien pisa el trofeo de una pieza mayor recién cobrada, hacía que la falda estrecha dejase ver el comienzo del muslo, firme y brillante, en una media de seda gris y que el atuendo ciñera, arcando, todo el encanto de su forma. El rostro era hermoso y los labios, bien grandes, sonreían con una mezcla de triunfo y de desdén. La melena azuleaba abundante sobre los hombros, y sus ojos eran grandes y negros. En la solapa llevaba la estrella amarilla como si fuese una flor. Todo en ella era arrogancia, y los soldados la piropeaban al pasar con todo el fuego de su mocedad, viendo en la estrella tan sólo lo que tenía de flor. Ella no entendía los piropos, pero sí el decir de los ojos españoles, y su porte era más arrogante al sentirse deseada por más de la centena de hombres a la vez.

Agustín la admiró como todos. La deseó más que todos quizá, por lo que su posesión hubiese tenido de victoria, y al pasar a su lado, casi rozándole, la miró a los ojos y silabeó con desprecio:

– ¡Jude!

Ella se estremeció como si hubiera recibido un latigazo y le miró con odio (1971: 59).

En una de las novelas de Royo, por Grodno aparecen “aquellos judíos, marcados con estrellas amarillas de cinco puntas, como reses de una misma ganadería” (1944: 65) y se alude a la proscripción alemana que impedía el contacto de los españoles con ellos, lo que supone una razón suficiente para que los divisionarios ignoraran tal orden:

Nos prohibieron hablar con aquellas gentes, que llevaban todos en el pecho y en la espalda, bordada o prendida, una estrella amarilla de cinco puntas. ¡A nosotros con prohibiciones! Era, sin duda, por nuestro bien, ya que los judíos eran gentes peligrosas, que más de una vez habían asesinado a los soldados alemanes en sus camas o cuando los cogían solos de noche, en un lugar apartado. Pero nosotros nos reíamos de estas ordenanzas, que los alemanes siguen al pie de la letra. Al día siguiente de llegar ya presumían algunos de entenderse en el idioma de Israel. Y no exageraban, porque las judías, a pesar de estar aguardando la llegada del Mesías, besaban igual que las otras mujeres, redimidas ya hace veinte siglos (1944: 67).

Unas páginas más adelante el protagonista se emborracha con un compañero y entre ambos sugieren prender fuego al barrio judío, lo que no pueden hacer porque no tienen cerillas. No existe la posibilidad de llevar a cabo tan macabro a pesar de que, según ellos, “se lo merecen”, porque “tienen la culpa de todo lo que pasa y de la guerra, y a mí me da pena de todas las casas destruidas y tantos niños muertos”, así que habría “que pegarle fuego [al gueto] y que se achicharren todos” (1944: 77). La resolución de la escena es ambigua ya que, cuando deciden despertar a un judío para pedirle fósforos con la excusa de encender un cigarrillo, son apresados y devueltos al cuartel divisionario. Según el protagonista, le perdonan la vida no por ser él, sino por ser español:

Pero no me habían protegido a mí, a Luis Pablos, porque a Luis Pablos no lo conocían. Habían protegido al soldado español, porque el soldado español inspira simpatía aun a sus mismos enemigos. A un alemán, en las mismas circunstancias, lo habrían matado; o a un francés, o italiano, o húngaro; pero a mí me respetan por ser español. Me enorgullecía de recibir este tributo de respeto como depositario de los valores de España, y al mismo tiempo me avergonzaba porque el motivo de aquella experiencia había sido una gran torpeza (1944: 89-90).

Al mismo tiempo, Grodno es la ciudad idónea para que José Luis Gómez Tello saque a relucir su odio. Como se ha indicado, para este autor existe una conexión entre la primitiva invasión rusa de la ciudad y la colaboración de la población judía, lo que expresa a través de un tercero. Sus ideas preconcebidas tienen mayor peso que la realidad apreciada:

Lo que fue la ocupación soviética de poco más de un año no lo sé. Sé que la soviétizaron, y ya es bastante. Pálidamente me hablan de los crímenes de la G.P.U., que luego he de volver a oír en Osmiana y en Riga: en todas partes. Había una escuela alemana a la que asistían estudiantes polacos. Casi todos fueron fusilados, y en la escuela se montaron las oficinas comunistas. Toleraban las iglesias, ellos sabrán por qué. “Hacia el norte”, fue el trágico destino de los centenares de deportados a Murmansk. Una señora me explica, en francés, que es la viuda de un coronel polaco. Su marido y su hijo cayeron bajo las pistolas de los agentes comunistas. Los alumnos de las Escuelas Superiores –que habían sido cerradas– iniciaron una protesta, ahogada a tiros. Los campesinos vieron llevarse sus cosechas. Los judíos, como en todas partes de Polonia, de Lituania, de Estonia, pasaron a ser los policías y los verdugos de la G.P.U. (1945: 42)²⁵².

Para Ydígoras, la presencia de judíos la convierte en “una de las más hostiles poblaciones que pisaría en mi vida” en la que sus “miradas –poco importaba que fuese en esta generación, en la próxima o en la siguiente, porque para ello tenían la historia entera– que semejaban ya gritar en silencio el regocijo de un desquite seguro e implacable, vigilaban nuestra marcha” (1963: 57). Fernando Vadillo, que ofrece de la ciudad una visión desde diferentes puntos de vista, describe la situación del gueto y sus habitantes:

En realidad, el ghetto [sic] no difería gran cosa del resto de la ciudad. Allí también había habido tomate, y del gordo, pero nadie se había molestado en desescombrar las calles y apuntalar fachadas y reconstruir edificios derruidos [sic]. Las calles, eso sí, ofrecían un aspecto desusadamente solitario y silencioso. El silencio se cernía sobre el ghetto [sic]. Y los fantasmas deambulaban por él. Los fantasmas tenían forma de mujeres vestidas con largas sayas negras, y de hombres barbudos y desarrapados, que se deslizaban por entre las ruinas y se apartaban en silencio para cederles el paso (1967: 161).

²⁵² No se trata del caso concreto de Grodno, pero sí de una población polaca indeterminada en la que, Urquijo, incluye a los judíos como integrantes de la GPU, pero sin el rasgo antisemita de su camarada: “Me dijeron que al iniciarse la ocupación rusa fueron destruidas pocas poblaciones y aldeas y efectuadas escasas detenciones y asesinatos, pero nombraron por todo el país comisarios políticos, en su mayoría judíos, y no porque tuvieran a estos especial simpatía, sino porque eran de raza diferente al de la mayoría de la población. No tardaron en empezar a deportar a la gente, trayendo en cambio al país población rusa y mongol” (1973: 264).

La negativa consideración de los confinados como espectros se atenuó cuando “descubrieron los españoles la existencia de familias judías sefarditas” (1967: 164). En este tono, no todos los azules muestran su aquiescencia e incluso simpatía con la situación de los prisioneros. Algunos se cuestionan si el comportamiento de los nazis era el adecuado:

Lo que aún no entendía era el odio de los alemanes hacia los judíos. Cuando veía en las calles de Grodno a una muchacha con la estrella de David en la espalda, acarreando pesadas piedras, abriendo zanjas o transportando maderos, a Faustino le vacilaba su fe en los doiches. Sí, ya había oído a los curas predicar muchas veces que los judíos crucificaron a Cristo. Pero aquellos hombres y mujeres del ghetto [sic] no habían tenido nada que ver con la muerte del Señor (1967: 165).

Para Tomás Salvador, Grodno se identifica, debido a la población judía, polaca y rusa, con una triste y oscura representación de la ciudad de las tres culturas:

Grodno le produjo a Ricardo una curiosa sensación. Se le antojaba que aquella ciudad, muy vieja, evidentemente, era la Toledo polaca; una Toledo más triste, más opaca, más silenciosa. Quizá fuera la guerra, con sus tremendas secuelas: el hambre, las destrucciones, los hombres divididos en razas, una de ellas la maldita. Sí, posiblemente fuera aquello: una ciudad ocupada, destruida, ausentes sus mejores hombres y sometidas las mujeres al arbitrio de los vencedores, de cara al invierno y siendo cruce de caminos que llevaban a la guerra (1974: 92-93).

La siguiente parada la realizaron los *guripas* en los alrededores de Vilna, una ciudad sobre la que existen pocos testimonios, con toda seguridad por los breves tres días que pasaron a las afueras y debido a que pocos se atrevieron a penetrar en ella. Como certifica Víctor José Jiménez y Malo de Molina, las unidades no pasaron por el lugar: “entonces nos llegó la mala noticia: no entramos en Vilna. Se hacen 40 kilómetros para quedar a 10 de la capital (...) En efecto: Vilna quedó a nuestra izquierda” (1943: 61). Ridruejo es advertido por la Guardia Civil de cómo “[por la] noche los arrabales exteriores son peligrosos, especialmente los habitados por judíos. Hay paqueos frecuentes. Incluso se emplean «ganchos» amorosos para hacer desaparecer soldados” (2013: 129). Fernando Vadillo sí se detiene en el paso por los alrededores de la población, esa que “a lo lejos se divisaba (...) de color ocre oscuro, en medio de una llanura arenosa y polvorienta, rodeada de colinas por el Este y cruzada por un río caudaloso y de aguas

cobrizas” (1967: 185) y cuyos barrios se habían transformado “en escombros, puentes de piedra volados y sustituidos por pontones” (1967: 186). Sitúa el autor a un español en el gueto como protagonista de una historia romántica con una chica judía. En la descripción del espacio cercado se puede ver cómo este no fue el único *guripa* que no tuvo ningún reparo en tratar con la población que profesaba la religión proscrita por los nazis:

El ghetto [sic], de callejas estrechas atravesadas con arcos de piedra, estaba en realidad plagado de divisionarios que alborotaban el silencio del sector prohibido y que confraternizaban con los viejos hebreos de largas barbas bíblicas y que aún vestían el anacrónico caftán negro y se tocaban con una gorra negra de visera. Las callejuelas, malolientes y sombrías, ofrecían montones de escombros. En la penumbra interior de algunos tenduchos se fundían los rostros pálidos y fantasmales de sus propietarios (1967: 187).

Y el último de los tres puntos destacados que alcanzaron los divisionarios fue Minsk, la capital de la actual Bielorrusia. Alberto Crespo la compara con “Oscha, Vitebsk (...) ciudades medio quemadas, [con] rostros famélicos, andrajos, andrajos en todas partes: en los suburbios, en el centro, sobre las ruinas de las casas” (1945: 187). Se trata, para Carlos María Ydígoras, de “una ciudad moderna y, como importante centro de comunicaciones, castigada sobremanera por la guerra”, una plaza en la que encontraron “el primer museo antirreligioso” en el que pudieron ver imágenes sacrílegas como la de “un apuesto Cristo que, frente a una mujer que debía ser la Magdalena, adoptaba una actitud donjuanesca” (1963: 72)²⁵³. También se destaca que por ella podían verse “mujeres, rusas, desde luego, que no estaban mal” aunque “no había tiempo de conquistas” (Salvador, 1974: 104) y “judíos”, que “abundaban”, pero “no con la profusión que en Grodno” (Jiménez y Malo de Molina, 1943: 110).

Pero, además de las ciudades por las que pasaron camino del frente, los divisionarios hicieron comentarios concretos acerca de los judíos. Estos se movieron entre el rechazo, la inocencia y la defensa de las víctimas. Desde una perspectiva más negativa, Hernández Navarro compara dos cementerios, uno judío y el otro católico. Mientras que el primero era “como una mancha a ras de tierra”, del católico daba la perfecta imagen de “un ciprés a ras de nube” (1971: 67). La descripción del lugar de enterramiento semita

²⁵³ En Novgorod, Gómez Tello también encuentra un museo de estas características, “un método, refinado y profundo, para arrancar del alma la religión” (1945: 111). Se referirá al templo de la ciudad, sobre el que Urquijo señala lo siguiente: “Los soviéticos habían convertido el edificio en museo antirreligioso, mezclando entre los maravillosos cuadros y retablos primitivos objetos de propaganda que contrastaban con ellos” (1973: 284).

hace que el soldado se encuentre, según su autor, en un espacio lúgubre que le produce pavor:

El cementerio se extendía a un lado de la carretera sin nada que limitase el recinto. Todo en él era chato. Las lápidas, de la forma y el tamaño de mojones indicadores de kilómetros (...) Recordaba Agustín haber sufrido una sensación de angustia y de terror ante lo desconocido; una impresión de náusea indescriptible e irrazonable, que le hizo añorar con un padre nuestro los cementerios aldeanos de España, cuidados como jardines y llenos de paz (1971: 66).

La descripción de Carlos María Ydígoras del lugar de descanso de los restos de personas de credo judío es tan similar a la anterior que incluso se repiten varias de las expresiones utilizadas²⁵⁴:

Otras veces nuestro andar nos llevaba a cementerios judíos, de *chata* y antiestética arquitectura, queme impresionaban desagradablemente. Sin mausoleos ni cruces, ni contornos definidos, aquellas lápidas que parecían *mojones indicadores de kilómetros*, mostraban unas manos abiertas y yermas, dedos plagados de símbolos: triángulos, compases, estrellas, jeroglíficos... Era el mundo del Más Allá, de un Más allá que me pareció entonces más tremendo y misterioso que ordinario (Ydígoras, 1963: 68).

Este autor también expone, según su punto de vista, el porqué de la persecución a los judíos. Aunque no niega que entre ellos existieran personas con buena predisposición, el castigo generalizado sería necesario ante el mal que, para él, representa como conjunto: “Es difícil explicarlo. Estos judíos polacos y otros muchos como ellos, puede que sean buenas personas. Pero hay un judaísmo internacional que es de aúpa. Usa del dinero para matar como otros lo hacen con los fusiles” (1963: 65). En otra línea, Alberto Crespo presenta en su libro una curiosa historia sobre antisemitismo protagonizada por uno de los capellanes que acompañaba a la División. El sacerdote propone hacer un negocio de estraperlo cercano a la usura, cuya criticada práctica se atribuía a los judíos. Aunque el *guripa* que interactúa con él en la escena muestra su indignación ante las innobles intenciones del cura, esta imagen debe incluirse entre aquellas que están dedicadas a delatar el comportamiento negativo de algunos integrantes de la expedición, al narrar un acto que en realidad pretendía hacerse como perjuicio ante las víctimas del nazismo:

²⁵⁴ Sin querer acusar a Carlos María Ydígoras de plagio, parece que el autor conocía demasiado bien el texto de su camarada Hernández Navarro, ya que también, en relación a la cita anterior en la que Agustín se fija en una mujer judía, aquel narra una escena de similares características en su texto (1963: 57-58).

Al acabar el rosario, un camarada habló de sus aventuras en Riga, donde a los judíos les está prohibido andar por las aceras. Luego habló de lo fácil que era adquirir abrigos de pieles y de otras cosas menos inofensivas.

–Sería un buen negocio –dijo el Páter– comprar pieles en Riga y pasarlas a España. Si me mandan con permiso, lo he de hacer; además, así gasto marcos que tengo y que aquí no me sirven para nada.

–Eso sería pecado –intervino muy serio *Perosi*.

–No –contestó el Páter–. ¡Si lo sabré yo!

–¿Qué os parece? –Nos preguntó indignado *Perosi* abriendo sus brazos en un amplio ademán.

–Yo no he dicho que se trate precisamente de hacer contrabando. Simplemente comprar pieles en Letonia y llevarlas a España cuando vayamos; es una manera práctica de resarcirnos de ciertos sufrimientos..., digo yo..., y vengarnos a la vez de los judíos (1945: 110-111).

En el caso de Ramón Zulaica, los españoles condenados a muerte comparten su destino con el de unos judíos que cavan las fosas en las que ellos mismos caerán tras su ejecución. La escena se presenta con el trato denigrante de los alemanes hacia ellos –un SS insta a una de sus víctimas, un “piojoso” terminar pronto con su trabajo ya que más tarde “apretará el calor y nos tenemos que cubrir la fosa nosotros” (1963: 88)– y la impresión que deja la estampa en uno de los españoles, quien declara que “los judíos siempre me dieron un poco de asco” (1963: 90). Precisamente, en uno de los finales que ofrece la novela, este personaje hace una confesión antisemita que extraña, sobre todo, para la época en que fue publicada:

Si antes me negué a trabajar no fue por orgullo. Como español, como hombre libre e independiente, no acepto mezclar mi sudor con el de esos hombres mezquinos de la comunidad israelita, raza nefasta que jamás trató de amoldarse a los pueblos donde vegeta. El compañero que acaba de morir era un hombre pusilánime que en todo momento intentó aprovecharse de los beneficios que ustedes le brindaron. Ruego que le disculpen. No por salvar la vida, simplemente por obedecer sus órdenes, me hubiera sometido muy gustoso a cualquier otra prueba. Los españoles somos hijos de una raza altiva y aristocrática (1963: 133).

En un tono más ambiguo, Ángel Ruíz Ayúcar hace referencia a los campos de exterminio. Una reflexión –señalada también por Núñez Seixas (2011: 282-283)– en la que no se muestra ni a favor ni en contra y donde puede verse una muestra del posicionamiento como *bystander* que caracterizó a la mayoría de los integrantes del grupo. El voluntario se siente, tal y como aclara en este fragmento, automáticamente

exculpado, pero tampoco está dispuesto a traicionar a sus compañeros de armas alemanes mediante su palabra:

De los campos de concentración se ha hablado mucho en esta triste y rencorosa postguerra. Todo el mundo ha arrojado su piedra sobre el caído, sin mirar primero si sus manos estaban limpias (...) Nosotros, que no tenemos nada que pedir ni nada que temer, nos podemos dar el gusto de no insultar. Ni a unos ni a otros. Hemos quitado de nuestros relatos de Rusia toda animosidad contra los que fueron nuestros enemigos. No vamos a caer, por dar gusto a las corrientes de moda, en la aberración de ofender a los que fueron nuestros camaradas (1954: 153-154).

Jaime Farré Albiñana narra, al regresar su personaje al frente, el encuentro con un grupo de judíos que portaban “la estrella sionista apagada de puro sucia” (1949: 250), que le explican que les persiguen “por nada” y que los “hacen trabajar pero que a bestias (...) no cobramos y nos hacen pagar el insuficiente y pésimo suministro que nos dan” (1949: 251). Aquí el divisionario, cuando le piden comida, les entrega “un resto de pan y el queso reseco que no me gusta” (1949: 251) en un acto que puede calificarse de generoso a medias. En esta misma novela, los españoles simpatizan con un judío que había luchado en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil²⁵⁵. Pero cualquier simpatía no debe llevar a engaño, como muestran las palabras de un sargento alemán, que tras ser preguntado sobre las causas de la persecución desarrolla un discurso antisemita en el que acusa al pueblo judío de todos los crímenes de la historia de la humanidad:

Cuantas acusaciones se conocen contra ellos, no pueden resumirse en una conversación –inicia pausadamente–. Como son los “sin patria” –prosigue– militan, absolutamente todos, en partidos comunistas. Fomentan y participan en cuantas conspiraciones o revoluciones se realicen; pero mediante exterminaciones sangrientas; pues saben que los convencidos y arrepentidos tan solo existen en la imaginación calenturienta de incautos e inexpertos... En Alemania, durante la Gran Guerra Europea, fueron desde un principio los derrotistas que se enriquecieron con el mercado negro. Incitaron la Revolución que transformó en derrota la heroicidad de nuestro pueblo; formaron los primeros consejos, acreditaron con documentos falsos la culpabilidad alemana y exigieron la firma incondicional de Pacto de

²⁵⁵ El judío referido declaraba que los soldados españoles eran “espléndidos” y tenían “el don de la gracia y la simpatía”. Cuando Luis le pregunta en qué año estuvo allí, y el aludido confiesa que en 1936, el protagonista lo tenía claro: “¿y esa herida de metralla del cuello? Este tío perteneció a las brigadas internacionales”, un hecho que no parece importar a sus compañeros, que “se excedieron para tratar calurosísima y estupendísimamente”. Evidentemente, no es casualidad que en una novela del fascismo español aparezca un judío que había luchado para la II República (1949: 255). Núñez Seixas también ha aludido a la presencia de escenas entre ex-brigadistas y divisionarios en otros momentos de la memorística azul (2016: 149). Algunos apuntes acerca de la negativa percepción que existía entre los fieles a los sublevados acerca de los brigadistas los ha señalado Maryse Bertrand de Muñoz (2001: 257).

Versalles... atentaron contra Bismarck; mataron a Sturghk [sic], Eichhorn... al Presidente de los Estados Unidos en 1881; a los tres Zares... Su exterminación no es un deber exclusivamente alemán, si no de la humanidad. A la subida de Hitler al poder, acaparaban la prensa, cine y teatro haciendo una labor antipatriótica, elaborando la disidencia, practicando la usura, estafa, falsificación, fraude... Asesinaron a Justloff [sic] y a Horstwesel [sic], al que se le dedicó la canción del partido... Hoy, en todo el territorio conquistado, son ellos los que sabotean y nos matan a traición; y los agentes de la G.P.U. e Intelligent Service (...) Los rusos les ofrecieron la región de Birobidschan entre el Amur y el Usuri, sin que aceptaran... En España tuvieron su participación: Friedländer se encargó [sic] de la agitación; Rosenberg cuidó de proporcionar armamento a los rojos a cambio de quinientos millones de pesetas oro que embarcó hacia Rusa; Wronski y Bela Kun organizaron y propugnaron los asesinatos en masa (...) Y se enorgullecen de haber cometido el crimen más horrendo de la historia del mundo: la crucifixión de Jesucristo (1949: 253-254).

Al igual que se ofreció una imagen negativa de las víctimas judías de la barbarie nazi, otros divisionarios equilibraron la balanza al tratar con consideración a los afectados y señalar la bajeza de tales actos. En escasas ocasiones denunciaron directamente los crímenes. Los voluntarios de la novela de Tomás Salvador “[p]asaban entre la indiferencia de los paisanos, algunos de los cuales llevaban una extraña marca amarilla en la espalda”, que ya era definida como “aquella señal infame” (1974: 87). Para algunos de los azules, sin olvidar la conceptualización infrahumana que se atribuía al judío, era imposible no generar un sentimiento de empatía por quien sufría tal humillación. A pesar de los adjetivos calificativos que acompañan la escena, el voluntario no se muestra partidario de que el ciudadano semita recibiera esa consideración:

Ricardo, la verdad, no podía imaginarse que aquellos hombres o mujeres resultasen peligrosos para soldados como ellos, jóvenes, amantes del peligro, bien armados. Los pocos judíos que Ricardo había visto en Suwalki y en los pueblos de los alrededores no podían ser más insignificantes; pobres, sucios, miserables, caminaban apresuradamente, llenos de miedo, como si fueran gusanos en busca de un agujero. Se hacía evidente que los alemanes llevaban su antisemitismo más allá de la verdad. Ricardo, con la mano en el corazón, no podía por menos de compadecer a aquellos infelices (1974: 91).

Incluso puede leerse todo un alegato en contra del trato que dispensaban a los judíos. Es posible interpretar estas palabras en el contexto que fueron escritas debido a la necesidad que el franquismo tenía de ocultar su ayuda a quienes habían sido juzgados en Núremberg. Aun así, es la prueba de un cambio de paradigma a la hora de reflejar en un texto del subgénero este tema y la reacción que provocaba en alguno de sus integrantes.

Tampoco es un hecho baladí que este fragmento se lea en el libro de Luis Romero, quien huyó del maniqueísmo que caracterizó a la literatura divisionaria en sus primeros momentos:

Da rabia pensar en todo esto, es como lo de los judíos que no hay derecho a que les hagan llevar ahí una estrella, y todos tienen cara de miedo porque aunque muchos sean comunistas, no todos por el hecho de ser judíos, van a serlo, y les colocan la estrella esa hasta a los niños y las mujeres. A mí me fastidiaría tenernos que quedar de guarnición en una de esas ciudades como Grodno, porque estoy seguro que en seguida andaríamos los españoles a la greña con los alemanes a causa de los judíos. Al fin y al cabo a nosotros no nos han hecho ningún mal, aunque dicen que pusieron una bomba al paso de la División, pero eso sería algunos que fueran “partisanos” (1957: 179-180).

Este autor señala cómo no todos los judíos eran comunistas por el hecho de ser lo primero. Una óptica que es novedosa, sobre todo si se le suma a la exculpación de una bomba con la que se ataca a la División y se atribuye este hecho a la actividad de los partisanos. Y el relato de Bars Casamitjana es el que representa de manera más evidente el papel del español como protector y salvador de los indefensos judíos ante la crueldad alemana (Núñez Seixas, 2016: 397). En el texto se narra la muerte de un divisionario y un judío a manos de un miembro de las SS tras haber defendido el primero al segundo de la agresión del tercero. El español, que había conocido unos instantes antes al hebreo cuando iba camino de Grodno, le había regalado un trozo de pan que previamente había comprometido con una camarera polaca. En la narración, se cuestiona el papel de los germanos pertenecientes a la unidad destinada a acabar con la población judía y los describe como “seguros destructores del enemigo solapado y traidor, fríos con su ira, como el metal, correctos en su labor, como máquinas, exactos, como finos instrumentos de precisión y vacíos de otros sentimiento[s] que su admiración al gran Adolf Hitler” (1962: 9-10). El comportamiento del español, como es clásico en la literatura divisionaria, es el opuesto al ejecutado por los teutones, de ahí que comparta la ración de pan porque darle “de comer al hambriento es una obra de misericordia en todos los casos, sin exceptuar a los judíos que se sepa” (1962: 5). Tampoco puede verle como el hombre al que enfrentarse, ya que para el *guripa* los “verdaderos enemigos no eran pobres viejos hambrientos, sino los comunistas del frente ruso” (1962: 6). El voluntario, que asume su papel como salvador de todos los que sufren injusticias, desea la comunión entre él y el denostado por los nazis:

Estaba dispuesto a abrazarse con el hombre judío y arrancarle de un manotazo aquella estrella cosida en la espada y en el pecho, a la altura del corazón, aquella señal de oprobio y vergüenza. Donde menos lo esperara, se encontró con un hermano, con un hermano hambriento, con una injusticia, él que iba a luchar contra la injusticia, con una crueldad, él que pretendía poner su granito de arena para la construcción de un mundo de amor (1962: 8).

Y es así como puede resumirse la visión del judío que se extrae de la mayoría de estas narraciones: para la mayoría de ellos se trata de un ser inferior, aunque esto no debería llevarle a la reclusión en barrios acotados en los que no estaba garantizada la supervivencia y, ni mucho menos, al exterminio sistemático. El divisionario intenta situarse como adalid de la justicia, aunque no siempre lo consigue –o ni siquiera hace el esfuerzo de aparentarlo– e incide en su ausencia de responsabilidad a la hora de tratar el asunto. Aunque no es desleal al nacionalsocialismo –si fue esta la razón de su alistamiento–, sí busca desmarcarse de las terribles prácticas germanas para con la población judía. Como resultado final el voluntario desarrolla, sobre todo mediante la falta de alusiones y de concreción respecto al Holocausto, una vaguedad de posicionamiento acorde con el contexto en el que las narraciones fueron publicadas y que solo permiten que estos textos sean leídos y estudiados bajo un halo de desconfianza.

5.3.8. La experiencia concentracionaria

En el ámbito de la literatura del *yo*, y a pesar de que es sabido que la experiencia española del Gulag sobrepasa los límites de la División Azul, hay que tener en cuenta que el relato de los antiguos soldados tiene un mayor peso frente al de los republicanos. Este hecho no se debe a la supremacía numérica de unos sobre otros que, en realidad, se reduce a unos parámetros de seis frente a tres, sino que se basa en la contextualización de las narraciones: mientras que los *guripas* toman como parte central de sus relatos su estancia en los campos de trabajo, los hombres al servicio del gobierno en 1936 narran, principalmente, la época de persecución sufrida mientras intentaban huir de la Unión Soviética. Un periodo que, con diferentes intensidades, transcurrió entre 1939 y 1941. Sus textos, además de ser utilizados como arma propagandística por parte del Estado dictatorial, reflejaron la mísera vivencia de quienes sufrieron el cautiverio. Sin olvidar la premeditada intencionalidad de debilitar al sistema estalinista mediante los mismos, los presos relataron la escasez de alimentos y el trabajo rayano en la esclavitud, dos

características comunes de cualquier reo del entramado concentracionario soviético. Prueba de ello es la vivencia de la alemana Margarete Buber-Neuman, que también pasó por el fatídico campo de Karagandá. Allí, no existían más días festivos que las escasas fechas señaladas para ello y las que el temporal adverso proporcionaba:

[En] el campo no teníamos domingos ni días libres. Únicamente durante las fiestas de mayo y las de noviembre, en que nos encerraban en los barracones porque no estábamos obligadas a trabajar, y también cuando la naturaleza tenía misericordia de nosotras y nos enviaba una tormenta de arena o una nevada copiosa. Una tormenta de arena es un espectáculo fantástico (2005: 144).

Hubo varios antecedentes de estos textos que daban noticia de la presencia de compatriotas en los campos de concentración soviéticos. A pesar del “secretismo del Gobierno en todo lo relacionado con el tema de los prisioneros” (Rodríguez Jiménez, 2008a: 154) existen al menos dos publicaciones relacionadas con el tema. Eso sí, hay que advertir que en ellas no se hablaba de la existencia de presos de la División Azul, sino de los republicanos que, animados por la identificación ideológica con la Unión Soviética, habían acudido al país y terminado como cautivos en el mismo. En 1947 el diplomático cubano Rafael Miralles, antiguo comunista y posterior desencantado, firmó *Españoles en Rusia*. Aunque se advierte en el prólogo que el autor huía de toda sospecha debido a su filiación política por su papel contra el bando sublevado en la Guerra Civil, el tono del texto es afín a las consignas del poder. En esta línea se puede leer, acerca de los comunistas españoles en el país de los Soviets, que “quienes acudieron allí creyendo ser los privilegiados del destierro (...) estaban purgando a un precio tan elevado como nunca lo hubieran soñado su fe en la Unión Soviética” (1947: 198). Cinco años más tarde el volumen número 14 de la colección *Temas españoles* sacó a la luz *Españoles esclavos en Rusia*, cuyo autor fue Eduardo Comín Colomer. En este libro se refería a los republicanos que habían regresado a España como “aquellos despojos humanos que conocieron la dureza del trato de la dulce Francia y de tantos otros lugares por el estilo” (1952: 30)²⁵⁶.

²⁵⁶ Durante estos años en Hispanoamérica se publicaron dos libros que hacían referencia al periplo de los españoles en la Unión Soviética. En 1950 el piloto republicano José Antonio Rico publicó en México *En los dominios del Kremlin (8 años y medio en Rusia)*. Un año más tarde el Agregado Obrero de Argentina en Rusia Pedro Conde Magdaleno escribió sobre su experiencia en el país. El libro de este personaje, confeso peronista, pasaría desapercibido para la historiografía española del Gulag si no fuera porque narra la ayuda que prestó a dos republicanos españoles –de hecho, da título al relato– para huir del país escondidos en baúles. La empresa resultó fallida a pesar de la buena voluntad de ayudar, por parte del funcionario, a Tuñón y a Cepeda, una idea que había surgido debido a que “la profunda lástima que me inspiró la situación de los republicanos y de los niños asilados (...) aumentó mi simpatía hacia ellos y pensé

La llegada de los presos de la División Azul motivó la publicación de textos de carácter propagandístico. En la misma colección que el firmado por Comín Colomer apareció *Héroes españoles en Rusia*, que recogía los artículos que publicó su autor, Alfonso Prego, como enviado especial de la agencia EFE a bordo del *Semíramis* para *Informaciones* y otros diarios de provincias. En esta recopilación puede apreciarse la categorización que establecía el régimen para con los presos: mientras que para la misma experiencia los republicanos son calificados como “despojos”, un divisionario como el capitán Teodoro Palacios es un “gigante” (1954: 11). Y semejante a este texto puede considerarse el firmado por José Luis Gómez y F. Montejano, en el que aparece la hazaña de la supervivencia y el meteórico recibimiento en Barcelona. En ningún momento se duda de la importancia y el carácter de la empresa que habían iniciado con la División Azul y que había visto su final, interpretado como una nueva victoria ante el comunismo por parte del Estado franquista, con la supervivencia al campo:

Bienvenidos sean estos hijos de España, alucinados del ideal, conquistadores y abanderados de la dignidad humana, el orgullo español, por los mundos lejanos. Han pasado muchas cosas desde que se marcharon apenas iniciada la ingente tarea de restauración patria después de una guerra en que muchos templaron su juventud para mejores empresas. En que alcanzaron una prematura madurez emocionada que había de llevarles necesariamente a la expansión, a la conquista, como en los mejores tiempos de nuestra historia. Y allí fueron con las canciones y el ideal de España, que no es pequeño bagaje para un guerrero de la mejor estirpe (1954: 26).

Hasta 1975, los divisionarios firmaron seis libros acerca del campo. En el primer texto, *Yo, muerto en Rusia (Memorias del alférez Ocañas)* (Moisés Puente, 1954) su autor narra las vivencias del personaje mencionado en el título. *En el abismo rojo: memorias de un español, once años prisionero en la U.R.S.S.* (1955) es la experiencia impresa de Ramón P. Eizaguirre, antiguo divisionario apresado en la batalla de Berlín, cuando la unidad ya había desaparecido y él formaba parte de la *Wehrmacht*. Escrito por Torcuato Luca de Tena apareció *Embajador en el infierno: memorias del capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia* (1956), galardonado con el Premio Nacional de Literatura Francisco Franco y que fue llevado de manera inmediata al cine. Al mismo tiempo vio la luz *Enterrados en Rusia* (1956), que su protagonista Eusebio Calavia Bellosino escribió con la colaboración de Francisco Álvarez Cosmen. Dos años más tarde otro de los

seriamente en serles útil en algo” (1951: 272). El relato y las consecuencias de los hechos los siguen Serrano (2011: 153-157) e Iordache (2014: 224-255).

capitanes preso en el Gulag, Gerardo Oroquieta Arbiol contó su vivencia con la ayuda de César García Sánchez, la cual tituló *De Leningrado a Odesa* (1958) y que ganó el mismo premio que su compañero. Y, en el mismo tono que sus compañeros, expuso sus días en el Gulag Juan Negro Castro en *Españoles en la U.R.S.S.* (1959)²⁵⁷. Los republicanos que pasaron por el Gulag publicaron, durante el franquismo, tres libros. El policía Vicente Reguengo relató las “memorias del internado Fulgencio García Buendía distorsionadas” (Iordache, 2015: 108) en *Quince años en Rusia* (1955). El antiguo combatiente del Ejército rojo durante la II Guerra Mundial, Rafael Pelayo de Hungría redactó *Rusia al desnudo: revelaciones del Comisario Comandante Español Rafael Pelayo de Hungría. Comandante del Ejército Ruso* (1956). Y el piloto Juan Blasco dejó prueba en *Un piloto español en la U.R.S.S.* (1960) de su asimilación al nuevo Estado²⁵⁸.

Para analizar el discurso de los españoles en el campo se proponen los siguientes tres niveles temáticos: la interpretación del Gulag en relación a las condiciones de trabajo y alimenticias a las que fueron sometidos; el odio al bolchevismo latente en cada uno de ellos, y que se mostraba acorde a los postulados anticomunistas de la dictadura, y el reencuentro de los españoles en los campos, en el que primó una relación de perdón de unos a otros y que se identificaba con la paz duradera que el franquismo había prometido tras el final de la Guerra Civil.

En el campo la vida se desarrolló mediante dos factores que giraban en torno a la vida de los prisioneros: los trabajos forzados y el hambre. El Gulag, al contrario que el *Lager* alemán, no tenía la muerte como único fin, sino que buscaba la rentabilidad del confinado al convertirlo en un obrero a coste cero para el Estado. A pesar de esta diferencia, la existencia en los campos soviéticos seguía teniendo un valor cercano a la nada, por lo que no debe pensarse en contemplaciones especiales o un trato de favor. Las jornadas de trabajo eran eternas y podían llegar a ocupar más de la mitad de un día, por lo que era necesario para conseguir la comida el alcanzar la cuota de trabajo establecida. Estas condiciones son descritas por el capitán Palacios, uno de los presos españoles que,

²⁵⁷ Un año más tarde, este autor escribió *La pesadilla roja*, testimonio de un prisionero griego que, antes de morir y de ser repatriados los divisionarios del *Semíramis*, compartió con ellos sus vivencias, las cuales el ex-cautivo decidió testimoniar. Sobre esta época, ha señalado Luis Fernández Suárez una información que no deja de ser del todo contradictoria: según el autor, el periodo de publicaciones de las memorias del campo coincidió, con “un cambio de actitud en la prensa española que disminuyó la cerrada hostilidad con que hasta entonces había presentado las noticias procedentes de la URSS. No es que adoptara una posición amigable, ni mucho menos, sino más cauta a la hora de filtrar los insultos” (1987: 131).

²⁵⁸ Prueba de la buena adaptación de Blanco a la dictadura es uno de los ejemplares de este libro que se conservan en la Biblioteca Nacional de España, perteneciente al Fondo Comín Colomer y dedicado a tal personaje por parte del autor.

paradójicamente, menos padeció estas penurias: “durante las doce o trece horas de trabajos forzados a que se sometía a los prisioneros en la inmediata fábrica de trilladoras (...) no recibían ni una mísera ración de pan” (1993: 109). Eizaguirre, resalta la importancia de los presos para el funcionamiento del país, ya “que por aquella época contaban los soviéticos con la no despreciable fuerza de más de cuatro millones de prisioneros” (1955: 91). Este divisionario pasó parte de su tiempo en el campo como empleado de una mina, lo que condenaba a una gran parte de los presos a la muerte, al trabajar a temperaturas “de poco más de quince grados bajo cero” (1955: 100) en habitáculos donde “corría el agua en pequeñas cascadas”, lo que obligaba a tener “los pies durante toda la jornada a remojo en el cenagoso suelo” (1955: 112). En otra mina diferente trabajó Juan Negro Castro, en la que era “imposible dominar aquella sensación de muerte inmediata que nos sobrecogió” (1959: 283) al verla por primera vez y en la que, según él, “los españoles fuimos los primeros hombres civilizados que llevamos la luz a estas tinieblas de la mina” y donde compartieron su tiempo y espacio con “familias reacias y rebeldes al sistema de gobierno actual” (1959: 284).

Todo el gasto de energía no podía ser suplido por las pírricas calorías que les aportaban los alimentos. Su escasez podía llegar a causar enfermedades de difícil tratamiento e incluso la muerte. Palacios describe la escatológica alimentación de algunos presos: “[A la hora] de vaciar las letrinas pululaban entre los excrementos y seleccionaban entre los detritos de los enfermos, porciones de alimentos no digeridos. Los lavaban con nieve y los ingerían, vendiendo lo que les sobraba” (1993: 47). Al mismo tiempo explica la práctica del canibalismo, de la que exime a los españoles, y que “para los jefes del campo representaba una solución. Los cuervos, durante el invierno, invadían los campamentos, alternando con los hombres el devorar cadáveres” (1993: 47). El hambre al que eran sometidos hacía que, por ejemplo, aunque el desayuno fuera una “bazofia” supiera en realidad “a gloria, [sobre todo] después de pasar dieciocho días de no probar nada caliente” (Calavia y Bellosino, 1956: 96). Se llega a hablar del “semihambre”, que “implica no matar del todo el hambre por arriba ni reducir la alimentación hasta cero por abajo” (Puente, 1954: 100).

El regreso de los presos dio la oportunidad al régimen franquista de exhibir, una vez más, su activa beligerancia contra el comunismo soviético. La imagen negativa del gobierno de los soviets y, por añadido, de su personificación en la figura del *rojo*, fue uno de los temas que desarrolló la derecha española desde los primeros momentos de la Revolución de 1917. En esta línea, uno de los compañeros de cautiverio de Ramón P.

Eizaguirre señala que los voluntarios azules no acudieron “a luchar contra el pueblo ruso (...) sino contra el comunismo. Lo que siento es no haber muerto ya en el frente matando bolcheviques” (1955: 148). La diferencia entre unos rusos y otros puede apreciarse en este mismo autor, que describe a sus guardianes como unos “hombres de uniformes sucios y rotos, que más bien que soldados parecían bandidos” y que le “causaba[n] un sentimiento de aversión y repugnancia” (1955: 51). También presenta al presidente del tribunal de un juicio al que asistía como público –era sometido a esta actividad como método correctivo– como un hombre bien alimentado, para resaltar la distancia existente entre la oligarquía del partido y el pueblo sumido en la miseria: “en el centro se sentó el presidente, un comandante obeso con gran papada de cerdo, muy en boga entre los modernos revolucionarios” (1955: 123). Con los rusos que no eran comunistas y compartían tareas –no era extraño que los presos trabajasen con la población civil– conseguían confraternizar rápidamente, y de ellos obtenían confesiones divergentes al sistema soviético²⁵⁹:

Me habían engañado durante tantos años como a un chiquillo, pues aquella gente [en los pueblos alemanes donde los estragos de la guerra no eran visibles] vivía infinitamente mejor que nosotros. Te juro que si he vuelto al terruño es porque tengo dos hijos, pero muchos oficiales y soldados que después de los cuatro años de campaña no estaban dispuestos a reintegrarse a la esclavitud de la vida soviética, se negaron a regresar a Rusia. Sólo salvaron la piel los que pudieron escapar hacia la zona occidental (1955: 133).

Durante su estancia en los campos, los divisionarios mostraron una actitud altiva que no se correspondía con la autoridad que podían ejercer sobre ellos los mandos soviéticos. Sin cuestionar la veracidad de estos hechos, cabe señalar que en la mayoría de los textos escritos por presos de la División Azul hay un combate verbal continuo hacia los rusos encargados de la vida en los campos. Al ser cuestionados sobre las motivaciones que les llevaron al frente oriental, y sobre si repetirían la experiencia a pesar de la derrota y el encerramiento, la respuesta de los españoles huye de cualquier tipo de titubeo. El capitán Teodoro Palacios confiesa que fue para “luchar contra el comunismo” (1993: 34), una sentencia parecida la que da Oroquieta, de similar graduación: “[fui] para combatir al comunismo y a devolver la visita que nos hicieron los voluntarios rusos en nuestra

²⁵⁹ Toda esta confraternización también la señala Puente al contar cómo Ocaña había coincidido con un ruso, antiguo prisionero de la División Azul, que advierte a sus compañeros que “aunque vinieron a luchar contra nuestro país, su comportamiento con nuestros hermanos ha sido mucho mejor que el nuestro propio” (1954: 167).

Guerra Civil” (1958: 67). También Eusebio Calavia muestra sus intenciones al replicar que había acudido “a tratar de destruir vuestro régimen maldito y ayudar al pueblo ruso a liberarse del yugo que le tenéis impuesto” (1956: 160). Cuando son preguntados sobre la posibilidad de combatir de nuevo al gobierno soviético, a pesar de la derrota sufrida en la II Guerra Mundial, las respuestas son contundentes. Palacios es interrogado sobre qué hará cuando regresara a España y se encuentre a “Pasionaria” en el poder. Ante tal situación, responde: “he hecho dos guerras contra ella (...) Haré la tercera” (1993: 112). En otro de los relatos, uno de los cautivos falangistas también aparece como un luchador incombustible: “lo mismo que vine una vez, vendría otras mil a matar bolcheviques” (Eizaguirre, 1955: 187).

Las memorias republicanas del campo también son críticas con la dictadura rusa. La estancia en la Unión Soviética y los malos tratos que allí sufrieron fueron la mejor prueba que podía utilizar el régimen español para mostrar a estos hombres como *errados* y *equivocados* en su fe. Su relato se presentaba ante la opinión pública límpido de toda sospecha al venir motivado por su propia experiencia y su pasado político. Vicente Reguengo, al hablar de Fulgencio García Buendía, incide en la desconfianza presente entre la población civil y la define “es una norma a [la] que obliga el sistema del terror” (1955: 302). Idéntica idea está presente también en el piloto Juan Blasco, al destacar que los ciudadanos “no encontraban más que hipocresía, desconfianza, vacío y resquemores. Si algún amigo soviético tenían era también un comunista. Y entre ellos no había verdadera amistad” (1960: 110). Pero el tiempo en Rusia también se ofrecía como *escarmiento* para aquellos que, habiendo podido optar por la sublevación en la guerra, fueron leales a la República. Esa era la motivación señalada por Rafael Pelayo de Hungría en el epílogo de su libro al equiparar las condiciones en las que vivió en la URSS como peores que las de “los esclavos en la antigua Roma” (1956: 404). La autoflagelación del autor continúa al pedir a las nuevas generaciones no tomen el mismo camino que él: “Que mañana no tengáis que arrepentiros de una errada juventud como yo me arrepiento de la mía. El mejor servicio que podéis prestar a la Humanidad, es luchar activamente contra el comunismo” (1956: 405-406).

Y si hubo un aspecto en el que los presos, tanto divisionarios como republicanos, pudieron mostrar su oposición total al comunismo fue la muerte de Stalin. El hecho sería fundamental para que la repatriación de los españoles se hiciera efectiva y, además, supuso en su momento un motivo de alegría por el final del enemigo. Aunque España no cambiara su postura anticomunista durante toda la dictadura, sí es cierto que durante la

vida del tirano georgiano fue esta más acérrima. Eusebio Calavia señala que, con su desaparición, “el régimen comunista estaba de luto y su gran verdugo había sido llamado al inapelable Tribunal de Dios” (1956: 193), del que nadie podía huir a los ojos de este soldado. Para Teodoro Palacios, la muerte del que todos llamaban “el Bigotes” y al que él apodaba como “el César Rojo de todas las Rusias, [el] nuevo Gengis Kan de nuestros días” (1993: 240) abía un nuevo tiempo en Rusia, ya que “la desaparición del tirano quebró el paisaje político” (1993: 241). Desde el lado republicano tampoco se escuchan alabanzas a la persona de Stalin, a quien Blasco califica como “el criminal más grande que ha conocido la humanidad” (1960: 344). Pero quien interpreta el suceso de una manera más precisa es el capitán Gerardo Oroquieta Arbiol:

La muerte de Stalin era el más extraordinario suceso acaecido en todo nuestro cautiverio y no podía sernos indiferente a los prisioneros porque cualquier acontecimiento producido en la Rusia soviética repercutiría sobre nuestra situación. No ignorábamos el proverbio de que a rey muerto, rey puesto; pero, ¿sería otro monstruo el sucesor del tirano? En la constelación política de la U.R.S.S. brillaban algunos hombres, pero ninguno con el fulgor de Stalin, aunque a éste le hubiesen iluminado los potentes reflectores de la propaganda junto con las densas nubes del incienso. Del nuevo zar rojo iba a depender nuestra ventura. Por eso estábamos atentos (1958: 560).

La existencia de presos divisionarios y republicanos en el Gulag sirvió para que allí coincidieran los españoles que años atrás se habían enfrentado en el conflicto cainita. Aunque, “la realidad era que ya desde finales de 1942 republicanos y divisionarios habían coincidido en campos de trabajo forzado” fue en Karagandá donde “se fue gestando poco a poco una colaboración y empatía entre republicanos y falangistas” (Serrano, 2011: 151). Se vieron obligados a dejar de lado las diferencias que, entre 1936 y 1939, les habían enfrentado para luchar por el bien común de la libertad. La reconciliación que surgió de esta convivencia fue interpretada, por parte de la propaganda franquista, como un acto de perdón y asimilación hacia el republicano, que era presentado como un español arrepentido. La paz estaba supeditada a la sumisión que mostraran los vencidos de la Guerra Civil hacia los vencedores. Los divisionarios no tuvieron ningún problema en reconocer que la terrible odisea que sufrieron los republicanos en Rusia, “soportada con ejemplar conducta de españoles honrados, no fue inferior a los sufrimientos padecidos por los prisioneros de la División Azul” (Oroquieta Arbiol y García Sánchez, 1958: 399). El capitán Teodoro Palacios coincidió con españoles del *episodio berlinés* y con aviadores de la república. Por los primeros, al observar “el estado de hambre, agotamiento y

cansancio con que llegaron”, colectó, “entre los prisioneros de guerra, ayudas alimenticias para los niños y las mujeres” (1993: 99). Y de los segundos dice que “si alguno (...) cuando llegó a Rusia era sinceramente comunista, la criba a la que fueron sometidos les arrancó hasta la última semilla rosada de marxismo” (1993: 203). Para el divisionario, los odios quedaron apagados en los campos soviéticos, un hecho resaltado desde la óptica falangista:

En el corazón de Rusia las dos Españas borrarón sus diferencias. Allí se abrazaron para siempre. La una comprobó cuanto de Rusia sabía. La otra aprendió cuanto de Rusia ignoraba. Se fusionaron en un abrazo de sangre y sacrificio y, codo con codo, lucharon juntas, sufrieron procesos, soportaron condenas. ¡En los campos de concentración de Rusia terminó para nosotros la guerra civil! (1993: 203).

También Ramón P. Eizaguirre da detalle de este tipo de encuentros con pilotos y marinos que se encontraban en los campos “por el solo delito de querer volver a su Patria, negándose a los reiterados ofrecimientos de los bolcheviques” (1955: 154) para permanecer en Rusia. Y Calavia Bellosino se refiere a los divisionarios que habían desertado como “aquellos desgraciados” a los que “[o]frecimos nuestra leal amistad, con el perdón de todo lo pasado, si ellos correspondían uniéndose a nosotros para, como buenos españoles, defendernos y ayudarnos mutuamente” (1956: 49). La categorización entre “buenos” y “malos” españoles hace que estas uniones se interpreten más cerca del perdón al *equivocado* que de la reconciliación de dos bandos. Por último, no deja de sorprender que el piloto republicano Juan Blasco, a pesar de su transformación ideológica, hable de un “niño de la guerra” como un miembro del “hampa, que le tenía prendido en sus redes” y que de hallarse en España “sería una persona de lo más normal, trabajadora y honrada que hubiera sentido desprecio y repugnancia por el hampa (...) que él mismo dirigía” (1960: 386).

Y, para finalizar con las memorias del campo, cabe señalar que no todos los españoles con los que se cruzaron los divisionarios fueron de su agrado. Algunos, colaboradores con los soviéticos, hicieron su vida mucho más desagradable y hacia ellos dedicaron descripciones de carácter negativo. En esta línea se encontraban los ya citados Felipe Pulgar y César Ástor. El primero era para el capitán Palacios “uno de los hombres más malvados que he conocido nunca (...) responsable directo de la muerte de muchos españoles” (1993: 184) y según Eizaguirre “día tras día, aniquilaba esta hiena a sus compatriotas sin otro deseo que el de hacer méritos ante sus amos” (1955: 155). La

descripción que aporta Oroquieta sobre el segundo es definitoria del desprecio que sentían los españoles por los compatriotas que estaban al servicio de los soviéticos:

Este Judas se esforzó en congraciarse con los comunistas, de quien se decía correligionario. Su incontenible petulancia lo llevó a erigirse en mandamás del grupo antifascista y desplegó activísima labor, aunque su siembra cayó en las rocas y tuvo una cosecha bien mezquina. Su semblanza física no era menos deleznable: escuálido, con el rostro entre amarillo y verdoso, desdentado, con nariz de judío y una rizada cabellera, su voz atiplada y sus ademanes afeminados, le mostraban como un auténtico invertido. Persiguió con sadismo e hizo mucho daño a cuantos compatriotas no quisieron seguir su apostolado antifascista. Será difícil que sus ojos vuelvan a contemplar el radiante cielo de España ni el luminoso verde-azul mediterráneo, porque su traición le ha cerrado las puertas a la patria (1958: 326).

El capítulo novelístico del Gulag español durante el franquismo tiene dos ejemplos interesantes y que reflejan el tiempo que no aparece en la literatura testimonial: la vida después del campo para el ex-prisionero y sus familiares. Ambas novelas, *La muerte está en el camino*, de José Luis Martín Vigil y *El desconocido*, de Carmen Kurtz, fueron publicadas en 1956, de manera inmediata a la vuelta de los españoles de Rusia. Aprovechaban así el repunte experimentado por el tema divisionario en las letras españolas y, especialmente, el auge de los textos que trataban la estancia en los campos de trabajo. A diferencia de las memorias señaladas arriba, ninguno de los dos fue prisionero –aunque Carmen Kurtz experimentó la vida concentracionaria a través de su marido, retenido en un campo de concentración durante la II Guerra Mundial–, por lo que sus textos pertenecen al puro ámbito de la ficción²⁶⁰. Además, en la línea de la historia de la División Azul vienen a completar el tiempo que podría denominarse como “el después”, es decir, cómo se adaptaron los españoles a la realidad de la patria idealizada durante el cautiverio. El argumento del regreso aparece, en un principio, en ambos textos: en la novela de José Luis Martín Vigil su protagonista, Jorge se evade del campo con un alemán antes de la liberación de los españoles. Se encontraba entre los antiguos nazis ya que había sido capturado con otros miembros de la *Wehrmacht* en la que estaba integrado, dentro de la división 129, para tomar experiencia mientras la División estaba en retaguardia. Al regresar a España descubre que su mujer, con quien esperaba encontrarse,

²⁶⁰ Valentí Puig así lo ha señalado: “Nació en Barcelona en 1911. Se llamaba Carmen de Rafael Marés. Su padre había nacido en La Habana; su madre, en Baltimore. Estudió en el Reino Unido y vivió en Francia de 1935 hasta 1943. Su marido, Pedro Kurtz, pasó dos años en un campo de concentración nazi. Luego regresaron a Barcelona. A los 44 años publicó la novela *Duermen bajo las aguas* –premio Ciudad de Barcelona–, que cuenta los años azarosos pasados en la Francia ocupada (1999).

ha fallecido pero que le ha dejado un hijo. Este vástago, que ha mitificado al padre durante la ausencia, en realidad no es suyo, sino que es fruto de la relación de su disoluto hermano menor con una mujer en sus tiempos de estudiante. La esposa del protagonista, para evitar la vergüenza familiar, había tomado al pequeño como propio. Así, la vuelta del antiguo combatiente se ve enturbiada por las complicadas circunstancias familiares que le rodean y que en nada se parecen a la plácida vida que él había imaginado. En el texto de Carmen Kurtz los problemas también se encuentran en el ámbito familiar cuando Antonio, antiguo miembro de la División Azul, regresa en el *Semíramis* y se encuentra con Dominica, su esposa, que le ha llorado como viuda, ha permanecido junto a su familia política y ha recuperado la esperanza al conocer su supervivencia. Pero se trata de un anhelo vacío ya que, cuando el matrimonio se establece de nuevo, la relación ha perdido el interés para ambos personajes y “Antonio sigue siendo un «desconocido» al final de la obra” (Bertrand de Muñoz, 2001: 136). Lo novedoso de esta novela, sobre todo por inédita, es la perspectiva que ofrece la autora de las tribulaciones de la mujer ante la situación de rechazo. Ella se convierte en el centro del relato y, a través de la introspección psicológica de los dos miembros del matrimonio, se pone en relieve la problemática a la que tuvieron que enfrentarse aquellas parejas que se reencontraron tras permanecer separados más de una década. En la dualidad de la novela como una de sus principales características ha insistido Roberta Dee Gordenstein:

The use of shifting points of view enables the reader to enter into the psychology of each character and see the irony of opposing opinions regarding the same events (...) Additionally, the use of multiple perspectives enables the reader to know the protagonists through their own words and thoughts rather than through the interpretations of other characters (1996: 73).

Aunque en ambas novelas pueden detectarse interesantes debates acerca de la vida post-Gulag, se hace necesario realizar un especial acercamiento a la escrita por Carmen Kurtz. La autora, que ha sido alabada en los últimos años por parte de la crítica literaria feminista, propone un nuevo prisma para narrar la experiencia española del Gulag y, sin la cual, esta quedaría incompleta. Se pregunta qué ocurrió con aquellas que no fueron protagonistas de tan terrible experiencia, que no fueron recibidas entre vítores cuando el *Semíramis* atracó en el puerto de Barcelona: es decir, se encarga de relatar la vida de las que esperaron el imposible regreso de un marido al que creían muerto y que, en algunos casos, retornó como un auténtico desconocido. Como ha señalado la escritora Elena Soriano, se trata de una novela en la que se “analiza la profunda sima abierta por la

distancia material y espiritual entre hombre y mujer” (1993: 289). Se aprecia que, además de una novela acerca de la División Azul y del drama del campo soviético, se trata de un texto que aborda otros temas y que utiliza el contexto divisionario como tema actual y por la perfecta adecuación a la verdadera intención de la autora de mostrar el papel de la mujer, orillada a un segundo plano en la vida familiar y la toma de decisiones. Esta idea, que se anota ya desde el prólogo, conforma “una novela de gran modernidad, con una estructura muy racional, muy estudiada, con un armazón narrativo perfecto” (Moix, 1999: 14) y que podría conducir al clásico tema homérico de la espera, por parte de la mujer, del hombre que ha marchado a la guerra²⁶¹. Esta idea, que se incrementa al enfrentarse el lector a la obra, ya que al inicio de cada uno de sus capítulos se encuentran exordios de la *Odisea*, no es precisamente el tema de la novela, tal y como ha señalado Assumpta Roura: “Carmen Kurtz nos pone una trampa: la de hacernos creer que vamos a seguir los pasos de una Penélope contemporánea tejiendo y destejiendo anhelos mientras espera el regreso del amado. Nada más lejos a este propósito” (1999: 17-18). En ella se comprueba la diferencia entre la idea del marido ausente y la realidad del esposo presente. Mientras Dominica ha creído que Antonio estaba muerto, y finalmente cautivo, su amor hacia él ha sido el mismo. En cambio, cuando por fin se cumple el deseo del regreso, se aprecia cómo los sentimientos de Dominica se han evaporado. Aquí, el hombre no es presentado bajo el prototipo del héroe al que acostumbra el relato divisionario del Gulag, sino que es rechazado, aunque sea interiormente, por su mujer. Ella, mientras ha podido, ha cumplido con el papel de la “novia eterna”, pero con el ex-divisionario delante esto no es ya posible²⁶². Esta escena, además, sirve para contemplar cómo el personaje de Antonio se

²⁶¹ Así lo señalaba José María Gironella en el preámbulo que acompañaba a la obra: “Carmen Kurtz ha escrito una novela en la que el protagonista, ¡por fin!, no es el tonto del pueblo, ni un guardia civil, ni un pleito rural, ni una mentalidad asesina o erótica; se trata, llanamente, del drama de los prisioneros que retornan y de los seres amantes que los han esperado. El relato ahonda de preferencia en el proceso interior de estos últimos, lo cual constituye, a mi entender, la mayor aportación que la autora efectúa a lo largo de su libro, tan apretado, de tan correcta construcción” (1986: 8-9).

²⁶² El papel de la mujer que espera, que había sido tratado de manera somera por autores como Jaime Farré Albiñana, que presentó en su texto a una madrina de guerra infantilizada, es tratado de manera sutil y con precisión por Kurtz. En cierto modo, y con la distancia debida, puede identificarse con el modelo de mujer que, posteriormente, ha tratado Carmen Martín Gaité para las mujeres solteras en los primeros años del franquismo, si se reinterpreta y adapta a la específica situación de la protagonista. La autora ha distinguido tres tipos de mujer para las que no pasaron por la vicaría durante la dictadura: aquella que pasaría a formar parte del Clero; aquella que no encontraría un marido, ya fuera por su negativa constante o por no someterse a la falocracia dictatorial, es decir, por querer conservar su independencia; y, por último, distingue a aquellas mujeres que permanecían solteras –dentro de las que fueron fieles a los sublevados– durante toda su vida porque su pretendiente había muerto en la Guerra. La novia, en ese momento, decidía que ese era el amor que la vida tenía para ella preparado y que, tras la eliminación del hombre, su camino en estas lides estaba agotado. Con el juramento de fidelidad perpetua, la mujer ganaba automáticamente el respeto de quienes la rodeaban: “Existía, sin embargo, dentro del género una modalidad que constituía excepción y era considerada con piadoso respeto: la de la señorita a quien le habían matado el novio en la guerra y había

niega a narrar los horrores del campo, problema que no tuvieron los divisionarios en los relatos testimoniales:

Le dolía el silencio de Antonio. Hubiera preferido una protesta, algo, una explicación que llegara a convencerla. Preguntas. Poco a poco se iría desenredando la madeja. Porque ella ya no comprendía nada. No podía ser. No quería que fuera. Era imposible que, después de haber estado esperando a un hombre durante más de doce años, después de haber amado la memoria, una fotografía, gestos, palabras que guardaban sonido y acento, ahora, cuando el hombre estaba de regreso, presente, ella no le amara (1986: 161).

La ruptura entre ambos es efectiva en todos los ámbitos de la vida conyugal excepto en el que debería producirse entre dos personas que, unidas anteriormente, son presentadas como dos extraños tras la vuelta del marido. Como ha señalado Lucía Gurruchaga Montejo, en el campo de la intimidad más estricta del matrimonio puede observarse cómo ella ha pasado su lealtad al cautivo al rechazo de su cuerpo. Para la autora, aunque Dominica “se ha impuesto el cumplimiento de los valores sociales de fidelidad a su esposo durante tan larga ausencia, ahora se resiste a desempeñar sus *deberes* de esposa especialmente en el terreno sexual”, un hecho que no podrá eludir ya que “se plegará a la autoridad dominante, al sistema de valores patriarcal” (2013: 161-162). Así se ve en un fragmento en el que, a través de un monólogo interior de la esposa puede observarse cómo la introspección psicológica de los personajes es uno de los puntos fuertes de la misma:

Los labios de Antonio se posaron sobre su mano. Ascendieron por el brazo. Buscaban su boca. Hubiera querido decirle: “Déjame. No me obligues. Ése ha sido tu gran error. Yo no estaba preparada, ¿comprendes?, es decir: estaba aguardando al otro, al que se fue. No al desconocido. Un hombre viene después de una larga ausencia y, al mismo tiempo que de su casa, toma posesión de su mujer. Pero una mujer no es de piedra, Antonio. Esa mujer ha pensado años y años, y en el transcurso de ellos ha ido desenfocando sus pensamientos. No es tan fácil como tú crees. Antes de poseer mi cuerpo hubieras tenido que reconquistar los años perdidos. No sé cómo explicártelo. Tú mismo dices que nada puede ser como antes. Entonces hubieras tenido que empezar otra vez por el principio. Ganarme en tu nueva forma. Lo malo ha sido eso: tomar posesión de una mujer como si esa mujer, por el único hecho

decidido no volver a tener ninguno. Lo había jurado entre lágrimas, releyendo sus cartas y mirando su retrato, que solía tener enmarcado sobre la mesilla de noche. Fuera cual fuera el grado de convicción con que formulara aquel voto, el mero hecho de hacerlo no sólo la ponía al abrigo de todo escarnio, sino que la ascendía al rango de heroína” (1994: 43).

de pertenecerte, hubiera permanecido inmóvil como las piedras de tu casa” (1986: 167-168).

Sirven estas palabras de Dominica para contemplar su posición dentro del relato en el que la mujer se ve obligada a consentir a los requerimientos del hombre. Así se expresa en la novela cuando se lee que era “ella la que debía ceder (...) la que (a los ojos de todos) no había sufrido” quien “debía ayudar a quien durante años y años no hizo más que luchar contra el sufrimiento” (1986: 212). Todas las desgracias se atribuyen al hombre y ella, daño colateral de la experiencia divisionaria, no cuenta para ninguno de los lamentos de las personas de su alrededor. Las palabras de Carmen Kurtz van más allá y comparan la situación del padecer individual de ambos en el que la mujer es quien debe sacrificar sus intereses en beneficio del hombre, una situación que sirve para el caso divisionario y para cualquier ámbito de la vida familiar durante el franquismo: “Es decir: en los casos de diferencia, la mujer estaba supeditada al hombre. Siempre ante él, en estado de inferioridad. Si él quería, ella debía estar presta y mostrarse complacida. Si él no quería, ella debía acallar su cuerpo, olvidarse de su juventud, secarse lentamente y pedir a los años un poco de sosiego” (1986: 227). Pero la imposibilidad por parte de Dominica de saciar sus deseos en un intento de suicidio. Aunque Antonio evita tan trágico desenlace y consigue, al final de la novela, abrir una puerta a la esperanza de la reconciliación, puede apreciarse cómo este acto de su mujer es el efecto de su marcha al frente del Este y los años en el Gulag. Se ha insistido en cómo Carmen Kurtz consigue cambiar el paradigma e invertir la tendencia del héroe regresado por la de los problemas que traía consigo del campo. Pero, con este penúltimo acontecimiento se descubre cómo no todas las obras del campo están obligadas a finalizar de manera satisfactoria. Siempre cabe la posibilidad de que el retorno signifique la sucesión de una serie de desgracias. El padre de Antonio había adivinado que esto ocurriría, y así se lo hace saber a su hijo:

Me lo figuraba, Antonio. No quise hablarte. Lo sucedido no puede juzgarse, pues resulta imposible juzgar la sinrazón misteriosa que de dos seres unidos legalmente hace dos adversarios, dos enemigos, dos desconocidos. Ni yo ni nadie puede condenar a Dominica. Ella quiso desaparecer y no lo ha logrado. Luchó tanto, que se agotó en la lucha. Seguramente lo mejor de ella, estaba aniquilado cuando cometió el acto. Compréndela. No tenía dónde refugiarse. Ningún reproche podía dirigirte. Volvías, volviste a casa aureolado con tu nueva personalidad de héroe, de mártir. Y ella, ellas, Antonio, no desean ser esposas de héroes. Dominica amó al hombre que eras, no al que ha vuelto (1986: 297).

Y se ha visto cómo, a través de la figura de Antonio, el *desconocido* para Dominica, Carmen Kurtz consigue reconfigurar el relato de la División Azul con tintes sociales que marcan el papel al que fue relegada la mujer durante la dictadura. El uso del tema divisionario con estas pretensiones ha provocado que el otro ejemplo novelístico del Gulag, el aportado por José Luis Martín Vigil, quede relegado a un segundo plano. A pesar del protagonismo del texto de la autora, *La muerte está en el camino* ofrece una interesante reflexión acerca del papel que jugaron los *guripas* que regresaron del cautiverio soviético. Igual que habían sido olvidados, fueron rápidamente promocionados con la consabida intencionalidad política y, con la misma celeridad, olvidados cuando a la dictadura les resultó incómoda su presencia de cara al exterior. El uso del dolor con tintes puramente comerciales es denunciado por el protagonista de la novela de Martín Vigil y no deja de ser un interesante punto final metaliterario que, curiosamente, viaja en contra del tema al que dedicó su obra este autor. Cuando un editor se acerca a pedirle que publique sus memorias del campo, él dice lo siguiente:

¿Qué le importaba al mundo del afecto de Hans, la fraternidad de los camaradas, la cadena de los pequeños y grandes sacrificios mutuos? No quería yo profanar tan entrañable intimidad vendiéndola por dinero o entregándola a la voraz curiosidad del público. Este pensamiento había constituido uno de mis ejes de conducta tras la vuelta, y nada me aconsejaba mudar de postura. Pero aquel hombre no debió de entender lo categórico de mi negativa, pues insistió oficioso (1965: 272).

6. LA DIVISIÓN AZUL EN LA NARRATIVA ACTUAL

6.1. LA PERVIVENCIA DEL DISCURSO DIVISIONARIO

El regreso de la División Azul en dos etapas –el frente del Este y el Gulag– permitió durante el franquismo la aparición de memorias y novelas sobre el tema. Hasta 1975 la diferenciación entre ambas formas literarias para el subgénero se hacía prácticamente inútil ya que quienes fueron a Rusia y optaron por la ficción lo hicieron en base a su experiencia. Y aunque es cierto que se han explicado varios casos de novelistas que tomaron a los voluntarios como tema de sus textos sin haber participado en la contienda, estos se vieron envueltos en el contexto divisionario de tal manera que sus escritos vinieron a complementar la percepción que del grupo se tenía en aquel periodo.

La muerte de Francisco Franco no se tradujo en la defunción literaria de quienes lucharon en la Unión Soviética. Atestiguan esta afirmación al menos media centena de testimonios que han aparecido desde 1976 hasta 2016. La publicación, durante estos cuarenta años, de memorias o biografías noveladas responde a la clásica necesidad del grupo de no ser olvidados. Este discurso se inserta dentro de lo que páginas más arriba se ha denominado como *la otra memoria*. La aparición de testimonios de víctimas del franquismo en los últimos años ha dado lugar a que los vencedores de la Guerra Civil reclamen su lugar en el discurso de la memoria. La División Azul se ha convertido así en un arma más para los nostálgicos y partidistas del franquismo en la actualidad. La aparición de estos libros en editoriales concretas es un fenómeno paralelo al que se dio en la etapa anterior gracias a la labor de empresas del libro ligadas a la extrema derecha como Luis de Caralt y Acervo (Núñez Seixas, 2005a: 86). Y se trata, en efecto, caso descrito para explicar la historiografía prodivisionaria de los últimos años. A las ya conocidas Actas y García Hispán se unen la Fundación de la División Azul en conjunto con la Fundación Don Rodrigo, Fuerza Nueva, Galland Books o San Martín²⁶³.

²⁶³ Estas editoriales nombradas son afines a grupos que no tienen ningún reparo en remitir y promocionar el fascismo en España. La Fundación Don Rodrigo es responsable, entre otros eventos, de la Feria *No Sólo Militar* de coleccionismo militar. En ella se exhiben símbolos nazis y falangistas y participan empresas como “Bazar Patria Madrid”, empresa que oferta banderas y camisetas de tal índole ideológica, noticia que no ha pasado desapercibida para los medios de información (Barroso, 2013). Fuerza Nueva, el conocido partido de extrema derecha que fundara el franquista Blas Piñar, edita libros y una revista de contenido similar al promovido por el partido (<<http://www.fuerzanueva.com/>> en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016). La consulta al catálogo de las dos editoriales restantes (<<http://www.gallandbooks.com/IMAGES/catalogoweb.pdf>> y <<http://www3.uah.es/jmc/sanmartin.PDF>> en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016) dan una idea del corte ideológico de estos libros. Por último, cabe señalar cómo algunas de las obras “clásicas” de la División Azul se han reeditado en los últimos años: *Yo, muerto en Rusia* (San Martín, 2003); *Ida y vuelta* (Actas, 2004); *Donde Asia empieza* (Sieghels, 2008);

La recuperación de memorias de ex-combatientes y el uso de las vivencias de estos hombres para la construcción de novelas es un fenómeno que se ha extendido en los últimos años. Su publicación durante el periodo democrático, al igual que sucedió durante la dictadura, ha vivido momentos de mayor y menor intensidad según se han desarrollado los acontecimientos históricos en España. El paso a la monarquía parlamentaria y los cambios que conllevó exigían que el franquismo fuera enterrado y arrastrara con él todo lo que provocó. Pero la libre circulación de la nostalgia dictatorial y el interés por la experiencia de los voluntarios han permitido que esta encuentre su lugar en el panorama narrativo español. Como ha podido observarse, el tema tuvo también su particular *transición*: las publicaciones *Camaradas 74* (Tomás Salvador, 1975), *Berlín, a vida o muerte* (Miguel Ezquerro, 1975) y *Los cuadernos de Rusia* (Dionisio Ridruejo, 1978), por ofrecer nuevas perspectivas los dos primeros y por convertirse en la referencia de este grupo el último, construyen el puente por el que camina la División hacia los nuevos tiempos. El concepto de subgénero, abordado durante el franquismo y adecuado para esos años, se transforma por el de temática divisionaria para explicar su presencia en la actualidad. La motivación para escribir sobre la División Azul no se ha perdido pero se ha convertido en una línea argumental que, en la mayoría de las ocasiones, viene acompañada de la Guerra Civil –que sí se ha convertido con todo derecho en un subgénero o, como la ha denominado David Becerra Mayor, en una “moda literaria” (2015)– o de los años posteriores al regreso de la Unión Soviética

Aunque las memorias y novelas divisionarias del franquismo exigían realizar una presentación cronológica de las mismas, el periodo actual, por el análisis propuesto más abajo, se comprenderá mejor si se sigue un criterio temático. Así, el tema se fragmenta en dos grandes bloques: las memorias –y algunas novelas– *del pasado* y la narrativa divisionaria actual. En el primer grupo, especialmente abundante y que es motivo de estudio de este subapartado, se combinan títulos escritos por autores que ya dejaron algunos textos en el periodo anterior como por nombres nuevos. Uno de los casos más destacados es el de Fernando Vadillo, que prosiguió con su proyecto de novelar la historia completa de la División Azul y ofreció la segunda trilogía en la que narra, respectivamente, la Legión Azul en *Balada final de la División Azul: los legionarios*

Embajador en el infierno (Sieghels, 2014); *Rusia no es cuestión de un día* y *Berlín, a vida o muerte* (ambos en Sieghels, 2015). Como puede apreciarse, varios de ellos pertenecen a la editorial argentina Sieghels. La revisión de su catálogo ofrece una clara perspectiva de las tendencias revisionistas y nacionalsocialistas a las que dedica sus publicaciones: <<http://www.libreria-argentina.com.ar/sieghels.htm>> (en línea; fecha de consulta: 6 de julio de 2016).

(1984), la batalla de Berlín en *Los irreductibles* (1993), y la estancia en el Gulag en *Los prisioneros* (1996). Rodrigo Royo, que había escrito *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (1944) y *El sol y la nieve* (1956), publicó *El sepulturero* (1976), “sobre el final del franquismo y la resistencia *bunkeriana* a su desaparición” (Rodríguez Puértolas, 2008: 1045). En ella, el protagonista, repasa sus vivencias con la nostalgia del tiempo dictatorial –añoranza que le lleva a creer, en última instancia, que él es el propio Francisco Franco–. Al igual que Royo, del que cabe recordar que pasada la II Guerra Mundial aún confiaba en los postulados del hitlerismo, el personaje formó parte de la División Azul. Más allá del relato de los hechos, que el autor había dejado por escrito en dos de sus novelas anteriores, llega el momento de la reflexión final acerca del significado y la utilidad de la unidad militar:

La División Azul en Rusia fue una unidad notable en muchos aspectos (...) Respecto a lo que fueron a hacer allí, hay opiniones para todos los gustos, pero ninguna convincente, a pesar de los treinta libros que los propios supervivientes escribieron más tarde relatando su hazaña. Lo más probable es que la verdadera razón fuese la siguiente: que Franco, que estaba muy comprometido con Hitler y no quería meter a España en la guerra mundial, le ofreció el tributo de aquellos veinte mil muchachos para aplacar sus iras, como una especie de antigua ofrenda u holocausto.

Posteriormente los hechos demostraron que el sacrificio de la División Azul fue inútil, pues no influyó lo más mínimo en el desarrollo de los hechos históricos, y resultó también inútil en el plano del remache ideológico que los supervivientes quisieron dar a su andadura bélica.

La gesta de la División Azul se inserta más en la soleada y lírica ladera de la poesía y el quijotismo que en el tablero de la estrategia y la política. La mayoría de sus gestos y de sus sacrificios fueron tan hermosos como inoperantes en el terreno práctico. Pero a los que participaron en aquella aventura, así como a los que seguían con orgullo desde España sus fabulosos episodios, les bastaba con que Hitler hubiese dicho en su mensaje del primero de enero de 1942 a la población alemana: “Cuando veais [sic] por la calle a un soldado de pequeña estatura, de cabello oscuro y atuendo desaliñado, con el gorro ladeado, la guerrera desabrochada, las manos en los bolsillos y la colilla en la boca, saludadlo con admiración y respeto: es un héroe español de la División Azul.” Con eso se sentían pagados (1976: 82-83).

A estos dos ex-combatientes se unieron, además del conocido caso póstumo de Dionisio Ridruejo, los siguientes libros de sus camaradas: *Fui soldado en cuatro guerras* (Adro Xavier, 1976); *Heroísmo español en Rusia 1941-1945* (Roque Serna Martínez, 1981); *Tres días de guerra y otros relatos de la División Azul y Zapadores en Krasny*

*Bor*²⁶⁴ (Joaquín Miralles Guill, 1981 y ¿1989?); *Aguas frías del Wolchow, Otra vez en Grafenwöhr y Un rayo de luz y esperanza* (Pablo Castelo Villaoz, 1984, 1991 y 1992); *¿Por qué? y ¿para qué?* (José Cogollos Vicens, 1984); *Como el vuelo de un pájaro* (Carlos Pinilla Turiño, 1987); *Vivencia y recuerdos: Rusia 1941-1943* (Ramón Pérez Caballero, 1986); *4.045 días cautivo en Rusia, 1943-54: memorias* (Joaquín Poquet Guardiola, 1987); *Mi suerte dijo sí: evocación autobiográfica de Guerra y Paz (1918-1936-1945)* (Manuel Iglesias-Sarria y Puga, 1987); *Prólogo al tema amistad* (Carlos Urgoiti y Bas, 1987); *Aquella Rusia* (Juan Salas Íñigo, 1988); *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler* (José María Sánchez Diana, 1990); *Las «batallitas» de mi abuelo* (Miguel Martínez-Mena, 1991); *Diario de una aventura (con la División Azul 1941-1942)* (José Manuel Castañón, 1991); *Generación Puente* (Manuel Álvarez de Sotomayor Gil de Montes, 1991); *Impresiones: centinela junto al Ilmen* (Ramón Farré Palaus, 1991); *Legionario en Rusia* (Rafael Castaño Doña, 1991); *Crónicas de la División Azul* (Javier Sánchez Carrilero, 1992); *Arde la nieve y Rusia no es culpable. Historia de la División Azul* (Enrique de la Vega Viguera, 1998 y 1999) *Más que unas memorias. Hasta Leningrado con la División Azul* (Vicente Linares, 2000); *Diario de un antitanquista en la División Azul* (Juan Chicharro Lamamié de Clairac, 2001); *Recuerdos de la División Azul. Fui guerrillero (1941-1943)* (Laurentino Fernández Blanco, 2001); *Soldado de poca fortuna* (Jesús Martínez Tessier, Jorge. M. Reverte y Javier Reverte, 2001); *Esclavos de Stalin: el combate final de la División Azul* (Ángel Salamanca Salamanca y Francisco Torres García, 2002); *Framan (de Serrablo a Leningrado)* (Eduardo Sánchez Salcedo, 2002); *Bajo 6 banderas con la muerte en los talones. Año 1936 a Diciembre de 1943* (José Meliá Vila, 2003); *Artillería en la División Azul (Krasny Bor)* (Antonio de Andrés y Andrés, 2004); *Soldado en tres guerras: Campaña de África, Guerra Civil, La División Azul en Rusia* (Alfredo Bellod Gómez, 2004); *La suerte del otro: de la División Azul en Rusia al campo nazi de Dachau* (Rafael Pañeda Reinlein, 2005); *Un año en la División Azul* (Serafín Pardo Martínez, 2005); *Mejor no haber nacido* (Rafael Roquer Crespo, 2009); *El último divisionario en Possad. Batallón de transmisiones en la División Azul* (Dionisio García Izquierdo-Sánchez, 2009); *Alas de águila: la División Azul en Rusia* (Juan José Sanz Jarque, 2010); *En Rusia con la División Azul* (Ramón Cela, 2010); *Memorias de un soldado de la División Azul* (José María Blanch Sabench, 2010); *Semíramis, regresamos* (Julio Jiménez Gómez, 2010); *Yo fui legionario de Europa:*

²⁶⁴ Reeditados los dos en *Zapadores en Krasny Bor: tres días de guerra y otros relatos de la División Azul* (2014).

diario de guerra de José Santiago Muñoz César, voluntario de la División Azul (Cruz de Hierro individual) (José Santiago Muñoz César, 2011); *Los zapadores de la División Azul. Rusia 1941-1942* (Guillermo Díaz del Río Jáudenes, 2011); *El missatger del fred: la desaparició d'Hernan Gurguí, desertor de la División Azul* (en catalán; Xavier Juncosa i Gurguí, 2012); *Diario de Guillermo en Rusia, 1942* (Guillermo Hernanz Blanco, 2013); *Diario de la División Azul: un músico en el frente ruso* (Joaquín Ros Cabo, 2013); *Ideals i desengany: cartes des de Rússia a un germà (1941-1942)* (en catalán; Montserrat Torra Puigdemívol, 2013); *Y mañana saldrá el sol* (José Antonio de la Iglesia, 2013); *De Rusia a España. La Odisea de Un Voluntario de La División Azul* (Antonio Palma Gallardo, 2015); *L'edat dels homes* (en catalán; Héctor López Bofill, 2015); *Salió otro caballo, Bermejo* (Antonio Chacón Velasco, 2015); *Todos naufragos* (Ramón Lobo, 2015).

El listado de estos “escritores de trincheras” arroja un total de cincuenta títulos para los últimos cuarenta y un años. El patrón que siguen, como se ha indicado, es idéntico al de sus predecesores en durante el periodo franquista, es decir, la puesta en práctica de la rememoración de la campaña del Este, con sus habituales escenarios y, no siempre pero con frecuencia, el alejamiento de los crímenes cometidos por sus camaradas nacionalsocialistas. Entre los libros que forman el grueso de esta selección se pueden encontrar dos tipologías diferentes: las memorias redactadas por el ex-combatiente y las memorias y novelas biográficas escritas a dos manos por el antiguo voluntario y un familiar cercano –normalmente el hijo– basadas en los cuadernos de guerra y el relato oral del que luchó en Rusia. Sobre esta escritura conjunta, sugerente es lo que relata José Linares, cuyo padre formó parte de la *Blaue*. En su texto da la voz e incluso la autoría a su protagonista, a pesar de haber escrito el relato a través de las entrevistas que con él mantuvo. Como señala, de pequeño, su padre se negaba a hablar acerca de la División Azul, algo que su hermano y él no entendían ya que “[teníamos] un padre «héroe» y desconocíamos lo que vivió en Rusia; esto alimentaba nuestras fantasías infantiles” (2000: 9). También se da el caso de quienes escriben, en sintonía con *la otra memoria*, como respuesta a la apertura del campo memorístico a todas las voces. Así lo observa José Antonio de la Iglesia, hijo de un veterano de la Guerra Civil en el bando sublevado y posterior divisionario, a la hora de presentar su novela:

Ésta [sic] es, en fin, una historia de tiempos difíciles, relatada por uno de sus protagonistas, bajo su propia forma de entender y comprender los hechos, y expuesta por el autor sin entrar a valorar si esa forma de ver, entender, o comprender, es o no es de acuerdo a los cánones vigentes hoy como correctos.

Cada tiempo histórico tiene sus normas y cánones, y sus gentes se rigieron y fueron regidos por y bajo ellos, como no podría ser de otra forma. Es del todo absurdo y rayante [sic] en la falta de ética histórica, el intentar justificar o descalificar las ideas o los hechos humanos sucedidos en uno de esos tiempos pasados; bajo los cánones o normas que rijan, o puedan llegar a regir la moral, las ideas y el comportamiento de los hombres en tiempos posteriores (2013: 13-14).

Caso especial es el del voluntario Jesús Martínez Tessier, padre de los escritores Jorge M. Reverte –autor de una historia de la División Azul– y Javier Reverte. Antes de su muerte, sus vástagos le pidieron que relatara sus vivencias como combatiente en la Guerra Civil y en la II Guerra Mundial, que se pueden resumir como la pertenencia, en ambos casos, al bando equivocado: durante la contienda fratricida luchó en una brigada comandada por El Campesino –a pesar de que se sentía identificado con los postulados rebeldes–, pasó por el campo de concentración de Miranda de Ebro y, en 1941, se encontró entre los que partían a la Unión Soviética (Martínez Tessier, Reverte y Reverte, 2001: 11). El relato no se encuadra dentro de la añoranza reclamada por quienes hicieron la guerra en Rusia con el ansia de vencer al comunismo ni de quien maldice su paso por la División Española de Voluntarios desde una perspectiva republicana. Es la de quien lucha siempre en el lado equivocado –el de los perdedores– y debe remar a contracorriente de las circunstancias. Su enrolamiento se debió, curiosamente, a su circunstancia laboral: era taquígrafo del periódico *Arriba* y, como la totalidad de la redacción, se apuntó a la División, a pesar de que posteriormente la mayoría de sus miembros encontraron diversas excusas para eludir su compromiso y permanecer en Madrid. El texto no toma tampoco un carácter antibélico estrictamente remarquiano sino que, en más de una ocasión se sirve del humor como vía de escape ante la dramática situación de la guerra. En ese tono, las palabras que dedica a su aventura divisionaria, que se concentran en el tiempo que transcurre desde su inscripción hasta la entrada en el combate, pueden leerse divertidas afirmaciones como la descripción de Agustín Aznar y Dionisio Ridruejo en el momento que los alemanes, en Hendaya, les obligan a desnudarse para pasar por las duchas: “¡qué culos tan diferentes! El de Dionisio, escueto, casi huesudo de color grisáceo, sintético, castellano; el de Aznar, enorme, color de rosa, rotundo, redondo y con michelines” (2001: 180). Pero, más allá de la hilarante escena, que con otras se repite –el dramatismo queda en segundo plano a lo largo de la historia–, el valor de texto reside, principalmente y para el prisma que aquí se señala, en los dos últimos capítulos. En ellos, los dos hijos literatos de Jesús Martínez Tessier escriben sus impresiones acerca de su padre, a quien presentan

como un ciudadano más, producto de la época que se vio obligado a vivir. Jorge M. Reverte se pregunta por qué su padre combatió junto a los terribles nazis:

Le pido aclaración sobre lo de los alemanes con los prisioneros, y la pesadumbre acude a su rostro. Los alemanes mataban sin piedad a los judíos y a los prisioneros rusos. Los españoles daban de comer a los judíos en Polonia y a los prisioneros rusos que podían emboscar. A los catorce años ya comienza cualquiera a preguntarse cómo es posible que se combatiera al lado de semejante caterva de asesinos. Supongo que mi padre se lo pregunta también, pero no tiene ninguna respuesta que darse ni darme, porque lo único que dice es que fueron allí a combatir al comunismo (2001: 234).

En cambio, Javier Reverte da un salto en el tiempo y recurre a la actitud del padre ante las primeras elecciones tras la muerte de Franco. Como se ha señalado, Jesús Martínez Tessier simpatizaba gradualmente con los sublevados y esto, que en cualquier otro caso podría haber supuesto un rechazo a la naciente democracia, en él le lleva no solo a participar en las urnas, sino a votar de una manera muy determinada más allá de sus ideales políticos:

Todos los hijos le salimos de izquierdas. Y él se lo tomó con humor, porque no creía ni en la derecha ni en la izquierda. En las primeras elecciones democráticas del 77, votó una lista de extrema izquierda, porque Jorge formaba parte de la lista como candidato imposible. En las segundas, votó al Partido Comunista, porque yo era miembro del partido y, según me dijo, “ahora te toca a ti”. Eso nos dijo, al menos. Después, votó a Miguel Roca y debió de ser el único voto que Roca sacó en Madrid (2001: 287-288).

6.2. NUEVAS FORMAS EN LA NOVELA DE LA DIVISIÓN AZUL

Algunas de las etapas más representativas del siglo XX español, como la II República, la Guerra Civil, el franquismo o la transición a la democracia, han sido materia literaria y motivo de estudio en los últimos años, por lo que no es de extrañar que autores como Fernando Larraz Elorriaga hablen del “boom de la memoria histórica” (2014a: 349). Pero la narrativa del periodo 1939-1975 no fue indemne a la hora de plasmar el pasado reciente: el advenimiento del tiempo republicano y la lucha entre hermanos fueron temas recurrentes hasta la muerte del tirano desde una perspectiva que favorecía a los vencedores en el interior y que luchaba contra el olvido del exilio en el exterior. En las páginas anteriores se ha observado cómo, para los escritores favorables a los sublevados, no todos los escenarios en los que se combatía al enemigo comunista se limitaban a las fronteras del país ni al tiempo cronológico comprendido en la década de 1930. El grupo de soldados de la División Española de Voluntarios que regresó tras la funesta experiencia en el frente oriental y escribió sobre ella lo hizo encorsetado a una serie de parámetros presentes en cada uno de sus libros. La muerte de Franco, la llegada de la monarquía parlamentaria y el final de la censura institucional abrieron el camino a la reinterpretación de todos aquellos temas que durante la dictadura solo se enfocaron desde la única óptica permitida.

Al igual que en los últimos años se ha otorgado a la víctima en el relato el protagonismo que le fue negado durante la dictadura, el divisionario ha dejado de ser el héroe indiscutible para convertirse en un ciudadano más dentro de su contexto concreto. Esto ha posibilitado que, dentro de las narraciones, aparezcan soldados que no se marcharon convencidos por la ideología fascista. Así, no es raro que aparezcan como personajes principales antiguos combatientes republicanos o españoles que encuentran en la unidad militar una vía de escape ante un problema personal. Este cambio de paradigma es el punto más interesante a la hora de estudiar las nuevas representaciones de la División Azul. Pero existen, además, cuatro motivos para que los novelistas se acerquen al tema: en primer lugar, la aventura de aquellos jóvenes que marcharon al otro extremo de Europa a batirse a tiros en una guerra que, en un principio, poco tenía que ver con ellos, se convierte en un tema atractivo para los escritores y los lectores. Si el tratamiento anterior

que había tenido Rusia en la novelística española era el del propio infierno promovido por la dictadura, actualmente la tendencia se revierte y se produce un regreso al exotismo asociado, más que al país como sucedía en los siglos XVIII y XIX, a la extravagancia de los combatientes. Así lo ha afirmado Xosé Manoel Núñez Seixas, quien ha señalado además la pervivencia de la División Azul como tema común:

Numerosos han sido, son y serán los libros que, al menos en el mercado editorial español, se han ocupado y se ocuparán de la División Azul. Es un tema, *a priori*, atractivo por exótico, por su marchamo de aventura, de europeos meridionales y más o menos *carpetovetónicos* perdidos en la inmensidad de un paisaje helado, por el cúmulo de experiencias (el viaje, el contacto con el ejército alemán, la lucha en el lejano frente, el retorno) que llevaba acumuladas, y por la impronta, difusa pero cierta, de la experiencia divisionaria en la sociedad española de posguerra. ¿Quién no sabe de alguien cuyo padre, tío o abuelo estuvo en la División Azul? ¿Quién no conoció a un bedel de instituto, un maestro de escuela, un guardia civil o un periodista que también pasó por el frente ruso? ¿Quién no se acuerda de una calle dedicada a la División Azul o a alguno de sus caídos? ¿Quién no ha oído hablar, en definitiva, de la División Azul? (2016: 13).

En segundo lugar, aunque la División Española de Voluntarios se asocia de manera directa con la Unión Soviética, la diversidad de espacios recorridos por los soldados durante la II Guerra Mundial permite adentrarse en la situación del resto de escenarios presentes en el frente oriental. El paso por lugares como Francia o la lucha de manera clandestina en Berlín, han dado motivos suficientes a los escritores para narrar su periplo y, sobre todo, el desastre que supuso para la totalidad del continente europeo la contienda internacional. En tercer lugar, la representación del conflicto mundial es una tendencia análoga en otros países en los años recientes. En las literaturas francesa, inglesa, alemana o italiana abundan los títulos ambientados en el mismo²⁶⁵. Y, por último, la abundancia de títulos que toma a la Guerra Civil en exclusiva como materia literaria ha obligado a los narradores a buscar, dentro del pasado traumático español, temas de similares características pero que discurren más allá de los años 1936-1939. La convulsa situación del país en la década de 1920 o la Guerra de Marruecos son dos ejemplos que se unen a la experiencia divisionaria en la creación literaria más reciente. El ejemplo del escritor Isaac Rosa en *¡Otra maldita novela sobre la Guerra Civil!* (2007), la revisión autocrítica

²⁶⁵ Véase para el caso alemán: “El nacionalsocialismo, la guerra y el Holocausto. Una nueva mirada” (en Manuel Maldonado Alemán [coord.], *Literatura e identidad cultural: representaciones del pasado en la narrativa alemana a partir de 1945*. Bern: Peter Lang, pp. 403-441, Patricia Cifre Wibrow, 2009).

de su novela *La malamemoria* (1999) es prueba evidente de esta la explotación del tema fratricida. La bajada en algunos momentos de la calidad de estos textos en beneficio de su rentabilidad ha sido señalada por Fernando Larraz Elorriaga:

Productos que contribuyen poco o nada a comprender la historia y el espíritu de nuestro tiempo; que no iluminan zonas incógnitas. A este conjunto pertenecen una mayoría de novelas –y en un sentido más amplio, de discursos narrativos: películas, series de televisión...– que no hacen sino reducir el hecho histórico de la guerra española y del franquismo a una serie de clichés y simplificaciones que niegan el espíritu de complejidad que caracteriza al arte de la novela. Son ficciones que vienen a confirmar juicios reiterados, que no proporcionan luces nuevas para comprender cómo una guerra pudo trastocar las categorías existenciales de quienes la padecieron. Apuntan por lo general a confortar el ánimo del lector antifranquista y demócrata con la confirmación de su rectitud ideológica; carne de guiones para telenovelas que alientan el duermevela de una siesta (2014a: 347).

La participación de España en la II Guerra Mundial, que fluctuó siempre entre la ambigüedad de la neutralidad y la “no beligerancia”, la complicidad con Alemania y el juego político con los Aliados, a lo que se suma su única localización en el frente del Este, determina que, en algunos casos, la experiencia por sí sola pueda resultar insuficiente para su representación. Por ello, cuando se habla de la novelística divisionaria en la actualidad hay que tener en cuenta que existe una alta probabilidad de que este conflicto no sea el único en el que se centre la historia. Si la División Azul es heredera directa y vino motivada por el conflicto de España, la tendencia será que los relatos se sitúen, con mayor porcentaje, entre el comienzo de la lucha cainita y el desarrollo e incluso el final de la lucha internacional. En este caso, al igual que ocurría durante el franquismo, la misión será observar y analizar cómo es representada la División Española de Voluntarios en el texto, independientemente del peso que tenga en el mismo.

Aunque se verá que en los últimos diez años el número de novelas divisionarias es considerable, cabe reseñar que durante las primeras décadas de la democracia el silencio respecto al tema fue notorio. En esta época destaca el temprano caso que expuso en *Memorias de un fascista Español* (1976) Fernando González. La novela, escrita en clave irónica, es un repaso de la dictadura a través de la transcripción de la biografía de un auténtico falangista que acaba con su vida el 18 de julio de 1976 vestido con su camisa azul y las condecoraciones conseguidas por sus méritos. Este personaje no faltó a la cita con la División Azul, de la que realiza un somero repaso. En definitiva, encarna el prototipo del falangista *desencantado*, lo que se muestra en el texto a través de una escena

en la que se describe el boicot al estreno del largometraje *Lo que el viento se llevó*, imagen que, por otro lado es incierta²⁶⁶:

Sembramos de tachuelas la Gran Vía, pinchamos las ruedas de algunos automóviles, quemamos carteles; lo de siempre, animado por gritos cuando entraba el Conde de Jordana en el local:

–¡Mientras aplaudís a los yanquis los camaradas mueren en Krasnybor!

–¡Arriba España! ¡Fuera yanquis, viva la División Azul!

Se oyeron las primeras estrofas de “Yo tenía un camarada”, que cobraban especial relieve en aquellos momentos en que la gloriosa División Azul libraba en Krasnybor su última y sangrienta batalla: 3.500 corazones españoles se habían quedado en Rusia por defender el nuevo orden que ahora comenzaba a ser traicionado en la mismísima Gran Vía madrileña. ¡De la soñada revolución de 1939 habíamos pasado, en cuatro años, a la ignominia de reírnos de los muertos! (1976: 139-140).

Tras este ejemplo, puede hallarse alguna mención esporádica como la que ofrece Elena Garro en la novela *La casa junto al río* (1983), aunque para estos años, la referencia es la del personaje de Bromuro de la serie Pepe Carvalho. El limpiabotas de las novelas negras de Manuel Vázquez Montalbán, que finalmente muere en *El delantero centro fue asesinado al atardecer* (1989), es un antiguo miembro de la División Española de Voluntarios que ejerce como confidente del investigador. Como ha señalado Manuel Blanco Chivite, “su pasado divisionario es su tesoro”, lleno de anécdotas antes las que “Carvalho, en tales casos y por tratarse de un perdedor, le concede cinco minutos en el pedestal” (1992: 257). Este autor ha realizado una semblanza del personaje que le acerca al antihéroe, arquetipo totalmente opuesto al previsto para los soldados antes de marchar al frente del Este:

Francisco Melgar Bromuro fue falangista y estuvo en la División Azul en Rusia, a las órdenes del general Muñoz Grandes. En Rusia le dieron por muerto en un supuesto cruce al nado de un río. Un río que él jamás cruzó,

²⁶⁶ En esta línea se inscribe, más de quince años después, *Madrid 1940. Memorias de un joven fascista* (Francisco Umbral, 1993). A pesar de la similitud en el título, el fascista que describió Umbral distaba del de Fernando González y se acercaba más al *arribista* que al *desencantado*. Cuando Armijo, su protagonista, se encuentra con Dionisio Ridruejo semanas antes de que el poeta marche a Rusia, este le dice que un “falangista debiera ser más arriesgado, más sincero. Sobre todo un falangista joven [como tú]” (1993: 26), y que por ello debería alistarse. Armijo, que “quería ser falangista en Madrid, en lo más confortable de la Falange, Alcalá, 44, el *Arriba*, el poder político y el poder literario” se pregunta si “ya habíamos ganado la guerra al comunismo en Madrid, ¿por qué había que ganársela otra vez en Rusia?” (1993: 26), lo que confirma su negativa visión acerca de la División Azul. Para finalizar, cuando Ridruejo le acusa de cínico, el protagonista no tiene ningún problema en contestarle lo siguiente: “No, no soy un cínico, camarada Ridruejo, pero a la División Azul tampoco voy” (1993: 27). Respecto a la *Lo que el viento se llevó*, como señala José Martí Gómez (1995: 277), la película no se estrenó en España hasta 1950.

porque no sabía nadar y en tales condiciones, ni que se lo pidiese Muñoz Grandes en persona, “con todo el respeto que yo le tenía”, lo habría cruzado. Con el paso del tiempo, esta confusión le traerá problemas. Cuando quiere arreglar la jubilación para cobrar algún dinero, se encuentra con que le dicen que está muerto, que murió “atravesando un río ruso”.

Los últimos años los vivió Bromuro con la esperanza de que los socialistas le arreglasen el asunto. Carvalho nunca se la quitó.

“Tal vez los socialistas me lo arreglen ahora, Pepe. ¿Cómo les caerá a los socialistas un ex divisionario de la División Azul?”

“Muy bien, quieren reconciliarse contigo” (1992: 256).

Más allá de los casos expuestos, el listado de novelas publicadas en los últimos años en las que aparece la División Azul como tema principal o tangencial es el siguiente: *Sefarad* (Antonio Muñoz Molina, 2001); *El rojo en el azul* (Jero Salmerón, 2005); *Morir de azul (la tragedia de la División Azul)*, *Carne de yugo* y *Apocalipsis Berlín: españoles en la agonía nazi* (Ramón Peñacoba, 2006, 2007 y 2009); *La quinta corona* (Javier González, 2006); *El tiempo de los emperadores extraños* y *Los demonios de Berlín* (Ignacio del Valle, 2006 y 2009); *El corazón helado* (Almudena Grandes, 2007); *La calle del olvido* (Juan Vilches, 2008); *Añoranza de guerra: el relato de un viejo divisionario de la División Azul* (Blanco Corredoira, 2010); *Niños feroces* (Lorenzo Silva, 2011); *Detrás de la lluvia* (Joaquín M. Barrero, 2012); *Gritad Concordia* (Rafael Fraguas, 2012); *Me hallará la muerte* (Juan Manuel de Prada, 2012); *Sonaron gritos y golpes a la puerta* (Pío Moa, 2012); *El bosque rojo* (Javier Castro Lechet, 2014); *El peluquero de la División Azul* (José Ignacio Cordero Gómez, 2014); *La cruz y el vencedor* (Juan Antonio Maldonado Castillo, 2015); *El infierno de los inocentes* (Luis Molinos, 2015); *El invierno en tu rostro* (Carla Montero, 2016); *Un general para Hitler* (Francisco Núñez Roldán, 2016) y *Regreso a ninguna parte* (Isabel Sierra, 2016). Además, se han publicado en gallego *Home sen nome* (Suso de Toro, 2006) y *A noite branca* (Francisco Xosé Fernández Naval, 2012); en catalán *La casa de gel* (Joan Pons, 2010); y en inglés *Face to the Sun: A Novel of the Division Azul* (Anthony Genualdi, 2011) y *The Shadow of Silver Birch* (Terez Peipins, 2015). Y, al igual que ocurría con el ejemplo arriba indicado de la novela escrita por Elena Garro, existen referencias pasajeras en algunos textos, como son los casos de *La literatura nazi en América* (Roberto Bolaño, 1996); *La quinta luna* (José Gómez Salvago, 2002); *Los caballos azules* (Ricardo Menéndez Salmón, 2005); *Dientes de leche* (Ignacio Martínez de Pisón, 2008); *El mapa de un crimen* (Paco López Mengual, 2009); *Lo que escondían sus ojos: la pasión oculta de la marquesa de Llanzol* (Nieves Herrero,

2013); *Olvido es lo que no hay* (Patricio Morcillo, 2014) o *Donde no estás* (Gustavo Martín Guarzo, 2015).

Dentro de este repaso no hay que olvidar los tres ejemplos existentes en el campo de la novela gráfica: el ilustrador alemán Mainka Matz ha publicado los volúmenes *El retorno a Novgorod I* y *El retorno a Novgorod II* (2008 y 2010) y Fran Jaraba *División Azul* (2013). Y, para finalizar, en el ámbito fílmico la aparición de la División Azul ha sido menor que en la época franquista: los dos ejemplos que ha registrado Sergio Alegre (1994: 313-316) son *Dulces horas* (dir. Carlos Saura, 1982) y *De camisa vieja a chaqueta nueva* (dir. Rafael Gil, 1982)²⁶⁷. En los años recientes, consta una breve mención en el filme *Ispansi (Españoles)* (dir. Carlos Iglesias, 2011), en el que se narra el periplo de un grupo de “niños de la guerra” durante las hostilidades alemanas en el frente del Este y la vida de los emigrados comunistas españoles a lo largo de la Guerra Fría. Para la lucha se recupera el tópico del reencuentro de las dos Españas en una escena en la que un grupo de divisionarios salva a los exiliados de ser fusilados por sus compañeros alemanes²⁶⁸. También es uno de los temas del documental *Extranjeros de sí mismos* (dir. Javier Rioyo y José Luis Linares, 2000), que se basa en los testimonios de tres tipos de soldados que combatieron para ejércitos foráneos: los fascistas italianos que colaboraron con los sublevados en 1936, los brigadistas internacionales que apoyaron al gobierno de la II República y los miembros de la División Española de Voluntarios en el frente del Este. Centrados de manera exclusiva en la División Azul se encuentran los casos del documental *Galubaya Divisia* (dir. Alejandro Navarro, 2001), en el que se narra la historia del grupo desde una perspectiva pro-divisionaria; el cortometraje *División Azul* (dir. Sergi Martí, 2012) y la película *Silencio en la nieve* (dir. Gerardo Herrero, 2011), adaptación cinematográfica de la novela *El tiempo de los emperadores extraños* (2006), de Ignacio del Valle. Dionisio Viscarri ha apuntado las diferencias entre el cine divisionario actual representado en esta película, que “emplea un recurso de desplazamiento temporal, solo que ahora se construye el pasado para encarar con mayor optimismo el presente, desarticular mitos y crear espacios polifónicos en torno a un nexo histórico común” (2015: 259). Al igual que ocurre con la presencia de la División en la

²⁶⁷ Por parte del propio Sergio Alegre hay un intento de documental titulado *The “Blue Division” on the Screen: a Preface to Cold War* (1991).

²⁶⁸ En una tertulia del programa *Versión española* de La 2, Carlos Iglesias afirma que un grupo de divisionarios intercedió por otro de exiliados a los que habría evitado una muerte segura. El corte puede reproducirse en el siguiente enlace <<https://www.youtube.com/watch?v=kqQjOJ7GJUc>> (en línea; fecha de consulta: 19 de agosto de 2016).

novela actual, se aprovecha la ausencia del monólogo institucional para dar lugar a situaciones inéditas hasta ahora en las interpretaciones de la unidad. En estas palabras se percibe el lamento de la falta de películas que aborden un tema tan inédito en la filmografía reciente, por las diversas posibilidades que brinda, como es la División Española de Voluntarios. Y Agustín Otero, en relación a la presencia de los fantasmas del pasado, tan inevitables en cualquier creación artística relacionada con el oscuro tiempo franquista, ha señalado lo siguiente:

Silencio en la nieve examina de manera original en un contexto novedoso un tema muy manido en el cine español de estas últimas décadas como es la memoria histórica. A través de un *thriller* de asesinatos en serie se muestra la compleja situación de la División Azul en uno de los frentes de batalla más sangrientos de toda la Segunda Guerra Mundial (...) Gerardo Herrero presenta a sus personajes como supervivientes de una sociedad obsesionada por la venganza y la violencia sin sentido. Los divisionarios serán los perdedores de la historia, las víctimas del pasado en una España franquista que querrá camuflar su parte fascista después de la Segunda Guerra Mundial y se encuentran atrapados en un escenario de destrucción y muerte. La espectralidad en esta película, y por ende, en la cultura española democrática, surge como consecuencia del largo olvido oficial y del conflicto de memorias actual sobre un pasado traumático reprimido. Su aparición es un recordatorio a las nuevas generaciones de españoles de la necesidad de exorcizar los fantasmas del pasado que buscan una reparación moral para ser finalmente recordados y aceptados en la memoria colectiva del país (2015: 26).

Ante la abundancia de títulos, el análisis de la literatura de la División Azul en la actualidad se ha realizado en base a los siguientes textos: *El rojo en el azul* (Jero Salmerón, 2005); *La quinta corona* (Javier González, 2006); *El tiempo de los emperadores extraños* y *Los demonios de Berlín* (Ignacio del Valle, 2006 y 2009); *El corazón helado* (Almudena Grandes, 2007); *Niños feroces* (Lorenzo Silva, 2011); *Detrás de la lluvia* (Joaquín M. Barrero, 2012); *Me hallará la muerte* (Juan Manuel de Prada, 2012) y *El invierno en tu rostro* (Carla Montero, 2016). La selección viene motivada porque, en primer lugar, permite ofrecer una visión panorámica de la trayectoria divisionaria: los acontecimientos previos en España entre 1936 y 1939 como germen del grupo, el paso por el frente del Este, la convicción nacionalsocialista hasta las últimas consecuencias en la batalla de Berlín, el paso por el Gulag y el difícil regreso a casa están presentes en ellas. En segundo lugar, se da una mezcla idónea entre la repetición de formas en los tópicos señalados durante el franquismo y las nuevas interpretaciones que, por vedadas anteriormente, no eran representadas por los escritores azules. Entre estos

títulos, es conveniente realizar la distinción entre novela histórica y novela de la postmemoria –*acto afiliativo*–. La siguiente tabla muestra en qué subgénero se sitúa cada uno de ellos:

Novela histórica	Novela de la postmemoria – <i>acto afiliativo</i> –
<i>El tiempo de los emperadores extraños</i> (Ignacio del Valle, 2006)	<i>El rojo en el azul</i> (Jero Salmerón, 2005)
<i>Los demonios de Berlín</i> (Ignacio del Valle, 2009)	<i>La quinta corona</i> (Javier González, 2006)
<i>Me hallará la muerte</i> (Juan Manuel de Prada, 2012)	<i>El corazón helado</i> (Almudena Grandes, 2007)
<i>El invierno en tu rostro</i> (Carla Montero, 2016)	<i>Niños feroces</i> (Lorenzo Silva, 2011)
	<i>Detrás de la lluvia</i> (Joaquín M. Barrero, 2012)

Las categorizadas como novelas históricas siguen lo que en su momento indicó Lukács para la definición del subgénero, es decir, cada una de ellas “tiene como propósito principal ofrecer una visión verosímil de una época histórica (...) de forma que aparezca una visión verosímil de una cosmovisión realista de sus sistema de valores y creencias” (1971: 132). Al contrario de lo que sucede con aquellas que se verán más abajo, el tiempo del relato se circunscribe a la época de la II Guerra Mundial –en el caso de Carla Montero se recurre a la contienda civil y a la postguerra internacional– y no existe la rememoración de ningún agente del tiempo presente. Los límites de la acción los encuentra cada una de ellas en sintonía a lo expresado por Celia Fernández Prieto, para quien la novela histórica “se configura como un tipo de ficción híbrida, en cuyo universo coexisten personajes y acontecimientos ya codificados historiográficamente con otros inventados, y que sitúa la acción en un pasado histórico concreto y reconocible por los lectores” (2005: 76). Lo que aquí se afirma puede contemplarse en las novelas: Arturo Andrade, el divisionario de los textos de Ignacio del Valle, es un personaje que no existió en el tiempo pasado, pero que vive situaciones totalmente reales como son la batalla de Krasny Bor o la caída de Berlín junto a varios de sus protagonistas, como el matrimonio Goebbels o el mismo Adolf Hitler. Evidentemente, la coexistencia de la literatura y la historia dentro de un subgénero narrativo permite afirmar, como lo ha hecho la misma Celia Fernández Prieto, que los

“rasgos formales, temáticos y pragmáticos específicos (...) hacen posible distinguirla tanto de las narraciones históricas como de otras clases de ficción” (1998: 179). Cuando se lee la novela de Juan Manuel de Prada, se es consciente por su carácter ficcional que el lector no se enfrenta a cualquiera de los manuales de la División Azul descritos más arriba sino a una novela que toma como uno de sus espacios referenciales un momento concreto de la historia divisionaria. La mencionada convivencia de personajes ficticios e históricos, y el desarrollo de una trama inventada dentro de una realidad ya sucedida dan la oportunidad, como ha indicado Maryse Bertrand de Muñoz, de que en estos libros aparezcan dos acciones, una real y otra ficticia (1996: 19). Así, los fatídicos acontecimientos de febrero de 1943 o el Gulag se mezclan con romances entre los distintos personajes de los libros. En definitiva, la novela histórica, género que también Carlos Mata (1998: 14-15) ha reconocido como híbrido y cuyo nacimiento comenzara a principios del siglo XIX la aparición de *Waverley* (Walter Scott, 1814), y que enmarca a varias de las obras divisionarias actuales puede acogerse a la definición aportada por Harro Müller: “la novela histórica es una construcción perspectivista estéticamente ordenada de situaciones documentales a caballo entre la ficción y la realidad, construcción dirigida por un determinado autor a un determinado público en un determinado momento” (*apud* Spang, 1998: 85).

Y los textos denominados como novelas de la postmemoria responden a lo que Sebastiaan Faber ha denominado como *acto afiliativo*. Como ha indicado este autor, “la primera década del siglo XXI ha producido al menos una docena de obras ambiciosas, originales e importantes” (2011: 101) que responden “una transformación en el modo en que los españoles piensan, hablan y escriben sobre su pasado nacional violento – transformación a la que, como es natural, no escapó la producción literaria; es más, es probable que haya contribuido a ella” (2011: 101-102). La generación actual, para el autor, es conocedora de la *obligación moral* que tiene con su pasado, tanto en el conocimiento como la asunción de su legado, y cuando este es asumido, existe el deseo de enfrentarse a los *dilemas e imperativos éticos* que conlleva el tiempo pretérito (2011: 102). Si la sociedad contemporánea asume esta responsabilidad, las diversas muestras existentes sobre cómo tratar el tema ejemplifican que los novelistas no han quedado impasibles ante el fenómeno al adoptar “una actitud nueva ante el pasado: consideran sus dimensiones éticas desde un punto de vista individual, como un problema que afecta a las relaciones personales entre las generaciones presentes y pasadas, y como un desafío que exige un esfuerzo de voluntad por parte de aquéllas” (2011: 102). Esta batalla

intergeneracional da lugar a que en varias de estas novelas “las relaciones entre los españoles nacidos entre 1950 y 1980 con los que vivieron y lucharon en la guerra –vivos o muertos– se postulan no sólo como *filiativas* (...) sino sobre todo como *afiliativas*, esto es, sujetas a un acto de asociación consciente, basadas menos en la genética que en la solidaridad, la compasión y la identificación” (2011: 102-103). Faber, que otorga a la afiliación una importancia mayor que a la filiación, desarrolla los conceptos de *postmemoria* y *postmemoria afiliativa* de Marianne Hirsch, relacionándolos, en un artículo posterior, con la última narrativa sobre la Guerra Civil Española. Para Hirsch, la *postmemoria* “describes the relationship that the generation after those who witnessed cultural or collective trauma bears to the experiences of those who came before, experiences that they «remember» only by means of the stories, images, and behaviors among which they grew up” (*apud* Faber, 2014: 145), mientras que la *postmemoria afiliativa* “would thus be the result of contemporaneity and generational connection with the literal second generation combined with structures of mediation that would be broadly appropriable, available, and indeed, compelling enough to encompass a larger collective in an organic web of transmission” (*apud* Faber, 2014: 147-148). Es en este punto donde Faber apunta el ya anunciado *acto afiliativo* distinguiéndole del señalado por Hirsch, ya que si la *postmemoria afiliativa* que defendía esta coincidiría con la afiliación que interpreta el autor al describir ambas “un proceso de solidaridad intergeneracional con la experiencia de una víctima más allá de cualquier conexión biológica”, la fuerza del término que maneja Faber para “el caso español reside, en gran parte, en la dimensión *política* de la memoria histórica de la Guerra Civil y el franquismo, dimensión que, como hemos visto, apenas aparece en el esquema de Hirsch” (2014: 148). La propuesta de este autor viene a ser completada por aquello que José María Izquierdo ha denominado como “la narrativa del nieto derrotado” (2012), es decir, aquellas novelas en las que las terceras generaciones españolas se preguntan qué fue de los vencidos en la Guerra Civil y que se ha ejemplificado recientemente, desde el mismo título, en *La abuela civil española* (Andrea Stefanoni, 2015).

Pero, para el caso de la División Azul, hablar de personajes que perdieron una guerra y que, por tanto, merecen una reparación por el ostracismo posterior al que habrían sido condenados es, como menos, extraño. El perdedor español de la II Guerra Mundial no se asemeja al republicano que, tras el final de la contienda nacional en 1939, se vio desplazado a posiciones marginales. El divisionario regresó a España y, aunque no estuviera de acuerdo con el desarrollo del país o el reconocimiento prácticamente nulo

que, a nivel público, recibía la unidad con la que había combatido en la Unión Soviética, pudo retomar su vida. Aun así, y a pesar de la literatura publicista de la época, tolerada con mayor o menor ímpetu por parte del poder totalitario, hoy en día la generación de los nietos se pregunta qué ocurrió realmente con esos hombres que marcharon a las trincheras orientales. El escritor que indaga con la intención de responder no es el de un perdedor pero tampoco es el de un ganador, por lo que podría hablarse de una narrativa del nieto fracasado. Este novelista escribiría en los tiempos actuales acerca de la División Azul, ya fuera para mostrar a un abuelo convencido de sus principios fascistas o ya fuera para resaltar la presencia de soldados en las filas divisionarias contrarios a los preceptos del grupo, para señalar la frustración de quienes actuaron en la empresa falangista y el nulo reconocimiento de los *rojos* que fueron apartados de la mayoría de los relatos en la literatura divisionaria hasta 1975.

[E]stos textos ponen de relieve una temática compartida más también recursos preponderantes en nuestra novela última como la crisis de identidad, la introspección, lo testimonial y las relaciones entre ficción e historicidad (...) Junto a la hibridez de géneros, el mestizaje y la ficción histórica, predomina también, implícitamente en unos textos y de manera explícita en otros, lo que se ha ido denominando de diversos modos desde los años sesenta: metanovela, novela ensimismada, reflexiva, autofágica, autogenerativa, autoconsciente, en suma, metafictiva: la novela que vuelve sobre sí misma y destaca su condición de artificio, expone estrategias de la ficción y enfatiza el conflicto entre esta última y la realidad (2006: 35-36).

Precisamente es *El corazón helado*, de Almudena Grandes, una de las novelas que entran en el análisis de Faber y que, en cierto modo, cumple con los parámetros del “nieto derrotado”. El autor, como gran parte de la bibliografía académica acerca de la novela²⁶⁹, se preocupa del papel que juega el descubrimiento de que la abuela del protagonista había sido una maestra republicana muerta a causa de la represión en plena posguerra española:

El corazón helado, por su parte, también se abre con la muerte del querido y admirado padre del protagonista, Álvaro Carrión. Pronto, sin embargo, Álvaro se ve obligado a reconsiderar sus lazos filiativos con su progenitor

²⁶⁹ Pueden observarse algunos ejemplos en: “Memoria de la Guerra Civil y modernidad: el caso de *El corazón helado* de Almudena Grandes” (en *Bulletin of Hispanic studies*, vol. 87, nº 8, pp. 939-961, Carmen de Urioste, 2010); “La novela de la memoria como novela nacional: *El corazón helado*, de Almudena Grandes, ¿nuevo episodio nacional?” (en Ángeles Barrio Alonso, Jorge de Hoyos Puente y Rebeca Saavedra Arias (coords.), *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, p. 17, Sara Santamaría Colmenero, 2011) o “«Episodios de una guerra interminable» de Almudena Grandes: ¿novelas de la memoria histórica?” (en *Kamchatka: revista de análisis cultural*, nº 2, pp. 241-270, David Becerra Mayor, 2013).

cuando descubre que la fortuna paterna se origina en la expoliación ilegítima del patrimonio de una prominente familia republicana. Al mismo tiempo que se distancia de su padre fallecido, Álvaro se *afilia* amorosa y políticamente con la familia expoliada, y con la República en términos más generales, afiliación sellada por su relación amorosa con una descendiente de las víctimas. El círculo se cierra cuando Álvaro descubre que su padre, oportunista empedernido, se había *desafiliado*, a su vez, de su propia madre: resulta que la abuela de Álvaro fue una dirigente republicana que murió en una cárcel franquista. A Álvaro el descubrimiento de su abuela republicana le resuelve, hasta cierto punto, la crisis de identidad, porque le permite hacer un salto generacional y armonizar sus relaciones filiativas con sus instintos afiliativos (Faber, 2011: 106).

Este acto puede observarse en varios de los textos propuestos para el estudio en este capítulo: en *Detrás de la lluvia*, el investigador privado Corazón Rodríguez desea conocer la verdad, tras resolver el caso. Actúa en calidad de lo que Sánchez Zapatero (2011) ha denominado *los detectives de la memoria*. El interés del personaje, en este caso, es particular y no responde a un interés familiar, como confiesa en varios fragmentos de la novela al declarar que se mueve motivado “por la imaginada personalidad de su primo y por el hecho de haber sido tan perseguido”, continúa con la búsqueda por su “propia satisfacción” y que actúa como “investigador propio” (2013: 297, 468 y 531). En el caso de *La quinta corona*, se trata de un sobrino que acude a Rusia a recuperar los restos de un tío suyo “que no era ni tío ni nada, sino un novio que tuvo la tía y con el que no pudo rematar por causa de fuerza mayor, [porque] le habían cosido a tiros hacía casi sesenta años en Rusia, con la División Azul” (2006: 28), por lo que realmente no se trata de su familiar –al final de la novela se descubre que ni siquiera la tía es quien dice ser–. La *afiliación*, en este texto, se comparte con aquellos que sí acuden a Rusia como parte de los lazos *filiativos* que mantienen con los que allí descansan: “ahora también estaba seguro de que aquella gente estaba allí para buscar algo más que un montón de huesos de alguien que, en la mayoría de los casos, ni conocieron” (2006: 40). En *El invierno en tu rostro* no puede apreciarse, en el desarrollo de la novela, Más ambiguo es el caso de *El rojo en el azul*, en la que Jero Salmerón presenta a un opositor argentino descendiente de españoles que, en plena dictadura de Videla, descubre al transportar las cenizas de su abuelo a Murcia, que este luchó con la División Azul pero, también, con el Ejército republicano: “Mis amigos torturados brutalmente por los milicos, mi país desangrándose, herido, muerto de dolor por los miles de desaparecidos y mi abuelo parecía ser un antiguo nazi de los muchos que se habían refugiado en Argentina tras la Segunda Guerra Mundial” (2005: 8). La *filiación*, que podía darse por la afinidad ideológica de ambos

personajes es nula, ya que, como recuerda el protagonista, “el día que en la mesa le dije a mi abuelito que me había hecho comunista me taladró con una mirada que me hizo tambalearme en la silla” (2005: 8).

Y el ejemplo que representa el *acto afiliativo* de manera más exacta para el caso exclusivo de la División Azul es el propuesto en *Niños feroces* por Lorenzo Silva. En él, se narra la historia de un antiguo divisionario que participó en la batalla de Berlín, un hombre que responde al prototipo del *falangista desencantado*. La historia es escrita por Lázaro, un joven alumno de un taller de escritura que *hereda* el material de esta novela de su profesor, que a su vez le sirve de guía a lo largo del proceso de creación. Más allá del carácter metaliterario que presenta la obra, en ella destaca el propio *acto afiliativo* que se ha estudiado en estas páginas como una vertebración entre el presente y el pasado. El aprendiz renueva el puente que se tendió cuando su maestro conoció al ex-combatiente en la simbólica fecha del 10 de noviembre de 1989, una “jornada como cualquier otra... hasta cierto punto” (2011: 40), es decir, el día que comenzó a materializarse el objetivo por el cual el *guripa* fue a Rusia: el final del comunismo soviético. La novela se convierte en un ejercicio de descubrimiento y de otorgar su lugar en la historia a un idealista que pierde la guerra en defensa del ideario fascista. Posicionar al *vencedor vencido* de la División Azul y *afiliarse* con él setenta años después es un ejercicio que requiere tomar distancia pero, al mismo tiempo, un acercamiento minucioso para comprender sus razones dentro del contexto de su tiempo. La trayectoria de este vencido invisible, de este *niño feroz* la conecta Lorenzo Silva con quienes, precisamente, representan la oposición a sus postulados: los *indignados* del movimiento del 15-M del año 2011 en la Puerta del Sol de Madrid:

Llego a la plaza y, como las otras veces, lo primero que llama mi atención es el extraño icono que preside la fachada central: una fotografía de Heinrich Himmler, al que le han añadido unas orejas de ratón Mickey y un signo del euro en el centro de su gorra de plato, justo en el lugar donde debería ir la calavera. Me sigue desconcertando la elección de esa figura, que no parece, precisamente, alguien demasiado familiar para quienes constituyen el grueso de la protesta. Cuando lo veo ahí, no puedo evitar acordarme de mis SS, que es a quienes debo el que para mí sea un personaje próximo, o, mejor dicho, todo lo próximo que pude resultar un sujeto que dejó tras de sí semejante reguero de cadáveres y de abyección (2011: 388-389).

La relación con el pasado que presentan los textos expuestos al análisis exige que los escritores se ciñan a espacios temporales concretos y hechos que respeten lo que fue

el periplo divisionario. La oportunidad de huir del heroísmo y la hagiografía que ha caracterizado al género no ha restado, en la mayoría de los casos, un ápice de verosimilitud a lo narrado. Como ha señalado Núñez Seixas, la División Azul es “un tema ya clásico en la literatura histórica y en ensayo en lengua castellana” (2016: 11) mientras que para Lorenzo Silva se trata de un periodo de la historia que ha generado “copiosa bibliografía” (2011: 394). Así se ha visto cuando se ha realizado el estado de la cuestión del tema, por lo que los novelistas han podido elegir entre un alto número de textos, más afines o críticos con el tema. De ahí que resulte extraño leer a Almudena Grandes decir que se trata de “un tema muy complicado en España, del que hay muy poca documentación” (Macciuci y Bonatto, 2008: 126), más aún cuando ella misma ha reconocido que, para la elaboración de otro de *Inés y la alegría* utilizó, para obtener la “información acerca de la febril actividad diplomática que se desarrolló en Madrid durante la Segunda Guerra Mundial (...) otro de mis «clásicos», *La División Azul. Sangre española en Rusia*, del profesor Xavier Moreno Juliá” (2011: 728). Otros, como Juan Manuel de Prada, ha declarado haber “leído casi todo lo que se ha publicado sobre la División Azul, que tengo por uno de los episodios más sobrecogedores y heroicos de nuestra historia reciente” (2011)²⁷⁰. Incluso algunos autores como Carla Montero han acudido directamente “a la Hermandad Nacional de la División Azul en Madrid” (2016: 765). El proceso de documentación por parte de los autores dota a los libros no solo de un trasfondo histórico, sino de una veracidad comprobable al revisar el periodo de tiempo en el que se contextualizan. En el caso de la División Azul, puede afirmarse que los textos están bien documentados y son fieles a la verdad histórica. La herencia de los textos divisionarios del franquismo no es baladí y algunos autores reconocen, además del ya señalado Juan Manuel de Prada, haber leído sus libros. Es el caso de Lorenzo Silva o Ignacio del Valle, quienes tienen muy presentes, al referirse a la presencia de españoles en la Batalla de Berlín, la figura de Miguel Ezquerro y su libro *Berlín, a vida o muerte*. Especialmente, en el caso del primero, incluso se comenta en el propio texto, algo contradictorio con este tema: el profesor del taller de escritura le prohíbe a su alumno que realice este ejercicio: “ni las de Fernando Vadillo ni ninguna otra novela divisionaria (...) Si quieres, léelas después, cuando hayas acabado, por si te ayudan a corregir algo. Pero

²⁷⁰ Prueba del conocimiento del autor sobre el tema es la tertulia que dedicó, tras la proyección de la película *Embajadores en el infierno*, al tema en el programa nº 36 de *Lágrimas en la lluvia* de Intereconomía TV. Se puede reproducir en el siguiente enlace: <<https://www.youtube.com/watch?v=iMPIzklfvec>> (en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016).

nunca antes, bajo ningún concepto” (2011: 174-175). Almudena Grandes lo explica en el epílogo de *El corazón helado* cuál ha sido una de sus fuentes y cómo la ha hallado:

A[gradecimientos a] mi amigo Javier Rioyo, que compra para mí en una librería neonazi libros imposibles de encontrar en otro lugar, “no, mejor no vayas tú, ya voy yo, no vaya a ser que te reconozcan y tengamos un disgusto”, y desde que empecé a escribir esta novela, me ha regalado otros que me han resultado tan preciosos como la novela de Carlos María Idígoras [sic], *Algunos no hemos muerto*, que ha sido mi principal fuente literaria sobre la campaña de la División Azul (2015: 1239).

Como se verá en el análisis, en la diversidad del voluntariado, las relaciones con alemanes y rusos o la descripción de las batallas se detecta, con cierta facilidad, la investigación previa que ha realizado los autores. Pero también existe alguna imprecisión que merece la pena ser destaca. Aunque la localización y la perspectiva que realiza Grandes de los acontecimientos son acertadas, sí es cierto que puede detectarse un pequeño gazapo temporal, casi imperceptible y que no influye en ningún caso en el desarrollo de la novela, pero que debe ser reseñado. Cuando Julio se encuentra con Eugenio y le presta su ayuda en la manifestación, “ese día (...) a la caída de la tarde, cuando ya estaban recogiendo, Eugenio Sánchez Delgado bajó la cuesta y preguntó por Julio” (2015: 447). Como agradecimiento, el lesionado le propone al protagonista, en señal de agradecimiento, invitarle “a una cerveza, si puedes” (2015: 447). Durante el transcurso de la conversación que ambos mantienen en el bar, Julio le cuestiona a su interlocutor sobre la opinión de sus padres acerca del alistamiento, a lo que éste responde: “Pues no les gusta, claro que no les gusta. Ya lo dijo Serrano, *el otro día. El exterminio de Rusia es una exigencia de la Historia y del porvenir de Europa*” (2015: 448)²⁷¹. Aunque el cuñado de Franco pronunció esas palabras, no pudo hacerlo “el otro día”, sobre todo cuando es el mismo día de la manifestación cuando ambos personajes se conocen y, sobre todo, cuando esa misma mañana Serrano había exigido vengar la muerte de José Antonio mediante “el exterminio de Rusia”. Juan Manuel de Prada comete un pequeño error histórico que, sin estar relacionado con la División Azul, sí es importante para conocer el recorrido de uno del personaje con el que el protagonista comparte presidio en Rusia. El compañero de Antonio Expósito explica que entra en Falange para purgar una anterior vida pecaminosa y, en especial, el daño que había causado a terceros por haber

²⁷¹ El subrayado es mío

transportado medicinas adulteradas. Las vacunas aquí referidas contra la poliomielitis no pudieron ser la causa de su obligado destierro, ya que este remedio fue descubierto en la década de 1950:

Pronto descubrimos que la gente, por aliviar el dolor de sus seres más queridos, estaba dispuesta a pagar lo que se pidiera. Un día leí en los periódicos que varias decenas de niños enfermos de poliomielitis se debatían entre la vida y la muerte por culpa de unas vacunas adulteradas adquiridas en el mercado negro... Eran las vacunas que mi padre les había vendido, las vacunas con las que mi familia se estaba lucrando. Con el dinero de esas vacunas adulteradas me corría yo mis juergas, Antonio –se fustigó–. ¿Cómo crees que me sentía? (2012: 146).

En definitiva, esta selección de textos, por su temática, por la diversidad de subgéneros narrativos y por seguir la línea tradicional de la División Azul al mismo tiempo que innovan con componentes desconocidos hasta la fecha en los relatos, es la adecuada para abordar la interpretación de los diferentes tópicos ya presentes hasta 1975 y contemplar así como la historia de los *guripas* ha sido recuperada en los tiempos recientes.

6.3. TÓPICOS DE LA NARRATIVA DIVISIONARIA ACTUAL

6.3.1. Representaciones del divisionario

El voluntario de la División Azul respondía, según la conceptualización del mismo en la génesis del grupo, a la imagen del joven falangista y entusiasta anticomunista. Aunque la recluta demostró que la variedad fue mayor que la deseada, la literatura divisionaria del franquismo fue escrita y estuvo protagonizada en su mayoría por personajes que respondían más a la idea que a la realidad vivida. Rara vez puede observarse a antiguos miembros del Ejército republicano y la heterogeneidad hay que buscarla dentro del bando vencedor de la Guerra Civil, en el que aparecían, además de los *camisas azules*, militares, fervientes católicos y miembros del clero. En cambio, la actualidad presenta a un amplio coro de *guripas* que se ajusta más a lo que fue la composición final de la unidad. Sin olvidar al convencido voluntario –hacerlo sería un craso error–, se enrolan en ella nuevos personajes como los *indeseables* que se alistaron con el fin de pasarse al Ejército rojo o quienes encuentran en la División una vía de escape para librarse de la culpa por algún delito cometido. Se trata de personajes que, a pesar de ser compañeros de viaje de los ya representados por los autores del franquismo, habían resultado desplazados y silenciados en el relato.

Sin tener en cuenta las motivaciones políticas se encuentran aquellas representaciones de personajes marginales que necesitaban robar para sobrevivir en el penoso ambiente de posguerra. Como ha señalado Roque Moreno Fonseret para este periodo, “la pérdida de las mínimas condiciones para vivir dignamente implicó la puesta en marcha (...) de toda una serie de comportamientos y estrategias de supervivencia que solían pasar las más de las veces por la delincuencia común” (2005: 159). En esta atmósfera se mueve Antonio Expósito, el divisionario de la novela de Juan Manuel de Prada²⁷². Se le describe como a un hombre que “había extraviado [sus escrúpulos morales] mucho tiempo atrás y nunca los había echado en falta” (2012: 19). Sin un oficio estable, se dedica a limpiar las carteras de “aquellos tiparracos (...) que, después de completar su negocio, aprovechaban el viaje a Madrid para correrse una juerga a espaldas de la

²⁷² Su nominación ya es símbolo de desarraigo. El adjetivo “expósito”, del latín *expositus* (expuesto) era el apellido que adoptaba el “recién nacido: Abandonado o expuesto, o confiado a un establecimiento benéfico” (Diccionario de la Lengua Española, 2001: 692).

parienta, a la que habían dejado en el pueblo, cargada de hijos y empachada de novenas” (2012: 11-12), unas víctimas a las que había observado “mientras mantuvo chirlata en la calle Montera, después mientras ofició de descuidero en la Puerta del Sol y, ya por último, desde el estaribel que instalaba junto a la plaza de toros, con cuatro juguetes desportillados que rescataba del Rastro y reparaba él mismo” (2012: 12). Pero en su ascenso en el escalafón del hampa al asociarse con Carmen, una mujer en idéntica situación para robar a hombres infieles seducidos por ella, comete un asesinato, por lo que se ve obligado a buscar una salida cuando la policía le busca. Esta ventana que se abre es la División Azul, que ya llevaba un año y medio en el combate. Ante esta situación al pasar por la sede de Falange y debido a la confusión del antiguo divisionario Francisco Cifuentes *Pacorris*, quien identifica a Antonio con un camarada que aún seguía en Rusia, el protagonista decide alistarse:

Una idea acaso suicida asaltó entonces a Antonio: procuró espantarla, pero la idea ya se había infiltrado en sus pensamientos; y, extrañamente, se creía con valor para llevarla a cabo. Morir en la nieve, allá en la lejana Rusia, se le antojaba de repente más reparador y noble que morir en el cadalso (2012: 58).

Pero Antonio no es una excepción dentro de la nueva recluta. Entre sus compañeros se mezclaban “idealistas rezagados que no habían podido inscribirse en las primeras expediciones, por ser demasiado jóvenes o por haber excedido el cupo asignado a sus respectivos banderines de enganche” (2012: 79) con la más diversa heterogeneidad posible:

[Entre] ellos, en caótico batiburrillo, se contaban antiguos combatientes del ejército republicano que se habían alistado en la División Azul para evitar el campo de concentración, o hijos de familias izquierdistas, en su mayoría desempleados, que pretendían lavar el estigma de su apellido o limpiar su expediente; también se sumaban soldados que habían sido invitados a alistarse después de cometer alguna falta grave, y otros de procedencia campesina o analfabeta que habían decidido reengancharse a la conclusión del servicio militar, sorteando el horizonte de miseria que les aguardaba de regreso al pueblo. Se comentaba en sordina (...) que entre los reclutas había algunos llegados de cuarteles donde se pidieron voluntarios sin éxito, por lo que se procedió a su designación a dedo, entre los más desgraciados o indeseables; y también que entre los voluntarios aparentemente más ardorosos se camuflaban comunistas que se habían alistado con la esperanza de poder desertar, una vez en el frente, y pasarse a las líneas rusas (2012: 79-80).

Un caso similar es el que le sucede a otro de los personajes de la literatura divisionaria actual. José Manuel, el seminarista de Joaquín M. Barrero también ve el Ejército español como una huida para evitar su detención por un crimen del que se le acusa a pesar de ser inocente. Antes de pasar por la División Azul se alista a la Legión. Cuando a África llega la notificación para pedir su detención, el propio código de honor del grupo se activa —el personaje había tenido una actuación heroica con un compañero— para evitar el cumplimiento del mandato:

Sólo veo una forma de contrarrestar la orden, y de paso burlar al que quiere amargarte la vida. Sabrás que hace unos días, concretamente el domingo pasado, Alemania invadió la Unión Soviética. En Madrid se está creando una división de voluntarios. Allá todo el mundo desea ir a luchar. El coronel lo anunciará mañana a todo el Tercio. Por supuesto que iremos el teniente Martín y yo junto a otros mandos. Ninguno queremos perdernos esta gran ocasión. Te invitamos a venir (2013: 254-255).

En la nueva composición el personaje más ambiguo a la hora de su calificación es Julio Carrión González, construido por Almudena Grandes para *El corazón helado*, quien necesita ser descifrado por sus negaciones: no era miembro del SEU, ya que no fue a la universidad ni queda constancia de que hubiera terminado los estudios básicos, a pesar de que su madre era una maestra de escuela republicana y él iba a la misma durante los primeros momentos de la guerra. Tampoco se corresponde con la imagen del monje-soldado, ya que se afirma que “no era religioso” (2015: 200) a pesar de la beatería de Benigno, su padre, un hombre “de derechas, sí, y muy meapilas, más que otra cosa” (2015: 529) que durante el conflicto “no llegaba [a su casa] hasta que todos estaban acostados, borracho de añís y de las consignas de la radio de Burgos, que escuchaba a escondidas en la casa parroquial” (2015: 239). Y menos aún compartía el fervor ideológico de derechas que sí podría identificarse en su progenitor al que él mismo define como un “facha” (2015: 251). Como señala su hijo Álvaro, “no había llegado a asumir nunca, al menos ante mí, la ideología que en apariencia tendría que haberle empujado hasta el infierno ruso” (2015: 391) y no “había llegado a ser un fascista, por más que abundaran los indicios de lo contrario” (2015: 393). De manera más concreta se afirma que “no le gustaban los falangistas, no quería verlos ni en pintura” (2015: 255) y que durante la Guerra Civil se había afiliado a las Juventudes Socialistas Unificadas, aunque más que a militar en ellas se dedicó “a dejarse llevar, a hacerse querer, a ir con los que mandaban, mientras descubría un talento extraordinario para la impostura” (2015: 453).

Julio se presenta así como un personaje apolítico que no se identifica con el republicanismo materno ni con el fascismo paterno y que “nunca tendría más ideas que las que le convinieran en cada momento” (2015: 250). Por lo tanto su alistamiento responde a una alocución que se promete al finalizar la contienda fratricida y que demuestra que respondía a los propios intereses del personaje: “nunca más Julio Carrión González volverá a ir con los que pierden, se prometió a sí mismo en ese instante, nunca, nunca más” (2015: 249). En relación a este postulado, al cruzarse con la manifestación que dio pie a la creación de la División Azul su decisión ya estaba tomada:

El 24 de junio de 1941, mientras escapaba por calles oscuras, estrechas, de la marea de camisas azules que rompía contra las aceras de la Gran Vía para encontrarse con otra idéntica en la calle Alcalá, su propósito era tan firme como antes, pero ya no podía dudar de su torpeza (2015: 249).

También es especial la manera de llegar de Arturo Andrade, el personaje principal de las novelas de Ignacio del Valle, a la División Azul. Y no solo por cómo lo hace, sino también porque decide, tras la retirada de los cuerpos de voluntarios españoles por parte del gobierno franquista, permanecer en el frente del Este enrolado en la *Wehrmacht*. Arturo pertenecía a una sección del voluntariado que puede considerarse como de poco prestigio: lejos de ser miembro de uno de los privilegiados de la Antitanques, servía en el “segundo grupo de Sacrificio, compañía de Carnización, servicio de Intendencia” (2006: 30). Este hombre, con una “hoja de servicios [que] no tiene lunares; es más, diría incluso que es brillante” (2006: 32) para el periodo de la Guerra Civil, llega a la División como consecuencia de los asesinatos que había cometido en la inmediata posguerra y que son narrados en *El arte de matar dragones*, la primera novela del ciclo²⁷³. Había pasado por la cárcel de Porlier donde entró con “tuberculosis”, “tísico” y “estaba condenado a muerte” (2006: 33-34). Para evitar el presidio pasa a formar parte del grupo de voluntarios en un momento –la historia se desarrolla en los prolegómenos de la batalla de Krasny

²⁷³ En esta novela se presenta al personaje de Arturo Andrade como policía del servicio de inteligencia franquista en la inmediata postguerra. En ella se enamora de Anna, una prostituta. Tras no ser correspondido por ella, la asesina junto a un rival falangista. En esta novela ya se anuncia el futuro en el que posteriormente se vería implicado el protagonista: “A pesar de que el Caudillo había proclamado la neutralidad del país, la generalización del conflicto europeo hacía planear sobre una España depauperada la amenaza de otra guerra” (2003: 18). Para saber más es interesante el trabajo de Reyes (2016). Cabe señalar que la trilogía de Arturo Andrade ha visto un nuevo capítulo con *Soles negros* (2016), ya ambientada en su vuelta a la España franquista, y la publicación por capítulos en *El País Semanal* de *Los días sin ayer* (marzo-junio, 2016), que narra las vivencias del personaje tras finalizar la II Guerra Mundial <<http://elpaissemanal.elpais.com/autor/ignacio-del-valle/>> (en línea; fecha de consulta: 23 de noviembre de 2016).

Bor– en el que estos no se alistan con el ímpetu del inicio. El suceso es descrito por uno de sus superiores como acto positivo, que implicaba la *generosidad* del dictador²⁷⁴:

Digamos que fue culpa de un asunto de faldas –continuó Naranjo–. El problema es que nuestro hombre se llevó por delante todo lo que había que llevarse y hubo muertos. Los suficientes para pasar tres años en la cárcel hasta que el Caudillo tuvo a bien darle la oportunidad de redimirse y purgar sus culpas. Y qué mejor ocasión que aquí, dando la sangre por España en la destrucción del bolchevismo (2006: 33).

Pero Arturo no solo forma parte de la División Azul, sino que también pertenece al grupo de los *irreductibles* que permaneció en Alemania para defender Berlín. Su llegada a la capital germana no exigió el paso por los Pirineos, porque él no había regresado a España. Y su estancia tampoco respondía a inclinaciones nazis o a la imposibilidad de volver a su país por algún tipo de deuda pendiente que allí tuviera. En él, la guerra se había convertido en una constante que no deseaba evitar:

Llegado a este punto, ni siquiera Arturo sabía exactamente por qué continuaba al borde de aquel abismo. No tenía motivos ideológicos ni presiones jerárquicas, podía haber cogido aquel tren en Nikolajevska y regresar a Madrid para reintegrarse tranquilamente a un plácido quietismo militar. Sin embargo, había preferido enrolarse en la Legión y, más tarde, en la brigada belga de las SS de León Degrelle, la Wallonie, como simple granadero, luchando con gran quebranto en Pomerania contra las vanguardias soviéticas. Trasladado a Potsdam, allí se había encontrado con la Unidad Izquierda, un grupo de combate que los alemanes le habían encargado formar al capitán Miguel Izquierda, y que encuadrado en las Waffen-SS sería destinado a la defensa de Berlín, tras el cual, mediante algún sortilegio burocrático, había terminado sirviendo en la Cancillería. ¿Por qué?, se preguntaba, ¿por qué continuaba dando vueltas como una mula atada a una muela? No tenía certidumbres; quizás la guerra se había convertido ya en un estado de conciencia, un estado primitivo e hipnótico que le mantenía atado a una sensación de misterio, peligro y belleza (2010: 28-29).

Una de las tipologías que encuentra Arturo Andrade, esta vez durante su experiencia en la Unión Soviética, es la de uno de los capellanes que acompañaba al grupo. Este hombre era, para algunos divisionarios, “de los que les gusta oír su voz, pero

²⁷⁴ Rodríguez Jiménez (2009) propone, de manera acertada, la acepción de “personal forzado” a la hora de referirse a aquellos ciudadanos de pasado republicano a quienes se ofreció su participación en la División Azul para conmutar la pena de algún familiar o la propia. En cierto modo, Arturo canjea su pase a la libertad con su enrolamiento en el grupo en una situación en la que era más fácil para el Régimen mirar hacia otro lado a la hora de comprobar la afeción de los *guripas* con la causa defendida en el frente del Este. Arturo se ve forzado a *comprar* su excarcelación a cambio de su participación en la II Guerra Mundial.

buena persona” mientras que para otros el “comehostias es un voceras y un faltón” (2006: 143). Debido a su beligerancia, que le había llevado a enrolarse en la experiencia soviética, organizó “unos cuadros religiosos armados tipo Cruzada con los cuales pretendía venir a purificar Rusia. Cuando el Ejército se enteró, se los desbarataron” (2006: 177). También se le presenta en sus funciones como a un sacerdote preocupado por las almas y el comportamiento cercano a Dios entre los voluntarios, a quienes “en un autoapostolado, repartió estampas, santos y libritos con las oraciones más importantes, conminándoles a «rezar un poquito, porque aquí todos estamos en peligro de muerte»” (2006: 179). El páter tiene una idea de la situación más propia de cualquier soldado que de un hombre de paz. Así se demuestra cuando es cuestionado sobre qué es el pecado y si la empresa divisionaria, a pesar de disparar contra el enemigo, no entraría en esta categoría. El cura justifica y absuelve cualquiera de estas acciones:

¿Pecar? No hay pecado en eliminar a los sindiós, en llevar la justicia del Altísimo, implacable y necesaria, a la Tierra... Esta mano –levantó su mano derecha, subrayando el gesto con un vaivén dislocado– ya no se acuerda de cuántos párpados ha cerrado en Possad, en el Ilmen, en el Dedo... pero seguirá cerrándolos hasta los confines de esta tierra de Caín, hasta que nuestra guerra, santa y justa, la reconquiste física y espiritualmente, para que toda la preciosísima sangre de los mártires vertida en España no haya sido derramada en vano. Todas las demás consideraciones son impías, disolventes, inmorales, blasfemas (...) No hay otra forma de extirpar el cáncer rojo que corroe el mundo que mediante el termocauterio. Benditos sean los cañones, benditos si en las grietas que abren florece el Evangelio. Y tú, hijo mío, formas parte de una causa grande, libre, una Cruzada donde España y la Iglesia, la espada y la cruz, marchan juntas con voluntad de imperio para recatolizar la Tierra (2006: 185-186).

Estas palabras se encontraban más en sintonía con aquel que al despedirse “les entregó unas estampas religiosas con falangistas, requetés y legionarios brazo en alto, levitando hacia el cielo con robustas alas de águila y espadas flamígeras en las manos, escoltando a un Generalísimo disfrazado de Cruzado” (2006: 190). Toda esta actitud del capellán es resaltada porque él, al conocer los pecados de Luis del Águila, una de las víctimas, será una de las piezas clave en la resolución del caso: el páter, que sufría de hemorroides, debía inyectarse morfina para paliar los dolores que estas molestias le causaban, “un tratamiento que le había generado una seria dependencia” (2006: 329). Esta condición la va a aprovechar Arturo para torturar, secuestrar y negar su medicina al cura, para que saque a la luz el problema de la primera de las víctimas, la violación de la mujer

del asesino, un masón. Ante este acto puede se confirma de manera definitiva la verdadera cara del clérigo, quien se mostraba disconforme ante la culpabilidad que recorría la conciencia de la víctima de la primera muerte a investigar: “le absolví –estalló el páter–. De todos sus pecados. Luis hizo lo que debía, pero no lo quiso entender. Era una roja, una puta roja. Mil veces tenían que haberla follado, y mil veces tenía que dar gracias a Dios de que la hubieran dejado con vida” (2006: 367)²⁷⁵.

Pero, a pesar de las diversas tipologías presentadas y que insisten en la heterogeneidad de la División Azul, también hay lugar en las novelas actuales para los personajes que responden al prototipo divisionario. En la novela de Ignacio del Valle ambientada en la Unión Soviética aparece el sargento Espinosa, “un voluntario que en la vida civil era ayudante en la cátedra de Química en la Universidad de Madrid” (2006: 13) como modelo de soldado procedente del mundo universitario. También se retrata en ella a Galo, conocido como *Tiroliro*, que cumple con el papel de la extrema valentía y cuyo comportamiento se encuentra cercano a la locura, ya que “no duerme, y algunas noches se las pasa aullando, como si fuera un lobo, y diciéndoles a los rusos que se va a comer sus corazones”, a lo que hay que sumar su individualismo, que materializa cuando, “cada cuanto se va él solo a hacer golpes de mano y vuelve siempre con algún recuerdo” (2006: 230). Pero esta actitud puede deberse a un hecho acaecido en la Guerra Civil: Galo había sobrevivido a una de las terribles sacas republicanas de la manera más cruenta, lo que había acrecentado “su talento para hacer tablas con la Parca” (2006: 314)²⁷⁶:

La guerra en España le había sorprendido en El Escorial, donde fue detenido junto con su padre y dos hermanos. Presos inicialmente en San Antón, acabaron siendo protagonistas de los tenebrosos sucesos de Paracuellos del Jarama, y tras ser testigo de cómo las milicias populares pasaban por las armas a su familia, también él, con tan sólo veinte años, se había encontrado ante un pelotón de fusilamiento. Un segundo antes de que sonara la descarga se había desmayado de puro terror, y auxiliado por el convulso y siniestro ajeteo de aquel día, fue enterrado vivo en una fosa junto con un montón de cadáveres. Cuando despertó en aquel terrible trance, se vio obligado a permanecer inmóvil, horas y horas, hasta que, furtivamente, en la oscuridad de la noche, pudo abrirse paso entre los muertos (2006: 314).

²⁷⁵ La familia de Luis del Águila, que recibía sus cartas a nombre de su hermana Erundina, estaban dirigidas a la calle del Perdón (2006: 228).

²⁷⁶ Para Viscarri este personaje podría identificarse con el teniente Ismael García Romeu, del Regimiento 262, al que se apodaba *Tirolaípe* por el grito de guerra que utilizaba. Este hombre representa el prototipo de militar que luchó en la Guerra Civil junto a los sublevados y en la División Azul a pesar de que podía haber evitado este trance al ser tuerto (2015: 250, nota 8).

También recurre a la figura del intelectual representada en la figura de Octavio Imaz. Su compromiso se aleja del asumido, por ejemplo, por Dionisio Ridruejo, quien permaneció poco tiempo en las trincheras y, para más inri, resultó herido. En este caso se trata de un personaje que combina las letras y la acción. Cuando el cabo Aparicio hace referencia a él, señala que no solo ha vivido en el escritorio:

Un personaje. El chaval es hijo de un conde y escuadrista de Falange desde los primeros tiempos en la universidad. Cuando empezó la guerra se emboscó en la quintacolumna y salía con un coche fantasma por Madrid, un Chrysler del padre que pintó de amarillo, a ametrallar milicianos. Ya sabes, pim pam, visto y no visto. Acabaron reconociendo el coche y estuvo a punto de traer la ruina a la familia, pero el padre era algo de la Telefónica y consiguió que el Gobierno hiciera la vista gorda, asilándole en la embajada de Panamá (2006: 130).

Además de narrar este suceso acerca de la participación de Imaz en la Guerra Civil, el cabo indica que “también resulta que el chaval es muy leído, una eminencia” (2006: 130), al que “justo antes de venir aquí incluso le dieron un premio [de literatura]”, ya que según Aparicio se dedicaba a escribir libros “con muchas letras (...) [sobre] cosas extrañas, despistadas” y que no correspondían a los gustos literarios de tal personaje, que prefería las “novelas de amor, que son las que me gustan. O esas otras que se leen con una mano –esbozó una sonrisa de sátiro– ya me entiendes” (2006: 131). Cuando Arturo, un personaje que, aunque no pueda demostrarlo tanto como deseara en las novelas, también es letrado, le pregunta a su compañero qué premio ha recibido Octavio, aquel solo acierta a responder “uno gordo (...) ese del Caudillo”, que inmediatamente relaciona Arturo con el “Premio Nacional de Literatura Francisco Franco” (2006: 132), lo que facilita la identificación por parte de este²⁷⁷:

Arturo guardó silencio y relacionó a velocidad de vértigo a Octavio Imaz con Octavio Imaz Cadenas, autor de *Razones de España*, una brillante obra a medio camino entre la arenga imperial y el drama literario que, a pesar de estar muy politizada, terminaba por esquivar limpiamente gracias a su talento la cerrilidad de una burocracia literaria (2006: 132).

²⁷⁷ Así se puede ver en su estancia: “Observó el catre; había un par de libros sobre él. Sonrió. Esa noche había dormido con los pies en Lérmontov y la cabeza en Agustín de Foxá. Los ejemplares, en cuero repujado, procedían del servicio de préstamos de la División. Volvió a sonreír. Aquellas obras trataban sobre una larga lista de problemas existenciales, sin tener en cuenta que donde se hallaban debían arrostrar el más importante: cómo seguir viviendo” (2006: 50). En cambio, el cabo Aparicio utilizaba una edición del *Quijote*, no precisamente para su lectura, cuando de hacer de vientre se trataba (2006: 326).

La descripción de esta “promesa de la intelectualidad” (2006: 237), a la que Arturo debe acudir más adelante en la novela por los conocimientos que sobre masonería atesora, finalizaría aquí si no fuera por los datos aportados anteriormente por el autor. Al recibir el Premio Nacional de Literatura Francisco Franco por una obra titulada *Razones de España* debe pensarse en la inspiración que encuentra Ignacio del Valle, a la hora de su creación, en la figura de Fernando María de Castiella, quien escribió junto a José María Areilza *Reivindicaciones de España*, obra que fue galardonada en 1941 –idéntica cronología que la presentada por el autor para Imaz– con el mismo premio. Si se identifica con el primero y no con el segundo de los autores del ensayo patriótico es porque el primero de ellos formó parte de la División Azul²⁷⁸.

Dentro de los divisionarios falangistas también cabe detenerse en la figura de Francisco Cifuentes, *Pacorris*, un ex-combatiente que había regresado de la guerra y que anima a Antonio Expósito, el protagonista de la novela de Juan Manuel de Prada, a alistarse. Su encuentro se produce durante la huida de este en las inmediaciones de la Secretaría General del Movimiento, donde le confunde con el voluntario con quien más tarde compartirá experiencia Expósito en el Gulag. Se describe a *Pacorris* como un hombre “joven” aunque “era la suya una juventud grave, casi funeral, excavada de arrugas y curtida de sin sabores” y que lucía en “la cara una mancha púrpura (...) [que] era, en realidad, tejido mal cicatrizado, resultado tal vez de una herida de metralla” (2012: 56). La juventud envejecida del divisionario contrasta con la de unos jóvenes miembros del Partido a los que aquel había dado una charla para que alistaran en la Unión Soviética. Estos “falangistillas” (2012: 67), que “hablaban por los libros que habían leído, que eran pocos y teorizantes” (2012: 54), intentaban “emular al doncel José Antonio, que al menos había defendido aquellas entelequias con la propia vida, al igual que los voluntarios que habían marchado a Rusia, sus discípulos de la primera hornada” (2012: 55)²⁷⁹. Como puede apreciarse, en los jóvenes falangistas no existe ninguna voluntad que intuya su alistamiento, sino que se trata de un grupo de teóricos que no están dispuestos a abandonar

²⁷⁸ Para mayor información sobre este personaje, véase *Entre la historia y la memoria: Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969)* (Marcelo Oreja Aguirre y Rafael Sánchez Mantero, 2007).

²⁷⁹ Podría decirse que el propio Prada, como narrador, también participa de este juego consistente en descalificar a los falangistas que no quieren alistarse en la División, al referirse a ellos como “falangistillas”, un término que evoca, inevitablemente, a uno de los oficios más extendidos entre las mujeres de la época, las conocidas “modistillas”. Este término, en su primera acepción en el *Diccionario de la Lengua Española*, se refiere a las que practican este trabajo –“Modista de poco valer en su arte” (2001: 1030)–, de ahí que el autor piense en estos falangistas como muchachos de poco valor para encarnar los principios del partido y el compromiso de la lucha en la Unión Soviética.

la vida de la que se benefician en España. Así lo demuestra que, mientras que muchos de los que cantaron el himno del partido frente a Serrano Suñer se encontraban en Rusia, ya fuera con un fusil entre sus manos o en los cementerios españoles de los diferentes campos de batalla, los sindicalistas universitarios entonan sus versos, siguiendo la retórica inserta en el himno del partido, en dirección opuesta a los luceros donde aguardan los caídos:

Todos alzaron al unísono el brazo derecho y entornaron el *Cara al sol*, que en sus bocas sonaba blandengue y sin enjundia, como una tonadilla de jira campestre. Cantando esta versión pastueña del himno falangista se fueron Gran Vía arriba, al paso alegre de la paz, dispuestos a impresionar a las putas de Chicote. A otros, tal vez los hallase la muerte, allá en Rusia; a ellos, desde luego, no. Su puesto no estaba bajo la noche clara, arma al hombro y en lo alto las estrellas, sino en las mamandurrias que les prometía la neutralidad del Régimen. Antonio apretó el paso, aprovechando la disolución del corro (2012: 55).

Otro de los personajes falangistas es Jorge García Vallejo, el divisionario que en su senectud le relata su paso por la Unión Soviética y Alemania al profesor del taller literario en la novela de Lorenzo Silva. Llega al partido como consecuencia de la Guerra Civil Española: en noviembre de 1936 su padre fue ejecutado por su participación junto a los sublevados en el asalto al Cuartel de la Montaña y tanto él como su familia –la madre había empujado al padre a participar en el golpe y su tío, consumada la lucha, pasa a ser un gerifalte del régimen– se adhieren al franquismo²⁸⁰. De hecho, Jorge en “el otoño de 1940 se matriculó en la universidad y se afilió al SEU, la organización estudiantil de Falange. Escogió la carrera de Derecho, la misma que había hecho José Antonio” (2011: 78). Los tres veneraban al *Ausente* “como apóstol de la España verdadera y eterna” (2011: 73) y las ideas que leía en la *Antología* del fundador de Falange que, con prólogo de Torrente Ballester, le había regalado su tío, influían en el joven de tal manera que “golpeaban en su corazón con la potencia de una verdad deslumbrante, genuina y rebosante de audacia. Parecían estar escritas para él” (2011: 76)²⁸¹. Con este currículum, cuando se abrió la posibilidad de devolver la visita a Rusia, Jorge era uno de los destinados a apuntarse: universitario sindicalista y con una deuda de sangre procedente

²⁸⁰ La madre de Jorge se significaba políticamente más que el padre, ya que ante la disyuntiva del joven en el verano de 1936 sobre quiénes eran los buenos y quiénes los malos, ella “parece tenerlo más claro [que el padre]: los marxistas son la peste y la Falange la salvación” (2011: 58). Cuando acude al Cuartel de la Montaña, le dice a su hijo que tenía “que estar orgulloso de tu padre. Al final ha cumplido con su deber” (2011: 59).

²⁸¹ El libro al que se refiere es *José Antonio Primo de Rivera (antología)*, publicado en Barcelona por Fé en 1940 y cuya selección y prólogo correspondió a Gonzalo Torrente Ballester.

de la contienda cainita. Su enrolamiento fue agradecido tanto por la afinidad ideológica materna como por el arribismo del pariente:

No se opuso su madre, al contrario: se fundió con él en un abrazo y le dijo que era un digno hijo de su padre y que no esperaba menos de él. Y tampoco lo hizo su tío, que por aquellos días transitaba suavemente del fervor joseantoniano al pragmatismo que le permitiría seguir subiendo peldaños en el escalafón del régimen. No vio nada mal que su sobrino arrastrase, en nombre de la familia, un peligro que él mismo, después de agotar su cuota con su sobreexposición durante la victoriosa Cruzada, prefería no compartir (2011: 93).

Pero el personaje que mejor representa al divisionario falangista es Eugenio Sánchez Delgado, compañero de Julio Carrión en el texto de *Grandes*. Miembro del partido y universitario, el primer rasgo que identifica a Eugenio con el falangismo es su propio nombre, que puede remitir a la obra *Eugenio o la proclamación de la primavera* (1945), de Rafael García Serrano, la inspiración de este personaje es Luis Felipe Vivanco como oposición a la figura de Dionisio Ridruejo²⁸². Elige a aquel respecto a este porque abandonó su ideario cuando vio que era un fracaso y no se transformó, como el antiguo divisionario, en socialdemócrata. Lo que afirma *Grandes* es cierto y puede percibirse si se relaciona un hecho que le sucede a este personaje con el mutismo interior de Vivanco: a finales de la democracia, la hija de Eugenio es encarcelada por su posicionamiento comunista. Sol, la hija del poeta, tuvo que marcharse de España por su oposición al régimen y Juan, también su vástago, se encontraba en la cárcel cuando falleció el poeta²⁸³. El rechazo del franquismo puede observarse en varias anotaciones de su diario. En este texto quedó reflejado cómo un antiguo miembro de Falange como él pasaba un 18 de julio sin “conmemoraciones ni puñetas” (1983: 73) y Franco aparecía como un “hombre mediocre y cruel, que aún no ha hecho uso de todas sus cualidades malas” (1983: 99). Su decepción, que no buscó nuevas vías para seguir en la escena política, es sintetizada de la siguiente manera:

²⁸² En los agradecimientos de la novela escribe la autora lo siguiente: “A Luis Felipe Vivanco, poeta, vencedor derrotado por la naturaleza de su propia victoria, porque cuando le llegaba el momento de empezar a recoger, comprendió en qué país vivía, y se marchó a su casa. Otros se hicieron demócratas de la noche a la mañana, fundaron partidos, engrosaron las filas de la oposición moderada. Él no. Él hizo algo mucho más valioso, al menos para mí, mientras anotaba en sus *Diarios* algunas reflexiones que demuestran que es posible conservar la dignidad, incluso cuando nadie recuerda ya muy bien qué significa esa palabra” (2015: 1241).

²⁸³ Véase para conocer la figura del poeta *Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega* (Rafael Alarcón Sierra, 2007).

[Ya] no siento a España como nación o unidad de destino en lo universal (...) Cada día me siento más distanciado de lo malo español, o maldad solapada española. Y todo lo político, hoy día, con su falta de sinceridad y de verdad, lo es. No se puede salir de ciertos ambientes; en seguida se encuentra uno la falsedad y la mentira, mezcladas con la concupiscencia, no de la carne, sino del dinero y del poder que da el dinero. La concupiscencia de la carne puede ser un oasis de vida auténtica. Pecado, pero con redención. En lo otro, en lo político-social, creo que hoy por hoy no tenemos redención o perdón los españoles (1983: 119 y 122).

Más allá de la inspiración que haya encontrado la autora para construir este personaje en Vivanco, pueden identificarse en él los rasgos más clásicos del voluntario azul comprometido con la empresa anticomunista. Como se ha señalado, era familia de falangistas y así se lo hace saber a Julio cuando se presenta a este: “soy Eugenio Sánchez Delgado, el pequeño de los hermanos Sánchez Delgado, ya sabes –su interlocutor no sabía, pero no se atrevió a decir nada–” (2015: 257). Esta presentación con nombre y apellidos, a la que hace referencia al resaltar el valor que los mismos podían tener dentro de la familia falangista, remiten a una de las dinastías míticas del Partido único en relación con la División, los hermanos García Noblejas. En la trayectoria de varios de sus miembros durante los últimos años podía apreciarse su fidelidad al bando vencedor, que comienza por su madre, que “había sido enfermera durante la guerra” (2015: 447) y continúa por el resto de los miembros con la excepción del padre, el menos politizado de todos, y de un hermano que no había seguido el camino del resto de la familia:

Su hermano mayor, Fernando, que era cadete de la Academia Militar de Zaragoza (...) murió en el Cuartel de la Montaña. Arturo, el segundo, falangista también desde antes de la guerra, perdió las dos piernas en Brunete. Romualdo, que le sacaba dos años, se había afiliado al Frente de Juventudes muy pronto, pero no le dejaron incorporarse a filas hasta el otoño del 38, y entró en Madrid sin haber sufrido ninguna herida grave. Eugenio tenía otro hermano, Manolo, que estaba entero y exiliado en México, pero aquella tarde ni siquiera lo mencionó (2015: 448).

Para completar estos rasgos, cuando se muestra de nuevo a Eugenio a comienzos de la década de 1950 puede apreciarse cómo en él reside el falangismo en forma de desencanto: a pesar de habersele concedido el título de ingeniero tras hacer “un curso de mierda” por el cual le dieron “un título de mierda” (2015: 731), regresa a la universidad para completar la carrera como cualquier otro alumno. Vivía en una España que se alejaba

de la ideología que había defendido su familia durante la Guerra Civil y él personalmente durante la II Guerra Mundial. Une a su desilusión su declarado antifranquismo, opción en la que se movieron los fieles *joseantonianos* que renunciaron a la posición privilegiada que les otorgaba su papel como divisionarios y que les llevó al eterno anhelo de la revolución nacionalsindicalista pendiente, cuestiones estas que motivan su discurso al reencontrarse con su amigo:

Esto no va bien, Julio, no va bien. Podría, debería, tendría que ir bien, pero no va. Cuando volví era distinto, porque a los alemanes se les estaba poniendo la guerra cuesta arriba, y aquí, en la superficie al menos, no se movía nada, no se movía nadie, por si las moscas... Pero Franco les traicionó a tiempo, para qué vamos a decirlo de otra manera, y los ingleses le pagaron bien por su traición (...) Y te voy a decir otra cosa. No sé lo que habría pasado si Roosevelt no se hubiera muerto tan pronto, y sin embargo sé que si Hitler hubiera ganado la guerra, ahora mismo en El Pardo estaría Muñoz-Grandes, que era su hombre, el fiel, en quien confiaban. Y con razón. Pero Hitler perdió y Franco volvió a ganar, sin honor, chaqueteando, pero ganó, que es lo que cuenta. Él lo sabe mejor que nadie. Y entonces, hace un año, un año y medio... ¡Buah! Empezó a darme todo un asco tremendo (2015: 731-732).

La antítesis de Eugenio viene representada por Francisco Serrano, *Pancho*, uno de sus compañeros de viaje en Rusia. En un primer momento puede pensarse en él como la figura del voluntario movido por la necesidad más que por la ideología al declarar, tras preguntarle por qué no comía, que “en mi pueblo (...) no tenemos costumbre de comer mucho” (2015: 461). Se convierte así en un compañero más “a quien no le interesaba hablar de nada que no fuera la propia guerra, el número de soldados de cada regimiento, el nombre de sus oficiales, su historial, sus planes de combate” (2015: 461), lo que debería haberles hecho sospechar de que *Pancho* no era solo un hombre que “a veces se tiraba días enteros sin despegar los labios excepto para pedir fuego o interpretar el color de las nubes con su filosófica sabiduría de labriego” (2015: 478)²⁸⁴. En efecto, los rasgos que denotaban el comportamiento de *Pancho*, como “su estoicismo, el empeño en renunciar a la mitad de su comida para alimentar a las polacas de Grafenwöhr, la imposible disciplina con la que afrontaba la dureza de la guerra sin quejarse jamás, la poca costumbre de comer que tenían los de su pueblo y su luminosa interpretación de la resistencia rusa” sumados a que “se sabía de memoria el número de soldados que tenía

²⁸⁴ Pancho, a pesar de ser el ejemplo de indeseable que se pasa a las filas soviéticas, también puede ser un trasunto del fiel escudero de don Quijote, lo que podría venir delatado por la cacofonía existente entre su mote y el nombre de Sancho Panza.

cada regimiento, el nombre de sus oficiales, su posición exacta” deberían haber servido a Julio, por su pasado en la Guerra Civil, para conocer que el objetivo de Pancho en el frente del Este era pasarse, ya que él podía “interpretar todos aquellos signos cuyo código conocía de sobra” (2015: 480). Julio y Eugenio, que observan el momento en el que Pancho cruza el Voljov a pie –inverosímil recurso literario que la autora se toma y que como tal reconoce²⁸⁵–, acuden tras él y el segundo de ellos le indica que está loco por hacer lo que hace, a lo que el indeseable responde: “no Eugenio. Estoy cuerdo, muy cuerdo. Tanto que he levantado el brazo todos los putos días (...) sólo para llegar hasta aquí, para hacer lo que voy a hacer” (2015: 481). Tras marcharse sin oposición, se dirige a sus ya antiguos compañeros para hacerles saber que él no era “un traidor”, sino que ese papel les correspondía a ellos, quienes habían traicionado en 1936 “a vuestro país, a su independencia, a las leyes que juraron defender vuestros generales” (2015: 483). Este acto decepciona a Eugenio, quien desea volver a Madrid –de hecho lo hará de manera casi inmediata– y se escandaliza porque cree que a Pancho en la Unión Soviética “lo considerarán un héroe, y tendrán razón, porque es un héroe a su manera” a pesar de que dentro de su concepción falangista del mundo él no lo conciba como tal ya que luchará “por Rusia contra otros españoles” (2015: 484). Precisamente, esta consideración como héroe, que a él se le iba a atribuir en España a su vuelta, es la que le otorga, años después, cuando ve a Julio tras su regreso y conoce la realidad vivida por su antiguo camarada en Rusia, como preso del Gulag:

¡Pancho Serrano era un héroe, Julio! Rojo y todo lo que tú quieras, pero un héroe, un tío capaz de cruzarse Europa de punta a punta, tragando con todo lo que tragó, para llegar a Rusia con un carné en la bota y con dos cojones, y que acabe prisionero en un campo... ¡Qué barbaridad, qué hijos de puta! ¿Cómo habrán podido...? (...) Por lo visto, los rusos usan a los rojos españoles como presos de confianza, los tratan un poco mejor, no les obligan a trabajar tanto y les dan autoridad sobre los otros. Pero él no ha querido. No ha querido y lo entiendo. No ha querido con dos cojones, con los mismos que tuvo para pasarse, y nadie lo habrá entendido, nadie le habrá admirado por eso. ¡Pobre Pancho! Pienso mucho en él, aquella noche, *tovarich, spanski, tovarich*, no disparéis que me estoy pasando, ¿te acuerdas?, y pienso... No sé. Qué habremos hecho los españoles, joder, qué habremos hecho... (2015: 737-738).

²⁸⁵ “El segundo momento en el que me he apartado de una manera consciente de la realidad, ha sido en el instante en que Pancho Serrano Romero cruza el río Voljov. Sé que ese río no puede cruzarse a pie ni siquiera en verano, ni siquiera en su tramo más estrecho y pedregoso, pero me he tomado la licencia de hacerlo encoger porque el discurso de Pancho, sus vivas a la República y a la gloriosa lucha del pueblo español, habría perdido fuerza, y emoción, si su autor hubiera tenido que pronunciarlo sentado o haciendo equilibrios, de pie, en una barca” (2015: 1232-1233).

6.3.2. De Madrid al infierno: hostilidad, paraíso y caminata

La llegada de los españoles al frente del Este ha sido representada, a lo largo del tiempo y en la mayoría de las ocasiones, a través de un camino único. Se trata de un pasillo que conecta a Madrid con las trincheras de la Unión Soviética y con paradas en la hostil Francia, la idílica Alemania y el tortuoso camino por las tierras ocupadas de Polonia. Podría decirse que este es el trayecto *natural* para iniciar la destrucción del comunismo por parte de los divisionarios. La camaradería que se gestó en los meses previos al combate, los escauceos más o menos amorosos con las indígenas alemanas y las prisioneras de Grafenwöhr o las primeras visiones de los judíos confinados se convirtieron, por sí solos, en una especie de tópicos aislados de la División. Los *nuevos* soldados, en algunos momentos, han seguido el camino que señalaran autores como Tomás Salvador o Antonio José Hernández Navarro, es decir, la clásica vía Madrid-Francia-Grafenwöhr-Polonia-Voljov. Pero, en otras ocasiones, han conocido diferentes maneras para acercarse a la Unión Soviética. Estas se han caracterizado por no mostrar las típicas motivaciones anticomunistas y fascistas, sino por convertir a la unidad de voluntarios en una huida. No debe pensarse aquí en ella como ocurría en el caso de Dionisio Ridruejo: mientras que el poeta se marchaba de la España dictatorial debido a su desencanto con el régimen saliente del conflicto fratricida, los divisionarios de las novelas más recientes huyen, normalmente, para eludir su detención por haber cometido un crimen, para ocultar su identidad o para cumplir una misión específica en la que la División Azul sirve únicamente como tapadera. Pero no solo se trata de observar la tipología del viaje que realizan los azules, sino también cómo se reinterpretan los escenarios que pisan, desde la manifestación en la que Serrano señala la culpabilidad de Rusia hasta la entrada en dicho país.

Los primeros síntomas de cambio a la hora de hablar de la multitudinaria concentración que solicitaba la colaboración con el nazismo tras el inicio de la Operación Barbarroja se encuentran en la novela de Almudena Grandes. La autora traslada la visión de los hechos a la figura de Julio Carrión, su protagonista, quien no siente especial simpatía por la manifestación que presencia. Según la autora ese día “Madrid [era] una precoz promesa del infierno” (2015: 214). Juega aquí, mediante la referencia a la temperatura de un día veraniego, con el acertado del averno, conceptualización de Rusia en la derecha española desde la fundación del país de los Soviets hasta el final de la

dictadura, así como en las propias vivencias del grupo en el campo de batalla, cuya crueldad solo podía compararse al fuego eterno. Tras situar a Julio en el lugar de los hechos, la representación ya no consiste en la clásica alegría antisoviética, sino que se centra en el papel de las personas que no estaban en un primer momento integradas en la protesta, y que, o bien se unieron o bien –y aquí reside la novedad–, huyeron de la misma:

Bajaban por la calle Alcalá y bajaban por la Gran Vía, uniformados, repeinados, pisando fuerte con sus botas, indemnes al calor, indemnes al sol y al fuego de las calles, y a cualquier inquietud, cualquier preocupación, al miedo, porque había ganado la guerra y eran los amos de la vida y de la muerte, de la ley y de la fuerza, de las cárceles y de los paredones, del cielo y de la tierra. Porque para eso habían acertado, pensó Julio, mientras a su alrededor los peatones corrían al borde de la acera para levantar el brazo, o en dirección contraria para ganar unos instantes de paz precaria, insuficiente, en las callejas oscuras o en los túneles del metro. Todo el mundo corría, hacia un lado y hacia el otro (2015: 256).

Posteriormente, la visión que da Julio a su jefe sobre el momento en el que la calle se llenó de un “tumulto de camisas azules” que miraban “al balcón donde se esperaba que Serrano Suñer apareciera de un momento a otro” (2015: 445) es significativa, ya que en ella se puede apreciar el miedo que iba implícito en el acontecimiento para los espectadores del mismo: “hay una gran manifestación de falangistas en el cruce de Alcalá con la Gran Vía. Son un montón y muchos llevan pistola. Por eso, las tiendas han estado cerradas un buen rato, y el banco también” (2015: 446). Como puede apreciarse, este no podía ser el motivo que encontrara Julio para enrolarse en la lucha contra Rusia. Añadido al carácter de huida ante una realidad poco prometedora para este personaje, Grandes atribuye su inscripción en el banderín de enganche a la propaganda que de los avances nacionalsocialistas se hizo en la prensa del momento:

La culpa [del alistamiento de Julio] la tuvieron los periódicos, los partes de la radio, los comentarios que escuchaba por todas partes. Esta mañana he oído que los alemanes se han cargado ya dos mil aviones rusos, le comentó un cliente al señor Turégano, y en el suelo, bombardeándolos antes de que pudieran despegar, así que fíjese, van a llegar a Moscú en dos patadas (...) Les va a durar menos Stalin que la dichosa línea Maginot (...) Al día siguiente, las cosas fueron todavía más lejos. Los periódicos hablaban del gran triunfo alemán, anunciaban la inminente caída de Minsk, de Kiev, de Odesa, publicaban mapas en los que los puntos de las flechas simbolizaban el avance invasor, acariciaban ya los nombres de Moscú, de San Petersburgo (2015: 454).

El personaje de Lorenzo Silva, Jorge García Vallejo, representaba lo opuesto al anterior. Él, como falangista e hijo de un caído sublevado durante el asalto al Cuartel de la Montaña, deseaba participar en una batalla similar a la que habían protagonizado las jerarquías a las que él obedecía y en la que no pudo tomar las armas por cuestiones de edad. De ahí que viviera el 24 de junio de 1941 “vibrando entre el gentío” en una mañana en la que “había hecho su último examen, y sobre la sensación de liberación del estudio, acumuló la exaltación de aquel momento histórico que abría horizontes luminosos para Europa y que a él le brindaba (...) la oportunidad que tanto había deseado y no había tenido” (2011: 90-91). Además de señalar su pertenencia a la generación para la que estaba destinada una parte de la recluta –aquellos que no habían hecho la Guerra Civil pero sentían la victoria como propia–, aprovecha el autor para realizar una reflexión acerca del significado que la marcha de los voluntarios tenía para Franco, algo inaudito en textos del periodo dictatorial:

Enviar un contingente a Rusia, como le pedían aquellos gritones de camisa azul, le reportaba varias utilidades [a Franco]. En primer lugar, le permitía estar al lado de Hitler (...) En segundo lugar, mandar una tropa de voluntarios, y sólo contra Rusia, le permitía situarse, aunque con ciertas dificultades, en el estatus de no beligerante (...) En tercer lugar, le servía para devolverle a Hitler en especie la deuda que había contraído por su ayuda al alzamiento (...) Por último, no le venía nada mal aliviar a su ejército de posguerra de una parte de sus sobreabundantes cuadros, a los que ahora tendrían que pagar y alimentar los alemanes, y mejor aún le venía librarse de varios miles de energúmenos falangistas: que en vez de enredar en casa desahogaran sus energías sobrantes en las estepas rusas, en las que además, y por simple cuestión de probabilidades, se quedarían unos cuantos (2011: 91-92).

A la manifestación le siguió la instrucción y el envío al frente. El inicio del viaje que, como es conocido, fue representado como una de las grandes expresiones de júbilo de la posguerra –superada en el ámbito de la historia divisionaria solo por el recibimiento a los presos del Gulag en el puerto de Barcelona–, encuentra en la novelística actual diferentes grados de celebración. El investigador de la serie escrita por Ignacio del Valle, a pesar de no tomar parte de la despedida de Madrid, se refiere a ella cuando comienza sus pesquisas por el primero de los asesinatos en *El tiempo de los emperadores extraños*. Evoca el tren en el que se marcharon los voluntarios, “con todas sus ventanillas ocupadas por sus rostros vociferantes y sonrientes mientras se despedían de la multitud que llenaba el andén de la estación del Norte”, ese mismo “tren que repitió paisajes y puentes esquemáticos cruzando dos países en tres días, trasterrándoles desde los márgenes sin

trascendencia donde vivían hasta los cauces por los que discurría el pesado río de la Historia” (2006: 91). Menos poética pero significativa es la partida que narra Jero Salmerón. Puede ser así considerada por deslocalizar la repetida salida de los divisionarios de Madrid y llevarla a Zaragoza, cuya estación “hervía plena de actividad por la presencia de los voluntarios de la División Azul y sobre todo, por la presencia de los familiares y militantes de Falange que acudían a despedir a aquellos fanáticos dispuestos a dar la vida por luchar contra Rusia” y que “aparecía engalanada con banderas rojas y gualdas, las camisas azules proliferaban, los uniformes blancos de gala de aquellos malditos falangistas aparecían aquí y allá. Incluso se observaban banderas italianas y enseñas rojas con la esvástica” (2005: 107). El entusiasmo de esta despedida, al fin y al cabo similar a la de Madrid, denota cómo en la mayoría de las ciudades la colaboración popular a la hora de inflamar de ánimos a los soldados fue mayoritaria. En cambio, cuando el tiempo corre, todo el fervor desaparece y es sustituido por la soledad provocada por el desgaste de una guerra más cruel de lo esperado. Así le sucede a Antonio Expósito en la visión que aporta Juan Manuel de Prada. Al día siguiente de su alistamiento, parte para Logroño desde la estación del Norte de Madrid, en la que coincide con “los escasos voluntarios que aguardaban con el petate y el miedo a cuestras” (2012: 72) y que suman “media docena de voluntarios taciturnos como él, acaso como él, prófugos de un pasado poco honroso o simplemente prófugos de sí mismos” (2012: 74). Se trata de un escenario, en el que “reinaba ahora un silencio lóbrego, como de hangar en ruinas o planeta desahuciado, sólo infringido por el vozarrón voluntarioso de Cifuentes y los sollozos sofocados de media docena de mujerucas de luto” (2012: 74-75). Del mismo modo le ocurre a Lena, la enfermera de Carla Montero. Ella acude en fechas muy parecidas a las del personaje anterior –noviembre de 1942–, cuando la moral ha bajado y la División Azul comienza a ser, política y socialmente, relegada a segundo plano. Curiosamente, ella no parte de la estación del Norte, sino desde Atocha. No se trataba de un tren habilitado para un contingente, sino que tomaban parte como pasajeros corrientes:

Partieron a las nueve de la mañana en el expreso de Irún. No se congregaba demasiada gente en la estación de Atocha, nada comparable con aquellas despedidas tumultuosas –banda de música, banderines y flores– con las que se habían rendido honores a los valientes voluntarios de las primeras expediciones en el verano del 41. El entusiasmo había decaído, Rusia era un frente demasiado lejano para seguir emocionando al pueblo español, ni siquiera los que regresaban repatriados hablaban demasiado de ello; la guerra heroica se congelaba en el frío intenso (2016: 301).

El paso por Francia es el motivo que más se asemeja de todos los que narraron los divisionarios por parte de los novelistas actuales. La parada en Hendaya y la hostilidad que mostraron los ciudadanos franceses y los exiliados republicanos hacia los voluntarios azules se repiten con asiduidad. Al pasar la frontera, les esperaban sus camaradas nacionalsocialistas, “aquellos soldados [alemanes] orgullosos, impecables, frente a los que los españoles ofrecían, en comparación, un aspecto desastrado y polvoriento” (Silva, 2011: 96). La conocida *hospitalidad* acompañada del baño fue sufrida por el divisionario de Jero Salmerón:

En Hendaya tomaron contacto con los nazis por primera vez. La mayoría de los guripas estaban borrachos como cubas (...) Un cabo y un soldado de Sevilla lo llevaron en volandas a las duchas. Allí, el agua fría le hizo volver en sí. Todos los guripas maldecían. Después de aquello, los alemanes los desinfectaron con unos polvos azules como si fueran ganado y más tarde, ya aseados y vestidos de nuevo, les ofrecieron una suerte de recepción en la que unas bellas germanas de uniforme les sirvieron salchichas, coñac y chocolatinas al son de una banda que no cesaba de tocar y tocar. Los compañeros de Javier estaban eufóricos, entusiasmados, así que el veterano comunista comenzó a meterse en el papel y luciendo su mejor sonrisa departió amigablemente con unos, hizo bromas sobre las exuberantes alemanes con otros y terminó cantando y bebiendo con sus nuevos camaradas, emborrachándose otra vez (2005: 120).

Almudena Grandes señala cómo les extrañó, mientras atravesaban las tierras galas, el escuchar un “ruido seco, breve, metálico, que se repitió dos o tres veces en la primera estación en la que el tren tuvo que aminorar la marcha sin llegar a detenerse” (2015: 441). En efecto, se trataba de las piedras que les tiraban los exiliados españoles como muestra de repulsa por su colaboración con el Tercer Reich. La traslación del interminable conflicto cainita a tierras galas provoca en Eugenio un discurso de rechazo de marcado carácter falangista acerca de la incomprensión de tal acto: “ahora que por fin estamos construyendo un país libre, un país fuerte y mejor, con todos, para todos, ahora que España ha vuelto a ser ella misma, orgullosa, serena, inmortal... Ahora, vienen éstos y nos tiran piedras. Nos tiran piedras a nosotros, joder, ¿tú lo entiendes?, es que no hay quien lo entienda” (2015: 442-443). Esta arenga, que otrora habría venido acompañado por la aprobación de sus compañeros e incluso de alguna de las famosas *bravuconadas* divisionarias, como cualquier acto de agresión contra los exiliados, es ahora contrarrestada al destacar la narradora la ingenuidad del personaje ante tal situación:

Eugenio Sánchez Delgado era así, y era único, o por lo menos Julio no conocía a ningún otro falangista tan puro, tan tonto, tan bueno, tan idealista, tan raro, tan desinformado o tan inocente como él. Nunca llegaría a conocerlo, como nunca llegaría a encontrar un solo adjetivo capaz de definir a su amigo, que en la estación de Orleáns estuvo a punto de echarse a llorar ante una pequeña multitud de españoles exiliados, republicanos y furiosos, que optaron por degollarse simbólicamente con el pulgar cuando se quedaron sin piedras que tirar (2015: 443-444).

La felicidad que contrasta con estos ataques se encuentra en la llegada a Alemania. El discurso de Joaquín M. Barrero, que trata brevemente la estancia en el campamento militar de Grafenwöhr, sigue la estela clásica del relato divisionario. Su soldado “envidió el modo de vida alemana al ver el orden, la limpieza y las pintorescas y bien conservadas casas de tejados a dos aguas” y lo comparó con la penosa situación de España, donde “[quizás] pudiera llegar el día en que los pueblos y ciudades no estuvieran incitadas al abandono y a la desidia, y el nivel educacional fuera como el de ese país” (2013: 289). En otra dirección, es interesante remarcar el ejemplo que se observa en el caso de Jero Salmerón. Aunque señala la clásica vía de entrada al Tercer Reich, la óptica difiere debido a la ideología del protagonista de su novela. Como se ha indicado, Javier, como antiguo soldado de las fuerzas republicanas en la Guerra Civil, se opone al fascismo español. Sitúa el autor la fastuosa bienvenida no en Karlsruhe sino en Saarbrücken, ciudad fronteriza al noroeste de aquella cuya estación “estaba llena de banderitas, cruces gamadas, uniformes de las SS y multitud de civiles que aclamaban a los soldados españoles con vítores y aplausos” (2005: 121). Pero su convicción republicana reacciona ante aquellas estampas que contempla: “aquel entusiasmo no era otra cosa que la prueba de que el ideal nazi se estaba imponiendo en el mundo” (2005: 122). Su pesimismo crece cuando contempla el esplendor de Grafenwöhr, en el que “todo era excelente” y ante el que piensa “que por muy bueno que fuera el Ejército Rojo no podría igualar aquello ni en sueños. Se sintió desmoralizado” (2005: 122). El conocimiento *a posteriori* por parte de Salmerón de los horrores cometidos por el nazismo le permite realizar una reflexión acerca de la vida edénica que llevaban los ciudadanos alemanes y cómo chocaba esta con las terribles actuaciones de sus soldados en los territorios ocupados. La visión republicana del personaje permite que Grafenwöhr deje de ser progresivamente un paraíso para sacar a relucir las miserias del pueblo germano, indemne al daño que provocaban sus tropas:

Todos quedaron extasiados ante la bucólica visión de aquel agradable pueblecito germano. Las casas eran preciosas, los tejados de vivos colores brillaban al sol de la tarde veraniega y los jardines, profusamente cuidados, proporcionaban una innegable sensación de frescura y verdor. El empedrado de las calles era perfecto y el pueblo se hallaba jalonado de cervecerías y coquetas tiendas en las que era posible comprar de todo. Los alrededores eran verdes y frondosos, los puentes que surcaban los riachuelos, añosos y bellos. Aquello parecía de cuento de hadas. Javier envidió una vez más a los malditos nazis que les saludaban dando muestras de verdadero afecto para con los divisionarios. Aquellas gentes parecían alegres, simpáticas, campechanas y muy humanas, y en cambio mantenían su apoyo al Tercer Reich. Vivían en una sociedad rica, opulenta y bien organizada, moderna, pero eran ajenos al mal que estaban causando al resto de Europa. Tenían esclavizados a todos los pueblos conquistados, saqueaban sus países, sus materias primas y expropiaban a los judíos, pero no se observaba en ellos ni un atisbo de remordimiento siquiera. Se dedicaban a disfrutar de su rico país, sus buenas carreteras, sus hermosos pueblos, su cerveza... como si el mundo no estuviera en guerra (2005: 123-124).

Al contrario que este personaje, el de Lorenzo Silva, convencido falangista, vive su estancia en Grafenwöhr de un modo especial. También, de manera muy diferente a la clásica imagen del soldado español que relajaba su disciplina y vestía la guerrera sin abrochar o dejaba ver su camisa azul como símbolo de su significación política, él “se tomó la instrucción con la seriedad de sus pocos años” y “[se] esforzó por no desmerecer en su pulcritud de los alemanes, ya fuera la marcar el paso o al mantener en perfecto estado de revista correajes, botas, uniforme y armamento” (2011: 103). Pero el autor destaca, sobre todo, el acontecimiento central de la vida en el campamento: el juramento a Adolf Hitler. En él, además de expresar el convencimiento de su personaje y la especificidad del compromiso que adquirirían los españoles con la *Wehrmacht*, sitúa en el centro del acto al general Friedrich Fromm, quien caería en desgracia tras fracasar el atentado del 20 de julio de 1944 contra el *Führer*, en el que estaba implicado:

Como el resto de los 16.000 a los que iba dirigida la pregunta, formados en aquella explanada del campo de maniobras de Kramerberg, con sus uniformes alemanes y la bandera española cosida en la manga derecha de la guerrera y estampada en el mismo lado del caso, Jorge respondió con un “Sí, juro” en el que puso el alma. Ciertamente es que el juramento contenía una deliberada restricción (“en la lucha contra el comunismo”), pero no es menos cierto que se trataba de ponerse a las órdenes del autor del *Mein Kampf* (...) Paradojas de la vida y de la Historia: aquel general Fromm, testigo del compromiso de los soldados españoles, moriría fusilado tres años y medio después, por traición y por cobardía. Los cargos se le imputaron por su implicación en el complot de varios jefes militares alemanes para matar a Hitler y por

apresurarse luego, tras el fracaso de la intentona, a fusilar a aquellos que podían delatarlo. Pero haber prestado su juramento ante tan poco fiable personaje no disminuyó un ápice la firmeza con que Jorge había de mantenerlo (2011: 114-115).

Pero si hay una descripción diferenciadora del clásico discurso divisionario es la que lleva a cabo Juan Manuel de Prada. Su soldado, que acude a Alemania avanzada la lucha, no encuentra la salutación que sus compañeros disfrutaron en el verano de 1941 en Karlsruhe y no disfruta de la glorificada estancia en Grafenwöhr. Dieciocho meses después, él y sus camaradas son “acogido[s] sin excesivo entusiasmo” y, aunque “no había faltado esa magnanimidad condescendiente del gran señor” (2012: 82), los aliados del Tercer Reich ya no son tratados como héroes, sino que “eran despachados al frente, como piezas de recambio de un engranaje cada vez más herrumbroso que, sin embargo, no se detenía” (2012: 83). Por supuesto, no puede pensarse en el idílico paraje bávaro, donde los primeros reclutas pasaron tres paradisíacas semanas antes de comenzar su marcha al frente. Aunque también se establecieron en el sur de Alemania, estos voluntarios acuden al campamento militar de Hof. Allí se toman medidas para que el grupo de Antonio no tenga conocimiento de la situación real del campo de batalla, por lo que se destina a estos hombres “a un pabellón separado del que ocupaban los guripas desmovilizados del frente, para impedir la comunicación entre ellos, que podría provocar desmoralizaciones entre los rosquillas. Pero por radio macuto circulaban rumores” (2012: 83). A pesar de esta frontera existente entre quienes regresan de la lucha y su recambio, Antonio consigue información gracias a un médico acerca de la situación de la División Azul. El panorama que se presenta ya no invita a la batalla, sino que se ha transformado en un verdadero infierno que anularía la intención de luchar de los nuevos soldados, quienes no disponían, en la mayoría de los casos, del entusiasmo presente quienes respondieron a la destrucción de la Unión Soviética:

No he conocido nada semejante, guripa (...) Y conste que estuve pegando tiros en el Ebro, cuando la cruzada. Por cada uno de los nuestros hay veinte ruskis, por cada una de nuestras baterías treinta de las suyas; la Luftwaffe ya no tiene combustible para enviar aviones en apoyo de la infantería (...) Por el momento, el ejército rojo sólo ha lanzado ofensivas menores en nuestro sector; y, sin embargo, crece cada día el número de bajas por los destrozos de la artillería. Imagínese el día que se decidan a lanzar el ataque definitivo. Será una escabechina como la que está habiendo en Stalingrado. Y el frío, ese frío que te muerde el alma (2012: 85).

Dentro de la línea de contrastes que suponen ciertos pasajes de la novela respecto a la imagen que de la División Azul había sido ofrecida por parte de los divisionarios que participaron en la batalla, es reseñable cómo se desarrolla en ella el juramento. En primer lugar, el acto ya no tenía nada de ceremonioso y no se correspondía con la teatralidad con la que los españoles se habían despedido un año y medio atrás de Grafenwöhr, ya que “desde España se habían cursado órdenes que exigían la supresión de la publicidad y la adopción de todo tipo de discreciones vergonzantes”, por lo que se realizaba en un despacho en el que, “como trapos exhaustos, se amontonaban las banderas de España, de la Falange y del Tercer Reich, la tercera casi oculta por las otras dos” (2012: 88). Cuando lo realiza, el capitán ante el que lo hace le dice, casi en tono de disculpa –aunque la fórmula realizada es idéntica en todo caso–, que “las ordenanzas me obligan a tomarle juramento” y le advierte “que los deberes que acaba de asumir no incluyen otro tipo de acciones que no se encaminen a la lucha contra el comunismo” (2012: 91). Si le hace esta recomendación es porque los españoles ya han podido observar la extrema crueldad del sistema nacionalsocialista, especialmente en momentos de guerra, y por la necesidad de desmarcarse de tales actos ante sus futuros aliados. Por ello, su superior le advierte de lo que sus ojos pueden llegar a ver: “Esos nazis cabrones le hacen perrerías a la gente, soldado. Son unos putos chacales sedientos de sangre. Pórtese como un caballero cristiano con los civiles rusos; ellos no son nuestros enemigos” (2012: 91-92). Sobre estos últimos, le comunica además que “lo importante es que, cuando nos marchemos, los rusos recuerden que allí un puñado de españoles peleó noblemente”, posibilidad la de la rememoración a la que Antonio alude con una sentencia premonitoria sobre el trato que recibirán los *guripas* a su regreso: “Quizás en España nos olviden antes” (2012: 92). Para rematar –y mostrarse en sintonía con las anteriores palabras de Antonio–: “Pues que sea porque España ha dejado de ser noble, no porque hayamos dejado de serlo nosotros” (2012: 92). La intimidad del sometimiento de Antonio Expósito es sustituida por la escritora Carla Montero, que narra, en el mismo campamento y, como se ha indicado en páginas anteriores, en similares fechas, un juramento que se asemeja más a la forma practicada en Grafenwöhr que a la que escondía de a los españoles de la vergüenza de acatar los mandatos hitlerianos. De todos modos, en esta escena pueden apreciarse dos detalles importantes: el poder de la masa frente al convencimiento individual y los efectos de la guerra entre quienes regresan de la lucha. Mientras que se observa cómo entre los nuevos soldados se combinan la motivación personal y el compromiso grupal, los que

vuelven a España no regresan victoriosos bajo el laurel sino con la pérdida de su integridad física:

El grito unánime resonó en el pecho de Lena, tan alto que ni siquiera pudo oírse a sí misma pronunciando el voto. Levantó el brazo. Firme junto a sus camaradas enfermeras y soldados, formaba en la explanada del campamento de la División 250 en Hof. El aire frío le golpeaba en el rostro y agitaba su capa. También las banderas, la de España y la *Reichskriegsflagge*, la bandera de guerra del Reich. Allí estaban las autoridades españolas, las autoridades alemanas, el páter... Hubo vivas al Führer, a Alemania y al ejército alemán. En la misma ceremonia se habían impuesto condecoraciones, medallas prendidas sobre los cuerpos mutilados que devolvía el frente.

Juro, había articulado Lena, no estaba segura de si a viva voz, no se había escuchado. Juro. Obedecer a Hitler. Luchar contra el comunismo. Combatir. Dar la vida. Nada de aquello se le había pasado por la cabeza al firmar la hoja de inscripción. Pero... Juro. Como todos a su alrededor, como aquellos muchachos valientes e idealistas que ahora desfilaban frente a ellas dispuestos a dar la vida, sí, pero cada uno por sus propios motivos, y no todos estaban especificados en el juramento (2016: 307).

El siguiente paso con el que cumplen los azules dentro del imaginario divisionario es la larga marcha a pie hacia la Unión Soviética. La dualidad entre acto heroico e innecesario que existía en la literatura del periodo franquista se borra para ser considerada, por Jero Salmerón, como “la gran primera decepción de los divisionarios”, ya “que si las jornadas de la instrucción en el campamento de Grafenwöhr se le hacían duras, la marcha de la División Azul por Polonia le[s] iba a aparecer un auténtico calvario” (2005: 143). Según señala este autor, para muchos, la caminata “no era sino que Hitler no se fiaba de las tropas españolas y que les hacían deambular por media Europa para ralentizar al máximo su incorporación al frente” (2005: 145). Para Almudena Grandes se trata de un “extraño y extenuante viaje hacia el frente” por el cual la vivencia de las semanas anteriores “fue perdiendo poco a poco color, relieve, como cualquier otro episodio del pasado reciente, aquellos alegres y dorados días de Grafenwöhr que se deshilaron, como hebras de un sueño ficticio, en las cunetas de una pesadilla interminable” (466). Un acto innecesario para un ex-combatiente de la obra de Joaquín M. Barreiro, que la considera “un insulto de los alemanes, que Muñoz Grandes encajó y convirtió en una hazaña absurda, desde cualquier punto que se mire” (2013: 152). Para otro de ellos, también era incomprensible esta tortuosa llegada a las trincheras, sobre todo si formaban parte del admirado ejército germano:

Pocos entendían esa marcha a pie si estaban en el mejor Ejército del mundo. ¿Es que no había camiones para ellos? Tendrían que hacer unos cuarenta kilómetros diarios, con descansos de cinco minutos por cada seis kilómetros, bajo un calor endiablado que agotaría a muchos. No era ésa la forma de hacer la guerra que ellos pensaban. Pero la mayor parte, destacando los nunca desalentados falangistas, jamás se quejaba y estaba deseando entrar en combate. En realidad, la mayoría de esos jóvenes *azules* renegaba de las normas militares porque ellos solos se bastaban con su entusiasmo para vencer a los comunistas (2013: 336).

A lo largo del camino observan el rastro de horror que deja la guerra allá por donde pasa. Son habituales las escenas en las que aparecen “los esqueletos carbonizados de los T-26 soviéticos, algunos con los retorcidos cadáveres de sus ocupantes visibles a través de los boquetes del blindaje” (Silva, 2011: 119) o “multitud de cuerpos en las cunetas, granjas incendiadas y cráteres producidos por la artillería y la aviación” (Salmerón, 2005: 146), que no son sino “los estragos de una guerra que parecía distante” (Barrero, 2013: 290). Incluso cuando acude un año más tarde como parte de los *Batallones de Relevo* puede encontrarse con “campos esquilados, pueblos aplastados por el hambre y por las bombas, gentes famélicas arrebujadas en sus harapos, con los rostros coagulados de espanto y los ojos infinitamente cansados, como de haber llorado en un entierro que hubiese durado meses o años” (Prada, 2012: 92-93). Javier González congrega todos los devastadores efectos en la siguiente imagen:

Los restos de la batalla aún estaban presentes. La columna de voluntarios españoles avanzaban [sic] sorteándolos. Cientos de vehículos calcinados, mostrando sus chasis ennegrecidos y descarnados. Rastros de piezas de artillería soviética junto a las cuales todavía yacían, congelados y terriblemente mutilados, sus servidores. Pasaron ante cientos de cuerpos de soldados rusos caídos en los durísimos combates. Muchos llevaban allí más de dos meses, pero nadie había tenido tiempo de enterrarlos. Sólo los alemanes enterraban o repatriaban a sus muertos, los rusos se retiraban demasiado deprisa para dar sepultura a sus combatientes (2006: 268-269).

Además de tan tétricas escenas, toman contacto con Polonia, el país amigo por su catolicidad, y contemplan la vida de los judíos bajo el yugo de los nazis. Respecto al país ocupado, se recoge la impresión que causaba a sus habitantes el ver de nuevo “miles de uniformes verdes” que “no los llevaban gigantes rubios que parecían ladrar, sino hombres morenos, de estatuas rezagadas como ellos, que hablaban en voz alta un idioma nuevo y lo salpicaban con risas y canciones, trayendo vientos de una lejana tierra” (Barrero, 2013: 292). Al reflejar en la actualidad el trato entre los polacos y los divisionarios, destaca la

repetición de la unión a través del credo en la que se insistía durante la literatura del franquismo: “Los lugareños caminaban, cabizbajos y meditativos, tal vez rezando, por los andenes; y cuando descubrían que eran españoles los que viajaban en aquel tren, rescataban de entre las ropas medallas y escapularios que mostraban a los divisionarios, en señal de hermandad” (Prada, 2012: 93).

6.3.3. Colaborar con los nazis: Alemania y el alemán

La creación de la División Española de Voluntarios, como se ha apreciado, fue, además de la devolución de la visita, el mayor y único esfuerzo que podía permitirse el franquismo en el periodo posbélico para participar en la II Guerra Mundial. La motivación antisoviética, aunque suficiente, iba acompañada de la necesidad de colaborar con el aliado nazi-fascista como respuesta a la ayuda recibida durante la contienda civil y como método de integración en un futurible mundo dominado por el Eje. Tres cuartos de siglo después, la pertenencia al Ejército de la *Wehrmacht*, es decir, al de los perdedores de la lucha, se encuadra en un contexto diferente a la hora de representar las vivencias que, tanto con sus miembros como con en sus territorios, tuvieron los españoles del *Heer*. La admiración más o menos abierta que mostraban los azules en la literatura divisionaria de la dictadura, con la marcada diferencia que respecto de sus camaradas remarcaban en torno a las políticas de exterminio de la población judía, es sustituida en la actualidad por los estereotipos que pesan sobre la imagen del nazi. Antes de indagar en la percepción que se ofrece hoy en día del nacionalsocialismo y su papel en el conflicto internacional, de su líder Adolf Hitler, de sus integrantes o de la población alemana, es necesario acudir a la conceptualización que de los estereotipos han realizado Miguel Ángel Vega Cernuda y Henning Wegener:

Las imágenes nacionales y los estereotipos se desarrollan a lo largo de la historia, se forman y acaban convirtiéndose, con el tiempo, en percepciones colectivas. Desde siempre, tales imágenes se han instrumentalizado y didactizado según las conveniencias del poder vigente o de su correspondiente contrapoder. Cualquier acción de hostilidad o de alianza emprendida por los poderosos que rigen los grupos humanos ha ido orquestada con un acompañamiento de razones de “imagen”. (2002: 19).

La imagen que los divisionarios habían ofrecido en sus textos que, con ciertos matices, era la propia de unos compañeros de batalla que habían compartido espacio en la retaguardia, el campo de batalla y el objetivo de aniquilar a un enemigo común ya no es posible encontrarla en las nuevas novelas sobre la División Azul. Las relaciones mantenidas entre los soldados españoles y alemanes que, como se indica en la novela de Ignacio del Valle sobre la lucha en el frente de Leningrado, “no eran todo lo óptimas que proclamaba la propaganda oficial, debido a las continuas injerencias de éstos en los asuntos internos de la División” (2006: 38). En ella se señala un incidente de Arturo cuando un perro, custodiado por “un soldado alemán, uno de esos que se movían como si alguien tirara de sus hilos” (2006: 22), le ataca y, por suerte, el suceso no llega a más al estar el can atado a un palo y sujeto con una correa. Tras este hecho, “Arturo se le acercó ceñudo [al soldado] y empuñando las palabras le interpeló en su lengua” y mantuvo con él “un acalorado enfrentamiento durante el cual el germano exhibió una actitud fría, autosuficiente” (2006: 22). A este episodio, que sirve para que pueda apreciarse cómo Arturo era uno de los pocos voluntarios privilegiados que hablaba alemán, asiste el cabo Aparicio, quien, al no comprender el diálogo²⁸⁶, demuestra que tampoco le hacía falta para dirigirse al miembro del *Heer*, al que “habló lentamente, como si su cerebro no pudiera soportar demasiado tráfico intelectual, aunque siempre sonriendo”, y le regala varios improperios a sus oídos: “hijodeputa, cabrón, mariconazo, gilipollas... Manta, que eres un manta... Me cago en todos tus muertos” (2006: 22). El cabo cree que el can, además de para detectar a partisanos, a quienes “huele a distancia” está allí “también para cazar españolitos... Para ellos no somos más que unos guarros, poco menos que micos” (2006: 23). De esta escena es interesante indicar que el perro no pertenece a una raza cualquiera, sino que –y ahí toman verdadero sentido las palabras del sargento–, se trata de un pastor alemán, que a Arturo “le odiaba” (2006: 42), dispuesto a devorar a todo el que pase por allí. Y es a continuación cuando puede apreciarse el conflicto entre unos y otros: “Arturo recordó con deleite las constantes quejas de los germanos a causa de la relajación ibérica: guerreras desabrochadas, manos en los bolsillos, pitillos colgando de los labios... «Se puede sacar a un español de España, pero no a España de un español», pensó” (2006: 23).

²⁸⁶ Obsérvese la apreciación que despierta en el cabo Aparicio el conocimiento de Arturo de la lengua de Goethe: “Y coño, –añadió admirativo–, si sabes alemán, ¿qué te ha dicho?” (2006: 23). En este personaje pueden hallarse varias opiniones sobre la consideración que tenían los españoles sobre los *doiches*, como cuando, por ejemplo, afirma: “ya sabes que para llevarse bien con los Ottos hay que hablar de matemáticas. A ellos lo que más les gusta es que todo cuadre, les pone mucho” (2006: 98).

Cuando a Arturo le es encargada la tarea de investigar el crimen, conoce al “capitán Wofram Kehren, de la plana mayor de enlace alemana”, un hombre de “estólida frialdad (...) [cuyo] español apenas estaba sedimentado por el hierro de su lengua nativa” (2006: 34), lengua que aprendió cuando “estuve dos años en su país, durante la guerra” (2006: 242). Pero la presencia de Kehren es especialmente interesante en otro encuentro, en el que se abre un pequeño debate sobre el diferente trato que ambos grupos dan a los indígenas. Arturo le recrimina que, como “tratan ustedes a los rusos, no creo que quieran pertenecer a esa nueva Europa de la que hablan” (2006: 243), a lo que el *Hauptsturmführer* responde que los “soviéticos son «infrachumanos», y por ello tienen que dejar paso a sus nuevos amos” (2006: 244). Aquí hace Arturo la misma distinción que la gran mayoría de los divisionarios apreciaron al conocer *in situ* a la población del lugar, lo que deshizo su misión inicial de destruir Rusia: “Pero el pueblo ruso no son los soviéticos. Y Stalin les ha machacado tanto que bastaría con darles un trozo de pan para que ellos mismos conquistaran su país y nos lo entregasen en bandeja. Gobernemos gracias al amor y no a las bayonetas” (2006: 244). Cuando le cuestiona el oficial si la autoría de la última oración, en referencia al catolicismo de la División, es cosa de Jesucristo, Arturo le sorprende al revelarle la identidad de quien la pronunció: “Su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels” (2006: 244).

Este no es el único de los aspectos que trata del Valle respecto a las relaciones entre los españoles y los alemanes. Arturo coincide con un enlace de los *Einsatzgruppen*, sobre cuya nefasta función, que él desconocía, le informan de la misma desde la oficialidad española, lo que podría delatar el conocimiento que podía tenerse en la misma de sus actividades: “hacer desaparecer gente (...) Elementos subversivos, comisarios políticos, espías, partisanos, colaboracionistas... Judíos” (2006: 241). Pero esto no quiere decir que contara con la aceptación de los mandos españoles, quienes muestran su repulsa hacia ese hombre, al que apodan *Magia Negra* por las desgracias que conllevan sus acciones, definiéndole como un “cabrón nos trae a mal traer” (2006: 240). Con los escuadrones que dirigía tal personaje los españoles tienen un fuerte encontronazo en una de sus actividades: Arturo observa a “un grupo de soldados de rostros torvos, con barba de varios días; no parecían de la Wehrmacht, quizás era alguna unidad de las SS, pero no podía asegurarlo” que amenazaban a “un grupo de rusos que habían reunido contra la pared de uno de los barracones, vigilados por un par de miembros de aquella extraña hueste. Reconoció a algunos de ellos, prisioneros que echaban una mano en la Intendencia o gente del pueblo que veía un día sí y otro también. *Einsatzgruppen*, recordó” (2006:

279). El primer dato que da la escena, y que va a provocar el torrente de acontecimientos que la siguen es evidente: donde los españoles veían a unos colaboradores, quienes podían estar con ellos más o menos obligados, pero de quienes recibían un trato leal, los alemanes solo encontraban una serie de representantes del *Untermensch* a los que, según su ideario racista, debían eliminar. Antes de que Arturo pudiera intervenir “uno de los guripas, un tipo de rostro enrojecido, pequeño pero duro como una nuez, se acercó al germano y le plantó cara. Como siempre, el soldado le habló en el galimatías de español, alemán y ruso que conformaba el esperanto de la División” (2006: 279) y como el alemán, tras intentar Arturo poner paz y un cruce de palabras, “nervioso, enfurecido, desvió unos segundos su Walter hacia el soldado [español]”, los voluntarios reaccionaron “con la violencia típica de los españoles, cercando con un bosque de armas que parecieron salir de la nada a los alemanes, tan sorprendidos de su furia que no acabaron de creérselo” (2006: 280). Consigue el autor así que los aliados cambien de manera inmediata su paradigma y se conviertan en enemigos entre sí. Los *ruskis* deshumanizados por la propaganda antisoviética son el motor que saca a la luz a los que, verdaderamente, dejaron de ser humanos. Ante el asesinato de uno de los prisioneros y las amenazas de acabar con un niño ruso, amigo de Arturo, este encañona al alemán, pudiéndose apreciar el nihilismo característico del personaje a lo largo de toda la serie de novelas, ya que ante tal situación “no parecía un valiente, sino alguien cansado de vivir, y por ello mucho más peligroso, porque le daba igual que lo matasen” (2006: 281). Tras deshacerse el entuerto por un ataque de los rusos, que en vez de lanzar metralla habían dejado caer octavillas con la típica invitación a pasarse, el *guripa* que había plantado cara a los alemanes resalta, con sus palabras, quienes eran los que, finalmente, habían dejado de pertenecer al mundo de los vivos: “Esos tíos eran duros de verdad, nunca había visto algo así. ¿Has visto cómo miraban? ¿Lo has visto? Parecía que estaban muertos” (2006: 282).

Los novelistas contemporáneos se fijan, más que en el país germano como punto de partida, en Berlín como epílogo de la cruenta contienda. Si el texto de Miguel Ezquerro sobre la batalla de Berlín era una anomalía dentro del corpus divisionario hasta 1975 y se había visto obligado a ser publicado en su versión portuguesa casi tres décadas antes de hacerlo en España, el interés de los escritores actuales por la participación de españoles en la batalla por las calles de la capital germana es notorio. Mientras que el escritor contemporáneo tiene la posibilidad de conocer la caída del comunismo en Europa del Este, el literato azul escribía en los primeros momentos de la Guerra Fría, cuando el mundo comenzaba a polarizarse. Es decir, si unos asistieron a las noticias de un Berlín

fragmentado y, desde 1961, dividido físicamente por un muro, otros pudieron observar su derrumbamiento por televisión desde el 9 de noviembre de 1989. Radica aquí la gran ventaja de escritores como Lorenzo Silva, quien tiene la opción de construir a un personaje de los *irreductibles*, que asiste, en su vejez, a la muerte del comunismo. En vez de tomar posicionamientos mucho más fáciles, como la crítica con argumentos opacos del *nazi español*, y sin glorificar en ningún momento a quien apoyó tan bárbaro sistema, el autor muestra a su personaje como a un hijo de su tiempo:

Hay otro aspecto que me interesa mucho que es el de la larga memoria. No llegué a conocerlos pero hubo varios miembros españoles de las SS que sobrevivieron. ¡Y llegaron a nonagenarios! Imagina a alguien que vive cincuenta años después del '45 con toda la información que hay sobre el Holocausto, sobre Núremberg... Hay algo que me parece estremecedor: Vieron caer el muro. Esos hombres que trataron de defender Berlín de los rusos infructuosamente, vivieron lo suficiente para ver caer el muro y cómo expulsaban a los rusos. ¡Menudo viaje tan extenso, tan intenso y tan paradójico! (...) Pensé en esto al trabajar con el personaje: Vencido, humillado, demonizado... y de repente, el enemigo al que combate pasa a ser el enemigo de todos, se derrumba el muro... Hay una serie de cosas que no eran fáciles de argumentar y que tenía que novelar para encarnarlas en un personaje y dejar al lector que compartiera esa incertidumbre. Por supuesto, no simpatizarás con el nazismo ni entenderás a estos españoles que lucharon con las SS. Pero una vez lo tienes claro, no estás ante mercenarios, jugadores de ventaja o gente que se beneficiara de la situación. La mayoría pagó un precio altísimo. De todos volvieron cinco o seis (Muñoz, 2011).

La idealizada Alemania de campos verdes, soldados indestructibles y amables mujeres se torna en la degradación del espacio capitalino, hábitat de fuego, bombas, muerte y destrucción. A pesar de esto, y aunque la tendencia es la representación de las cenizas de Berlín, sirva como preámbulo y prueba del contraste la imagen que ofrece Javier González de la ciudad poco después del inicio de la Operación Barbarroja, sobre todo si era comparada con la desolada España:

Avanzaban rápidamente por un Berlín atestado de automóviles y de gente. Le pareció una ciudad muy hermosa, bañada por la luz de las primeras horas de la tarde. Se fijó en los berlineses, de semblantes alegres y confiados, seguros de sí mismos. Le llamó la atención lo bien que vestían. También le sorprendieron los escaparates de las tiendas, repletas de artículos. Todo muy distinto de Madrid, una ciudad arrasada y desgarrada por la guerra, de mujeres de luto, de caballeros mutilados y de cartillas de racionamiento (2006: 195).

Pero no solo se percibe la diferencia si se realiza la descripción en comparación con la capital del Estado franquista, sino que también sale favorecida si se la sitúa en paralelo con la situación de las poblaciones por donde pasaba el *Drang nach Osten* que había comenzado unos días atrás:

La ciudad comenzaba la noche alegre y confiada, soberbiamente iluminada. A los berlineses, tan sólo los potentes reflectores de la defensa antiaérea podían recordarles un lejano mundo en guerra, a muchos miles de kilómetros de su segura ciudad. El arquitecto miró los haces de luz que cruzaban el negro cielo de Berlín, moviéndose en silencio, como en una ordenada coreografía. La capital del Reich, entonces, se le antojó un gigantesco decorado cinematográfico (2006: 202).

Las imágenes antagónicas a las ofrecidas arriba sobre la ciudad las muestra con mayor claridad Ignacio del Valle. Arturo Andrade se encontraba en “un Berlín febril y leproso” (2010: 73), un “atolladero” (2010: 21) convertido en “una fruta negra y arrugada que estaba volviendo a ser peinada lentamente por los cañones rusos” (2010: 315) y en la que cualquiera de sus edificios “actuaba como la caja de resonancia de cientos de explosiones” (2010: 102). Los “cañonazos hacían estallar las costuras” (2010: 191) de una ciudad que “imantaba toda la violencia y locura del mundo, irradiando todo el dolor” (2010: 281) y que al final de sus días estaba “empecinada en sobrevivir, cubierta de sudor, de sangre, muerta de miedo, sorda por los estruendos” (2010: 357). El horror y la transformación que había sufrido la ciudad puede observarse con gran intensidad en una escena que presencia su protagonista en el mítico Hotel Adlon. Ya no es el escenario que inspirara la oscarizada película por cuyos pasillos se movieran Greta Garbo o John Barrymore, sino que se ha convertido en un improvisado hospital en la primera línea de fuego²⁸⁷:

El hotel Adlon, en Unter den Linden, había sido acondicionado como hospital, y su antiguo ambiente cosmopolita y plagado de botones que servían en diferentes idiomas estaba abarrotado con camas y camastros entre los cuales los médicos se movían con paso cansino. Los elegantes oficiales de la Wehrmacht y las SS que en el pasado se hospedaban en las habitaciones ahora yacían despedazados por toda su planta, y Arturo percibió los olores de la guerra, el miasma amargo y dulzón de la carne herida y muerta mezclado con el yodo y el fenol (2010: 223).

²⁸⁷ Evidentemente, la película referida es *Grand Hotel* (dir. Edmund Goulding, 1932).

No es el único espacio que cambia en “una ciudad incandescente” en la que “las llamas eran del tamaño de colosos” (2010: 280) que “parecía un enorme tablero de ajedrez, con unas casillas iluminadas por el fuego y otras a oscuras” (2010: 308) y donde la distancia entre dos puntos había permutado de tal modo que “un minuto podía equivaler a un año, y diez metros (...) se convertían en ocasiones en un trayecto inabarcable” (2010: 236). También se representa en la novela la destrucción no solo del hábitat humano, sino del destinado a los animales en el zoo, donde los pocos españoles visitaban al “enorme gorila, enflaquecido por la escasa alimentación” (2010: 20) al que habían apodado como Chita y por el que se pregunta si se le van “a llevar (...) de vinos” (2010: 23):

Los cadáveres de los elefantes yacían en sus barracones, enormes montañas de carne parcialmente destazada por los habitantes de la ciudad; de vez en cuando aún encontraban a algún berlinés en el interior de las cajas torácicas, hurgando en sus entrañas. Los rugidos provenían de la jaula de los leones que, subalimentados, permanecían quietos en sus jaulas, tan escuálidos que la piel hacía pliegues sobre sus huesos. El lugar había sido el ideal para intercambio y encuentros subrepticios cuando estaba repleto de visitantes, pero ahora, el mero hecho de una presencia en semejante desolación levantaría sospechas (2010: 283).

Pero si hay un lugar preciso donde Arturo observa la decadencia del sistema nacionalsocialista ese es la Cancillería y, concretamente, el *Führerbunker*. Una de las primeras imágenes de carácter grotesco que se ofrece de este lugar es la de una sala contigua a un improvisado hospital en los sótanos, en los que ve “una viscosa pila de miembros amputados, azules y negros, brazos, piernas, manos” que “eran los restos grotescos, patéticos y terribles del orgulloso ejército que había assolado Europa” (2010: 141). En este espacio, en el que mientras se producía la defunción del nazismo sus habitantes “se emborrachaban, discutían sobre la mejor manera de poner fin a sus vidas comparando venenos o con sus índices apoyados en la sien o en las barbillas” (2010: 371) o incluso celebraban “una orgía en la planta superior (...) entre los mármoles y el pórfido que cubrían la podredumbre al igual que las tumbas de las catedrales” (2010: 372), Arturo se convierte en espectador de la historia. Allí coincide con las altas jerarquías del Tercer Reich y desfilan por sus ojos la familia Goebbels, Eva Braun y el mismo Adolf Hitler. A la mujer del Ministro de propaganda la apreció entre la magnificencia de su aspecto, “aureolada de una elegancia incongruente con el lugar”, y la fatalidad del destino que aguardaba el futuro más inmediato para ella y sus hijos cuando “pasó delante de él seguida por su prole, seis niños de semblantes pálidos y abrigos oscuros. Arturo se estremeció;

aquellos críos no debían estar allí, no tenían que estar allí” (2010: 213). De Magda Goebbels, además, resalta su fidelidad al nazismo y en especial a su fundador en el momento en que este “se desenganchó de su chaqueta la insignia de oro del Partido, un distintivo que sólo el Führer podía llevar, regalándoselo en reconocimiento a todos sus años de fidelidad, y despertando un apasionado agradecimiento” (2010: 374). Pero si debía destacar un momento de crueldad fue el asesinato de los seis hijos del matrimonio. Los vástagos, “que durante aquellos días habían jugado al escondite y cantado por todo el búnker, los niños que saltaban de alegría tomando como un juego cada vibración causada por las granadas, iban a ser sacrificados” (2010: 375-376), unos jóvenes a los que se puede identificar junto a Arturo, quien recordaba a “niños corriendo por el búnker, críos rubios y alegres que pasaban entre sus piernas incitándole a jugar” (2010: 372). Cuando llega el momento de suministrar a los niños el medicamento que acabará con su vida, el protagonista no se comporta como un héroe, no intenta evitar el desastre. El personaje no puede intervenir en un hecho histórico de tal magnitud para cambiarlo y su autor le convierte en el mero observador de un largometraje²⁸⁸:

Arturo sintió frío en la espalda y en las manos, le resultaba insoportable pensar en el asesinato de los niños, pero tampoco hizo nada por evitarlo, supo que sus fuerzas no estarían a la altura de su cólera, porque era como si aquella parte de la historia ya hubiese sido cumplida y él únicamente fuese testigo de una película que volvería a pasar una y otra vez en un eterno retorno (2010: 376).

También ve, al principio de la novela y en medio del desastre que suponía la Cancillería a dos semanas del final de la guerra, a “dos jóvenes ataviadas con vestidos caros que parecían perseguirse en un juego que desafiaba toda gravedad lógica” (2010: 63). Una de ellas era una secretaria del Führer y la otra era Eva Braun. A esta última se la muestra ajena a los problemas generados por la situación extrema que vivía el que terminaría siendo su marido momentos antes de su muerte, como si se hallara en una realidad paralela en la que se paseaban por la estancia “ignorando su presencia [de Arturo y Möbius]” mientras “sus voces y taconeos se fueron perdiendo en la distancia de los

²⁸⁸ No hay que pasar por alto que ciertos momentos que describen los últimos días de Hitler y su séquito en el *Führerbunker* en el texto son deudores de la película *Der Untergang* (dir. Oliver Hirschbiegel, 2004). Por la similitud en la recreación de las escenas, que según señala el autor en la propia novela “acontecían dentro de sus ojos [de Arturo] en fragmentos, la mayor parte ininteligibles” (2010: 372), la actitud del protagonista se encuentra más cercana a la de un espectador de cine que a la de alguien que vive *in situ* este acontecimiento.

pasillos” (2010: 63). De hecho, Andrade desconoce de quién se trata ya que debe preguntárselo a su colega alemán y muestra “estupor” (2010: 63) ante la noticia de que Hitler tuviese una amante. Esta mujer se presenta para Arturo como “aquella enigmática Eva Braun” a través de unas imágenes en las que “en la mayoría de las ocasiones era ella la protagonista” (2010: 368)²⁸⁹. La vuelve a ver en los momentos previos al desastre en el búnker como “una presencia vaporosa” que recibe a los Goebbels “en medio de una alegría sincera” (2010: 213) como si la hospitalidad respondiera más a una cortés invitación al Berghof que al epicentro de una ciudad en llamas. Antes de su boda con el *Führer* Arturo vuelve a verla apartada totalmente del desastre “ataviada con un elegante vestido azul de lunares blancos” (2010: 374) como si fuera a casarse y a disfrutar del posterior banquete en vez de la oscuridad que envolvía a este acto como el prolegómeno a la muerte de la pareja.

Y la cúspide de los personajes que recorren el búnker y que Arturo puede apreciar es Adolf Hitler, el hombre que “había jugado fuerte, de hecho había sido el jugador y la apuesta, y se había colocado sobre el tapete no para jugarse la existencia, sino para algo más grave, la idea que se había hecho de ella, y por ello su imaginación había sido más verdadera que la realidad misma” (2010: 362). En este espacio puede observarle también en el momento de su boda. Allí sus miradas se cruzan y Andrade consigue desmitificar al hombre y mostrarle como lo que es, un humano más que habita las horribles sombras del mundo devastado por la guerra²⁹⁰:

Durante una milésima, el dictador sostuvo su mirada; los fascinantes ojos grises azulados en medio de la tosquedad de su rostro, que habían hechizado y sometido a miles, seguían siendo hipnóticos de tan inmóviles, y Arturo buscó desenmascarar al monstruo, intuir alguna revelación sobre la esencia del mal, un porqué trascendente a sus horripilantes actos, pero , para su confusión, sólo comprobó que era un hombre común, exactamente igual a él, un ser humano conteniendo esa nada, esa desesperación que todos albergamos y contra la cual sólo hay una única defensa: el autoengaño (2010: 374-375).

Pero por si el encuentro visual entre ambos no era suficiente para desmontar la ficción sobrehumana del dirigente alemán, el autor propone una fórmula que resulta

²⁸⁹ A este respecto, véase el documental *Eva Braun: en la intimidad de Hitler* (dir. Danielle Costelle e Isabelle Clarke, 2007) realizado a través de imágenes caseras de tal personaje <<https://www.youtube.com/watch?v=17jdf4uBEk>> (en línea; fecha de consulta: 9 de noviembre de 2016).

²⁹⁰ En la anterior novela del ciclo, Arturo había escuchado la voz de Hitler en un aparato de radio y solo “la sensación de que el mismo *Führer* pudiese hallarse físicamente a pocos metros le produjo a Arturo un hormigueo que le entró por los pies y le subió hasta enroscarse en el estómago” (2006: 105-106).

infalible: el *leitmotiv* de la novela es evitar el desvelamiento de una cinta casera de Hitler. Las imágenes no responden a las de los momentos de distracción durante la ingente tarea de dirigir el Tercer Reich, sino que muestran al dictador en una postura escatológica que, de haber visto la luz, le habrían igualado con el resto de seres:

Hitler. El Führer de Alemania, el fundador de un imperio de mil años, dios ario, estaba cagando. Sentado en la taza del retrete, con una camiseta blanca bajo la que abultaba su barriga, con los pantalones bajados, arrugados contra los zapatos, sus codos apoyados en sus muslos gordezuelos y pálidos. La película terminaba ahí, una última escena que demolía mitos, dislocaba sublimaciones, anulaba infalibilidades y ensuciaba olímpicas grandezas. Arturo alcanzaba a comprender hasta qué punto aquella película podría ser peligrosa para un Reich que se había aplicado en deificar a Hitler, en convertirle en la representación viva de la nueva Alemania. Lo que no acababa de entender era el empeño en seguir resguardando aquella visión religiosa una vez que Hitler se había suicidado y el III Reich había pasado a ser una pesadilla más que arramblar en los sótanos de la historia (2010: 392).

Además de esta inesperada situación, hay otros aspectos que destacar respecto a la imagen que el texto proyecta sobre la figura de Hitler. No es casualidad que la novela comience el 14 de abril de 1945 (2010: 17), a seis días del cumpleaños del dirigente alemán y a dos semanas de su muerte. La festividad está presente a lo largo de la historia como día señalado. Esa fecha, a pesar de que la ciudad solo podía presumir de “sus leprosas vanguardias”, estaba señalada entre las ruinas por donde se podía leer el mensaje “DIE KRIEGSSTADT BERLIN GRÜST DEN FÜHRER!” lo que solo podía considerarse como “un chiste espeluznante” (2010: 150). Arturo ese mismo día ve por primera vez en persona al mandamás alemán mientras entrega unas condecoraciones a miembros de las juventudes del partido y le recuerda a un “trapequista” que “suspendido del trapecio bajo focos resplandecientes, había llameado como una estrella y consumido el mundo” pero que “sin luces (...) no era más que algo grotesco, casi cómico” (2010: 151)²⁹¹. Pero mientras Andrade observaba al hombre que ya no ocupa su pedestal de divinidad debido a la tragedia que va a desencadenarse, muchos de los ciudadanos berlineses aún confiaban en la capacidad de su dirigente para conseguir la imposible

²⁹¹ Esta misma imagen también la destaca Lorenzo Silva: “la víspera, Adolf Hitler había celebrado su 56 cumpleaños condecorando a varios combatientes de las SS y de las juventudes hitlerianas que se habían distinguido en la defensa de los alrededores de la capital. Son su últimas fotografías públicas, muy conocidas, en las que el dictador prematuramente envejecido acaricia la mejilla de aquellos chavales recién premiados con la Cruz de Hierro” (2011: 337).

victoria final. Así, por ejemplo, le ocurría a la mujer alemana con la que Arturo mantenía una relación sentimental:

Arturo no acabó de comprender la alegría con que Silke, al tiempo que recorría un visillo, señalaba la espléndida mañana que enmarcaba el quincuagésimo sexto cumpleaños de Adolf Hitler, obviando la extensión negra y gris, el holocausto provocado por todo el odio y el delirio utópico de aquel hombre. Ella, al igual que una mayoría de compatriotas, seguía bajo el hechizo de las palabras muertas de una propaganda que les había proporcionado un icono, una máscara gregaria bajo la cual hacer desaparecer las debilidades, las frustraciones, las represiones, los miedos... También barajó que otra de las causas podría ser que durante años se hubiera hecho coincidir tanto las apariciones de su líder como las celebraciones de sus victorias con condiciones atmosféricas benignas, el clima de Hitler, lo que todavía les hacía creer en conjunciones sobrenaturales –incluidas las armas milagrosas– que salvaran al Reich (2010: 142).

También se trata en la novela la relación de Hitler con la Sociedad Thule. Es interesante la descripción que hace uno de los personajes que había formado parte de este grupúsculo y que sigue un camino análogo al de Falange y el poder franquista en España: se dice que “Adolf Hitler nunca formó parte de la Sociedad Thule, sólo se hizo con el control de lo que ésta había creado: un partido y un statu quo” (2010: 164-165), lo que recuerda a la adaptación y asimilación que inició durante la Guerra Civil el dictador español a través el Decreto de Unificación de 1937 con el partido fundado por José Antonio Primo de Rivera. Para ahondar más en la cuestión, continúa el discurso en esta línea al señalar que, “a partir de 1933, cuando los nazis se hicieron con el poder en Alemania, formar parte de la Sociedad no estaba bien visto dentro del NSDAP. Yo mismo había dejado de asistir a sus reuniones un par de años atrás” (2010: 165). Este rechazo sucedió, con las características propias del caso español, durante el franquismo en las diferentes acciones en las que convino arrinconar a los *camisas azules* del poder. Del mismo modo que puede interpretarse que los grupos más reaccionarios en España necesitaron a Franco como cabeza visible de un movimiento de reacción mucho más amplio y, en parte, como un títere al que manejar en las sombras, la Thule es presentada como el colectivo que en Alemania utilizó la figura de Hitler para ejecutar sus planes. Pero, y al igual que sucedió en España, el plan tomó tintes personalistas hasta el punto de que los propósitos del *Führer* se sobrepusieron a los de quienes le habían aupado al poder. Este fallo es indicado por el hermano de la víctima cuyo asesinato debe resolver Arturo:

Adam Alfred Rudolf Glauer von Sebottendorf... Cuando él fundó la Sociedad lo hizo sabiendo que los alemanes adoran el espectáculo fanático, la furia auténtica o fingida, la calculada rabia, la espuma por la boca, el patriotismo. Si creen que sus gobernantes dudan lo interpretan como debilidad, y si se es débil se es víctima. Y Alemania no podía ser una víctima; Alemania debía, como los espartanos, arrojar a los débiles a la fosa de Kaiada. Pero para lograrlo la élite alemana necesitaba a Hitler, a alguien del pueblo para unir al pueblo, un polo magnético que atrajese a una sociedad dividida, porque las masas sólo siguen a quien esté dispuesto y no vacile. Y todo marchaba según nuestros planes hasta que empezó a torcerse. Algo se nos escapó, no lo supimos ver, algo en el nazismo que subestimamos, un nihilismo, un absoluto que no alcanzamos a comprender, esa exigencia de perfección a la realidad estaba condenada al fracaso desde el principio y con ella toda Alemania (2010: 240-241).

Mientras que en el caso del personaje de Ignacio del Valle la acción en Berlín se desarrolla en torno a la resolución de un crimen en paralelo a la destrucción de la ciudad, el creado por Lorenzo Silva responde al prototipo del *irreductible* que, una vez finalizada la colaboración oficial de España con el Ejército alemán, continuó a título individual su lucha junto al *Heer*. Durante el funeral del personaje, uno de sus camaradas falangistas le describe como a un hombre de “espíritu indómito” al que “no le valían las consideraciones que llevaron al Caudillo (...) a distanciarse de un Hitler al que sabía derrotado y que no iba ya a contribuir al porvenir de España” porque él “estaba hecho de la pasta de los elegidos, de los que no desmayan” (2011: 34). Estas palabras se le podrían atribuir a cualquiera de los españoles que rehusaron la prohibición de Franco para con la colaboración con los nazis en el último año de la II Guerra Mundial. Cuando continúa la perorata de su compañero, se exime al divisionario de cualquier tipo de colaboración con los nazis en el Holocausto y se indica que su colaboración respondió a motivos únicamente ideológicos y defendidos en el campo de batalla:

Sí, camaradas, Jorge, como otros de los mejores de nuestros hermanos, sirvió en las SS, y nunca se avergonzó de ello ni lo ocultó, ni tenemos nosotros que hacerlo ahora que él no puede proclamarlo. Él no estuvo en ningún campo haciéndole nada a nadie indefenso. Sino en la trinchera, en la alambrada, plantando cara con su cuerpo, su fusil y poco más, a los miles de tanques y de cañones y de aviones que los yanquis, en su ceguera criminal, le dieron al asesino del bigote rojo. Y así hasta Berlín, en abril del 45, cuando sólo él, y unos pocos más, extranjeros casi todos, defendían la cancillería en ruinas, donde ya el Führer, agotada hasta el final su numantina resistencia, decidió quitarse la vida (2011: 34-35).

El texto se basa en los recuerdos que el primero *guripa* y luego *irreductible* Jorge le va transmitiendo a Lázaro, escritor y profesor de un taller literario, quien a su vez le presta el cuaderno a uno de sus alumnos para que componga la novela. Esta escritura del pasado desde el presente permite indagar al autor en la conexión entre quienes vivieron la caída de Berlín en su juventud junto al bando de los perdedores y que durante su senectud pudieron observar cómo reaccionaban las nuevas generaciones ante el final del comunismo. En este caso, la fecha elegida para el primero de los encuentros entre ambos personajes es “el 10 de noviembre de 1989. Una jornada como otra cualquiera... hasta cierto punto” (2011: 40)²⁹². Efectivamente, se trata del día siguiente al que había dado inicio a la defunción de la República Democrática de Alemania, una noticia que reflejaba el periódico que el joven escritor llevaba debajo del brazo –“«Desaparece el muro de Berlín, último símbolo de la guerra fría»” (2011: 40)– y que para él está cargado de significado, ya que “puede que sea el cambio más dramático que ha vivido, en cuanto al mundo que le rodea y en la perspectiva particular, y siempre limitada, que de él se le ofrece” (2011: 41). Es precisamente el diario el que conecta al Jorge anciano y al Lázaro joven, ya que aquel contempla, “casi hipnotizado, la portada del periódico, presidida por una foto a cuatro columnas del muro y, al fondo de la imagen, la Puerta de Brandemburgo”, una estampa que, para el ex-SS “remueve cosas profundas en mí” (2011: 43). Aquí comienza entre ambos la relación *afiliativa* según la interpreta Faber, es decir, una conexión intergeneracional que comprende a dos personas que no están unidas por lazos genéticos pero sí por la solidaridad y la identificación que el joven siente hacia el mayor de los dos. En un primer momento, Jorge señala que había vivido en Berlín “una breve temporada. Pero intensa, eso sí (...) durante la primavera de 1945. Bueno, si aquello era vivir, y si era una primavera. El humo, los escombros y la metralla ponían un poco difícil darse cuenta” (2011: 44). Cuando Lázaro le pregunta qué hacía allí y en ese preciso momento de la II Guerra Mundial, Jorge le replica que “no sé si debo responderte” (2011: 45). Ante la insistencia por si se trata de algún tipo de secreto, el antiguo voluntario saca a relucir su desconfianza ante otra persona que podría calificarlo de nazi tras conocer su vivencia:

–¿Secreto?– exclama el anciano, risueño–. No, qué secreto. Está todo publicado, hace años. Pero no creo que lo entendieras (...) No te lo tomes a

²⁹² En los últimos años varios escritores alemanes han indagado en la caída del muro y la Reunificación de Alemania en sus novelas. Dos buenos ejemplos de ello son *Algún día nos lo contaremos todo* (Daniela Krien, 2013) y *En tiempos de luz menguante* (Eugen Ruge, 2013).

mal. No es personal. Te hablo por experiencia con otra gente. No suelo encontrar a muchos que lo entiendan. Para entenderlo, habría que saber cosas que la gente no suele saber. Y los que las saben, han preferido olvidarlas. Al final es lo que hacemos todos, olvidar, más o menos, para poder soportar mejor los días. Pero todo lo que olvidamos nos entontece un poco (2011: 46).

Cuando por fin se atreve a confesar su papel durante los días que permaneció en Berlín, confiesa su antigua pertenencia a las últimas tropas nacionalsocialistas que defendieron la ciudad de las tropas aliadas. No hay en él rastro de excusa ni de arrepentimiento, sino que su discurso se acerca más a la postura del lema por el cual *España tenía razón*, tan presente a lo largo del franquismo y que, en cierto modo, venía a confirmarse para los postulados dictatoriales con el final de los regímenes comunistas del Este de Europa:

En la primavera de 1945, yo era *Unterscharführer* de las Waffen-SS. Lo que viene a ser como sargento. Mis compañeros y yo intentamos que los rojos que levantaron ese muro que ha caído ayer no pasaran. Pero pasaron, y los que quisimos pararlos nos convertimos en unos apestados. Ahora, ya ves: teníamos motivo (2011: 48-49).

Pero la novela no solo interpreta la percepción de Alemania y, en este caso, el papel de los *irreductibles* desde los parámetros de la postmemoria *afiliativa*. También hay una representación histórica de los hechos en los que participó Jorge y que se centran en dos aspectos: la destrucción de Berlín y la recuperación de la figura de Miguel Ezquerra. Para el divisionario, su participación en los acontecimientos de la capital alemana se trata de “su aventura personal, aquella que emprendió de forma clandestina, sin vítores ni auspicios oficiales, convertido al fin en la máxima expresión de esa «resuelta minoría inasequible al desaliento» de la mitología joseantoniana” (2011: 239) y que responde al desencanto con el panorama español que encontraron muchos voluntarios falangistas tras su participación en el frente del Este, ya que consideraba que su “sitio no estaba en aquel Madrid mustio, lacayo y cobarde” (2011: 241). Antes de entrar en la materia bélica y destructiva de Berlín, puede leerse una interesante reflexión sobre el intrascendente papel que tenían los españoles dentro de las Waffen-SS:

Pero aquel grupo de combatientes [españoles], formalmente, no era más que una unidad apátrida, repudiada y proscrita por las autoridades de su país, y demasiado insignificante para adquirir la entidad que los alemanes reconocieron a las fuerzas que, procedentes de Francia, Bélgica, Escandinavia

o incluso los Balcanes, combatían a sus órdenes. Incluso en el caso de que se hubieran juntado más de los pocos cientos que llegaron a sumar se les habría rehusado el reconocimiento. Alemania seguía necesitando materias primas estratégicas de la España de Franco, y no tenía mayor interés en hacer ver que reclutaba a sus nacionales en contra de su nuevo estatuto de neutralidad. Estaban condenados, les gustara o no, a ser unos soldados fantasmas. Para los suyos, para el enemigo, para los propios alemanes y para la Historia (2011: 262-263).

La primera de las imágenes de decadencia y destrucción que ofrece de Alemania está relacionada con la red ferroviaria germana. Los trayectos en tren del principio de la participación española, cuando los divisionarios pudieron realizarlos, habían causado en ellos una grata impresión. Pero la devastación de 1945 había dejado al servicio de trenes en un estado lastimoso. Este contraste es vivido por el *irreductible* camino de Rumania:

Me acordé de la primera vez que había pisado el territorio del Reich, y de la impresión que me había causado su ferrocarril tan impoluto y tan eficiente. Todo esto había saltado en pedazos. Tres años después, aquella red ferroviaria modélica era un caos, que no daba abasto para mover tal masa humana y los suministros para el frente. Y más si tienes en cuenta que el enemigo no se privaba de bombardear a placer (2011: 276).

Pero no solo se aprecia la destrucción en el transporte por raíles cuando miraban hacia el Este. En el repliegue hacia Berlín, el camino se convierte en un prólogo de lo que sería la llegada a la ciudad, ya que por cada una de ellas “que atravesábamos había edificios ardiendo”, una profecía que se cumplía en la capital, donde reinaba “un paisaje devastado, con barrios enteros reducidos a escombros” y que alternaban con una población que “convivía con la destrucción con una extraña indiferencia” y el grotesco espectáculo “de los militares alemanes colgados de farolas o árboles y con un letrero al pecho que proclamaba su cobardía ante el enemigo” (2011: 319):

La devastación con que se encontraron los españoles a su llegada era casi absoluta. A esa fecha, más de dos tercios de los edificios de Berlín habían dejado de existir. Desde el Reichstag y la Puerta de Brandemburgo hasta la cancillería, los obuses soviéticos habían golpeado duramente todos los símbolos del poder germánico, reduciéndolos a miserables ruinas (2011: 338).

Y el segundo de los aspectos que trata la novela en el plano histórico en relación a los *irreductibles* consiste en el tratamiento de la figura de Miguel Ezquerro, un personaje

cuyo caso, que no fue único en cuanto a la participación de extranjeros en las Waffen-SS, sí ha sido el que más ha llamado la atención en España. Esto se debe al por haber alcanzado la más alta graduación española en la unidad durante la lucha berlinesa y el haber nominado su apellido a una de las unidades. Pero, sobre todo, porque escribió, aunque no publicó en España, sus memorias laudatorias de Hitler en un momento en el que el contexto internacional rechazaba de lleno este tipo de libros y que en el ámbito nacional no era lo más indicado mientras se trataba la *cuestión española* y Franco intentaba alejarse del estigma hitleriano. Así, la aparición de la figura de Ezquerra en la novela, al nombrarse en su funeral la pertenencia de Jorge al grupo de los españoles que lucharon en Berlín, es inmediata:

Y me tendió [el Lázaro profesor al Lázaro alumno] un folio doblado en tres. Lo extendí. Era una esquela. La transcribo: “MIGUEL EZQUERRA SANCHEZ [sic]. Vieja Guardia de Falange, alférez provisional, voluntario de la División Azul, teniente coronel de las Waffen S.S. hasta la caída de Berlín. Falleció el 29 de octubre de 1984”. Seguía el texto usual, con el que sus deudos rogaban una oración por el “eterno descanso de su alma” (2011: 39)²⁹³.

Cuando aparece en el contexto histórico de los voluntarios españoles de las Waffen-SS se señala sus pocas intenciones de entrar en el grupo como soldado raso – como debían hacer todos los extranjeros del mismo– y desde ahí ascender, aunque él “alegaba su pasado como alférez provisional en la Guerra Civil y como veterano de la División Azul para exigir que los alemanes lo reconocieran como oficial de la Wehrmacht” (2011: 271). De él se señala que al final encuentra acople en el servicio de seguridad –SD–, “que por su carácter paramilitar era menos exigente a la hora de otorgar galones, y donde no le costó alcanzar el deseado nombramiento de oficial”, tal y como parece narrar en las memorias que publicó en Portugal, mientras que, según señala el autor, en las que aparecieron en España en 1975 diría que sirvió en el Abwehr de Canarias, ya que “entre una y otra edición, el SD había sido declarado organización criminal en los juicios de Nüremberg [sic]” (2011: 271). Sea como fuere la trayectoria de tal personaje, lo esencial en la novela es su presentación como el jefe de Jorge. Según se muestra, no todo el personal que había formado parte de la unidad pertenecía al voluntariado más

²⁹³ Arturo Andrade coincide con la Unidad Ezquerra en Potsdam aunque él combate con la Wallonie de León Degrelle en Pomerania (Valle, 2010: 28-29). Respecto a la Esquela de Miguel Ezquerra, puede leerse en <<http://www.lasegundaguerra.com/viewtopic.php?f=251&t=15014>> (en línea; fecha de consulta: 19 de abril de 2016).

acérrimo del anticomunismo español, sino que varios de sus miembros habían sido instigados a alistarse por Ezquerra a pesar de la nula motivación ideológica que hubiese en ellos:

Con el transcurso de los días, Jorge comprobó que muchos de aquellos hombres habían sido prácticamente reclutados a la fuerza. Alguno de ellos llegó a contarle que Ezquerra se había presentado con su guardia pretoriana en el local donde solía reunirse con otros españoles y de allí lo habían arrancado por las buenas, al más puro estilo de las antiguas levas de marineros de la armada británica (2011: 330-331).

Y sobre tan misterioso personaje Jorge también expone su visión particular. Es la de un soldado fiel que no quiere deshonorar la memoria de quienes no pueden defenderse, pero en todo caso de él no guarda el mejor de los recuerdos:

No me gusta hablar mal de los muertos. A mí no me inspiraba mucha simpatía, no te lo ocultó: ni él ni la gente de la que se rodeaba. Hay quien dice que era un espía, y que estaba allí por encargo de Franco para vigilarnos. Pero yo no lo sé, ni me interesa hacer cábalas. Me lo pusieron de jefe y traté de respetarlo, eso es todo (2011: 335-336).

6.3.4. La devolución de la visita 75 años después: Rusia, el ruso y anticomunismo

El escenario principal de los hechos relacionados con la División Española de Voluntarios fue la Unión Soviética. El objetivo de la unidad, aunque fluctuó entre la agresividad del mensaje que exigía la destrucción de Rusia y la más sutil liberación de su población de las garras del bolchevismo, tenía como meta final el Kremlin de Moscú. Ya se ha podido apreciar cómo los divisionarios que dejaron su percepción de Rusia y del ruso en la literatura durante la dictadura conocieron de primera mano al “ruso real” (Núñez Seixas, 2010: 246), al que distinguieron de la “Rusia virtual” (2010: 240) que les había ofrecido la propaganda franquista. Pero esta fuente no dejaba de ser interesada y mostró el lado positivo de las relaciones entre los *guripas* y los *ruskis*. Si hubo malos tratos hacia la población civil soviética se silenciaron o se atribuyeron únicamente a los nacionalsocialistas. Esto no quiere decir que la amistad entre rusos y españoles descrita por los falangistas fuera falsa, sino más bien que se incidió en su aspecto más amable: la colaboración entre un pueblo sumido en la miseria derivada del estalinismo que poco

tenía que perder ante unos extranjeros que encontraron un duro y desconocido panorama ante el que era más fácil sobrevivir con la ayuda de los nativos que sin ella. De hecho el desertor César Astor, verdugo de los españoles en el Gulag y por ende persona fuera de toda sospecha, elogió la actitud de los divisionarios con la población soviética:

Astor, a pesar de su rechazo del franquismo y de la División Azul, elogia siempre a los mandos que tuvo en la unidad. Llegaría a tener en gran aprecio al último de los capitanes que mandó en su compañía y reitera que los divisionarios se portaron de forma admirable con la población civil rusa, con la que incluso compartían la comida (Arasa, 2005: 330).

Aunque en los últimos años esta percepción varía poco, aparecen en estos textos referencias imposibles de encontrar en el periodo anterior. En esta línea puede leerse cómo Ignacio del Valle, al referirse a la aventura divisionaria, parafrasea el inicio del *Manifiesto comunista* –que también utilizara Rafael Alberti para una de sus composiciones líricas de marcado carácter político– al decir que los divisionarios estaban “disponiéndose ahora a perseguir el fantasma que había recorrido Europa hasta su misma guarida” (2006: 218)²⁹⁴. Pero, a pesar de las nuevas formas, la temática es bastante similar a la mostrada por la literatura del franquismo. Puede afirmarse que, dentro de los aspectos tratados en las diferentes ficciones actuales que toman a la División Azul como eje temático, la imagen de la Unión Soviética, el tratamiento de las relaciones con el ruso y los efectos del “general Invierno” suponen la mayor herencia que las novelas contemporáneas reciben de las escritas en la dictadura. Un legado que se hace visible en los personajes genuinamente fascistas que “tampoco tenía[n] de la guerra otra percepción que la oportunidad de ir a devolver el golpe y la visita que el comunismo soviético les había hecho a los suyos poco antes” (Silva, 2011: 95) y que “soñaban con el momento en que pudieran apuntar su cañón a las coordenadas de la vieja fortaleza zarista [de Moscú] que le servía de cubil al monstruo” (2011: 119).

La novela que más incide en cómo los divisionarios trataron a los indígenas es *El tiempo de los emperadores extraños*, al desarrollar su trama en la retaguardia del Cuartel General. Arturo, su protagonista, se relaciona con un niño, Alexandr, “un crío ruso cubierto de harapos, un *malenki*, de ojos indescifrables, intensos, pero no hostiles” (2006:

²⁹⁴ Marx y Engels comenzaban su texto así: “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa [Pío IX] y el zar [Nicolas I], [Klemens von] Metternich y [François] Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes” (2009: 35). El poema “Un fantasma recorre Europa” puede leerse en Alberti (1989: 523-524).

70-71). Este chico es protagonista de la ya mencionada escena que enfrenta a alemanes y españoles cuando aquellos quieren agredir a los ciudadanos rusos y estos se interponen para impedirlo. Cuando Arturo consigue rescatar a su joven amigo puede verse el lado más paternalista del soldado:

El SS que tenía agarrado Arturo levantó su arma y empujó a Alexandr levemente hacia delante. Arturo respondió separando el cañón de su sien y dio un paso atrás. Sin mirarle, el alemán se dio la vuelta con rapidez y siguió a sus camaradas. Arturo abrazó inmediatamente a Alexandr, cuyo rostro se contraía, pero no acababa de llorar. La Parrala continuaba acercándose, provocando una desbandada general hacia los búnkers [sic]. También Arturo se dirigió hacia ellos con el crío (2006: 282).

En esta línea, Javier González también muestra en su novela una de estas conocidas y fraternales estampas:

Cuando la División acampaba cerca de una aldea que había sobrevivido milagrosamente a su extinción, los españoles confraternizaban entrañablemente con los campesinos rusos. Quizá porque les recordaban a los campesinos de sus tierras. Tal vez veían en las miradas, incomprensiblemente alegres, de aquellos ancianos rusos, el recuerdo perdido de sus mayores en España. O a lo mejor, aquellas deliciosas muchachas rusas les recordaban alguna novia que habían dejado en el pueblo (2006: 270).

En cambio, Almudena Grandes huye de las relaciones idílicas entre rusos y españoles y muestra cómo la percepción de estos últimos podía estar más lejos de la realidad de lo que ellos creían. De este modo se ejemplifica el debate sobre el verdadero significado del papel de los españoles, quienes se veían como liberadores del pueblo ruso y no como sus invasores. Ante la falta de ayuda que reciben de la población local en unas labores de zapadores que realizan los voluntarios, Eugenio se indigna y, ante la respuesta de Julio, quien considera que a los rusos “los estamos puteando” (2015: 477), ofrece la visión falangista acerca del asunto: “¿Pero cómo puedes decir que los estamos puteando? Los estamos liberando, chaval, que no es lo mismo, les estamos quitando un tirano de encima, les estamos sacando de la Edad Media” (2015: 477). Esta idea, que era la que imperaba entre los falangistas, Julio la aprecia desde otro prisma influido por su pasado socialista:

¡No me jodas, anda, no me jodas! (...) Cállate ya, y piensa un poco, coño. Estamos invadiendo su país, nosotros, que somos extranjeros. Eso es lo que

estamos haciendo, invadirles, conquistadores, requisar sus animales, comernos su comida, destrozales las casas, las cosechas... O sea, que les estamos haciendo una putada detrás de otra. ¿Y qué quieres, que encima nos ayuden? (2015: 477).

También se ofrece la imagen del *mujik*, elemento característico y cercano al *guripa*. Estos hombres, que según un fotógrafo de la División “ni se inmutan cuando casca la artillería o pasan los aviones, y sin embargo se ponen a temblar cuando los apuntas con la cámara”, ya que creían “que les voy a robar el alma” (Valle, 2006: 300), son representados como elementos inmóviles del paisaje. Se describe a uno de ellos como un personaje “de rostro duro, huesudo, cuyas cejas, pestañas y gran bigote lacio habían sido dibujadas de blanco por el frío” (2006: 152), al mismo tiempo que se insiste en la verdadera naturaleza de su amistad, ya que era “amigo de todos porque tenía miedo de todos” (2006: 361). Pero, como la isba o el bosque que tuvieron la suerte de no ser destruidos, para ellos la lucha pasa como si de una nevada más se tratara, al igual que lo han hecho otros acontecimientos a lo largo de los siglos. Ni la revolución les había cambiado, ni lo iban a hacer los nuevos moradores de sus tierras:

Llevaban su pobreza de siglos de una manera acostumbrada, elemental, repitiendo sus inútiles e incomprensibles ciclos de trabajo e hijos con el único lenitivo de la religión, de un paraíso futuro. ¿Con qué podían soñar sus almas nihilistas? Seguramente con cosas simples: una casa que no arde, una llanura sin tanques, un amanecer en silencio... Y Arturo pensó que, para ellos, los alemanes, los españoles, incluso los revolucionarios bolcheviques, no eran más que un acontecimiento meteorológico en la invariabilidad de sus días (2006: 198).

En cierto modo, este carácter de aceptación de los hechos que sucedían a su alrededor por parte de los indígenas con quienes compartían sus días los soldados españoles se fundía con el propio drama de la guerra. Si, como se presenta en esta imagen, una madre y quienes la rodeaban no exteriorizaban su dolor por la muerte del hijo recién nacido en sus brazos, mucho menos conseguirían los llegados del oeste que sucumbieran al poder que presumían portar. Así lo comprende Arturo Andrade:

Aunque, tanto como la magnitud de la tragedia, le impresionó la manera como la sobrellevaban. No había llantos destemplados, ni mujeres prorrumpiendo en alaridos histéricos, siendo silenciadas por otras con rapidez; pero, sobre todo, los ojos de aquella madre no reflejaban únicamente el abatimiento y el dolor, sino también una lejana, serena decisión de admitir lo inevitable, y se

le ocurrió que sería imposible ganarle una guerra a un pueblo acostumbrado de aquella manera al sufrimiento (2006: 70).

Otro de los aspectos en los que se insiste es la situación de la Unión Soviética durante la II Guerra Mundial. Los azules pasaron por lugares como Mestelewo, una “aldea que, como la mayoría en Rusia, daba fe de que nada había cambiado en aquellas tierras desde prácticamente el medioevo” (2006: 20). Pero también por ciudades importantes como la antigua capital medieval de Novgorod. Parecía imposible que “en medio de la nada, de los mares de bosques, los pantanos y los lagos” los voluntarios pudieran observar “una hermosa ciudad con un recinto amurallado de corte muy sofisticado, de torres bulbosas que brillaban al sol de invierno y salpicado de iglesias y catedrales ortodoxas que maravillaban por su belleza y lujo oriental” (Salmerón, 2005: 204). Pero esta belleza se había quebrado debido a los avatares del conflicto:

Fueron enviados a un sector del norte de Novgorod, la ciudad dorada, la capital más antigua de Rusia, situada justo donde el río Voljov vertía sus aguas en el enorme lago Ilmen. Ahora la ciudad sólo conservaba los muros del Kremlin y las bulbosas cúpulas apenas castigadas de la catedral de Santa Sofía. Casi todo había sido destruido. Primero por los bombardeos de los Stukas alemanes, y luego al ser incendiado por los soviéticos en su retirada. Pocos de los treinta mil habitantes quedaban como fantasmales testigos (Barrero, 2013: 390).

Sobre todo pueden apreciarse las transformaciones que habían dejado el paso del tiempo y las acciones políticas en Leningrado. Cuando llegaron los españoles “ya mostraba las terribles heridas de la guerra. Pudieron observar edificios enteros derruidos. Lienzos de pared que todavía se sostenían en pie con los huecos de sus ventanas vacíos, por donde parecían asomarse la muerte y la desolación” (González, 2006: 313). No se trataba de la San Petersburgo que los visitantes decimonónicos habían recorrido o de la cuna revolucionaria que visitaban los esperanzados intelectuales postrevolucionarios aunque, a pesar de estar “martirizada” se trataba “todavía de la hermosa ciudad de Leningrado” (2006: 357). En cambio, para Juan Manuel de Prada es el producto de un inagotable cerco:

Leningrado, la ciudad antaño esplendorosa de los zares, convertida tras año y medio de cerco en un inmenso paisaje de escombros por el que deambulaban, como espectro sometidos a una dieta de adelgazamiento forzosa, gentes famélicas y harapientas que se acercaban a las patrullas de soldados en busca

de comida, o siquiera de algo que entretuviese los dientes y engañase los estómagos, aunque fuera un pedazo de borra o de cuero curtido (2012: 133).

En la misma línea insiste Ignacio del Valle, quien no identifica en ella a la ciudad cuyo trazado había ejecutado el propio zar Pedro el Grande, sino que responde a las necesidades del nuevo estado comunista y presenta “un abigarramiento de chimeneas, grúas, depósitos de acero y plantas industriales (...) una masa gris de puentes, oscuros edificios de cemento, trapecios de líneas de alta tensión y gigantescas factorías que se elevaban en los suburbios del casco urbano de Leningrado” (2006: 222-223). El espacio transformado, y he aquí el acierto de la descripción, no sustituye a la imagen generada a lo largo del tiempo. Para este divisionario la toponimia se reduce a un nombre y le es indiferente si responde a motivos religiosos o políticos. Los ojos de Arturo Andrade quieren observar la historia de la ciudad y ante ellos aparecen varios siglos de reducidos a un insólito instante de guerra:

Pero lo que Arturo buscaba eran las calles de Leningrado. Sus ojos se centraron en ellas; algunas eran visibles, sus parapetos y barricadas de sacos terreros, sus tranvías rojizos y sus camiones, y la gente, caminando por las mismas aceras que habían recorrido genios literatos, ilustrados y revolucionarios. Eso, eso era lo que buscaba; más allá de la grasa comunista, el músculo, la San Petersburgo todavía con la fe intacta y un Apocalipsis por organizar. Bastó con desviar un poco la graduación para captarla. La fortaleza de Pedro y Pablo, la cúpula de la catedral de San Isaac, los puentes sobre el Neva, la Perspectiva Nevsky, la fantasía rococó verde y gris del Palacio de Invierno... Leningrado, Petrogrado... San Petersburgo. La antigua capital de las noches blancas, destronada por la boyarda Moscú, había nacido del sueño megalómano de un zar claustrofóbico y, como tal, su destino no podía ser otro que albergar la cuna de otro sueño, esta vez el más grande que había tenido la humanidad. Hombres y voluntades confluyendo a lo largo del tiempo hacia el embudo de la revolución de Octubre, buscando un atajo a través de la Historia hacia la felicidad universal, “la Ciudad de Dios”, únicamente para que la Historia les demostrase que nunca toma atajos, porque en ellos se hallan siempre al acecho los emperadores (2006: 223).

Una visión diferente es descrita por Jero Salmerón gracias a que Javier, el protagonista de su novela, consigue pasarse al Ejército rojo cuando la División Azul comienza su participación en el cerco a la denominada en otros tiempos como San Petersburgo. Aunque la imagen continúa caracterizándose por la mezcla de la belleza pasada y el drama bélico del presente, esta se ofrece desde las entrañas de la misma ciudad:

Cruzó la plaza de Nevskogo y contempló la inmensa avenida Nevski. Quería caminar y observar hasta el más mínimo detalle. Aquella visión le pareció maravillosa pese al deterioro sufrido por la ciudad debido al efecto de los bombarderos y a la existencia de sacos terreros aquí y allá ocultando las fachadas de los edificios más emblemáticos. Sabía que aquella avenida, la perspectiva Nevski, como la llamaban los rusos, tenía más de cuatro kilómetros y medio, pero no le importaba caminar. Tenía que poner en orden sus ideas. La grandiosidad de aquella urbe de formas neoclásicas y la uniformidad de todos los edificios derivada de que todas las construcciones se habían realizado en la misma época, proporcionaba una indudable sensación de solidez y belleza. Mientras caminaba absorbió lo que reconoció que era evidente que aquella ciudad estaba en guerra. Los habitantes de Leningrado, de rostros famélicos, parecían delgados en exceso. Veía colas aquí y allá, en las pocas tiendas en que se podían adquirir productos de primera necesidad (2005: 266).

Las ciudades y las trincheras no eran solo el resultado de la combinación entre la destrucción y la nostalgia de un tiempo únicamente vivido en los libros, sino que también se insiste en uno de los oficiales más poderosos que tuvo el Ejército rojo: el frío. La representación de las bajas temperaturas como factor adverso y diametralmente opuesto al clima mediterráneo convierte a este contrincante en un personaje más de las novelas. Uno de los primeros consejos que recibe Antonio Expósito de *Pacorris*, el ex-divisionario que le empuja a alistarse, está relacionado precisamente con el frío, que “es el mayor enemigo del guripa, mucho peor que los propios ruskis” (Prada, 2012: 71). A pesar de esta recomendación Antonio Expósito, al contrario que la mayoría de los divisionarios, se enfrenta al frío de una manera tan positiva que le lleva a una reflexiva introspección:

Pero, extrañamente, aquel frío que a sus camaradas embotaba y hacía languidecer, activaba en Antonio una rauda corriente nerviosa que lo mantenía en un estado de constante vigilia, con la inquietante pero no desagradable impresión de ser inexorablemente arrastrado por los acontecimientos. El frío ruso escondía en el interior de su fortaleza de hielo un mundo viril, salvaje, en el que la vida podía donarse con gusto, como una calderilla ínfima de la que uno se desprende por aligerar los bolsillos. Y Antonio se sentía poseído de una rara exultación, porque, de repente, había aflorado en él todo lo animoso que llevaba escondido, tan escondido que ni siquiera él lo conocía. Comprendió, recién llegado a Rusia, que los héroes carecían de otro mérito que no fuese evadirse de su propio yo, cobarde y egoísta, para entregarse al frío benefactor, voraz como la misma suerte (2012: 95-96).

Pero solo es este personaje el que toma esta actitud. En otros casos se indica el efecto que producía en los *guripas*, como le ocurría al compañero de investigación de Arturo Andrade, que llevaba puesto “un abrigo de mutón, un gorro de piel y unas botas *balenki*, que indicaban que el sargento había comprendido con rapidez las ventajas de adoptar las usanzas rusas contra el frío” (Valle, 2006: 42-43) y “que no se diferenciaba demasiado de los prisioneros embutidos en gruesos abrigos guateados y gorros de piel de cordero” (2006: 43). En relación con las prendas, y a pesar de su escasa utilidad, ya que “en Rusia daba igual lo que te pusieras, [porque] siempre parecía un hilo de ropa” (2006: 49), el médico forense de la División se jacta de este protagonista al hilo de haber hallado a la primera de las víctimas desnudas, al preguntarle “[si] conoce a alguien que se haya quitado el uniforme desde que llegó aquí” (2006: 62). El tono irónico para describir al frío continúa en la novela como consuelo al señalar que, a pesar de que “tocamos a tres muertos por vivo (...) tenemos suerte y al menos con el frío [los cadáveres] no huelen” (2006: 88). Del mismo modo se dice de los divisionarios que “vistos desde lejos sobre la congelada superficie del río Sslavianka, envueltos en pesados uniformes de invierno, semejaban un grupo de desorientados pingüinos” (2006: 11) y se llega al extremo de afirmar que, “con la nieve crujiendo bajo sus pies, se cruzaron con un grupo de soldados con su uniforme blanco de camuflaje y sus esquís al hombro, como si disfrutaran de un alegre fin de semana en una estación de montaña” (2006: 128). Y también se bromea al afirmar que “andamos cerca de los treinta [grados bajo cero] (...) Menudo calor” (2006: 173). En esta misma novela abundan las adjetivaciones de la nieve al referirse a ella como “una siembra de cientos de diminutos diamantes” (2006: 41), “una mayestática cortina” (2006: 79), y cuyos efectos transformaban “el mundo en un latifundio invernal” (2006: 163).

6.3.5. El voluntario en el combate: estampas de la guerra

La novelística más reciente sobre la División Española de Voluntarios no se olvida de carácter bélico de sus textos. Los lugares de batalla y los hechos acontecidos en las diferentes disputas con los rusos forman parte de un lenguaje común en el que se nombran “ejércitos, aldeas y batallas como si fuera cosa normal que todo el mundo las conociera” (Barrero, 2013: 157). Esta circunstancia creó una hagiografía en torno a la descripción de

las luchas cercana al heroísmo incombustible que se desarrolló en el subgénero divisionario del franquismo y que, en algunas ocasiones, ha perdurado hasta la actualidad:

Corrían en zigzag, se arrojaban a tierra y volvían a levantarse sin dejar de disparar mientras camuflaban su miedo cantando *El novio de la muerte* y *Cara al sol*. Muchos no se levantaron. Pero la furiosa marea llegó al bosque y se batió como en tiempos de las espadas, luchando a bayonetazos hasta barrerlo de enemigos. Sitno, que estaba siendo bombardeada por la artillería española, ardía a menos de un kilómetro. Desde el conjunto de isbas que formaban la aldea los rusos disparaban sus pesadas ametralladoras de carrito y las piezas antitanque. La ola divisionaria llegó al escenario y se fundió en la locura colectiva (2013: 391).

Aunque pueden leerse este tipo de escenas, sí se denota una ruptura a la hora de narrar el infierno de la II Guerra Mundial. Es anunciado por quienes han regresado del horror de las trincheras del Este cuando el divisionario de la novela de Juan Manuel de Prada es informado por el veterano de la dureza de una guerra que “no se parece a ninguna otra que haya habido antes, Antonio. La nuestra, en comparación, fue como de juguete” (2012: 61). Evidentemente, en las novelas se van a recorrer los diferentes espacios de guerra que pisaron los azules y se le presta especial atención a la batalla de Krasny Bor. Pero hasta llegar al lugar y la fecha de febrero de 1943 puede obtenerse una muestra de la interpretación de otras poblaciones que los divisionarios defendieron, perdieron o conquistaron. Su llegada al frente es narrada por Almudena Grandes, quien sitúa a sus hombres en una bella estampa de la orilla del río Voljov, “aquella ribera de árboles frondosos, que agitaban sus ramas con pereza para filtrar la luz sutil, cansada, de un atardecer otoñal” y que se iba a transformar en un averno para unos *guripas* que no “podía[n] imaginar aún cómo llegarían a odiar aquel río plácido, sereno, que pronto se convertiría en un foso infranqueable, un horizonte detestable y perpetuo, su particular frontera del infierno” (2015: 467). El Voljov se convierte en el primer escenario para los divisionarios, ese río “que podría haber sido cualquiera excepto por el detalle de que los rusos lo habían escogido para pararse” y realizar una eventual “estabilización del frente”, ya que si “los rusos habían corrido tanto antes de que llegaran, parecía lógico suponer que correrían más deprisa ahora que estaban [los españoles] aquí. Esa era la opinión generalizada” (2015: 468). Aunque el transcurso de la guerra y las arrolladoras victorias alemanas indicaban eso, la realidad iba a ser distinta desde que el primer caído abrió la veda del horror:

Aquél día, ante su primer cadáver, su primera víctima, Julio comprendió lo que era la guerra mientras Eugenio lloraba sin hacer ruido y Romualdo inauguraba a voz en grito el coro de las blasfemias. ¡Joder, estos hijos de puta, parece que nos estaban esperando a nosotros, justo a nosotros, me cago en la hostia! Eso decían, y al principio se consolaban, pero cada noche hacía más frío, cada día tenían más bajas, cada mañana eran más los que despertaban del sueño de la gloria, los que habían dejado de entender qué se les había perdido a ellos allí, tan lejos de casa. ¡Pero qué General Invierno ni qué niño muerto! ¿Qué pasa, que a los alemanes, con lo listos que son, no se les había ocurrido que aquí hace frío en diciembre? ¿Y Napoleón qué? ¿Es que eso no se lo han estudiado los muy gilipollas? Desde luego, hay que joderse... Cada vez hacía más frío, cada vez tenían más bajas y menos cuidado con lo que decía cada uno, con lo que decían los demás. Bastante tenían con no morir, con no caer heridos, con no dormirse. Con eso se daban por satisfechos, porque en eso se había convertido la guerra para ellos (2015: 471-472).

El drama de una guerra que se había prometido como un paseo triunfal y que en realidad era una carnicería se inserta en el contexto de las fechas cercanas a la Navidad. Ya no aparecen los villancicos o la celebración, dentro de las circunstancias, que describían los divisionarios franquistas, quienes aprovechaban las pocas prebendas que les había llevado el aguinaldo. La escena cambia por la realidad de la lucha, que no distingue ni de domingos ni de las tradicionales festividades católicas:

Aquel día faltaba poco para Navidad y el frío había vuelto a morder los termómetros. A más de cincuenta grados bajo cero, los últimos defensores de Possad, la posición más avanzada que Julio Carrión llegaría a pisar al este del Voljov, volvían sobre sus pasos hacia la orilla oeste. Aquel fracaso dolía más que los anteriores, porque habían llegado más lejos, y habían aguantado más tiempo, y habían pasado más frío, y habían tenido más bajas que nunca. Y no había servido de nada (2015: 472).

El desastre de finales del primer año también lo describe Joaquín M. Barrero en Possad, “que estaba siendo terriblemente bombardeada”, cuando sus divisionarios acudían a prestar ayuda a la aldea de Posselok, cuyas “hogueras” asemejaban “un infierno, un espectáculo sobrecogedor” (2013: 433) y similar al que para esta población relata Jero Salmerón:

Llegaron a Poselok después del medio día [sic]. Estaban agotados por la falta de sueño y los abotargados miembros apenas si les dejaban moverse. Javier pateó el terreno temiendo que se le hubieran congelado los pies. Era de día pero no había mucha diferencia con la noche. El cielo estaba cubierto de un color gris plomizo, oscuro y siniestro, y comprobó que varias de las cabañas o isbas ardían por los impactos de la artillería enemiga. Los heridos se

acumulaban a centenares apoyados, tirados, hacinados en las paredes de las isbas que hacían de hospitalillos. A la derecha, en un huerto había más de cien cadáveres con apariencia de estatuas de hielo (2005: 175).

En todas estas estampas, los *guripas* conocen las armas soviéticas a las que nombraban con sus característicos mote: los “organillos de Stalin” eran “unos camiones cargados con baterías artilleras tan potentes que sus tubos recordaban a los de los órganos de las iglesias hasta que empezaban a tirar todos a la vez” (Grandes, 476) y de los cuales solo el “ulular de los cohetes, lanzados en andanadas, causaba una impresión aterradora en muchos combatientes” (Barrero, 2013: 426). Como señala Salmerón, se caracterizaba con un ruido tan atroz que “era como si miles de brujas gritaran volando al viento, gimiendo como locas” (2005: 195):

Aquella era un arma temible. Los rusos colocaban multitud de lanzamisiles juntos que eran transportados a lomos de camiones, y realizaban bombardeos de saturación que, a pesar de ser poco certeros, causaban un inevitable pánico en la infantería enemiga. Fueron llamados “organillos de Stalin” y pronto sembraron el espanto entre las filas nazis. De hecho, la primera vez que fueron utilizados en completo secreto, hasta la propia infantería rusa huyó despavorida (2005: 196).

También se identifica a los aviones *Sthurmovik* con los que los soviéticos atacaban a los españoles, conocidos como la “Parrala”, “el mote con el que los *guripas* [los] habían bautizado” y cuyo ruido se caracterizaba al “oírse un temblor remoto, amenazante; un retumbar sincopado, como si un gigante estuviese golpeando la tierra con un martillo” (Valle, 2006: 65). Este apodo fue atribuido por los divisionarios debido al “ruido traqueteante de su motor que se asemejaba a una desvencijada motocicleta” y que cuyo “siniestro sonido (...) inundaba el cielo del Voljov lanzando un par de bengalas para identificar los blancos” (Salmerón, 2005: 171). Llegado el año 1942, los novelistas se fijan en otros acontecimientos, como lo hace Lorenzo Silva respecto a lo ocurrido en la *Posición Intermedia*, donde a “sus desdichados defensores los encontraron mutilados, desnudos y clavados al suelo con bayonetas y zapapicos” (2011: 121-122). El autor señala cómo este acto de crueldad fue respondido mediante “la oportuna venganza por parte de algunos veteranos del Tercio, que aplicaron a unos rusos desprevenidos el tratamiento que habían aprendido de los rifeños al norte de África” (2011: 122). De este incidente se hace eco uno de los personajes de Javier González:

Cuando llegué al cuartel, con las primeras luces del día siguiente, la guardia me dijo que los de la Línea Intermedia habían caído. Los habían desnudado y habían clavado los cadáveres en la nieve, con sus bayonetas y sus picos de zapadores. Ya le he dicho que los rusos nos tenían muchas ganas (2006: 58).

También puede apreciarse la gesta del lago Ilmen en la novela de Jero Salmerón, presentada desde un paradigma opuesto al que ofrecía la literatura divisionaria hasta el momento. En ella, el divisionario Alfonso, un crío de diecisiete años al que protege el protagonista, había participado en la misión de los esquiadores del lago Ilmen. Este *guripa* le confiesa que en realidad era como él, un antiguo desafecto al régimen que se había convertido en delator durante su estancia en la cárcel y que había sido enviado a la Unión Soviética para vigilarle. La hazaña para rescatar a los alemanes cercados se presenta como una operación fallida de los mandos españoles y en especial del general Muñoz Grandes, quien no habría tenido ningún reparo en mandar a sus hombres a una muerte segura con tal de conseguir la gloria personal. Además, en esta misión, el joven soldado había perdido las manos y los pies. Como indica el herido, la dureza de la empresa que les habían encargado sacó a la luz “la imprevisión de nuestros mandos” (2005: 221), de quienes “hasta los oficiales se quejaban maldiciendo aquella puta misión y la «brillante idea» del Orejas [Muñoz Grandes] de los cojones” (2005: 222) y del que esperaban que “abortara la misión porque era imposible llevarla a término” (2005: 223). Con el parlamento de este personaje, la heroica acción pasa a ser el ejemplo del desconocimiento que pudo existir entre los mandos españoles a la hora de afrontar operaciones como la de los esquiadores, a los que se mandaba en un acto suicida a rescatar a un puñado de camaradas alemanes. La crítica corresponde con la ideología de quien la realiza, un personaje de origen socialista cuyo padre había sido fusilado en la postguerra. Pero señala el descontento que pudo quedar silenciado en la unidad con el matiz de ciertas operaciones divisionarias que sirvieron para encumbrar a aquellos que no se situaban en la primera línea de fuego. Es así como, a pesar de su pasado, este *guripa*, siente “pena” (2005: 226) por los voluntarios que respondieron ciegamente a la llamada de Serrano Suñer y que daban su vida mientras los *arribistas* se habían quedado en España:

Muchos de ellos tenían cargos importantes, o al menos un futuro prometedor en el Partido Único. Muchos renunciaron a ello para venirse a la guerra, para luchar contra el comunismo, mientras otros chupatintas se quedaban con los despachos, los coches oficiales y el poder. Y ahora, unos meses después, se sienten utilizados. Les han hecho caminar desde Alemania hasta aquí, cuando podían haberlos transportado en tren en cuatro días, los han metido de cabeza

en un infierno de guerra a más de cuarenta bajo cero con uniformes y equipos inadecuados. Han visto morir a su[s] camaradas como perros, abandonando sus cuerpos insepultos y en medio de la nieve para defender unas aldeas que no importan a nadie –bueno, a Muñoz Grandes y a su carrera, sí–, y ahora, por si esto fuera poco, han enviado a doscientos hombres a una especie de suicidio anunciado. A una muerte segura e inútil. Éste es el pago de Franco a Hitler y ellos son la moneda de cambio. ¿No te das cuenta de que los han utilizado? Han venido aquí por un ideal, equivocado, sin duda, pero un ideal, y están muriendo lejos de casa, jóvenes y ateridos por el frío mientras sus jefes juegan a la gran política. Pobres ilusos. Te digo que me dan pena. Aquí están purgando todo el mal que nos hicieron en la guerra (2005: 226).

La situación descrita por Alfonso y los efectos que la guerra había causado en su cuerpo no solo suponen una revelación acerca de la verdadera situación a la que se habían enfrentado los falangistas en Rusia, sino que le había dejado en tal situación que, combinada con su función de delator –y el rechazo de los allegados de sus víctimas–, hacía imposible su regreso a España. Las consecuencias de una lucha que sirvió para que Hitler condecorase a Muñoz Grandes con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro encuentran su contrapunto con el suicidio del joven mutilado:

Javier le echó un vistazo antes de salir. Sintió pena por él. Era un crío. Justo cuando subía al camión creyó escuchar una sorda explosión. No le llamó la atención pues era lo habitual en el frente. Dos días después supo que Alfonso sacó una granada de su mochila y sujetándola con los muñones de las manos, le arrancó el percutor con los dientes. Se llevó por delante a la enfermera y dos de los enfermos quedaron heridos por el impacto de la metralla (...) Tantas vidas truncadas para siempre por la guerra y la muerte que ésta traía consigo. Comenzaba a dudar de muchas cosas que antes consideró intangibles, dogmas ideológicos irrefutables. Todo se hundía a su alrededor. Como una réplica en humano de Midas que convertía en mierda todo cuanto tocaba (2005: 227).

Aunque todas estas escenas de guerra remiten al horror vivido por los combatientes del frente oriental en los intercambios de fuego, ninguna de ellas se asemeja a las narraciones que hacen referencia a la batalla de Krasny Bor, que se convierte en un pasaje de vital importancia en al menos dos de las novelas divisionarias actuales: en *Niños feroces* es el episodio en el que cae herido su protagonista, lo que le confina al hospital de retaguardia de Riga y en *Me hallará la muerte*, como respuesta a la realidad que supuso para unas tres centenas de los españoles que allí combatieron, el *guripa* Antonio Expósito es hecho prisionero por los soviéticos. En otros textos como *El tiempo de los emperadores extraños* el contexto se sitúa en las semanas previas a la lucha y sirve como epílogo a la historia de Arturo Andrade en el sitio de Leningrado, pero las estampas que de ella

aparecen son escasas. En *El corazón helado* los personajes de Julio y Romualdo no participan en la misma ya que este “se había congelado en la última semana de diciembre de 1942” y aquel “había sido herido en la primera de enero de 1943”, “unas desgracias simultáneas [que] los habían librado de una muerte segura en la carnicería de Krasny Bor” (2015: 488).

A pesar del terror que se iba a desencadenar, se cita a la aldea como “una pequeña población formada por un conjunto de isbas y algunos edificios de ladrillo, dispuestos en cuadrícula. Nada tenía de particular, aparte de la situación en que quedó dentro del frente en las primeras semanas de 1943” (Silva, 2011: 191). Según esta descripción, y sin tener en cuenta su situación en el frente, la pequeña localidad podría haber formado parte de la larga lista de lugares de paso dentro de la geografía divisionaria, ya que poco o nada se diferenciaba del resto de diminutos parajes que conformaban el conjunto de aldeas situadas a una centena de kilómetros de Leningrado: “Krasny Bor («Bosque Rojo» en ruso)” estaba situada “sobre una vasta llanura de hielo, sin ondulaciones ni montañas que quebraran la línea del horizonte, donde se diseminaban, entre manchas de pinos y abetos, un puñado de isbas o cabañas rurales muy aisladas entre sí, para evitar los riesgos de un incendio” (Prada, 2012: 97). Un paisaje que poco a poco cambia, aunque en los momentos previos al ataque se insiste en la calma que reinaba entre el grupo de divisionarios y el lugar de la contienda:

Bajo su imperio [del invierno], con un cielo claro, envuelto en un halo gélido, Mestelewo aguardaba en una tensa espera; se hablaba de una concentración de más de cuarenta mil rusos, con cientos de piezas de artillería, órganos de Stalin y numerosos carros de combate T-34 y KW-1 en el saliente de Kolpino, en Krasny Bor, esperando para comerles el alma. La inminencia del ataque y la proporción de tres a uno se reflejaba en los movimientos de la División que, aunque atareados, no dejaban de impresionar por su serenidad; hombres extraordinariamente jóvenes que reforzaban trincheras y limpiaban sus armas con toda la calma con que Arturo se imaginaba se habrían comportado los espartanos en el paso de las Termópilas” (Valle, 2006: 354).

Todas las informaciones que la División Azul tenía acerca de la inminencia del ataque también son recogidas por Lorenzo Silva, quien además insiste en la continuidad que los soviéticos veían en la recuperación de las posiciones de la aldea en relación con la reciente victoria que habían cosechado en Stalingrado. El haber derrotado a los nazis de von Paulus cinco días atrás les había dado la moral suficiente para continuar con el despliegue, y más aún cuando el rival era una pírrica unidad española de voluntarios:

“para los rusos, que sentían de pronto al dios de la guerra de su parte, había sonado la hora del desquite. Aquellos españoles, ateridos de frío, aplastados en sus trincheras por un clima tan distinto del suyo, no podían ser un gran obstáculo” (2011: 194). El prolegómeno de la tempestad anunciada por el posicionamiento del Ejército rojo también es tratado por Juan Manuel de Prada, quien muestra un paisaje casi místico que pronto pasaría a ser la representación del infierno:

En la noche del 9 de febrero de 1943 brillaba una luna inmóvil y grávida sobre la posición ocupada por los divisionarios; y su resplandor aureolaba de fosforescencia la llanura pelada que se divisaba desde el altozano, permitiendo incluso distinguir el incierto bosque tras el que se agazapaban las trincheras rusas, que ocupaban la carretera de Leningrado a Kolpino. Una calma espectral bañaba la blancura ilesa de la nieve detrás de las alambradas, y acuchillaba los nervios de Antonio, aclimatados ya al ajetreo del frente, al estruendo de la artillería pesada y al tableteo de las armas automáticas. Era un grandioso espectáculo telúrico que invitaba a la adoración: una alambrada, la nieve, el bosque el enemigo y Dios esparciendo su gracia o su indiferencia sobre los desvelos de los hombres (2012: 97-98).

El comienzo de la lucha, es decir, la llegada del “esperado día del Juicio” (Valle, 2006: 370) es un “infierno” que, aunque pueda ser “una forma tópica de decirlo”, no se aleja de la realidad, puesto que “en esta ocasión me temo que resulta particularmente pertinente y exacta” (Silva, 2011: 196). En efecto, cada uno de los relatos de la batalla de Krasny Bor es la representación averno divisionario. Significó el culmen del horror dentro de la aventura azul y así ha quedado tanto en la historiografía del grupo como en las memorias que dieron sus miembros. Aunque cada uno de estos tres autores ofrece una visión particular sobre la misma, sí que todos coinciden en la fatalidad que supuso para los españoles. Para los divisionarios, a pesar del tiempo que muchos había acumulado en la lucha contra los soviéticos, esta batalla se situaba a otro nivel, incluso se convertía en un nuevo bautismo como soldados. Así lo recuerda el divisionario de Lorenzo Silva:

Mi primer contacto con el combate de verdad, ese en el que ves los ojos del de enfrente –recordaba Jorge–, me descubrió su rostro aterrador, que no es el de la amenaza particular que pueda suponer el enemigo, sino la sensación de que en cualquier momento y desde cualquier lado puede venirte cualquier cosa. La capacidad que tiene que desarrollar el combatiente es la de convivir con esa sensación sin salir corriendo, o sin tirar el arma al suelo y dejarse matar a la primera ocasión. Lo que más te ayuda es haberte adiestrado en los movimientos más mecánicos, y concentrarte en ellos. Yo busqué, en medio de los rusos, el punto más denso, y allí, en una fracción de segundo, escogí

mi primera víctima. Apreté el gatillo, lo vi caer. Y a partir de ahí seguí, uno tras otro, repitiendo la operación. Cerrojo, apuntar, fuego, cerrojo, apuntar, fuego (2011: 199-200).

De estos narradores, quien penetra en el fondo de la contienda es Juan Manuel de Prada. El día comenzó a “las siete de la mañana [cuando] rasgó el cielo, procedente de las trincheras rusas, una bengala roja” a la que siguió un silencio que “floreció, como una primavera anticipada, por los confines de la llanura” y que los soldados “llenaron rezando un padrenuestro que sonaba feroz, retador y rugiente” (2012: 105). El inicio de la batalla, para la que el autor, al igual que sus colegas, hace uso de la alusión al fuego eterno para referirse a la embestida rusa, al señalar cómo con esta “se desencadenaron todas las legiones del infierno” (2012: 105-106), sitúa a su protagonista en el epicentro del horror:

Antonio contemplaba en su derredor a los camaradas despedazados por la metralla, agonizando entre horribles muecas, desfigurados por la honda [sic] expansiva de las explosiones, aullando enloquecidos mientras trataban a la desesperada de remeter en sus cuerpos rotos las vísceras todavía palpitantes que pugnaba por salir. La nieve de la llanura se había convertido en un barrizal sanguinolento, una geografía pantanosa y calcinada en la que asomaban, aquí y allá, como flores pútridas, cadáveres irreconocibles, miembros amputados, piltrafas de carne y jirones de ropa fundidos en una misma argamasa repulsiva (2012: 106).

Este mismo infierno es también descrito por Ignacio del Valle, quien resalta la lucha numantina de los españoles. Su personaje no lucha en las trincheras cuerpo a cuerpo, sino que observa los acontecimientos desde la retaguardia, aunque las escenas de destrucción son similares:

La línea del horizonte era una raya verdinegra cubierta por una bruma iluminada desde su interior por resplandores rojizos. No eran las ocho de la mañana y las tropas soviéticas de asalto, tras la maceración artillera, habían roto las líneas escalón tras escalón apoyadas por las oscuras e imponentes moles de los T-34 y los KW-1. Esporádicos aviones con las estrellas rojas de cinco puntas se precipitaban sobre los españoles, desprendiéndose de racimos de bombas y barriendo el suelo con los centelleos de sus ametralladoras. No quedaba nada, zanjas deshechas, búnker[e]s arrancados de cuajo, nidos volados; un revoltijo de hoyos humeantes, maderas, cascotes y cadáveres. Pero, para sorpresa de las siluetas fantasmales que les iban cercando, los guripas seguían defendiendo el sector, a golpes de culata, a bayoneta, a dentelladas, a puñetazos. Cantando (2006: 380).

El ataque deja a los primeros “heridos sangrantes, convulsos, con los uniformes chamuscados y el alma volatilizada” y cuyo número era tal alto que hacía “prácticamente imposible encontrar [en el hospital español] camas disponibles para todos” (2006: 381). Al mismo tiempo que los divisionarios eran “evacuados por sus oficiales en condiciones deplorables, más muertos que vivos”, los temidos “organillos de Stalin” realizaban su “acción devastadora y desmoralizante (...) que, en combinación con morteros, antitanques y lanzagranadas, aún siguieron machacando los desarbolados parapetos españoles durante un buen rato” (Prada, 2012: 107). La superioridad numérica rusa, que no se correspondió en los primeros resultados del ataque con un balance favorable a los españoles, la representa el autor en el avance de la infantería soviética. El oxímoron con el que comienza la descripción refuerza la gravedad de la escena:

Era de una trágica belleza contemplar la marcha al paso de los rusos, codo con codo, mientras hacían ondear sus largas capas blancas de camuflaje. Se contaban por miles, y sobre la marcha lanzaban intermitentes ráfagas de fuego con sus naranjeros, que luego apoyaban sobre la cadera para seguir frenéticamente unos “hurras” que sonaban como descargas de fusilería. Parecía inverosímil que semejante multitud de hombres viniese a atacar un único regimiento español. Antonio estaba paralizado por el horror (2012: 108).

Como se ha señalado, el mérito español de una primitiva victoria en esta lucha había provocado la retirada de los rusos, que dejaban “tras de sí el campo sembrado por una montaña de cadáveres, que impedían dispararles por la espalda” (2012: 109). Pero la breve tregua dio lugar a nuevas hostilidades entre las que se describe la actitud de los guripas kamikazes heridos que, “moribundos (...) se lanzaban con una mina de plato entre las manos a las ruedas de los tanques, haciéndolos estallar a la vez que perecían” (2012: 111). Estas acciones eran imitadas por los soldados que aún conservaban su integridad, con “una magnífica indiferencia hacia la muerte”, lo que paralizó a la infantería rusa “ante aquel alarde de audacia” (2011: 111). A pesar de la sobrehumana hazaña que repiten varios de los divisionarios, el personaje de Antonio Expósito permanece en la trinchera “menos temerario o inconsciente” y cubre el regreso de su jefe, quien dice deberle la vida aunque le reprocha su cobardía ya que pensaba “que tenías más cojones” (2012: 112). Estas operaciones suicidas y que pueden considerarse impropias para la defensa de una aldea también son señaladas por Lorenzo Silva:

A eso de las once, desmoralizados, los rusos volvieron la espalda para emprender la retirada. En ese momento, el que espera todo defensor, los españoles aprovecharon la oportunidad que se les brindaba y lograron diezmar sus filas. Un carro de combate que quedó averiado en un campo de minas atrajo la atención de los zapadores. No contaban con medios blindados para acabar con él, pero a cambio tenían el arrojo y la insensibilidad al peligro de uno de ellos, que se arrastró hasta su posición y logró destruirlo metiéndole una granada de mano por el agujero del periscopio. La explosión confirmó el revés del enemigo y elevó la moral de los españoles (2011: 200-201).

Aunque la respuesta española había sido, en un primer instante, tan inesperadamente victoriosa que según habían relatado posteriormente algunos prisioneros “los comisarios políticos rusos que les interrogaron, (...) se empeñaban en averiguar qué clase de armamento secreto habían empleado, porque no podían creer que sólo con fusiles y ametralladoras les hubiesen causado semejante destrozo” (2011: 207), la superioridad rusa se impuso en las siguientes oleadas, lo que obligó a los españoles a batirse en retirada, por lo que se vieron obligados “a correr por el barrizal sembrado de cadáveres humeantes que se extendía ante la aldea de Krasny Bor” (Prada, 2012: 113). Y es en este momento de derrota, cuando la captura está más cercana para los huidizos divisionarios cuando vuelve a introducir Juan Manuel de Prada una de las reflexiones más interesantes acerca de la belleza que escondía la guerra²⁹⁵:

El olor acre de la sangre y de la carne chamuscada por los disparos a quemarropa lo anegaba de una suerte de beatitud desquiciada; y comprendió entonces que la guerra era, en efecto, el deporte más hermoso, porque en ella asoma el hombre sin las blandenguerías y dobleces de la civilización, el hombre desnudo y sincero que mata sin odio y muere sin duelo, con alegría de matar y alegría de morir, como en un juego de niños (2012: 113-114).

Y, por último, hay un recuerdo para la figura del soldado Antonio Ponte Anido al igual que hiciera Fernando Vadillo en su momento. En el texto de Carla Montero este personaje toma cierto relieve al enamorarse de la enfermera Lena. Antes de la batalla, Toñín, que es como se presenta a esta mujer, “había estado toda la noche preparándose para resistir la ofensiva”, “físicamente exhausto” aunque con tiempo para “confesarse y

²⁹⁵ Al mismo tiempo que el escritor italiano Alessandro Barrico publicó su reescritura de la *Iliada* aparecía un artículo bajo su firma en la prensa española en el que alababa toda la belleza de la guerra que escondía la obra de Homero. Para este autor, el poeta griego “canta la belleza de la guerra, y lo hace con una fuerza y una pasión memorables” y su poema sugiera “que ningún pacifismo, hoy, debe olvidar ni negar esa belleza, como si nunca hubiera existido” (2004). Es más que probable que el propio Juan Manuel de Prada piense en la belleza de la guerra según el texto homérico para el momento en el que Antonio Expósito, su personaje, la percibe de ese modo.

comulgar” (2016: 373). Incluso como en el relato de Vadillo tiene oportunidad de escribir “unas pocas líneas a su madre”, aunque aquí el “resto del tiempo lo había dedicado a pensar en Lena para ahuyentar el miedo” (2016: 373). El momento exacto en el que el *guripa* acomete el acto heroico que acaba con su vida es narrado por la autora con fidelidad. Pero, al mismo tiempo, inserta este hecho en la historia de ficción de la enfermera:

Toñín notaba una desagradable sensación en la boca del estómago mientras observaba el panorama del exterior. Quedarse en el puesto de mando, volver con su Compañía, ir a curarse al hospital... ¿Qué más daba? Nada era seguro, se hallaba en el epicentro del mismísimo infierno. Fue entonces cuando vio cómo uno de los T-34 rusos se separaba de su formación y se dirigía hacia ellos. Su largo cañón, como un brazo de hierro, hacía fuego a diestro y siniestro. El joven echó un vistazo a derecha e izquierda, al lugar donde se apilaban las cajas cargadas de minas y municiones. Si uno solo de aquellos proyectiles los alcanzaba, volarían por los aires; no sólo ellos, también lo que estuviera a muchos metros a la redonda. Acto seguido, centró su atención en la enorme cruz roja del Puesto de Socorro, visible desde su posición. Comprobó horrorizado cómo el cañón del tanque apuntaba directamente contra la isba rebosante de heridos. Su respiración se aceleró (...) Alertada por el estruendo metálico del tanque enfilando contra el hospitalillo, Lena se asomó a una ventana. Se le paró el corazón al ver el cañón apuntando justo hacia ellos. Iba a chillar, pero entonces divisó un soldado que se arrastraba entre las balas hacia el carro, un soldado español. Estaba herido en una pierna e iba dejando un reguero de sangre sobre la nieve. No podía distinguir su rostro, pero de algún modo supo que se trataba de Toñín (...) El capitán Escobedo la abrazó justo en el momento en que Toñín alcanzaba una de las orugas del tanque. A ella adhirió la mina magnética. Introdujo el detonador en el mango. Tiró del cordel. Uno... Dos... Tres... Toñín no retrocedía con la suficiente rapidez. Lena gritó de desesperación... Cinco. La mina explotó (...) Lena lloraba abrazada al capitán Escobedo. A pocos metros del carro ruso yacía el cuerpo desintegrado del cabo Antonio Ponte Anido (2016: 395 y 397-398).

Pero, además de narrar los acontecimientos bélicos en los que participó la División Azul, el paso del tiempo permite la inclusión de dos elementos pertenecientes a una óptica inenarrable entre los años 1941-1975. Este es el caso que presenta Lorenzo Silva mediante dos interesantes aspectos. El primero de ellos es el uso de los videojuegos para ponerse en la piel de los combatientes. Juega, de manera breve, a *Call of Duty: Blacks Ops* (2010) para la plataforma *Wii*, con el que saca “la sensación de que ser un combatiente de infantería en medio de una refriega es una ocasión propicia para la supervivencia, a no ser que uno tenga ojos hasta en el cogote y por completo automatizados todos los

movimientos necesarios para hacer funcionar el arma” (2011: 107). Ante la dificultad de este videojuego, opta por acercarse a *Counter Snipe*, “un juego de francotiradores en red y en 2D (más manejable para un novato como yo que las tres dimensiones del otro)” (2011: 109). De esta experiencia obtiene “unas cuantas conclusiones interesantes sobre mi propia psicología y la del común personal, cuando de combatir se trata”, como “la frialdad y la rapidez con la que desarrollé mi instinto de cazador” o “el peso que en el enfrentamiento tenía el factor psicológico en la condición del adversario” (2011: 110-111). Interesante es que, a pesar de que la sensación no es la misma que experimenta el soldado en el combate, percibe cómo “sobre la premisa (tan obvia y perentoria en el videojuego) de que destruir al otro es requisito *sine qua non* para preservarse uno, remite a cierta oscuridad natural en la condición humana” (2011: 112). Cuando le relata a su profesor la experiencia y le pregunta qué le parece, le responde lo siguiente y da pie al segundo factor que no podía aparecer durante el franquismo:

A fin de cuentas, los videojuegos los usan para instruir a soldados de verdad, hoy día, tanto entre los marines norteamericanos como aquí. Pero, si quieres saber más de la guerra real, creo que puedo conseguirte algo mejor. Tú sigue con tu historia y traslada a Jorge hasta el frente. Antes de que entre en acción trataré de organizarte un par de cosas (2011: 113).

La “guerra real” a la que se refiere el Lázaro escritor es la que obtendrá del relato de aquellos que han participado en los últimos años en ella. Para acercarse a este punto, primero hay que indagar en la bibliografía de Lorenzo Silva hasta llegar a *Y al final, la guerra: la aventura de las tropas españolas en Irak* (2006), obra de la cual es co-autor junto al ex-militar Luis Miguel Francisco. En ella se revisa la actuación de los españoles durante la Guerra de Irak, cuyo envío en misión humanitaria fue altamente cuestionado por la sociedad y cuyas labores asistenciales se vieron sobrepasadas por las exigencias del campo de batalla. La similitud entre las unidades enviadas para acabar con el comunismo soviético y el régimen de Saddam Hussein se encuentra, principalmente, en su participación como miembros de una gran coalición internacional, con todos los matices aceptables entre la internacionalidad de la *Wehrmacht* y del grupo comandado por los Estados Unidos de América. La situación concreta que describe Silva en su novela divisionaria es la siguiente: el profesor Lázaro, como sustento de los materiales que proporciona a su alumno del taller de escritura, organiza una entrevista con cuatro militares que participaron en aquella contienda, concretamente en la batalla del 4 de abril

de 2004 en la base Al-Ándalus de la ciudad de Nayaf. La importancia del combate se asemeja, no por la cantidad de bajas o la duración del mismo, pero sí por su relevancia en la memoria de los españoles desplegados en Irak con los hechos acaecidos en Krasny Bor entre el 9 y el 10 de febrero de 1943. Así se demuestra en la primera referencia a los paralelismos entre los dos grupos militares:

[La misión en Irak,] como la División Azul, sirve para cubrir un expediente sin apostar más de la cuenta. El gobierno que los ha enviado, como hizo Franco, busca nadar y guardar la ropa. Se trata de estar allí, sin dar la impresión de que se está más de lo conveniente. Pero la guerra tiene su propia dinámica y toma sus propias decisiones, y ese día [el 4 de abril] se lo va a demostrar a aquellos soldados (2011: 134).

El paso del tiempo no ha evitado el envío de tropas auxiliares como ocurriera durante la II Guerra Mundial con fines puramente políticos. Como señala el autor, el ritmo de un país inmerso en un conflicto obliga a los soldados a tener un comportamiento muy parecido al que tuvieron sus compatriotas setenta años atrás. Detalles como la denominación del enemigo se repiten con la especificidad del territorio: si los rusos con los que se encuentran los divisionarios son los *ruskis*, los chiíes que atacan a los militares se convierten en los “moracos de mierda” (2011: 139)²⁹⁶. Tampoco ha variado la intensidad del intercambio de fuego entre Krasny Bor y Nayaf, ya que en este último lugar los españoles “estuvieron doce horas allí, plantándole cara al enemigo” (2011: 141). Ni la actitud de un sector de las tropas de ocupación con la población local, como es el caso de los mercenarios de *Blackwater*, que según uno de los entrevistados, “mataron a los niños y a las mujeres que se acercaban a ayudar a los heridos”, lo que justificaban al señalar que sus víctimas recogían “los Kaláshnikov para llevárselos a los insurgentes” (2011: 142), lo que recuerda a los malos tratos que ejerció el *Heer* principalmente sobre la población judía²⁹⁷. Y, en esta línea, se indica cómo el arma utilizada por los españoles es “una ametralladora MG 42 (...) la que tenían los alemanes en la segunda guerra mundial” y que “[ha] picado carne en dos siglos, y nada mal” (2011: 143-144). Con todos estos datos, no es de extrañar que el personaje del Lázaro, el alumno, señale al finalizar

²⁹⁶ En el libro de Lorenzo Silva escrito en conjunto con Luis Miguel Francisco puede leerse prácticamente lo mismo: “La soldado García lleva el fusil fuera del blindado, lo tiene montado y sólo ha de quitar el seguro y apretar el gatillo. «¡Putos moros, putos moros!», grita, fuera de sí, mientras hace fuego. También dispara la ametralladora coaxial. «¡Moros de mierda, aumentad la velocidad, aumentad la velocidad, hay que salir de la zona de castigo, rápido, rápido!»” (2006: 257-258).

²⁹⁷ *Blackwater* fue una empresa militar privada que actuó junto a las tropas norteamericanas en la Guerra de Irak. Su cuestionado papel puede observarse en Saura Estapà (2010: 5-7).

el encuentro que su “mente viaja de Nayaf a Leningrado” (2011: 155). Pero, antes, escucha el testimonio esclarecedor que conecta a dos batallas lejanas en el tiempo que, en un principio, poco tienen que ver más allá de estar protagonizadas por españoles: uno de los relatores se entretiene en narrar el trato que tuvieron con la población civil. Evidentemente, recuerda a las relaciones ya descritas en diversas ocasiones entre los españoles y los rusos, en las que se combinaron de dos grupos tan diferentes de convivir en armonía, el noble trato de los soldados hacia los civiles y la desesperanza ante la intolerancia de los camaradas extranjeros. Al final, la sensación es idéntica a la que demostraban algunos divisionarios al referirse al futuro que había tenido la Unión Soviética: los iraquíes, al igual que había ocurrido en Rusia, entregan el poder al tirano contra el que habían combatido los españoles, lo que dota de cierta inutilidad todo el esfuerzo empleado en otorgar a la población unas condiciones de vida que, según la perspectiva del soldado, son mejores que las obtenidas tras el conflicto:

Había gente que sí nos valoraba. Intentamos ganárnoslos, tratándolos con respeto, procurando comprenderlos, y sin hacer las barbaridades que hacían los americanos (...) Nosotros éramos profesionales decentes y queríamos demostrarlo. Había iraquíes que lo apreciaban, y que hasta nos veían como una oportunidad para librarse de los barbudos, que eran lo que se les venía encima después de que les quitaran de la chepa a Sadam. ¿A quién le va vivir en un lugar donde ten condenan a treinta latigazos por vender cedés, como tenían por práctica común los tribunales de *sharia* de Al Sadr? Pero, al final, tanto esfuerzo, para nada. Nos fuimos y allí los dejamos, a merced de ellos y de los yanquis quemados que nos relevaron. Luego los americanos quisieron acabar con este Muqtada, y lo sitiaron en la mezquita y todo, pero no pudieron con él. Acabaron pactando con el mismo tío al que querían que nosotros quitáramos de circulación. Un esfuerzo inútil: esa es mi triste conclusión, tas haberme dejado cinco meses de vida a tomar por culo de casa y jugándome el pellejo (...) Eso fue, si acaso, lo que les dejamos a aquella gente. El recuerdo de unos extranjeros a los que tampoco llamaron, pero que llegado el momento les tuvieron alguna consideración. Poco más (2011: 147-148 y 150).

6.3.6. El papel de la mujer

La representación de la mujer en los textos divisionarios actuales es prácticamente similar a la que se daba en las memorias y novelas de la dictadura. Ha pervivido, en gran parte, la imagen del galán que conquistaba a la par territorios y corazones foráneos, como marineros sin puerto que tenían una novia en cada localidad y otra que les esperaba

pacientemente en España. Aun así, pueden detectarse algunas excepciones, tanto en el tipo de mujer como en las relaciones amorosas que establecieron los *guripas*. Incluso el rol femenino ha ocupado el papel central en una de las novelas: Carla Montero sitúa en *El invierno en tu rostro* a Lena, su protagonista, entre el cuerpo de enfermeras de la Sección Femenina en la División Española de Voluntarios. El contacto que los divisionarios mantuvieron con las mujeres en la literatura actual acerca del tema dista del repetido *donjuanismo* propugnado sin límites en la novelística de los voluntarios durante el franquismo. Aquellos soldados que habían conquistado en Grafenwöhr a las *fräulein* y que en Rusia de una isba a otra enamoraban a las jóvenes campesinas que encontraban por su paso desaparecen y dan lugar a otro tipo de relaciones entre los españoles y las nativas alemanas y soviéticas. Sería incierto afirmar que no se conserva la mitología respecto al asunto cuando se afirma que en el campamento alemán los divisionarios se vieron acompañados de “aquellas alemanas dulces y consentidoras” (Barreiro, 2013: 292) o cuando desde el presente se recuerda el *éxito* de los camisas azules al cuestionarse si uno de ellos “tuvo un montón de novias antes, ¿no?, en Rusia, por ejemplo” (Grandes, 2015: 74). Incluso se habla de manera desproporcionada de soldados como aquel al que apodaban “como a José Antonio: el Ausente” porque “cuando coge un permiso no hay manera de encontrarlo” (Valle, 2006: 146). Pero la tendencia habitual entre las ficciones actuales acerca de la División 250 de la *Wehrmacht* ha sido abrir el abanico para dar cabida a escenas que se observaban con menor frecuencia en el periodo franquista: violaciones –apenas podía leerse una, que no era considerada por su autor como tal, en la novela de Carlos María Ydígoras–, un nuevo paradigma para las señoritas de la Sección Femenina y la homosexualidad son los nuevos temas que se añaden a las relaciones entre los divisionarios y las nativas, narradas estas últimas desde una nueva óptica.

La clásica historia amorosa de divisionario la vive el creado por Lorenzo Silva durante su convalecencia en Riga. Allí conoce a Daina, una letona “castaña de ojos negros, labios generosos, pechos altos, dedos largos y la piel más blanca, limpia y suave que yo haya visto” (2011: 220) y cuya evocación es tan intensa que él la recuerda como su “primer amor (...) O, mejor dicho, el único” (2011: 221). Aunque este tipo de relación quedara marcada de por vida para los divisionarios, se indica una de sus características, la fugacidad, cuando se dice “que más pronto que tarde llegaría el día de la partida, y que entonces ella se convertiría en una ausencia que le iba a quemar como no habían logrado quemarle las dos balas del 7,62” (2011: 226) que habían provocado su estancia en el hospital. El tiempo que pasó con esta mujer dejó en él una huella tan grande que cuando

se convocó de manera subrepticia la presencia de españoles en las Waffen-SS añadió a su desencanto falangista la esperanza de volver a verla: “[tenía] el secreto deseo de acercarme un poco, aunque me constara que volver a verla era prácticamente imposible, a esa Riga donde le había dejado empeñado el corazón a una mujer” (2011: 240). Sobre el carácter efímero de este tipo de amor debido a la guerra en el que, además, la chica tenía un novio, “uno de los letones con lo que habíamos coincidido en nuestro sector (...) y a los que los alemanes usaban para hacer el trabajo sucio (...) [como] conducir a los prisioneros” (2011: 219) y cómo marcaba la vida de los que se implicaban en él, deja una interesante reflexión el autor:

La tuvo [a Daina] y la perdió, y se le quedó en el alma para siempre, durante el resto de una vida en que le tocaría temer, según el momento y el estado de ánimo, que ella podía haber muerto bajo las bombas soviéticas o, peor todavía, haber muerto para él uniéndose a ese letón desconocido, a quien no pudo dejar de desearle la justa cólera de algún ruso de esos a los que los suyos trataban como animales, cuando los arreaban en los convoyes de prisioneros (2011: 227).

También se relatan los clásicos encuentros que los divisionarios mantuvieron con las *panienkas* rusas en una de las novelas de Ignacio del Valle. De ellas, a pesar del marcado carácter prostibulario del acto, se le dice a uno de los *guripas* que “no son como esos putones verbeneros que frecuentas tú, así que cuidadito con lo que hacemos” (Valle, 2006: 148), por lo que todos debían “tratarlas como a reinas” (2006: 153). Sobre las nativas, Arturo, el protagonista, se había creado una imagen previa que respondería a la de “una caravana de rollizas campesinas de sonrosadas mejillas, rubios mechones y flores silvestres en el pelo, de esas que en las postales se ven montadas en carros, en tránsito sobre oleadas de trigo” –de las cuales en efecto, había un par–, “pero también bellezas arquetípicas rusas de oscuros cabellos y miradas de una peculiar dulzura, no alegre, sino infantil” (2006: 152). La chica con la que él pasa la noche, Zira, “tenía un cutis encendido por el frío, cabellos castaños, a juzgar por los mechones que se deslizaban bajo la pañoleta y unos ojos muy, muy grandes, chispeantes y almíbar; no era del todo hermosa, pero su piel tersa y un aire juguetón lograban camuflar sus imperfecciones” (2006: 153). La comunión entre los dos es instantánea desde que Arturo la lleva “hasta su rincón, lamentando no poder ofrecerle más comodidades que la superficie de artillera de los sacos terreros sobre los que se había acomodado” (2006: 154). Allí comienza de manera inmediata la intimidad entre ambos y se destaca el momento en el que ella no parece creer

sus palabras, tras negar Arturo que tuviese novia: “«Lo más probable es que mientas. Todos tenéis novia»” (2006: 155). De hecho, este aspecto era de lo más frecuente, y muchos de los alucinados divisionarios presumían de dejar tanto a quien les llorara en España como una retahíla de amantes por las localidades en las que moraban. El contraste llega cuando él realiza la misma pregunta, que tiene idéntica respuesta negativa por parte de ella, ante lo que el protagonista reconoce, debido a las circunstancias del momento, que estaba impregnada de sinceridad: “Arturo sabía que probablemente fuese verdad; los hombres jóvenes de aquella zona o se los habían llevado las levas del Ejército Rojo o había huido o estaban muertos. De hecho, ésa era una de las razones por las cuales les resultaba tan fácil intimar con las nativas” (2006: 155). Y, mientras ambos realizan el acto sexual, cabe destacar el último aspecto relacionado con la guerra: las mujeres que quedaban en la retaguardia y mantenían relaciones con los soldados enemigos de los soviéticos –ya fuera por voluntad propia, prostitución o, por desgracia, ultrajadas– corrían el gran riesgo de quedar encinta y perder su vida ante el descubrimiento de tal hecho si se producía el victorioso regreso del ejército local, de ahí que Zira le obligue a Arturo al uso del profiláctico y este lo comprenda desde la perspectiva de aquella: “ella se rindió definitivamente a las manos de Arturo no sin antes entregarle un preservativo; Arturo comprendió sin enojarse: la guerra no estaba ganada, y si los bolcheviques regresaban y la encontraban con un hijo de los vencidos, los matarían a ambos” (2006: 157).

Pero esta relación, que según la muestra el autor podría incluso haber llegado a buen puerto, se trunca por la aparición de una mujer alemana de la que Arturo queda prendado. Se trata de Hilde, una alemana perteneciente a las SS. Mientras que a Zira la había conocido mediante el pago previo, es decir, una relación basada en la prostitución, a la germana la descubre cuando esta interpreta a Chopin. El escenario cambia: ya no se trata de un triste rincón ubicado en una chabola, sino que el protagonista la observa mientras realiza una de las acciones más altas de la existencia humana, en plena interpretación musical: “desde el lugar donde se hallaba, Arturo podía ver perfectamente sus manos, cuyos dedos trabajaban buscando la precisión exacta, la medida perfecta que reflejase con firmeza el espíritu de la composición” (2006: 124). En él nace un sentimiento de amor platónico que le acompañará sobremanera a lo largo de la novela, teniendo en cuenta las escasas apariciones de esta mujer. En esas pocas ocasiones, él podía percatarse de cómo “le tenía sin aliento su poder de seducción” (2006: 240) a pesar de que esta mujer era capaz de mostrarle “la verdadera alma de Alemania, su oscura, tortuosa crepuscular alma” (2006: 244), lo que revelaba su aceptación de la

Weltanschauung hitleriana y el dominio que sobre el *Untermensch* que implicaba, ejercido “de una manera mucho más sofisticada, comprendiendo al dominado, despreciándolo con tacto y, por ello, de una manera mucho más absoluta” (2006: 244-245)²⁹⁸. Más adelante, en un acto de crueldad que ella protagoniza hacia la población rusa, Andrade puede observar su verdadera cara, pero la sumisión hacia ella es tal que una palabra suya es suficiente para que el divisionario apueste por la inacción. Precisamente, la ciega obediencia a la enamorada alemana es un rasgo atípico a la hora de narrar, en este ámbito, las peripecias del grupo:

Pero cuando Arturo se quedó pálido fue al ver entrar a Hilde. Aunque su presencia fuese lógica, no acababa de entrar en su razonamiento; muy arropada en un abrigo de piel, era chocante ver su rostro, hermoso y gélido como una marea en invierno, bajo un casco de acero. A pesar de ello, no perdía ni un ápice de su fascinación (...) Siguió mirándola, sintiendo que el núcleo esencial de su ser iba derritiéndose hasta convertirse en un cúmulo informe de sentimientos, impotentes para la acción, hasta que con el deseo llegó el recuerdo de la oscuridad, desordenada y llena de minas y cavernas que había entrevisto durante la fiesta (...) Recordó el tenebroso fetiche de la higiene social nazi. Angustiado por la conciencia de lo que iba a suceder, intentó llamar la atención del capitán, detener el movimiento de cuchilla de la esvástica, que había comenzado a girar. Wolfram Kehren le vio, pero no alteró su helada expresión ni le prestó más atención; quien sí le respondió fue Hilde: puso el índice sobre los labios, incitándole a callar (2006: 342-343).

Los sentimientos de Arturo hacia Hilde, que “«es» una equivocación. Una jodida e inevitable equivocación” (2006: 246) y cuya presencia “seguía confirmándole que sería tan imposible tenerla como dejar de amarla” (2006: 345), van a tener su contestación en un acto vil que protagoniza el divisionario. La turbación que produce en él la alemana le lleva a que, tras la noche que había pasado con Zira, la busque de nuevo —esta vez sin transacción económica de por medio— y acabe ultrajándola. Se trataba de “un acto caníbal” en el que “buscaba un resarcimiento, un castigo”, materializado en “Zira por no poder amarla” y también “en Hilde en el cuerpo de Zira por estar condenado a la maldición de su amor” (2006: 267). Esta escena, que es reprochada de manera inocente por el cabo Aparicio —“si vuelves a hacer algo parecido, me vas a espantar el «ganao»” (2006: 269)—, es comprendida de manera inmediata por Arturo como lo que es, una

²⁹⁸ Del Valle no dota al personaje de Hilde de ningún rasgo identificativo respecto a un menor sentimiento nacionalsocialista: Arturo se enamora de una dirigente nazi que cree a ciegas en el proyecto del líder del Tercer Reich, lo que se demuestra cuando afirma lo siguiente: “«Dentro de unos años carecerá de sentido ser de un país o de otro, la nueva Europa que construiremos gobernada por la infalibilidad de nuestro amado Führer borrará cualquier diferencia»” (2006: 243).

violación, una palabra que “en su cabeza resonaba inclemente” (2006: 270). Aunque el protagonista desea hablar con ella “para explicarle que había cosas que no se podían explicar, cosas como el alma humana; para pedirle perdón” (2006: 352), este momento concreto cambia el paradigma de las relaciones amorosas entre españoles y nativas. Aunque Ydígoras (1963: 251-252) había presentado una violación en su novela, sí es cierto que el personaje creado por este hasta se sentía orgulloso por ella, mientras que en Arturo reside el sentimiento de culpa desde el primer momento. Esta escena también cambia la visión del héroe divisionario, quien no siempre habría mantenido un trato cortesano con las *panienkas* y, además, consigue situar a estas como heroínas cuando, al final de la novela, Zira se destaca como oficial del Ejército soviético durante la batalla de Krasny Bor. Para que sea más completo, ella le salva la vida a Arturo debido al buen trato que este había tenido con Aleksandr, quien resultaba ser su hermano. La última imagen de ambos muestra su verdadera relación a lo largo de la novela:

Arturo comprendió. Arturo dejó pasar entre los dos algo más frío que el viento. Arturo asintió en silencio. No tenía sentido asegurarle que lo sentía. “Lo siento.” “Lo siento.” No tenía sentido decirle que ella había sido el precio por Hilde. No, no lo tenía. Zira aún le estuvo mirando un rato, sin decir palabra, con los ojos muy abiertos, hasta que retiró su arma, volvió a abotonarse la capucha, y gritó una orden que restalló en sus oídos seca, lacerantemente. De inmediato, los soldados se internaron en la marea roja que había fluido sin descanso a sus espaldas. Lo último que vio Zira fue su figura desapareciendo entre el humo y el fuego de Mestelewo (2006: 385).

Durante su participación en la caída de Berlín, Arturo también mantiene una relación con una mujer, Silke, “una cálida y dulce berlinesa –cuyo marido, un conductor de Panzers, había sido dado por desaparecido en Kursk– con la que compartía un amor tibio, con aduanas, que sólo dejaba pasar la comprensión, cierta confianza y una compañía estable” (2010: 22). Ella sirve de contrapunto al horror que debe enfrentar Andrade cada día durante ocaso de los dioses que se desarrollaba en Berlín, “le hacía concebir esperanzas sobre el mundo y la humanidad” (2010: 54), ya que de ella “irradiaba una inagotable fuente de placer y seguridad” (2010: 143), significaba “la lentitud de un sueño frente al vértigo que le rodeaba, algo que tenía sentido, a lo que se podía entregar el corazón y en lo que podía creer” (2010: 146) y, en definitiva era “un ideal, un aspecto amable del mundo, una concepción de la vida. En medio de un universo que se derrumbaba, sólo aquella certeza le salvaba” (2010: 214). La relación es tan intensa que Arturo le pide matrimonio e incluso ella se queda embarazada, una alegría que para Arturo

supone “un momento único, exacto, memorable” (2010: 148). Pero tal felicidad se quiebra cuando regresa el marido, a quien se había dado por muerto, y abandona al español.

Como puede observarse, los parámetros en los usos amorosos de los divisionarios cambian para la nueva época. En la idealizada Grafenwöhr, donde supuestamente los españoles habrían sido aceptados de buen grado por las jóvenes germanas de la zona, muestra Almudena Grandes un tema prácticamente ignorado en la literatura divisionaria: las relaciones sexuales que los voluntarios mantuvieron con las presas polacas del lugar. A pesar de “que el simple hecho de acercarse al campo de las polacas se consideraba un delito, [algunos españoles] infringieron la norma desde el primer día” ya que contaban con la concupiscencia de la oficialidad, que prefirió “no dar importancia a aquella travesura” (2015: 460). La omisión de estas acciones en los textos azules de la dictadura no venía dada por el carácter delictivo o de desobediencia que pudieran tener, sino por ser un claro ejemplo de prostitución, ya que se aprovechaba la raquíica situación de las presas para pagar el servicio mediante productos alimentarios. Para observar tal situación, solo es necesario acercarse a la descripción que ofrece Grandes acerca de la desesperación de las polacas retenidas:

La [prisionera polaca] no era muy joven, pero sí bastante guapa. Tenía el pelo castaño, casi rojo, los ojos claros y los hombros anchos, un esqueleto grande, voluminoso, que contribuía a disimular su exagerada delgadez. Eso bastaba para hacerla deseable frente a las mujeres más pequeñas, de huesos cortos y aspecto frágil, ningún recurso para aliviar la menudencia de sus cuerpos consumidos, sus sonrisas demacradas, la apergaminada sequedad de las manos que tendían con desesperación hacia esos soldados nuevos, que sonreían sin entender una sola palabra de las que escuchaban, y no eran altos, ni rubios, ni alemanes, pero les daban lo que llevaban encima, chocolatinas, fruta, pan y hasta tabaco (2015: 459).

Toda esta situación, que en los primeros textos era interpretada como una celebración –la mujer como botín de guerra–, crea entre el grupo un dilema moral, en el que Eugenio, el divisionario más íntegro, reprende a sus compañeros por su comportamiento, tal como se lo hace saber a su hermano, quien le consideraba un “pardillo de comunión diaria” (2015: 462): “no hace falta ser de comunión diaria para que a cualquiera le dé asco lo que vais a hacer con esas pobres polacas que están ahí encerradas, en un país extranjero, solas, presas, muertas de hambre” (2015: 462). Más adelante, Julio le exige que no cuestione su comportamiento, ya que él considera que “no me porté mal con ella (...) porque fue al contrario. Le llevé jabón, patatas, manzanas,

chocolate y hasta un bote de colonia. Ahora debe ser la mujer más feliz del campo” (2015: 464). Cuando insiste en que no obligaron a las mujeres a tener relaciones con ellos, Eugenio le muestra la realidad del acto que habían realizado: “las habéis obligado porque están desesperadas, tan desesperadas como para jugarse la vida por tres putas manzanas. Si os llegan a pillar, a vosotros os habría caído una bronca y tres días de arresto, pero a ellas las habrían matado, las habrían ejecutado, porque son prisioneras de guerra” (2015: 464). Al insistir Julio en su inocencia, su amigo estalla con un discurso de perfecto falangista. Aquí la autora consigue cambiar, de manera definitiva, el paradigma del hombre que se aprovecha de la situación de las mujeres y se vanagloria de ello al contar con la aquiescencia del silencio de quienes no participan en tal acto. Que Eugenio hable de este modo denota la heterogeneidad existente no solo en la División, sino también en la propia Falange. No sería descabellado afirmar que quienes representaban a este sector en el grupo permanecieron en silencio ante tales temas, cuya sola exposición en cualquier forma literaria podría haber significado el rechazo de sus compañeros:

¡Mira, imbécil! (...) Te voy a decir una cosa de una vez y para siempre. No te atrevas a dudar de mí, nunca, jamás, porque yo sé muy bien de qué parte estoy. Lo sé mucho mejor que tú, mucho mejor que nadie, ¿me oyes? Mejor que nadie. Yo estoy a favor de la civilización, a favor de la verdadera revolución social, a favor del estado nacionalsindicalista, y en contra del comunismo, que no es más que barbarie inhumana, crimen, locura, desprecio de Dios y de los hombres. ¡Estoy a favor de la civilización y por eso mismo estoy en contra de vosotros! (...) Ya sé que se están cometiendo errores y que seguirán cometiéndose, porque nuestra tarea no es fácil, porque el enemigo es poderoso. A lo mejor, las mujeres con las que os acostasteis el otro día son comunistas, fueron comunistas, pero eso no me importa. Y no digo que no haya razones para tenerlas encerradas. Lo que digo es que solo me importa lo que son ahora, unas pobres mujeres, solas, presas y desesperadas. Y que no hay derecho a que hayáis abusado de ellas de esa manera (2015: 464-465).

Juan Manuel de Prada describe una relación insólita dentro de la literatura divisionaria y que es mantenida por el personaje de Antonio Expósito durante su estancia en el Gulag con Nina, una intérprete soviética. Es presentada como una mujer diferente al resto de soviéticas con “las uñas de sus manos, pulidas y esmaltadas de carmín, en un rasgo de coquetería incongruente con el repudio de los hábitos burgueses predicado por los soviéticos” (2012: 138-139). A pesar de ello, las humillaciones y malos tratos que sufrían por su parte provocaban que Antonio se refiriera a ella como esa “zorra gabacha” (2012: 151) que tenía relaciones sexuales con un comisario político español. Pero tras un

periodo de enfermedad del preso y un traslado de campo de Nina en el que este la acompaña, surge entre ellos un amor “sin rebozo y sin desconfianza, como se aman los animales, olvidados de sus garras, o usándolas para hacer[lo] más encarnizado” (2012: 187). Pero esta relación no termina bien al ser descubiertos tal y como se descubre cuando el español al servicio de los rusos indica que Nina “está penando su culpa (...) [y por ello] la hemos enviado a un lugar un poquitín más incómodo, por confraternizar con los presos”, un destino que “podía significar cualquier confín de inexplorada crueldad” (2012: 220).

En el relato de las artes amatorias divisionarias también tiene cabida la homosexualidad, que como ha señalado Núñez Seixas era un tema tabú en la literatura divisionaria del franquismo (2005b: 102). De este modo, dos de los personajes de la novela de Joaquín M. Barrero, ambos falangistas y uno de ellos voluntario en Rusia, son pareja. Al comentar este hecho, el que no se había enrolado en los banderines de enganche dice que no podía reconocerlo porque en aquel momento “era un delito, un baldón, lo peor de todo (...) Figúrese en mi caso, lo que supondría de deshonra para la Falange. Todos los que nacíamos así lo disimulábamos. Incluso me eché novia, que renovaba con el tiempo” (2013: 304). Ignacio del Valle trata este tema de manera más amplia cuando sitúa a uno de los personajes, *Guerrita*, sospechoso de los asesinatos en el seno de la División en el cerco de Leningrado. Cuando es preguntado por Arturo sobre qué hacía la noche de autos, él justifica que “follaba”, respuesta ante la que se le reclama el nombre de su acompañante femenina, a lo que el interrogado replica que se trataba de “él – enfatizó—. Podría darle un nombre y una compañía, pero a lo mejor lo niega. Además, es un oficial” (2006: 209). No es la primera vez que la homosexualidad aparece en la novela, ya que anteriormente se había hecho una referencia a cómo Arturo había mantenido, mientras estaba en prisión, “algunos encuentros furtivos con otros presos; sexo animal, duro, furtivo. Pero hembras, ni olerlas” (2006: 156).

También tienen lugar en el relato las enfermeras del cuerpo. Nina, la protagonista de la novela de Carla Monterio, acude al frente ruso como huida de la realidad cuando fallece su padre y se queda sola en la vida: “Para una mujer no había demasiadas opciones de volar, la División Azul era probablemente la única que no pasaba por la toma de votos religiosos. Y Rusia parecía estar lo suficientemente lejos de Oviedo” (2016: 298). Entrar en el cuerpo de mujeres que atendieron a los heridos no es casualidad ya que ella, aunque se debilita ideológicamente a lo largo de la novela, sí que es cierto que había servido como enfermera de los sublevados en la Guerra Civil de acuerdo a su posicionamiento político,

tal y como le confirma a su hermanastro, amante y combatiente republicano: “Guillén, es mi bando. Yo no estoy aquí atrapada. Estoy porque quiero, porque creo que es el camino correcto. Estoy con los míos, con mi familia, con quienes me necesitan” (2016: 167). En la Unión Soviética comparte trabajo con algunas compañeras como Agustina, que representa el modelo de lo que debían ser las mujeres que conformaban esta unidad:

Pertenecía a una familia aristocrática de Sevilla apegada a la más rancia tradición monárquica y católica. Era muy religiosa –Lena hubiera dicho que beata, pues siseaba oraciones donde otros hubieran simplemente callado– y muy formal; una enfermera eficaz y diligente, aunque sonreía poco, y la sonrisa debía ser, a modo de ver de Lena, una cualidad indispensable de la buena enfermera. Quizá fuera porque había perdido a su padre y dos hermanos de cuatro en la guerra, pero ¿quién no había perdido a alguien en la guerra?... Por lo demás, no resultaba mala compañera; ni mucho menos era tan divertida como Nati, pero sí atenta como una hermana mayor (2016: 300).

Pero no todas son como esta mujer. Nati, “probablemente la persona más coqueta que Lena había conocido” (2016: 299), guarda un secreto que comparte posteriormente con la protagonista: había sido enfermera republicana durante la Guerra Civil. Este asunto del pasado podría haber creado algún conflicto, ya que ella confiesa haber sido “enfermera voluntaria republicana –recalcó la palabra «voluntaria»– (...) Mi padre era sindicalista y mi madre cantaba a gritos *La Internacional* con el puño en alto al paso de las milicias por la Gran Vía en el verano del treinta y seis” (2016: 318). Lena, a pesar de que la mira “incrédula”, no le da importancia ya que expresa su alegría porque está en Rusia “[i] para combatir el comunismo!” (2016: 318). La carga ideológica con la que el personaje principal dota su misión no es compartida por su amiga, quien tampoco tiene ninguna intención de boicotear la misión falangista o de pasarse al enemigo, sino que en realidad esconde dos misiones que, probablemente, compartía con sus colegas masculinos: la libertad y la búsqueda de un futuro más próspero para ella y los suyos cuando pueda borrar su pasado republicano:

–No [estoy aquí para combatir el comunismo]... Bueno, sí... ¿Y qué más da? Mira, yo no fui enfermera republicana porque cayera en zona roja sino porque nací en una familia de rojos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero... en realidad no soy nada. Sólo deseo vivir la vida, exprimirla como si fuera un limón, añadirle un poco de azúcar y bebérmela a grandes sorbos. Ya te lo he dicho: me aburre la retaguardia. Es monótona, gris y se pasa hambre. ¿Crees que en Madrid podríamos estar dos mujeres solas bebiendo alcohol en una taberna? –Pero esto no es para siempre. ¿Qué harás cuando regreses?

–Para entonces seré una heroína. Estaré por fin en el bando de los buenos – ironizó con el tono de voz–, de los que ganaron la guerra. Ya nadie dudará de mi lealtad al Movimiento y podré prosperar y sacar de la miseria a mi familia (2016: 318).

Y se hace referencia a las mujeres que se quedaban en España, es decir, las novias que les habían despedido y que aguardaban su regreso y las integrantes de la Sección Femenina de Falange, que se encargaban de elaborar los paquetes que enviaban al frente y, sobre todo, de ejercer como madrinas de guerra mediante la correspondencia postal. La figura de la novia a la que se dejaba en tierra era tan importante dentro del imaginario divisionario que, como se reconoce, “¡un guripa tiene que tener novia, aunque sea imaginaria!” (Prada, 2012: 74). El papel de la mujer que espera al divisionario durante un tiempo infinito viene representada por la pareja del personaje al que Antonio Expósito suplanta durante su estancia en el Gulag. Ella, una viuda que dejó de serlo cuando se enteró de que el hombre al que esperaba seguía vivo –aunque fuera en la persona de Antonio y no del que había despedido más de una década atrás– remite al personaje de Dominica en *El desconocido*, la novela que publicara acerca del regreso de los voluntarios de los campos soviéticos Carmen Kurtz en 1956. Esta mujer, llamada Amparo, aparece en el puerto de Barcelona tras la llegada del *Semíramis* como “una virgen tardía, enmohecida por demasiados años de espera” (2012: 286) que se había visto condenada, como ella confiesa, a esperar al hombre mediante “la peor tortura del mundo” que era el “no saber: la duda, la incertidumbre de no saber qué había sido de ti” (2012: 298). Se trataba para la mujer de una muerte en vida similar a la del prisionero del campo en la que, como le ocurría al personaje femenino de Carmen Kurtz, le estaba prohibido cualquier momento de júbilo:

[Para Amparo] la espera sin esperanza se había ido convirtiendo en un páramo enloquecedor, en el que hasta la alegría más insospechada y trivial estaba vedada; y cómo, cuando esa alegría se saltaba la veda, enseguida se hacía remordimiento desgarrador, un infierno de la conciencia en el que, inevitablemente, pensaba que mientras ella se divertía –aunque fuera sin pretenderlo–, Gabi estaría sufriendo tormentos sin tasa (2012: 299).

En España, además de las novias eternas que esperaban, se encontraban las mujeres afines al régimen. Ellas son representadas durante la despedida de los divisionarios en la estación del Norte de Madrid en julio de 1941, “donde las chavalas de la Sección Femenina repartían pastas, flores y escapularios, y se dejaban besar y tocar el

culo por los divisionarios, como novias universales y cachondas” (2012: 74). También ejercieron como madrinas de guerra, esas *novias por correspondencia* con quienes los voluntarios se carteaban para mantener alta su moral y recibir las palabras de las jóvenes españolas mientras, con mayor o menor suerte, les eran infieles con las nativas de Alemania y la Unión Soviética. En la novela de Almudena Grandes el hijo de Julio Carrión descubre varias de estas cartas firmadas por “María Victoria Suárez Mena, una señorita de Zaragoza afiliada a la Sección Femenina, se había ofrecido a ser la madrina de guerra de mi padre sin conocerle más que por una foto que había visto en un periódico” (2015: 377). Prosigue la autora con la arquetípica descripción de la aludida, que podría encajar con la de cualquier mujer de la organización falangista y el carácter de sus palabras, encajonadas en la manida retórica fascista de la posguerra española:

Ella, una chica delgada, larguirucha, con perfil de ave rapaz y el pelo recogido bajo la boina –roja, supuse, colorada, me habría corregido su propietaria–, le había enviado una fotografía suya junto con la primera carta, dirigida al campamento de Grafenwöhr, todavía en Baviera. La imagen era estupenda, muy patriótica, gran cielo despejado con alguna nubecilla decorativa al fondo, una delgada franja de tierra reseca, sin vegetación, cerrando la composición por debajo, mástil con bandera en primer plano y, a su lado, ella, con camisa azul y una falda sin forma, las piernas al aire. Aunque le sobraba nariz, no era fea, pero tampoco tenía tetas, ni el menor relieve entre los dos bolsillos. En todo caso, su aspecto era mucho menos estimulante que su prosa, cargada de una retórica equitativamente ñoña y sanguinaria, donde en el nombre de las madres de España, tantas bondadosas ancianitas que cosen junto al hogar sin revelar a nadie la inquietud que sienten por esos hijos que han entregado con legítimo orgullo a la patria, proclamaba la necesidad urgente de aplastar, exterminar, extirpar, arrasar, machacar y matar a todos los habitantes de la Rusia criminal, canalla y culpable (2015: 377).

La crítica a esta correspondencia la realiza el hijo de Julio al preguntarse “cómo podían ser tan fascistas y tan cursis a la vez” al leer locuciones que se referían a “la Virgen María (...) nuestra mamá del cielo, sin delantal pero con la determinación de extender su manto protector sobre los tanques alemanes” y que contrastaban con cierta inocencia de la madrina, que completaba sus misivas con “una letra tan infantil como las recomendaciones finales, conmovedoras por su ingenuidad, y tú no te olvides de abrigarte bien, que en Rusia, por lo visto, hace mucho frío” (2015: 378). Esta relación epistolar contrasta con una alusión que realiza Ignacio del Valle a la incautación que la censura postal realiza a la carta de un *guripa* que le había escrito a aquella que ejercía el madrinazgo sobre él que tenía “la fusila loca y que a ver cuándo quedan para que le saque

brillo al sable y que, mientras tanto, le mande una foto para cascársela a su salud todas las noches”, y que había tenido la ocurrencia de firmar con el sobrenombre de “Tarzán” (2006: 228).

6.3.7. El Holocausto y la División Azul

Los divisionarios portaron en sus macutos al regresar del frente del Este un lastre en el que se encontraban los malos tratos y la eliminación sistemática de la población judía por parte de sus camaradas nacionalsocialistas. Aunque ha quedado dilucidado que los españoles no participaron como verdugos en los campos de exterminio y que incluso, en algunos casos este comportamiento les repugnaba, e incluso se ha definido su posición bajo el término de *bystanders* (Núñez Seixas, 2011: 284), la novelística actual no ha pasado por alto el tema, pero al igual que sus predecesores, no lo ha tratado en profundidad. Parece que la nula implicación directa de los españoles en el Holocausto ha servido para que la cuestión no tome relevancia. Una cuestión que iría en contra de lo que ha sucedido en el caso alemán: allí, el interés suscitado por el Holocausto no ha disminuido, sino que en las nuevas generaciones se ha acrecentado y ha aportado nuevos puntos de vista en los que no se trata el papel de la víctima y se profundiza en el del verdugo. Así ha ocurrido, por ejemplo, con la novela *El lector* (Bernhard Schlink, 1995) tal y como ha señalado Sonia Fernández Castro:

Es posible que este permanente interés histórico [por la II Guerra Mundial, el Holocausto y el nacionalsocialismo] se haya ido acentuando en la misma medida en que han ido desapareciendo los testigos directos de aquellos terribles años. Con la distancia temporal de los acontecimientos, por otra parte, se ha ido cambiando paulatinamente la perspectiva sobre los hechos. En la actualidad, no se tratan tan directamente los acontecimientos de la guerra o el exterminio: la descripción de lo sucedido se realiza ahora desde un punto de vista social, acentuando el análisis del pasado desde la visión de las víctimas, pero también desde la de los verdugos (2004: 392).

En el caso español, el exterminio judío dentro de la narrativa de la memoria no ha hallado su lugar hasta fechas recientes. Maarten Steenmeijer ha propuesto el año 1997 como el hito inaugural para la entrada del Holocausto en la literatura española de ficción con ocho novelas, una lista que no considera significativa “ni en sentido cuantitativo (...)”

ni en sentido cualitativo” (2009: 203-204)²⁹⁹. Más allá de los números, el interés por la inclusión de los crímenes que respondían a la *Solución final* en la novelística española actual está “intrínsecamente [sic] relacionado con la recuperación de la memoria histórica de la Guerra Civil española y del franquismo” (Hristova-Dijkstra, 2011: 62). Evidentemente, el caso más claro puede encontrarse en *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina. Dos de los relatos –Copenhague y Narva– que recorren esta “novela de novelas”, tal y como se define en su subtítulo, utilizan a un ex-combatiente de la División Azul como protagonista. Sin ningún pudor reconoce su filiación a la unidad por motivos puramente ideológicos, al mismo tiempo que describe el traslado de unos prisioneros judíos:

Vi venir hacia nosotros un cortejo de gente que llenaba toda la anchura del camino, hombres nada más, algunos casi niños y otros tan viejos que andaban tambaleándose y se apoyaban los unos en los otros. Iban ordenados, muy juntos pero en formación, todos callados, con las cabezas bajas, como en esos entierros que se veían antes pasar por las calles estrechas de los pueblos, y los que encabezaban la marcha sostenían algo delante de ellos, un palo horizontal como esas barreras de los puestos fronterizos, del que colgaba una maraña de alambre espinoso que debía de arañarles las piernas mientras caminaban. Se oían los pasos y el ruido del alambre al arrastrar por el suelo, y el de los fusiles de los guardias al rozar con los uniformes. El alemán y yo nos quedamos también callados y nos apartamos a un lado del camino. Había muchos hombres, no sé cuántos, algunos centenares quizás, vigilados por unos pocos soldados de las SS, y cada cinco o seis filas llevaban otras barras horizontales con alambre espinoso, me imagino para que se enredaran en él si alguien rompía la formación o intentaba escaparse. Yo nunca había visto caras tan flacas y tan pálidas, ni siquiera en los prisioneros rusos, ni aquella manera de andar que tenían esos hombres, marcando el paso pero arrastrando los pies, mirando al suelo con los hombros hundidos. Me acuerdo de un viejo con la barba larga y muy blanca, pero sobre todo de un hombre joven, que iba en la primera fila, en el centro, muy alto, amarillo, con cara de muerto, con uno de esos abrigo largos que había entonces y una gorra azul marino, como si lo estuviera viendo, igual que te veo a ti, con unas gafas de pinza, y con la cara muy oscura de barba, ni de eso me he olvidado, no porque llevara días sin afeitarse, sino porque tenía la barba muy cerrada, más oscura todavía por lo pálido que estaba. Él fue el único que levantó un poco la cabeza, aunque no mucho, y se me quedó mirando, pasaba a mi lado e iba volviéndose hacia mí, hacia mí sólo, torciendo el cuello tan largo, con la nuez muy saliente, al alemán no lo miraba. Giró la cabeza y me siguió mirando entre las cabezas

²⁹⁹ Las obras a las que hace referencia este autor son: *El violín de Auschwitz* (María Àngels Anglada, 1997, publicada en catalán en 1994); *Cita en Varsovia* (Hermann Tertsch, 2001); *El niño de los coroneles* (Fernando Marías, 2001); *Sefarad* (Antonio Muñoz Molina, 2001); *Velódromo de invierno* (Juana Salabert, 2001); *El comprador de aniversarios* (Adolfo García Ortega, 2002); *La habitación de cristal* (Luis Manuel Ruíz, 2003); y el *Invierno de las almas desterradas* (Abel Caballero, 2004) (2009: 203).

hundidas de los otros, como si quisiera decirme algo sólo con los ojos, que parecían más grandes en la cara tan demacrada y tan flaca (2007: 379-380).

A pesar de todo, en las novelas de la División Azul pueden distinguirse dos niveles de interpretación: la representación de escenas históricas en las que los españoles observaban la vida en los guetos camino del frente o en la retaguardia, y la justificación que desde el tiempo presente era propia de los divisionarios tras el descubrimiento del Holocausto. El contacto entre los *guripas* y la población judía es narrado por Joaquín M. Barrero en el reducto de Grodno, donde estaban recluidos los señalados con la estrella de David cuando los primeros iban camino del frente. Esta ciudad “era una muestra de población ocupada, con pelotones armados de las SS y los Feldgendarmen patrullado por todos los lugares” en la que todos los ciudadanos, “incluidos los niños, llevaban un brazalete amarillo con la estrella de David” (2013: 339). Un horror que confirma la grotesca estampa que les había dado la bienvenida al llegar al lugar:

A la entrada vieron seis cuerpos suspendidos por el cuello de unos postes. Eran civiles, y en sus pechos estaban clavados unos papeles donde en trazos gruesos se leía: “JUDE PARTISAN”, el calificativo infame, definitivo, de su culpabilidad. Los colgados no eran partisanos simplemente, ni polacos, rusos o lituanos. Sobre el delito de ser guerrilleros estaba el de ser judíos, los sin patria, segregados en todas las naciones, la raza despreciada. Podían haberse ahorrado pintura y en el papel poner solamente “*jude*”, porque es lo que golpeaba de la lectura. En España había una tradición de prejuicios sobre ellos y en el lenguaje persistían palabras denigratorias derivadas, como “judiadas”. En los tiempos medios se les imponía elevados tributos para permitirles estar en libertad y les tenían prohibida la convivencia con los cristianos. Pero de eso hacía siglos. Y aunque habían oído sobre el trato que estaban recibiendo de los alemanes del actual Reich, no imaginaban lo que iban viendo a medida que se adentraban en las tierras conquistadas, irredentas para el sentir alemán (2013: 337-338).

Los españoles, como muestra de su característica indisciplina, hicieron caso omiso de las normas que prohibían la entrada al gueto. Allí ayudaron a un anciano que había tropezado y que “expresó su agradecimiento en un español raro pero comprensible” (2013: 342) lo que llevó a la sorpresa de los divisionarios que desconocían de la existencia de “muchos judíos hablantes de ese español arcaico y de que al cabo de los siglos siguieran con la esperanza de volver a Sefarad, la Ítaca de esos judíos hispanos, tan enquistada en sus rezos como en Jerusalén” (2013: 343). La presencia de sefarditas en los guetos y la conexión entre el Edicto de Granada y el antisemitismo nazi hay que tratarla

con cierto cuidado para el caso de Polonia. Los españoles pudieron cruzarse con judíos de origen hispano y que aún conservaran su lengua, pero es probable que no este hecho no sucediera en el país católico que había sido invadido por ambos totalitarismos tanto por el este como por el oeste. Así lo expresa Núñez Seixas:

La comunicación con los judíos del Este polaco gozó además de una condición favorable. Para sorpresa de los divisionarios, bastantes de aquellos podían expresarse en castellano. Varios testimonios afirmaron años después que muchos judíos de Polonia oriental eran de origen sefardí, lo que favorecía una simpatía mutua. Se trata, sin embargo, de una mitificación. Los judíos que vieron los españoles eran askenazís, que en muchos casos habían emigrado años antes a Argentina y poseían un cierto conocimiento del castellano (2011: 272).

La presencia de personajes judíos también la detecta Ignacio del Valle en un lugar inimaginable, la batalla de Berlín. Allí, Arturo Andrade encuentra a una niña escondida con su abuela en una casa al modo de la familia Frank. En esta imagen puede observarse el papel de los españoles, que no era cruel, y cómo la guerra había borrado todo rastro de infancia que hubiera guardado la chica:

Tenían el aspecto herido e indigente de los protagonistas de Dickens; una vieja encorvada a la que por carencias nutricionales se le había caído el pelo y quedado distribuido de una manera extraña por su cabeza y, a su lado, una niña sin apenas grasa pero bonita, de pelo negro, labios muy rojos y una blancura de tez casi azulada, que le contemplaba conteniendo el aliento. Ambas les vigilaban con una expresión de pánico contenido, tensas, angustiadas; no tenían el aire fisonómico de los judíos, pero si habían estado escondidas todo el tiempo que Arturo creía, debían de serlo o poseer algún tipo de ascendencia. Se puso en su lugar, intentó comprender los meses que habían estado encerradas, la demolición física y espiritual del día a día; sin embargo, lo que despertó su cólera no fue su miseria, ni la mala suerte que reptaba entre ellas, ni el hambre que las había obligado a arriesgados y continuos hurtos, ni el tiempo que se habían enterrado en vida para evitar que se las llevaran a algún lugar peor que la muerte, sino la ausencia en aquella cría de esa autoestima infinita que poseían los niños, esa primitiva creencia de que el mundo era suyo y con él todo el amor que contenía: esa fe en que tenían derecho a ser queridos sin dar nada a cambio. Porque aquél era el mayor crimen que se había cometido en aquella guerra llena de crímenes: la extirpación de la inocencia, y lo que era peor, el conocimiento directo de la muerte fuera de los sueños y las intuiciones. Sintió su furia, y la estudió un segundo, como si fuera algo que no le pertenecía, algo sórdido y vergonzoso. A (p. 105) continuación, con mucho cuidado, para que el miedo de la vieja no se convirtiese en pánico, extendió su brazo con el manojito de billetes y eligió una de las muchas frases obvias que podía decir.

–Son para usted. No tenga miedo, no le haremos nada (2010: 104-105).

Pero también puede apreciarse la visión de los alemanes sobre el tema. El mayor Bauer dice que “nuestra misión fundamental, incluso más que encontrar a esos comandos o luchar contra los rusos, es dejar la patria *Judenrein*, limpia de judíos. No debe quedar ni uno solo de esos oscuros elementos de la luz de la comunidad aria” (2010: 116). Sobre el destino de este grupo, el oficial alemán anuncia que “los judíos nunca han tenido un infierno. Nosotros les hemos proporcionado uno” en referencia a los campos de exterminio, una realidad sobre la que Andrade “no acababa de creerse aquellas pavorosas historias de trenes que circulaban en la noche, insomnes, deteniéndose únicamente en apeaderos donde los relojes se hallaban parados, en dirección hacia la nada en ninguna parte” (2010: 117). Pero no todos los personajes alemanes son de la misma opinión que el anterior. El comisario Krappe interpreta un extenso monólogo en el que muestra su disconformidad y, además, introduce la cuestión de la culpabilidad de la población alemana respecto a su pasividad en la ejecución total del *Judenfrei*:

Los nazis disolvieron el Reichstag y después lo quemaron, pero no contaron con que terminarían ardiendo en las mismas llamas (...) Empezaron a perseguir a su propio pueblo, Herr Andrade, tanto a los judíos como a los no judíos, y a los primeros..., en fin, nunca me han caído bien los judíos, es más, no los puedo ni ver, pero no se imagina lo que les han hecho... y mal que nos pese, ellos son tan alemanes como nosotros, muchos murieron por su patria en la Gran Guerra. El Ejército, la policía se llenó de gentuza, de asesinos, de todos aquellos a quienes debíamos haber reprimido, un terror que no tenía grandeza, Herr Andrade, al igual que en su revolución española o en la francesa o en la rusa. No sólo acabaron con la libertad..., acabaron con la dignidad..., sobre todo después de aquel programa de eutanasia (...) que les sirvió para meter en el mismo saco no sólo a los disminuidos, sino también a prostitutas, opositores, gitanos, delincuentes, judíos... Y el pueblo no hizo nada, no hicimos nada, capitulamos en nombre de la *moralische Sanierung*, de una falsa decencia, disciplina, moralidad y orden. Hay una culpa colectiva, Herr Andrade, por ayudar o por taparse los oídos y desviar la mirada, porque no se equivoque, Hitler no se hubiera mantenido sólo con la Gestapo, las SS, la policía o las SA, hacía falta la connivencia del pueblo, y Hitler también empleó mucho tiempo en ganarse su apoyo, sobre todo a través de sus bolsillos (2010: 174-175).

En el segundo nivel de análisis, es decir, la reflexión del papel de los españoles en el tiempo presente, Almudena Grandes hace una referencia breve en una estampa en la que Álvaro Carrión, de niño, le pregunta a su padre ex-divisionario respecto a su lucha junto a los nazis por los crímenes contra los judíos. El padre, a quien “más allá de los

rigores del clima, no le gustaba recordar [su paso por la División]” (2015: 382) responde que “nosotros no tuvimos nada que ver con eso. Y muchos de los alemanes con los que luchamos, tampoco” (2015: 383). Quien más ahonda en la cuestión es Lorenzo Silva, que se sitúa en Riga, donde su personaje había conocido el amor. Allí, según le había contado un compañero, “los judíos los recibían [a los *guripas*] aliviados, por librarse durante unas horas de la vigilancia de los alemanes” y que para él había supuesto “lo más cerca que estuve de enterarme del Holocausto” (2011: 218). Acerca de la justificación que ofrece este personaje, considera que “la «conspiración judeomasónica», en el fondo, era una chorrada de Franco que no se creía nadie. Ni él mismo, diría yo. De ahí que sus diplomáticos ayudaran a salvar judíos” (2011: 167). Pero también traslada el problema a la actualidad de 1989 –el momento de sus confesiones– y señala cómo “ahora hay chavales que dicen ser herederos de José Antonio y que se creen la mierda esa de los Sabios de Sión y se empeñan en que el Holocausto es un montaje de Hollywood”, algo que él consideraba como “nada más lejos de mi ánimo” y resalta su ignorancia sobre el tema al decir “que por aquel entonces yo ni imaginaba lo de los campos de exterminio” (2011: 167-168). A pesar de alejarse del antisemitismo como era la tendencia entre los divisionarios desde 1945, del cual confiesa que no era partidario en su momento, duda del papel que habría cumplido si le hubieran ordenado participar en actividades contra la población judía:

Yo, para que te quede claro, sólo fui soldado, en la División y después, cuando acabé incorporándome a las SS. Sólo estuve en el frente y sólo disparé contra combatientes. De perro de presa no hice jamás. No voy a decir que no lo hubiera hecho si me hubieran obligado, nadie sabe qué puede llegar a hacer en esos momentos, pero nunca me ofrecí para ello y nunca se dio la ocasión. Yo no vi ningún transporte de judíos, de esos que sacan en las películas. Alguna vez me llegó algún rumor, de alguien que decía que otro le había dicho que había visto. Eso fue todo. Yo nunca fui antisemita, y tampoco creo que fuera un sentimiento extendido en la División. Nuestra bestia parda era el comunismo, la obsesión de los alemanes con los judíos nos resultaba más bien extraña, como una especie de manía que tenían ellos y con la que había que convivir (2011: 167).

6.3.8. Los españoles en el Gulag

La representación del periplo de los españoles por los campos de trabajo soviéticos, dentro del corpus actual de la División Azul, ha sido realizada de manera exclusiva por

Juan Manuel de Prada. Su novela no es un texto dedicado únicamente a la experiencia del Gulag, la cual ocupa la parte central de la misma, pero sí es una representación fidedigna de lo que allí vivieron –o, al menos, narraron en los libros memorísticos– los divisionarios que cayeron en sus redes. Además, por si la cercanía a las historias de Palacios o Puente no fuera suficiente, en la última parte del texto, tras el regreso del protagonista de la Unión Soviética en el *Semíramis*, se percibe de manera indiscutible la influencia de la novela *El desconocido*, de Carmen Kurtz. Eso sí, existe una notable diferencia entre la literatura española del Gulag durante el franquismo y la representación de esta experiencia en el trabajo de Juan Manuel de Prada. Mientras aquellos dieron testimonio del campo, con toda la carga de vivencia personal que ello conlleva, añadida a la intención primaria propagandística por parte del régimen, el autor de *Me hallará la muerte* pasa al campo de la ficción el acontecimiento.

Antonio Expósito y Gabi Mendoza son apresados, como una parte importante del total de los prisioneros españoles, durante los combates de febrero de 1943 en Krasny Bor. Desde un primer momento se percibe la desgracia que supone caer en manos de los rusos al considerar a los fallecidos en el combate como “mucho más afortunados” (2012: 117). La desesperación de los españoles ante el infierno que les espera es tal que no existe otra opción que la de seguir los deseos de los captores: “ninguno barajaba, ni siquiera remotamente, la posibilidad de escapatoria, y mucho menos la de su liberación; tal era el extremo hasta el que estaban postrados y la nula confianza que depositaban en el poderío de los alemanes” (2012: 118). Aquellos soldados que se encuentran en la frontera que delimita la supervivencia de la muerte, es decir, los heridos graves con los que cargan los españoles que sobreviven impolutos a la captura, son presentados como *privilegiados* que pueden elegir la desaparición inmediata a la lenta agonía del campo: “[Los heridos] se abalanzaban contra los fusiles enemigos, entre exclamaciones patrióticas y maldiciones al comunismo. Una descarga cerrada los derribó en tierra; y su muerte fue celebrada con alaridos crueles, disparos al aire y otras muestras de regocijo” (2012: 120). La crueldad de los rusos aquí presente es practicada de nuevo más adelante, pero no con los *kamikazes* sino con los debilitados españoles:

Avanzar por aquella geografía helada con las botas claveteadas de campaña resultaba penoso; y cada vez que uno de los divisionarios debilitados por el frío y la inanición caía al suelo, deshaciéndose en lamentos, era de inmediato alzado por sus compañeros para evitar la cólera de los guardianes. Alguno que no pudo alzarse fue rematado en el suelo, sin mayores contemplaciones;

el tableteo de los naranjeros retumbaba en la bóveda de la noche, como una matraca blasfema (2012: 128-129).

El autor describe el horror que viven los divisionarios que han conseguido llegar hasta el campo, entre los que se encuentra la pareja protagonista. Se les presenta como personas totalmente degradadas, ya que para el autor se trata de “hombres a punto de dimitir de su virilidad, hombres casi llorosos a los que les habían arrebatado hasta el último céntimo de su dignidad, allá donde se refugia el pudor” (2012: 150). El traslado al campo de Cherepovets sirve para comenzar a retirarles cualquier rastro de humanidad y equiparar, en palabras de los carceleros soviéticos, el trato que les habían dado los alemanes en el frente con el que desde ese momento aplicaban sus verdugos sobre ellos: “Eso eran ustedes para los nazis: ganado camino del matadero. Y, por no haber querido renegar de ellos, ganado seguirán siendo” (2012: 151). Este proceso se acelera en el campo, donde los españoles, “hombres reducidos a la esclavitud” (2012: 155), inician el largo proceso de su debilitamiento físico, ya que terminaban cada día de trabajo “baldados, incapaces de inclinarse sobre el suelo y de levantar el más insignificante peso, incapaces incluso de sostenerse sobre las piernas, tan debilitados que hasta los esfuerzos más nimios (...) les exigían esfuerzos ímprobos y desesperantes” (2012: 163). Aunque en las trincheras tampoco se habían alimentado de manjares, la desnutrición continua a la que están condenados incide en su aspecto: “los divisionarios se habían convertido en un manojo de huesos; y aunque en el rancho hallaban siempre las calorías exactas que les permitían mantenerse vivos, empezaron a aflorar los primeros síntomas de la desnutrición” (2012: 165). Debido a estas penosas condiciones, el autor describe las prácticas que ya anunciara en su día Luca de Tena en el libro de memorias del capitán Palacios: los españoles se percatan de cómo los hombres “pastaban como bestias ruminantes, con una voracidad que no dejaba a su paso vestigio alguno de hierba” (2012: 204) y no tienen ningún reparo en convertirse en caníbales o ingerir restos de toda clase, como le advierte Antonio a Gabi:

Sabes perfectamente quién ha hecho esta bestialidad: prisioneros hambrientos capaces de cualquier cosa con tal de no perecer. Prisioneros como los que cada día rebuscan entre la basura de la cocina y se disputan las mondaduras de las patatas y las cortezas de las remolachas podridas. Prisioneros como los que cada noche se cuelan en las letrinas de los oficiales y escarban entre los excrementos, para rescatar guisantes y otros alimentos digeridos a medias. ¿Tú crees que un hombre que se rebaja a tales cosas tiene alguna dignidad? (2012: 178).

Por si el oficial español aún no cree lo que sus ojos y su camarada le muestran, tiene oportunidad, durante el reparto del rancho de mediodía dentro de la jornada laboral, de contemplar la importancia de la escasa comida para los sometidos a la explotación soviética:

Comían como bárbaros primates, sorbiendo la sopa directamente de la escudilla, y mordiendo su porción de pan negro a dentelladas, antes de pelearse por las migajas que habían quedado dispersas sobre la nieve. Mendoza iba a tener que emplearse a fondo si deseaba recuperar el espíritu militar entre quienes habían dimitido incluso de su condición humana (2012: 207-208).

Precisamente, la escasa alimentación sirve para paliar los efectos de las extenuantes jornadas a las que son sometidos. Participan, mientras el conflicto está activo, en la construcción de un puerto fluvial en Cherepovets, en el que se comprueba cómo “los prisioneros rendían cada vez menos, esquilados por un régimen de trabajo agotador y por un escepticismo creciente en torno a la posibilidad de que Alemania ganase la guerra” (2012: 173). Pero es en las minas de Borovichi donde los españoles van a conocer de manera más directa la crueldad del archipiélago:

Cuando iniciaban el descenso a la mina se cruzaron, con el barranco de por medio, con los presos del turno anterior, que subían derrengados y deshechos por el esfuerzo, en busca de descanso, y miraban con una suerte de sorna misericordiosa al turno de refresco. Poco a poco, se fueron adentrando en aquella hondonada lóbrega donde cada año morían miles de hombres; una maraña inextricable de raíles la cruzaba por doquier, en todas las direcciones, esperando el impulso de nuevos brazos que empujaran las vagonetas (2012: 205-206).

Allí, Expósito y Mendoza sufren en primera persona el terrible sistema de trabajo que pretende acabar poco a poco con ellos mientras producen a coste cero para el enemigo estalinista. Comparten su misión con un soldado nazi que había aceptado el comunismo y al que el oficial no tiene ningún problema en insultar y referirse a él como si fuera uno de los verdugos de Viriato: “¡Vergüenza debería darte, maricón, gallina, cabeza cuadrada! (...) Ahí tienes a ese pánfilo: se ha vendido al enemigo; y el enemigo, en justa correspondencia, lo trata como a un gusano. Moscú no paga a traidores” (2012: 206). Juan

Manuel de Prada consigue reflejar de manera exacta el sufrimiento que, día a día, viven los españoles empleados en esta tarea:

Durante las primeras horas, el trabajo aún resultaba soportable, incluso vigorizante, frente al frío y la caricia de la nieve. Pero, a medida que transcurría la jornada, el cansancio descendía sobre ellos, despertando agujetas allá donde jamás hubiesen imaginado que pudieran tenerlas, acalambrándoles los músculos atrofiados, penetrando como un berbiquí hasta el mismísimo tuétano de los huesos; y a Mendoza, además, la amputación en la mano derecha tampoco le ayudaba a empuñar la pala. Terminaron solicitando al alemán que los relevara, pues al menos mientras arrastraban la vagoneta podían apoyarse, y descansar sobre su armazón, y hasta casi dejarse caer sobre ella, cuando el terreno era favorable (2012: 206-207).

Debido a estas condiciones deplorables, los dos españoles traman un plan fallido para fugarse de la mina. Ya no es el heroísmo, o la simple habilidad narrada por José Luis Martín Vigil en *La muerte está en el camino* la que determina la supervivencia, sino que esta exige que los españoles pongan en marcha mecanismos de crueldad, aun cuando tienen conocimiento de ello: “Tal vez hubiese matado a decenas de hombres en el frente, pero esta mortandad aleatoria palidecía comparada con el asesinato manual, artesanal, de un hombre al que se priva del resuello. Se santiguó” (2012: 240). Esta es una diferencia relevante respecto a la literatura azul, ya que en ella sería muy difícil encontrar una escena en la que el comportamiento y el honor de los españoles quedara en entredicho al asesinar a “un soldado desgarbado y bisoño, de facciones campesinas, que tal vez ni siquiera hubiese participado en las campañas contra los alemanes” y que vestía un capote “que le quedaba muy grande, como si lo hubiese heredado de otro soldado mucho más corpulento que él” (2012: 239-240).

En el campo también se describe a un español que ha traicionado a sus compañeros y trabajaba para los soviéticos. Evidentemente, sus actos, si se sitúan en consecuencia con lo narrado en sus memorias por los que estuvieron presos, permiten que se le identifique con Felipe Pulgar y César Astor, las dos bestias negras del Gulag para los españoles. Los *guripas* ya le conocen porque era el encargado de leer la propaganda en el frente, “exhortando cada noche a los combatientes de la División a sumarse a las filas enemigas, donde según aseguraba serían recibidos con los brazos abiertos y podrían disfrutar de las delicias del comunismo” (2012: 125). Se trata de un personaje del que se burlan tanto españoles como rusos, ya que ninguno de estos, ante las chanzas de Mendoza hacia su compatriota, “hizo ademán alguno por interrumpirlo, omisión que el desertor Camacho

encajó resignadamente, procurando disfrazar el ultraje de displicencia”, risas que continúan cuando los españoles le reprenden ante su oferta de indulgencia soviética: “¡Métete el perdón por el culo, maricón, ya verás qué gustirrinín te da!” (2012: 126). Este asco hacia su persona es tal, que en los divisionarios “el temor a los tormentos del cautiverio era menor al desprecio que les provocaba el traidor Camacho, vendido al enemigo por un plato de lentejas agusanadas” (2012: 127). La recompensa es pequeña para el *indeseable* si, sobre todo, se tiene en cuenta el final que le vaticina Gabi –y así ocurrió, por desgracia, con muchos de los españoles que se pusieron al servicio de Stalin– cuando señala lo siguiente: “Y te apuesto lo que quieras a que terminará en un campo de trabajo, como cualquiera de nosotros. Haciendo de mamporrero de los comunistas” (2012: 130). La animadversión y, en definitiva, el conocimiento del destino que le augura el divisionario, provoca que el sentimiento de los soldados azules hacia este hombre vaya en paralelo a lo que ellos despiertan en él: “Camacho odiaba a todos los presos del campo, que le recordaban su traición, pero con más encono y ferocidad a los españoles, a los que ansiaba doblegar más que nada en el mundo” (2012: 221). Pero la vida en el campo le da la oportunidad al traidor de acabar con Mendoza. Cuando son atrapados en el referido intento de fuga, Camacho ejecuta a su adversario de un disparo. El estado de agitación en el que se encuentra este personaje un instante antes de realizar tan vil acto es reflejado por el autor: “Las facciones afiladas de Camacho palidecieron y se estremecieron, agitadas por un temblor en el que se fundían la cólera y el odio. Desenfundó la pistola y encañonó a Mendoza” (2012: 247). A pesar de acabar con su compatriota, no puede evitar que se cumpla el destino que había previsto para él tras la muerte de Stalin, tal y como se lo hace saber Nina a Antonio: “La caída de Beria se lo ha llevado por delante, como a tantos otros –dijo Nina, con más indiferencia que desprecio–. Lo han licenciado y enviado a una fábrica de tractores” (2012: 273). En resumen, y para definir la percepción de este tipo de personajes para Juan Manuel de Prada, qué mejor que regresar a la descripción inicial que de él ofrece y que contrasta con la vista en páginas anteriores del español que traspasa las líneas enemigas en la novela de Almudena Grandes y termina como preso del Gulag. Si ella presenta a *Pancho* como a un héroe, reconocido incluso por el más falangista de los que intervienen en su texto, el autor de *Me hallará la muerte* no le concede tal papel:

Era un hombre flaco y desgarbado, de tez pálida y facciones bien delineadas, tal vez un tanto femeninas o incongruentes con las penalidades de la vida

militar; y mostraba al sonreír –pero era la sonrisa del perrillo que gulusmea las sobras del amo– una dentadura de blancura impoluta, sólo infringida por una funda de oro en los incisivos superiores. Iba con la cabeza destocada, a pesar del frío; y vestía uniforme de soldado raso, con la estrella comunista en el pecho (2012: 125).

La degradación de este personaje viene dado por la muerte del dictador y el inicio del proceso de desestalinización del país. Este conlleva la liberación de los presos y su regreso a España. La novela tiene continuidad en el tiempo y, por lo tanto, no se trata solo de un texto del campo soviético, sino que se adentra, como lo hicieron José Luis Martín Vigil y, sobre todo, Carmen Kurtz, en el tiempo post-Gulag. Tan desastroso es el periodo de confinamiento como el de adaptación a la vida en libertad, hecho que no solo afecta al protagonista, sino que también influye en Amparo, la mujer que había esperado durante trece años a Gabi, trasunto del personaje en el que regresa envuelto Antonio Expósito. Juan Manuel de Prada representa de manera fidedigna las escenas vividas en el *Semíramis*, embarcación que “tal vez fuese una carraca presta a zozobrar” pero que a los *guripas* “se les antojó [como] el más lujoso transatlántico”, y en el que, en referencia al manido equinoccio de la retórica falangista, los ex-prisioneros celebran su regreso a la vida: “La primavera volvía a reír en el cielo, pero era la suya una risa desdentada y con piorrea, como la de aquellos hombres que dejaban sepultada la juventud en un cementerio sin cruces, bajo un manto de nieve sucia. Pero al menos habían vivido para contarlo” (2012: 275). Para dotar de mayor realismo al viaje, el autor sitúa en el buque al capitán Teodoro Palacios, indiscutible influencia a la hora de construir los personajes de Antonio y Gabi, así como para la recreación de las crueles condiciones de vida del campo:

El capitán Teodoro Palacios era uno de los oficiales que, como Mendoza, había mantenido con su arrojo y presencia de ánimo la moral de la tropa, evitando su sometimiento a las asechanzas comunistas; también era uno de los oficiales a los que Antonio había seguido más de cerca, a través de su éxodo por los campos más remotos, durante su etapa oprobiosa como informante (2012: 278-279).

Es en este fragmento en el que puede adivinarse una de las diferencias notables entre la literatura del Gulag durante el franquismo y la época actual: mientras que aquellos que penaron en los campos y narraron sus experiencias fueron presentados –por ellos, por los co-autores y por el régimen– como héroes, Juan Manuel de Prada elige, como personaje central para su novela, a un personaje sin escrúpulos morales –los pocos que

tiene los gana momentáneamente como soldado, aunque no son perennes—, un delincuente en su vida civil anterior a la II Guerra Mundial y que es capaz de venderse a los rusos, vivir como informante y regresar a España bajo la identidad de su amigo y camarada. Sería imposible que cualquier prisionero descrito por los textos del Gulag hasta 1975, referida esta afirmación al plano estrictamente literario, presumiera de haber colaborado con los soviéticos de manera tan estrecha y volver en el *Semíramis* como si nada hubiera ocurrido. Más allá de esta reflexión, el relato del autor se ciñe, como se ha insistido, en la fidelidad a los hechos acaecidos en relación con los soldados españoles. El recibimiento en el puerto de Barcelona, con la multitud apasionada y la narración en directo del acontecimiento, concuerdan con la realidad vivida aquel 2 de abril de 1954:

Cuando el *Semíramis* enfiló la bocana del puerto de Barcelona, una semana después, estalló el júbilo. Decenas, tal vez cientos, de balandros, chalupas, landas, canoas y toda suerte de improvisadas embarcaciones salieron a su encuentro, haciendo sonar bocinas, silbatos, chirimías, mientras dos Junkers del ejército trazaban piruetas en el cielo, sumándose a la celebración (...) Los altavoces escupían la voz de un locutor, tal vez Matías Prats, que vibraban con aquel hormigueo humano, en el que ya las madres envejecidas podían palpar a los hijos resucitados, y las novias mustias de ausencia los cubrían de besos en las mejillas escareadas por el frío, y los padres los abrazaban hasta estrujarlos, refugiendo las lágrimas visibles sobre sus hombros huesudos (2012: 283-284).

El descenso de Antonio del barco es la entrada en la novela de los paralelismos que le acercan a Carmen Kurtz. No hay que pensar que el desarrollo de lo narrado por Juan Manuel de Prada es el calco o la reescritura de la novela a la que se hace referencia, pero sí se establecen ciertos puntos de conexión que ahondan en el aspecto más olvidado de toda la aventura divisionaria: cómo retomaron sus vidas los soldados españoles que solo habían conocido la realidad del presidio durante más de una década. El primer acto al que debe enfrentarse es al reencuentro con la novia que *usurpa* a su compañero Gabi, que durante los años transcurridos se ha convertido en “una virgen tardía, enmohecida por demasiados años de espera” (2012: 286) y que ha sufrido en ese tiempo, según ella misma confiesa, “años de tortura (...) Porque la peor tortura del mundo es no saber: la duda, la incertidumbre de no saber qué habría sido de ti. Levantarse cada día sin saber si estabas vivo o muerto, o si estabas vivo pero ese mismo día morirías. Ha sido algo horroroso” (2012: 288-289). El autor narra situaciones similares a las que vive el personaje de Dominica en *El desconocido*. Sin llegar a otorgarle la centralidad en el relato

que sí obtiene el de Carmen Kurtz, destaca el dolor vivido por ella mientras el amado está en la Unión Soviética. Al igual que ella, se lamenta de los silencios del hombre, ante los que nada puede hacer, y recuerda la culpabilidad que sentía si se contentaba durante el cautiverio del divisionario:

A Amparo le dolía el silencio de Gabi, los silencios de Gabi, que no quería contar nada de lo que había vivido durante su cautiverio en Rusia, y tampoco preguntar por lo que había sido la vida de ella durante todos aquellos años, como si el silencio pudiera restañar las heridas que se habían abierto desde entonces (...) [para Amparo] la espera sin esperanza se había ido convirtiendo en un páramo enloquecedor, en el que hasta la alegría más insospechada y trivial estaba vedada; y cómo, cuando esa alegría se saltaba la veda, enseguida se hacía remordimiento desgarrador, un infierno de la conciencia en el que, inevitablemente, pensaba que mientras ella se divertía –aunque fuera sin pretenderlo–, Gabi estaría sufriendo tormentos sin tasa (2012: 299).

Como le ocurre al divisionario de Carmen Kurtz, Antonio rehúsa cualquier contacto con las amistades del pasado –de Gabi–. Pero si el soldado de *El desconocido* renuncia como rechazo a la nueva realidad a la que debe enfrentarse, el creado por Juan Manuel de Prada lo hace para evitar que se descubra la farsa que interpreta. En cambio, si existe diferencia en el punto de vista del hombre a la hora de asomarse al mundo, el papel de la mujer es similar. Amparo, al igual que su predecesora literaria, acepta la actitud del hombre y se resigna ante la misma:

También le había propuesto [ella a él] que saliesen a divertirse con los amigos, a restaurantes o al campo, pero él siempre se desmarcaba, alegando que aún no estaba preparado para enfrentarse con el mundo, que aún necesitaba tiempo para asimilar una nueva vida a la que había renunciado ya, tiempo para encontrarse a sí mismo, entre los añicos que se había traído de Rusia. A cada negativa o subterfugio, Amparo sentía que su amor expectante, dispuesto a entregarse otra vez a su antiguo dueño, se resistía más y más; pero, resentido y todo, estaba dispuesto a aguantar (2012: 301).

Y, por último, otro de los casos en los que se puede apreciar el acercamiento de Juan Manuel de Prada a Carmen Kurtz es en la relación que se establece entre *Pacorris* y Amparo. Cabe recordar que el personaje de Antonio en *El desconocido* llega acompañado de un camarada de cautiverio, Germán, que se encontraba desamparado en la vida. Al no tener familia, comparte su tiempo tras la liberación con el amigo que había hecho entre las alambradas en Rusia. También se convierte en el confesor de Dominica ante las tribulaciones a las que debe enfrentarse en su relación con Antonio. En el caso de *Me*

hallará la muerte, el papel de Germán lo cumple *Pacorris*, que había permanecido junto a Amparo durante todo el cautiverio de su camarada. A diferencia del caso de Kurtz, en el que el compañero del protagonista encuentra una novia de manera rápida y no existe en ningún momento la intención de atraer hacia sí a Dominica, en el texto de Juan Manuel de Prada Amparo abandona al hombre que había esperado para establecerse con *Pacorris*, quien, según ella, le “salvó del abismo” (2012: 377).

Pero la llegada a España no solo se ve imbuida por la sombra del relato de Carmen Kurtz. También aparecen otros aspectos que vivieron los divisionarios tras su regreso y que quedaron ocultos en la literatura del Gulag del franquismo. El más llamativo de todos es la ausencia de Franco en el recibimiento a los regresados. Este aspecto es criticado por *Pacorris*, que no deja de ser un falangista desencantado –de hecho, él y Amparo ya no son miembros del partido–, cuando le dice lo siguiente a su amigo: “Ya habrás comprobado que Franco no quiere saber nada de la División Azul (...) Ni asiste a vuestro recibimiento, ni se molesta en transmitir un mensaje a través de sus ministros, ni nada de nada. Es el gran ausente” (2012: 290). Este comentario sube de tono cuando le acusa directamente de mirar para otro lado: “El muy cabrón habrá leído como hemos leído todos las crónicas de Torcuato Luca de Tena en el *ABC*, contando las burradas que os hicieron los comunistas. Tendría que besar el suelo por el que pisáis” (2012: 290). Toda la rabia se concentra cuando se suspende el viaje en tren a Madrid, momento en el que este personaje estalla. Se puede contemplar en sus palabras cómo la nueva orientación de la política exterior de la dictadura convierte a la División Azul en un incómodo recuerdo:

¡Aquí lo que pasa es que no hay cojones para que Madrid reciba como se merecen a unos valientes que han vestido el uniforme del Tercer Reich! –Y arriesgó todavía más–: ¿Qué pasa? ¿Que el precio de los pactos con Estados Unidos y de la entrada en la ONU son los divisionarios? ¡A la mierda con toda esa bazofia! (2012: 293).

Otra de las situaciones que viven los antiguos esclavos de Rusia es el interrogatorio al que son sometidos por las autoridades para evitar la infiltración de desertores. La escena que se ofrece está protagonizada por un coronel que realiza sus labores “como abochornado de la misión que le habían impuesto, pues se consideraba indigno de desatar la correa de las sandalias de aquellos hombres que habían sacrificado su juventud en los altares de una patria ingrata” (2012: 319). De ella destaca la lealtad de los hombres que cayeron presos, ya que Antonio señala, cuando se le reclama la delación

de algún traidor, que en “el *Semíramis* juramos que jamás saldría de nuestros labios una acusación contra ningún camarada. Nuestras posibles flaquezas se quedaron enterradas en Rusia” (2012: 319). Y, para finalizar, se recoge una imagen que también aparece en *La muerte está en el camino*, de José Luis Martín Vigil: un editor se acerca a Antonio para pedirle que escriba su historia, para lo que “[bastaría] con que nos entregue unas cuartillas y nosotros nos encargáramos de ponerle un *negro*” (2012: 335). El protagonista tira de educación y experiencia personal cuando le señala que un divisionario, Vidal, que había fallecido en fechas recientes –Antonio lo sabía bien, porque le había matado ya que era el único que conocía que en realidad no era Gabi Mendoza–, “le han dedicado apenas una gacetilla; las historias de divisionarios, por trágicas que sean, ya no interesan a nadie” (2012: 336). Cuando su interlocutor le indica que la trayectoria que puede generar interés es la de alguien con su perfil –el de Gabi– y no el de Vidal, que se asemejaría más a la verdadera vivencia de Antonio, este no tiene ningún reparo en deshacerse entre improperios del hombre que le está haciendo la propuesta. Como ocurría en el texto de José Luis Martín Vigil, existe una crítica hacia aquellos que solo ven rentabilidad económica en la terrible experiencia soviética:

Antonio lo persiguió por la galería, hasta que el editor alcanzó las escaleras por las que bajó como alma que lleva el diablo-. ¡Como vuelva a verte te rajo, escoria! –le gritó Antonio desde la barandilla. Luego volvió al despacho, donde lo aguardaba un Cifuentes estupefacto-. Un puto carroñero que pretendía hacer caja con el sufrimiento ajeno –le explicó someramente– (2012: 337).

CONCLUSIONES

El objetivo de esta tesis doctoral era analizar las diferentes interpretaciones de Rusia y de la División Azul en la literatura española desde una perspectiva comparatista que abarcara los planos intertextual y temporal. La evolución de la percepción del tema a lo largo de tres siglos, en el que han tomado parte voces fundamentales de las letras hispanas como Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Ramón J. Sender, César M. Arconada, Dionisio Ridruejo, Juan Manuel de Prada o Almudena Grandes es un motivo más que justificable para realizar el estudio. Rusia ha dado pie para hablar de la División Española de Voluntarios y esta para hacerlo de aquella. Las dos se permeabilizan en el imaginario colectivo y logran formar un bloque compacto a la hora de ser evocadas. Pero, como se ha podido observar, cada una de ellas entendidas como conceptos aislados es como realmente consiguen mostrar su especificidad. Al igual que los colores que generalmente las identifican, el rojo y el azul –curiosamente, junto al blanco, parte de la bandera del país– deben ser separados. No como mundos aparte, sino, y si se permite el símil referente al tópico ruso –de ellos han estado llenas las palabras de muchos de los que han pasado por estas páginas–, como muñecas *matrioskas*. Para España, Rusia encierra un tiempo pretérito dentro de sí: la División Azul.

A lo largo del trabajo se han observado las variantes del tema ruso en la literatura española, premisa con la que se iniciaba el proyecto aquí desarrollado. La visión de un mundo lejano y exótico en los dos últimos siglos del esplendor zarista daba paso al impacto de la Revolución bolchevique en las décadas de 1920 y 1930. El abandono del exotismo y la penetración del interés constante de los intelectuales por los cambios acontecidos en la recién fundada Unión Soviética ha permitido poner en perspectiva los análisis de diferentes autores de los ámbitos internacional e hispano. En este último ha sido esclarecedor el estudio específico de Manuel Chaves Nogales, Ramón J. Sender y Rafael Alberti en comparación con Josep Plá y César Vallejo. Con este heterogéneo grupo se demuestra que Rusia traspasaba cualquier tipo de frontera lingüística –Josep Plá redacta sus crónicas en catalán– y nacional –a pesar de la influencia y el conocimiento que su obra tuvo en España, César Vallejo no deja de ser un escritor peruano–. El transcurso del tiempo y el acontecimiento de la Guerra Civil en España no significaron ningún freno para la aparición de Rusia en las letras. Como protagonista ineludible de la contienda, el país de los Soviets se convirtió en un personaje más de las novelas escritas durante la lucha o ambientadas en ellas desde el exilio republicano. El mitificado espacio de Madrid por ambos bandos –ya sea como resistencia contra el fascismo o como símbolo del combate clandestino para derrocar a la II República– se confundió con la temida

Unión Soviética para los sublevados, mientras que fue el símbolo de la esperanza para los que rechazaban el asedio desde dentro. En el caso de los gubernamentales, la posterior reflexión más allá de los límites de la patria anhelada generó todo tipo de adhesiones y animadversiones respecto al verdadero papel de los hombres enviados por Stalin a España. Para el mismo periodo, en el ámbito de la no ficción se ha estudiado la imagen de Rusia ofrecida por las publicaciones de guerra *Destino* y *Hora de España*, aporte desconocido hasta el momento y que, igual que en el campo de la novela, ha deparado el resultado de dos diferenciadas estampas acerca del país protagonista del estudio.

El caso específico elegido para estudiar de manera detallada a Rusia ha sido el papel literario de la División Azul. El acercamiento historiográfico del bloque II permite contextualizar los hechos previos, el entusiasmo por la Operación Barbarroja, el desarrollo de los combates y la necesidad de ocultar a la unidad tras la derrota nazi y la configuración geopolítica durante la postguerra mundial. Con ella se ha mostrado cómo la División Española de Voluntarios no surgió de manera espontánea como resultado de una arenga de Ramón Serrano Suñer el 24 de junio de 1941 y, ni mucho menos, que encontró su final tras su regreso dos años más tarde. La Legión Azul y la épica a la par que inútil labor de los *irreductibles* que lucharon por las calles de Berlín son solo los capítulos finales que anticipan el largo epílogo de una historia que comenzó durante la ayuda que Francisco Franco recibió del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano durante el enfrentamiento fratricida, reclamada casi de inmediato por Adolf Hitler, y que finalizó tras la llegada de los prisioneros del Gulag en 1954. Estos dos capítulos permiten entender a la División Azul dentro de un eje temporal que abarca más de quince años y que no se limita a los cuatro años –si se tienen en cuenta las últimas representaciones españolas arriba indicadas– durante los que hubo presencia de españoles en la *Wehrmacht*. Además, los acontecimientos han sido presentados no solo como un coto privado del franquismo y sus fieles, sino como lo que verdaderamente es: una historia que engloba a todo el conjunto de los españoles. Aunque parezca inexplicable, la aparición del personaje republicano en dos niveles es imprescindible para comprender la naturaleza de la División y su papel hasta el final de la misma: en primer lugar, al señalar la heterogeneidad de la unidad, se ha incluido a aquel combatiente que, por desgracia, se vio obligado a inscribirse para eliminar su paso por las tropas gubernamentales o evitar la estancia en prisión de uno o varios familiares. A este grupo se añadieron los que, sin tener en cuenta cualquier tipo de *redención estatal* que les ofrecía la oportunidad, viajaron hasta la Unión Soviética con la esperanza de formar parte del Ejército rojo y combatir por el

comunismo, para los que la jerga divisionaria inventó el término *irreductibles*. Y, en segundo lugar, la estancia en los campos de trabajo soviéticos de los prisioneros de guerra españoles quedaría incompleta si no se pone en comparativa con los antiguos republicanos con quienes coincidieron en el Gulag. La convivencia entre alambradas de los *guripas* con marinos, pilotos, “niños de la guerra”, desertores y exiliados completa el puzle de la División Azul.

La contextualización da pie a la interpretación de los tópicos que registró la literatura divisionaria durante el franquismo. En ellos –la tipología del divisionario, el anticomunismo, la imagen de la enemiga Rusia y la antigua aliada y defenestrada Alemania, el fragor de la batalla, el papel de la mujer, el Holocausto y el paso por el Gulag– se ha podido observar la tensión entre el realismo con el que trasladaron los soldados su vivencia al papel y la incómoda tensión que generaba la pervivencia de estas rememoraciones para el Estado dictatorial. Los antiguos combatientes escribían desde convicciones que, a pesar de haber sido derrotadas, seguían para ellos vigentes. Pero más allá de la ilusión por establecer el Nuevo Orden perdido en las trincheras, se deduce de sus textos la nostalgia del combatiente por un mundo entre tanques y morteros en el que encuentra su hábitat antes que en la comodidad del salón familiar. El motor de su lucha se identifica con la idea de un futuro fascista para España, la cual ya no es su patria, porque han encontrado en la guerra su hogar. Cuando en páginas anteriores el capitán Palacios, en las memorias del cautiverio que escribió Torcuato Luca de Tena, afirmaba a su verdugo ruso que si “Pasionaria” gobernara en España combatiría contra ella por tercera vez, estaba representando un grito extensible a toda una generación de falangistas: mejor en la guerra que en casa. La propia División Azul es el prelude de esta idea desarrollada a lo largo de sus novelas: su creación es la excusa perfecta para vivir en una trinchera de manera eterna, lectura ineludible de los textos divisionarios durante el franquismo.

El aspecto novedoso de este trabajo ha sido comprobar cómo el grupo de voluntarios es tratado por los novelistas actuales. Sin las trabas de la censura dictatorial y el énfasis ideológico del fascismo, la División se expande y se atreve a tratar nuevas visiones: los españoles han dejado de ser caballeros cruzados para ser soldados que vestían ropa de paño inservible para el invierno ruso, han aparcado la idea de un orden hitleriano para evitar el hambre que ofrecía la España de la posguerra. Al mismo tiempo, los nuevos textos abarcan y confirman la tradición anterior del subgénero divisionario para seguir la línea clásica de su relato. En las novelas más recientes tienen espacio, al

igual que en el franquismo, las cordiales relaciones entre los españoles y la población rusa, los enfrentamientos entre los crueles nazis y soldados azules e incluso la elusión del trato con el judío. Los escritores que han firmado las últimas novelas de la División Azul han conseguido pasar el bisturí por la historia de la unidad y han estructurado de manera acertada la vida de los personajes a los que han situado como miembros de la misma: no han caído en los tópicos fascistas ni en las excusas simplistas, sino que han encontrado nuevos caminos para interpretar al grupo. Sus historias no están llenas de buenos y malos, sino de seres humanos vástagos –y víctimas– de un tiempo crucial de la historia universal.

Con el espíritu de que las conclusiones de este trabajo no sean la mera recopilación de lo visto a lo largo de los seis capítulos, se abre la oportunidad de insistir en otros aspectos derivados de la misma. La publicación masiva de ficciones acerca de la Guerra Civil española ha obligado a los escritores a buscar nuevas historias con las que seducir a los lectores. La importancia del *marketing* y la necesidad de reclamar su atención mediante el impacto de unas pocas palabras que atraigan a un público saciado de una alta cantidad de temas han provocado la aparición de la División Azul como tema de la novela de la memoria más reciente. Si en un primer momento se indicaba el significado exótico de la Rusia imperial que visitó el duque de Liria y Jérica para, posteriormente, señalar la visión del averno que le otorgó el franquismo, puede afirmarse que los novelistas actuales han conseguido que la División Española de Voluntarios sea interpretada como una mezcla de ambas. Sin llegar a referir los tiempos más pretéritos en los que los españoles visitaron con regularidad –entiéndase esta como estancias oficiales y de varios meses o años–, los escritores del presente se han adueñado del infierno de la II Guerra Mundial para retratarlo como un lugar exótico en el catálogo literario de hoy. El tema invita a insistir en la memoria y la necesidad intergeneracional de conocer el pasado de quienes habitaron sus mismas calles y los motivos que les llevaron a realizar una acción u otra. Recordar, vindicar y reestablecer a la víctima del franquismo ha podido verse en cierto modo saturada –hecho por otro lado inexplicable, pues toda justicia es poca para quien la recibe a destiempo– y la búsqueda de *otro* personaje en el margen ha conducido hacia el divisionario. Un perdedor entre los ganadores, en la mayoría de las ocasiones doble perdedor: la insatisfacción del que vio la revolución *joseantoniana* incompleta o el republicano que quiso *limpiar* su nombre al lado de los vencedores son factores que se suman a la frustración de la derrota ante el enemigo soviético. La reinterpretación del personaje divisionario se suman a otro factor que entra en el ámbito personal de varios escritores e incluso en un terreno de arenas ciertamente movedizas: la División Azul no

deja de ser un tema desenfadado, polémico y que sobrepasa a la corrección política que impera en algunos sectores de la sociedad autodenominados como progresistas. Solo una visión que no distinga las tonalidades entre blancos y negros podría acusar directamente a todo aquel que haya participado o hable acerca de la División Española de Voluntarios de reaccionario o incluso de fascista, insulto tópico por excelencia. Identificar al divisionario directamente con el nazi serviría para afirmar majaderías tan grandes como que Luis García Berlanga, director en pleno franquismo de la crítica cinta *El verdugo* (1964), era un convencido seguidor de los postulados hitlerianos.

Gracias al estudio específico de la División Azul se comprueba que Rusia no es solo lo que sucede entre el límite de sus fronteras. Ella no podría ser comprendida sin lo que ocurrió en Alemania desde 1923 y en España desde 1936. En el tiempo actual, al realizar un estudio acerca de un país concreto en un tiempo determinado y en una disciplina humanística determinada, es imposible aislar cada uno de los elementos y reducir a ellos el análisis. Rusia se convierte en una experiencia global y sus límites no deben encontrarse en sus fronteras, sino que estas solo son el dibujo de un camino conectado entre ella y el punto de partida del viaje, España en este caso. El viaje a Rusia, ya fuera por motivos políticos, de ocio o para hacer la guerra, es también el relato del viaje a Francia, a Alemania y a Polonia. La experiencia individual se convierte en universal y así lo comprende el escritor: el problema no tiene que ser única y exclusivamente español, sino que el narrador tiene la posibilidad de mirar al exterior y de intentar, mediante la escritura, resolver cuestiones planteadas en otros lugares del planeta. La tendencia que siguen las novelas más recientes escogidas para conocer la imagen de la División Azul rompe, en algunas ocasiones, la línea del tiempo al viajar por el pasado y el presente de manera alterna. El relato histórico es cuestionado desde el tiempo actual y a través del mismo los afectados por las acciones en el tiempo pretérito de sus antepasados –ya sean sus familiares o sus compatriotas intergeneracionales– desvelan la verdad oculta durante el paso de los años. Paradójicamente, en un tiempo ausente de certezas como es el de la posmodernidad, la novela de la División Azul trata de fijar verdades a través historias concretas con aspiraciones globales: mediante ellas se procura redefinir a un grupo que ya había encontrado su hueco durante el franquismo pero que, en la actualidad, se ve desubicado por la falta del sostén dictatorial.

Al mismo tiempo, la novela se convierte en una experiencia que va más allá del propio relato y que interactúa con otras disciplinas del arte. He aquí la continuación de ella misma como acto universal: la fuerza de la imagen es tal en la época reciente que son

ineludibles las referencias y el acompañamiento constante del cine en sus textos. El escritor actual no ha vivido la II Guerra Mundial en el campo de batalla, pero la ha reproducido constantemente a través de la filmografía bélica. A través de ella se ha acercado a la crueldad de la batalla y ha tomado los recursos suficientes para la construcción de sus textos. La imagen del “escritor de trinchera” queda anulada para hablar del “escritor de butaca” o, en términos benjaminianos, del “escritor de la reproducción”.

El éxito de la literatura divisionaria durante el franquismo va más allá de los motivos políticos que permitieron su desarrollo en momentos concretos de la dictadura. Los relatos ambientados en el frente del Este siguen una serie de argumentos presentes en la narrativa universal. En un contexto diferente como es el de la II Guerra Mundial, los combatientes protagonizan historias que se relacionan intrínsecamente con la mitología greco-latina y las Escrituras. El primero de estos motivos es el viaje a Rusia, que ya había encontrado un precedente durante las décadas de 1920 y 1930 entre los intelectuales que acudieron al país de los Soviets para aclamarlo o denostarlo. El traslado de los voluntarios a la Unión Soviética continúa el patrón señalado en tres vertientes: la búsqueda del tesoro por parte de Jasón, transformado el vellocino en la batalla contra el comunismo. Como se contempla en las letras de la División Azul, tan importante es la pretendida victoria final como la lucha en sí, que pretende eliminar al enemigo. Las diferentes estrategias para enrolarse en los banderines de enganche y estar presentes en las trincheras para combatir cara a cara con el enemigo son el preciado trofeo que persiguen los más fieles soldados falangistas. Al igual que en la Guerra de Troya, el combate contra Rusia tuvo un punto final que obligó a la retirada de las tropas españolas. Quienes se marcharon cuando la División Española de Voluntarios fue fulminada por Franco no encontraron ningún problema en el regreso. Pero la contienda, finalizada en 1945, duró cerca de diez años más para quienes penaron en el Gulag. Como si se tratara de un Odiseo desorientado, cada uno de los presos de los campos de trabajo rusos no regresó a casa tras la caída del nazismo. Cada uno de los textos escritos acerca de su experiencia entre las alambradas rusas, además de su latente anticomunismo, traslada al lector a los cantos IX-XI de la *Odisea* y le sitúa en el papel de un contemporáneo Alcínoo. Entre sus páginas encuentra el relato de lo sucedido desde el apresamiento –visto como el final de la lucha entre aqueos y troyanos– hasta la llegada al puerto de Barcelona en el *Semíramis* –la *Ítaca* de los azules–. La tercera cuestión es la fundación de una nueva patria en relación al modelo virgiliano de la *Eneida*. Este escenario se identifica también

con el viaje a la URSS y la intención de adoptar como modelo el gobierno que varios pensadores de izquierdas tuvieron para sus respectivos países. En el plano divisionario, la transformación se realizaría en los escenarios ruso y español. Para el país visitado, la intención era destruir el sistema comunista y que el país ocupara el papel que le correspondía dentro de la *Weltanschauung* hitleriana. En ningún caso se proclama abiertamente, por parte de los españoles, una vuelta al sistema zarista. Para España, la victoria en la lucha internacional abría la posibilidad a la deposición del franquismo y la realización de la revolución falangista. José Antonio Primo de Rivera es presentado para este caso como el Eneas del siglo XX, pero se trata de un héroe irrealizado, ya que a diferencia de lo que narra Virgilio, Franco reconvertido en Turno es quien consigue la victoria –de manera indirecta tras la muerte del fundador de Falange en la cárcel de Alicante– y se queda con Lavinia –España–. De ahí que la lectura que se hace del líder fascista español se extralimite del ámbito mitológico y obligue a mirar al ámbito bíblico. El *Ausente* es, como Jesucristo, el mártir al que su sacrificio hace inmortal. Las similitudes entre las dos figuras –anunciadores de una nueva cosmovisión convertida en única verdad frente al resto de interpretaciones del mundo, la trayectoria como predicadores de la misma, su oposición al poder establecido y la muerte que le dan sus enemigos, acaecida en ambos casos a la edad de treinta y tres años– convierten al hijo del dictador Alfonsino en el verdadero líder por encima del *Caudillo*. Como ocurría con los cristianos de las catacumbas, la vida terrenal pierde su valor en el relato divisionario ya que en los *luceros* les aguarda la guía en su camino hacia la realización imposible el Estado que anhelan desde Rusia. Y el último estadio incluye dos temas que nacen, dentro de la derecha española, durante la Guerra Civil. La Unión Soviética, como clara aliada internacional del bando republicano, es identificada con el universo demoniaco. La interpretación del fascismo en España iba unida al peso específico del catolicismo como soporte moral de la nación. Desde esta perspectiva, es fácil reconocer que cualquier perturbación de la estructura dictatorial se basara en la analogía demoniaca del *intruso maligno*, de aquel que quiere corromper a los que se creen garantes de la pureza. Mientras que en España se abría, según el régimen, un periodo de paz duradera, en Rusia se desarrollaba la actualidad del infierno. Un tema que ha funcionado en clásicos de la literatura, como en la *Divina Comedia* de Dante –quien a su vez recoge varios tópicos de la literatura que señalan cómo la utilización de argumentos es una constante en las letras universales– o en el *Fausto* de Johann Wolfgang von Goethe. El segundo de los tópicos visitados por el relato de la División es la venganza que implica el viaje a la Unión Soviética. Devolver la visita que

consideraban que las tropas soviéticas habían realizado a España unos años atrás remite al tema protagonista de la *Orestíada* de Esquilo. Acabar con el comunismo no es la única premisa en la que los españoles basan su visita, sino que en ellos pueden apreciarse afrentas personales que deben quedar saldadas en Rusia. La muerte de un familiar o de un amigo por parte de las tropas republicanas es achacada directamente a la responsabilidad rusa. Al contrario que lo sucedido en el mito, el Areópago divisionario decide de antemano que el Orestes soviético es culpable.

Estos ejemplos manifiestan la universalidad de la literatura de la División Azul tanto en el franquismo como en la literatura actual. Esta última, a pesar de innovar y ofrecer nuevos paradigmas para episodios concretos del grupo, ha heredado parte de los usos utilizados por estos textos a lo largo de la dictadura. Con sus características propias, basadas en el significado político que tiene la División Española de Voluntarios, los aspectos tratados por los escritores han sido aceptados por lectores de ambos periodos gracias a que estos se basan en cuestiones que preocupan, en cualquier época, a los seres humanos. En la década de 1950 se leían con especial interés las historias narradas en los libros divisionarios, pero las cifras de publicación de los últimos quince años demuestran cómo el interés sigue vigente dentro de una sociedad que ha cambiado totalmente. Igual que estos temas no entienden de épocas, tampoco lo hacen de lugares geográficos. La aparición de textos como *Éducation européenne* (Romain Gary, 1945) o *Se questo è un uomo* (Primo Levi, 1947) datan de la temprana preocupación existente en la sociedad de no olvidar el terrible conflicto vivido. La superación del trauma a través de la catarsis aristotélica y la recuperación constante del pasado ha llevado a la II Guerra Mundial a ser un tema de eterna actualidad en el panorama literario occidental. La necesidad por conocer el tiempo pretérito, que se acentúa y renueva con cada generación, ha permitido la existencia de un marco de estudios basado en las relaciones entre la memoria y la literatura. Desde que Maurice Halbwachs hablara en *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) de la “memoria colectiva” los terribles acontecimientos del siglo y sus consecuencias han permitido que los estudios centrados en el binomio memoria-literatura se hayan desarrollado hasta el presente. Paul Ricoeur, Pierre Nora o Tveztan Todorov que encabezan una extensa lista de referencias en este campo. Por esta razón, no es extraño que en los últimos años los reconocimientos literarios hayan ido a parar a escritores como Imre Kertész, Patrick Modiano o Svetlana Aleksievich entre otros y que una novela como *Suite Française* (Irène Némirovsky, 2003) se convierta en todo un acontecimiento tras ser descubierta sesenta años después del fallecimiento de su autora. En el ámbito de la lengua

en común, Hispanoamérica también es un ejemplo de esta tendencia. Que autores de la *Generación del Crack* se hayan acercado a la II Guerra Mundial, como Jorge Volpi –*En busca de Klingsor* (1999), *El fin de la locura* (2003) y *No será la tierra* (2006), volúmenes que en su conjunto conforman la *Trilogía del siglo XX*– o el desaparecido Ignacio Padilla –*Amphitryon* (2000)–, habla de la vigencia del mismo. A la par, muestra la tensión que se produce en el escritor actual, que se asoma al mundo en su totalidad y se apropia de sus problemas sin reducirlos a un límite geográfico o cultural. La novela se presenta así como una propuesta para afrontar un mundo sin certezas, desvelar el pasado y confrontarlo con el presente dentro del mundanal ruido global.

El alto número de publicaciones de la División Azul en los últimos años, tanto en el campo de la ficción como el de la historiografía, denotan que no es un tema acabado y que en los próximos años volverá a ocupar páginas dentro de revistas y actas de congresos de carácter académico. Asimismo se abre para el futuro la especificidad del estudio de la literatura española dedicada a la II Guerra Mundial del mismo modo que los estudios acerca de la Guerra Civil se han convertido en un *clásico*. La División Azul, que en los últimos años se ha estudiado como parte del fenómeno memorístico de la contienda fratricida, ocupará en fechas futuras un espacio propio dentro de su campo correspondiente, es decir, la lucha internacional. Su relación con lo acontecido en España entre 1936 y 1939 es innegable, pero es hora de que, desde este momento, responda a su temporalidad específica y se convierta, junto a las novelas del Holocausto o del nazismo en una parte más de lo acontecido desde la firma del pacto Molotov-Ribbentrop hasta la caída de Berlín.

Para finalizar, sería conveniente regresar al principio de esta Tesis. En 1552, el Padre Bartolomé de las Casas publicó la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. En ella, se dirigía al futuro rey Felipe II, príncipe por aquel entonces, y le suplicaba que leyera su texto “con la clemencia y real benignidad que suele las obras de sus criados y servidores que puramente, por solo el bien público y prosperidad del estado real servir desean”. Con este texto, el religioso quería hacer partícipe al heredero de los terribles tratos a los que se estaba sometiendo a la población indígena por parte de los nuevos conquistadores, al mismo tiempo que le solicitaba la búsqueda de una solución para esta situación. La necesidad de dejar por escrito lo que los ojos han visto en tierras lejanas y hacer partícipe a los demás de una situación lamentable o una mejor organización sociopolítica de otras naciones ha sido una constante en la literatura española. La misma misión que el fraile podían atribuirse cualquiera de los autores que han pasado por estas

páginas: nada más allá que dar testimonio de qué era y qué es el Imperio ruso, la Unión Soviética y la Federación Rusa.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

- ACEVEDO, I. (1923). *Impresiones de un viaje a Rusia*. Oviedo: [s.n.] (Imprenta Hijo de A. P. Santamaría).
- ALBERTI, R. (1988). *Obra completa. Tomo I. Poesía 1920-1938*. Madrid: Aguilar.
- ____ (2000). *Prosas encontradas*. Barcelona: Seix Barral.
- ____ (2009). *Obras completas. Prosa II. Memorias. La arboleda perdida*. Barcelona: Seix Barral.
- AMADO BLANCO, L. (2009). *8 días en Leningrado*. Oviedo: KRK Ediciones.
- ANDREAS-SALOMÉ, L. (2011). *Rusia con Rainer* (trad. de Roberto Bravo). [s. i.]: Gallo Nero.
- ARCONADA, C. M. (1978). *Río Tajo*. Madrid: Akal.
- ____ (2007). *Cuentos de Madrid*. Sevilla: Renacimiento.
- ARMENGOL VEGA, M. P. (1964). *Cuna negra: novela*. Madrid: Afrodisio Aguado.
- AUB, M. (1978a). *El laberinto mágico I: Campo cerrado*. Madrid: Alfaguara.
- ____ (1978b). *El laberinto mágico II: Campo abierto*. Madrid: Alfaguara.
- ____ (1979). *El laberinto mágico V: Campo del moro*. Madrid: Alfaguara.
- ____ (1982). *El laberinto mágico IV: Campo francés*. Madrid: Alfaguara.
- AVELINE, C. (1937) “Claude Aveline (Francia)”, *Hora de España*, nº 8, pp. 45-48.
- BANDERÍN DE CANTOR (1937). “Matrimonio en Rusia”. *Destino*, nº 37, p. 2.
- BAREA, A. (1986). *La ruta*. Barcelona: Plaza & Janés.
- ____ (2010). *La llama*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- BARGA, C. (1937) “El II Congreso Internacional de Escritores. Su significación”, *Hora de España*, nº 8, pp. 5-10.
- BAROJA, P. (1948). *Obras completas, Vol. V*. Biblioteca Nueva: Madrid.
- ____ (1970). *Juan van Halen, el oficial aventurero*. Barcelona: Planeta.
- BARRERO, J. M. (2013). *Detrás de la lluvia*. Barcelona: Ediciones B.
- BARS CASAMITJANA, M. (1962). *El pan en el fango*. Olot: Biblioteca Olotina.
- BENDALA, F. (1944). *Leyendas del Ilmen*. Madrid: Editorial Viuda de Juan Pueyo.
- BENJAMIN, W. (1987). *Diario de Moscú*. Madrid: Taurus.
- BLANCO, J. E. (1954). *Rusia no es cuestión de un día... Estampas de la División Azul*. Madrid: Publicaciones Españolas.
- BLASCO COBO, J. (1960). *Un piloto español en la U.R.S.S.* Madrid: Antorcha.

- BUBER-NEUMANN, M. (2005). *Prisionera de Stalin y de Hitler*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- BUEN, O. DE (1887). *De Kristiania á Tuggurt (impresiones de viaje)*. Madrid: [s.n.] (Imprenta de Fortanet) <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000056594&page=1>> (en línea; fecha de consulta: 26 de marzo de 2014).
- CALAVIA BELLOSINO, E. Y F. ÁLVAREZ COSMEN (1956). *Enterrados en Rusia*. Madrid: Editorial Saso.
- CAMBA, F. (1939). *Madridgrado: documental film*. Madrid: Ediciones Españolas.
- CARROLL, L. (2009). *Diario de un viaje a Rusia*. Madrid: Nocturna.
- CASANOVA, S. (2007). *En la corte de los zares. Del principio y del fin de un imperio*. León: Akrón.
- CASTELAR, E. (1881). *La Rusia contemporánea: bocetos históricos*. Madrid: Oficinas de la Ilustración española y americana.
- CASTILLO, L. DEL (1796). *Compendio de la historia y del estado actual del Imperio Ruso*. Madrid: Imprenta de Aznar <http://books.google.es/books/ucm?op=add&hl=es&sig=ACfU3U39_1PdSRRfhZITsUNYtYxWJAc8g&uid=114584440181414684107&as_coll=7&id=8KBfaGWwSyIC&hl=es> (en línea; fecha de consulta: 26 de marzo de 2014).
- Causa general: Ministerio de Justicia, 1943: la dominación roja en España, avance de la información instruida por el Ministerio Público en 1943* (2008), León: Akrón.
- CHAVES NOGALES, M. (2012). *La vuelta al mundo en avión: un pequeño burgués en la Rusia roja*. Barcelona: Libros del Asteroide.
- COELLO, P. (1937a). “El proceso de Moscou”. *Destino*, nº 1, p. 5
- ____ (1937b). “Nuevo embajador en Valencia”. *Destino*, nº 4, p. 7.
- CREMER, V. (1961). “Los escuchas de la paz: a modo de prólogo”. En Eleuterio Paniagua, *Los hombres se matan así*, pp. 6-10.
- CRESPO, A. (1945). *De las memorias de un combatiente sentimental*. Madrid: Haz.
- CUARTERO, A. (1941). *La División Azul: los que se marchan*. [S.I.]: [s.n.] (Madrid: Nuevas Gráficas S.A.).
- CUBERO SEBASTIÁN, P. (1993). *Peregrinación del mundo del doctor D. Pedro Cubero Sebastián, misionero apostólico*. Madrid: Miraguano/Polifemo.
- CUSTINE, MARQUÉS DE (1953). *Rusia, ayer como hoy*. Barcelona: Destino.
- DÍAZ DE VILLEGAS, J. (1967). *La División Azul en línea*. Barcelona: Acervo.

- DOS PASSOS, J. (2005). *Viajes de entreguerras*. Barcelona: Península.
- ____ (2006). *Años inolvidables*. Barcelona: Seix Barral.
- DOSTOYEVSKI, F. M. (1964). *Obras Completas, Tomo I*. Madrid: Aguilar.
- E. P. (1937). “El ministro «prudente» francés y Rusia”. *Destino*, nº 14, p. 7
- EHRENBURG, I. (1937). “Ilyá Ehrenburg (U. R. S. S.)”. *Hora de España*, nº 8, pp. 36-38.
- EIZAGUIRRE, R. P. (1955). *En el abismo rojo: Memorias de un español, once años prisionero en la URSS*. Madrid: Reyma.
- ERRANDO VILAR, E. (2010). *Campaña de invierno*. Madrid: José G. Peona.
- ESPINA, C. (1939a). “Aquella niña”. *Destino*, nº 96, p. 3.
- ____ (1939b). *Retaguardia: (imágenes de vivos y de muertos)*. Madrid: Edic. de la Vicesecretaría de Educación Popular.
- ESTEBAN VILARÓ, J. (1938). “Moscú cierra tienda”. *Destino*, nº 76, p. 3.
- ESTEBAN-INFANTES, E. (1956). *Donde Asia empieza: la División Azul*. Barcelona: AHR.
- EZQUERRA, M. (1999). *Berlín, a vida o muerte*. Granada: García Hispán.
- FARRÉ ALBIÑANA, J. (1949). *4 Infantes, 3 luceros*. Tetúan: [s.n.] (Tipografía Librería Escolar).
- FOXA, A. DE (2009). *Madrid, de corte a checa*. Madrid: El Buey Mudo.
- G.R. (1937). “Dos estaciones francesas: Perpignan y Cervere. Síntesis y prelude del credo bolchevique”. *Destino*, nº 6, pp. 4-5.
- GIL-ALBERT, J. (1937a) “En tierras aragonesas”, *Hora de España*, nº 2, pp. 35-38.
- ____ (1937b) “Espectáculos”, *Hora de España*, nº 4, pp. 55-57.
- GANIVET, Á. (1996). *Idearium Español: El porvenir de España*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GARCÍA LUNA, J. (1959). *Las cartas del Sargento Basilio*. Barcelona: Editorial Pentágono.
- GARCÍA PÉREZ, A. (1942). *Héroes de España en campos de Rusia*. Madrid: Camarasa.
- GARCÍA SERRANO, R. (2004). *La fiel infantería*. Madrid: Actas.
- GASPAR DE JOVELLANOS, M. (1967). *Diarios*. Madrid: Alianza.
- GIDE, A. (1982). *Regreso de la U.R.S.S. seguido de Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.* Barcelona: Muchnik Editores.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E. (ca. 1942). *La matanza de Katyn (Visión sobre Rusia)*. Madrid: [s.n.] (Imp. E. Giménez S. A.).
- GINZBURG, L. (2000). *Diario del sitio de Leningrado*. Barcelona: Muchnik Editores.

- GÓMEZ TELLO, J. L. (1945). *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*. Barcelona: Luis de Caralt.
- GONZÁLEZ CRESPO, R. (2013). *Cambio hoz y martillo por 4x4 con lunas tintadas*. Oviedo: Septem.
- GONZÁLEZ, J. (2006). *La quinta corona*. Barcelona: Plaza & Janés.
- GONZÁLEZ-DORIA, F. (1976). *Memorias de un fascista español*. Valencia: Sicania.
- GRANDES, A. (2011). *Inés y la alegría*. Barcelona: Tusquets.
- ____ (2015). *El corazón helado*. Barcelona: Tusquets.
- GRIEG, N. (1937) “Nordahl Grieg (Noruega)”, *Hora de España*, nº 8, pp. 52-55.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, A. J. (1971). *Ida y vuelta*. Madrid: Espasa-Calpe.
- HIDALGO, D. (1985). *Un notario español en Rusia*. Madrid: Alianza Editorial.
- HOARE, S. (1977). *Embajador ante Franco en misión especial*. Madrid: Sedmay.
- IGLESIA, J. A. DE LA (2013). *Y mañana saldrá el sol*. Madrid: De librum tremens.
- ISA (1937). “Amenazas”. *Destino*, nº 34, p. 4.
- ISTRATI, P. (1930). *Rusia al desnudo*. Madrid: Cénit.
- J. R. (1937) “Cine ruso”, *Hora de España*, nº 2, p. 61.
- JIMÉNEZ Y MALO DE MOLINA, V. J. (1943). *De España a Rusia: 5.000 kms. con la División Azul*. Madrid: Imprenta de Madrid, S. L.
- KELYN, F. (1937). “Fedor Kelyn (U. R. S. S.)”. *Hora de España*, nº 8, pp. 55-57.
- KNOBLAUGH, E. (2007). *¡Última hora, guerra en España!: aventuras de un corresponsal americano entre los dos bandos*. Barcelona: Áltera.
- KOESTLER, A. (1973a). *Autobiografía, 1. La flecha en el azul*. Madrid: Alianza; Buenos Aires: Emecé.
- ____ (1973b). *Autobiografía, 2. El camino hacia Marx*. Madrid: Alianza; Buenos Aires: Emecé.
- ____ (1973c). *Autobiografía, 3. Euforia y utopía*. Madrid: Alianza; Buenos Aires: Emecé.
- ____ (1974). *Autobiografía, 4. El destierro*. Madrid: Alianza; Buenos Aires: Emecé.
- KURTZ, C. (1986). *El desconocido*. Barcelona: Planeta.
- LAGUNA Y VILLANUEVA, M. (1866). *Excursión forestal por los imperios de Austria y Rusia verificada de R.O. en el verano de 1864*. [S.I.]: [s.n.] (Madrid: Imprenta del Colegio de Sordo-mudos y de Ciegos) <<http://goo.gl/dyWv6w>> (en línea; fecha de consulta: 29 de julio de 2016).
- LAURET, M. (1934). *Una mujer en la U.R.S.S.* [S.I.]: [s.n.] (Madrid: Tip. Espasa-Calpe).
- LAVEDÁN, A. DE (1959). *Un español tras “el telón de acero”*. Barcelona: Mateu.

- LEGUINECHE, M. (2003). *Madre Volga*. Barcelona: Seix Barral.
- LEVI, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik.
- LIGNE, PRÍNCIPE DE (2004). *Amabile: obra escogida*. Valencia: Pre-Textos.
- LIRIA Y JÉRICA, DUQUE DE (2008). *Diario del viaje a Moscovia*. Madrid: Miraguano.
- LUCA DE TENA, T. (1993). *Embajador en el infierno. Memorias del Capitán Palacios (Once años de cautiverio en Rusia)*. Barcelona: Planeta.
- MACHADO, A. (1937a). “Carta a David Vigodsky”, *Hora de España*, nº 4, pp. 5-10.
- ____ (1937b). “Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín”, *Hora de España*, nº 1, pp. 7-12.
- ____ (1937c). “Miscelánea apócrifa. Palabras de Juan de Mairena”, *Hora de España*, nº 12, pp. 5-12.
- ____ (1937d). “Sobre la Rusia actual”, *Hora de España*, nº 9, pp. 5-12.
- ____ (1938). “Miscelánea apócrifa. Sigue Mairena...”, *Hora de España*, nº 20, pp. 5-12.
- ____ (2009). *Escritos dispersos (1893-1936)*. Barcelona: Octaedro.
- MARTÍN VIGIL, J. L. (1965). *La muerte está en el camino*. Barcelona: Juventud.
- MARTÍNEZ CRUCES, P. (1942). *La nueva Cruzada. División Española de Voluntarios*. Madrid: [s.n.] (Impr. Viuda de Juan Pueyo).
- MARTÍNEZ DE PISÓN, I. (2005). *Enterrar a los muertos*. Barcelona: Seix Barral.
- MARTÍNEZ ESPARZA, J. (1943). *Con la División Azul en Rusia*. Madrid: Ediciones Ejército.
- MARTÍNEZ TESSIER, J., J. M. REVERTE Y J. REVERTE (2001). *Soldado de poca fortuna*. Madrid: Aguilar.
- MASCARO (1938). “Jugar a «Rojos»”. *Destino*, nº 44, p. 4.
- MAYER, O. (1938) “A propósito de dos nuevas composiciones de Rodolfo Halffter”, *Hora de España*, nº 13, pp. 89-93.
- MONTERO, C. (2016). *El invierno en tu rostro*. Barcelona: Plaza & Janés.
- MORENO HERNÁNDEZ, R. (1956). *Rusia al desnudo: revelaciones del Comisario Comandante Español Rafael Pelayo de Hungría. Comandante del Ejército Ruso*. Madrid: Ediciones de Actualidad Mundial.
- MUÑOZ MOLINA, A. (2007). *Sefarad*. Madrid: Alfaguara.
- NEGRO CASTRO, J. (1959). *Españoles en la U.R.S.S.* Madrid: Escelier.
- NERUDA, P. (1978). *Confieso que he vivido*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- O’FLAHERTY, L. (1932). “El cadáver del zarismo”. *Revista de Occidente*, nº 103, pp. 62-82.

- Octubre: escritores y artistas revolucionarios (Madrid, junio-julio 1933 - abril 1934, 6 números)* [ed. facsímil] (1977), Vaduz: Topos Verlag AG.
- OROQUIETA ARBIOL, G. Y C. GARCÍA SÁNCHEZ (1958). *De Leningrado a Odesa*. Barcelona: AHR.
- PANIAGUA, E. (1961). *Los hombres se matan así*. Madrid: Lorenzana.
- PARDO BAZÁN, E. (1961). *La revolución y la novela en Rusia (Lectura en el ateneo de Madrid)*. Madrid: Publicaciones Españolas.
- ____ (2004). *Viajes por Europa*. Madrid: Bercimel.
- ____ (2005). *La vida contemporánea*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Área de las Artes.
- PASCUAL, A. (1873). *Recuerdos de Rusia*. [S.I.]: [s.n.] (Madrid: Imprenta de Pedro Núñez) <<http://goo.gl/GF8Aj7>> (en línea; fecha de consulta: 29 de julio de 2016).
- PÍO XI (1937). *Carta encíclica Mit brennender Sorge del Sumo Pontífice Pío XI sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich Alemán* <https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_14031937_mit-brennender-sorge.html> (en línea; fecha de consulta: 11 de octubre de 2016).
- PLA Y BELTRÁN, P. (1938) “Salud, Moscú”, *Hora de España*, nº 16, pp. 80-81.
- PLA, J. (1967). *Obra completa V. El Nord*. Barcelona: Destino.
- PRADA, J. M. DE (2012). *Me hallará la muerte*. Barcelona: Destino.
- PRIM Y PRATS, J., G. RHODES, Y C. EDMOND (2014). *El viaje a oriente del general Prim*. Madrid: Miarguano.
- PUENTE, M. (1954) *Yo, muerto en Rusia (Memorias del Alférez Ocañas)*. Madrid: Ediciones del Movimiento.
- R. (1937). “El comunismo se introduce en Francia”. *Destino*, nº 8, p. 2.
- REGUENGO, V. (1955). *Quince años en Rusia*. Barcelona: AHR.
- RIDRUEJO, D. (2007). *Casi unas memorias*. Barcelona: Península.
- ____ (2013). *Cuadernos de Rusia: diario 1941-1942*. Madrid: fórcola.
- RILKE, R. M. (2009). *Rusia en verso y prosa*. Granada: Comares.
- RÍOS, F. DE LOS (1970). *Mi viaje a la Rusia soviética*. Madrid: Alianza.
- ROIG, M. (1985). *La aguja dorada*. Barcelona: Plaza & Janés.
- ____ (2001). *Mi viaje al bloqueo*. Barcelona: Plaza & Janés.
- ROMERO, E. (1974). *La paz empieza nunca: novela*. Barcelona: Planeta.
- ROMERO, L. (1957). *Tudá (Allá)*. Barcelona: Acervo.

- ROTH, J. (2008). *Viaje a Rusia*. Barcelona: Minúscula.
- ____ (2009). *Cartas (1911-1939)*. Barcelona: Acantilado
- ROYO, R. (1944). *¡Guerra! Historia de Luis Pablos: novela*. Madrid: [s.n.] (Gráficas Ultra).
- ____ (1957). *El sol y la nieve*. Madrid: Talleres Gráficos CIES.
- ____ (1976). *El sepulturero*. Madrid: Sedmay.
- RUIZ AYÚCAR, A. (1954). *La Rusia que yo conocí*. Madrid: Ediciones del Movimiento.
- SÁEZ Y RODRÍGUEZ, J. (1831). *Historia imparcial de la emperatriz Eudoxia Foedorowna, primera esposa del zar Pedro I de Rusia, llamado "el Grande"*. [S. I.]: [s. n.] (Valencia: Imp. de José Orga) <<http://goo.gl/CGDIvq>> (en línea; fecha de consulta: 28 de julio de 2016).
- SALMERÓN, J. (2005). *El rojo en el azul*. Barcelona: Inédita.
- SALVADOR, T. (197). *División 250*. Barcelona: G.P.
- ____ (1975). *Camaradas 74*. Barcelona: Plaza & Janés.
- SAVITCH, O. (1938) "Casa de campo", *Hora de España*, nº 13, pp. 65-83.
- SENDER, R. J. (1934). *Madrid-Moscú: notas de viaje (1933-1934)*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.
- ____ (1978). *Contraataque*. Salamanca: Ediciones Almar.
- SERRANO PLAJA, A. (1937) "Pueblo traicionado", *Hora de España*, nº 6, pp. 41-44.
- SERRANO SUÑER, R. (1947). *Entre Hendaya y Gibraltar: noticia y reflexión, frente a una leyenda, sobre nuestra política en dos guerras*. Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas.
- ____ (1996). "Política de España. Amistad y resistencia con Alemania". En Stanley G. Payne y Delia Contreras (dir.), *España y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 37-54.
- SILVA, L. (2008). *El alquimista impaciente*. Barcelona: Destino.
- ____ (2011). *Niños feroces*. Barcelona: Destino.
- ____ (2014). *La flaqueza del bolchevique*. Barcelona: Destino.
- SIN FIRMA (1937a). "A propósito de la U.R.S.S.". *Destino*, nº 41, p. 4.
- ____ (1937b). "André Gide y Rusia". *Destino*, nº 27, p. 7.
- ____ (1937c). "En el centenario de Puschkin", *Hora de España*, nº 3, p. 39.
- ____ (1937d). "La traición de los intelectuales". *Destino*, nº 40, p. 4.
- ____ (1937e). "Los futuros «Trotskys»". *Destino*, nº 39, p. 4.
- ____ (1937f). "Prensa roja: Rusia y sus traidores". *Destino*, nº 17, p. 8.

- ____ (1938a). “Dos fechas, dos frentes: por la Independencia de España”. *Destino*, nº 72, p. 3.
- ____ (1938b). “Procedimiento ruso”. *Destino*, nº 60, p. 4.
- ____ (1938c). “Testimonio de calidad”. *Destino*, nº 75, p. 3.
- ____ (1938d). “Un libro sobre España”. *Destino*, nº 55, p. 4.
- ____ (1938e). “Una fecha superada”. *Destino*, nº 63, p. 1.
- ____ (1941a). “España, precursora”. *La Vanguardia Española*, 24 de junio de 1941, LVII/23.324, p. 1
<<http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1941/06/24/pagina-1/33104345/pdf.html>> (en línea; fecha de consulta: 9 de mayo de 2016).
- ____ (1941b). “Nuestra cruzada es ya cruzada del mundo”. *ABC*, 24 de junio de 1941, XXXIV/11.023, p. 5
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1941/06/24/005.html>> (en línea; fecha de consulta: 9 de mayo de 2016).
- ____ (1942). “Contestación del Caudillo”. *ABC*, 15 de febrero de 1942, p. 12
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1942/02/15/012.html>> (en línea, fecha de consulta: 16 de febrero de 2016).
- ____ (1962). “[Prólogo]”. En Manuel Bars Casamitjana, *El pan en el fango*, pp. I-II.
- ____ (1968). “Ha fallecido el general don José Díaz de Villegas [Necrológica]”. *ABC*, 11 de agosto de 1968, p. 25
<<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1968/08/11/025.html>> (en línea; fecha de consulta: 25 de julio de 2016).
- UN FUGITIVO (1937). “Aspectos de la España Roja: el Moscú del Mediterráneo”. *Destino*, nº 11, pp. 4-5.
- UMBRAL, F. (1993). *Madrid 1940: memorias de un joven fascista*. Barcelona: Planeta.
- URQUIJO, A. DE (1973). *Cuando empuñamos las armas: la pequeña historia de una familia numerosa entre 1936 1942*. Madrid: Editorial Moneda y Crédito.
- VADILLO, F. (1967). *Orillas del Voljov*. Barcelona: Marte.
- ____ (1971). *Arrabales de Leningrado*. Barcelona: Marte.
- ____ (1975). *Y lucharon en Krasny Bor*. Barcelona: Marte.
- VALDÉS Y MENÉNDEZ VALDÉS, J. (1960). *Hay acero en los escombros*. Barcelona: Barna.
- VALERA, J. (2005). *Cartas desde Rusia*. Madrid: Miraguano Ediciones.
- VALLE, I. DEL (2003). *El arte de matar dragones*. Sevilla: Algaida.
- ____ (2006). *El tiempo de los emperadores extraños*. Madrid: Alfaguara.

- ____ (2009). *Los demonios de Berlín*. Madrid: Alfaguara.
- VALLEJO, C. (2011). *Correspondencia completa*. Valencia: Pre-Textos.
- ____ (2013). *Rusia en 1931: reflexiones al pie del Kremlin*. Sevilla: Renacimiento.
- VIVANCO, L. F. (1983). *Diario 1946-1975*. Madrid: Taurus.
- VOGUE, E. M. DE (1912). *Le Roman Russe*, Paris: Librairie Plon.
- YDÍGORAS, C. M. (1963). *Algunos no hemos muerto*. Madrid: Editorial Arrayán.
- ZULAICA, R. (1963). *La última oportunidad*. [Zarauz]: Ágora.
- ZWEIG, S. (2003). *El legado de Europa*. Barcelona: Acantilado.
- ____ (2012). *El mundo de ayer: Memorias de un europeo*. Barcelona: Acantilado.
- ____ (2014). *Viaje a Rusia*. Madrid: Ediciones sequitur.

FUENTES SECUNDARIAS

- ABDEL SALAM AHMED AWAAD, H. (2012). “La imagen de la Rusia del XIX en la pluma de Juan Valera y Mohamed Yad El-Tantawy”. *Anaquel de estudios árabes*, vol. 23, pp. 7-18.
- AGUILAR OLIVENZA, M. (1999). *El Ejército español durante el franquismo: un juicio desde dentro*. Madrid: Akal.
- AGUILERA SASTRE, J. (2013). “República y primer exilio de María Lejárraga: epistolario con Geoge Portnoff”. En María Teresa González de Garay y José Díaz-Cuesta (eds.), *El exilio literario de 1939, 70 años después*. Logroño: Universidad de La Rioja, pp. 203-217.
- AGUIRRE HERRÁINZ, P. (2015). “¿Extraños en casa? El retorno a España de los «niños de la guerra» repatriados desde la URSS (1956-1957)”. *Revista Historia Autónoma*, nº 7, pp. 127-139.
- AGUSTÍ ROCA, C. (2003). *Rússia és culpable! Memòria i record de la Divisió Azul*. Lleida: Pagès editors.
- ALBERCA, M. (2007). *El pacto ambiguo: de la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ALBORG, J. L. (1958). *Hora actual de la novela española*. Madrid: Taurus.
- ALCORIZA, J. (2005). *La ética de la literatura*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo.

- ALEGRE LORENZ, D. (2015). *Bajo el fuego cruzado: los voluntarios franceses en el Frente del Este*. Zaragoza: HRM Ediciones.
- ALEGRE, S. (1994). *El cine cambia la historia: las imágenes de la División Azul*. Barcelona: PPU.
- ALEKSÉEV, M. (1975). *Rusia y España: una respuesta cultural*. Madrid: Seminarios y Ediciones S.A.
- ALPERT, M. (2002). “Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, tomo 15, pp. 455-472.
- ALTED VIGIL, A. (2005). *La voz de los vencidos: el exilio republicano de 1939*. Madrid: Aguilar.
- ÁLVAREZ CHILLIDA, G. (2002). *El Antisemitismo en España: la imagen del judío (1812-2002)*. Madrid: Marcial Pons.
- ____ (2007). “La eclosión del antisemitismo español: de la II República al holocausto”. En Gonzalo Álvarez Chillida y Ricardo Izquierdo Benito (coords.), *El antisemitismo en España*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 181-206.
- AMAT, J. Y J. GRACIA (2012). “Vida privada de un conspirador”. En Dionisio Ridruejo, *Cartas íntimas desde el exilio (1962-1964)*. [Madrid]: Fundación Banco Santander, pp. 9-18.
- AMORÓS, A. (2005). *La obra literaria de don Juan Valera: la “música de la vida”*. Madrid: Castalia.
- ANDRÉS-GALLEGO, J. (2000). “La publicación de la *Mit brennender Sorge* en España”. En Rafael Sánchez Mantero (ed.), *Homenaje a D. José Luis Comellas*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Servicio de Publicaciones, pp. 257-272.
- APPLEBAUM, A. (2014). *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*. Barcelona: Debate.
- ARASA, D. (2005). *Los españoles de Stalin*. Barcelona: Belacqva.
- ARRANZ DEL RIEGO, I. Y M. RODRÍGUEZ POLO (2008). “Epílogo”. En Duque de Liria y Jérica, *Diario del viaje a Moscú*, pp. 427-444.
- AUGUSTO AYUSO, C. (2000). “Río Tajo de César M. Arconada: presupuestos antropológicos y estéticos de una novela marxista en la guerra civil”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, nº 71, pp. 293-316.
- AVNI, H. (1982). *España, Franco y los judíos*. Madrid: Altalena.

- AZAÑA, M. (1990). *Obras completas I. Estudios juveniles; De Historia y Política Francesa y Española; Creación literaria; Crítica literaria*. Madrid: Editorial Giner.
- AZNAR SOLER, M. (1993). *Max Aub y la vanguardia teatral: (escritos sobre teatro, 1928-1938)*. Valencia: Universidad, Aula de Teatro.
- ____ (2003). *Los laberintos del exilio: diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*. Sevilla: Renacimiento.
- ____ (2010). *República literaria y revolución: (1920-1939)*. Sevilla: Renacimiento.
- BÁDENAS, P. Y F. DEL PINO (2006). “Prólogo”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 7-16.
- BAER, A. (2011). “Los vacíos de Sefarad. La memoria del Holocausto en España”. *Política y sociedad*, vol. 48, nº 3, pp. 501-518.
- BAGGIO, H. (1978). *John Dos Passos: Rocinante pierde el camino*. Madrid: Altalena.
- BAGNÓ, V. (1998). “A propósito de las fuentes de *La revolución y la novela en Rusia* de Emilia Pardo Bazán”. En José Carlos de Torres Martínez y Cecilia García Antón (coords.), *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX: Homenaje a Juan María Díez Taboada*. Madrid: CSIC, pp. 162-166.
- ____ (2004). “La imagen y el mito de San Petersburgo en la literatura española”. En Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso (eds.), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: New York, 16-21 de julio de 2001*, Newark: Juan de la Cuesta, pp. 75-83.
- ____ (2015). “Para otra dimensión espiritual... (La imagen de Rusia en los diarios de los viajeros españoles)”. En Carlos Mata Induráin y Anna Morózova (eds.), *Temas y formas hispánicas: arte, cultura y sociedad*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, pp. 11-42.
- BARBUSSE, H. (1985). “La nueva Rusia vista por un hombre honesto”. En Diego Hidalgo, *Un notario español en Rusia*, pp. 243-246.
- BARCIELA, C. (ed.) (2003). *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1950*. Barcelona: Crítica.
- BARICCO, A. (2004). “Otra belleza”. *El País*, 30 de octubre de 2004 <http://elpais.com/diario/2004/10/30/babelia/1099093817_850215.html> (en línea; fecha de consulta: 20 de abril de 2016).
- BARRACHINA JUAN, E. (1994). *La batalla del lago Ilmen*. Barcelona: PPU.

- BARROSO, F. J. (2013). “La policía halla cinco puestos con simbología nazi en una feria militar”. *El país*, 3 de diciembre de 2013 <http://ccaa.elpais.com/ccaa/2013/12/02/madrid/1386011517_538830.html> (en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016).
- BECERRA MAYOR, D. (2013). “«Episodios de una guerra interminable» de Almudena Grandes: ¿novelas de la memoria histórica?”. *Kamchatka: revista de análisis cultural*, nº 2, pp. 241-270.
- ____ (2015). *La guerra civil como moda literaria*. Madrid: Clave Intelectual.
- BEEVOR, A.L (2002). *Berlín: la caída, 1945*. Barcelona: Crítica.
- BENÍTEZ REYES, F. (2015). “Chaves Nogales, en corto”. En Manuel Chaves Nogales, *La bolchevique enamorada y otros relatos*. Sevilla: Espuela de Plata, pp. 7-12.
- BERDAH, J.-F. (2003). “España y los judíos en la primera mitad del siglo XX”. En Pere Joan i Tous y Heike Nottenbaum (eds.), *El olivo y la espada. Estudios sobre el antisemitismo en España (siglos XVI-XX)*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag, pp. 363-378.
- BERLIN, I. (2009). *La mentalidad soviética: la cultura rusa bajo el comunismo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- BERNAL MARTÍNEZ, I. (2007). “Libros, bibliotecas y propaganda nazi en España en el primer franquismo: las exposiciones del Libro Alemán”. *Hispania nova: revista de historia contemporánea*, nº 7 (sin numerar: 31 pp.).
- BERTRAND DE MUÑOZ, M. (1996). “Novela histórica, autobiografía y mito. (La novela y la Guerra Civil Española desde la Transición)”. En José Nicolás Romera Castillo y Mario García-Page Sánchez (coords.), *La novela histórica a finales del siglo XX: actas del V Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral de la UNED, Cuenca, UIMP, 3-6 de julio de 1995*. Madrid: Visor, pp. 13-38.
- ____ (2001). *Guerra y novela: la guerra española de 1936-1939*. Sevilla: Alfar.
- BESCOS TORRES, S. (1995). “Misiones de Sanidad española en el extranjero: la Sanidad Militar en la División Azul”. *Medicina Militar: Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*, vol. 51, nº 2, pp. 184-193.
- BLANCO CHIVITE, M. (1992). *Manuel Vázquez Montalbán & Pepe Carvalho*. Madrid: Grupo Libro 88.
- BOU, E. (1997). “L’art del viatger: el cas de Josep Pla”. *L’Aiguadolç*, nº 23, pp.13-22.

- BOWEN, W. H. (2000a) "The Last Defenders of the New Order: Spaniards and Nazi Germany, August 1944-May 1945". En Conrad Kent, Thomas K. Wolber and Cameron M. K. Hewitt (eds.), *The Lion and the Eagle: Interdisciplinary Essays on German-Spanish Relations over the Centuries*. New York; Oxford: Berghahn Books, pp. 397-422.
- ____ (2000b). *Spaniards and Nazi Germany: collaboration in the new order*. Columbia; London: University of Missouri Press.
- BOX, Z. (s. f.). "Sacrificio y martirio nacional. Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera" (sin numerar: 35 pp.) <<https://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2013-07-29-3-05.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 26 de septiembre de 2016).
- BRAGUINSKAYA, E. (s. f.) "Rafael Alberti en Rusia y Rusia en Rafael Alberti o la arboleda más perdida" (sin numerar: 10 pp.) <<http://hispanismo.cervantes.es/documentos/Braguinskaya.pdf>> (en línea, fecha de consulta: 14 de abril de 2014).
- BRAVO CASTILLO, J. (2008). "El viaje a la URSS de André Gide". En Miguel Cortés Arrese y Juan Agustín Mancebo Roca (eds.), *El viaje a Rusia*. Murcia: Nausicaä, pp. 221-243.
- BRUZUAL, A. (2006). "Los viajes de César Vallejo a la Unión Soviética: la dialéctica del vaso de agua". *A Contracorriente: una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 4, nº 1, pp. 23-39.
- BULLÓN DE MENDOZA, A. (2011). "Introducción". En Alfonso Bullón de Mendoza y Luis E. Togores (coords.), *La otra memoria*. Madrid: Actas, pp. 11-16.
- BUSTO, M. (1981). "Carreño y Jovellanos: correspondencia con motivo de su nombramiento como embajador de España ante la corte de Rusia". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, año XXXV, nº 104, pp. 667-676.
- CABALLERO JURADO, C. (2011). "La violencia política frentepopulista y los orígenes de la División Azul". En Alfonso Bullón de Mendoza y Luis E. Togores (coords.), *La otra memoria*. Madrid: Actas, pp. 802-826.
- CABALLERO JURADO, C. Y R. IBÁÑEZ (1989). *Escritores en las trincheras: la División Azul en sus libros, publicaciones periódicas y filmografía (1941-1988)*. Madrid: Barbarroja.
- CABEZA SAN DEOGRACIAS, J. (2005). *El descanso del guerrero: cine en Madrid durante la Guerra Civil Española*. Madrid: Rialp.

- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, S. (1997). *Historia política de la Segunda República en el exilio*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- CABO, A. DE Y G. PISARELLO PRADOS (2002). “La larga sombra de Sacco y Vanzetti (excepción, extranjería, terrorismo)”. *Jueces para la democracia*, nº44, pp. 13-18.
- CALLE VELASCO, M. D. DE LA (2003). “El Primero de Mayo y su transformación en San José Artesano”. *Ayer*, nº 51, pp. 87-113.
- CALVET, J. (2008). *Las montañas de la libertad: el paso de refugiados por los Pirineos durante la Segunda Guerra Mundial 1939-1944*. Madrid: Alianza.
- CALVO JUNG, C. (2010). *Los últimos aviadores de la República: la cuarta expedición a Kirovabad*. [Madrid]: Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica.
- CÁMARA, M. DE LA (2010). “Las relaciones entre España y la Federación Rusa”. En VV. AA., *Anuario Internacional CIDOB 2010. Federación Rusa, perfil de país*. [S.I.]: [s.n.] (Barcelona: Centre for International Affairs), pp. 449-460 <<http://www.cidob.org/content/download/24174/276571/version/1/file/Manuel%20de%20la%20C%C3%A1mara%202010.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 8 de agosto de 2016).
- CAMPS, J. DE (1953). “Prólogo del traductor”. En Marqués de Custine, *Rusia, ayer como hoy*, pp. 7-18.
- CANO BALLESTA, J. (1996). *La poesía española entre pureza y revolución (1920-1936)*. Madrid: Siglo XXI.
- CANTARERO, J. (2015). “Misa con capellán militar en Alicante para los españoles que lucharon junto a Hitler”. *Público*, 6 de febrero de 2015 <<http://www.publico.es/politica/misa-capellan-militar-alicante-honor.html>> (en línea; fecha de consulta: 23 de septiembre de 2016).
- CARCEDO, D. (2000). *Un español frente al Holocausto*. Madrid: Temas de Hoy.
- CARDONA, G. (2003). *El gigante descalzo: el ejército de Franco*. Madrid: Aguilar.
- CARRIZO RUEDA, S. (1997). *Poética del relato de viajes*. Kassel: Edition Reichenberg.
- CASALI, L.Y L. HARANA (eds.) (2013). *L'oportunisme de Franco: un informe sobre la qüestió jueva*. Catarroja: Afers; Barcelona: Centre d'Estudis Històrics Internacionals.
- CASANOVA, J. (2001). *La Iglesia de Franco*. Madrid: Temas de Hoy.
- CASANOVA, M. (1992). “Las relaciones diplomáticas hispano-belgas durante la guerra civil española: el caso del barón de Borchgrave”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Hª Contemporánea*, tomo V, pp. 293-302.

- CASTAÑAR, F. (1992). *El compromiso en la novela de la II República*. Madrid: Siglo XXI.
- CASTILLO DURÁN, F. DEL (2011). “Antonio Machado en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas: faltándole el respeto a la divinidad”. *HMiC: Història Moderna i Contemporània*, nº 9, pp. 71-91.
- CAUDET, F. (1988). “César Vallejo y el marxismo”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 456-457, pp. 779-802.
- ____ (ed.) (1975). *Hora de España: antología*. Madrid: Turner.
- ____ (1993). *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- ____ (ed.) (1995). *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín (1952-1973)*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- ____ (2009). *En el inestable circuito del tiempo. Antonio Machado, de “Soledades” a “Juan de Mairena”*. Madrid: Cátedra.
- CEÁN BERMÚDEZ, J. A. (1989). *Memorias para la vida del excmo. señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y noticias analíticas de sus obras* [ed. facsímil]. Gijón: Silverio Cañada.
- CERÓN TORREBLANCA, C. (2008). “Fugitivos nazis en la costa del sol”. *Andalucía en la historia*, nº 20, pp. 76-79.
- CHACÓN, D. (2003). “Prólogo”. En Manuel de Ramón y Carmen Ortiz, *Madrinas de guerra: cartas desde el frente*, pp. 17-20.
- CHAPUT, M.-C. (2004). “Castiblanco (Badajoz, 31 de diciembre de 1931)”. En Nathalie Ludec y Françoise Dubosquet Lairys (coords.), *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. Pessac: PILAR, pp. 191-205.
- CHIȘU, L. (2010). “Panait Istrati and his Posterity in European Dictionaries”. En Julieta Rotaru (Redactor), *Lucrarile Simpozionului International Cartea. România. Europa. Ediția a II-a – 20-24 septembrie 2009. 550 de ani de la prima atestare documentară a orașului București*. București: Editura Biblioteca Bucureștilor, pp. 62-77 <<http://goo.gl/YyBm9C>> (en línea; fecha de consulta: 9 de septiembre de 2016).
- CIECHANOWSKI, J. S. (2005). “Los campos de concentración en Europa. Algunas consideraciones sobre su definición, tipología y estudios comparados”. *Ayer*, nº 57, pp. 51-79.

- CIFRE WIBROW, P. (2009). “El nacionalsocialismo, la guerra y el Holocausto. Una nueva mirada”. En Manuel Maldonado Alemán (coord.), *Literatura e identidad cultural: representaciones del pasado en la narrativa alemana a partir de 1945*. Bern: Peter Lang, pp. 403-441.
- CINTAS GUILLÉN, M. I. (2001). “Introducción”. En Manuel Chaves Nogales, *Obra periodística. Tomo I*. Sevilla: Diputación de Sevilla, pp. IX-CCLVI.
- ____ (2007). “Manuel Chaves Nogales y el diario ABC: *El maestro Juan Martínez que estaba allí*” (sin numerar: 13 pp.) <http://manuelchavesnogales.info/pdf/MCN_EN_ABC_2007.pdf> (en línea; fecha de consulta: 12 de junio de 2015).
- ____ (2011). “Un reportaje sobre los exiliados de la Rusia Imperial”. En Manuel Chaves Nogales, *Lo que ha quedado del Imperio de los Zares*. Sevilla: Renacimiento, pp. 9-31.
- COLLADO SEIDEL, C. (1992). “España y los agentes alemanes 1944-1947: Intransigencia y pragmatismo político”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, tomo 5, pp. 431-482.
- ____ (2012). “España en la segunda guerra mundial: la «hábil prudencia» de un «neutral»”. En Ángel Viñas Martín (ed.), *El combate por la historia: la República, la Guerra Civil, el franquismo*. Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente, pp. 593-612.
- COLOMINA LIMONERO, I. (2010). *Dos patrias, tres mil destinos: vida y exilio de los niños de la guerra de España refugiados en la Unión Soviética*. Madrid: Ediciones Cinca.
- CORDEROT, D. (2004). “La revista *Destino* (1937-1939) y la cuestión de la catalanidad”. En Nathalie Ludec y Françoise Dubosquet Lairys (coords.), *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. Pessac: PILAR, pp. 207-218.
- CORTÉS ARRESE, M. (2007). “El viaje al país de los Soviets. Impresiones artísticas”. En Miguel Cortés Arrese y Juan Agustín Mancebo Roca (eds.), *El país de octubre*. Murcia: Nausicaä, pp. 75-104.
- ____ (2010). *Peregrinos de la revolución*. Murcia: Nausicaä.
- COSTA FERNÁNDEZ, L. (2013). “Comunicación y propaganda durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)”. *Historia y comunicación social*, vol. 18, pp. 385-396.

- CRESPO, A. (1976). “Dionisio en Rusia”. En VV. AA., *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*. Madrid: Taurus, pp. 71-85.
- CRUZ MARTÍNEZ, R. (1997). “¡Luzbel vuelve al mundo!: las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España”. En Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz Martínez (coords.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza, pp. 273-303.
- CRUZ SEOANE, M. Y M. D. SÁIZ (1996). *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid: Alianza.
- CRUZ, J. (2009). “La familia Errando”. *El País*, 16 de agosto de 2009 <http://elpais.com/diario/2009/08/16/domingo/1250390790_850215.html> (en línea; fecha de consulta: 23 de noviembre de 2016).
- DENNIS, N. (2002). “Poesía bajo la nieve: Rafael Alberti y Feodor Kelyin (Moscú, diciembre 1932 – febrero 1933)”. *Lenguaje y textos*, nº 18, pp. 55-62.
- DÍAZ BENÍTEZ, J. J. (2005). “Voluntarios de la zona aérea de Canarias y África occidental en la *Wehrmacht*”. *Historia social*, nº 53, pp. 47-62.
- ____ (2006). “Colaboración naval hispano-alemana en Canarias durante la II Guerra Mundial”. En Francisco Morales Padrón (coord.), *XVI Coloquio de historia canario-americana (2004)*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, pp. 989-1000.
- DÍAZ DEL MORAL, J. (1979). *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid: Alianza.
- Diccionario de la Lengua Española. Real Academia de la Lengua. Vigésima Segunda Edición* (2001), [Madrid]: Real Academia de la Lengua Española.
- DOMÍNGUEZ ARRIBAS, J. (2009). *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*. Madrid: Marcial Pons.
- DUEÑAS LLORENTE, J. D. (1994). *Ramón J. Sender: periodismo y compromiso (1924-1930)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- DUPLÁA, C. (1996). *La voz testimonial en Montserrat Roig. Estudio cultural de los textos*. Barcelona. Icaria.
- DURANGO, J. A. (1992). “España y la política internacional del fin de la guerra civil al comienzo de la mundial”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, tomo 5, pp. 275-272.

- EGGERS, E. R. Y E. FEUNE DE COLOMBÍ (1958). *Francisco de Zea Bermúdez y su época: 1779-1850*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Historia Moderna.
- EGIDO LEÓN, A. (1989). “Franco y las potencias del Eje: La tentación intervencionista de España en la Segunda Guerra Mundial”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, tomo 2, pp. 191-208.
- ELORZA, A. (1997). “Ramón J. Sender, entre dos revoluciones”. En Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo (eds.), *El lugar de Sender: actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses; Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 65-84 <http://www.cairn.info/article.php?ID_ARTICLE=LMS_205_0003> (en línea; fecha de consulta: 16 de abril de 2014).
- ENCINAS MORAL, A. L. (2005). “Introducción”. En Juan Valera, *Cartas desde Rusia*, pp. 11-29.
- ____ (2006). “El marco histórico y geográfico de las relaciones hispano-rusas en tiempos del viajero andalusí Abu Hamid al-Garnati (1080-1169)”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 33-58.
- ____ (2008). “La embajada del duque de Liria en Rusia (1727-1730)”. En Duque de Liria y Jérica, *Diario del viaje a Moscovia*, pp. 13-64.
- ESCOLAR, H. (1987). *La cultura durante la guerra civil*. Madrid: Alhambra.
- ESCRIBANO BARTLETT, I. (2014). *Primer franquismo: estudio y memoria de la División Azul en la provincia de Cáceres*. [Cáceres]: Institución Cultural El Brocense.
- ESCUADERO, M. (2012). “Dulce pinar sin nombre: en el centenario de Dionisio Ridruejo”. *Revista de Occidente*, nº 377, pp. 105-118.
- ESPADA, A. (2013). *En nombre de Franco: los héroes de la embajada de España en el Budapest nazi*. Barcelona: Espasa.
- ESPADAS BURGOS, M. (1987). *Franquismo y política exterior*. Madrid: Rialp.
- ____ (coord.) (1991). *Corpus diplomático hispano-ruso (1667-1799) I*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- ESTEBAN, J. Y G. SANTONJA (1988). *Los novelistas sociales españoles (1928-1936): antología*. Barcelona: Anthropos.
- FABER, S. (2011). “La literatura como acto afiliativo: la nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)”. En María del Palmar Álvarez Blanco y Antonio Dorca (coords.),

- Contornos de la narrativa española actual (2000-2010): un diálogo entre creadores y críticos*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 101-110.
- ____ (2014). “Actos afiliativos y postmemoria: asuntos pendientes”. *Pasavento: revista de estudios hispánicos*, vol. 2, nº 1, pp. 137-146.
- FERGUSON, N. (2007). *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente*. Barcelona: Debate.
- FERNÁNDEZ BASANTA, A. (1972). *3ª Escuadrilla expedicionaria en Rusia: Diario de campaña*. [S.l.]: [s.n.] (Madrid: Impr. de Policía Armada)].
- FERNÁNDEZ CARDO, J. Mª. (1989). “La otra cultura en esta literatura: funciones exóticas de la literatura”. En Francisco Lafarga (ed.), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*. Barcelona: PPU, pp. 371-378.
- FERNÁNDEZ CASTRO, S. (2004). “Bernhard Schlink: *El lector*. Una perspectiva histórico-sociológica del Holocausto en la novela alemana actual”. *Moenia: Revista lucense de lingüística & literatura*, nº 10, pp. 389-402.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, V. (2009). *El exilio de los marinos republicanos*. [Valencia]: Publicacions de la Universitat de València.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (1985). “La Iglesia española y la Guerra Civil”. *Studia historica. Historia contemporánea*, nº 3, pp. 37-74.
- FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F. (2000). “Las embajadas rusas a la Corte de Carlos II”. *Studia historica. Historia moderna*, nº 22, pp. 75-107.
- FERNÁNDEZ PRIETO, C. (1998). *Historia y novela, poética de la novela histórica*. Navarra: EUNSA.
- ____ (2005). “Novela histórica”. *Quimera*, nº 263-264, pp. 76-78.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, J. F. (1985). *Viajeros rusos por la España del siglo XIX*. Madrid: El Museo Universal.
- FERNÁNDEZ-COPPEL, J. (2006). *La escuadrilla Azul: los pilotos españoles en la Luftwaffe*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- FÉRRIZ LOURE, T. (1988). “*Hora de España: una nueva orientación estética*”. *Scriptura*, nº 4, pp. 49-54.
- FIGES, O. (2006). *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*. Barcelona: Edhasa.
- FONT, E. (2003). “Los africanistas que cortaron dedos enemigos”. *El Mundo (Crónica)*, 30 de noviembre de 2003

- <http://www.elmundo.es/cronica/2003/424/1070273712.html>> (en línea; fecha de consulta: 1 de marzo de 2016).
- FONTANA, J. M. (1977). *Los catalanes en la guerra de España*. Barcelona: Acervo.
- FORCADELL ÁLVAREZ, C. (1988). “La recepción de la Revolución Rusa en España (1917-1921)”. En Francisco Carantoña Álvarez y Gustavo Puente Feliz (eds.), *La Revolución Rusa 70 años después: actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea. Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987*. León: Universidad de León, pp. 139-162.
- FRITZSCHE, P. (2009). *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.
- FUENSANTA DEL VALLE, EL MARQUÉS DE LA (1893). *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODOIN)*, tomo CVIII. [S.I.]: [s.n.] (Madrid: Imprenta de José Perales y Martínez) <http://www.heuristiek.ugent.be/sites/default/files/codoin/codoin108.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 4 de agosto de 2016).
- FUENTES, V. (1980). *La marcha al pueblo en las letras españolas. 1917-1936*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- ____ (1988). “La literatura proletaria de Vallejo en el contexto de Rusia y España (1930-1932)”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 456-457, pp. 401-414.
- GALLARDO RODRÍGUEZ, P. (2012). “La mujer militar en las Fuerzas Armadas”. *Cuadernos de estrategia (Ministerio de Defensa)*, n° 157, pp. 139-174.
- GÁLVEZ MUÑOZ, L. (2009). “«Con Franco, no había paro»”. *Temas para el debate*, n° 172, pp. 68-70.
- GARCÍA, H. (2005). “Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)”. *Historia social*, n° 51, pp. 3-20.
- ____ (2014). “Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional”. *Ayer*, n° 76, pp. 143-176.
- GARCÍA MARTÍN, P. (2012). “De Moscovia a Rusia: los orígenes medievales de un imperio moderno”. En José Ignacio Ruiz Rodríguez e Igor Sosa Mayor (dir.), *Identidades confesionales y construcciones nacionales en Europa (s. XV-XIX)*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, pp. 41-54.
- GARCÍA NISTAL, A. J. (2015). “Eran también españoles”. *ABC Castilla y León*, 13 de febrero de 2015 <http://www.abc.es/local-castilla-leon/20150213/abci-eran->

- tambien-espanoles-201502130834.html> (en línea; fecha de consulta: 23 de septiembre de 2016).
- GARCÍA PÉREZ, R. (1988). “El envío de trabajadores españoles a Alemania durante la Segunda Guerra Mundial”. *Hispania*, vol. 48, nº 170, pp. 1031-1065.
- ____ (1996). “España en el Eje: la beligerancia y la opinión de los historiadores”. En Stanley G. Payne y Delia Contreras (dir.), *España y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 11-36.
- GARCÍA SERRANO, R. (1999). “Prólogo”. En Miguel Ezquerro, *Berlín, a vida o muerte*, pp. 7-8.
- GAROLERA, N. (1998). *L'escriptura itinerant: Verdaguer, Pla i la literatura de viatges*. Lleida: Pagès editors.
- GARRIDO CABALLERO, M. (2006). *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*. Tesis Doctoral dirigida por Encarna Nicolás Marín. Universidad de Murcia. Facultad de Historia Moderna, Contemporánea y de América <<https://digitum.um.es/xmlui/handle/10201/186>> (en línea; fecha de consulta: 14 de junio de 2016).
- GARRIDO POLONIO, F. Y M. Á. GARRIDO POLONIO (2002). *Nieve roja: españoles desaparecidos en el frente ruso*. Madrid: Oberón.
- GELI, C. Y J. M. HUERTAS CLAVERÍA (1991). *Las tres vidas de “Destino”*. Barcelona: Anagrama.
- GIL MARTÍNEZ, E. M. (2011). *Espanoles en las SS y la Wehrmacht. 1944-1945: la Unidad Izquierda en la Batalla de Berlín*. Madrid: Almena.
- GIMENO, J. (2004). “Prólogo”. En Príncipe de Ligne, *Amabile: obra escogida*, pp. 7-17.
- GIRONELLA, J. M^a. (1986). “Prólogo”. En Carmen Kurtz, *El desconocido*, pp. 7-10.
- GÓMEZ CUESTA, C. (2007). “La construcción de la memoria franquista (1939-1959). Mártires, mitos y conmemoraciones”. *Studia historica. Historia contemporánea*, nº 25, pp. 87-123.
- GÓMEZ MOLINA, A. (2003). “Ramón Serrano Suñer”. En Adriano Gómez Molina y Joan Maria Thomàs, *Ramón Serrano Suñer*, Barcelona: Ediciones B, pp. 37-192.
- GÓMEZ ZAMALLOA, M. (1949). “Prólogo”. En Jaime Farré Albiñana, *4 Infantes 3 luceros*, pp. 3-6.
- GONZÁLEZ ARIAS, F. (1994). “La condesa, la revolución y la novela en Rusia”. *Bulletin hispanique*, vol. 96, nº 1, pp. 167-188.

- GONZÁLEZ GARCÍA, I. (2004). *Los judíos y la segunda República (1931-1939)*. Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, J. (1986). *Publicaciones periódicas de la guerra civil (1936-1939) en zona republicana, existentes en la Hemeroteca Nacional*. Madrid: Dirección General del Libro y Bibliotecas.
- GONZÁLEZ HERRÁN, J. M. (1988). “Un nihilista ruso en la España de la Restauración: Isaac Pavlosky y sus relaciones con Galdós, Oller, Pardo Bazán, Pereda”. *Anales Galdosianos*, nº 23, pp. 83-108.
- ____ (1989). “Estudio introductorio”. En Emilia Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*. Barcelona: Anthropos, pp. 7-104.
- GONZÁLEZ MARTÍN, F. J. (2015). “Cultura y acción. La División Española de Voluntarios entre la historia y la literatura”. En Antonio Manuel Moral Roncal y Francisco Javier González Martín (coords.), *Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial: políticas y recuerdos*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, pp. 99-130.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (2003). “El retorno a España de los «Niños de la Guerra Civil»”. *Anales de Historia Contemporánea*, nº 19, pp. 75-100.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. (1985). “R. J. Sender en *La libertad: 1931-1936*”. *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 6, pp. 313-332.
- GORDENSTEIN, R. D. (1996). *The Novelistic World of Carmen Kurtz*. Michigan: UMI Dissertation Services.
- GRACERA, F. Y D. INFANTES (2007). *Rumbo a Rusia: los voluntarios extremeños de la División Azul*. Madrid: Editorial Raíces.
- GRACIA, J. (2005). “La aventura de la integridad”. En Dionisio Ridruejo, *Materiales para una biografía*. Madrid: Fundación Banco Santander, pp. IX-XV.
- ____ (2006). “Rehacer la memoria: cultura y fascismo en la España democrática”. *Olivar: revista de literatura y cultura españolas*, año VII, nº 8, pp. 87-106.
- ____ (ed.) (2007). *El valor de la disidencia: epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*. Barcelona: Planeta.
- ____ (2008). *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*. Barcelona: Anagrama.
- GUBERN GARRIGA-NOGUÉS, R. (2007). “El cartelismo soviético”. En Miguel Cortés Arrese y Juan Agustín Mancebo Roca (eds.), *El país de octubre*. Murcia: Nausicaä, pp. 151-170.

- GÜELL, C. (2009). *Las potencias internacionales ante la dictadura española (1944-1950)*. [Barcelona]: Aresta, Dones per la Llibertat i la Democràcia.
- HART, S. (1988). “La cultura y la política en la prosa periodística de Vallejo”. *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 454-455, pp. 449-455.
- HEINE, H. (2006). “El envío de trabajadores españoles a la Alemania nazi, 1941-1945”. *Migraciones y exilios*, nº 7, pp. 9-26.
- HODGSON, B. (2006). *Señoras sin fronteras: las mujeres y la aventura*. Barcelona: Lumen.
- HORMIGOS, J. A. (1978). “Río Tajo: la novela de la Guerra Civil”. En César M. Arconada, *Río Tajo*, pp. I-XIX.
- HRISTOVA-DIJKSTRA, M. (2011). *Memoria prestada. El Holocausto en la novela española contemporánea: los casos de Sefarad de Antonio Muñoz Molina y El comprador de aniversarios de García Ortega*. Tesina de maestría coordinada por Pablo Valdivia Martínez. Universidad de Ámsterdam. Filología hispánica. <<http://dare.uva.nl/cgi/arno/show.cgi?fid=342563>> (en línea; fecha de consulta: 21 de abril de 2016).
- IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, R. (1996). “Españoles en las trincheras: la División Azul”. En Stanley G. Payne y Delia Contreras (dir.), *España y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 55-88.
- ICAZA, F. DE (1925). “Doña Emilia Pardo Bazán y la novela en Rusia”. *El Sol*, 28 de enero de 1925, pp. 5-6 <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000302339&search=&lang=es>> (en línea; fecha de consulta: 26 de septiembre de 2016).
- IGLESIAS RODRÍGUEZ, G. (1993). *La propaganda política durante la Guerra Civil Española*. Tesis doctoral dirigida por Antonio Fernández García. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia. Departamento de Historia Contemporánea.
- IORDACHE, L. (2013). “El exilio de los pilotos y marinos españoles en la Unión Soviética”. *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 25, pp. 81-101.
- ____ (2014). *En el Gulag: españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*. Barcelona: RBA.
- ____ (2015). “Los repatriados españoles de la URSS en el marco de la Guerra Fría (1954-1960)”. En Enrique Bengochea Tirado, Elena Monzón Pertejo y David G. Pérez Sarmiento (coords.), *Relaciones en conflicto. Nuevas perspectivas sobre*

- relaciones internacionales desde la historia*. Valencia: Universitat de València, Asociación de Historia Contemporánea, pp. 107-111.
- IORDACHE, L. Y C. GÜELL (2013). “Memoria del Gulag: el exilio y la emigración española en la URSS y la represión estalinista”. *Historia contemporánea*, nº 46, pp. 247-278.
- ISRAEL GARZÓN, J. (1997). “El Archivo Judaico del Franquismo”. *Raíces: revista judía de cultura*, nº 33, pp. 57-60.
- IWASAKI, F. (2013). “Las crónicas rusas de César Vallejo”. En César Vallejo, *Rusia en 1931: reflexiones al pie del Kremlin*, pp. 9-26.
- IZQUIERDO, J. M. (2012). “La narrativa del nieto del derrotado. Últimas novelas sobre la Guerra Civil española”. En ANPE-Norge. *IV Congreso nacional: un ciclo con la reforma educativa “Kunnskapsloftet”. ¿Nuevas perspectivas para el español?* Kristiansand, 19-21/09-2012 (sin numerar: 18 pp) <http://www.mecd.gob.es/dctm/redele/Material-RedEle/Numeros%20Especiales/2013esp16ivcongresoanpe/2013_ESP_16_IVCongreso_ANPE_Izquierdo.pdf?documentId=0901e72b81793ff6> (en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016).
- JACKSON, G. (1988). “Reacciones en Occidente ante la Revolución Rusa”. En Francisco Carantón Álvarez y Gustavo Puente Feliz (eds.), *La Revolución Rusa 70 años después: actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea. Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987*. León: Universidad de León, pp. 103-117.
- ____ (2007). “Detrás de las líneas en la España «roja» [Reseña]”. *Revista de Libros*, nº 130 <http://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=3016&t=articulos> (en línea; fecha de consulta: 16 de septiembre de 2016).
- JATO MIRANDA, D. (1953). *La rebelión de los estudiantes: Apuntes para una Historia alegre del S.E.U.* Madrid: Cies.
- JIMÉNEZ MILLÁN, A. (1990). “El compromiso en la poesía de Alberti”. *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 485-486, pp. 145-162.
- JONES, M. (2008). *El sitio de Leningrado, 1941-1944*. Barcelona: Crítica.
- JULIÁ, S. (2004). “Rafael Alberti: un intelectual en política”. En Gonzalo Santonja (ed.), *El color de la poesía (Rafael Alberti en su siglo)*, Tomo I. Madrid: SECC, pp. 203-223.

- KACZOROWSKI, B. (2013). “España ante la invasión de alemana y soviética de Polonia en septiembre de 1939”. *Cuadernos de historia contemporánea*, vol. 35, pp. 177-192.
- KERSHAW, A. (2006). “French and British Female Intellectuals and the Soviet Union. The Journey to the USSR, 1929-1942”. *E-rea: Revue électronique d'études sur le monde anglophone* <<http://erea.revues.org/250#quotation>> (en línea; fecha de consulta: 16 de abril de 2014).
- KHARITONOVA, N. (2005). “La internacional comunista, la MORP y el movimiento de artistas revolucionarios españoles (1931-1934)”. *IEE-Documents*, nº 37 (sin numerar: 14 pp.)
- ____ (2007). “*Cuentos de Madrid*, de César Arconada”. En César M. Arconada, *Cuentos de Madrid*, pp. 37-43.
- KIRSCHNER, T. J. (1977). “Sobrevivencia de una comedia: historia de la difusión de *Fuenteovejuna*”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 1, nº 3, pp. 255-271.
- KLEINFELD, G. R. Y L. A. TAMBS (1983). *La División Española de Hitler: la División Azul en Rusia*. Madrid: Editorial San Martín.
- KOCH, S. (1997). *El fin de la inocencia: Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*. Barcelona: Tusquets.
- KORKONOSENKO, K. (2000). “Miguel de Unamuno, «un extraño rusófilo»”. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, nº 35, pp. 13-25.
- KOVÁCS, M. (1999). “La primera reacción del Estado español a la aparición de Rusia como una gran potencia: instrucciones de Felipe V al conde de Bena, ministro plenipotenciario en Rusia (1741)”. *Hispania*, vol. 59, nº 202, pp. 565-586.
- KOWALSKY, D. (2003). *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*. Barcelona: Crítica.
- LABORDA, X. (2009). “El viaje por la Rusia zarista”. En Lewis Carroll, *Diario de un viaje a Rusia*, pp. 7-18.
- LAFARGA, F. (1994). “Territorios de lo exótico en las letras españolas del siglo XVIII”. *Anales de literatura española*, nº 10, pp. 173-192.
- LARRAZ ELORRIAGA, F. (2004-2005). “El Madrid de la narrativa del exilio republicano”. *Espéculo*, nº 28 <<https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero28/madridre.html>> (en línea; fecha de consulta: 19 de septiembre de 2016).

- ____ (2012). “El lugar de la narrativa del exilio en la literatura española”. *Iberoamericana*, vol. 12, nº 47, pp. 101-114.
- ____ (2014a). “La Guerra Civil en la última ficción narrativa española”. *Studia historica. Historia contemporánea*, nº 32, pp. 345-356.
- ____ (2014b). *Letricidio español: censura y novela durante el franquismo*. Gijón: Trea.
- LARSSON, J. (s. f.). “Biografía de Raoul Wallenberg”. *The International Raoul Wallenberg Foundation* <<http://www.raoulwallenberg.net/es/wallenberg-44/biografia-raoul-wallenberg/>> (en línea; fecha de consulta: 11 de octubre de 2016).
- LÁZARO, A. (2004). *H. G. Wells en España: Estudio de los expedientes de censura (1939-1978)*. Madrid: Verbum.
- LAZO, A. (1975). *La Revolución Rusa en el diario ABC de la época*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- ____ (2008). *Una familia mal avenida: Falange, Iglesia y Ejército*. Madrid: Síntesis.
- LEGUINECHE, M. (1990). *La primavera del Este 1917-1990: la caída del comunismo en la otra Europa*. Barcelona: Plaza & Janés/Cambio 16.
- LEJEUNE, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megaluz-Endymion.
- LINARES, J. (2000). “Prólogo”. En Vicente Linares, *Más que unas memorias: hasta Leningrado con la División Azul*. Madrid: Ediciones Barbarroja, pp. 9-12.
- LISBONA, J. A. (2015). *Más allá del deber: la respuesta humanitaria del Servicio Exterior frente al Holocausto*. [Madrid]: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación. Secretaría General Técnica <<http://www.exteriores.gob.es/Portal/es/SalaDePrensa/Multimedia/Documents/LIBRO%20MAS%20ALLA%20DEL%20DEBER%20web.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 10 de agosto de 2016).
- LISSORGUES, Y. (2011). “La novela rusa en España (1886-1910)”. En Enrique Rubio Crémades, Marisa Sotelo, Marta Cristina, Virginia Trueba y Blanca Ripoll (eds.), *La Literatura Española del Siglo XIX y las literaturas europeas: Sociedad de Literatura Española del siglo XIX (V Coloquio, Barcelona, 22-24 de octubre de 2008)*. Barcelona: PPU, pp. 287-310.
- LITVAK, L. (1987). *El ajedrez de estrellas: crónicas de viajeros españoles en el siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*. Barcelona: Laia.

- LLEONART Y ANSELEM, A. J. (1985). *España y ONU III (1948-1949): la "Cuestión española": estudios introductorios y Corpus documental*. Madrid: Instituto de Ciencias Jurídicas, Departamento de Derecho Internacional "Francisco de Vitoria".
- LLORCA VILAPLANA, C. (1950). "Relaciones diplomáticas entre España y Rusia desde 1812 hasta 1820". *Hispania: Revista española de historia*, nº 41, pp. 716-744.
- LLUCH PRATS, J. (2014). "La persistencia de la memoria aubiana". En Javier Sánchez Zapatero, *Max Aub y la escritura de la memoria*, pp. 9-20.
- LÓPEZ CAMPILLO, E., H. POUTET Y A. RÉMIS (1994). "Una cruzada para una nueva tierra santa. ¡Fraternidad, libertad, igualdad!". *Norba. Revista de historia*, nº 14, pp. 137-146.
- LÓPEZ CORDÓN-CORTEZO, M. V. (2005). "De Moscovia a Rusia: Caracteres nacionales y límites europeos en el imaginario español de los siglos XVII y XVIII". *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història (Universitat de València)*, nº 55, pp. 77-98.
- LÓPEZ DE ABIADA, J. M. (2002). "Rafael Alberti y su primera poesía comprometida (1930-1936) en el contexto del cambio estético del 27 y la politización de la cultura". En Pedro Ruiz Guerrero (ed.), *Rafael Alberti*. Alicante: Aguaclara, pp. 141-182.
- LÓPEZ VILLATORO, F. (2012). *La Falange republicana en Andalucía, Guerra Civil, Movimiento y División Azul: Córdoba 1934-1945*. Castro del Río: Asociación Cultural Cantamora.
- LÓPEZ, E., J. ÁLVAREZ JUNCO, M. ESPADAS BURGOS Y C. MUÑOZ TINOCO (1986). *Diego Hidalgo: memoria de un tiempo difícil*. Madrid: Alianza.
- LÓPEZ-COVARRUBIAS, J. A. (2012). *Toledanos en la División Azul: entre la memoria y el olvido*. Toledo: Ediciones Covarrubias.
- LÓPEZ-MORELL, M. Á. Y A. MOLINA ABRIL (2012). "La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano". *Revista de Historia Industrial*, vol. 21, nº 49, pp. 111-145.
- LOZANO, Á. (2006). *Operación Barbarroja: la invasión alemana de Rusia*. Barcelona: Inédita.
- LUKÁCS, G. (1971). *La novela histórica*. México D.F.: Era.

- MACCIUCI, R. Y V. BONATTO (2008). ««Machado es el dechado de virtudes republicanas por excelencia»: entrevista con Almudena Grandes sobre *El corazón helado*». *Olivar: revista de literatura y cultura españolas*, año IX, nº 11, pp. 123-141.
- MAINER, J.-C. (1971). *Falange y literatura*. Barcelona: Labor.
- ____ (1989). “La segunda guerra mundial y la literatura española: algunos libros de 1940-1955”. En José Luis García Delgado (ed.) y Manuel Tuñón de Lara (dir.), *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial: V Coloquio sobre Historia Contemporánea de España*, Madrid: Siglo XXI de España, pp. 245-268.
- ____ (1998). “De Madrid a Madridgrado (1936-1939): la capital vista por sus sitiadores”. En Mechthild Albert (ed.), *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*. Frankfurt am Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, pp. 181-198.
- ____ (2004). “La vida cultural (1931-1939)”. En José María Jover Zamora (dir.), *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo XL (*República y guerra civil*). Madrid: Espasa, pp. 447-520.
- MALIÁVINA, S. (2006). “Rusia y España a través de las cartas de los viajeros (Vasili Botkin y Juan Valera)”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 179-208.
- MAÑÁ, G., R. GARCÍA, L. MONFERRER Y L. A. ESTEVE (1997). *La voz de los naufragos: la narrativa republicana entre 1936 y 1939*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- MATA, C. (1998). “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”. En Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.). Pamplona: EUNSA, pp. 13-63.
- MARICHALAR, A. (2012). *Riesgo y ventura del duque de Osuna*. Madrid: Visor.
- MARQUINA BARRIO, A. (1989). “La etapa de Ramón Serrano Suñer en el Ministerio de Asuntos Exteriores”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, tomo 2, pp. 145-168.
- ____ (2014). “El atentado de Begoña”. *UNISCI Discussion Papers*, nº 36 (sin numerar: 9 pp.).
- MARTÍ GÓMEZ, J. (1995). *La España del estraperlo, 1936-1952*. Barcelona: Planeta.
- MARTÍN ALARCÓN, J. (2015). “Franco y Hitler en Hendaya: España aceptó entrar en la guerra”. *El Mundo. La Aventura de la Historia*, 12 de marzo de 2015 <<http://www.elmundo.es/la-aventura-de-la->

- historia/2015/03/12/5501825622601d99118b4570.html> (en línea; fecha de consulta: 11 de septiembre de 2015).
- MARTÍN DE POZUELO, E. E I. ELLAKURÍA (2008). *La guerra ignorada: los espías españoles que combatieron a los nazis*. Barcelona: Debate.
- MARTÍN GAITE, C. (1994). *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Anagrama.
- MARTÍN GIJÓN, M. (2010). “Nazismo y antisemitismo en la literatura falangista. En torno a *Poemas de la Alemania eterna*”. *Vanderblit e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, n° 6, pp. 63-84 <<http://ejournals.library.vanderbilt.edu/index.php/lusohispanic/article/view/3253/1469>> (en línea; fecha de consulta: 25 de marzo de 2015).
- MARTÍNEZ LILLO, P. A. (2000). “Capítulo XI. La política exterior de España en el marco de la guerra fría: del aislamiento limitado a la integración parcial en la sociedad internacional, 1945-1953”. En Javier Tusell, Juan Avilés Farré y Rosa María Pardo Sanz (eds.), *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 323-340.
- MARTÍNEZ, J. (1996). “La guerra en el cine y la propaganda: Nodo 1943-45”. En Stanley G. Payne y Delia Contreras (dir.), *España y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 145-155.
- MARTÍNEZ, F. (1984). “El estilo literario de *Camaradas 74* de Tomás Salvador”. *Hispánica: Asociación Japonesa de Hispanistas*, n° 28, pp. 66-80.
- MARX, K. Y F. ENGELS (2009). *El manifiesto comunista*. Madrid: Diario Público.
- MATE, R. (2003). *Por los campos de exterminio*. Barcelona: Anthropos.
- MATUSCHEK, O. (2009). *Las tres vidas de Stefan Zweig*. Barcelona: Papel de liar.
- MEGWINOFF ANDRÉU, G. E. (1975). *Recepción de la literatura rusa en España: 1889-1920*. Tesis inédita dirigida por José Fradejas Lebrero. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología.
- MERINO, I. (1996). *Serrano Suñer: historia de una conducta*. Barcelona: Planeta.
- ____ (2004). *Serrano Suñer: conciencia y poder*. Madrid: Algaba.
- MINA, J. (2005). *El ojo del cíclope*. [Murcia]: Editora Regional de Murcia.
- MITIUCKOV, N. W. Y A. ANCA ALAMILLO (2009). *La escuadra rusa adquirida por Fernando VII en 1817*. [Pontevedra]: Damaré ediciones.
- MOA, P. (2005). *Franco: un balance histórico*. Barcelona: Planeta.

- MOIX, A. M. (1999). “La generosidad de Carmen Kurtz”. *Cuadernos de estudio y cultura. Homenaje a Carmen Kurtz (1911-1999): Ponencias presentadas en el acto celebrado en el Col·legi de Periodistes de Catalunya, el día 27 de mayo de 1998*, vol. 11, pp. 13-16.
- MOLHO, R. (2004). “La destrucción de los judíos de Salónica”. *Nuestra Memoria*, año X, nº 23, pp. 31-36.
- MONFORTE, R. (2012). “Las ediciones periódicas como factor clave en la difusión de la literatura rusa durante la segunda mitad del siglo XX”. En Marta Giné y Solange Hibbs (eds.), *Traducción y cultura: La literatura traducida en la prensa hispánica (1868-98)*. Bern: Peter Lang, pp. 307-318.
- MONTEJO GURRUCHAGA, L. (2013). *Discurso de autora: género y censura en la narrativa española de posguerra*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- MONTERO, E. (1977). “Octubre: revelación de una revista mítica”. En *Octubre: escritores y artistas revolucionarios (Madrid, junio-julio 1933 - abril 1934, 6 números)* [ed. facsímil], pp. IX-XXXVI.
- MONTERO, R. (2001). “Inteligencia y compasión”. En Montserrat Roig, *Mi viaje al bloqueo*, pp. 13-16.
- MONTESINOS, J. F. (1970). *Valera o la ficción libre*. Madrid: Castalia.
- MONTOLIÚ, P. (2005). *Madrid en la posguerra 1939-1946: los años de la represión*. Madrid: Silex.
- MORADIELLOS GARCÍA, E. (2010). “Franco en la Segunda Guerra Mundial: entre la tentación beligerante y el oportunismo pragmático”. *Temas para el debate*, nº 186, pp. 26-28.
- MORALES RUÍZ, J. J. (2004). “La obsesión antimasonica de Franco. Masones y judíos en el discurso represivo del franquismo”. En Javier Tusell Gómez y José Antonio Ferrer Benimeli (coords.), *Los judíos en la Historia de España: actas del curso celebrado en la UNED de Calatayud en mayo de 2002*. [Zaragoza]: Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 131-160.
- MORALES, G. Y L. E. TOGORES (eds.) (2015). *La División Azul en la revista Aspa*. Tarragona: Ediciones Fides.
- MORÁN, G. (1986). *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Barcelona: Planeta.
- MORCILLO ROSILLO, M. (2002). “Las relaciones entre el régimen franquista y Hungría durante la Segunda Guerra Mundial: petición de entrada de judíos procedentes de

- Hungría en el Protectorado Español en Marruecos”. *Anales de Historia Contemporánea*, nº 18, pp. 469-486.
- MORENO FONSERET, R. (2005). “Pobreza y supervivencia en un país en reconstrucción”. En Conxita Mir, Carme Agustí y Josep Gelonch (eds.), *Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo*. [Lérida]: Edicions de la Universitat de Lleida, pp. 139-164.
- MORENO JULIÁ, X. (2005). *La División Azul: Sangre española en Rusia, 1941-1945*. Barcelona: Crítica.
- ____ (2007). *Hitler y Franco: diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*. Barcelona: Planeta.
- ____ (2010). “Mitos de la División Azul”. *Temas para el debate*, nº 186, pp. 45-47.
- ____ (2014). *Legión Azul y Segunda Guerra Mundial: hundimiento hispano-alemán en el frente del Este, 1943-1944*. Madrid: Actas.
- MOYA, A.-P. (2006). *Últimas conversaciones con Pilar Primo de Rivera*. Barcelona: Caballo de Troya.
- MUÑOZ SUAY, R. (1982). “Prólogo editorial”. En André Gide, *Regreso de la U.R.S.S. seguido de Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.*, pp. 11-16.
- MUÑOZ, J. A. (2011). “Lorenzo Silva: el conflicto fundamental del creador es el de tener fe en sí mismo [Entrevista con Lorenzo Silva]”. *Revista de letras*, 8 de octubre de 2011 <<http://revistadeletras.net/lorenzo-silva-el-conflicto-fundamental-del-creador-es-el-de-tener-fe-en-si-mismo/>> (en línea; fecha de consulta: 10 de febrero de 2016).
- NABOKOV, V. (1994). *Habla, memoria*. Barcelona: Anagrama.
- NAVARRA ORDOÑO, A. (2011). “Pío Baroja y Rusia”. *Sancho el Sabio*, nº 34, pp. 11-22.
- NEGREIRA, J. (1991). *Voluntarios baleares en la División Azul y Legión Azul, 1941-1944*. Palma de Mallorca: Edicions miramar.
- NEGRÓ ACEDO, L. (2012). *Discurso literario y político del franquismo*. Madrid: Foca.
- NERÍN, G. Y A. BOSCH (2001). *El imperio que nunca existió: la aventura colonial discutida en Hundaya*. Barcelona: Plaza & Janés.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2005a). “Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005”. *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, nº 4, pp. 83-116.
- ____ (2005b). “¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wilhem Faupel y los últimos de Berlín (1944-1945)”. *Historia social*, nº 51, pp. 21-48.

- ____ (2006). *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid: Marcial Pons.
- ____ (2007). *Imperios de muerte: la guerra germano-soviética, 1941-1945*. Madrid: Alianza.
- ____ (2009). “«Los que en Rusia están»: el culto a los caídos de la División Azul (1941-2008)”. En Jesús Casquete y Rafael Cruz (eds.), *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*. Madrid: Libros de la Catarata, pp. 299-333.
- ____ (2010). “Del ruso virtual al ruso real: el extranjero imaginado del nacionalismo franquista”. En Xosé Manoel Núñez Seixas y Francisco Sevillano Calero (coords.), *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX): actas del IV Coloquio Internacional de Historia política*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 233-265.
- ____ (2011). “¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria”. *Historia y política*, nº 26, pp. 259-290.
- ____ (2013). “Dionisio Ridruejo y la experiencia de la División Azul (1941-1942)”. En Dionisio Ridruejo, *Cuadernos de Rusia: diario 1941-1942*, pp. 9-52.
- ____ (2016). *Camarada invierno: experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Barcelona: Crítica.
- OLIVIÉ, F. (1999). *La herencia de un imperio roto: dos siglos de política exterior*. Madrid: Fundación Cánovas del Castillo.
- OREJA AGUIRRE, M. Y R. SÁNCHEZ MANTERO (2007). *Entre la historia y la memoria: Fernando María Castiella y la política exterior de España (1957-1969)*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- OSBORNE, R. E. (1954). “Emilia Pardo Bazán y la novela rusa”. *Revista hispánica moderna*, vol. 20, nº 4, pp. 273-281.
- OTERO, A. (2015). “Memoria traumática y espectralidad en *Silencio en la nieve* de Gerardo Herrero”. *Helix-Dossiers zur romanischen Literaturwissenschaft*, nº 7, pp. 13-28.
- PACO DE MOYA, M. DE (2003). “El hombre deshabitado y la podredumbre de la escena española”. En Francisco Javier Díez de Revenga (coord.), *Aire del sur buscado: estudios sobre Luis Cernuda y Rafael Alberti*, Murcia: Fundación Caja Murcia, pp. 367-388.

- PAGÈS I BLANCH, P. (2003). “Marty, Vidal, Kléber y el Komintern. Informes y confidencias de la dirección política de las Brigadas Internacionales”. *Ebre: Revista Internacional de la Guerra Civil, 1936-1939*, nº 1, pp. 11-26.
- PALACIO ATARD, V. (1993). “Una ignorada misión diplomática a Rusia en 1741”. En VV. AA., *Homenaje académico a D. Emilio García Gómez*. Madrid: Real Academia de la Historia, pp. 267-280.
- PALACIO PILACES, L. A. (2013). *Tal vez el día: aragoneses en la URSS (1937-1977), el exilio y la División Azul*. [Zaragoza]: Comuniter.
- PALOMARES IBÁÑEZ, J. M. (1988). “La Revolución Rusa y el movimiento obrero en Castilla y León”. En Francisco Carantoña Álvarez y Gustavo Puente Feliz (eds.), *La Revolución Rusa 70 años después: actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea. Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987*. León: Universidad de León, pp. 165-203.
- PASTOR PETIT, D. (1990). *Espionaje: la Segunda Guerra Mundial y España*. Barcelona: Plaza & Janés.
- PAU, A. (2009). “Donde el poeta R.M.R. se encontró a sí mismo”. En Rainer Maria Rilke, *Rusia en verso y prosas*, pp. 7-54.
- PAYNE, S. G. (1997). *Franco y José Antonio, el extraño caso del fascismo español: historia de la Falange y del Movimiento Nacional*. Barcelona: Planeta.
- ____ (2008). *Franco y Hitler: España, Alemania, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- PELOILLE, M. (2010). “Un notario español en Rusia de Diego Hidalgo (1929) o la atracción de un burgués en el terreno del comunismo”. *Historia Actual Online*, nº 23, pp. 65-69.
- PENELLA, M. A. (1981). “Nota previa”. En Dionisio Ridruejo, *Cuadernos de Rusia; En la soledad del tiempo; Cancionero en Ronda; Elegías*. Madrid: Castalia, pp. 67-70.
- PERALES, N. (1976). “Dionisio y la Falange”. En VV. AA., *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*. Madrid: Taurus, pp. 23-44.
- PÉREZ ÁLVAREZ, A. (2012). “Lo que ha quedado del Imperio de los zares. Sevilla, Editorial Renacimiento, 347 páginas [Reseña]”. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, vol. 18, nº 1, pp. 405-406.
- PÉREZ BOWIE, J. A. (1985). “En torno al lenguaje poético fascista: la metáfora de la guardia eterna”. *Letras de Deusto*, vol. 15, nº 31, pp. 73-96.

- PÉREZ DOMENECH, J. (1933). “Rafael Alberti dice que la burguesía tiene el teatro que se merece [entrevista con Rafael Alberti]”. *El Imparcial*, año LXIX, número 23.050, domingo 23 de abril de 1933, p. 6 <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001115004&page=6&search=&lang=es>> (en línea, fecha de consulta: 8 de junio de 2015).
- PÉREZ GALDÓS, B. (1923). *Obras inéditas, Vol. II: Arte y crítica*. Madrid: Renacimiento.
- PÉREZ MAESTRE, A. (2008). *La División Azul de Huelva. Memorias de un arochero en la División Azul (1942-1943). Memorias de un divisionario de Aracena en el cautiverio ruso (1943-1954)*. Huelva: Diputación de Huelva, Servicio de Publicaciones.
- PÉREZ RUBIO, M. Y A. PRIETO BARRIO (2014). *Legión Española de Voluntarios en Rusia: los últimos de la División Azul*. Madrid: Actas.
- PÉREZ-MARTÍN, I. (2006). “Los intelectuales españoles ante la Revolución rusa”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 209-226.
- PÉREZ-REVERTE, A. (2013). “Recordando Krasny Bor”. *Patente de corso*, 22 de abril de 2013 <<http://www.perezreverte.com/articulo/patentes-corso/752/recordando-krasny-bor/>> (en línea; fecha de consulta: 11 de mayo de 2016).
- PFEIFER, U. (2012). *Obras literarias de los combatientes de la División Azul: rasgos germanófilos e influencias nacionalsocialistas durante la Segunda Guerra Mundial*. Memoria d’investigació dirigida por José Servera Baño. Universitat de les Illes Balears. Departament de Filologia Espanyola, Moderna i Llatina. Palma de Mallorca, 11 de setembre de 2012 <http://ibdigital.uib.es/greenstone/collect/memoriesUIB/archives/Pfeifer_dir/Pfeifer_Ulrike.pdf> (en línea; fecha de consulta: 23 de noviembre de 2016).
- PINO DÍAZ, F. DEL (2006). “Unamuno, lector de Dostoievski”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 255-268.
- PIZARROSO QUINTERO, A. (2009). *Diplomáticos, propagandistas y espías. Estados Unidos y España en la II Guerra Mundial: información y propaganda*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PLA Y DENIEL, E., OBISPO DE SALAMANCA (1936). “Las dos ciudades”. *Boletín Oficial del Obispado de Salamanca*, 30 de septiembre de 1936, año LXXXIII, nº 10, pp. 265-

<<http://summa.upsa.es/details.vm?o=&w=las+dos+ciudades&f=&a=8129&d=creation&d=1396&d=09&d=30&d=1936&d=12&d=31&t=-creation&g=containers&g=contents&lang=es&view=main&s=1>> (en línea; fecha de consulta: 23 de septiembre de 2015).

- POLICINSCKA, M. (2008). “La literatura al servicio del Estado: algunas consideraciones sobre la utilización propagandística de la literatura en la Unión Soviética de los años 20 y 30”. *Comunicación*, vol. 1, nº6, pp. 118-129.
- POPA-LISSEANU, D. (1988). “Problemas de recepción de un escritor de expresión francesa: el caso de Panait Istrati”. *Epos: Revista de filología*, nº 4, pp. 299-316.
- PORTNOFF, G. (1932). *La literatura rusa en España*. New York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos.
- POYATO, J. M. (2015). *Bajo el fuego y sobre el hielo: la sanidad en la campaña de la División Azul*. Madrid: Actas.
- PRADA, J. M. DE (2011). “Un llamativo silencio”. *ABC*, 27 de junio de 2011 <<http://www.abc.es/20110627/opinion-colaboraciones/abcp-llamativo-silencio-20110627.html>> (en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016).
- PRESTON, P. (1996). “Un idealista pragmático”. En Ignacio Merino, *Serrano Suñer: historia de una conducta*, pp. 9-16.
- ____ (2002). *Franco: “Caudillo de España”*. Barcelona: Grijalbo.
- ____ (2007). “Una contribución catalana al mito del contubernio judeo-masónico-bolchevique”. *Hispania Nova: revista de historia contemporánea*, nº 7 (sin numerar: 13 pp.) <<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d011.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 7 de abril de 2015).
- PROCTOR, R. (1972). *Agonía de un neutral: (Las relaciones hispanoalemanas durante la II guerra mundial y la División Azul)*. Madrid: Editora Nacional.
- PUEENTE FERNÁNDEZ, J. M. (2012). *Cántabros en la División Azul (1941-1944)*. Torrelavega: Librucos.
- PUIG, V. (1999). “Mujeres al borde de la rebelión”. *El País*, 9 de febrero de 1999 <http://elpais.com/diario/1999/02/09/cultura/918514808_850215.html> (en línea; fecha de consulta: 15 de noviembre de 2016).
- RABASCO, E. (2012). “Presencia y significación de Lev N. Tolstói en *La España Moderna*”. En Marta Giné y Solange Hibbs (eds.), *Traducción y cultura: La*

- literatura traducida en la prensa hispánica (1868-98)*. Bern: Peter Lang, pp. 319-334.
- RAMÓN, M. DE Y C. ORTIZ (2003). *Madrinas de guerra: cartas desde el frente*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- RAMOS GOROSTIZA, J. L. (2010). “El socialismo fabiano ante la planificación centralizada: el viaje de Beatrice Webb a la Rusia estalinista”. *Información Comercial Española, ICE Revista de economía*, nº 852, pp. 39-57.
- REDONDO, G. (1993). *Historia de la Iglesia en España: 1931-1939*. Madrid: Rialp.
- REHRMANN, N. (1998). “Los sefardíes como «anexo» de la hispanidad: Ernesto Giménez Caballero y *La Gaceta Literaria*”. En Mechthild Albert (ed.), *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*. Frankfurt am Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, pp. 51-76.
- REIG TAPIA, A. (2012). “La pervivencia de los mitos franquistas”. En Ángel Viñas Martín (ed.), *El combate por la historia: la República, la Guerra Civil, el franquismo*. Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente, pp. 903-920.
- REVERTE, J. M. (2011). *La División Azul, 1941-1944*. Barcelona: RBA.
- REY-XIMENA, J. (2009). “La espía que volvió loco a Ridruejo”. *El Mundo*, 15 de noviembre de 2009 <<http://www.elmundo.es/suplementos/cronica/2009/735/1258239610.html>> (en línea; fecha de consulta: 8 de octubre de 2015).
- REYES, J. M. (2016). “Memoria y trauma del policía franquista: *El arte de matar dragones* (2003) de Ignacio del Valle” En Álex Martín Escribà y Javier Sánchez Zapatero (eds.), *El género negro: de la marginalización a la normalidad*. Santiago de Compostela: Andavira, pp. 79-86.
- RÍOS CARRATALÁ, J. A. (2011). *Hojas volanderas: Periodistas y escritores en tiempos de República*. Sevilla: Renacimiento.
- RIPOLL SINTES, B. (2013). “La retórica del poder en *Destino*. Entre el periodismo y la literatura (1939-1944). En Miguel Ángel Ruiz Carnicer (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”, vol. 2, pp. 515-524.
- RÓDENAS DE MOYA, D. (2010). “El Stefan Zweig de Benjamín Jarnés”. En Benjamín Jarnés, *Stefan Zweig, cumbre apagada*. Cantabria: Quálea, pp. 9-40.
- RODRIGO, J. (2014). “Guerreros y teólogos. Guerra santa y martirio fascista en la literatura de la cruzada del 36”. *Hispania*, vol. 74, nº 247, pp. 555-586.

- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2008). “Paisajes para después de una batalla”. *Revista de Occidente*, nº 320, pp. 37-52.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L. (2000). *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid: Alianza.
- ____ (2002). *Los esclavos españoles de Hitler*. Barcelona: Planeta.
- ____ (2004). “El discurso antisemita en el fascismo español”. En Javier Tusell Gómez y José Antonio Ferrer Benimeli (coords.), *Los judíos en la Historia de España: actas del curso celebrado en la UNED de Calatayud en mayo de 2002*. [Zaragoza]: Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 89-130.
- ____ (2007). *De héroes e indeseables: La División Azul*. Madrid: Espasa.
- ____ (2008a). “El papel de las familias en las gestiones para la liberación de los prisioneros de la División Española de Voluntarios en la URSS”. *Historia del presente*, nº 11, pp. 141-164.
- ____ (2008b). “Los prisioneros de guerra españoles en la URSS: el relato de *Embajadores en el infierno* y la narración histórica”. En Gloria Camarero (ed.), *I Congreso Internacional de Historia y Cine (1, 2007, Getafe)*. Getafe: Universidad Carlos III de Madrid, Instituto de Cultura y Tecnología, pp. 465-478 <<http://e-archivo.uc3m.es/handle/10016/17778>> (en línea; fecha de consulta: 9 de octubre de 2015).
- ____ (2009). “Ni División Azul, ni División Española de Voluntarios: El personal forzado en el cuerpo expedicionario enviado por Franco a la URSS”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 31, pp. 265-296.
- ____ (2012). “La contribución de la División Española de Voluntarios a la invasión de la URSS”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34, pp. 91-118.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, E. (1966). *El viajero inmóvil. Introducción a Pablo Neruda*. Buenos Aires: Losada.
- RODRÍGUEZ POLO, M. (2008). “El Duque de Liria a su paso por Polonia”. *Eslavista complutense*, nº 8, pp. 207-232.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J. (2008). *Historia de la literatura fascista española, 2 vols*. Madrid: Akal.
- RODRÍGUEZ, J. C. (2009). “La poesía última de Alberti”. En Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura. Paz, guerra y exilio*. Madrid: Istmo, pp. 271-282.
- ROJO, L. Á. (2003). “Prólogo”. En Carlos Barciela (ed.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, pp. VII-IX.

- ROLLAND, R. (2010). *Vida de Tolstói*, Barcelona: Acantilado.
- ROMÁN JIMÉNEZ, M. (1994). “El Segundo Batallón del Regimiento 269 de la División Azul”. *Revista de Historia Militar*, nº 76, pp. 167-197.
- ROMERA VELASCO, J. A. (2011). “Embajadores en el infierno: la División Azul en el cine”. En Gloria Camarero (ed.), *La biografía fílmica: actas del Segundo Congreso Internacional de Historia y Cine (2, 2010, Madrid)*. Madrid: T&B editores, pp. 457-470 <<http://orff.uc3m.es/handle/10016/11342>> (en línea; fecha de consulta: 7 de septiembre de 2016).
- ROMERO TOBAR, L. (2002). “Introducción”. En Juan Valera, *Correspondencia*. Volumen I 1847-1861. Madrid: Castalia, pp. 9-16.
- ____ (2005). “La reescritura en los libros de viaje: las *Cartas de Rusia* de Juan Valera”. En Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid: Akal, pp. 129-150.
- ROMERO, J. Y C. PEÑA (2012). *Un noble esfuerzo en una causa perdida: la División Azul en el Grupo de Ejércitos del Norte*. Madrid: Barbarroja.
- ROS AGUDO, M. (2001). “Preparativos secretos de Franco para atacar Gibraltar (1939-1941)” *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 23, pp. 299-313.
- ____ (2002). *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*. Barcelona: Crítica.
- ____ (2008). *La gran tentación: Franco, el Imperio colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Styria.
- ____ (2010). “Franco y Hitler en Hendaya: mitos y realidades”. *Temas para el debate*, nº 186, pp. 30-32.
- ROTHER, B. (2005). *Franco y el holocausto*. Madrid: Marcial Pons.
- ROURA, A. (1999). “Carmen Kurtz: apuntes y reflexiones sobre la obra *El desconocido*”. *Cuadernos de estudio y cultura. Homenaje a Carmen Kurtz (1911-1999): Ponencias presentadas en el acto celebrado en el Col·legi de Periodistes de Catalunya, el día 27 de mayo de 1998*, vol. 11, pp. 17-20.
- ROZAS, J. M. Y J. CAÑAS MURILLO (1990). *Estudios sobre Lope de Vega*. Madrid: Cátedra.
- ROZENBERG, D. (2010). *La España contemporánea y la cuestión judía: retejiendo los hilos de la memoria y de la historia*. Madrid: Casa Sefarad-Israel/Marcial Pons.
- RUBIO TOVAR, J. (2006). “Rilke, sin moradas”. En Fernando Carmona Fernández y José Miguel García Cano (eds.), *Libros de viajes y viajeros en la literatura y en la historia*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, pp. 285-300.

- RUHL, K.-J. (1986). *Franco, Falange y "Tercer Reich": España en la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Akal.
- RUÍZ CARNICER, M. A. (1996). *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- ____ (2014). "Fascistas *de izquierdas* en los años sesenta. La búsqueda de las bases populares para el proyecto de una izquierda nacional en la España de Franco". *Rúbrica contemporánea*, vol. 3, nº 5, pp. 71-87.
- RUIZ FRANCO, R. (2015). "Mujeres para el frente ruso: la Sección Femenina de Falange y la División Azul". En Antonio Manuel Moral Roncal y Francisco Javier González Martín (coords.), *Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial: políticas y recuerdos*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, pp. 19-44.
- RUIZ GONZÁLEZ, D. (1988). "Escépticos y creyentes ante la revolución: los primeros viajeros españoles al país de los soviets". En Francisco Carantoña Álvarez y Gustavo Puente Feliz (eds.), *La Revolución Rusa 70 años después: actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea*. Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987. León: Universidad de León, pp. 121-136.
- SAGARRA, P. (2012). *Los capellanes en la División Azul: los últimos cruzados*. Madrid: Actas.
- SAINT-AULAIRE, A. B. (1938). *La Renaissance de l'Espagne*. Paris: Plon.
- SAINT-LOUP (1980). *La División Azul: cruzada española de Leningrado al Gulag*. Madrid: Fuerza Nueva.
- SALAS LARRAZABAL, J. (1984). "Actuación en Rusia de las Escuadrillas Expedicionarias Españolas". *Aeroplano. Revista de Historia Aeronáutica*, nº 2, pp. 50-97.
- SALAS LARRAZABAL, R. (1989). "La División Azul". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Hª Contemporánea*, tomo 2, pp. 241-269.
- SÁNCHEZ DIANA, J. M. (1952). "Relaciones diplomáticas entre España y Rusia en el siglo XVIII: 1780-1783". *Hispania: Revista española de historia*, nº 49, pp. 590-605.
- SÁNCHEZ MÉNDEZ, J. (2002). "La Aviación Militar Española: una historia corta pero de gran intensidad". *Arbor*, vol. 171, nº 674, pp. 187-216.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, A. (2011). "José Bergamín en la Guerra Civil española: «Con los comunistas, hasta la muerte; pero no más allá»". *Huarte de San Juan. Filología y Didáctica de la Lengua*, nº 11, pp. 35-56.

- SÁNCHEZ ZAPATERO, J. (2008). "Utopía y desengaño: análisis comparatista de los libros de viajes a la URSS". *Estudios humanísticos. Filología*, nº 30, pp. 269-284.
- ____ (2010). *Escribir el horror: Literatura y campos de concentración*. [Barcelona]: Montesinos.
- ____ (2011). "Detectives de la memoria: la novela negra como medio de indagación en la historia reciente española". *Ciberletras*, nº 26 <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v26/sanchezzapatero.htm>> (en línea; fecha de consulta: 4 de julio de 2016).
- ____ (2013). "Dos visiones de la Unión Soviética: Stefan Zweig y Manuel Chaves Nogales". *Acta literaria*, nº 46, pp. 107-125.
- ____ (2014a). "Escritores, policías y atracadores". En Tomás Salvador, *Los atracadores*. Madrid: Salto de página, pp. 5-16.
- ____ (2014b). *Max Aub y la escritura de la memoria*. Sevilla: Renacimiento.
- SÁNCHEZ, S. (2003). *Fact and Fiction: Representations of the Asturian Revolution (1934-1938)*. Leeds: Maney Publishing for the Modern Research Association.
- SANTAMARÍA COLMENERO, S. (2011). "La novela de la memoria como novela nacional: *El corazón helado*, de Almudena Grandes, ¿nuevo episodio nacional?". En Ángeles Barrio Alonso, Jorge de Hoyos Puente y Rebeca Saavedra Arias (coords.), *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, p. 17.
- SANTIÁÑEZ-TÍO, N. (2013). *Topographies of Fascism: Habitus, Space, and Writing in Twentieth-century Spain*. Toronto: University of Toronto Press.
- SANTONJA, G. (1982). "César M. Arconada. Bio-bibliografía". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, nº 47, pp. 5-57.
- ____ (1986). *Del lápiz rojo al lápiz libre. La censura de prensa y el mundo del libro*. Barcelona: Anthropos.
- ____ (1989). *La república de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona: Anthropos.
- ____ (1990). "Octubre, número 0". *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 485-486, pp. 137-144.
- SANZ GUITIÁN, P. (1995). *Viajeros españoles en Rusia*. Madrid: Compañía Literaria.
- SAURA ESTAPÀ, J. (2010). "Las empresas militares y de seguridad privadas ante el derecho internacional de los derechos humanos: su actuación en el conflicto iraquí". *Revista electrónica de estudios internacionales (REEI)*, nº 19, pp. 1-22.

- SAZ CAMPOS, I. (2004). *Fascismo y franquismo*. [Valencia]: Universitat de València.
- SCHAZNER, G. O. (1970). “Las primeras traducciones de literatura rusa en España y América”. En Carlos Horacio Magis (coord.), *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en México D.F., del 26 al 31 de agosto de 1968*. México D. F.: El Colegio de México, pp. 815-822.
- SCHMIDT, P. (2005). *Europa entre bastidores: del Tratado de Versalles al juicio de Núremberg*. Barcelona: Destino.
- SCHOP SOLER, A. M. (1971). *Las relaciones entre España y Rusia en la época de Carlos IV*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Historia Contemporánea. Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España.
- ____ (1984). *Un siglo de relaciones diplomáticas y comerciales entre España y Rusia: 1733-1833*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales.
- SERRANO, S. (2011). *Españoles en el Gulag: republicanos bajo el estalinismo*. Barcelona: Península.
- SEVILLANO, F. (2014). “La masonería y la imagen del enemigo: el caso de Gerardo Salvador Merino, odio y afinidades electivas en el «nuevo Estado» español”. *Iberlic@l*, nº 6, pp. 105-115 <<http://iberical.paris-sorbonne.fr/wp-content/uploads/2014/11/06-09.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 16 de junio de 2016).
- SILVA, L. Y L. M. FRANCISCO (2006). *Y al final, la guerra: la aventura de las tropas españolas en Irak*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- SMOTKI, E. (2009). “Modelos de percepción del «otro» cristiano en la conciencia cultural de Rusia y España en los siglos XV y XVI”. En Carlos Flores Juberías (ed.), *España y la Europa Oriental: tan lejos, tan cerca*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 663-682.
- SOBRINO VEGAS, A. L. (2012). *Las revistas literarias en la II República*. Tesis Doctoral dirigida por Julio Neira. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Facultad de Filología. Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura.
- SOLDEVILA DURANTE, I. Y J. LLUCH-PRATS (2006). “Novela histórica y responsabilidad social del escritor: el camino trazado por Benjamín Prado en *Mala gente que camina*”. *Olivar: revista de literatura y cultura españolas*, año VII, nº 8, pp. 33-44.

- SOLLA GUITÉRREZ, M. Á. (2005). *La sublevación frustrada: los inicios de la Guerra Civil en Cantabria*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- SONTAG, S. (2010). *Cuestión de énfasis*. Barcelona: Debolsillo.
- SORIANO, E. (1993). *Literatura y vida. II Defensa de la literatura y otros ensayos*. Barcelona: Anthropos.
- SOUTHWORTH, H. R. (2011). *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona: Debolsillo.
- SPANG, K. (1998). “Apuntes para una definición de la novela histórica”. En Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.). Pamplona: EUNSA, pp. 63-125.
- STALMACH, J. (2006). “Aproximación al conocimiento cultural a través del viaje: la Rusia del siglo XIX en los relatos de viajeros franceses”. En M^a Isabel González Cruz (coord.), *Lengua, sociedad y cultura: estudios interdisciplinarios*. Las Palmas de Gran Canaria: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, pp. 289-309.
- STAMPA PIÑEIRO, L. (2011). *Pólvora, plata y boleros: memorias de testigos y combatientes en la Guerra de la Independencia*. Madrid: Marcial Pons.
- STEENMEIJER, M. (2009). “La catástrofe del otro: la memoria del Holocausto en España”. En Alison Ribeiro de Menezes, Roberta Ann Quance y Anne L. Walsh (eds.), *Guerra y memoria en la España contemporánea/War and Memory in Contemporary Spain*. Madrid: Verbum, pp. 199-207.
- STUDER, B. (2003-2004). “Le voyage en U.R.S.S. et son retour”. *Le mouvement social*, n° 205, pp. 3-8.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1987). *Franco y la URSS*. Madrid: Rialp.
- ____ (2015). *Franco y el III Reich: las relaciones con la Alemania de Hitler*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- SUEIRO SEOANE, S. (1994). “España en Tánger durante la Segunda Guerra Mundial: la construcción de un viejo anhelo”. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, tomo 7, pp. 135-164.
- TARACHA, C. (2012). “Algunas consideraciones sobre la cuestión rusa y turca en la política española de la época de Carlos III”. *Teka Komisji Historycznej (Teka Commission of Historical Science)*, n° 9, pp. 53-75. <<http://www.pan-ol.lublin.pl/wydawnictwa/THist9/Taracha.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 27 de agosto de 2014).

- THION SORIANO-MOLLÁ, D. (1998). “Ernesto Bark, un romántico revolucionario”. En Luis Felipe Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del romanticismo al realismo: actas del I Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona, pp. 497-514.
- ____ (2003). “Amistades literarias: doce cartas de Emilia Pardo Bazán a Isaac Pavlosky”. *La tribuna: cadernos de estudios da Casa Museo Emilia Pardo Bazán*, nº 1, pp. 97-148.
- THOMÀS, J. M. (1992). *Falange, Guerra Civil, Franquisme: F.E.T. y de las J.O.N.S. de Barcelona en els primers anys del règim franquista*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- ____ (2001). *La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*. Barcelona: Plaza & Janés.
- ____ (2003). “Serrano Suñer, el personaje real y el personaje inventado”. En Adriano Gómez Molina y Joan Maria Thomàs, *Ramón Serrano Suñer*, Barcelona: Ediciones B, pp. 193-302.
- ____ (2011). *Los fascismos españoles*. Barcelona: Planeta.
- TODD, O. (2002). *André Malraux. Toda una vida*. Barcelona: Tusquets.
- TODOROV, T. (2002). *Memoria del mal, tentación del bien: indagación sobre el siglo XX*. Barcelona: Península.
- ____ (2010). *La experiencia totalitaria*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- TOGORES SÁNCHEZ, L. E. (2007). *Muñoz Grandes: héroe de Marruecos, general de la División Azul*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- TORQUEMADA, J. (2012). “Escritores rusos en la prensa española del siglo XIX: crónica de Ricardo Becerro de Bengoa en *La Ilustración Española y Americana*”. En Marta Giné y Solange Hibbs (eds.), *Traducción y cultura: La literatura traducida en la prensa hispánica (1868-98)*. Bern: Peter Lang, pp. 341-350.
- TORRE DEL RÍO, R. DE LA (2007). “Preparando la Conferencia de Algeciras: el acuerdo hispano-francés de 1 de septiembre de 1905 sobre Marruecos”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario 1, pp. 313-320.
- TORRES NEBRERA, G. (2010). “Entrada a la lectura de *La llama*”. En Arturo Barea, *La llama*, pp. 11-52.

- TRAPIELLO, A. (2007). “Preludios civiles de Chaves Nogales”. En Manuel Chaves Nogales, *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, pp. XIII-XX.
- ____ (2010). *Las armas y las letras*. Madrid: Austral.
- TSIAMPARLIS, D. (2006). “La cristianización de Rusia”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 59-70.
- TUSELL, J. (1995). *Franco, España y la II Guerra Mundial: entre el eje y la neutralidad*. Madrid: Temas de hoy.
- ____ (2005). *La España de Franco: el poder, la oposición y la política exterior durante el franquismo*. Madrid: Alba Libros.
- URIOSTE, C. DE (2010). “Memoria de la Guerra Civil y modernidad: el caso de *El corazón helado* de Almudena Grandes” *Bulletin of Hispanic studies*, vol. 87, nº 8, pp. 939-961.
- VALDÉS, M. (1953). “Prólogo”. En David Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes: Apuntes para una Historia alegre del S.E.U.*, pp. 9-12.
- VALERA, J. (1887). “Con motivo de las novelas rusas. Cartas á la señora doña Emilia Pardo Bazán”. *Revista de España*, tomo 117, pp. 117-132
<<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003018074&search=&lang=es>>
(en línea; fecha de consulta: 29 de septiembre de 2016).
- VALIENTE, L. (2015). “Agustín Muñoz Grandes: el primer mando en el frente del Este”. *Clío: Revista de historia*, nº 165, pp. 58-69.
- VALLET DE GOYTISOLO, J. (2001) “*In memoriam*: Jesús Valdés y Menéndez Valdés, Barón de Covadonga y de San Juan Vicenso”. *Verbo*, 399-400, pp. 781-784
<<http://www.fundacionspeiro.org/verbo/2001/V-399-400-P-781-784.pdf>> (en línea; fecha de consulta: 8 de junio de 2016).
- VEDYUSHKIN, V. (2014). “La España de los historiadores rusos (Segunda mitad del siglo XIX – comienzos del siglo XX)”. *Eslavística Complutense*, nº 14, pp. 107-114.
- VEGA CERNUDA, M. Á. Y H. WEGENER (2002). “Cómo nos vimos, cómo nos vemos”. En Miguel Ángel Vega Cernuda y Henning Wegener (eds.), *España y Alemania: percepciones mutuas de cinco siglos de historia*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 17-30.

- VEIGA CHOUSA, D. (2013). “La hermandad de la División Azul: un acercamiento al asociacionismo divisionario”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 2, nº 4, pp. 108-129.
- ____ (2015). “La Hermandad Provincial de la División Azul de Alicante: un análisis a través de su boletín *Blau Division*”. En Enrique Bengochea Tirado, Elena Monzón Pertejo y David G. Pérez Sarmiento (coords.), *Relaciones en conflicto: Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*, Valencia: Universitat de València. Asociación de Historia Contemporánea, pp. 171-176.
- VELASCO DE CASTRO, R. (2014). “Marruecos, el último sueño imperial del franquismo”. En Manuela Fernández Rodríguez (coord.), *Guerra, derecho y política: Aproximaciones a una interacción inevitable*. Valladolid: Asociación Veritas para el Estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones, pp. 211-244.
- VELÁZQUEZ, J. I. (2003). *Louis Aragon*. Madrid: Síntesis.
- VILCHES DE FRUTOS, M. F. (1986). “Las colaboraciones periodísticas de Ramón J. Sender durante los años 1929-1936: incidencia en su producción literaria”. En A. David Kossoff, Ruth H. Kossoff, Geoffrey Ribbans y José Amor y Vázquez (coords.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 22-27 de agosto de 1983*. Madrid: Istmo, vol. 2, pp. 691-700.
- VILLENA, L. A. DE (2012). “El dandy de los Osuna” <<http://luisantoniodevillena.es/web/articulos/el-dandy-de-los-osuna/>> (en línea; fecha de consulta: 23 de septiembre de 2014).
- VILLOCQ, L. (1976). “Romain Rolland et la Révolution Russe (1917-1918)”. *Revue d'Histoire littéraire de la France*, Année LXXVI, nº 6, pp. 922-935.
- VIÑAS MARTÍN, A. (1977). *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Madrid: Alianza.
- ____ (2010). “Sabiduría y hábil prudencia”. *Temas para el debate*, nº 186, pp. 23-25.
- VISCARRI, D. (2015). “*Silencio en la nieve* y la rehistorización fílmica de la experiencia divisionaria”. *España Contemporánea: Revista de Literatura y Cultura*, vol. 24 nº 2/vol. 25, nº 1 y 2, pp. 243-260.
- VOLOSIUK, O. (1998). “La política exterior de España (1789-1793) según los diplomáticos rusos”. *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, nº 18, pp. 123-138.
- WADDINGTON, L. L. (2007). “The Anti-Komintern and Nazi Anti-Bolshevik Propaganda in the 1930's”. *Journal of Contemporary History*, vol. 42, nº 4, pp. 573-594.

- WAHNÓN, S. (1998). *La estética literaria de la posguerra: del fascismo a la vanguardia*. Amsterdam; Atlanta: Rodopi.
- WESTERMANN, K. (2008). “Posfacio”. En Joseph Roth, *Viaje a Rusia*, pp. 203-232.
- WINGEATE PIKE, D. (2003). *Españoles en el Holocausto: vida y muerte de los republicanos en Mauthausen*. Barcelona: Mondadori.
- YUSTE DE PAZ, M. Á. (1996). “El plan de transición y plebiscito para sustituir al régimen de Franco. El inicio de la Guerra Fría (1945-1951)”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Hª Contemporánea*, tomo 9, pp. 257-277.
- ZABOROV, P. (2006). “Francia como cultura intermediaria en la historia de relaciones culturales hispano rusas”. En Pedro Bádenas y Fermín del Pino (eds.), *Frontera y comunicación cultural entre España y Rusia*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 137-144.
- ZHIGUNOVA, L. (2002). *Stefan Zweig and Russia*. Baton Rouge: Louisiana State University, Master’s Thesis (sin numerar: 36 pp.) <http://etd.lsu.edu/docs/available/etd-0416102-171159/unrestricted/Zhigunova_thesis.pdf> (en línea; fecha de consulta: 15 de abril de 2014).
- ZUCCHITELLO, M. (2008). *Un català a la cort dels tsars: Antoni Colombí Payet, comerciant i primer Cònsol General d’Espanya a Rússia (Tossa 1749-Sant Petersburg 1811)*. Barcelona: Generalitat de Catalunya. Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació.
- ZWEIG, F. (2009). *Destellos de vida. Memorias*. Barcelona: Papel de Liar.

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (AGA).

FUENTES AUDIOVISUALES

- ALEGRE, S. (1991). *The “Blue Division” on the Screen: a Preface to Cold War* [Documental]. España: Centre d’Investigacions Film-Història (UB). Departament d’Història Contemporània. Universitat de Barcelona <<http://www.antropologiavisual.net/2006/the-blue-division-on-the-screen-a-preface-cold-war/>> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).
- DELGRÁS, G. (1942). *La condesa María*. España: CIFESA.
- FORQUÉ, J. M. (1956). *Embajadores en el infierno*. España: Rodas P.C.
- GASPAR RODRÍGUEZ, E. (2014). *Los olvidados de Karagandá* [Documental]. España: Nexos-Alianza <<http://www.rtve.es/alcarta/videos/el-documental/olvidados-karaganda/2963320/>> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).
- GIL, R. (1982). *De camisa vieja a chaqueta nueva*. Manuel Salvador S.A./Coral P.C.: España <<https://archive.org/details/De.camisa.vieja.a.chaqueta.nueva>> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).
- HERRERO, G. (2011). *Silencio en la nieve*. España-Lituania: Tornasol Films
- IGLESIAS, C. (2011). *Ispansi (¡Españoles!)*. España-Suiza: Maestranza Films/Saga-Productions/Un Franco 14 Pesetas.
- IGLESIAS, M. (1963). *Carta a una mujer*. España: Cindeprodex.
- LAZAGA, P. (1954). *La patrulla*. España: Ansara Films.
- LLUCH, V. (1956). *La espera*. España: Ossa Films.
- LÓPEZ-LINARES, J. L. Y J. RIOYO (2001). *Extranjeros de sí mismos* [Documental]. España: Cero en conducta S.L. <<https://www.youtube.com/watch?v=hg6cgvXcL9A>> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).
- MARTÍ, S. (2012). *División Azul* [Cortometraje]. España: Nanouk Films.
- NAVARRO, A. (2001). *Galubaya Divisia* [Documental]. España: Fondo de Estudios Sociales, Documendia y Fundación Don Rodrigo <<https://www.youtube.com/watch?v=Nxj7XHNziQk>> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).
- NO-DO (1954). *Regreso a la patria*. España: NO-DO.
- VILLALUENGA, Y. (2013). *¿Documentos robados? Franco y el Holocausto* [Documental]. España: RTVE <<http://www.rtve.es/alcarta/videos/archivos-tema/archivos->

[tema-documentos-robados-franco-holocausto/1686535/](#)> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).

SAURA, C. (1982). *Dulces horas*. España-Francia: Elías Quejereta PC/Les Productions Jaques Roitfeld

SERNA, V. DE LA Y J. REIG GONZÁLBES (1942). *División Azul* [Documental]. España: [s.n.]
<<http://www.rtve.es/alacarta/videos/archivo-historico/division-azul-espanola/2917954/>> (en línea; fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016).